

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD



PUBLICACION DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

REPÚBLICA ARGENTINA

FACULTAD DE HUMANIDADES

OBRAS EN VENTA
EN LA BIBLIOTECA

(Calle 1 N° 644 - La Plata)

DEPARTAMENTO DE HISTORIA

* *Juzgados de paz de campaña de la Provincia de Buenos Aires (1821-1854)*, por Benito Díaz (284 págs.) \$ 2,40

* *La evolución económica rioplatense a fines del siglo XIX a la luz de la historia del seguro*, por Enrique Wedovoy (355 págs.) \$ 11,39

* *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz*, tomo VI \$ 15,00
tomo VII „ 15,00
(Los tomos del I al V se hallan agotados.)

DEPARTAMENTO DE LETRAS

* *Prosas dispersas de Vicente Barbieri*. Selección y notas de Aurelia Garat y Ana María Lozano (305 págs.) \$ 18,00

* *Rubén Darío*. Estudios reunidos en conmemoración del centenario: 1867-1967. Comprende 27 artículos (520 págs.) \$ 24,00

* *Sociedades literarias argentinas (1864-1900)*. Contiene siete ensayos (229 págs.) \$ 12,00

* *Al azar de las lecturas*, por Roberto Payró. Volumen que se publica en homenaje al centenario de su nacimiento: 1867-1967. Contiene una serie de artículos periodísticos (1923-25), material inédito en libro, con un prólogo de Juan Carlos Ghianno (204 págs.) \$ 10,25

PRÓXIMO NÚMERO

El número 24 de la REVISTA DE LA UNIVERSIDAD estará dedicado al tema general "El hombre y la ciudad", en el que se abordará toda la problemática de la ciudad moderna, con especial referencia a la latinoamericana y argentina: historia, sociología, economía, vivienda, transportes, gobierno, planes reguladores y prospectiva.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD

23



DIRECTOR

NOEL H. SBARRA

PUBLICACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
REPÚBLICA ARGENTINA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Presidente

Dr. Roque Gatti

Vicepresidente

Dr. Jorge N. Hiriart

Secretario de Asuntos Académicos

Dr. Jorge L. Suñol

Guardasellos

Dr. Herberto Prieto Díaz

Consejo Superior

Ing. Agr. José María Carranza, Ing. Martín Conter,
Dr. Jorge Néstor Hiriart, Prof. Juan Antonio Sidoti,
Dr. Emilio Juan Gimeno, Dr. Héctor Luis Fasano,
Dr. Fidel Schaposnik, Dr. Edgardo Orlando Rolleri,
Dr. Horacio Núñez Miñana e Ing. Honorio Añón Suárez

Director General de Administración

Cont. Ernesto M. Palacios

Asesor Letrado

Abog. Berta G. Rozas de Maimone

Tesorero General

Cont. Orlando Eijo

SUMARIO

LA DIRECCIÓN	<i>La juventud actual en una sociedad de cambio</i>	7
I. Marco psicobiológico		
N. RODRÍGUEZ BUSTAMANTE	<i>Aspectos psicológicos y sociológicos de la edad juvenil</i>	17
MARCOS CUSMINSKY	<i>Crecimiento y desarrollo en la adolescencia y en la juventud</i>	29
MAURICIO KNOBEL	<i>Características psicológicas de la adolescencia y la juventud</i>	55
II. Marco sociocultural		
LIDA BIANCHI	<i>Estratificación juvenil</i>	81
ELENA L. DE JUBANY	<i>La juventud y la familia</i>	99
OSCAR COLMAN	<i>Juventud y marginalidad</i>	111
ÁNGEL O. NESSI	<i>Presencia de la juventud en el arte</i>	135
ENRIQUE GERARDI	<i>Música y juventud</i>	149
MIGUEL OLIVERA GIMÉNEZ	<i>Los jóvenes frente a la literatura</i>	161
ALBERTO GOLDIN	<i>La juventud y el amor</i>	183
III. La juventud y la conducta desviada		
ESTELA M. WAISMAN	<i>Toxicomanía juvenil</i>	197
CARLOS A. DE PIERRIS	<i>Delincuencia juvenil</i>	213
IV. La juventud en la universidad		
A. PUCCIARELLI Y F. SCHWARCZ	<i>La juventud y la política universitaria</i> ..	241
GUILLERMO SAVLOFF	<i>Las actitudes juveniles y la educación</i> ..	259
APÉNDICE		
A. MAY, J. KAHN Y B. CRONHOLM	<i>La juventud y el medio</i>	279

UNIVERSITAS

FERNANDO J. KAISER

La colección "Dr. Emilio Azzarini de instrumentos musicales" 297

TESTIMONIOS

CÉSAR TIEMPO	<i>Con Jean Groffier</i>	305
HORACIO CASTILLO	<i>Grecia: la tierra incomparable</i>	311
ROMUALDO BRUGHETTI	<i>Mi padre, pintor</i>	315
NOEL H. SBARRA	<i>Benito Lynch en anécdotas</i>	320

REVISTA DE LIBROS

Reseña de libros por: José Sazbón, Mario A. Presas, Luis Farré, Delia M. Zaccardi, José Panettieri, Carlos Adam, Roberto Ciafardo, José María Ferrero, Noel H. Sbarra, Eugenio Pucciarelli y Carlos A. Moncaut

DIBUJOS

De JUAN CARLOS CASTAGNINO	23, 182 y 212
De LINO ENEA SPILIMBERGO	54
De MARIO DARÍO GRANDI	98
De RAÚL SOLDI	78, 258 y 302
De EMILIO PETTORUTI	160

NOTA:

Los dibujos de Juan Carlos Castagnino —reproducidos como homenaje al gran artista recientemente fallecido— pertenecen al "Martín Fierro" editado por EUDEBA, Bs. As., 1962.

Los dibujos de Raúl Soldi pertenecen: *Ofrenda*, ilustración de "Lenguas de diamante" por Juana Ibarbourou, Ed. Losada, Bs. As., 1969, y *La discusión y Dos cabezas* al libro "Soldi", Ed. Grupo Artístico, Bs. As., 1970.

Los dibujos: *Germaine*, por Lino E. Spilimbergo; *Vaso de flores*, por Emilio Pettoruti, y *La pareja*, por Mario D. Grandi, reproducen ilustraciones de catálogos de exposiciones de los mencionados artistas.

ILUSTRACIONES

"La muerte del último centauro", escultura de Antoine Bourdelle; Colección "Dr. Emilio Azzarini" de instrumentos musicales y Orquesta de Cámara de la Municipalidad de La Plata: *cuadernillo entre las páginas* 160 y 161

Catedral de La Plata; Comedor Universitario y Municipalidad de La Plata: *cuadernillo entre las págs.* 240 y 241

CORRESPONDENCIA Y CANJE: PLAZA ROCHA 137 (BIBLIOTECA) LA PLATA

DE LA DIRECCIÓN

LA JUVENTUD ACTUAL EN UNA SOCIEDAD DE CAMBIO

HAY UNA PROLÍFERA LITERATURA SOBRE EL TEMA DE LA juventud, pero, y aquí viene la miga, o bien está dedicada, casi exclusivamente, a experiencias extranjeras, en el caso de abordar esa singular manifestación social contemporánea, o bien se ve el problema desde la perspectiva de una sociedad "estable": tal el caso de los libros que son clásicos en la materia. Por el contrario, hoy y aquí, son rarísimos los trabajos de conjunto con relación a la juventud argentina. Este volumen intenta, pues, una aproximación a tan arduo asunto y, por lo menos, los respectivos enfoques que abarca —y algunos otros faltantes— podrían servir como programa para una futura y ahondada investigación sobre el particular.

Desentrañar las causas profundas del "estallido juvenil" tan característico de nuestra época —disconformismo, protesta, rebeldía—, exige un complejo examen, pero sin duda existen dos hechos muy visibles que las sustentan: en primer lugar la "explosión demográfica", y en seguida las mutaciones rápidas en todos los órdenes de la vida actual, lo que configura nuevas y cambiantes realidades. Si se quiere poner un hito —"a partir de"—, puede anotarse 1960, con mayor o menor precisión. Ese año, según la UNESCO, el número de jóvenes de 15 a 24 años en el mundo ascendía a 519 millones y pasará a 1.128 millones para el año 2000. En el orden nacional, el censo de 1960 mostraba que sobre una población total de 20.010.539 habitantes, 3.216.968 estaban comprendidos entre los 15 y 24 años (9.671.651, es decir casi el 50 %, eran niños, adolescentes y jóvenes); una estimación para 1980 prevé que la población argentina entre aquellas edades —15/24 años— superará los cuatro millones y medio. Y esa gran masa, aglutinada bajo el común denominador de adolescencia y juventud (términos sinónimos en este número monográfico), juega un papel activo

y actuante en el mundo que nos toca vivir, de tan acelerados cambios en que hasta el pasado-ayer pierde vigencia.

Lo que distinguió siempre a las nuevas generaciones fue su impulso de cambio, pero este empeño por modificar una parte del mundo que heredaron es evidente que se ha acentuado después de la última guerra mundial y con mayor énfasis, como queda dicho, a partir de los años sesenta. La juventud juega en esta transformación un papel importante, tal vez más que en otros momentos históricos, porque, como dicen G. Cirigliano y A. Zabala Ameghino (El poder joven, Bs. Aires, 1970): “Hoy la juventud es asumida masivamente. Hoy la juventud es vivida desde el grupo [. . .] La rebeldía ya no es un acontecimiento íntimo o a lo sumo individual; es un fenómeno social observable, verificable y cuantitativamente significativo”. Y por su parte, en La juventud en el mundo actual (Bs. Aires, 1969), Erik H. Erikson, profesor de desarrollo humano de la Universidad de Harvard, se interroga: “¿Acaso el cambio no es una tarea de juventud y el desafío no está en la esencia de su obra?”.

“La juventud —asevera E. S. Eisestad, profesor de sociología en la Universidad Hebrea de Jerusalén— es un fenómeno de carácter biológico, pero siempre definido en términos culturales”, es decir expresado mediante un determinado estilo de vida. Sin duda ese momento de la vida es de “ubicación no precisa en la línea del crecimiento espiritual”, y aunque algunos, como Maurice Debesse —profesor de psicología de la Universidad de Estrasburgo (La crisis de la originalidad juvenil, Bs. Aires, 1955), afirman que ese período de la vida es una edad bien definida, el criterio más aceptado es el propuesto por Eduardo Spranger, autor de la notable Psicología de la edad juvenil, según el cual la juventud no sería sino más que un momento de transición (un proceso y no un estado fijo). Las confusiones surgen —afirma Peter Seidman— cuando se emplea el concepto de juventud con la intención de designar con él un grupo de gente aparentemente uniforme desde el punto de vista social [. . .], como una unidad colectiva, como si fuese un grupo social concretamente delimitado”. Este educador suizo, en su libro Juventud moderna (Bs. Aires, 1969), se aplica —“a pesar de los sin duda innumerables elementos comunes que caracterizan a los jóvenes”— a ordenar lo que a su ver son las diferencias que dividen a éstos en grupos y subgrupos: “Los estudiantes —señala— viven su juventud en forma distinta que los aprendices operarios; los empleados de banco en forma distinta que los universitarios [. . .] Vemos entonces que todos los jóvenes (o sea la totalidad de la gente joven entre la pubertad temprana y la adolescencia tardía) no pueden considerarse porque sí como una única clase popular. Pero consecuentemente se debe suprimir también la costumbre de

encasillarlos, mediante prejuicios sociales, en el 'ghetto' de una clase social uniforme, y por ende desvalorizarla. Desde este punto de vista resulta erróneo, superficial y apresurado, producir juicios valorativos o condenatorios de carácter de carácter colectivo, social o moral relativos a la juventud [...] En las actuales relaciones entre las generaciones interfiere una extraña diferenciación de épocas. Los representantes no sólo de dos generaciones, sino incluso de dos épocas, con sus horizontes socio-culturales y sus necesidades diferentes, se enfrentan en muchos casos como extraños, se tratan con inseguridad y se desilusionan recíprocamente en forma agresiva-crítica. La no contemporaneidad de los contemporáneos se acentúa entonces drásticamente¹ [...] En general, juventud es en primer término una edad, un paso en la vida, un posible horizonte vivencial". Y es que la vida se renueva y avanza siempre.

* * *

El tema general que trata este volumen —La juventud actual en una sociedad de cambio— ha sido dividido en cuatro partes: 1) Marco biopsicológico; 2) Marco sociocultural; 3) La juventud y la conducta desviada; y 4) La juventud en la universidad.

La primera parte comprende tres trabajos. El profesor Norberto Rodríguez Bustamante, director del Instituto de filosofía y del pensamiento argentinos (UNLP), introduce al lector en la trama con un planteo sociológico acerca de los problemas que suscita la vida juvenil, que podría resumirse en esta pregunta a la que trata de dar contestación: "¿Cuál es el sentido de la juventud en la sociedad actual?"

El doctor Marcos Cusminsky, docente adscripto a la cátedra de medicina infantil (UNLP) que iniciara en nuestro país de manera sistemática y científica los estudios de crecimiento y desarrollo del niño, expone estos dos aspectos referidos ahora a la adolescencia y la juventud, mostrando los cambios físicos y fisiológicos que se producen en esta etapa de la vida.

Sobre las "Características psicológicas de la adolescencia y la juventud" escribe el doctor Mauricio Knobel, profesor titular de psicología evolutiva en la Facultad de Filosofía y Letras (UNBA). Estudia la adolescencia como una fase evolutiva, postulando que ello debe hacerse no aislada-

¹ También debe tenerse en cuenta un cambio en el concepto de generación: "Ya no rige el hecho de que cada 30 años una nueva generación reemplaza a la anterior. De acuerdo con lo que resulta de la observación cotidiana, esto sucede actualmente cada 10 años. Porque el mundo circundante en el que el adolescente vive su culminación a una edad de alrededor de 20 años, se transforma radicalmente después de una década". (H. J. Scoeps, citado por Th. Wilhelm: "Pädagogik der Genenwart", Kröner, 1960, pág. 267.)

mente sino en un contexto social, que interviene en su estructuración pero sobre el que influye con su acción.

La segunda parte —Marco sociocultural— se abre con un artículo de la doctora Lida Bianchi, abogada, socióloga y docente, quien aborda “La estratificación juvenil”, concluyendo que “hablar de la cuestión juvenil es enfocar parte de ese todo que es la crisis de la sociedad, originada en la explosión demográfica y agigantada por una imprevisión de las políticas de educación y empleo de la cual somos a la vez espectadores y protagonistas más o menos inocentes”.

En “La juventud y la familia”, la psicóloga Elena L. de Jubany, profesora a cargo de la cátedra de técnicas proyectivas en la Facultad de Humanidades (UNLP), se refiere a las relaciones conflictivas de ambos polos de la situación, destacando que padres e hijos se hallan igualmente comprometidos. Describe la “crisis del desarrollo” y postula que ella compromete profundamente toda la estructura familiar en lugar de sufrirla sólo alguno de sus miembros.

El profesor Oscar Colman, titular de metodología y técnicas de la investigación en la Facultad de Derecho (UNLP), en “Juventud y marginalidad” trata la situación de marginalidad social, no como una falta de participación o aislamiento de determinados grupos con respecto al sistema hegemónico de la sociedad en que actúan (tal cual interpretan dicha situación ciertas escuelas o corrientes, equiparándola a un modo de desintegración de la personalidad), sino que la asimila a una forma estructural de inserción inestable y/o cíclica de la fuerza de trabajo en que el sistema productivo, bajo la forma de desocupación o subocupación, asume características peculiares en cada sociedad. Trata así el tema sobre la base de “indicadores ocupacionales” que en este sentido aportan informes censales y encuestas especiales.

El profesor Angel Osvaldo Nessi, titular de historia del arte en la Facultad de Humanidades y en la Escuela Superior de Bellas Artes (UNLP), en “Presencia de la juventud en el arte” trae a colación los términos irreverencia e iconoclasia, con los que se entiende hacer referencia a la juventud artista, señalando que por más que la situación haya cambiado en el transcurso del tiempo, el diagnóstico se asemeja sorprendentemente al de otras épocas cruciales en la historia del arte. Anota diversas reflexiones sobre el estado actual de un arte experimental y del trabajo en equipo.

En “Música y juventud” el profesor Enrique Gerardi, titular de fun-

damentos auditivos en el curso superior de música de la Escuela Superior de Bellas Artes (UNLP), señala que en la juventud actual, que lee poco, predomina una sensorialidad acústica. La música actualmente —agrega— se ha convertido en crónica de acontecimientos y mensajes; el sonido musical es en sí mismo un estímulo lo suficientemente amplio como para que cada grupo oyente lo reciba y reaccione en forma compartida sin perder, empero, su libertad para transferirle su propio significado personal. Así, la “nueva música” resulta una música de consumo colectivo. Apunta finalmente las características de la música “beat” —que es una música de creación colectiva— y, asimismo, que la mesomúsica o música popular representa el 80 por ciento de la música que se oye en la actualidad.

En “Los jóvenes frente a la literatura”, el profesor Miguel Olivera Giménez, titular de lengua y estilística en la Escuela Superior de Periodismo (UNLP) —que antes ejerció en la Universidad Nacional del Nordeste—, recalca que: “La lectura es un hábito condicionado a la existencia de una cultura escrita y a la disponibilidad de ocio y aislamiento. Si la cultura escrita es reemplazada por la audiovisual y el ocio se instrumenta en la consecución de actividades y pasatiempos gregarios, no habrá condiciones mínimas para la supervivencia de la lectura. Y busca respuesta a la demanda: “¿Qué actitud asumen los jóvenes, aquí y ahora, frente a la cultura escrita?”, sobre la base de un sondeo de opiniones entre jóvenes estudiantes de la ciudad de La Plata, concluyendo que si bien la literatura es un ingrediente importante en su propia formación, las condiciones competitivas en que se presentan las motivaciones culturales en la sociedad de masas relegan la lectura detrás de la televisión y el cine.

El doctor Alberto Goldin, jefe de la sección grupos terapéuticos del Policlínico Gregorio Aráoz Alfaro, en “La juventud y el amor” se refiere en primer término a la historia evolutiva del sentimiento amoroso, para luego relacionarlo a los primeros intentos del adolescente frente al sexo y ocuparse seguidamente de la influencia que tienen las primeras relaciones en el desarrollo del vínculo amoroso, destacando aquí la importancia del aspecto físico.

La tercera parte —La juventud y la conducta desviada— trata dos de los más importantes procesos —tan dolorosos cuanto dramáticos— de desadaptación de la conducta juvenil. Uno de ellos es el que se refiere al consumo de drogas, problema de extensión y gravedad crecientes que caracteriza a una de las manifestaciones más típicas de esta hora en gran parte del mundo. En la Argentina se va viendo cada vez con mayor frecuencia en de-

terminados grupos juveniles en los que ejercen su acción criminal los traficantes de estupefacientes, sobre los que deberá actuar con toda energía una más moderna y severa legislación penal. Aborda este tema la licenciada en psicología profesora Estela Waisman sobre la base de su experiencia personal en el servicio de psicopatología y neurología del Policlínico Gregorio Aráoz Alfaro, incluyendo en su trabajo una serie de nueve casos (historias resumidas) para que se puedan apreciar objetivamente sus características más salientes.

El otro asunto es el viejo y debatido fenómeno universal de la "Delincuencia juvenil", que aborda el doctor Carlos Alberto De Pierris —docente de la Facultad de Medicina (UNLP)—, autor de un libro sobre el tema que lleva precisamente ese título. En este ensayo, forzosamente sintético, el autor hace sólo una presentación del problema de la delincuencia juvenil: su etiología, su ecología y los aspectos psicológicos y sociológicos de los grupos de subcultura de donde proviene, reseñando las medidas ensayadas para su prevención y el estado actual de las soluciones aconsejadas. Pero hay dentro de este plan una nota novedosa, cual es un intento de replanteo de la cuestión haciendo hincapié en las nuevas figuras delictivas que constituyen la patología de una conducta normal en los jóvenes: la rebeldía ("rebeldías sin rango delictivo").

La cuarta y última parte está referida, específicamente, a la juventud en la universidad. Una reciente publicación del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación indica que en 1971 los alumnos inscriptos en la enseñanza superior ascendió a 321.782 estudiantes, con una expansión del 18 por ciento —la mayor entre los distintos niveles de la enseñanza— respecto de los matriculados en 1970, que fueron 274.634. Vale decir, una población universitaria notoriamente alta con respecto a la total de la República, muy superior a la de otras naciones de América latina e inclusive proporcionalmente mayor a la de países como Francia, Italia y Gran Bretaña. Nuestras universidades vienen así a resultar amplias cajas de resonancia de los problemas políticos y sociales que conmueven al país.

Pero lo mismo ocurre en otras latitudes. En un libro reciente —El cuestionamiento estudiantil del establishment (Bs. Aires, 1971)— Lewis S. Feuer, profesor de sociología en la Universidad de Toronto, Canadá, presenta, en documentada crónica histórica, el cuestionamiento estudiantil al sistema o régimen en los países desarrollados de Europa y en los Estados Unidos, principalmente. Si bien está lejos de ser una obra decisiva sobre el tema, muestra, en cambio, la universalidad de la rebelión estudiantil

—la llamada “revolución estudiantil”—, sin duda uno de los fenómenos más característicos de nuestro tiempo. A propósito, José Luis de Imaz, el prestigioso autor de *Los que mandan*, en un curso realizado en la Universidad Nacional de Córdoba² citó, bien que dejando abierto un interrogante sobre la validez del aserto, esta frase del sociólogo norteamericano Wrigth Mills: “. . .país por país, sociedad por sociedad, universidad por universidad, está demostrado que las vanguardias revolucionarias resultan los universitarios”. Y el profesor Raúl H. Castagnino, en su libro *Cambio, confrontaciones estudiantiles y violencia* (Bs. Aires, 1970) —en el que relata lo que personalmente viera en los Estados Unidos durante el período lectivo 1968-1969—, dice: “El de la universidad —valga la aparente redundancia— se ha convertido en problema universal”.

El profesor Alfredo Pucciarelli, titular de sociología general (UNLP), y su colaborador Francisco Schwarcz, prueban, en un artículo sobre “La juventud y la política universitaria” —que es piedra de toque para la discusión— un acercamiento a ese problema —iniciado en la Argentina, precursora de los movimientos estudiantiles, hace más de media centuria con la Reforma de 1918—, analizando las nuevas formas y contenidos que reviste en el último lustro y sus posibles futuras proyecciones.

Finalmente, el profesor Guillermo Savloff, titular de sociología de la educación (UNLP), en un ensayo de tipo polémico —como el autor lo señala y repite—, hace una interpretación, subrayada por sus propias convicciones, de “Las actitudes juveniles y la educación”, que seguramente será rebatido por quienes no comparten los puntos de vista en él expuestos.

En suma, dos trabajos destinados al debate y la controversia. La REVISTA DE LA UNIVERSIDAD —conservando su total independencia de juicio— acoge en sus páginas tales expresiones suscitadoras de polémica respetando la libre expresión de las ideas, que es consustancial de una publicación de esta índole y hace a la esencia misma de la Universidad.

² *Juventud universitaria y política*, en el “Sexto Curso de Temporada” organizado por la Universidad Nacional de Córdoba (abril de 1965). Revista de la Universidad de Córdoba, diciembre de 1968.

PRIMERA PARTE

MARCO BIOPSICOLÓGICO

1. ASPECTOS PSICOLÓGICOS Y SOCIOLÓGICOS
DE LA EDAD JUVENIL

por el Prof. NORBERTO RODRÍGUEZ
BUSTAMANTE

2. CRECIMIENTO Y DESARROLLO EN LA
ADOLESCENCIA Y JUVENTUD

por el Dr. MARCOS CUSMINSKY

3. CARACTERÍSTICAS PSICOLÓGICAS DE LA
ADOLESCENCIA Y LA JUVENTUD

por el Dr. MAURICIO KNOBEL

Aspectos psicológicos y sociológicos de la edad juvenil

NORBERTO RODRÍGUEZ BUSTAMANTE

LA VIDA JUVENIL Y LOS
PROBLEMAS QUE SUSCITA

NACIDO EN BS. AIRES en 1918. Profesor de filosofía graduado en el Instituto Nacional del Profesorado (Bs. Aires). Fue profesor adjunto de sociología en la Universidad de Tucumán y de sociología y psicología social en la Universidad del Litoral. Actualmente es profesor de sociología argentina y americana y director del Instituto de Filosofía y del Pensamiento Argentino en la Universidad de La Plata. Profesor de teoría sociológica en el Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. PUBLICACIONES: Korn y el problema de la cultura nacional; La filosofía social de Alberdi; Un esquema sociológico de la Argentina; La filosofía social de Sarmiento; El problema del carácter nacional argentino; La filosofía política de Mariano Moreno; Las consecuencias sociales de la automatización; Teoría sociológica y sociedad de masas, entre otras muchas.

EN un libro que todavía se mantiene como una estimable contribución argentina al estudio de la juventud, Aníbal Ponce¹ sustentaba su tesis interpretativa en “la ambición” y “la angustia” de los adolescentes. En la búsqueda del yo, surgen problemas de identidad y de orientación según modelos humanos encarnados, reales, del entorno sociocultural o de ficción, héroes literarios o bien históricos, con esa realidad construida a partir de las fuentes documentales. Iniciados en el camino hacia sí mismos, los adolescentes encuentran obstáculos en la relación con los otros: los condicionantes económicos y sociales de la autorrealización, las tensiones y los conflictos en el autoafirmarse traen sus secuelas de frustración, de incomprensión y azoramiento ante el mundo adulto, a veces definitivos (y el suicidio como salida). Los estados anímicos convergen en la incertidumbre, la confusión, el sentimiento de desamparo y desprotección en un mundo hostil que constriñe a la propia persona y desarticula y desdibuja el proyecto del yo. Paradójicamente, al encerrar esta etapa

evolutiva en una escueta definición, Ponce se refería al hecho básico del advenimiento de “una nueva cenestesia”. A su vez, frecuentador de la literatura universal y lector lúcido, buena parte del contenido de su libro lo constituían referencias a la literatura autobiográfica. En ellas se ponían de relieve los procesos del crecimiento vital, vivenciados y elaborados a un nivel simbólico e introspectivo si bien, como se comprende de suyo, en estricta correlación con los determinantes de la sociedad global en los niveles de clase social y de grupos.

Revisando ese encuadramiento, cabe afirmar que no hay razón para otorgar preeminencia causal a lo somático cuando el hombre —y esto lo advierte Erikson— ha de ser inscripto de modo unificado en los órdenes del Soma, la Psique y la Polis, asignándole al proceso de organización del yo una función mediadora entre “la experiencia personal y somática y la realidad política en su más amplio sentido”².

Ampliando lo dicho, el mismo autor señala que para el ser humano vale en todas las épocas que es “un organismo, un ego, un miembro de la sociedad y se encuentra comprendido en los tres procesos de organización”³. En cada una de esas dimensiones de la experiencia los estímulos se conjugan: lo que para el cuerpo es dolor y tensión, el ego lo registra con ansiedad y el participar en la vida del grupo aporta un pánico complementario que colora el comportamiento del individuo⁴. Esos tres procesos son uno y se hallan mutuamente interrelacionados: no hay manera de aislarlos o sustantivarlos sin correr el riesgo de perder el hilo de una explicación satisfactoria.

Un primer asunto a examinar es el de los límites temporales de la edad juvenil. En sentido clásico, sostiene Tenbruck⁵, comprendía desde los 15 a los 18 años; pero, al presente, en relación con el alargamiento del período de socialización y de entrenamiento para las tareas de la vida, los años de la juventud se extienden entre los 15 y los 25; hacia atrás, es común retroceder hasta los 13 o los 14 años. Salta a la vista la extensión desmesurada del período y las dificultades de considerar transicional un lapso que comprende diez años o más. Desde un punto de vista descriptivo los rasgos salientes que acompañan a la edad son: la inseguridad, la impulsividad y la inestabilidad. En aras de la sed de aventuras y de agitación, acicateados por sus identidades negativas respecto del orden social vigente, los jóvenes suelen radicalizarse. Asimismo, según los resultados de muchas investigaciones, asumidos por Riesman⁶, se influyen unos a otros, más que son influidos por la relación con los adultos en el seno de la familia, en el vecindario o en los contactos con las autoridades formales del proceso educativo y en otros ámbitos. La importancia ad-

Aspectos sociológicos

quirida por los medios de comunicación de masas elimina el provincianismo y el aislamiento particularista de la juventud del pasado. Así se da paso a la sustitución de tradiciones fijas, por modelos generales del comportamiento que atañen a la vestimenta, a las diversiones, a las formas de vida en general y a los modos de pensar y elaborar sus experiencias de maduración. Al parecer, un rasgo uniforme es el fenómeno de la expansión de la juventud, unido a la pérdida de significado del papel de los adultos. En esto tienen su parte la aceleración de los cambios históricos a que asistimos y la inseguridad creciente, a pesar de un inusitado aumento del poder humano sobre el cosmos, propio del mundo actual. No existen condiciones de estabilidad para planear el propio destino contando con el único supuesto de pautas de racionalidad en la utilización de los medios y en la fijación de metas y objetivos. Lo evidente es que en nuestra época, el problema de la identidad se intensifica. Ello introduce un factor de perturbación para quienes se hallan en crecimiento. A ese respecto es nuevamente Erikson el que ofrece una opinión corroboradora: "el paciente de hoy en día sufre sobre todo con el problema de en qué debe creer y qué debe llegar a ser o, mejor dicho, qué puede llegar a ser; mientras que el paciente de la primera época del psicoanálisis sufría sobre todo por las inhibiciones que le impedían llegar a ser lo que él pensaba que sabía que era"⁷.

Sin descuidar las modalidades sobrevenidas en los cambios históricos y que constituyen los contenidos peculiares de la juventud contemporánea, el destaque del adolescente en relación con el niño y luego, la maduración, hasta el momento de insertarse en los cuadros de la sociedad adulta, son aspectos constantes y críticos. Señalemos en primer término que, si todas las edades de la vida originan problemas específicos, la etapa adolescente, entre los 12 y los 18 años, con su transición desde la niñez a la edad adulta, es difícil por antonomasia: sólo una vez en la vida se ha dejado de ser niño y todavía no se es un adulto. En esa ambigüedad de dejar de ser y de aún no ser se experimentan las incitaciones o los traumas que inducen la orientación hacia metas de sólida realización personal o bien engendran la perplejidad, la incertidumbre y el desasosiego por situaciones de aislamiento, indefensión y desamparo. No es extraño que, al menos en el contexto de la cultura occidental, con su fuerte impronta de individualismo, la adolescencia sea, para muchos, la edad de la que no quisieran acordarse. A tal punto dejan huella los múltiples frustrados intentos antes de dar en el blanco (si es que se lo logra), a lo que se suma una circunstancia crucial en la condición del hombre: adquirir la confirmación como personas por el sentido y el valor alcanzados para nosotros mismos y para los demás.

Los problemas de la adolescencia nos remiten a procesos de maduración biológica y mental, manifestados en los cambios anatómicos y fisiológicos, en la conducta social y en la conformación de la personalidad. Concurren por igual a dilucidarlos la biología y la psicología y, en especial, los enfoques médicos y psiquiátricos; la sociología y la antropología cultural; las ciencias de la educación y la ciencia jurídica (sobremañera la criminología). La finalidad global que vincula a dichos conocimientos es la de dar cuenta de la conducta del adolescente y, en alcance más amplio, del joven, aplicando criterios interdisciplinarios.

En la perspectiva de la psicología social y de la sociología, con miras a obtener un esquema sólido de la edad juvenil, correspondería apelar al concepto de marginalidad. En efecto: en el proceso de socialización temprana, el niño se incorpora a "status" y roles, a valores, normas y expectativas compartidas con los adultos e inducidas por ellos; pero, al tiempo de su entrada en la nueva edad, se agudizan en él los estados de conciencia y las motivaciones que le muestran su falta de una plena participación económica, social y política en los cuadros de la sociedad establecida. De tales desajustes surgen sus problemas típicos. Emergen entonces la confusión en su identidad personal, los conflictos de rol por las lealtades a diversas personas y grupos, las frustraciones en relación con lo que aspira y la competición abierta por lograr una ubicación, un status reconocido en la sociedad de los adultos ya integrados.

Pero si la marginalidad es propia de toda juventud, la época presente, el esquema de una sociedad en transición desde las estructuras relativamente estabilizadas del mundo preindustrial, a las novísimas y cambiantes, correlativas del alto grado de urbanización e industrialización, crean una marginalidad difusa y persistente hasta en los adultos. Ellos no exhiben modelos coherentes ni consolidados de conducta, pues participan del azoramiento generalizado y necesitan readaptarse sobre la marcha a los cambios acelerados y cotidianos que, en un decenio, pueden deparar los acontecimientos que antes transcurrían en un siglo.

Aunque la juventud no ocupa posiciones que le impongan compromisos formales en el nivel económico, político o social, promoviendo su responsabilidad y suscitando confianza en sus posibilidades humanas, los modos de convivencia de los adolescentes de ambos sexos y el influjo de los medios de comunicación de masas, les proporcionan una fuerte identidad grupal. Con ello, los principales estímulos para la formación de los jóvenes, provienen de otros jóvenes. No obstante, no debería ocultárenos el hecho siguiente: esos "modelos" o imágenes de la juventud, son

Aspectos sociológicos

construidos y controlados por la acción de adultos, al servicio de los centros de poder, en cada sociedad.

A los fines de un encuadre genérico diríamos que en la juventud se produce un tránsito desde las actividades del juego, el deporte y la recreación, sin mayores compromisos sociales, a las actividades de tipo ocupacional en el mercado de trabajo y a las de capacitación humana para arribar a la constitución de nuevos núcleos familiares. Se trata de un constante aprendizaje hecho explícito, y en la mayoría de los casos formalizado, a través del sistema de educación pública y privada, que se coordina con los status y roles, los fines, normas y valores del sistema de la sociedad global. El punto de partida de esta edad, es el reconocimiento de la insuficiencia de los lazos familiares para el logro de la propia identidad y una búsqueda de autonomía en relación con los padres y de revisión del sustrato de los condicionantes colectivos del comportamiento individual. Pero el proceso de maduración humana trae consigo un deber creciente hacia las instituciones sociales y una creciente responsabilidad por el propio destino y por las relaciones que se mantienen con todos los demás, no sólo con los integrantes de la propia camada generacional. Se empieza por la actitud de independencia y de cuestionamiento del mundo existente; en la conducta promedio, se concluye en la relativa integración y acatamiento al sistema de relaciones sociales de la sociedad en que se vive⁸.

MARGINALIDAD Y CRISIS NORMATIVA

La marginalidad objetiva del joven —con sus diferentes grados— se corresponde en lo interno, en el ámbito del yo, centro o núcleo activo de su personalidad, con “un sentimiento de confusión, por la guerra interna que libra contra sí mismo”⁹. Tiene que acceder a “un gran cambio de perspectiva”, pues, en la libre experimentación de sus roles, ha de hallar “en algún sector de la sociedad, un lugar que está firmemente definido y que, sin embargo, parece haber sido hecho exclusivamente para él”¹⁰. Aquí se trata de una demora en lo referente a compromisos adultos, tanto como de una autorización selectiva que otorga la sociedad a ese fondo de reserva que es su juventud¹¹. En esta fase normal del crecimiento humano, la fluctuación del yo y el elevado acopio de fuerzas en latencia, originan una mayor cantidad de conflictos que en otras edades y, asimismo, la recurrencia de factores que socavan un sentimiento de identidad, esto es, cuando se incurre en una “pérdida de la confianza confirmada de que la igualdad interna y la continuidad coinciden con la igual-

dad y la continuidad del significado que uno ha adquirido para los otros”¹², colocan a los individuos mayores en alternativas adolescentes.

En suma: la adolescencia y la juventud denuncian una particular crisis normativa en el tránsito que va desde una revisión de las pautas de la niñez, a la inserción en la estructura social, por el desempeño de roles ocupacionales y de las tareas y obligaciones propias de la continuidad de la especie y del autodesarrollo. Dentro de esos límites es previa una desorientación, búsqueda y examen destinados a poner en duda la legitimidad del mundo de los adultos. En el enfrentamiento de las incertidumbres que emergen, la adhesión a una ideología responde a necesidades funcionales del joven: simplifica su ambiente, lo instala en el universo, y le permite hacer uso de sus capacidades y asumir de manera gradual sus compromisos con “una orientación de total coherencia, aunque sistemáticamente simplificada en lo que respecta al tiempo, los medios y los fines”¹³.

A falta de suficiente experiencia propia, el joven encuentra en su ideología un ancla de seguridad y la respuesta a interrogantes que aun no puede vivenciar de modo pleno y, por lo mismo, afronta peligros de desvirtuación, que sólo una maduración ulterior podrá sortear.

LA SEGREGACIÓN DE LOS JÓVENES: SUS SÍNTOMAS Y CONSECUENCIAS

En las sociedades de alto desarrollo industrial se amplía la distancia entre el status de los adolescentes y jóvenes y el de los adultos. Ello trae como consecuencia la enfatizada segregación de los grupos más jóvenes, al par que su incremento en número, favorecida por la diferenciación en el sistema de educación formal. Las exigencias cada vez mayores en relación con cursos universitarios de posgrado genera también una capa de adultos que, en la observación de Parsons, carecen de independencia plena en las ocupaciones, lo cual estimula y consolida una cultura específicamente juvenil en cuanto a valores, relaciones sociales y conductas¹⁴. En efecto, el proceso de maduración demográfica de las sociedades modernas, con un crecimiento de la expectativa promedio de vida que alcanza ahora a los 65-70 años, contribuye a transformar las diferencias de edades en formas estamentales, pues los jóvenes, en todos los campos de actividad, se enfrentan a “multitud de viejos”. Siendo las cosas así, crecen los obstáculos para el ascenso social y se acentúa la antinomia entre las conductas innovadoras y las presiones hacia el conformismo y la estabilidad, dentro de marcos de experiencia con buenos niveles de vida, derivados de la

Aspectos sociológicos

democratización del consumo, por la alta productividad, la ocupación plena y el incremento de la salud colectiva y la educación. Se completa este panorama, robusteciendo las energías rebeldes de la juventud, con el énfasis puesto por la civilización de los controles cibernéticos en la relación hombre-máquina, fomentando una organización de los seres humanos en la que predominan las estructuras del poder burocrático a expensas de la creatividad y la iniciativa personales, en marcos de inflexible rigidez que contrastan con la espontaneidad vital de los jóvenes¹⁵.

En las sociedades de tipo individualista, un factor que facilita los efectos desintegradores de la actividad de la juventud, en especial de los estudiantes, es la falta de una organización del empleo del tiempo libre y de las actividades extracurriculares de los mismos. Este fue uno de los temas en que se orientó la especulación sociológica de Karl Mannheim¹⁶. Para este autor, en las sociedades modernas, muy dinámicas, el rol de la juventud es decisivo y la renovación social descansa en ella, pues vive abierta a lo nuevo, a formas distintas de la experiencia común, y no está suficientemente integrada en el "status quo": el joven todavía no es nadie y aspira a ser alguien, careciendo de intereses y hábitos arraigados en lo económico o en cuanto a gustos y preferencias de toda índole. Si esa fuerza potencial de cambio tiene que ser aprovechada, no puede librársela a sí misma: su promoción y organización es un imperativo. Con anterioridad a la primera guerra mundial, sólo en Alemania y Francia existían movimientos puramente juveniles, espontáneos; pero entre 1930 y 1940, Alemania, Italia y Japón establecieron organizaciones monopolistas y compulsivas de la juventud, a cargo del Estado, mientras que en las democracias liberales no se daba nada equivalente, siquiera en la necesidad de reconocer la importancia de coordinar y canalizar de modo constructivo los esfuerzos juveniles. No se trata de reclamar la imposición de férreos cartabones, sí de alentar con los recursos colectivos a ese inmenso ejército de reserva, encauzando, por variados medios, su participación humana, sin menoscabo de sus expectativas legítimas y atendiendo a las necesidades sociales. La ideología individualista que campea en los regímenes democráticoliberales, concentra su empeño en asegurarles a los jóvenes —y en general a la mayoría de los ciudadanos— una irrestricta autonomía. Pero se hace poco hincapié en la desorientación e inmadurez de los jóvenes y se los deja librados a prácticas deambulatorias, a la espera de su maduración, sin reparar en los inconvenientes de los costos sociales resultantes de frustraciones y fracasos con el método de ensayo y error que, en muchos casos, puede acarrear una destructividad insuperable para sí mismos y para los demás. En la práctica, esos criterios revelan un desentenderse de las complejidades de la existencia en la so-

ciudad contemporánea y de los vastos problemas de las generaciones jóvenes, consolidando la estructura establecida al no integrarlas adecuadamente en status y roles que tiendan a promover su ulterior responsabilidad adulta.

Los interrogantes acerca del punto en que nos hallamos no son pocos: la universalización del sistema de producción industrial, con sus correlatos en la automatización de las empresas, el aumento de las burocracias y, por ende, de la autoridad impersonal y anónima; el auge de las comunicaciones de masas y sus efectos en la interdependencia de las naciones; la nivelación y la mecanización a que se somete al ser humano; son otras tantas amenazas a la identidad personal, con sus resultantes de desarraigo y masificación. Las guerras, los cambios técnicos y las transformaciones en las expectativas son fuentes de ansiedad demasiado obvias y la juventud actual necesita afrontar con maduración adulta esas fisuras en los valores, las metas y las normas sociales. Desconociendo la importancia de esos determinantes no es dable reelaborar la cuestión y asignar la solución a la iniciativa de los individuos y, en última instancia del grupo familiar, cuando la generalidad de los factores escapa al diagnóstico de culpabilidad de los pequeños grupos y de las malas relaciones interpersonales. Sus causas principales radican en la estructura social y en los componentes de alienación que comporta. Aun la conducta negativista de los jóvenes que rechazan el integrarse a ese mundo y el compartir responsabilidades por su suerte, es un alerta acerca de la personalidad humana mutilada que reivindica su autonomía, su libertad, su derecho a la autorrealización y a la vida espontánea. En los estudios más recientes sobre la delincuencia juvenil, no nos ha de sorprender que en la anomia generalizada en que viven muchos de los protagonistas de esas conductas criminales, se halle un escepticismo conectado a la dramática inseguridad de la época: si el mundo puede terminar de un momento a otro, por obra de los propios hombres, ¿a qué comprometerse con metas honorables y a largo plazo? ¹⁷.

EL MERCADO ADOLESCENTE.

Con datos de base muy heterogéneos, pero situados en países de alto desarrollo industrial y, a su influjo, por efecto de demostración, con manifestaciones en países de la periferia, puede afirmarse que en esta segunda mitad del siglo, se afirma la emancipación económica de los adolescentes, muy en especial, de los pertenecientes a la clase popular. La juventud tiene más dinero para gastar que el que tuvieron sus padres a la misma edad. La juventud de los años 30 se desenvolvía en un clima de

Aspectos sociológicos

inseguridad económica y desempleo, en constante amenaza; la de los años 50, ha vivido siempre en una ola de abundancia. Para 1931, la ocupación de los jóvenes, en Gran Bretaña, se distribuía entre mensajeros, mandaderos, mozos de café y otros trabajos menores; una, de cada tres muchachas, se hallaba empleada en el servicio doméstico. Para 1961, las ocupaciones prevalecientes son de obreros en las nuevas industrias de la ingeniería electrónica, en la fabricación de equipos hogareños, en las industrias de la alimentación, o bien en empleos dentro del proceso de distribución de los productos. En Gran Bretaña, hacia 1959, a título de ejemplo, de cinco millones de jóvenes entre los 15 y los 21 años, el 20 % recibían educación en escuelas primarias y secundarias. El 80 % restante, eran jóvenes trabajadores: tres millones de muchachos y muchachas que, con la percepción regular de salarios, se integraban como consumidores en lo que ha dado en llamarse el mercado adolescente¹⁸. La publicidad los tiene por blanco de sus ofertas y sugerencias —por no hablar de hipnosis—, pues se sabe que tienen dinero, lo ganan y quieren gastarlo según sus gustos. En nexos con los rituales de la edad, la lista de productos engloba: cigarrillos, drogas (“el Karma al instante”), bebidas sin alcohol, discos, ropas para vestir. Hay diferencias drásticas entre los gastos de los adolescentes y de los adultos, como lo indica el cuadro¹⁹ que damos a continuación:

Gastos de los adolescentes	Gastos de los adultos
Ropas de vestir Discos Conciertos Cosméticos Revistas Cine	Alimentos Alquiler de departamentos y casas Lavadoras Artefactos del hogar Muebles

Las metas, por supuesto, varían: los jóvenes buscan el placer inmediato, aunque de corta duración; los adultos, la existencia estable y el disfrute duradero.

A modo de rúbrica de un disconformismo generacional, los jóvenes de hoy se orientan hacia el entretenimiento y el gasto fuera de sus familias. Y en la misma medida, cobran un puesto de primer orden en el mercado interno de muchos países.

LA CULTURA ADOLESCENTE

Si en su acepción estricta una cultura es un modo o estilo de vida, no cabe duda que corresponde hablar de una cultura adolescente. Sólo que esta situación de hecho, compartida por millones de jóvenes, se halla ahora intensificada por la segregación relativa de los mismos en la población de cada sociedad, como ya lo hemos indicado. Aunque el estadio juvenil no dura, se tiende a prolongarlo. Existen razones objetivas por las mayores exigencias de la capacitación y el entrenamiento para ocupar los status y roles de adultos en virtud del progreso científico y técnico. Esto mismo refuerza el asilamiento de las generaciones jóvenes que viven un sentido mesiánico de su tarea y lugar en el mundo. La frecuente interacción formativa en grupos de pares promueve modos de pensar y actuar en que estimula: 1) la autonomía contra padres y organismos y autoridades adultas; 2) las relaciones entre los sexos; 3) las actividades unisexuales o las compartidas por ambos sexos²⁰. Las orientaciones de la acción que de ello resultan muestran: 1) una independencia compulsiva referida a ciertas expectativas de los adultos que se hallan prestos a contradecir; 2) un conformismo compulsivo en el que se refleja, ante todo, la lealtad al grupo, la observancia literal de sus normas y el castigo por la desviación; 3) un romanticismo de veneración a los héroes de la juventud: atletas, artistas, líderes nacionales y grupales²¹.

Los medios de comunicación de masas y su abusiva presencia amplifican y complican el proceso. No sólo mantienen el interés en programas destinados a los jóvenes sino que, por su intermedio, forjan las imágenes de los arquetipos de la edad e, igualmente, fijan una imagen-tipo del joven del presente, que sirve de comunicador interno a toda una generación, controlada y adaptada a los requerimientos que emanan de esa imagen, lo concerniente a lenguaje, modales, vestimenta y sistema de valores.

Los jóvenes, en la sociedad actual de alto desarrollo, se encuentran interconectados y participan de experiencias comunes en el estudio, el trabajo, el deporte y el uso del tiempo libre en general, como no ha ocurrido en otras épocas de la historia. Pero esa solidaridad generacional se transforma en impedimento —o en demora— a fin de arribar a la necesaria relativización de la cultura juvenil, por el acceso al desempeño de roles adultos, con su inherente responsabilidad social. Es en esa separatividad que la condición juvenil prolongada en exceso equivale a una actividad regresiva: la de los que no quieren crecer, manteniendo una situación de indemnidad que trasciende los límites de lo permitido por

Aspectos sociológicos

toda sociedad, a la espera de que sus miembros alcancen la adultez. El testimonio dramático de un caso extremo, lo proporciona la siguiente declaración de lo que significa ser un "beatnik": "No tener lazos con la sociedad. Dejar padre, madre, hermanos y hermanas. Andar por la calle sin un peso en el bolsillo. Hacer algo para ganarse algo. No ahorrar. No pensar en el mañana. Dormir donde sea. Comer donde venga: ésta es la vida verdadera del "beatnik" ²².

BIBLIOGRAFÍA

1. PONCE, ANÍBAL: *Ambición y angustia de los adolescentes*. Ed. Matera, Buenos Aires, 1969.
2. ERIKSON, ERIK: *Juventud, identidad y crisis*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1971, pág. 235.
3. ERIKSON, ERIK: *Infancia y Sociedad*. Ed. Hormé, Buenos Aires, 1959, pág. 26.
4. ERIKSON, ERIK: Obra citada, págs. 26/27.
5. TENBRUCK, A.: *Diógenes*, N° 36, Buenos Aires.
6. RIESMEN, D.: *La muchedumbre solitaria*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1964.
7. ERIKSON, ERIK: *Infancia y Sociedad*, obra citada, pág. 223.
8. Cf. HAVIGHURST, ROBERT J.: *Psicología social de la adolescencia*. Unión Panamericana, Washington, 1960.
9. ERIKSON, ERIK: *Identidad, juventud y crisis*, obra citada, pág. 14.
10. ERIKSON, ERIK: Obra citada, pág. 127.
11. ERIKSON, ERIK: Obra citada, pág. 128.
12. ERIKSON, ERIK: *Infancia y Sociedad*, obra citada, págs. 82 y ss.
13. ERIKSON, ERIK: *Identidad, juventud y crisis*, ob. cit., pág. 154.
14. PARSONS, T.: *La juventud en el contexto de la sociedad norteamericana*, en el libro "La juventud en el mundo moderno" (autores varios), editado por Hormé, Buenos Aires, 1969, pág. 214.
15. Cfr. FISHER, ERNST: *Problemas de la generación joven en los países muy desarrollados del mundo capitalista*, Madrid.
16. MANENHEIN, K.: *Diagnóstico de nuestro tiempo*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1944.
17. FYREL, T. R.: *The insecure offenders*, London, págs. 940 y ss.
18. FYREL, T. R.: Ob. cit.
19. FYREL, T. R.: Ob. cit.
20. PARSONS, T.: En el libro "La juventud en el mundo moderno" (autores varios), art. cit., pág. 215 y ss.
21. Cfr. "La juventud en el mundo moderno", obra citada, pág. 217.
22. Cfr. Revista *Cittá Nova*, Roma, número del 10 de enero de 1967.



Dibujo para el MARTÍN FIERRO (1962), por *Juan Carlos Castagnino*

Crecimiento y desarrollo en la adolescencia y en la juventud

MARCOS CUSMINSKY

INTRODUCCIÓN

NACIDO EN LA PLATA en 1927. Graduado de médico en la Universidad de La Plata en 1955. Residente de pediatría en la Universidad de Iowa, EE. UU. (1959-61). Licenciado en salud pública en la Escuela de Salubridad de la Universidad de Chile (1968). Docente autorizado de la cátedra de medicina infantil de la Facultad de Medicina de La Plata. Encargado del Centro de Crecimiento y Desarrollo del Niño (La Plata). Director de la Casa Cuna e Instituto de Puericultura de La Plata. En 1965 fue becario del Centro Internacional de la Infancia (París) para un curso sobre problemas médico-sociales del crecimiento y desarrollo del niño, realizado en Guatemala. Becario de la Comisión de Investigación Científica de la Provincia de Bs. Aires para el curso sobre crecimiento y desarrollo del niño, efectuado en Londres en 1962. Autor de 30 trabajos de su especialidad médica.

UNA de las características más notables de los últimos 20 años es la brusca irrupción del adolescente y del joven en la problemática socio-cultural. De acuerdo con Müller¹, a través de la historia la comunidad ha ido desarrollando distintas expectativas con respecto al niño y al adolescente. “En todos los tiempos, a lo largo de los 800 mil años de existencia de la humanidad el hombre ha nacido, ha crecido hasta hacerse adulto, ha fundado un nuevo hogar y ha criado a sus hijos antes de envejecer y morir. Pero la infancia ha tenido un estatuto muy distinto en la sociedad y ese estatuto es el que se modifica con rapidez en las modernas sociedades industriales”. Todavía en 1886, la Alianza Internacional de los Trabajadores consideraba como un progreso y una tendencia legítima y razonable de la industria moderna el fomentar la colaboración de los adolescentes y niños de los dos sexos en el gran movimiento de producción social, aunque el reinado del capital hizo de ella una abominación. “En una sociedad racional, cualquier niño desde los nueve años debe ser un trabajador productivo”.

Estos cambios de actitud acompañan a un desarrollo social que se ha hecho más acelerado en los últimos tiempos. Consecuencia del mismo es una disminución de la mortalidad general. En comparación con tiempos pasados las expectativas de vida de los adultos con respecto al niño de hoy se ven acrecentadas. El hecho de que el promedio de vida útil haya aumentado tanto en los últimos treinta años, significa que el individuo puede transitar su adolescencia y juventud durante un lapso mayor antes de integrarse al grupo económicamente activo ².

Además, al descender la mortalidad infantil mayor es el número de jóvenes entre los 10 y 25 años de edad que componen la pirámide poblacional. Así por ejemplo, un quinto de la población de los EE.UU. está en la segunda década. Este crecimiento rápido tiene también múltiples implicancias, ya que los jóvenes demandan servicios con los que en general no se cuenta. Sin embargo, ya se advierte que durante los últimos 15 años, por ejemplo, el número de clínicas para la atención del adolescente y del joven ha ido en aumento.

Este hecho es general para todos los países. En el nuestro durante los últimos cinco años los pediatras han comenzado a prestar mayor atención a este grupo etéreo; así se ha puesto de manifiesto en conferencias, congresos, mesas redondas y publicaciones recientes.

Garrell ³ realizó una encuesta en 225 hospitales de EE.UU. y Canadá sobre la existencia de servicios específicos para adolescentes. El 24 % de los hospitales encuestados los tenían, ya sea como consultorios externos, sala de internación o ambos. Solamente dos habían sido establecidos antes de 1955. El 33 % respondieron que era una necesidad contar con tales servicios, en tanto que el 43 % restante no pudo justificar un programa específico para esa edad por falta de conocimientos acerca de estos servicios, por tener necesidades más apremiantes, etc. Sin embargo los adolescentes de 12 a 21 años representaban el 7,8 % del total de las admisiones de los hospitales generales, y el 10,3 % de los hospitales pediátricos. Las visitas a consultorio externo representaban el 5 % en los hospitales generales y el 13,9 % en los hospitales de niños.

Cinco años después, Riggs y Fisher ⁴ retomaron el trabajo de Garrell mediante una encuesta en las 53 instituciones hospitalarias que poseían servicios para adolescentes. El personal a cargo de las mismas estaba compuesto no sólo por médicos sino también por psiquiatras, trabajadoras sociales, enfermeras en Salud Pública y en algunos también por nutricionistas.

Crecimiento y desarrollo

Como sostiene Masland⁵ son tantos los hechos dinámicos en la conducta del adolescente que interesan y demandan la atención de la sociedad adulta que sin querer pueden pasarse por alto el tremendo impacto de los cambios físicos que han de ocurrir inevitablemente y que influyen sobre el adolescente y su ajuste a la vida contemporánea. Es evidente que el brusco empuje del crecimiento requiere un diálogo del adolescente con su cuerpo y su desarrollo físico debe parecerle "apropiado" para su edad cronológica porque ello le permitirá sentirse integrado a su generación.

Un muchacho puede conformarse mentalmente muy bien con su apariencia física; pero no hay duda de que si a los catorce años su estatura es inferior a lo esperada para su edad, le atribuirá a este hecho los fracasos que pueda tener. De aquí pueden derivarse acciones antisociales que tengan por objeto hacer que su grupo repare en él y que los adultos le presten atención.

Para este grupo constituye una preocupación constante y es de enorme importancia la apariencia física; por eso para el adolescente es más positivo conocer el amplio rango de los patrones normales de crecimiento que recibir respuestas ambiguas acerca de su estatura y de su edad cronológica. Esta información la debe suministrar el médico que, de tal forma, ejerce una acción preventiva en el sentido más estricto de la palabra.

Sobre la problemática de la psicología social, campo donde los conocimientos son aún incipientes, se produce un impacto notable con la creciente participación de los adolescentes y de los jóvenes. Pero también en la problemática médica quedan sin resolver una serie de interrogantes y el primero y fundamental es: ¿Quién va a encargarse de la atención de estos muchachos?

Se discute si ha de ser el pediatra que lo ha conocido desde muy niño o el internista que atiende adultos. El profesor José R. Vázquez⁶ se inclina por el pediatra pues en su opinión éste conoce la historia clínica del paciente por haberla vivido a través del proceso de crecimiento y desarrollo que se ha operado en el niño. Conviene aquí aclarar ambos términos. Entendemos por *crecimiento* al aumento de tamaño corporal del conjunto o de sus partes. El mismo puede ser medido en centímetros y kilogramos; también puede medirse en términos de equilibrio metabólico (ejemplo: retención de nitrógeno por el organismo). *Desarrollo*, en cambio, indica un aumento de la complejidad con que se realiza una función. Así, el individuo desarrolla su control neuromuscular, adquiere destreza y desarrolla su carácter.

El conocimiento longitudinal del niño, es decir, a través del tiempo, es la piedra angular del quehacer pediátrico y sobre éste se asientan los cambios característicos del adolescente y del joven. Pero, ¿acepta el adolescente la atención del pediatra? Aquí el profesor Vázquez contesta afirmativamente, bajo la condición —expresa— de que la misma sea diferenciada. Acentuando la necesidad de una atención diferenciada para los adolescentes, algunos autores han querido ver en este grupo problemas que demandarán la atención de un equipo médico a cuyo cargo estaría la especialidad correspondiente llamada Efebiatría.

Tal concepto no es compartido por Gallagher⁷ quien no cree necesario crear un nuevo compartimiento que volvería a parcializar la atención del individuo. Más bien se inclina a aceptar que el adolescente reciba la atención de quienquiera que sea capaz de interesarse en él, de respetarlo en su cambiante personalidad y a dar respuestas a sus problemas.

MORBILIDAD Y MORTALIDAD DEL ADOLESCENTE Y DEL JOVEN

Los índices de morbilidad y mortalidad de jóvenes y adolescentes dan idea de las necesidades de atención de estos grupos humanos. Sin embargo, debe reconocerse que todavía se ignora parcialmente la magnitud de la repercusión de los fenómenos patológicos sobre la morbilidad y la mortalidad de estos grupos.

Hay que tener en cuenta de que toda la información al respecto es sesgada y de que en general las muestras hospitalarias reflejan la patología emergente de la región (región geográfica, zona de características económicas especiales, etc.), razones por las cuales no pueden aceptarse en forma universal.

Con las reservas que acabamos de expresar, consideremos el discutido "Informe sobre el estado de salud del joven americano"⁸. Del mismo se desprende que un tercio de todos los jóvenes de la nación (Estados Unidos) de dieciocho años de edad serían considerados ineptos si fueran examinados para ser aceptados en las fuerzas armadas. De éstos, alrededor de la mitad serían rechazados por razones médicas. El resto sería descalificado debido a su incapacidad de pasar el "test" mental. Este informe fue hecho público en enero de 1964. Cabe preguntarse cuáles serán hoy día las condiciones en ese mismo país después de haberse intensificado la guerra externa, los conflictos sociales y raciales y la droga-adicción.

Otro informe casi de la misma época (contenido en el trabajo de Garrell ya citado en la referencia 3) nos ilustra acerca de los trastornos or-

Crecimiento y desarrollo

gánicos diagnosticados con mayor frecuencia en diecinueve clínicas de los Estados Unidos en pacientes de 12 a 21 años de edad. Las cinco primeras causas registradas fueron: obesidad, acné, alergia, convulsiones y trastornos ortopédicos. Entre los trastornos emocionales más frecuentes se encontraron: reacciones de adaptación a la adolescencia, trastornos de conducta, de la personalidad, reacciones psico-neuróticas y dificultades escolares. Los trastornos emocionales fueron los responsables del 25 al 40 por ciento de las consultas.

Al analizar las causas de muerte de adolescentes en ese mismo país durante el año 1963 (cuadro n° 1) se llega a la conclusión de que el aumento de mortalidad del grupo 15 a 19 años responde a una serie de nuevas instancias, reflejo de la complejidad ambiental en que se desarrolla el joven entre esas edades y que no se presentaban en el grupo etáreo anterior. Ejemplo de ello son los accidentes y los suicidios.

CUADRO N° 1

Causas de muerte en los adolescentes en los Estados Unidos - 1963

Causa	Edad			
	10-14 años		15-19 años	
	Nº	%	Nº	%
Accidentes de tránsito motorizado	1.309	17,4	5.383	38,6
Otros accidentes	1.926	25,8	2.563	18,4
Tumores malignos	1.059	14,2	1.169	8,4
Enfermedades cardiovasculares	436	5,8	689	4,9
Neumonía	327	4,4	315	2,3
Suicidio	101	1,4	617	4,4
Otras	2.320	31	3.213	23
Total	7.473	100	13.949	100

De acuerdo a datos de la Secretaría de Estado de Salud Pública de nuestro país (Estadísticas hospitalarias: Serie 5, N° 14, junio de 1971), en el cuatrienio 1962-1965 murieron 1.368 niños entre los 10 y 14 años, y 4.958 jóvenes entre los 15 y 24 años. Las diez primeras causas de muerte se registran en el cuadro N° 2.

CUADRO N° 2

*Tasa anual de mortalidad en ambos sexos. Edades 10-14; 15-24 años.
Promedio del cuatrienio 1962/65 - República Argentina*

Causa	Grupos de edad	
	10-14 años	15-24 años
Tuberculosis del aparato respiratorio	1,4	7,8
Todas las demás enferm. infecciosas y parasitarias ..	1,9	2,8
Tumores malignos	5,6	7,5
Meningitis no meningocócica	1,8	1,6
Otras enfermedades del corazón	1,3	3,0
Neumonía	2,5	2,7
Parto y complicaciones del parto	0,3	4,5
Causas mal definidas y desconocidas	9,5	17,9
Las demás enfermedades	8,0	14,1
Lesiones de causa externa	20,1	57,8
Totales	64,6	136,4

La tuberculosis del aparato respiratorio, los tumores malignos y las enfermedades cardíacas tienen un mayor peso en el grupo de 15-24 años. En cuanto a las lesiones de causa externa —rubro que incluye los accidentes de vehículo motor, los suicidios, homicidios y traumatismos— son las que producen el mayor número de muertes en las dos edades consideradas, con un notable aumento de la tasa * en el grupo de 15-24 años.

Quien tenga a su cargo la atención —pediatra, médico de adultos o efebiatra— del joven y del adolescente ha de poseer sensibilidad y conocimiento de los rápidos cambios físicos que se operan durante la adolescencia y habilidad suficiente para llevar adelante su relación con el joven a quien debe ayudar a solucionar sus problemas orgánicos, emocionales o una combinación de ambos.

* *Tasa*: Es un cociente que mide el riesgo de un grupo de individuos a los cuales les sucede un hecho. En el denominador de este cociente se anotan los individuos expuestos y en el numerador los que estando expuestos les ocurrió el hecho que se estudia.

Crecimiento y desarrollo

Cabe decir aquí que dentro de las corrientes de opinión acerca de quien ha de ocuparse de la atención del joven y del adolescente, parece ser general el hecho de que los especialistas en problemas de la adolescencia han surgido siempre o casi siempre de las cátedras de pediatría. Es posible, sin embargo, que entrando más allá de la adolescencia en las etapas de la juventud, el pediatra sienta el rechazo de pacientes cuyos problemas están más próximos a los del adulto que a los del niño y del adolescente.

CRECIMIENTO FÍSICO

El individuo es la resultante de una compleja interacción entre los factores genéticos y los del medio ambiente. Los factores genéticos aportados por ambos progenitores, expresan las características intrínsecas de la especie.

Los factores del medio ambiente —ecológicos, socio-económicos, culturales— harán factible o no el programa genético del individuo, como se verá en el capítulo correspondiente.

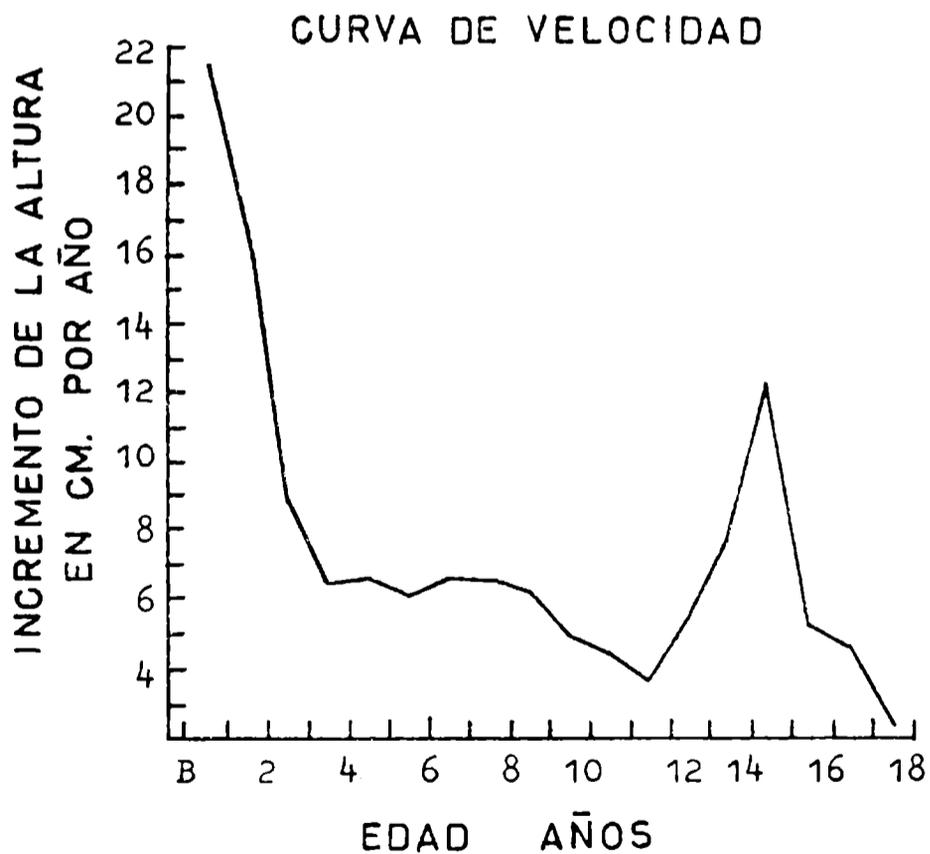
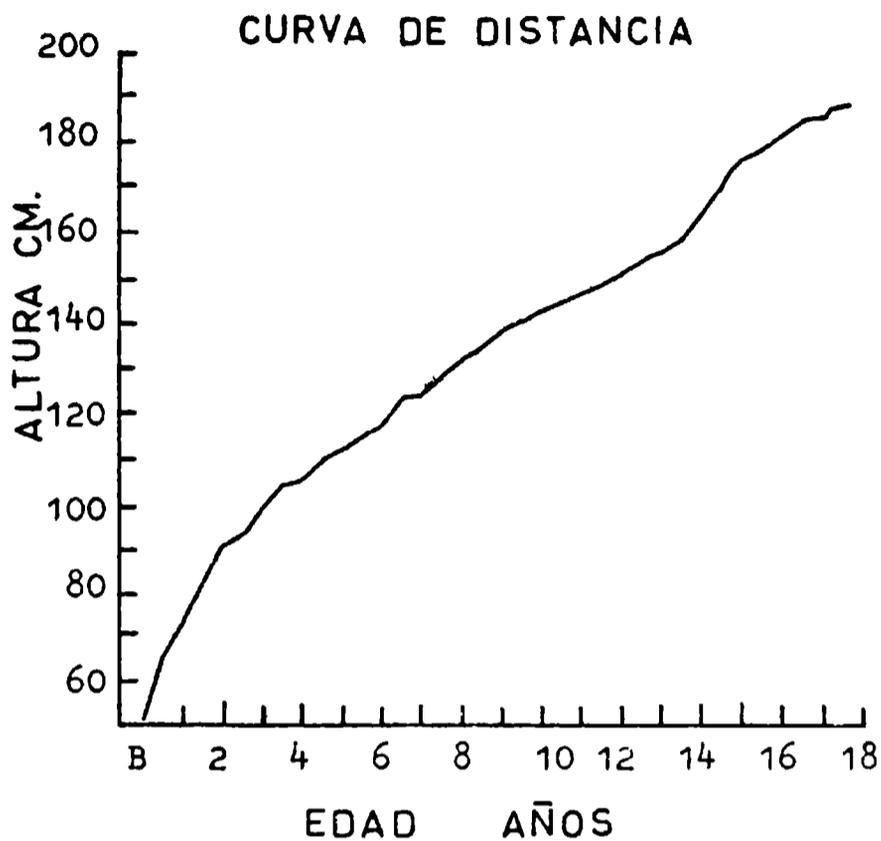
Nos debemos ocupar ahora de las características físicas del adolescente y del joven. Las etapas en que tradicionalmente y desde el punto de vista médico se divide la vida del individuo responden a instancias físicas y psicológicas particulares de cada una de ellas. Estas etapas son: 1) 0-2 años período de lactante; 2) 2-5 años período del pre-escolar; 3) 6-12 años período del escolar; 4) 12-15 años período de la adolescencia; 5) 16-25 años período de la juventud; 6) 30-60 años período de la madurez); 7) más de 60 años, senectud. Esta división también tiene connotaciones educacionales como lo ha puesto de manifiesto Debesse⁹.

En este artículo nos ocupamos especialmente de los períodos de la adolescencia y de la juventud, o sea *del individuo de 12 a 25 años*. Un hecho notable marca la diferencia entre los dos: mientras en la adolescencia los cambios físicos y bioquímicos se suceden rápidamente, el ritmo de los mismos se detiene en la juventud al haber alcanzado ya el individuo las características somáticas que lo acompañarán durante toda su vida.

El gráfico N^o 1 esquematiza el crecimiento de un niño desde el nacimiento hasta los 18 años. La curva superior es la estatura máxima que alcanzó este muchacho. La inferior, los incrementos que presentó entre una edad y la siguiente. Esta gráfica señala la velocidad del proceso

GRAFICO N:1

CRECIMIENTO DE PHILIBERT GUENEAU
DE MONTBEILLARD. (1759 - 1777)



1) *Curva de distancia*: altura alcanzada por el niño y el adolescente en cada año de edad. 2) *Curva de velocidad*: incremento en altura de año a año. (Reproducido de *J. Tanner*: "Growth at adolescence".)

Crecimiento y desarrollo

durante distintos períodos. Ha sido elaborada sobre los datos registrados por Count Philibert Gueneau de Montbeillard en su hijo¹⁰, durante los años 1759 a 1777, razón por la cual su interés es histórico**.

Para determinar los parámetros antropométricos se requiere un material apropiado y una técnica de no fácil adquisición. Diversos organismos internacionales han insistido sobre la forma de registrarlos para que los hallazgos sean posteriormente comparables¹¹.

Al analizar la velocidad de crecimiento, en este caso particular expresado por la estatura, se observa que la misma no es uniforme, existiendo dos períodos de máxima aceleración: uno, durante los primeros dos años y medio de vida; el segundo, a partir de los nueve años, alcanzando su máxima intensidad a los 14, para detenerse finalmente a los 18 años. Existe una pequeña aceleración entre los 6 y 8 años, cuyo significado no está totalmente dilucidado.

El proceso de aceleración del crecimiento sólo puede ser analizado en estudios longitudinales que consisten en la observación del mismo grupo de individuos en intervalos de tiempo prefijados. En el caso de Montbeillard las mediciones se llevaron a cabo cada seis meses. En estos estudios se acepta sólo una dispersión de pocos días alrededor de la fecha fijada para el registro de las mediciones.

Los estudios transversales, en el que se registran las mismas medidas a distintos grupos etéreos y al mismo tiempo, permiten la obtención de datos con los que se elaboran tablas-patronos que son de gran utilidad en Salud Pública.

Se ha reconocido que los órganos y sistemas responden, en general, a cuatro tipos principales de crecimiento como se observa en el gráfico N^o 2.

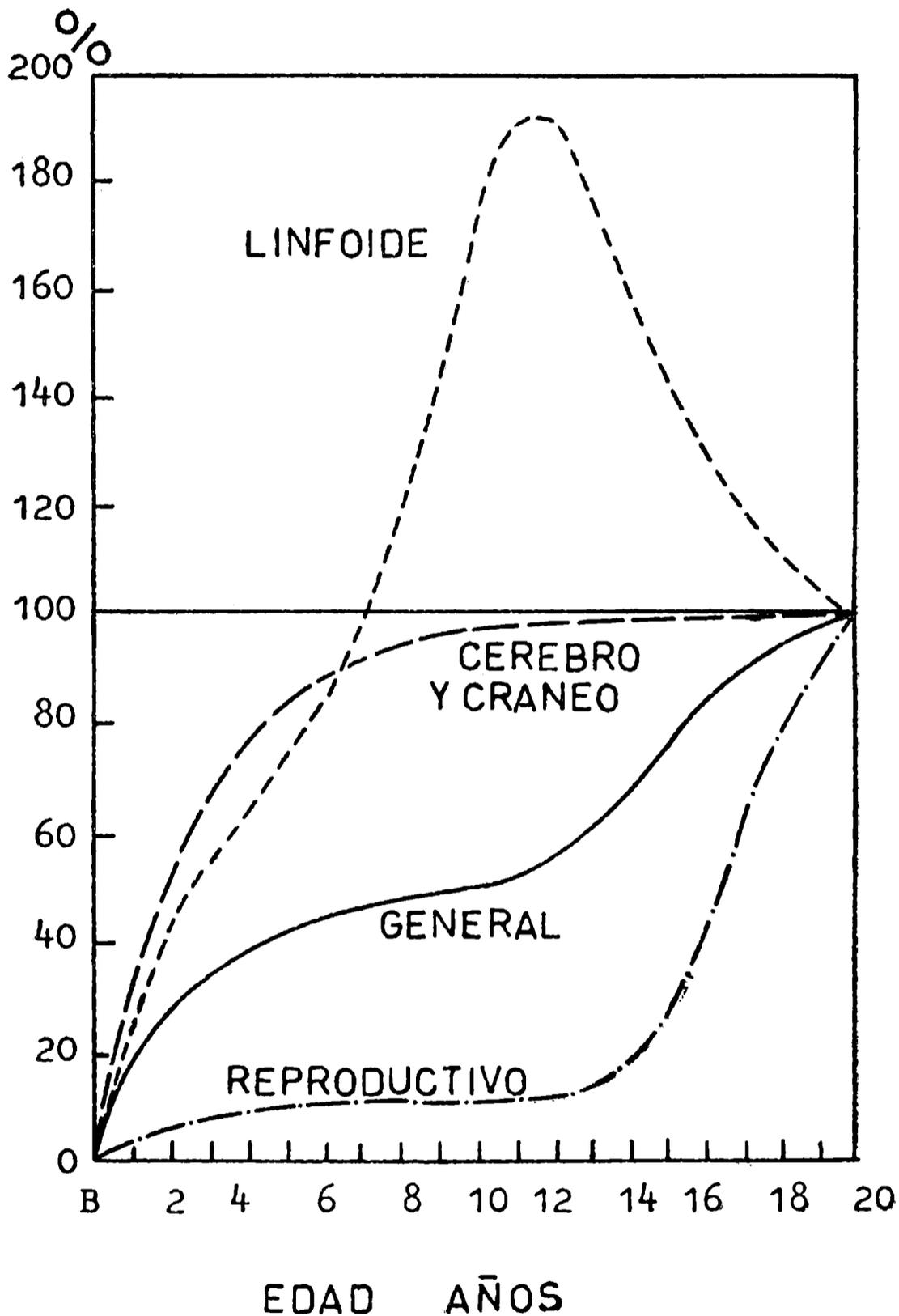
Tipo de crecimiento linfoide: Comprende el timo; nódulos linfáticos; órganos intestinales linfáticos.

Tipo de crecimiento cerebral y cefálico: Cerebro y sus partes; médula espinal; aparato óptico; calota craneana.

** Los datos fueron publicados por Buffon, amigo de Montbeillard, en su *Histoire Naturelle*. Fueron posteriormente recogidos por SCAMMON, R. E., en *The first serializing study of Human Growth*. Am. J. of Physical Anthropology, 10-329; 1927. El primer estudio sobre crecimiento humano desde el nacimiento hasta la madurez fue llevado a cabo por el astrónomo Quetelet, en Bélgica, en 1835. En Estados Unidos los primeros estudios fueron llevados a cabo en 1877, y en Inglaterra en 1883. (CONE, TH.: *Secular acceleration of height and biologic maturation in children during the past century*. The J. of. Peds., 59-736, 1961.)

GRAFICO N°2

CURVAS DE CRECIMIENTO POSTNATAL DE
DIFERENTES ORGANOS Y TEJIDOS, EXPRESADAS
EN PORCENTAJE.



Los órganos y tejidos tienen distinta velocidad de crecimiento. (Gráfico tomado de J. Tanner, realizado sobre datos de Scammon: "The measurement of man".)

Crecimiento y desarrollo

Tipo de crecimiento general: Masa corporal como un todo; dimensiones externas (con excepción de la cabeza); órganos digestivos y respiratorios; riñones, aorta y vasos pulmonares; musculatura; volumen sanguíneo.

Tipo de crecimiento reproductor: Testículos; epidídimo; próstata; vesícula seminal; ovarios; útero; trompas de Falopio.

Al primer período de rápida aceleración del crecimiento corresponde la maduración del sistema nervioso y del cráneo. Eso le permite al niño de 5 años de edad haber alcanzado ya el 90 % del tamaño del mismo.

Los órganos sexuales y el sistema reproductor parecen entrar en un período de latencia inmediatamente después del nacimiento, que se mantiene hasta que bruscamente se inicia la segunda aceleración rápida, conocida como empuje o estirón de la adolescencia.

Todos los músculos, huesos y órganos participan de este proceso de crecimiento con una velocidad que les es propia a cada uno de ellos. Las proporciones corporales también siguen un esquema bastante regular. La cabeza, tronco y miembros inferiores participan en la estatura total del individuo en porcentajes distintos según sea la edad del individuo. Así, durante los primeros meses de la vida fetal, la cabeza es el segmento más voluminoso del cuerpo. Al nacimiento, el segmento superior (cabeza, cuello, tronco) es mayor que el inferior (miembros inferiores), estableciéndose una relación aproximada de 1,7/1. Las piernas crecen luego rápidamente. A los 12 años, los segmentos son iguales (relación segmento superior/segmento inferior = 1¹²). De los 13 a los 17 años el empuje de la adolescencia afecta a la longitud del tronco en una proporción mayor que a los otros componentes¹³.

En la adolescencia se observa un marcado incremento de la capacidad atlética, más notable en los varones. Aumenta el volumen cardíaco y el vigor muscular. Las marcas atléticas han mejorado notablemente después de la última guerra mediante la utilización de nuevos métodos para superar la falta de oxígeno que demanda un ejercicio violento¹⁴. Además, los principales "records" en las olimpiadas mundiales llevadas a cabo en Roma en 1960 han sido obtenidos por jóvenes entre los 17 y 22 años¹⁵. Lo mismo ha sido observado en las competiciones posteriores.

El espesor de la grasa subcutánea puede medirse con rayos X o con un calibre especial de presión constante¹¹. Los sitios elegidos para su determinación por este método son la región posterior del brazo (triceps) y la región subescapular. Los cambios en el tejido subcutáneo del triceps reflejan bastante bien los cambios en la grasa total del cuerpo.

La grasa subcutánea aumenta en esta región desde el nacimiento hasta los 9 meses de edad.

Durante la adolescencia el tejido graso del tríceps en las muchachas aumenta, en contraste con los varones. En este sexo, a partir de los 19 años hay un aumento gradual de este tejido hasta los 35 años, aproximadamente. En las mujeres, a partir de los 22 años el incremento es constante hasta los 45 años. Estas características dependen, por supuesto, de la dieta y el gasto energético que tenga el individuo.

CONCEPTO DE MASA CORPORAL TOTAL

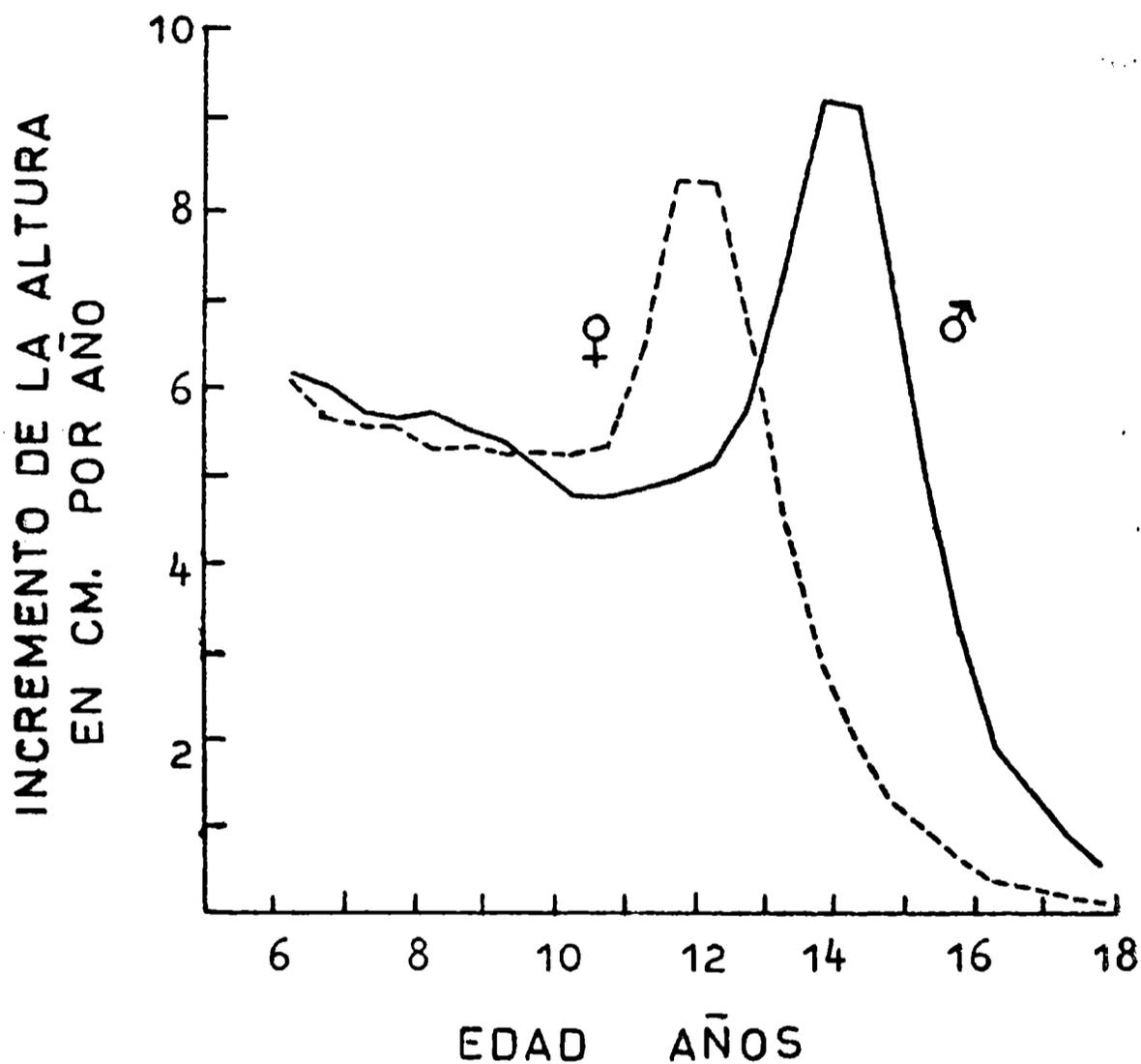
Debemos destacar que los conocimientos sobre la anatomía del crecimiento se han orientado desde hace pocos años hacia los componentes corporales del organismo y sus modificaciones durante los distintos períodos del crecimiento.

A partir de 1940, Behnke¹⁶ introdujo el concepto de masa corporal magra. El mismo puede definirse como la masa corporal desprovista de toda la grasa. La densidad del cuerpo —masa por unidad de volumen— es la suma de las densidades de los componentes individuales. Se supone que la masa corporal magra es constante con una densidad que se estima de 1,1. La densidad de la grasa es aproximadamente de 0,9. La disminución de la densidad corporal será entonces en función de la cantidad de grasa. De acuerdo a estudios efectuados en adolescentes por Parizkova¹⁷ los muchachos son más magros (D : 1062) que las mujeres (D : 1041) a los 9 años de edad. En cambio a los 13 años existiría una inversión, para finalmente ser los varones quienes presentan una densidad más elevada (menor cantidad de grasa).

El empuje de la adolescencia comienza más tempranamente en las mujeres que en los varones, en todas las latitudes. En el gráfico N° 3 se observa que el proceso se inicia en la mujer entre los 9 a 10 años, alcanzando sus máximos valores entre los 12 a 13 años. En cambio, en el varón tiene su inicio entre los 11 a 12 años, llegando a sobrepasar los valores del otro sexo entre los 14 y 15 años. Esta diferencia en maduración permite al hombre crecer más tiempo y, por ende, adquirir mayor estatura. Por cierto que esto no tiene solamente un significado antropométrico, sino que indica que existe un período donde los intereses de los dos sexos se separan, para unirse nuevamente al cabo de unos años. En tanto la niña se observa como va llegando a ser mujer, el varón continúa con su problemática de púber.

GRAFICO N.º 3

EMPUJE DE LA ADOLESCENCIA



Empuje de la adolescencia: el "estirón" en la estatura. El proceso es más precoz en la niña que en el varón. Entre los 9 y 14 años, en promedio, la velocidad de crecimiento —lo mismo que los intereses— no son los mismos en ambos sexos. (Tomado de *J. Tanner*.)

COMIENZO DE LA PUBERTAD. REQUERIMIENTO PARA UN CRECIMIENTO NORMAL

En un momento determinado, cuyas causas últimas no han sido aún dilucidadas, todo el organismo en crecimiento acelera su ritmo; el niño comienza su pubertad.

Si bien es el sistema nervioso el que inicia el proceso, no se conoce porqué ni cuándo ello ocurre. Existe un indudable patrón genético que lo determina. La vieja expresión “dos perros salchichas no producen un San Bernardo” tiene su corroboración científica al constatarse la participación genética en todas las características somáticas del individuo. Por ejemplo, actualmente se considera imprescindible, al examinar un adolescente, conocer al estatura de sus padres. Se cuenta con tablas antropométricas donde, además de la edad del individuo, se considera como variable la talla media de los padres o promedio de la talla del padre y la madre¹⁸.

También la edad de la menarquía (aparición de la menstruación) presenta semejanza bigeneracional en pares de madre-hija y bastante semejanza en pares de hermanas, que se acentúan si ellas son gemelas univitelinas¹⁸.

Se considera que la pubertad, de manera semejante a la adquisición de la regulación vesical, el caminar o hablar, depende de la maduración del sistema nervioso. Existen sin embargo, una serie de factores que pueden acelerar o retrasar la maduración sexual.

Para que se lleve a cabo el proceso de crecimiento, son requisitos indispensables:

1. Un componente genético normal, que transmita las características de la especie y de los distintos grupos humanos.

2. El aporte de un material formativo —proteínas, hidratos de carbono, grasas, minerales y vitaminas— que guarden entre sí relaciones que posibiliten su normal aprovechamiento.

3. Un proceso metabólico normal, que permita que el material formativo aportado sea absorbido, transportado, asimilado y excretado.

4. Un sistema neuroendocrino en condiciones de estimular, a través de la secreción de las distintas hormonas, a los órganos efectores.

5. La presencia de órganos efectores (protoplasma, músculos, huesos) en condiciones de recibir el aporte proveniente de la síntesis metabólica y la acción de las glándulas endocrinas.

6. Una estimulación afectiva —calorías humanas—, entorno necesario para que el proceso se lleve a cabo normalmente.

EL COMPONENTE ENDOCRINO DE LA PUBERTAD

Las hormonas sexuales, producidas por los testículos, ovarios y glándulas suprarrenales, comienzan a producirse en cantidades que pueden ser detectadas en la orina al iniciarse la adolescencia, originando los cambios en la conformación del individuo. Sin embargo, los órganos sexuales ya están en condiciones de responder a estímulo hormonal desde el nacimiento, como lo demuestra la crisis genital del recién nacido, proceso en el que se observa una secreción sanguínea vaginal y tumefacción mamaria. Ello ocurre como resultado del pasaje de hormonas placentarias al feto.

El eje diencéfalo-hipofisario es el responsable de las modificaciones fisiológicas que se producen en la pubertad. Por causas aún no conocidas, en un momento determinado cesa el bloqueo que ejerce la hipófisis sobre el hipotálamo. La supresión de esta inhibición permite que este órgano estimule al lóbulo anterior de la hipófisis provocando por parte de éste la secreción de hormonas gonadotropas¹⁹. Al mismo tiempo se produce un aumento en la secreción de andrógenos de la corteza suprarrenal.

Las hormonas gonadotropas actúan sobre los órganos sexuales, los que a su vez producen las hormonas encargadas de estimular las gonias primitivas hasta su completo grado de madurez, las cuales elaboran en el hombre hormonas destinadas al desarrollo de los caracteres sexuales secundarios. En la mujer, la secreción de la corteza suprarrenal se encarga de cumplir con esta misión.

La hormona folículo estimulante (F. E.) producida por la hipófisis actúa a nivel de los folículos primordiales que se encuentran en el ovario. Estos, en presencia de este estímulo, producen su hormona estrogénica. Algunos folículos se desarrollan más que otros y uno en especial, ante la acción de la segunda hormona (H.L.E.), llega a transformarse en óvulo maduro. Al desprenderse el óvulo del ovario se forma una superficie cruenta en la superficie de éste que al cicatrizar actúa como una glándula de secreción interna, el cuerpo amarillo.

La hormona luteo-estimulante (L.E.), también producida por la hipófisis, actúa en su formación, pero para su posterior mantenimiento y producción de su hormona —progesterona— es necesaria la intervención de la tercera hormona gonadotrófica (L.T.) o prolactina. El cuerpo amarillo, glándula de formación cíclica, es el encargado de mantener a

través de su hormona al útero en condiciones de recibir y anidar al embrión, en caso de producirse la fecundación. En caso contrario, el endometrio se desprende originándose así la menstruación.

En el varón no existe el ritmo cíclico que se presenta en la mujer. La hormona folículo estimulante (F.E.) actúa sobre las gonias primitivas que se encuentran en el testículo promoviendo su desarrollo hasta el estadio de espermatocito.

La hormona estimulante (L.E.) desarrolla y diferencia las células de Leydig que, ante este estímulo, producen testosterona. Esta hormona es la responsable de la estimulación de órganos periféricos para el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios. También estimula al testículo para que la gametogénesis iniciada con la F.E. se complete hasta la producción final del espermatozoide²⁰.

SECUENCIA EN EL DESARROLLO DE LOS CARACTERES SEXUALES

El desarrollo de los caracteres sexuales secundarios, que siguen una cronología precisa en su aparición, fueron bien estudiados¹⁰ y revisados recientemente por Marshall y Tanner^{21 22} en investigaciones longitudinales, utilizando secuencias fotográficas tomadas a un intervalo fijo a cada individuo. Analizadas posteriormente en conjunto permitieron establecer estadios del desarrollo de las mamas y vello pubiano en las mujeres y desarrollo del escroto, pene y vello pubiano en el hombre. Se establecieron así cinco estadios por el que atraviesan cada uno de estos caracteres sexuales y que sirven de puntuación para referirse al período que atraviesa el individuo desde la pre a la post-adolescencia.

El primer signo del comienzo de la pubertad en el varón es la aceleración del crecimiento de los testículos y escroto. Ello ocurre, de acuerdo a los datos ingleses, entre los nueve años y medio y trece años y medio en el 95 % de los casos (media, $11,6 \pm 0,09$). El órgano alcanza su madurez en edades que varían entre los 13 y 17 años (media, $14,9 \pm 1,10$).

El incremento en altura y el crecimiento peniano se inician aproximadamente un año después del crecimiento testicular, cuando las células intersticiales del testículo han comenzado a segregar su hormona.

La aparición del vello púbico es posterior al incremento de tamaño de los testículos. El pelo axilar aparece generalmente dos años después de haber comenzado a crecer el vello púbico. Esta cronología es muy variable y existen muchos casos en que ella se invierte.

Crecimiento y desarrollo

El vello facial hace su aparición en la misma época que el axilar. Primeramente hay un aumento de la pigmentación en el vello del labio superior; después aparece en la parte superior de las mejillas y por debajo del labio inferior; finalmente por los lados y bordes de la barba.

Al poco tiempo después del incremento en estatura se agranda la laringe, haciéndose la voz más grave. El proceso ocurre durante el período en que se está completando el desarrollo del pene.

El desarrollo genital alcanza el estadio adulto alrededor de tres años después de haber comenzado el proceso. Algunos muchachos completan su desarrollo en 1,8 años, mientras otros requieren 4,7 años.

El pico de incremento de estatura lo alcanzan los varones, en promedio, cerca de dos años después que las mujeres, como ha sido visto en el gráfico, si bien los genitales comienzan su desarrollo solamente seis meses después que las muchachas comienzan su desarrollo mamario. El vello pubiano aparece cerca de un año y medio más tarde en los varones que en las mujeres.

El crecimiento de las mamas suele ser el comienzo de la pubertad en las niñas. En los estudios ingleses ello ocurre entre los 8,5 y 13 años, alcanzando su grado de madurez entre los 11,8 y 18,9 años; muchas veces puede ser precedido por la aparición del vello púbico.

La menarquia —primer período menstrual y señal muy utilizada por los estudiosos de crecimiento— aparece casi invariablemente después de haber alcanzado el empuje máximo de incremento en estatura. Este se inicia, en promedio, a los 12, 14 años, mientras que la menarquia se presenta término medio a los 13, 14 años, con un rango de variación entre los 10 a los 12 años. El intervalo entre el comienzo de desarrollo mamario y la aparición de la menarquia fue, en los hallazgos de los autores citados más arriba, entre los seis meses y los cinco años nueve meses. El promedio establecido fue de dos años tres meses con un desvío de $\pm 0,1$ año.

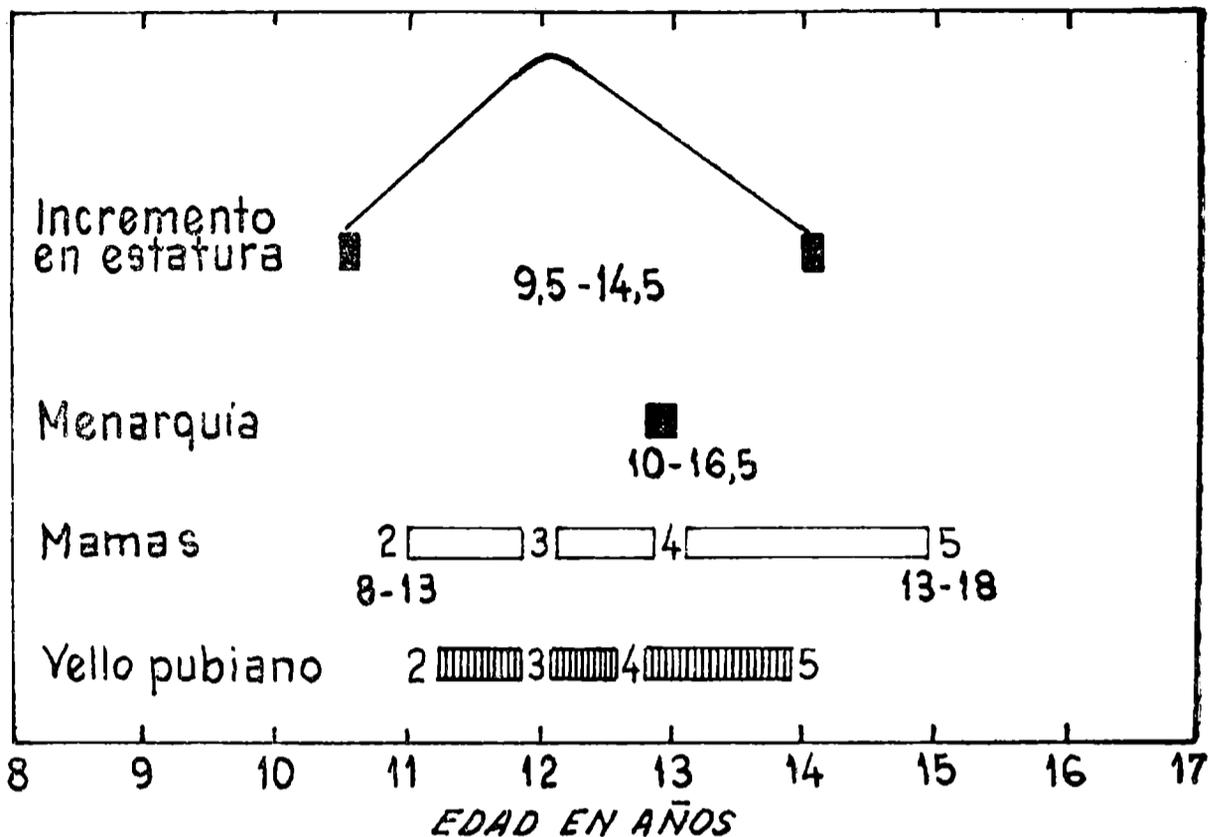
La aparición de la menarquia si bien señala una etapa definitiva en el crecimiento uterino correspondiente a la madurez, no se significa haber alcanzado la función reproductora. En la gran mayoría de los casos hay un período de alrededor de 1 año de infertilidad.

En el gráfico N^o 4 se muestran los rangos de variación en la aparición de cada acontecimiento, tanto para varones como para mujeres. Ello muestra la gama de edades en que pueden aparecer estos eventos.

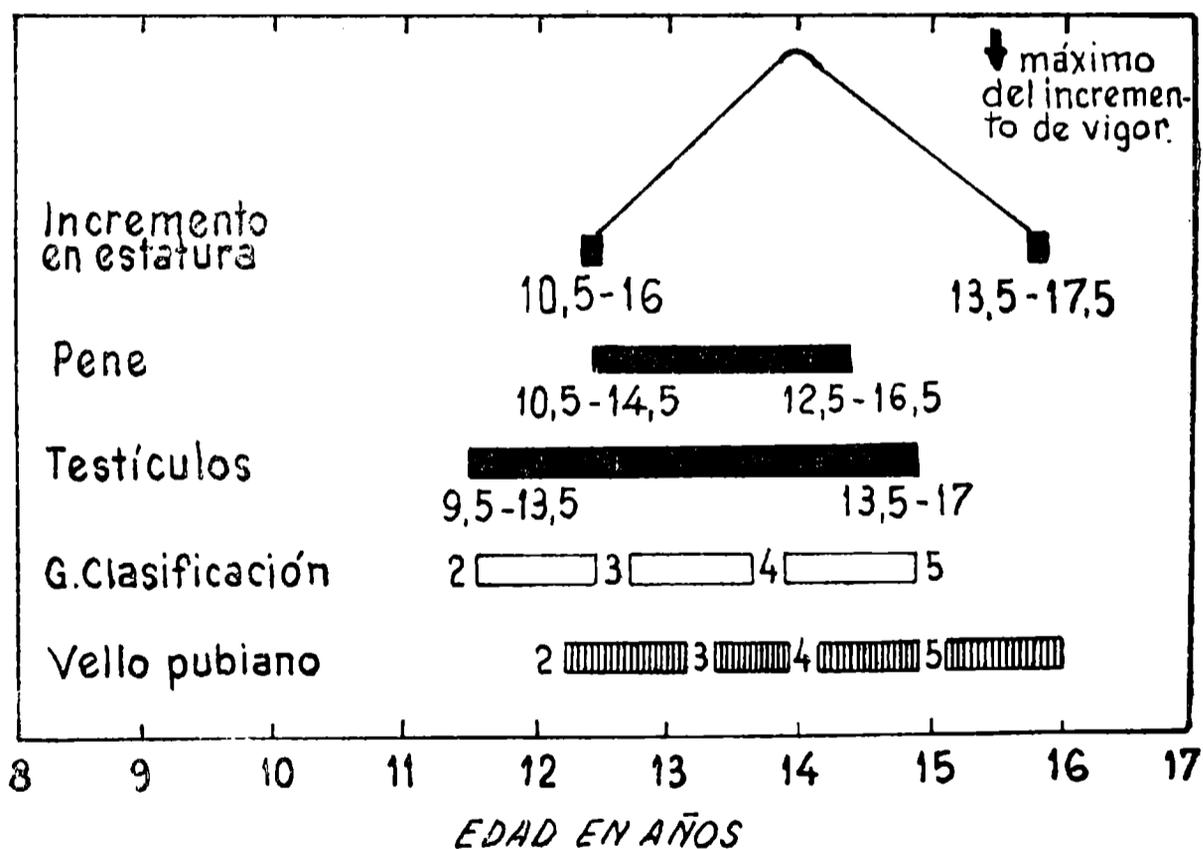
GRAFICON:4

SECUENCIA EN LA APARICION DE LOS CARACTERES SEXUALES EN LA PUBERTAD

MUJERES



VARONES



Una niña y un varón promedio están representados en relación con la escala de edades. Las edades entre las cuales aparecen los caracteres sexuales están indicados con los números inscriptos en la base de las figuras. (De Marshall y Tanner.)

Crecimiento y desarrollo

Así, un muchacho puede haber alcanzado su máximo desarrollo peniano a los trece años y medio en tanto que otro puede no haberlo comenzado a los catorce años y medio. En suma, un muchacho de madurez temprana puede haber alcanzado su estado adulto mientras otro, en la misma edad cronológica, puede no haber comenzado su empuje de la adolescencia.

EL CONCEPTO DE EDAD BIOLÓGICA

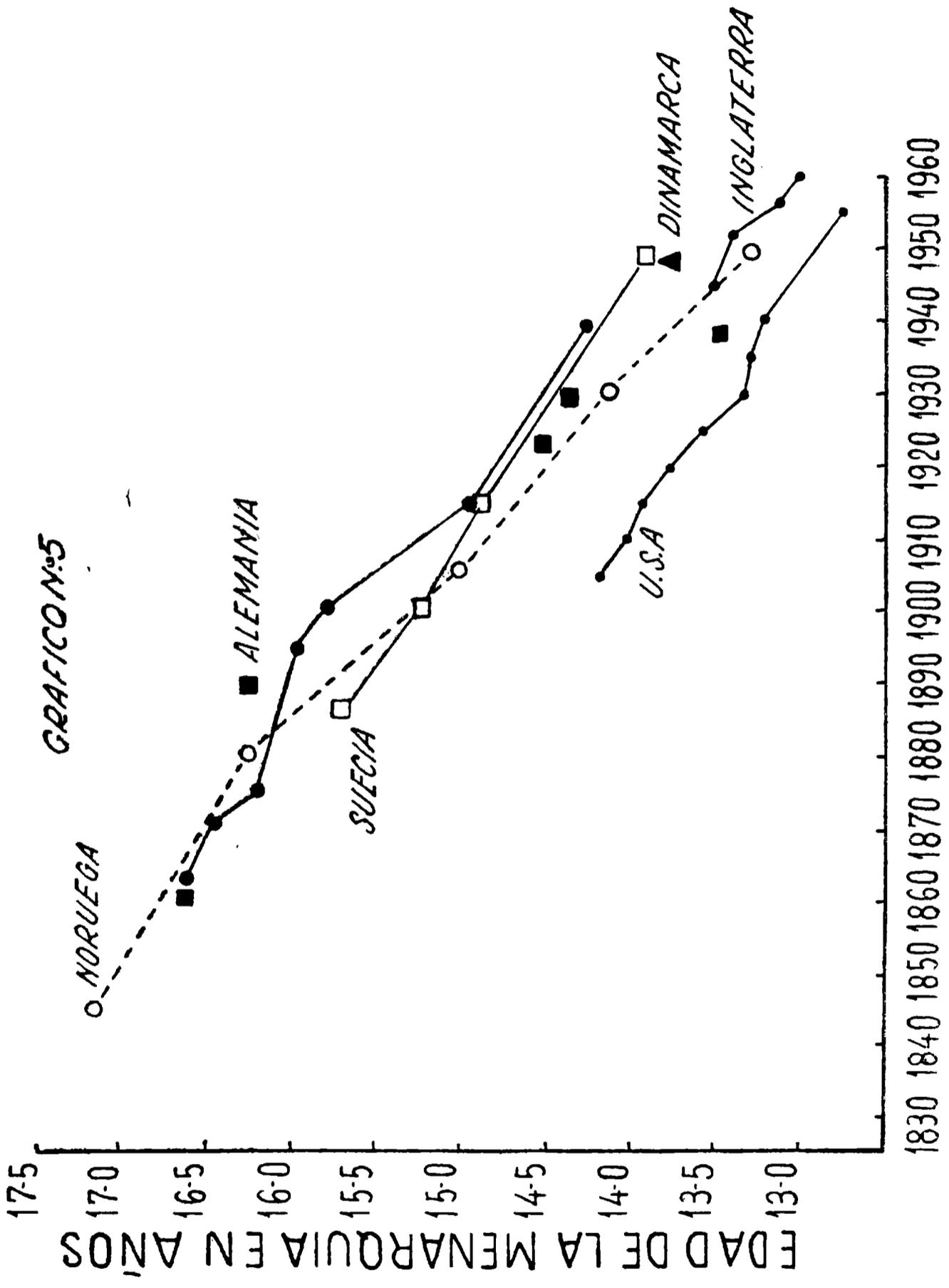
La edad cronológica significa literalmente el número de días transcurridos desde el nacimiento. De lo dicho anteriormente se deduce que existe una gran variación con respecto a la edad en que los niños alcanzan su adolescencia. Si bien todos pueden tener 14 años, no se los puede considerar igualmente desarrollados por sus notables diferencias físicas, que en última instancia condicionan el comportamiento individual. Es necesario, pues, una medida de la edad de desarrollo o madurez fisiológica que pueda ser aplicada mediante el período de crecimiento.

En la actualidad se utilizan tres medidas: la edad morfológica; la edad esquelética y la edad dental. La edad morfológica intenta registrar los cambios que se producen a medida que el individuo crece. Sin embargo, establecer la combinación de medidas que registren el cambio, independientemente del tamaño, es un problema matemático complejo que aún no ha salido de la etapa especulativa.

En cambio, la edad ósea, registrada mediante tomas radiográficas preferentemente en mano izquierda, es el indicador más usado para determinar la edad fisiológica. Todo hueso recorre una serie de etapas en su osificación, siendo constante para cada hueso. La madurez del esqueleto —edad ósea— se juzga teniendo en cuenta el número de centros presentes comparados con una serie de patrones²³. También se la puede establecer considerando el grado de desarrollo —etapa alcanzada por cada hueso— y comparar uno por uno los huesos que aparecen en la radiografía con dichas etapas, las que tienen una puntuación determinada²⁴.

La madurez esquelética está estrechamente relacionada con la edad en que se manifiesta la adolescencia. Así, la edad cronológica en que se presenta la menarquia varía normalmente entre 10 y 16 años; en cambio la edad ósea varía sólo entre los 12 a 14 años para el mismo proceso.

Es evidente que los procesos fisiológicos que siguen el desarrollo del esqueleto están íntimamente ligados con los que inician los aconteci-



AÑOS DE LA MENARQUIA

Tendencia secular en la aparición de la menstruación (menarquia) en adolescentes de distintos países de Europa y en los Estados Unidos entre los años 1830 y 1960. (Datos de varias fuentes reunidos por J. Tanner.)

Crecimiento y desarrollo

mientos de la adolescencia. Los niños de edad ósea avanzada tienen una adolescencia temprana; en cambio, los que presentan una edad ósea retardada exhiben una adolescencia tardía, con todos los problemas que ello implica.

La edad dental se obtiene contando el número de dientes que han salido, relacionando dicho número con cifras tipo. Recientemente se han propuesto nuevas mediciones de la madurez dental fundada en las etapas de calcificación de los dientes como se aprecian con rayos X.

EL EFECTO DE FACTORES SOCIO-ECONÓMICOS EN EL CRECIMIENTO DEL ADOLESCENTE

Los efectos que el medio social ejerce sobre el crecimiento del niño y del adolescente son la resultante, sin duda, de numerosos y complejos factores difíciles de discernir. Se acepta que el proceso de crecimiento se frena debido a una alimentación insuficiente o mal equilibrada; por la frecuencia y gravedad de enfermedades en las clases sociales desposeídas; por la falta de cuidados médicos en los períodos críticos del crecimiento y por las malas condiciones higiénicas de la vivienda. Las relaciones que unen a estos diversos factores con las condiciones económicas son bien manifiestas²⁵.

Autores del siglo pasado ya habían observado diferencias notables entre los valores antropométricos de individuos representantes de clases sociales extremas.

Stanway²⁶, en 1883 comparó los adolescentes que trabajaban en una fábrica con aquellos que no trabajaban, constatando que a los 18 años de edad los jóvenes obreros medían 17 centímetros y pesaban 9 kilogramos menos que aquellos de la misma edad pero de clase social más elevada.

La desnutrición crónica retarda el crecimiento y maduración ósea: posterga la menarquia y prolonga el período de crecimiento²⁷.

Una influencia ambiental por cierto menos natural y a la que estamos expuestos —las radiaciones radioactivas— producen retardo en el crecimiento, en la estatura y en el esqueleto.

Los efectos de las grandes guerras tienen una marcada influencia sobre el proceso. Por jemplo, en Japón el crecimiento de los niños y principalmente de los adolescentes disminuyó durante la segunda guerra mundial fundamentalmente por una dieta inadecuada.

La estatura de un niño de 14 años en el año 1939, correspondía a la de un niño de 15 años del año 1900, y la de una niña de 14 años a una de 20 años de principios de siglo ²⁸.

También en Japón se observó que los niños de zonas rurales eran más pequeños que los que habitan en las áreas urbanas. La estatura de niños de diferentes distritos se correlacionaban con los índices económicos, y en especial con la disponibilidad de proteínas. Ello también fue comprobado en Alemania y Francia.

Condiciones psicológicas adversas han demostrado que pueden provocar un retardo del crecimiento. Widowson (citado en la referencia 13), pudo estudiar el efecto del aumento en las raciones sobre niños de los orfanatorios que estaban con una mala dieta en Alemania en 1948. En uno de ellos se administró un complemento alimenticio después de un período de control de seis meses, en tanto que en el otro orfanato los niños no recibían una dieta extra. El resultado fue inverso al esperado. Si bien los del primer orfanato ganaron más peso que los del segundo durante los primeros seis meses, ganaron en cambio menos durante el segundo semestre, a pesar que ingirieron un 20 % —bien controlado— de calorías más que antes. La razón fue que precisamente al pasar de un semestre a otro se había trasladado a una encargada que estaba en el segundo orfanato al primero, en el que se suplementaba la dieta. De un carácter irascible, mandaba a los niños con mano de hierro y frecuentemente elegía la hora de comer para administrar reprimendas públicas, a menudo injustificadas, que perturbaban a todos los niños. Una excepción fueron 8 favoritos. Éstos siempre ganaban más peso que los otros, y al recibir el complemento, ganaron aún más rápido. El mismo efecto se observó sobre la estatura, aunque en menor grado. Comenta la autora: “mejor comer hierbas donde hay amor, que buey engordado donde hay odio”.

LA ACELERACIÓN SECULAR DEL CRECIMIENTO

Durante el último siglo se ha observado una notable tendencia a una adolescencia más temprana y a un crecimiento total más acelerado. El fenómeno es particularmente claro en países de Europa y América del Norte, industrializados desde hace mucho tiempo. El proceso se está haciendo evidente también en aquellos países donde las condiciones de vida evolucionan rápidamente. No está del todo claro en qué momento se inicia el proceso. Datos daneses y noruegos anteriores a 1830 indican

Crecimiento y desarrollo

que hubo poco incremento en la estatura adulta. A partir de entonces el proceso pudo ser registrado en casi todos los países.

El adelanto en la aparición de la menarquia es notable. Los datos registrados en varios países, entre 1840 y 1960 muestran una aceleración a razón de unos cuatro meses por cada década (gráfico N° 5). Actualmente puede esperarse que una niña menstrúe por término medio de diez meses antes que lo hizo su madre¹³. La maduración ósea, estrechamente ligada a la maduración sexual, se encuentra igualmente adelantada.

El empuje de crecimiento de la adolescencia es cada vez más precoz de manera que el final del crecimiento y su paro definitivo se hacen más tempranamente.

A la hora actual, en Europa los varones terminan de crecer hacia los 18 y 19 años y las mujeres hacia los 16 y 17 años. Hace unos 50 años parecería que el crecimiento se prolongaba más allá de los 20 años²⁹. Los adultos también han crecido más con respecto a sus antecesores.

Se han tejido varias hipótesis con respecto a este fenómeno. La progresiva desaparición de los grupos genéticamente aislados es considerada como causa determinante, si bien esta hipótesis está muy controvertida. Sin embargo, esta aceleración está fundamentalmente condicionada por el mejoramiento del conjunto de las condiciones socio-económicas, que permiten al potencial genético expresarse al máximo.

La tendencia secular intenta borrar las diferencias por clases sociales, que aún existen. Este fenómeno parece que se está frenando en grupo de clases privilegiadas, que ya alcanzaron su máxima expresión física³⁰.

INTERROGANTES

El adolescente y el joven plantean una serie de problemas a la sociedad contemporánea de no fácil respuesta. Ellos tienen como substratum los cambios biológicos que —junto con la crisis del nacimiento— son quizás los más importantes en la vida de una persona. El final de la adolescencia significa para el individuo haber completado su desarrollo somático y haber alcanzado su aptitud sexual. “Aptitud” que no es “madurez”, ya que ésta significa “experiencia”.

La prolongación del período de aprendizaje ha creado una lógica inquietud entre educadores, quienes se enfrentan con una heterogeneidad biológica difícil de ordenar. Comprenden que no hay procedimientos sociales capaces de reducir significativamente las diferencias individuales en la velocidad de la maduración física.

La investigación psicobiológica sobre este grupo —información básica fundamental para su comprensión— ha comenzado recientemente. Los servicios médicos no cuentan con las estructuras necesarias para su atención, la que se hace día a día más demandante.

¿Cuál es la influencia de la urbanización sobre la organización psicobiológica del joven y del adolescente? ¿Qué relación tiene este fenómeno social contemporáneo con la aceleración del crecimiento y la maduración?

¿Existe acaso en este proceso de aceleración del crecimiento concordancia entre el desarrollo de la personalidad y el crecimiento corporal?

Es indudable que los próximos años han de estar signados por un interés cada vez más creciente en este período de la vida del individuo en el que, tal vez, se esté jugando el porvenir de la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

1. MÜLLER, P.: *El desarrollo psicológico del niño*. Editorial Guadarrama, Madrid, 1969.
2. LÓPEZ CÁMARA, J.: *La infancia y la juventud en los países en desarrollo* (resúmenes de la Reunión de Bellagio, Italia), Fondo de Cultura Económica, México, 1965.
3. GARRELL, DALE: *Adolescent Medicine, a survey in the United States and Canada*. An Journal of Diseases of Children, 109-314, 1965.
4. RIGG, A.; FISHER, R.: *Some comments on current Hospital Medical Services for adolescents*. A. J. Dis Children, 12-193, 1970.
5. MASLAND, R.: *Understanding physical change*. Ped. clinics of N. A. Vol. 16, Nº 2, 1969.
6. VÁZQUEZ, JOSÉ R.: *Adolescencia*. Introducción a su estudio. "La Semana Médica". Buenos Aires, Año LXXVII, tomo 137, Nº 25.
7. GALLAGHER: *The adolescent and the practitioner*. Ped. clinics. Of. N. A. Vol. 7, Nº 1.
8. *Informe sobre jóvenes encontrados ineptos para cumplir con el servicio militar*. Clinical Pediatrics. Vol. 3, 625-628, 1964.
9. DEBESSE, M.: *Las etapas de la educación*. 3ª edición. Ed. Nova, Buenos Aires, 1964.
10. TANNER, J.: *Growth at adolescence*. Blackwell, Scientific Publications. Oxford, Gran Bretaña, 1962.
11. FALKNER, F. and INTERNATIONAL CHILDREN'S CENTRE (París): *Childs Development, and International Method of Study*. Modern Problems in Pediatrics. S. Karger, New York, 1960.
12. WILKINS, L.: *Trastornos endócrinos*. Ed. Médico Quirúrgica, Buenos Aires, 1969.
13. TANNER, J. N.: *Educación y desarrollo físico*. Siglo XXI Edit. S. A., México, 1966.

Crecimiento y desarrollo

14. BANNISTER, R.: *Man, mind and muscle*. The Glaxo Volume, 33 56, 1970.
15. TANNER, J. M.: *The physique of the olympic athlete*. George Allen and Unwin, London, 1964.
16. BEHNKE, A. R.; FEEN, B. C.; VELHAM, W. C.: *Specific gravity of healthy men: body weight. Volume as index of obesity*. J.A.M.A., 118-495, 1942.
17. PARIZKOWA, J.: *Impact of age, diet and exercise on man's body composition*. Ann. N.Y. Acad. Sci., 110: 661, 1963.
18. GARN, S.; ROHMANN, C.: *Interaction of nutrition and genetics in the timing of growth and development*. Ped. clin. of N.A., vol. 13, 353, 1966.
19. BRYSON, M.; REICHLIN: *Neuroendocrine regulation of sexual function and growth*. Ped. Cl. of N. A., vol. 13, 1966.
20. CULLEN, M.: *Alteraciones endócrinas en la adolescencia*. "La Semana Médica", Año LXXVII, Nº 25, 1970.
21. MARSHALL, W. A.; TANNER, J.: *Variations in patterns of puberal changes in girls*. Arch. dis childh, 44, 291, 1969.
22. MARSHALL, W. A.; TANNER, J.: *Variations in patterns of puberal changes in boys*. Arch. dis child, 44, 13, 1970.
23. GREULICH, W. W.; PYLE, S. I.: *Radiographic atlas of skeletal development of the hand and wrist*. 2nd. Ed. Stanford Univ. Press, Stanford, California, 1959.
24. TANNER, J. M.; WHITEHOUSE, R. H.; HEALY, M. J.: *A new system for estimating skeletal maturity from the hand and wrist with standard deviation from a study of 2.600 healthy british children. Parts 1 and II*. Centre International de L'enfance, París, 1964.
25. GRAFFAR, M.; CORBIER, J.: *Contribution a L'étude de l'influence des conditions socio-economiques sur la croissance et le developpement de l'enfant*. Courier, vol. XVI, Nº 1, 1966.
26. STANWAY, S.: *Results of investigation made into the comparative condition of factory and non factory children in Manchester and Stockport*. London Parliament Report, 1833; 20 D.L. 87. Citado en (25).
27. MARSHALL, W. A.; TANNER, J.: *Growth and physiological development during adolescence*. Annual Review of Medicine, vol. 19, 1968.
28. TAKAI, T.: *Somatic Growth in Japan*. XII International Congress of Pediatrics, México, 1968.
29. MASSE, N.: *Accleración del crecimiento en el tiempo*. Curso Internacional de Pediatría Social. Guatemala 1965.
30. BAKWIN, H.; McLAUGHLIN, S.: *Secular increase in height. ¿Is the end in sight?* The Lancet. Dec. 5, 1195, 1964.



“Germaine”, dibujo a pincel (1931), por *Lino Enea Spilimbergo*

Características psicológicas de la adolescencia y la juventud

MAURICIO KNOBEL

RESUMEN

NACIDO EN BS. AIRES en 1922. Se graduó de médico en la Facultad de Medicina de Buenos Aires e hizo su formación en psiquiatría infantil en los Estados Unidos (Association of Psychiatric Clinics for Children). Actualmente es profesor titular de psicología evolutiva en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Bs. Aires y profesor adjunto de clínica psiquiátrica en la Facultad de Medicina de la misma universidad. Es miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina y correspondiente de la American Psychiatric Association. Presidente de la Sociedad Argentina de Psiquiatría y Psicología de la Infancia y de la Adolescencia. Autor de más de 150 trabajos publicados en revistas especializadas nacionales y extranjeras. Autor del libro La adolescencia normal, en colaboración con A. Aberastury, y de capítulos en diversas obras de psiquiatría y psicología.

EL estudio psicológico de la adolescencia plantea cuestiones de tipo metodológico, no sólo por la naturaleza del objeto de estudio, sino también por el tipo de compromiso que puede asumir el investigador. Por otra parte, la conducta humana “adaptada”, debe distinguirse de un comportamiento sometido al medio, lo que hace difícil la distinción entre lo “normal” y lo “anormal”. La adolescencia es estudiada como una fase evolutiva, y desde la perspectiva adulta se puede identificar un “síndrome de la adolescencia normal”, mediante el cual se puede describir en forma sistematizada una serie de conductas habituales, en las que se ve predominar rasgos psicóticos y en las que el “cuerpo” parece siempre participar. En la estructuración de la adolescencia los *procesos de duelo* por el cuerpo infantil, el rol infantil, los padres de la infancia y la bisexualidad psicológica de la niñez, determinan actitudes que se resuelven en la elaboración de los mismos. La sexualidad en el adolescente adquiere características propias y preparatorias

para una madurez sexual adulta. El fenómeno básico de la adolescencia es el referido a la elaboración del concepto de la temporalidad. Es el período de la vida en el que presente, pasado y futuro se llegan a discriminar adecuadamente. Con todas estas contingencias, el adolescente no puede ser estudiado aisladamente, sino en su contexto social que interviene en su estructuración, pero al que influencia con su acción.

INTRODUCCIÓN

En primer lugar cabe consignar que es verdaderamente difícil establecer una real diferencia entre adolescencia y juventud. Bloss¹ ha diferenciado varios períodos en el desarrollo adolescente, que comprenden la prepubertad, la pubertad o adolescencia temprana, la adolescencia propiamente dicha y la adolescencia tardía. Es esta última la que en realidad se asimila a lo que habitualmente se llama juventud.

Muuss², que hace una revisión de las distintas teorías actuales acerca de la adolescencia, señala las diferencias que hay entre pubertad y pubescencia, enfatizando los cambios biológicos distintivos pero además, destacando que existe un período de "adolescencia" que cada vez vemos como más prolongado. Señala que mientras por un lado la duración de la así llamada "pubescencia" y "pubertad" está marcada fundamentalmente por factores de tipo biológico, la adolescencia propiamente dicha es un fenómeno social, que determina y está determinado por el grupo social y las instituciones sociales.

Estudiando los "grupos de referencia" que mencionan Sherif y Sherif³ concuerdo con ellos que un estudio adecuado de la conducta individual, debe incluir la especificación de tanto los grupos individuales como los del ambiente sociocultural en los cuales ellos se forman y funcionan. Pero reconozco, también de acuerdo con estos autores, que la tarea de investigación resulta sumamente complicada cuando se hace necesario introducir conceptos y métodos de trabajo que *culturalmente* también pueden estar desubicados en la realidad en la cual esos métodos pueden ser utilizados. Como estos mismos autores lo señalan, la dificultad de la tarea investigadora es lograr conceptos de análisis y procedimientos apropiados para cada dominio, es decir, para el individuo, para el grupo y para el ambiente sociocultural. Dentro de esta misma línea de investigaciones, pero ya directamente vinculados a la adolescencia, se puede asegurar que los problemas a que se ven abocados los adolescentes efectivamente varían de cultura en cultura haciendo las etapas de

Características psicológicas

transición más o menos complicadas según las circunstancias. Sin embargo, los mismos investigadores que hacen esta afirmación aseguran que los principios psicológicos fundamentales en todos estos ambientes socioculturales parecen ser los mismos ⁴.

A menudo se ha dicho que en ciertas áreas geográficas con culturas primitivas, como pueden ser las Islas de Samoa, la adolescencia es un período de transición paulatina, armoniosa y placentera. Sin embargo, también en Samoa hay signos de cambio de status y de conflictos, provocados fundamentalmente por la adaptación sexual ⁵. Considero que no debemos ignorar a la sociedad ni a la cultura, sino ver bien su interacción, y que debemos tener bien presentes, como dice Allport ⁶, que “para la supervivencia de un sistema cultural ningún individuo en particular es importante. Y sin embargo, para el psicólogo, el individuo es lo más importante”. He afirmado que allí está el eslabón que permite utilizar e integrar los conocimientos psicológicos, sociales y biológicos en el campo de la psicopatología ⁷ y en especial en el de la psicología en general, ya sea la normal, la patológica o la aplicada a diversas disciplinas.

Si he recapitulado estas opiniones es porque desde que comencé a estudiar sistemáticamente la adolescencia en 1960, he observado que los investigadores pueden adoptar frente a este quehacer dos tipos básicos de actitud: a) un preconcepto en el cual el adolescente es analizado como individuo inmaduro, una “cosa” que está cambiando y no es lo que debería ser. El investigador adopta entonces lo que podemos llamar una actitud “paternalista” o “pastoral” y busca —y a veces incluso pretende encontrar— supuestos caminos para “encauzar” a este desubicado sujeto que está desviado en su rumbo; y b) la actitud de una compenetración demagógica con el adolescente que es entonces descripto como “la reserva de la nación”, “el adulto de mañana”, al que es necesario formar como líder político, cultural o social. Este enfoque suele llevar a una sobrevaloración prejuiciosa del adolescente, para quien entonces todo lo que éste haga y todo lo que se le pueda proporcionar carece de límites.

Colocándome psicodinámicamente frente al problema veo en ambas actitudes, un proceso de verdadera disociación y proyección. El adolescente es separado del investigador —del adulto que el investigador es y representa— y se proyectan en aquel todas las ansiedades persecutorias y las idealizaciones de un tipo de convivencia que el mundo adulto no puede manejar.

Hay lógicamente una actitud intermedia, “pseudocientífica”, que trata de “objetivar” lo que pasa con la adolescencia. Surgen así estudios

estadísticos parciales de la vida cultural, biológica, sexual, social, etc., del adolescente, que nos reflejan, con el aditamento de ciertos gráficos deslumbradores por su "seriedad" y "objetividad" lo que es el adolescente. Esta es otra actitud que considero falaz y que puede llevar a concepciones equivocadas. Se trata de parcializaciones pseudoobjetivas, en donde lo estadístico sirve de pantalla para no adentrarse en la real problemática del joven en el mundo actual.

Thorpe y Johnson⁸ ya han señalado que algunos estudios muy sistemáticos pueden estereotipar al adolescente individual y dar un cuadro equivocado.

Todo esto nos lleva a plantear la necesidad de estudiar al adolescente desde un punto de vista psicodinámico, ubicándonos en la problemática del adolescente desde su perspectiva, reconociendo que lo estamos haciendo como observadores adultos, pero viviendo lo que psicoanalíticamente se denomina *contratransferencia*, para elaborar así, una visión integradora en donde lo biológico, lo psicológico y lo social queden realmente comprendidos en la conceptualización de este período de la vida.

Creo que de esta manera se evitaría que el adolescente sea separado del investigador, sea objeto de desplazamiento y proyecciones, lo mismo que de idealizaciones y ansiedades persecutorias, ubicándonos en una verdadera apreciación de sus psicodinamismos.

Estoy deliberadamente evitando usar términos muy definitorios porque comprendo que no estamos actualmente en condiciones, salvo sobrevalorando nuestros puntos de vista, de hacer afirmaciones categóricas con características axiomáticas.

Sé que plantear el problema de esta manera puede despertar una crítica tanto desde el punto de vista estrictamente psicológico como del médico-biológico o del sociológico. Se suele decir que los psicoanalistas tienden a hacer transpolaciones irresponsables de fenómenos sociológicos. Pero creo que estas críticas son debidas más a las ansiedades que despierta el enfrentarse con los procesos psicológicos de naturaleza psicótica que en realidad se encuentran en las raíces de la personalidad, y que se hacen muy manifiestos durante la adolescencia. Esto es más evidente en la técnica que surge de la integración observacional y clínica, utilizando no sólo la deducción sino la inferencia de que es capaz el analista.

Es importante señalar en este sentido que muchas veces sociólogos y otros estudiosos de la conducta humana suelen incursionar en el campo

Características psicológicas

psicológico, inclusive proponiendo soluciones aparentemente posibles de provocar una conducta mejor sin que ello produzca irritación “cientificista”. Por ejemplo, cuando se “descubre” la raíz económica del proceso de la banda de delincuentes juveniles puede uno quedarse muy satisfecho. Cuando todo el proceso de la adolescencia se puede ubicar en lo socio-político o económico-cultural también, pues aún con divergencias de carácter doctrinario, la polémica se hace menos agresiva y el fenómeno es aceptado, aunque desde diferentes perspectivas.

Es significativo que lo psicodinámico es lo que realmente angustia a investigadores de distintas escuelas y es por ello que es preciso enfatizar este aspecto de la problemática adolescente.

Es indudable que, además, es preciso reconocer la dificultad que existe para describir una conducta “normal”, sobre todo en una época como la actual. Es fácil confundir términos y patrones de conducta, lo que se hace no pocas veces en forma intencionada.

Es por ello que en reiteradas oportunidades^{9, 10}, he señalado que no debe confundirse sometimiento a la realidad social con *adaptación*, que es el concepto que muchos autores utilizan para definir la normalidad, dentro de cierta estructura socio-política y cultural, que también es necesario definir.

He sostenido además, que la disconformidad, la rebelión, el desajuste conductual en diferentes áreas es lo que precisamente caracteriza la *normalidad* de la adolescencia^{10, 11, 12}.

Anna Freud¹³ ha destacado que es muy difícil señalar un límite preciso entre lo normal y lo patológico en la adolescencia y estima que la conmoción de este período debe ser considerada como lo normal, destacando que la presencia de un equilibrio estable durante el período adolescente del desarrollo individual podría incluso ser considerado como verdaderamente *anormal*.

Es por ello que considero que para hacer un estudio sobre las características psicológicas de la adolescencia y de la juventud, es absolutamente necesario tener en cuenta lo antedicho para poder superar prejuicios y aceptar como marco referencial el pensamiento *psicoanalítico*, en el sentido de que implica enfocar la conducta humana y su tratamiento, teniendo en cuenta lo genético estructural de la personalidad indehicientemente entrelazada con su medio familiar, cultural, socio-político y clínico.

De allí podemos partir para entender aspectos básicos que faciliten una comprensión no basada en abstracciones ni en especulaciones, sino en la verificación de una actividad cotidiana del individuo humano en un momento evolutivo que lógicamente debe ser conceptualizado desde sí mismo y en su compromiso con la sociedad que integra y a la que determina y por la cual es determinado en su ser.

LA ADOLESCENCIA COMO FASE EVOLUTIVA

Si bien es cierto que la gran mayoría de los trabajos publicados sobre adolescencia, desde los trabajos originales de Stanley Hall¹⁴ y en el campo psicodinámico desde S. Freud¹⁵, nos la marcan como una etapa, un período de la vida del individuo que por sus características especiales merece destacarse, aparecen de vez en cuando algunos autores que, a mi criterio, en un afán de innovar innecesariamente, pretenden darle al ciclo evolutivo una continuidad tal, en la que, los momentos vitales más trascendentes (pudiéndose llamar a éstos, estadios o crisis) pudieran pasar totalmente desapercibidos y sin mayor repercusión psicológica. Esto contraría principios tales como los procesos de identificación, de duelos elaborativos, de estructuración del Yo, o del Self, o de la Personalidad, según el esquema dinámico que se desee adoptar.

Felizmente las investigaciones realizadas y las observaciones desde distintos enfoques de las ciencias que estudian la conducta humana, nos muestran que esta parcelación del continuum que es la vida humana, es necesaria porque se impone de por sí, con una realidad incontrastable.

Por supuesto que, como lo señala Debesse¹⁶ “no debemos creer que la duración y la evolución de la adolescencia tienen un valor absoluto” (pág. 18).

Este autor destaca¹⁶ (pág. 16) que se emplean “al azar, de manera indistinta, los conceptos pubertad, adolescencia y juventud. No obstante no se trata de términos sinónimos. *Adolescencia* parece el concepto más amplio y general significando corrientemente el conjunto de las transformaciones corporales y psicológicas que se producen entre la infancia y la edad adulta”. Expresando un poco más adelante que “la *juventud* constituye el aspecto social de la adolescencia; se define por oposición a la generación que ha llegado a la plena madurez; es el momento de desarrollo en el que el ser, en posesión de todos sus medios, empuja con ímpetu entusiasta a sus predecesores para hacerse un lugar dentro de la sociedad”.

Características psicológicas

Entre nosotros Francisco Berdichevsky y colaboradores¹⁷ destacan el papel importante que la conciencia juega en el encuadre de lo social en la definición de la adolescencia, especificando que “entre aquellos rasgos no conscientes o menos conscientes figuren de modo esencial los de origen ideológico, asimilados a expensas del juicio crítico y por falta de información adecuada. Su campo de acción es grande en la niñez, cuando aún no se formó la conciencia superior y la experiencia suficiente. También abunda en la vida cotidiana, a través de hábitos y experiencias en donde la conciencia es menor, la emocionalidad es mayor, y el conocimiento es más empírico. Se trata de ideas, costumbres, sentimientos, prejuicios, conductas que distorsionan el campo gnoseológico y llevan a una praxis con rasgos alienantes. La presencia ideológica asume las formas no conscientes de la falsa conciencia, y se expresa en las formulaciones del lenguaje” (págs. 36-37).

Enfatizan en el carácter anticipador de la actividad psíquica, que creo sin duda alguna se destaca en la adolescencia. Esto mismo es lo que le permitió decir a Aníbal Ponce¹⁸ que “El lenguaje, que fue en sus orígenes una manera de colaborar y ordenar, adquiere en esta etapa de la adolescencia el significado más noble de un instrumento intelectual” (pág. 113). Señala luego cómo este instrumento de la evolución biológica se le presenta al ser humano durante el período de la adolescencia como ese maravilloso vehículo que el individuo tiene para el conocimiento de sí mismo. En su estilo característico Ponce nos dibuja la riqueza de la adquisición señalando que “puesto allí a su alcance y durante mucho tiempo desdeñado, el idioma se refresca y se crea con este nuevo destino que el adolescente le atribuye. Junto a la vida real, y tal vez por encima de ella, el adolescente ha *descubierto la teoría*. La fisonomía de una palabra, su análisis, su historia, se interesan por sí mismos, plantean problemas insospechados, descubren horizontes cada vez más dilatados” (pág. 113).

Este aspecto de la problemática adolescente también ya la he señalado en diversas oportunidades^{10, 11, 12, 19, 20}.

Cuando me he referido a la interacción individuo-sociedad y la repercusión que la adolescencia tiene, por sus propias características, en la configuración de la sociedad y del mundo adulto, en diversos de los trabajos ya citados, no he hecho más que enfatizar un acuerdo que surge en todos los estudiosos de este período de la vida. Para limitar mis citas dentro de lo posible a autores nuestros, es decir, aquellos que ven, en distintas épocas, a la adolescencia desde diferentes perspectivas pero en nuestro medio, no puedo menos que señalar la ya famosa frase de nuestro

ilustre José Ingenieros²¹ cuando destaca que "*Jóvenes son los que no tienen complicidad con el pasado*"; y los ubica como los portavoces efectivos de las fuerzas morales de los pueblos; o de los valores como quería Debesse¹⁶; o virtudes vitales o básicas en el sentido de Erikson²².

De esta manera, con un sentido epigénico, la adolescencia-juventud, se ubica como etapa indiscutible, con características propias, un rol específico en la sociedad y una estructura determinada por sí misma, por su acontecer íntimo y por el interjuego que se determina entre ese acontecer íntimo, la familia y la sociedad de la que se forma parte.

Es con este criterio que trabajé inicialmente en la Universidad Nacional de La Plata donde por primera vez pude describir lo que llamé el *síndrome de la adolescencia normal*²³. Este así llamado "síndrome" estaría caracterizado por una serie de "síntomas" que le darían la configuración que todo síndrome necesita para serlo.

Quizás convenga destacar que acepto deliberadamente la contradicción que significa hablar de un "síndrome normal", antinomia que parece no debiera o no pudiera, yuxtaponerse. Sin embargo, no debemos olvidarnos de lo que dije al comenzar este trabajo acerca de la actitud del investigador, tema al que se ha dedicado también Anthony²⁴ mostrando cómo hay en la clínica actitudes contratransferenciales que perturban la relación terapéutica, y como además hay, en la perspectiva del adulto, toda un "cuestión de estereotipos" que distintas culturas y sociedades y especialmente las del mundo occidental, han adoptado para calificar a los adolescentes. No nos sorprende a nosotros escuchar o leer en los periódicos y en las revistas una especie de tipo ya acuñado acerca de los "jóvenes peligrosos", de "delincuentes juveniles", de "inadaptados de siempre", que a veces incluso se hace extensivo al campo de tipo político hablando de "jóvenes extremistas" o "juventud difícil de hoy en día", aunque por otro lado sabemos que esta juventud tan difícil se remonta posiblemente a los tiempos más primitivos de la humanidad misma.

Es por ello que siguiendo mi idea de que tenemos que ver la problemática adolescente desde la adolescencia, no podemos dejar de reconocer que ésta a su vez en ese descubrimiento del mundo, ese descubrimiento del *otro*, inmediatamente capta esa percepción estereotipada del adulto. Hay un interjuego de tipo ajedrecístico en el que uno y otro se estudian, casi descubriendo sus jugadas, por conocer su estilo propio, que en este caso suele ser de tipo generacional.

Características psicológicas

Es por ello que como adulto veo a los adolescentes desde un punto de vista con el que no coincido, pero que tengo que aceptar que existe, de la misma manera que el mismo adolescente acepta que ese punto de vista existe.

En ese sentido para mí el síndrome normal de la adolescencia se caracterizaría pues por: 1) búsqueda de sí mismo y de la identidad; 2) tendencia grupal; 3) necesidad de intelectualizar y fantasear; 4) crisis religiosas que pueden ir desde el ateísmo más intransigente hasta el misticismo más fervoroso; 5) desubicación temporal, en donde el pensamiento adquiere las características de pensamiento primario; 6) evolución sexual manifiesta que va desde el autoerotismo a la heterosexualidad genital adulta; 7) actitud social reivindicatoria con tendencias anti o asociales de diversa intensidad; 8) contradicciones sucesivas en todas las manifestaciones de la conducta, que está dominada por la acción, que es la que constituye la forma de expresión más típica de este período de la vida; 9) la separación progresiva de los padres, y 10) las constantes fluctuaciones del humor y del estado de ánimo.

Lógicamente no voy a entrar en la descripción de este síndrome que he hecho ya en otros trabajos^{10, 19, 23}.

Sólo quiero destacar que en todo este accionar del adolescente, que se presenta como tan difícil de seguir en su proceso de identificación, como ser en el mundo un momento evolutivo desde el punto de vista cronológico, psicológico y social, se puede distinguir un matiz *psicopático* que es el que domina todo el "síndrome" como una especie de telón de fondo, que encuadra la conducta y la guía.

Cuando me refiero al matiz psicopático quiero destacar los aspectos de "actuación", de sustitución del pensamiento por la acción, de la presencia del cuerpo y de su movimiento y accionar en todo lo relacional del ser adolescente.

Esto no implica una contradicción con lo que anteriormente dije acerca de la conciencia y del lenguaje, acerca de su capacidad de descubrir la teoría o de intelectualizar o de fantasear, ni tampoco del uso de los mecanismos defensivos de "intelectualización" y "ascetismo" que destaca Anna Freud¹³ como típicos de la adolescencia, sino que se integra con los mismos.

El matiz psicopático, podría decir, le da vida, realidad y presencia al adolescente con toda esta variada y polimorfa manifestación conductual.

No en vano creo que es imposible dejar de destacar esa senestesia difícil de expresar que vive el adolescente. "Ese descubrimiento de lo inexpresable que abre al adolescente el camino de la vida interior, señala sobre el plano del lenguaje la irrupción pujante de la nueva senestesia. Si el lenguaje es por definición el simbolismo convencional puesto al servicio de la comunidad, la senestesia, que es por naturaleza lo irremediamente subjetivo, sea también y en igual forma, lo irremediamente inexpresable" (páginas 190-191), como señala Aníbal Ponce²⁵. Pero es una senestesia que revela lo corporal, que exige al cuerpo su presencia que en la intimidad del refugio autista que por momentos pasa el adolescente el cuerpo no se desprende totalmente de él, sino que se vive en una forma inexpresable, es decir, se vivencia junto a lo más arcaico de la personalidad que se desintegra y reintegra en cada minuto de soledad y en cada segundo de reconexión con el mundo objetual e interno por el que pasa inexorablemente el adolescente.

Ya entre nosotros, en 1918, Víctor Mercante²⁶ había escrito acerca de la crisis puberal y de sus consecuencias pedagógicas, marcando que la "crisis de la pubertad es un período de transición entre la infancia y la adolescencia y se caracteriza: 1) por un extraordinario crecimiento físico; 2) por un extraordinario debilitamiento mental; 3) por la renovación e inestabilidad de los sentimientos; 4) por la aparición de actitudes y tendencias profesionales; 5) por nuevos intereses y nuevos motivos" (pág. 423). El debilitamiento mental del que habla Mercante, se refiere a lo que hoy nosotros podemos denominar debilitación o aflojamiento yoico, que es una consecuencia de la situación de crisis por la que pasa el adolescente ya que el mismo autor señala que no hay regresión o estabilización intelectual en este período sino más bien una actividad y un cambio que preparan con una capacidad más amplia para comprender los fenómenos. De esta manera este maestro argentino puede ir delimitando cómo en distintas edades los métodos educativos deben tender a adecuarse a las posibilidades que el adolescente presenta. Es decir, puesto esto en términos más actuales, la sociedad debe comprender al adolescente y adecuarse a sus posibilidades reales y no éste al medio socio-familiar, imponente y cruel, que exige sometimientos incondicionales.

LA ESTRUCTURACIÓN DE LA ADOLESCENCIA. EL PROCESO DE LOS DUELOS

Siguiendo a Arminda Aberastury²⁷ se puede afirmar que la estructuración de la adolescencia se realiza mediante la elaboración de tres

Características psicológicas

duelos fundamentales, que son: 1) el duelo por el cuerpo infantil perdido; 2) el duelo por el rol y la identidad infantiles, y 3) el duelo por los padres de la infancia. Estos tres duelos básicos, se acompañan permanentemente con un duelo por la bisexualidad que se va perdiendo y de la cual el individuo gozaba durante la infancia y especialmente durante el así llamado período de "latencia".

El duelo por el cuerpo infantil, constituye la base biológica de la adolescencia, que es la que se le impone al individuo, que siente entonces los cambios que le están ocurriendo como algo externo, frente a lo cual él mismo se encuentra como una especie de espectador impotente de lo que va aconteciendo en su propio organismo. Esto lleva a sentimientos de impotencia frente a una realidad externa concreta que obliga a la rebeldía, la que se desplaza entonces a la esfera del pensamiento. El sentimiento de *envidia*, en el sentido kleiniano del término, está exacerbado y hay un afán destructivo mediante el cual se trata de "compensar" esta incómoda situación de aparente pasividad frente a lo que ocurre en la parte efectora y receptiva de la personalidad que es el cuerpo. El manejo omnipotente de las ideas surge entonces como una necesidad básica. El individuo vive en este momento la pérdida de su cuerpo infantil en la extraña situación de tener una mente, un pensamiento, que aún permanecen en la infancia y un cuerpo que cada día se va haciendo más y más adulto.

Esto es lo que suele llevar a ciertos fenómenos de despersonalización que pueden aparecer en adolescentes perfectamente normales y que tienen que ver, como acabo de señalar, con un proceso de duelo que se está elaborando.

Este fenómeno nos permite explicar en parte, cómo las ideas entonces le sirven al individuo para sustituir la pérdida de su cuerpo infantil por símbolos intelectualizados en donde toda reforma política, social o religiosa puede ser realizada sin el compromiso de la persona física, que en este momento evolutivo es sentida casi como algo totalmente ajeno a uno mismo. Se niega el cuerpo infantil que se pierde y en incesantes fluctuaciones con la realidad que lo ponen al individuo en contacto con el mundo que lo rodea, va elaborando esta pérdida hasta aceptar vivir *en su propio cuerpo y con su propio cuerpo*.

Otra manera de elaborar, a veces en forma masoquista este duelo, es el de disociar totalmente la unidad mente-cuerpo, poniendo al cuerpo cambiante en acción permanente contra el mundo que lo oprime. De allí surge este tremendo compromiso corporal con que el adolescente a veces

ingenuamente se entrega a la lucha estéril en pos de una pseudoideología que resulta atrayente por lo renovadora o reformista (expresión especular magnificada en el plano social de lo que ocurre en su propia micro-intimidad), poniendo así en forma esquizoide, en peligro su propia integridad y su propia vida.

Cuando el adolescente logra integrar mente y cuerpo, supera el dualismo o la disociación esquizo-psicopática, encuentra que en su contorno, en su familia, por ejemplo, puede proyectar entonces las ansiedades psicóticas (siguiendo aquí en parte lo expuesto por Bleger²⁸, que ve en la familia y las instituciones, el marco donde puede manejarse la ambigüedad y donde pueden proyectarse los elementos psicóticos de la personalidad).

Cuando Bleger²⁹ describe al “yo fáctico” dice que en estos sujetos deja de existir la fluctuación o la ficticidad del “yo sincrético”; se “organizan” apegándose a una institución, un grupo, un trabajo, a cosas, a personas y/o sucesos de los cuales no se han discriminado todavía. El yo no se haya aún interiorizado y existe como un “yo fáctico”: el sujeto es en la acción, en las relaciones, en el trabajo, en el grupo, etc. Creo que en parte describe (pág. 196) al adolescente que por otro lado es además la ambigüedad misma que, al decir de este autor, es el “perfecto partenaire del psicópata” (pág. 181) y que otras veces es directamente el psicópata.

Es por eso que creo que es posible decir que la adolescencia representa verdaderamente una crisis de ambigüedad, en donde el cuerpo es el instrumento que ayuda a discriminar y a discriminarse saliendo así de lo sincrético y de lo ambiguo y contribuyendo así a establecer la identidad del sujeto en el *plano adolescente*.

Gomes Mariante³⁰ destaca el papel de la ambivalencia, de la regresión e inclusive de aspectos melancólicos, como expresión de pérdidas objetales en la adolescencia, en la cual habría una ruptura de “equilibrio” que vincula con el período de latencia que es reemplazado por la efervescencia de la adolescencia en donde se producen confusiones de identidades que relaciona con el fenómeno del mimetismo, en el cual se funde con la naturaleza para *huir, atacar o acoplarse* a la propia presa, situación que relaciona con los conceptos de lucha, ataque, fuga y acoplamiento que describe Bion como supuestos básicos.

Denomina así a esta conducta externa de la juventud como la de “mimetismo intersexual” para diferenciarla de la identificación propiamente dicha. Gomes Mariante trata de demostrar que se trata más de una

Características psicológicas

imitación en la que los adolescentes usan predominantemente el cuerpo, que se transforma en continente y contenido de ansiedades paranoides.

Si he enfatizado estos conceptos es porque los considero útiles para comprender el proceso de duelo por el cuerpo infantil perdido, que tenía más una función de dependencia y de cuidado, que la de individualización que se da en el proceso de la adolescencia y que es el que finalmente lleva a la identidad adulta, que es la que considero que el adolescente trata en forma ambigua de buscar y de evitar al mismo tiempo.

En *el duelo por la identidad y por el rol infantil*, el individuo se ve obligado a una renuncia de la dependencia y a una aceptación de responsabilidades que muchas veces desconoce. De sujeto totalmente dependiente, prácticamente *fusionado* con sus padres en el quehacer psicosocial el individuo comienza a tener que establecer y poner en marcha ciertas funciones propias de las cuales hasta este momento se habían hecho cargo los adultos de los cuales él dependía. Esto suele llevar a una confusión de roles en donde la polaridad dependencia-independencia es manejada a veces en forma psicótica, o quizás sea más apropiado decir en forma "ambigua".

Es por ello que muchos adolescentes siguen depositando la mayoría de las obligaciones y responsabilidades en sus padres mientras tratan de conservar para ellos todas las situaciones placenteras y de falta de compromiso. Esto puede llevar a pseudocompromisos en planos también pseudoideológicos³¹.

La *falta de carácter* que muchos autores describen en la adolescencia o cierta debilidad de la "personalidad", se debe referir a este proceso. Surge así una desconsideración para seres y cosas del mundo externo que lleva a relaciones objetales que si bien pueden ser intensas resultan sumamente lábiles y fugaces, frágiles, lo cual explica la inestabilidad afectiva del adolescente que lleva a verdaderas crisis pasionales o al polo opuesto de períodos de indiferencia emocional absoluta. Este es el tipo de actuación afectiva que puede asociarse o no a la actuación motriz que vinculamos con el duelo por el cuerpo perdido de la infancia.

El fenómeno grupal es una resultante de la elaboración del duelo por el rol y la identidad infantiles ya que en el grupo el individuo encuentra un reforzamiento propio que necesita frente al debilitamiento propio del individuo, producido en este momento evolutivo. Hay aquí un manejo de sentimientos que lleva a un aprendizaje de la relación objetal afectiva. Los mecanismos defensivos que suele utilizar son los de la cruel-

dad, la actitud desafectiva o ridiculizante hacia los demás porque lo que realmente no puede tolerar es la pérdida de una infancia que es vivida entonces con culpa estableciéndose así procesos de culpa y depresión persecutoria en el sentido de Grinberg³².

El duelo por los *padres de la infancia* es posiblemente uno de los más complejos y difíciles de elaborar por cuanto involucra a los otros dos por un lado y a los mismos padres por otro, quienes se resisten a perder al hijo pequeño y a aceptar al adolescente que denuncia entonces su envejecimiento por un lado, mientras que reactiva los sentimientos edípicos por otro.

Es por ello que Stone y Church³³ han hablado muy bien de la “ambivalencia dual” que sin duda lleva a una distorsión de la percepción del mundo que tiende a mantener la ambigüedad y el sincretismo al que me he referido anteriormente, o sea a la indiscriminación y a la perpetuación de la adolescencia. Atribuyo a este doble proceso de duelo mal elaborado, de padres e hijos —en parte al menos— el fenómeno de la adolescencia prolongada que se da en nuestra sociedad, y que haciéndose cargo de las ansiedades de los adultos, mantiene a los adolescentes en un nivel infantil impidiendo la cristalización de su personalidad adolescente y su estructuración de adulto joven.

La bisexualidad es un fenómeno que resulta difícil de perder, por cuanto implica también la comprometedor renuncia a una indefinición. Tiene sus orígenes en la elaboración de la fase genital precoz descrita por A. Aberastury³⁴ que esta autora coloca alrededor del sexto mes de vida y en la cual el individuo pasa en su vínculo objetal oral a un vínculo a nivel genital, que se puede elaborar a través del exhibicionismo, la masturbación, y la actividad lúdica propia de esa edad y las similares ulteriores; y en el nivel psicológico estricto, con la identificación proyectiva de los padres en coito. Esto obliga a una definición sexual, a aceptar su propio sexo y a renunciar al sexo opuesto, que entonces debe ser buscado en otro ser, alguien diferente, que existe en el mundo externo.

Aquí vemos nuevamente la influencia importantísima que las características del mundo externo tienen para el desarrollo del individuo. Desde la más temprana edad una buena imago parental unida, amorosa, y genitualmente satisfecha proporciona buenas figuras de identificación. Ello permitirá, con los altibajos determinados por las series complementarias que se dan en el decurso de todo el proceso evolutivo del individuo, buscar la pareja que realmente satisfaga, aceptando las identificaciones

Características psicológicas

masculinas y femeninas sin los niveles confusionales, que muchas veces se ven en situaciones en donde la ambigüedad se mantiene, la indiscriminación persiste, y la falta de identificación sexual se consolida.

La elaboración de estos duelos es la que va a dar una estructura de *identidad adolescente*. Identidad que tiene las características que he definido en el síndrome normal de la adolescencia y en lo expuesto hasta aquí.

Sin embargo, es necesario enfatizar algunos aspectos de los psicodinamismos del adolescente, que verdaderamente lo caracterizan y entre los cuales, su definición sexual, como acabamos de ver, impone determinado tipo de conductas y angustias que hacen a la esencia de su identidad.

SEXUALIDAD E IDENTIDAD EN EL ADOLESCENTE

Ya he señalado que es en la temprana infancia, más precisamente podemos decir que en la segunda mitad del primer año de vida, que se inician las fantasías sexuales del niño y las "actividades sexuales", expresadas fundamentalmente por la masturbación que es una forma elaborativa de un proceso evolutivo y además implica una negación omnipotente de una realidad que angustia y que es la de la diferencia de sexos. La masturbación deja siempre un remanente de ansiedad, aunque puede producir cierto alivio de tensión, especialmente en la infancia. Sin embargo, el comienzo de la actividad masturbatoria en la pubertad, que reedita la negación maníaca del primer año de vida que es cuando aparece la primera masturbación y que se acompaña también con fantasías de unión genital como ocurría en esos primeros estadios del desarrollo, produce ahora una situación de mayor angustia que a veces resulta difícil de manejar.

El objeto amado es intensamente buscado. No en vano los autores, especialmente los literarios, han enfatizado los aspectos intensamente amorosos de la adolescencia. No han hecho más que traducir una realidad psicobiológica que es imposible negar. El problema consiste en que en la adolescencia, en virtud de la modificación biológica hormonal a la que ya he hecho referencia, y de la reestructuración corporal que ocurre, los caracteres sexuales secundarios aparecen y entonces todo lo que transcurría en el plano de la fantasía adquiere posibilidades⁵ de facticidad, de realizabilidad. Lo edípico debe ser entonces severamente reprimido, porque de lo contrario se tendría que consumir el incesto. Este puede

ser uno de los factores que obligan a la represión sexual tan intensa que se observa en nuestra cultura, ya que la consumación del incesto, desde un punto de vista psicoanalítico, podría implicar una detención en el desarrollo de la cultura y de la civilización al excluir inmediatamente la situación triangular básica sobre la que se estructura la sociedad entera. El individuo quedaría fijado a su progenitor del sexo opuesto para lo cual tendría que excluir en lucha feral, a la pareja natural del ser que en esa situación habría sido adquirido a expensas del otro.

La sociedad no suele ser muy generosa en nuestro medio con respecto a las posibilidades de un desarrollo sexual más armónico. Y es por ello que la masturbación en el adolescente tiene las características que tiene el juego en la infancia, o sea reconstruir en la fantasía y con la acción del cuerpo, una unión deseada, anhelada y necesitada. Pero dado que en esta fantasía lo edípico va incluido, si lo unimos a la posibilidad efectora de esta fantasía edípica, podemos entender el porqué de la gran angustia que la masturbación despierta en el adolescente y que la diferencia de la masturbación de la más temprana infancia y de la latencia³⁵.

El remanente de la adolescencia que persiste en el mundo adulto hace que resulte difícil encarar la educación sexual de la adolescencia, por estar contaminada por todas las vivencias que el adulto tiene acerca de su adolescencia en los aspectos a que ya me he referido en este trabajo y especialmente cuando se enfrenta con aquellos no resueltos, sus ansiedades edípicas tremendamente movilizadas por la adolescencia y sus propios conflictos basados en represiones a veces muy tempranas, que implican movilizaciones de tipo psicótico que se hacen difíciles de manejar. El contacto en torno a lo sexual con el adolescente se hace complejo para el mundo adulto y la educación sexual está entonces perturbada. El adolescente vive esta situación de la misma manera y se obliga a un refugio autista en donde puede, en actividades masturbatorias a veces compulsivas y desesperadas, buscar la solución, neurótica en este caso, a una conflictiva que le acucia hacia una definición sexual para la cual se siente totalmente desprotegido³⁶.

Esto tiene además implicancias de tipo social por cuanto al no tener buenas figuras de identificación parental, la identificación sexual se perturba seriamente y en consecuencia la modalidad compensatoria que puede adoptar el individuo adolescente para "adaptarse" a su medio resultan altamente defectuosas. Entre nosotros Salas³⁷ ha señalado la importancia que este fenómeno tiene y Mitscherlichur³⁸ ha descrito lo que ocurre en una sociedad sin padre. Esta es en gran parte la sociedad que estamos viviendo nosotros con adolescentes con franco déficit en sus

Características psicológicas

figuras de identificación y por lo tanto con evidentes *lagunas* en la estructuración de su personalidad que es necesario tener en cuenta para comprender el tipo de reivindicación que el adolescente presenta al mundo adulto.

EL ADOLESCENTE Y LA TEMPORALIDAD

Para algunos investigadores de la conducta humana el tiempo, tal como es experimentado y vivido por el individuo, puede constituirse en la dimensión fundamental de la experiencia humana y que a mi criterio es lo que precisamente se da en la adolescencia.

Sobre este tema me he detenido muy especialmente en un trabajo mío ya citado²⁰, y en el cual se podrá encontrar una bibliografía amplia sobre el tema y en el que también figuran referencias a este problema tratado en trabajos míos anteriormente citados^{10, 19, 23}.

Considero que en la dimensión temporal es donde más claramente se ve la ambigüedad del adolescente y la irrupción de la parte psicótica de su personalidad. Cuando el adolescente vivencia realmente el pasaje del tiempo se despierta en él una enorme culpa persecutoria y existe la mayor posibilidad de movilizar conductas psicóticas. Vive el individuo durante este período de la vida una especie de *presente atemporal* en donde puede fluctuar entre su actuación motora con compromiso corporal o su desvinculación del mundo con contracción yoica y casi paralización del cuerpo. En realidad lo que ocurre, es que se ve impulsado a manejarse con las técnicas defensivas que acompañan el manejo del objeto aglutinado o sea, la disociación, la proyección y la inmovilización²⁹. De esta manera pareciera evitarse a sí mismo un sentido de continuidad, es decir, un sentido de identidad.

Es por ello que vemos que en el proceso discriminativo que sufre el adolescente las primeras discriminaciones se hacen a nivel corporal y son las que se notan cuando el adolescente comienza a hablar acerca de "cuando era chico" o de "cuando yo sea grande". Puede proyectar además en el grupo toda esta situación de discriminación temporal, sintiéndose partícipe de una acción que no ocurre más que en el presente pero como dejando entrever una "ilusión" de futuro a través de las acciones grupales que pueden o no tener características de repercusión socio-política. Esto se da tanto en las manifestaciones estudiantiles de tipo político como en las reuniones sociales, en donde el futuro se atisba a través del sometimiento clásico a la familia tradicional en la búsqueda de la

pareja y la constitución del hogar, siguiendo los cánones ya preestablecidos por el marco familiar de referencia en el cual se depositan entonces, las ansiedades psicóticas.

De allí que para mí la percepción y la discriminación de lo temporal es una de las *tareas* más importantes de la adolescencia y que está vinculada directamente a la elaboración de los duelos típicos de esa edad a la que me he referido anteriormente. Esto es lo que para mí le permite salir al adolescente de la modalidad de relación narcisista y de la ambigüedad extrema para poder reconocer su pasado, integrarlo en su presente corporal y social y comenzar a formular proyectos de futuro, con capacidad de *espera* que suele ser una de las grandes problemáticas de la adolescencia.

Las dificultades básicas surgen de que admitir el pasado como noción conceptual sería haber elaborado los duelos por la infancia perdida, acción en la que en realidad está recién empeñado el individuo. Es un renunciamiento total y definitivo a aspectos de la personalidad que han sido gozados. Es hacer un duelo depresivo y efectivo con todo lo que esto significa desde el punto de vista intelectual y emocional. Admitir el futuro significa consolidar la identidad adolescente y prepararse para la adultez en donde la muerte surge como una realidad concreta. Por más elaboraciones filosóficas, posiciones doctrinales que se tenga, y conceptos ateístas, religiosos y materialistas, o trascendentales de tipo existencial que se ostenten, la muerte como realidad desconocida pero fáctica, siempre despierta ansiedad. Esta puede ser de mayor o menor intensidad, siendo esta ansiedad de franco tinte persecutorio. Es por ello que el futuro implica la muerte de uno mismo como posibilidad mediata y además la muerte de los padres como posibilidad inmediata.

Creo que puede hablarse de un *tiempo existencial* que sería el tiempo en sí que es ajeno al individuo y del cual el individuo participa sin que pueda evitarlo, un *tiempo vivencial o experimental* que se manifiesta en distintas edades de la vida pero que se hace mucho más notorio en la infancia y en la adolescencia, y un *tiempo conceptual*, donde pasado, presente y futuro quedan discriminados y que recién se adquiere en la adolescencia para consolidarse en la adultez joven.

EL ADOLESCENTE Y LA SOCIEDAD

No puede ser propósito de este trabajo el adentrarse en este tema, sino a título de integrarlo someramente, en la configuración psicológica del individuo adolescente.

Características psicológicas

Por todo lo que llevo expresado el individuo adolescente participa activamente del fenómeno social, por cuanto es en la sociedad también como institución donde proyecta sus ansiedades psicóticas y donde comienza a discriminarse. El yo no-yo no sólo se da en la familia, sino que también se da en la sociedad.

Claro está que la misma familia es la que puede producir configuraciones de actitudes sociales de rebeldía y desubicación o desencuentro que son de tremenda importancia ³⁰.

Con mis colaboradores no hemos encontrado en nuestros estudios la tan mentada "politización" de nuestra juventud, especialmente de la universitaria, a pesar de que las apariencias nos muestran lo contrario. Hemos visto, sí, jóvenes que manifiestan disconformidad, rebeldía, etcétera. Pero la experiencia clínica, las investigaciones a nivel universitario que hemos efectuado, nos muestran que la gran mayoría de nuestra juventud está aún sometida a normas de tipo tradicional. Será quizá más pertinente al sociólogo que al psicólogo o al psicoanalista investigar esta situación. Me limito tan sólo aquí a consignar este hecho que considero que es muy significativo por cuanto no muestra más que una de las tantas polaridades que caracterizan la crisis de ambigüedad de la adolescencia, ya que por un lado en lo aparente puede manifestarse como tenaz, fuerte e intensa rebeldía pero que por otro lado se expresa a través de un cierto tipo de conformismo y sometimiento que no pocas veces alarma ⁴⁰.

Lo cierto es que el fenómeno ocurre y que un grupo representativo de lo que es la pujanza adolescente hace eclosión, se manifiesta y busca expresarse. Creo que allí es donde la adolescencia adquiere su dimensión social que la configura psicológicamente. En este enfrentamiento generacional, en este enfrentamiento con la sociedad, de lo que Mafud ⁴¹ llama la *subcultura adolescente*, la sociedad se reestructura constantemente permitiendo a su vez la estructuración de sus individuos en su proceso hacia la madurez. Este fenómeno por supuesto que no es un acontecer estrictamente local, aunque tenga características propias en nuestro medio, sino que es un fenómeno de características universales.

Quiero destacar que solamente la comprensión psicodinámica del problema es la que realmente va a permitir esclarecerlo, facilitando una comunicación que transforme el enfrentamiento generacional en un encuentro mutuamente enriquecedor. Cabral y Castro ⁴² señalan muy bien que las formas extremas de la iracundia juvenil deben inscribirse en un radical rechazo de ese modo de existencia técnica competitiva, a la que aludían al comienzo de su artículo en el que destacan que la tecnificación de la exis-

tencia basada en la competencia produce una expansión de un sentimiento de radical insatisfacción, de deshumanización en la que el ser humano se convierte en una especie de engranaje.

Ya me he ocupado de la importancia de la interacción individuo adolescente-sociedad en diversos aspectos, desde el grupo de coetáneos, la familia y las estructuras sociales existentes y para no extender este trabajo prefiero referir al lector a los artículos mencionados ^{7, 10, 11, 12, 36, 39, 40}.

Creo ahora que es posible reconocer una particular reactividad del adolescente en nuestra sociedad. Su tecnología avanzada lograda a expensas de la libertad individual y de las posibilidades de realización del ser humano como tal, plantea cuestionamientos limitativos: se va a llegar a la adultez, ¿para qué?, ¿por qué?, ¿cómo? La ambigüedad es máxima y la adolescencia, en ese sentido, se prolonga.

Por otro lado, la sobreestimulación cognitiva del ser humano en el llamado "mundo civilizado", permite un adentrarse en la problemática adolescente cada vez más precoz. Pero la elaboración de la noción de la *temporalidad* le hace enfrentar el *futuro* con mayor incertidumbre que nunca. La muerte biológica, fuente de ansiedades persecutorias a la que me referí al hablar sobre la conceptualización de la temporalidad, y que obliga a aceptar la desaparición de los padres y ulteriormente la propia muerte, se ha transformado en la muerte violenta, inesperable, súbita y alienada.

Es la muerte de la guerra desatada por los sistemas dominantes en pugna, por la violencia de los regímenes opresores de los pueblos y por la de la violencia reactiva de quienes intentan modificar estructuras anti-humanas.

La noción de futuro se hace entonces para el adolescente bastante confusa y confusiónante. Puede significar la liberación y la ubicación en el mundo de los adultos; pero... ¿qué mundo...? Pero también puede implicar la aniquilación, la psicosis, la desesperanza. Y entonces las soluciones neuróticas o psicóticas son insuperables (drogadicción, criminalidad, neurosis o psicosis esquizofrénicas juveniles).

Pero es en esa misma estructura básica de la personalidad, configurada sobre buenos objetos internos y con mejor capacidad e integridad yoica, la que le permite al adolescente tener una mejor visión de futuro. De allí sí, parten los movimientos juveniles que conforman fuerzas desestructurantes de sistemas obsoletos y edificadoras de una realidad social más satisfactoria para el ser humano. Allí está el toque de alarma que pide *turbulencia* para salir de la inercia que asfixia, que reclama acción para que

Características psicológicas

el mundo en suicida actitud no se detenga. No es simple "rebeldía", es positiva y constructora movilización juvenil al servicio de un cambio social que busca para la humanidad las mayores y mejores posibilidades de realización.

Así sí tenemos a la *juventud*, en su accionar de hoy, con proyecciones de futuro, y con integración de lo positivo del pasado, en donde lo rescatable se pone al servicio de la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

1. BLOS, P.: *The Young Adolescent. Clinical Studies*, The Free Press, New York, 1970. Hace aquí una breve descripción de sus trabajos anteriores, que se remontan a 1954.
2. MUUS, R. E.: *Teorías de la adolescencia*. Paidós, Buenos Aires, 1966.
3. SHERIF, M. y SHERIF, C. (comps.): *Problems of Youth: Transition to Adulthood in a Changing World*. Introduction. Aldine Publishing Co. Chicago, 1965.
4. SHERIF, M. y CANTRIL, M.: *The Psychology of Ego Involvements*. John Wiley, New York, 1947.
5. MEAD, M.: *Adolescencia y cultura en Samoa*, 2ª ed. Paidós, Buenos Aires, 1961.
6. ALLPORT, G. W.: *Pattern and Growth in Personality*. Holt, Rinehart & Winston, New York, 1961.
7. KNOBEL, M.: *Psiquiatría y familia*. Orientación Médica, XIV (647), 78-81, Buenos Aires, 12 de marzo de 1965.
8. THORPE, L. P. y JOHNSON, V.: *Personality and Social Development in Childhood and Adolescence*. Review of Educational Research, 28 (5): 422, diciembre 1958.
9. KNOBEL, M.: *La adolescencia como experiencia clínica*. Arch. Crimin. Neuropsiq. y Discipl. Conexas. Quito (Ecuador), XIII (52): 501, 1965.
10. KNOBEL, M.: *El síndrome de la adolescencia normal*, en "La adolescencia normal", por A. Aberastury y M. Knobel. Paidós, Buenos Aires, 1971.
11. KNOBEL, M.: *La adolescencia y su psicopatología social*. Rev. Méd. Psicosomática Argentina, Buenos Aires, 14: 29, 1969.
12. KNOBEL, M.: *La juventud disconforme; su impacto social*. Orient. Médica, Buenos Aires, XVII (802), mayo 17, 1968.
13. FREUD, A.: *Adolescence*, en R. Eissler et al (comps.). "The Psychoanalytic Study of the Child", vol. XIII, Internat. Univ. Press, New York, 1958.
14. HALL, G. S.: *Adolescence* (2 vols.). Appleton, New York, 1916.
15. FREUD, S.: *Metamorfosis de la pubertad*. Es el capítulo III de su obra "Tres ensayos sobre una teoría sexual", que fueron publicados por primera vez en 1905. Ver "Una teoría sexual", Obras Completas, tomo I, Edit. Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
16. DEBESSE, M.: *La adolescencia*. Ed. Vergara, Barcelona 1962.
17. BERDICHEVSKY, F. y otros: *Lenguaje y fantasía en la consideración del anhelo juvenil*. Rev. Inst. Psicol. y Psicopatolog. P. Pinell (Rosario, Argentina), 1 (3): 35 y sig., diciembre 1970.
18. PONCE, A.: *Psicología de la adolescencia*. U.T.E.H.A., México, 2ª ed., 1938.
19. KNOBEL, M.: *La adolescencia y el tratamiento psicoanalítico de los adolescentes*, en A. Aberastury y otros, "Adolescencia". Ed. Kargieman, Buenos Aires, 1971.
20. KNOBEL, M.: *El pensamiento y la temporalidad en el psicoanálisis de la adolescencia*, en A. Aberastury y otros, "Adolescencia", Ed. Kargieman, Buenos Aires, 1971. (En

esta obra varios autores que siguen el pensamiento psicoanalítico, expresan las vicisitudes de esta edad de la vida, con el énfasis puesto en diversos aspectos de lo que la adolescencia es en realidad como período evolutivo.)

21. INGENIEROS, J.: *Las fuerzas morales* (1925), Obras Completas, tomo VII, Ed. Mar Océano, Buenos Aires, 1962. En esta obra, además del aforismo ya citado, este autor nos introduce al tema afirmando que las fuerzas morales "se transmitan sin cesar en la humanidad" y que "La juventud es levadura moral de los pueblos", siendo además los jóvenes los que "tocan a rebato en toda generación".

22. ERIKSON, E. H.: *Identity, Youth and Crisis*. W. W. Norton, New York, 1968.

23. KNOBEL, M.: *Psicología de la adolescencia*. Rev. Univ. de La Plata, 16: 55 y sigs., 1962.

24. ANTHONY, E. J.: *The reactions of adults to adolescents and their behaviour*, en "Psychiatric Approachs to Adolescence", Excerpta Méd. Found., Amsterdam, 1966.

25. PONCE, A.: *Ambición y angustia de los adolescentes*, 6ª ed. J. H. Matera Ed., Buenos Aires, 1955.

26. MERCANTE, V.: *La crisis de la pubertad y sus consecuencias pedagógicas*. Cabaud y Cía. Edit., Buenos Aires, 1918.

27. ABERASTURY, A. y colab.: *Adolescencia y psicopatía. Duelo por el cuerpo, la identidad y los padres infantiles, y Adolescencia y psicopatía*. Con especial referencia a las defensas, y *El pensamiento en el adolescente y en el adolescente psicopático* (por G. Rosenthal y M. Knobel), fueron publicados primero en "Psicoanálisis de la manía y la psicopatía", A. Rascovsky y D. Liberman (comps.). Paidós, Buenos Aires, 1966, y luego revisados y corregidos en "La adolescencia normal", por A. Aberastury y M. Knobel. Paidós, Buenos Aires, 1971.

28. BLEGER, J.: *Psicohigiene y psicología institucional*. Paidós, Buenos Aires, 1966. Dice este autor: "Entendemos por parte psicótica de la personalidad aquella parte de la personalidad que ha quedado en los niveles más inmaduros y regresivos, que se caracteriza fundamentalmente por una falta de discriminación entre yo y no yo, entre objeto interno y depositario; de tal manera, la simbiosis es el fenómeno clínico característico del grupo familiar; el sincretismo es uno de sus atributos, mientras que la participación es el fenómeno dinámico fundamental o "mecanismo" por el cual se establece o se mantiene el sincretismo de la simbiosis familiar (págs. 148-149).

29. BLEGER, J.: *Simbiosis y ambigüedad. Estudio psicoanalítico*. Paidós, Buenos Aires, 1967. Dice este autor: "La ambigüedad, como lo he dicho, se caracteriza fundamentalmente por falta de discriminación y coexistencia de términos o actitudes a rasgos que no están diferenciados entre sí, pero que no son necesariamente contradictorios, de tal manera que, para el sujeto, no existe contradicción, dado que ésta todavía no ha entrado en juego; es decir, la división esquizoide aún no se ha establecido (o se ha perdido, por regresión). Podría decirse que la división esquizoide "elige" términos contradictorios entre y dentro de todos los núcleos diferentes del yo que coexisten en la ambigüedad, jerarquizando series o conjuntos. La personalidad ambigua se constituye por persistencia de la estructura de la primitiva organización sincrética, con falta de discriminación entre yo y no-yo (y por lo tanto, falta de discriminación también dentro del no-yo), pero de tal manera que se configura una individualidad de características distintas al yo de un sujeto maduro, y que, por esa razón (por ser distinto y no carencia de), propongo llamar "yo sincrético" (pág. 179). Luego dice que: "Clínicamente, la ambigüedad aparece (fuera de los casos en que existe en forma de un núcleo aglutinado, clivado de un yo más integrado) de cuatro maneras típicas: a) Directamente como ambigüedad, con "ficticidad", como expresión de un "yo sincrético", con fuerte dependencia, volubilidad, y que puede transformarse en el partenaire del psicópata; b) Con cierta organización de la ambigüedad en un "yo fáctico" que se da directamente fusionado con objetos y sucesos; c) En la personalidad psicopática; d) Con polarización extrema: en el maniqueísmo y la personalidad autoritaria.

Se debe tener en cuenta, además, que estoy presentando situaciones límites o cuadros "puros", pero que dinámicamente coexisten en proporciones diversas y pueden "mutar" uno en otro. Dejamos de lado también los casos de regresión en los que un yo integrado e interiorizado puede convertirse en un "yo fáctico". Tampoco quiero tratar detalladamente en este lugar la "mutación" del psicópata, quien puede asumir totalmente su ambigüedad y transformarse entonces —a su vez— en el partenaire de un psicópata, o el retorno a la plena ambigüedad de la personalidad autoritaria, o viceversa (pág. 209).

Características psicológicas

30. GOMES MARIANTE, J.: *Juventud, mimetismo e identidad*. Rev. Arg. Psiq. y Psicol. Inf. y Adolesc., Buenos Aires, I (3/4): 60, septiembre-diciembre 1970.

31. Creo oportuno destacar que esto no significa una postura reduccionista a un individualismo psicodinámico, que entonces bien podría calificarse de "pseudopsicoanalítico". Las ideologías se establecen en la adolescencia y significan la base de compromisos futuros (actuales) verdaderamente trascendentales. El mecanismo es similar, pero puede realizarse en virtud de un desarrollo sobre estructuraciones psíquicas bien consolidadas con aspectos yoicos estabilizados y buenos objetos internos que faciliten identificaciones positivas o elaboraciones estructurales positivas.

32. GRINBERG, L.: *Culpa y depresión. Estudio psicoanalítico*. Paidós, Buenos Aires, 1963.

33. STONE, L. J. y CHURCH, J.: *Niñez y adolescencia*. Hormé, Buenos Aires, 1959.

34. ABERASTURY, A.: *Aportaciones al psicoanálisis de niños*. Paidós, Buenos Aires, 1971. Ver los capítulos X, "La fase genital previa", y XI, "La importancia de la organización genital en la iniciación del Complejo de Edipo Temprano".

35. ABERASTURY, A. y KNOBEL, M.: *La masturbación y los mecanismos maníacos*, en A. Aberastury, "Aportaciones al psicoanálisis de niños". Paidós, Buenos Aires, 1971, y originalmente publicado en Rev. Uruguay de Psicoanálisis (Montevideo), VIII (3): 209, 1966.

36. KNOBEL, M.: *Dificultades en la educación sexual de la adolescencia*, Rev. Arg. Psiq. y Psicol. Inf. y Adolesc. (Buenos Aires), I (3/4): 26, septiembre-diciembre 1970.

37. SALAS, E.: *Los padres y la identidad*. Rev. Psicoanalítica (Buenos Aires), XXVII (4): 763, 1970.

38. MITSCHERLICH, A.: *Society without Father*, Tavistock Publication, London, 1969. A esta obra habría que agregar la descripción del efecto de la carencia parental, hecho en el trabajo presentado ante el I Congreso Internacional de Psiquiatría Social titulado "The War-Born Children. Twenty Years Later", de J. E. Kysar y M. S. Zaks, donde se describe el deterioro sufrido en la personalidad de los niños que nacieron durante la última guerra mundial y que fueron estudiados veinte años después de la misma. Con respecto a la influencia familiar sobre el niño y su repercusión en la pubertad, especialmente en los aspectos sexuales aun los de tipo cognitivo elemental, puede verse el trabajo de M. Knobel y B. Scáziga "Actitudes de adolescentes acerca de la menstruación", Rev. Psicología (Univ. Nac. de La Plata), 2: 75, 1965.

39. DALMA, J.; KNOBEL, M. y FOX, M.: *La presión paterna como causa criminógena*. Acta Neuropsiq. Arg. I (5): 491, octubre 1955. Desde el punto de vista del estudiante universitario, Thenon destaca la acción iatrogénica que nuestra educación tiene para él. Ver Thenon, J., "Neurosis juveniles", 2ª ed. Edit. Futuro, Buenos Aires, 1961.

40. KNOBEL, M., DE LUCCA DE PÉREZ OSORIO, y otros: *Actitudes morales y sociales en adolescentes*. Rev. Interamericana de Psicología 1 (1): 7, marzo 1967. Ver mi trabajo con B. Scáziga citado en (38) y el citado en (7). Además, confirmando experiencias realizadas en Estados Unidos de América por Adams, he verificado esta problemática, sobre la que he informado en un capítulo del libro de J. H. Masermann "Youth: A Transcultural Psychiatric Approach", Grune & Stratton, New York, 1969, titulado "Youth in Argentina". El fenómeno probablemente tenga relación con los cambios sociales que ocurren en nuestro país; ermani, G., "Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas". Paidós, Buenos Aires, 1966.

41. MAFUD, J.: *Las rebeliones juveniles en la sociedad argentina*. S. Rueda, Ed., Buenos Aires, 1969. Ver también mis trabajos citados en (10) (11) (12) y una amplia revisión del tema desde el punto de vista político-social en Feuer, L. S., *Los movimientos estudiantiles*. Paidós, Buenos Aires, 1971. Desde el punto de vista psicoanalítico diversos autores han encarado esta temática en el Cuaderno de SAPPPIA N° 1, titulado "Adolescencia, cultura y sociedad". Ed. Kargieman, Buenos Aires, 1971.

42. CABRAL, C. A. y CASTRO, J. O.: *Rebeldía juvenil y cambio*. Orientación Méd. (Buenos Aires), XVII (821): 821, septiembre 27, 1968.



"La discusión", dibujo (1931), por Raúl Soldi

SEGUNDA PARTE

MARCO SOCIOCULTURAL

1. LA ESTRATIFICACIÓN JUVENIL
por la Dra. LIDA BIANCHI
2. LA JUVENTUD Y LA FAMILIA
por la Prof. ELENA L. DE JUBANY
3. JUVENTUD Y MARGINALIDAD
por el Prof. OSCAR COLMAN
4. PRESENCIA DE LA JUVENTUD EN EL ARTE
por el Prof. ÁNGEL O. NESSI
5. MÚSICA Y JUVENTUD
por el Prof. ENRIQUE GERARDI
6. LOS JÓVENES FRENTE A LA LITERATURA
por el Prof. MIGUEL OLIVERA
GIMÉNEZ
7. LA JUVENTUD Y EL AMOR
por el Dr. ALBERTO GOLDIN

La estratificación juvenil

LIDA BIANCHI

INTRODUCCIÓN

ABOGADA Y SOCIOLOGA graduada, respectivamente, en la Universidad de Bs. Aires y en la Universidad de Loyola, Nueva Orleans, Estados Unidos (1956). Diplomada en salud pública en la Facultad de Medicina de Bs. Aires (Escuela de Salud Pública, 1971). Ejerce la docencia secundaria desde 1949 y la superior (Universidad Provincial de Mar del Plata; Universidad Católica) desde 1958, dictando sociología general. Actualmente es profesora en la Universidad Argentina de la Empresa. Realizó un trabajo de investigación para el "Consiglio Nazionale delle Ricerche" acerca de la influencia de la cultura italiana en el Río de la Plata. Fue directora y ahora coordinadora del Instituto de Trabajo Social. Ha publicado dos libros de sociología general. Ha ejercido el periodismo desarrollando temas de sociología, servicio social y educación para la salud.

TODO acercamiento a la "cuestión jóvenes", aun cuando se trate del más teórico de los enfoques, lleva implícita una buena porción de actitudes emocionales, nacidas del nivel de análisis elegido, más la propia experiencia del autor al respecto. Por ajustado que sea el marco metodológico propuesto, siempre nos traicionará nuestra vis valorativa frente a la conformación ideológica de quienes habrán de sucedernos, al encuadre recíproco —no siempre coincidente— de sus derechos y obligaciones, a su severidad para con nuestras realizaciones, y a la irritación de ver cómo se apresuran a repetir muchos de nuestros errores, sin que podamos impedirlo. Hay infinidad de trabajos manuscritos acerca del tema. Hay contradicciones sin fin, y afirmaciones más o menos datadas. Lo cierto es que la importancia demográfica del sector juvenil en los países en vías de desarrollo representa una pesada concentración de protagonistas en un mundo cuyas estructuras cambian rápidamente, planteando a cada instante problemas de adaptación personal, y determinando la creación de

modos de conducta propios. Por eso se preguntaba Robert Mandra ¹ si las más conocidas causas de la desazón juvenil frente a la aceleración contemporánea, como la obsolescencia de la enseñanza y el enfrentamiento generacional, propio de todas las cohortes frente a sus mayores, no llegarían, por amplificación de su número, a mostrarnos la necesidad de revisar por completo y poner en tela de juicio la jerarquía de los valores en uso.

También en los países de bajo potencial demográfico se anuncia la necesidad de una revolución en las relaciones humanas, encaminada a replantear los roles respectivos de las distintas generaciones; porque en ninguna sociedad del globo los problemas de la juventud pueden ya considerarse cuestiones de minorías. Las transformaciones demográficas se acompañan con modificaciones biológicas, psicosociales y éticas tan notorias y velozmente difundidas, como para que un adolescente de cualquier parte del mundo pueda sentirse identificado con el más alejado coetáneo, antes que con los adultos de propio país.

Paradójicamente, el incremento de la expectativa de vida en los países desarrollados taponan para los jóvenes el ingreso a las cátedras universitarias, a los cargos públicos, al manejo de las empresas, a la propiedad comercial. Son siempre los adultos más viejos quienes siguen determinando los esquemas a través de los cuales conformarán los jóvenes su personalidad social básica.

Frente a esa irremediable continuidad, surge por doquiera una "cultura juvenil", artificialmente explotada a veces, pero auténtica, coherente y coincidente, las más de ellas.

Por eso, hablar de la "cuestión juvenil" es enfocar parte de ese todo que es la crisis de la sociedad, originada en la explosión demográfica y agigantada por una imprevisión en las políticas de educación y empleo de la cual somos a la vez espectadores y protagonistas más o menos inocentes.

DETERMINACIÓN SOCIOCULTURAL DEL ESTRATO JUVENIL

Todos los fenómenos sociales parten básicamente de un proceso de interacción en el cual las personas se comunican mediante una serie de conductas culturalmente aceptadas. De ahí que la edad, el sexo y el parentesco de los protagonistas, con sus respectivos esquemas de obligaciones y expectativas, representen algo más que una mera serie de determinantes físicos. Ciertamente que los parámetros biopsicológicos se dan en todas las sociedades, de modo tal que un niño es un niño cualquiera sea el contexto

La estratificación juvenil

cultural en el cual le toque crecer; pero la manera de tratarlo, lo que de él se espera como respuesta, se relacionan profundamente con los lineamientos culturales de la vida social.

Habida cuenta de la vigencia de ambos determinantes —el límite físico y la forma de determinarlo y valorarlo— advertimos que la edad cronológica como base de adscripción de “status” siempre tiene significación en las diversas culturas.

LA EDAD COMO BASE DE LA ADSCRIPCIÓN DE STATUS

Desde su nacimiento, una persona adquiere ubicaciones sociales amplias, dadas por la edad, la nacionalidad, el sexo y el parentesco, sobre la base de las cuales irá construyendo posiciones constitutivas de su identidad personal. Llamamos *estrato social* a la masa de individuos que en una sociedad determinada ocupan posiciones de “status” semejantes, provistas de cierto grado de fijeza y permanencia.

Por ser la edad un “status” que deviene, podemos reconocer en todas las culturas los “status” etarios de niño, joven, adulto y anciano, cuyos límites no están necesariamente determinados, aunque sí sus relaciones recíprocas: siempre el padre será mayor que sus hijos, siempre habrá hermanos mayores y menores.

Si bien la manera más usual de analizar la estratificación social se basa en el grado de movilidad permitido a los integrantes del cuerpo social, pensamos que válidamente puede también hacerse referencia a la estratificación de un grupo humano a partir de las edades respectivas de sus miembros; sobre todo si advertimos la vigencia que adquieren algunos de esos grupos en la conformación de la pirámide demográfica.

La mera distribución de la población por “status” etarios, ya nos dará idea de las condiciones de vida de un país, y de la urgencia de políticas protectoras del niño, o del anciano, o de esa “tierra de nadie” que es la juventud.

Sin embargo, resulta difícil definir la juventud en términos puramente cronológicos. Los organismos internacionales, como UNESCO² se refieren a “la juventud” al preparar programas abarcativos del grupo etario entre 15 y 25 años, aun cuando resulte poco científico reducir a un común denominador las peculiaridades de los individuos componentes de un estrato, incluso dentro de una misma sociedad. Dice al respecto la publicación antes citada³ “. . . con mayor motivo aún resulta difícil formular en este punto

una norma universal ya que en diversos países y continentes, la mayoría de edad civil, la plena responsabilidad social, y el ejercicio de las actividades sexuales difieren grandemente bajo el efecto de la ley, las instituciones y las costumbres”.

En términos sociológicos, las categorías inclusivas del estrato de los jóvenes podrían clasificarse en: urbanas y rurales, escolarizados o no; obreros y estudiantes.

Si pretendiéramos enunciar globalmente los mayores problemas concernientes a cada una de ellas, diríamos que en países en vías de desarrollo los jóvenes ciudadanos enfrentan los riesgos del urbanismo y la marginalidad, y en los desarrollados, la anomia con su secuela de adicciones; la juventud rural —la más numerosa aún en el mundo— representa una mano de obra no autodeterminada, debido a la persistencia de estructuras patriarcales que le quitan poder de decisión acerca de su propio destino.

Según datos recogidos por la UNESCO⁴, la juventud no escolarizada es también una categoría numéricamente importante; tanto, que hasta hace diez años se calculaba en 140 millones el número de analfabetos entre los 15 y 25 años, constituyendo una masa mundial frenadora del desarrollo.

La juventud obrera se integra con un contingente en continuo incremento que, ante las transformaciones del mundo del trabajo por causa de los avances tecnológicos, manifiesta fuertes dosis de inseguridad. Componen su panorama de preocupaciones básicas la orientación vocacional, la capacitación en terreno, el manejo de los canales de movilidad y la obtención de garantías contra el desempleo.

Los alumnos de la escuela primaria, que en el último quinquenio se han duplicado hasta alcanzar los 413 millones, tienen hoy posibilidades de desarrollo intelectual más precoces que las de la generación anterior, y están en mejores condiciones de asimilar las corrientes socio-políticas que surgen en el mundo. Sumados a los estudiantes de nivel superior, que se incrementaron en un 61 % en el quinquenio 1960-65, totalizando alrededor de 16 millones, adquieren peso cuantitativo y cualitativo en las estructuras contemporáneas.

En los países industrializados, el ingreso en las aulas universitarias de jóvenes provenientes de la clase trabajadora está rompiendo los viejos moldes clasistas de la universidad de élites. No sucede lo mismo en comarcas subdesarrolladas o en vías de desarrollo, como sería el caso de la Argentina, en la cual la coyuntura económica frenó en los últimos años ese proceso de incorporación.

La estratificación juvenil

En síntesis: considerada como un todo, la juventud constituye una enorme masa mundial que poco a poco se configura como un estrato social determinado aunque multiforme, y provisto de un dinamismo propio, cuyos efectos se manifiestan marcadamente en el proceso de transformación de las sociedades, incidiendo cada vez más en la elaboración de políticas nacionales y en los programas de la comunidad internacional.

A la fecha, varios países, entre ellos el nuestro, han organizado institucionalmente su preocupación por los problemas inherentes a esta edad, a través de Ministerios de Juventud, o Secretarías de Estado de Minoridad, Familia, Deportes, etcétera.

DETERMINANTES PSICBIOLÓGICOS DE LA JUVENTUD

Al decir de Davis⁵ se dan en toda sociedad humana series de posiciones asignadas sobre la base de la edad de sus miembros, dotadas de determinado grado de fijeza y repetición. Incluso muchas ocupaciones propias de la sociedad de masas —como la educación de sus miembros y la capacitación en el trabajo— conducen al incremento de la responsabilidad social de los componentes, a través de una escala definida de edades cronológicas. Para fijar de algún modo los vagos límites entre los “status” de niño, joven, adulto y anciano, se recurre a determinantes jurídicos y educativos, que se suman más o menos ajustadamente a los determinantes biológicos.

En algunas tribus primitivas y en algunas culturas indígenas sobrevivientes, el niño pasa directamente al estado de adulto apenas se inicia la pubertad. Ese momento se marca culturalmente con ceremonias determinadas, como el rito de la circuncisión. De una manera más sutil y elaborada —como los pantalones largos o “la fiesta de los 15 años”— también la sociedad occidental marca la diferencia entre los “status” de niño y de joven, si bien no les acuerda igual cúmulo de responsabilidades inmediatas.

En el otro extremo de la diferenciación social, los grupos campesinos y los marginados de las regiones industrializadas, otorgan responsabilidades adultas al niño apenas éste puede asumirlas físicamente; pero la pauta no se extiende a los niños de clase media de las mismas sociedades.

En generaciones anteriores, ese paso de la infancia a la edad adulta requería unos meses. Hoy se desenvuelve aproximadamente en diez años. Esta larga adolescencia enfrenta al joven con sistemas normativos diferentes y contradictorios que debe experimentar antes de construir su propia escala de valores, prolongando así la moratoria psicosocial de la cual goza⁶.

Nuestros abuelos, a los 15 años ya habían elegido —o aceptado— una carrera o un oficio del cual vivirían. Hoy, muchos jóvenes de 25 años aún no han decidido su destino. Al terminar la enseñanza secundaria, el 26 % de los muchachos y el 50 % de las chicas no saben qué camino seguir, lo cual complica las finanzas paternas, y su propio destino ⁷.

Pero volviendo al título del epígrafe, el paso de la infancia a la juventud está marcado por modificaciones físicas, así como por un cambio en el grado de participación en el mundo circundante.

PUBERTAD

En cuanto estrato social, la juventud comprende una primera etapa divisible en dos partes: pubertad y adolescencia; una vez concluida esta última, se inserta en la edad madura, en la medida en que adquiere definitivamente la suma de derechos y el cúmulo de obligaciones que la sociedad le otorga.

La pubertad representa el capítulo biológico durante el cual se adquiere la capacidad reproductora mediante la maduración del sistema hormonal. La estructura corporal infantil abre así paso a las formas adultas definitivas.

Pero este pasaje no es indoloro. El púber advierte los cambios que se van dando en él; percibe sus oscuros impulsos, que estallan en medio de una configuración moral generalmente represora y prohibitiva. La misma organización de la escuela media, con sus largas horas de inmovilidad forzada en las aulas, mientras las glándulas se encabritan y la identidad se compromete, parece preparada como cepo de tortura para millones de muchachos.

Es en esta etapa de agudos cambios —sólo comparables a los del trance del nacimiento— que se diluyen los límites del Yo. La inseguridad sobreviniente empuja al púber hacia sus pares, más próximos que los adultos a comprender sus problemas, sin juzgarlo. Nacen así las amistades de asiduidad cotidiana, los “hijos agregados” que comparten todas las madres de chicos púberes; las conversaciones cuchicheadas que se interrumpen a la entrada de los mayores; las interminables llamadas telefónicas, los compromisos amistosos que conducen a enfrentamientos con el sistema familiar.

El púber se transforma en el miembro egoísta de la familia, porque está tan ocupado en “aprenderse” a sí mismo, en medio de las transformaciones corporales exigentes de un nuevo equilibrio y de un aprendizaje

La estratificación juvenil

fisiológico, que no tiene tiempo ni ganas de compartir los problemas de su grupo de pertenencia.

Pero la maduración biológica del púber no coincide con la capacitación para ejercer roles adultos, ni en lo social, ni en lo sexual. El impulso sexual está postergado y reprimido en la sociedad occidental; del secreto obligado suelen nacer impulsos homosexuales, relativamente más fáciles de disimular y canalizar sin gasto psicológico evidente.

La sociedad industrial vive el paso de la infancia a la juventud con un gran monto de tensión, por varias razones: la primera de ellas, porque la cultura contemporánea complejiza sus aprendizajes hasta más allá de la mera madurez biológica. En segundo término, porque el reconocimiento de la competencia lograda no se transmite simultáneamente a todas las esferas de acción, sino que se hace de una manera saltuaria y parcial; así, por ejemplo, en la República Argentina la edad para contraer matrimonio es muy anterior a la de poder ejercer derechos políticos; la de testimoniar en lo criminal —aún cuando su valor probatorio sea complementario— se da tempranamente, mientras que la responsabilidad para delinquir sólo se adquiere a los 16 años. La emancipación es más una cuestión privada que institucional, pero no así la disposición de los propios bienes. La libreta de trabajo, que autoriza para el ingreso en el mundo económico, se otorga a los 14 años, mientras la obligatoriedad escolar llega hasta los 12, dejando así un fuerte contingente de chicos desprotegidos de vigilancia ante la explotación de los adultos.

Esta ambivalencia institucional se refleja forzosamente en las conductas adultas, especialmente en los padres, que se preguntan si deben seguir aplicando los modelos autocráticos de la infancia, o arriesgarse a un liderazgo cooperativo que dé a los jóvenes ocasión de expresarse en el seno de la familia. Ante la necesidad de independencia manifestada por los hijos, suelen reforzar los niveles de dependencia económica que constituyen la esencia del control de la relación, originando así núcleos de conflicto.

ADOLESCENCIA

Cuando la pubertad se afianza, comienza la adolescencia, en la cual ocurren preferentemente cambios en la esfera de lo ético. Hasta entonces, el juicio de los adultos es seguido sin demasiados problemas. Pero el adolescente quiere saber por sí, juzgar por sí, y sus juicios como todo lo que recién se inaugura, son exigentes y puros.

Le toca ahora independizarse internamente de las figuras paternas, manteniendo sin embargo los lazos del amor. En muchos casos, especialmente en los aglomerados de subproletariado industrial urbano, el manejo de la realidad por parte de los hijos es, con mucho, superior al de los padres, en especial de las madres, que conservan más o menos intactos sus antiguos roles campesinos y cuyo diálogo con los hijos crecidos sólo se continúa por afecto, sin códigos realmente compartidos.

El tipo de relación del joven con su familia desempeña un papel clave con respecto de sus adaptaciones fuera del hogar. A medida que se separa de sus adultos significativos, irá depositando sus lealtades en otros grupos de pertenencia: los compañeros de trabajo, los amigos del ocio, los otros estudiantes.

La búsqueda del "status" definitivo constituye una urgente necesidad, tanto más aguda en sociedades de acusada movilidad, cuyos canales de ascenso están preparados para un grupo, pero no para la totalidad de aspirantes; y en la cual, la vigencia de la técnica eleva el nivel de capacitación exigible, agigantando los problemas de planeamiento del futuro, a través de la elección de carrera u oficio.

El adolescente se incorpora a un "continuo social" que, al decir de Davis⁸ sólo existe en las mentes y las acciones de sus miembros. La modelación de su personalidad, que le permite introducirse en ese "continuo", constituye un proceso de socialización merced al cual se continúa la cultura del grupo, al mismo tiempo que la persona se realiza, amalgamando sus sentimientos e ideas con los modelos culturales que deberá compartir.

Este proceso suele ser vivido compulsivamente por los "socializadores oficiales", los padres y maestros, cuya misión consiste en contrariar en mayor o menor grado los impulsos asociales del joven, para lograr en él esquemas de conductas aceptables. Ante esa compulsión, los jóvenes se nuclean y buscan protegerse. Al mirar el mundo con los mismos ojos, se originan determinados tipos similares de respuestas, imposibles de esperar en los adultos; no sólo en lo referente a la ideología y las costumbres, sino en aspectos menos formales de la cultura, como los usos, los hábitos, las modas, las preferencias, las manías, los códigos, los símbolos, que dan salida a la necesidad de sensaciones nuevas, y que a veces incursionan en el terreno de lo prohibido. En cada país, los rebeldes tienen nombres distintos—blousons noirs, teddy-boys, vitelloni, beatniks, hippies, hooligans, provos, arnderrupter— y características bastante homogéneas y generalizables.

LA CULTURA JUVENIL: MARCO ESTRUCTURAL EN EL QUE SE DESARROLLA

Todo análisis de la “cultura de jóvenes” debe necesariamente partir de un breve enunciado acerca de las estructuras sociales que le dan cabida; en primer lugar, la sociedad de consumo, con sus apelaciones incesantes para ampliar el mercado de los más diversos productos, en el cual han desaparecido o se han esfumado ciertos valores, para dejar paso a una manera de sentir y pensar inspiradas en el “hecho del consumo”, según el cual el hombre ya no es visto como productor, sino como consumidor.

En segundo término, la modelación industrial de las conciencias⁹, apreciable tanto en el mundo socialista como en el capitalista, que modifica el papel de los intelectuales en la sociedad, haciéndolos tributarios del poder establecido, con lo que se llega a las fronteras de la violencia psicológica. Y el mundo de hoy, frente al desconcierto de los jóvenes, es un mundo de violencia.

Agréguese el fenómeno del urbanismo, con su influencia sobre la conformación ética de generaciones de jóvenes erradicados bruscamente de su contexto moral tradicional; y la explosión demográfica en las escuelas y universidades, que destruyó la relación personal y directa entre docentes y alumnos, reemplazándola por medios masivos impersonales de transmisión educativa. Al referirse al problema, dice Marcel Hicter¹⁰ “. . . Cuando millares de alumnos tienen como centro privilegiado de sus estudios las ciencias humanas, es decir, sus propios problemas presentes y futuros, individuales y colectivos, lo que se produce es un incendio alimentado permanentemente. A causa de la explosión del número de universitarios, la cosa que se comunica desde las facultades de Ciencias Humanas a todas las otras es, sobre todo, una conciencia de la depredación que ha sufrido el título universitario. Nace así un nuevo proletariado cargado de armas mucho más explosivas para defender sus intereses y su porvenir que el proletariado obrero de otrora”.

Al mismo tiempo, la familia, en cuanto institución clave para el logro de la respuesta a la necesidad de afecto, está cambiando su estructura y funciones¹¹. La separación de los jóvenes con respecto de los padres se produce tempranamente, debilitándose los lazos de pertenencia, al emanciparse económica y físicamente. Por otra parte, el largo proceso de preparación exigido para el ingreso en la población económicamente activa, pone a los jóvenes en situación de segregación y espera, realimentándose así el conflicto generacional más allá de las reacciones biológicas, sociológicas y culturales que normalmente provocan fricciones.

Se destaca la creciente toma de conciencia de una juventud organizada y diferente, enfrentada a la actitud de espera que le marcan los adultos, superadora de las barreras políticas y asombrada ante el hecho de que el increíble progreso científico de nuestra época no represente el establecimiento de la paz y la justicia para los dos tercios de subdesarrollados que habitan la tierra.

LA CULTURA DE JÓVENES

Denominamos cultura a la manera de vivir de una sociedad. Pero ningún grupo humano es lo suficientemente homogéneo como para que sus diversos componentes conozcan y compartan modos de cultura similares. En todas las sociedades se dan núcleos o estratos más o menos etnocéntricos, en los cuales la configuración cultural está sólo relativamente inserta en la totalidad.

El estrato juvenil, cuya incidencia en el diseño de la pirámide de población ha sido denominado por la UNESCO "la marea ascendente de los jóvenes"¹³, configura modos de vivir propios, más similares entre sí, por encima de las fronteras, que con respecto del resto de la cultura de sus países respectivos.

Según proyecciones recientes, se calcula que en el año 2000 habrá en el mundo más de 1.228 millones de jóvenes entre 15 y 25 años, de los cuales la tercera parte son habitantes de países en vías de desarrollo.

Súmese a ello el fenómeno de mundialización de la cultura, de acuerdo con el cual todo cuanto sucede en cualquier parte del mundo nos es conocido y nos afecta en algún grado, al menos potencialmente, merced a la imagen, el sonido, la palabra. Por primera vez el género humano toma así conciencia de su unidad y de la similitud de sus problemas y aspiraciones, que se relacionan con la humanidad concreta y viva, antes que con el hombre en particular.

En la República Argentina, el estrato de jóvenes entre 15 y 25 años representa hoy alrededor del 6,3 de la totalidad¹³, como se advierte en la figura N° 1; pero ha ido comparativamente disminuyendo en la medida en que el país se transformaba en una sociedad en transición (ver gráficos comparativos de la figura N° 2). Si bien el cupo inmigratorio fue muy numeroso desde fines de siglo, esas corrientes estaban constituidas mayoritariamente por adultos varones; lo que explica el escaso incremento del estrato, a pesar del aumento global de población argentina.

FIGURA Nº 1

POBLACION ESTIMATIVA DE LA REPUBLICA ARGENTINA AL 30-VI-70

en negro: SECTOR JUVENIL, DE 15 a 25 AÑOS, SEGUN CENSO NACIONAL, 1970 (DATOS PROVISIONALES)

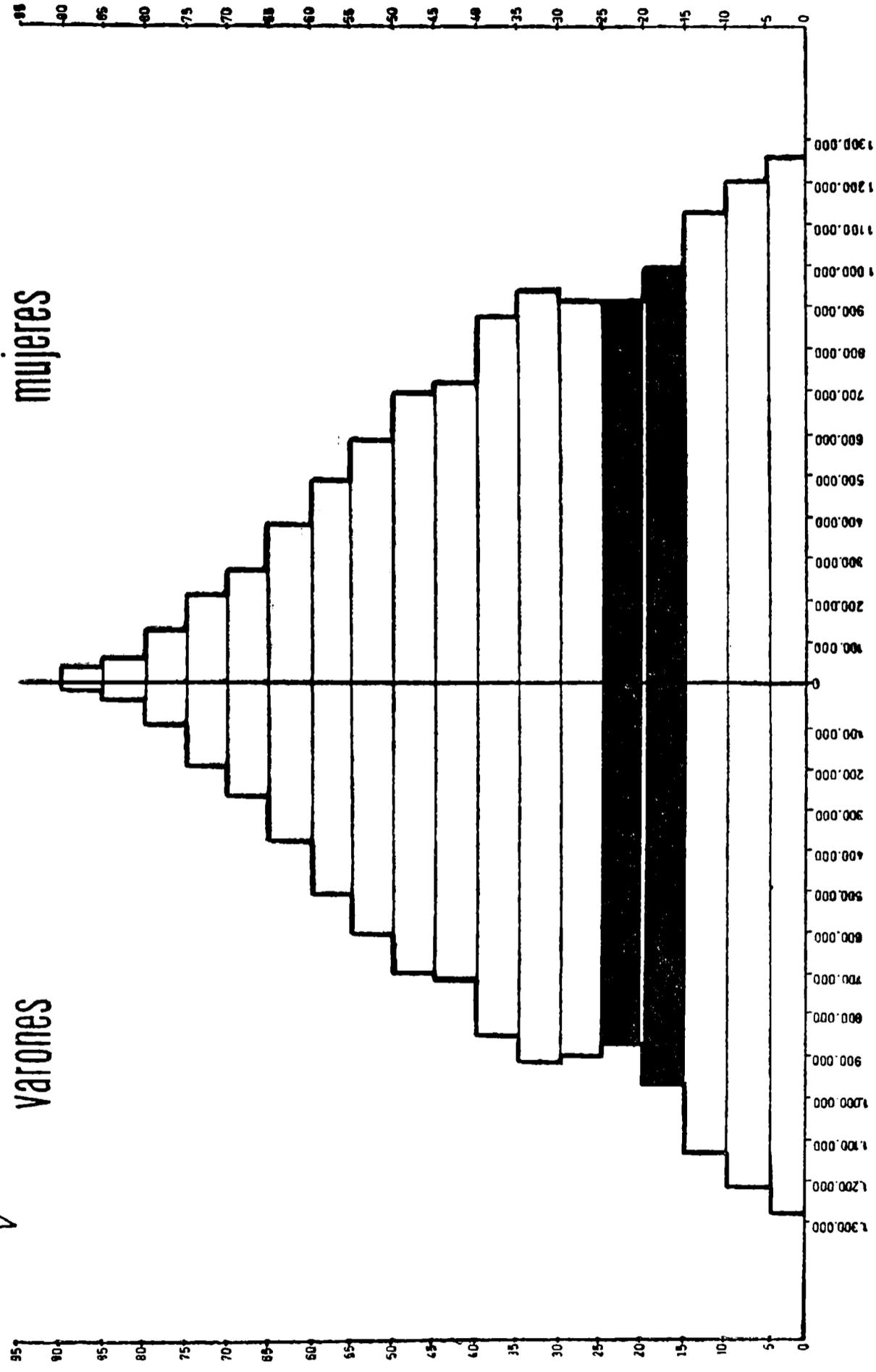
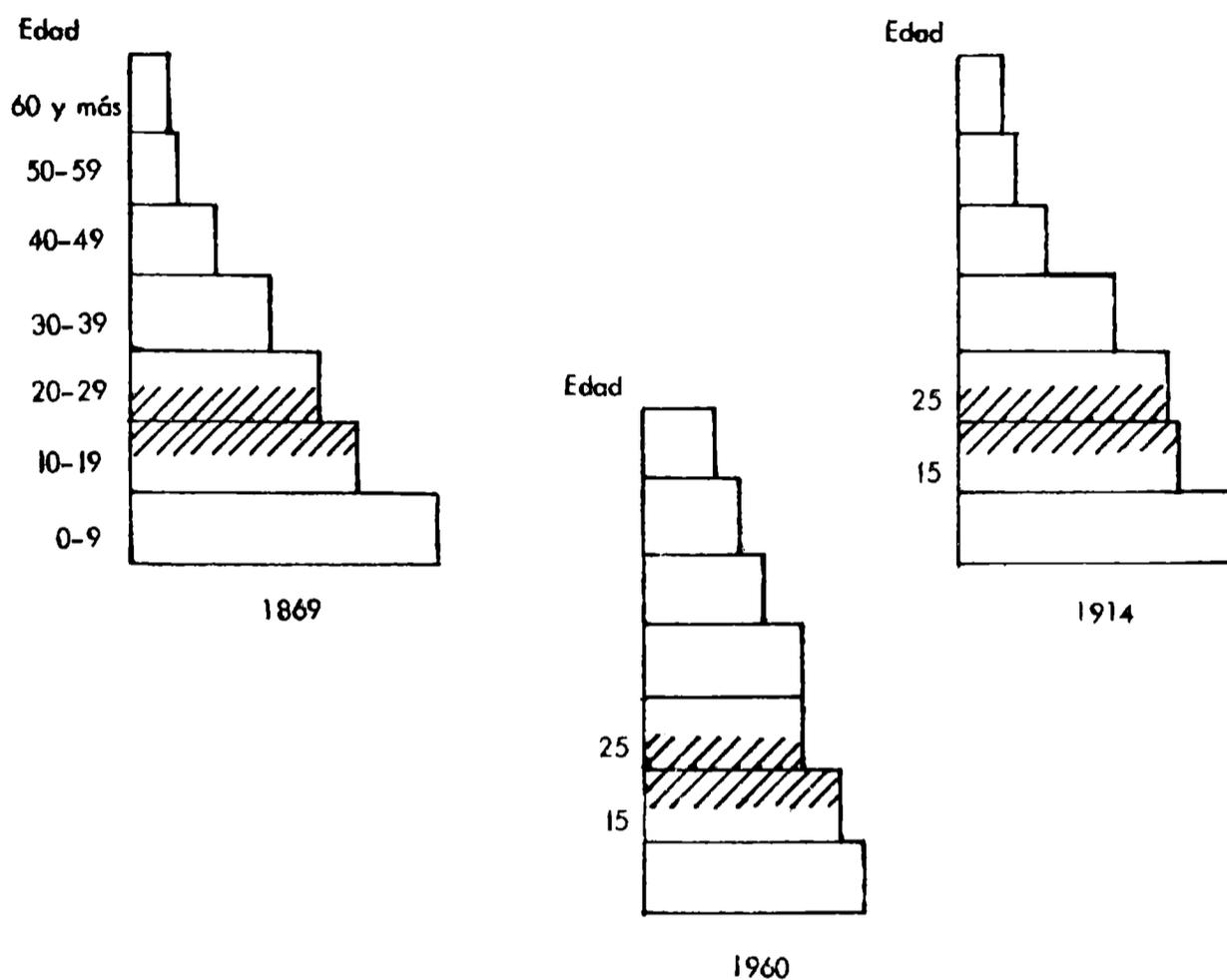


FIGURA Nº 2

Estructura de la población argentina por edades, según censos nacionales 1869, 1914 y 1960
(En rayado: población juvenil, 15 a 25 años.)



Fuente: Revista "Polémica" Nº 52. Centro Editor América Latina, Buenos Aires, mayo 1971

Aún así, en números absolutos, la juventud tiene peso en la estructura social argentina. Y como tal, compone una configuración cultural dotada de folks, convenciones, modas, instituciones propias. Entre los primeros encontramos toda una floración de ejemplos, desde la manera de saludarse hasta el léxico utilizado con mayor libertad y calor del que estábamos acostumbrados a permitirnos (caso del tuteo inmediato entre conocidos que se valoran como semejantes). Hay ideologías circulantes, comercios preferidos, ocupaciones exclusivas, furores artísticos y literarios más o menos comprensibles, aceptaciones radiantes y rechazos feroces, actitudes revisionistas con respecto del pasado histórico y político; ingenuas aceptaciones de lo que los fabricantes de necesidades promocionan como indispensable:

La estratificación juvenil

en fin, una actitud valorativa, en la cual se enraizan conductas a las que la UNESCO define, pragmáticamente, como "juventud" ¹⁴.

En esta configuración cultural juvenil, analizaremos alguna de las instituciones más representativas, entre ellas el sector Educación.

LA EDUCACIÓN DE LOS JÓVENES EN LA ARGENTINA

La explosión demográfica en el mundo repercutió de inmediato en los presupuestos escolares y en la disposición de los recursos humanos aplicados a su operación. Todo ello gravitó en el clima interno de las casas de enseñanza, cuyos programas obsoletos y rancias arquitecturas son un mentís a la era del átomo.

En países como Francia y Bélgica se ha decuplicado en una generación el número de asistentes a las aulas, pasando de 50.000 a 600.000 alumnos en el primero y de 10.000 a 60.000 en Bélgica. En nuestro país, la pirámide de población escolar comienza con más de tres millones y medio de niños en las aulas primarias, y sobre la base de un agudo desgranamiento, va raleando sus filas hacia los niveles universitarios. En el nivel primario, el promedio de años de escolaridad general era de 3 años para 1962. Sólo el 33 % de los niños inscriptos estaba en ese momento destinado a terminar la escuela elemental, con deserciones distribuidas entre un 35 % para los primeros 3 años, y un 24 % para antes del 6º grado ¹⁵.

Dado que el estrato que nos ocupa comprende una población escolar secundaria y universitaria, las analizaremos brevemente.

ENSEÑANZA SECUNDARIA

Terminados los estudios primarios con el 7º grado, quedan al púber argentino unas pocas opciones. La primera, introducirse más o menos subrepticamente en el mundo del trabajo.

La segunda, encaminar sus pasos hacia una de las cinco perspectivas que le ofrece la enseñanza media. Algunas de ellas, como el bachillerato, muy desconceptuado desde el punto de vista de su aplicación inmediata, por cuanto sigue constituyendo un pasaje hacia los estudios superiores.

La escuela normal, con su enorme proliferación de aspirantes femeninas que encontraron en ella durante años una respuesta a su necesidad de incorporación al quehacer social, sufrió las consecuencias de esa defor-

mación demográfica, a través de la falta de impulso para concretar la brillante parábola iniciada, la escasa jerarquización y magra recompensa económica. Esta realidad también la hace hoy un trampolín para estudios superiores, antes que una respuesta total y definitiva.

La escuela de comercio, pese a sus orígenes “diferenciales” en categoría y hasta en remuneración de sus docentes, ha cuadruplicado su alumnado en los últimos 20 años; pero esas cifras no guardan relación con las expectativas de clase, sino con la demanda de la sociedad en general.

La enseñanza técnica absorbió a buena porción de jóvenes argentinos entre 1936 y 1957. Ello otorgó a esta rama la más alta tasa de aumento por tipo, si bien sus totales empezaron a descender a partir de 1954, coincidiendo con el incremento del sector comercial, y la correspondiente necesidad de la preparación del recurso humano específico.

En cuanto a las profesiones de nivel técnico, siguen siendo magras respuestas en una sociedad cuyos modelos están fuertemente influidos por los prestigios de las profesiones liberales.

Representan así el sector más carenciado en la pirámide profesional argentina; mal remuneradas, no siempre delimitadas en sus campos de acción: la enfermería, el servicio social, la kinesiología, siguen siendo coto de caza para improvisados.

Otro detalle valioso para señalar es la mayor concurrencia a las aulas por parte de las mujeres. El crecimiento anual medio de los alumnos secundarios es de 7 % para las muchachas, y de 5 % para los varones. Ello tendrá a breve plazo un interesante significado, si creemos las palabras del Pandith Nerhu al respecto ¹⁶.

La elección de rama por parte de los jóvenes se basa necesariamente en la axiología compartida con el grupo en el cual crecen. De modo tal que la estructura de carácter que configuren resultará en última instancia un reflejo de la estructura total de la sociedad. Y vemos al respecto, como afirmación de nuestro estancamiento y deterioro institucional que, de acuerdo con las líneas de tendencia educativas, el alumnado de las escuelas técnicas está destinado a crecer comparativamente menos que los otros, en los próximos años ¹⁷.

El número de técnicos egresados con entrenamiento de cinco y más años de escuela secundaria desciende a partir de 1955, en todas las ramas, con excepción de la industria automotriz, y con funestas perspectivas para la química. Los egresados técnicos electricistas con preparación superior descendieron de 289 a 39 entre 1956 y 1958.

La estratificación juvenil

Los egresados del Instituto Técnico Superior decrecieron en un 50 % durante el último decenio, conservándose las mayores cifras en hormigón armado, refrigeración, ventilación, calefacción, motores de combustión interna: todas especialidades que requieren actualización constante, so pena de obsolescencia en cinco años, como máximo¹⁸.

EDUCACIÓN UNIVERSITARIA

Sigue siendo una aspiración bien enraizada en la cultura juvenil, desde el punto de vista del prestigio. En los últimos 20 años, la enseñanza universitaria obtuvo las mayores tasas de incremento, especialmente el quinquenio 1952-57, año en que empezó a disminuir el número de inscriptos.

Entre 1900 y 1969 se graduaron en el país cerca de 150.000 profesionales, en carreras de cinco años y más, si bien esa cifra se concentra en los últimos 20 años, y más de la mitad egresaron de las aulas porteñas.

Los mayores números de graduados se dan en Medicina, Derecho e Ingeniería; si bien en esta última el incremento comienza en los últimos años, y se concentra especialmente en las ingenierías especializadas.

A la luz del análisis sociológico es de ver que los jóvenes argentinos fueron tributarios en principio de la deformación de la estructura socio-económica del país: provenientes en su mayoría de la clase media recién constituida, o de grupos campesinos revertidos sobre la ciudad como consecuencia del proceso de industrialización, optaron por carreras prestigiosas y liberales, no exigentes de capitales básicos para su ejercicio. Sólo en los últimos años, como consecuencia de una creciente toma de conciencia acerca de las posibilidades del país y del rol de la universidad en su destino, los jóvenes comenzaron a frecuentar otras ramas del saber, incluso en bien pobladas universidades privadas, en las que se organizaron las carreras exigidas por la sociedad industrial de nuestros días.

Con referencia a la edad de nuestros estudiantes universitarios, el mencionado estudio hecho por Di Tella²⁰ acusa las mayores frecuencias relativas entre los 25 y los 29 años, y en segundo orden los egresos entre 20 y 25 años, en especial en ingeniería, abogacía y medicina.

LA OCUPACIÓN

Desde el punto de vista sociológico, se advierten en el sector Trabajo dos limitantes institucionales fijas para el estrato de los jóvenes; la primera

está dada por la exigencia de 14 años cumplidos para ingresar a tareas extrahogareñas en situación de dependencia. La segunda la proporciona el servicio militar obligatorio, que cada año posterga para alrededor de 100.000 muchachos toda posibilidad de plena ocupación.

Sólo el traspaso de esos dos límites hace posible el acceso a la población económicamente activa, abriendo las puertas de la edad adulta.

El resto de problemas sobrevivientes dependerá de la propia capacitación y de las deformaciones de una estructura ocupacional tributaria de una división internacional del trabajo de acuerdo con la cual nuestro desarrollo es una realidad precaria, con niveles capilares de ascenso en la pirámide laboral.

LA ACCESIBILIDAD CULTURAL

Las instituciones están hechas y constituidas por hombres. Los adultos tendemos a conservar aquellas que nos parecen equilibradas y necesarias para perpetuar el perfil de una cultura. Los jóvenes viven esa permanencia con irritada impaciencia, a veces injusta, otras creadora.

A su tiempo, ellos deberán conservar y modificar sobre la marcha las realizaciones de la herencia cultural que todos transitamos. Creo que la mejor forma de que el traspaso sea a la vez eficiente e indoloro, consiste en abrirles los canales de acceso cultural a las instituciones básicas, cuando todavía estamos todos a tiempo, y en derivar las responsabilidades posibles para compartir y cooperar en la carrera de perfección de la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

1. MANDRA, ROBERT: *La educación nacional*. París, 20 de junio 1968.
2. UNESCO: *Con la juventud*. Folleto basado en un informe de la Conferencia General de la UNESCO, 1969.
3. Ídem, pág. 9.
4. Fragmento del discurso pronunciado por RENÉ MEHEU, director general de la UNESCO, en la Conferencia General de la Organización. Octubre de 1968.
5. DAVIS, ARTHUR KINGSLEY: *La sociedad humana*. Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1967, tomo I.
6. *Adolescencia*, folleto del Departamento de Educación para la Salud, Secretaría de Estado de Salud Pública, Ministerio de Bienestar Social de la Nación.
7. ERIKSON, ERIK: *Infancia y sociedad*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1962.
8. HICTER, MARCEL: *Juventud iracunda*. Separata del Correo de la UNESCO, abril 1959.

La estratificación juvenil

9. DAVIS, ARTHUR KINGSLEY: Ob. citada, tomo I.
10. CHERESKY, ISIDORO: *La sociedad de consumo*. Revista Transformaciones, Centro Editor de América Latina, N° 18, Buenos Aires, diciembre de 1971.
11. HICTER, MARCEL: Ob. citada.
12. STOETZEL, J.: *Los cambios en las funciones familiares*. Ficha Facultad de Sociología de Buenos Aires.
13. UNESCO: Ob. citada.
14. *Educación, recursos humanos y desarrollo económico-social*. Publicación del CONADE, tomo II, serie C, N° 73, Buenos Aires, 1968.
15. UNESCO: Ob. citada.
16. INSTITUTO TORCUATO DI TELLA: *Los recursos humanos de nivel universitario técnico en la República Argentina*. Ed. del Instituto, Centro de Investigaciones Económicas, Buenos Aires, 1964, tomo I.
17. NEHRU, JAVALAL: Cartas a su hija desde la prisión.
18. DI TELLA: Ob. citada, tomo I.
19. *Jornadas Adriano Olivetti de Educación*. Buenos Aires, 1970.
20. DI TELLA: Ob. citada, tomo I.



"La pareja" (1968), dibujo por *Mario Darío Grandi*

La juventud y la familia

ELENA L. DE JUBANY

NACIDA EN LA PLATA. Graduada como psicóloga clínica en 1963 en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata, donde en la actualidad es profesora a cargo de la cátedra de técnicas proyectivas. Fue residente en la Tavistock Clinic and Institute of Human Relations, Londres, Inglaterra (1966-1968). Investigador del desarrollo psicomotor del lactante (Comisión de Investigación Científica de la Provincia, 1962-66). Beca de perfeccionamiento en la investigación otorgada por la Comisión de Investigaciones Científicas de la Universidad de La Plata (1968-70). Seleccionada, como psicólogo, por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, en calidad de miembro de la respectiva carrera de investigador (1971). Miembro de la Sociedad Argentina de Rorschach. Ha publicado tres trabajos de investigación y diversos artículos de su especialidad.

ME propongo en este artículo referirme a las relaciones conflictivas entre la familia y la juventud. Interesa aquí, la familia corriente, de salud mental promedio y sus hijos en edad adolescente y juvenil, aunque me permitiré a veces, recurrir a material de familias que se asisten psicoterapéuticamente para ilustrar más claramente la dinámica de los conflictos. Se dejarán de lado los componentes “pacíficos” o los profundos lazos afectivos durables o aspectos consolidados de la relación entre padres e hijos, considerando que de la estrechez y armonía de los vínculos que se hayan establecido previamente dependerá la cualidad de la relación que sobreviva, una vez lograda la independencia personal de los hijos. Se hará necesario, también, recordar brevemente los principales componentes emocionales de la llamada “crisis de la adolescencia”, denominación ésta que estimo un tanto desaconsejable por cuanto tiende a enfatizar o representar, una depositación que los padres hacen en los hijos de la crisis, en la que aparentemente ellos asumirían un pasivo

rol contemplativo y perplejo. Preferiría hablar de “crisis de separación” para destacar que los dos polos de la situación: los padres y los hijos se hallan igualmente comprometidos, como intentaré demostrar. Para ello me he propuesto asumir objetiva y simultáneamente los puntos de vista, tanto de los padres como de los jóvenes, fundando mis observaciones en entrevistas personales realizadas en campos de deporte, colegios, cine-debate para padres, hogares, el consultorio psicoterapéutico, etc., las que obviamente no corresponderá considerar documento social científicamente válido, pero sí, creo, ilustrativo.

O sea que, sintetizando: a) Me propongo describir y postular que la “crisis del desarrollo” compromete profundamente *toda* la estructura familiar, en lugar de sufrirla alguno de sus miembros, y ocuparme de “lo que les pasa a los padres frente a su hijo púber” y conjuntamente de la problemática de los jóvenes y su sentido; b) Trataré también de cuestionar el intento adulto de ver la “lucha entre generaciones” como una mera etapa de crisis de autoridad en la juventud, crisis que el adulto debe tolerar, o “manejar” con sabiduría, en lugar de visualizar un impulso hacia el cambio y el progreso de las estructuras sociales.

HACIA EL CRECIMIENTO (*en latín, adolescere*)

Aunque la “crisis de la adolescencia” se presenta con gran variabilidad cronológica, consiste, como sabemos, en un acontecimiento específico del desarrollo humano que se observa prácticamente en todas las culturas. Sus características más salientes son la instalación de la pubertad con un concomitante incremento en las capacidades físicas e intelectuales y un intenso conflicto del individuo consigo mismo, y con el mundo exterior.

El problema de cuándo se debe entender que comienza la adolescencia fue resuelto en parte por los mismos jóvenes, que han instituido sus propias normas sociales y se consideran adolescentes después de los 13 años. En los últimos años de la adolescencia (de los 15 a 19 en las mujeres y de los 16 a los 20 años en los varones, aproximadamente) hay una integración de la armonía corporal y el adolescente sano es ya capaz de aceptar a sí mismo su cuerpo y de adecuar, parcialmente, sus propios requerimientos a las exigencias de la sociedad. Posteriormente, el joven comenzará a afrontar la conciencia de muerte y temporalidad. Este final de la adolescencia coincide con el cumplimiento de ciertos “deberes sociales vitales”: el adolescente que vive en una sociedad dinámica.

La juventud y la familia

debe afrontar la separación de sus padres, de los hermanos y de los amigos de la infancia. Hacerse psicológicamente autónomo*. Esta autonomía, asociada o no a la separación física del grupo familiar de origen, deberá traer consigo la capacidad de adoptar decisiones, de reglar el propio comportamiento y de asumir responsabilidades frente a sí mismo y seguir afrontando permanentemente nuevas pruebas o esfuerzos, intelectuales y económicos. Se podría decir que lo dicho en este párrafo anterior, constituye la problemática de ser joven y que tal vez normalmente puede extenderse hasta los 25 ó 30 años. El buen resultado al asumir y resolver estas obligaciones (tareas) y el desgaste emotivo que ellas requerirán de él, son las pautas que reflejan cómo el joven ha superado la crisis de la adolescencia y con qué "equipamiento" mental y emocional entra en la adultez.

De modo general, la adolescencia comienza con el despertar del deseo de ser afectivamente independiente y sexualmente activo y concluye al completarse la identificación sexual, al elegir una profesión, al ocupar un puesto en la sociedad.

Es bien conocido el hecho de que cuando un adolescente emerge como tal dentro de la familia, ésta entra en crisis. Familia, podría decirse, es una estructura con una dinámica propia resultante de la particular combinación de las relaciones que se producen entre sus miembros. Tener familia es compartir un ámbito en el que lo que sucede a cada uno de sus miembros no puede dejar de afectar a los otros.

EL CONFLICTO INTERGENERACIONAL

Se ha tratado intensamente y por numerosos enfoques de explicar la crisis de la estructura familiar en el momento de la adolescencia. Por ejemplo, en un cuidadoso estudio el doctor Francisco Suárez¹⁰ se dedica al estudio de la actual institución familiar, refiriéndose a ella como "una de las instituciones que ha sufrido mayor transformación" y compara

* A propósito he recogido una información ilustrativa, publicada por "The Sunday Times", producto de entrevistas personales con 500 muchachas solteras inglesas, tratadas como muestra representativa de todas las muchachas solteras entre 18 y 29 años con control de edad, clase y religión y realizadas por el *Opinion Research Centre*. Las estadísticas dicen que entre los 18 y 19 años el 86 % de las muchachas vive con sus padres, mientras que entre los 25 y 29 sólo el 68 % lo hacen. Estas cifras sin embargo disminuyen sensiblemente en las grandes ciudades. El 50 % de las muchachas expresan no haber sido orientadas sexualmente o sobre "los hechos de la vida" por sus padres; el 75 % de los padres aprueba que vivan solas; 50 % expresó que preferiría conservar un hijo ilegítimo en vez de abortarlo (*The Sunday Times*, magazine, July 2, 1967).

prolijamente la estructura de la familia tradicional con la de la familia actual, para proseguir postulando que el “conflicto intergeneracional” es especialmente agudo en las épocas de rápido *cambio social* debido a que padres e hijos han sido socializados dentro de sistemas normativos y valorativos divergentes y en estructuras familiares disímiles. Ese autor también toma en cuenta “factores intrínsecos” de la crisis, como diferencias fisiológicas y psicosociales, particularmente el conservadorismo de los ancianos y el radicalismo de los jóvenes.

Opino que son precisamente las situaciones “intrínsecas” a la estructura familiar las que deben señalarse como el principal sostén de la crisis intergeneracional: la *interna situación de cambio de los roles* de los miembros de la familia y de la estructura familiar toda en un, a veces, dramático interjuego que trataré de describir en los dos capítulos siguientes.

A) *Problemática y estrategias del adolescente*

Arminda Aberastury¹ se ha ocupado maravillosamente de este tema y piensa que la aparición de la genitalidad y de los cambios corporales en el adolescente, constituyen una especie de invasión en el, hasta ese entonces niño, por la cual se vería externamente forzado (algo impuesto) a entrar en el mundo del adulto. Esta “obligación” determinaría conductas de retraimiento y refugio en el mundo infantil y en todo caso grandes oscilaciones entre tendencias hacia el crecimiento por un lado y tendencias a quedar unido a los vínculos infantiles. Para Arminda Aberastury estos cambios “surgen por un juego de defensas frente al nuevo rol y frente al cambio corporal que es vivido como una irrupción incontrolable de un nuevo esquema corporal, que le modifica su posición frente al mundo externo y lo obliga a buscar nuevas pautas de convivencia”.

Con la invasión de los cambios puberales (en el muchacho: vello, poluciones, crecimiento pondo estatural, cambio de voz; en la niña: menstruación, desarrollo de senos y caderas, etc.), la primera reacción afectiva comúnmente observable en los adolescentes es de refugio en el mundo interno de fantasías, pero pleno de seguridad. Observemos la siguiente secuencia, verbalizada por un muchacho de 15 años en tratamiento psicoterapéutico por maracdo retraimiento:

(*Muchacho*). — “Ya no soy un niño, . . . soy un adulto, sí, soy un adulto . . . siempre quise ser grande, ahora siento que soy grande . . . Pero mis padres me tratan como un chico (proyección en los padres de sus

La juventud y la familia

partes infantiles) ¡y yo soy un hombre! Mis padres no son los padres de un adulto: son los padres de un chico . . . ¡Yo ya no tengo papás! ¿y mis papás? (*angustiado*) ¿quién soy? Papito querido no quiero crecer y quedarme solo . . . solo”.

En este párrafo se hace manifiesta, bastante claramente, gran parte de la conflictiva adolescente y particularmente explícito el sentimiento de confusión y búsqueda de identidad. El muchacho afronta una serie de pérdidas o desprendimientos: de su cuerpo de niño, la pérdida de los padres de la infancia, la pérdida de las relaciones de dependencia y el conflicto entre el impulso al crecimiento y el simultáneo temor a lo desconocido **. Esta situación que es vivida con mucha angustia por este adolescente en particular en otros puede no ser tan intensa o explícita.

Una estrategia o comportamiento tendiente a solucionar la conflictiva básica del “desprendimiento” de los vínculos familiares, particularmente paternos, es la fiel adhesión a vínculos sustitutivos, que puedan contribuir en especial a la definición de la identidad merced a su mantenimiento o pertenencia. Pueden notarse en las “barras” y grupos de las primeras épocas de la adolescencia y en la relación de pareja, posteriormente.

Quisiera, brevemente, mostrar otra de las estrategias, tal vez la conducta que más desorganiza las respuestas de los adultos: la agresividad del adolescente. Parece bien sostenido por la observación clínica el describir en la raíz de la necesidad de atacar a los padres, varias situaciones dinámicamente importantes simultáneamente en juego. Tomemos, verbigracia, para el análisis, un hipotético caso de un muchacho de 14 años, al que, naturalmente, no podremos comprender aislado, sino dentro de la interacción creada con los padres. Los padres —hipotéticos en este caso— pueden ser personas muy ocupadas, racionales, con dificultades para la expresión de los afectos y que encaran la adolescencia del hijo con desinterés y a distancia: “Estás en la ‘edad del pavo’; ya se te pasará”.

Veamos la secuencia en el ejemplo propuesto:

Pensamiento (1): El muchacho piensa: “No me comprendo, no sé más quién soy”.
↓
(Como resultado de la percepción de aspectos contradictorios y ambivalentes dentro de sí mismo, por su conflicto básico de búsqueda de identidad.)

** Para la mejor comprensión de los aspectos teóricos de este punto remito a los libros de A. Aberastury y M. Knobel (1; 2).

Pensamiento (2): El muchacho piensa: “Yo estoy bien, a mí no me pasa nada... lo que pasa es que mis padres no se ocupan de mí”.

↓
(La percepción angustiosa de su falta de identidad se proyecta afuera en los padres, como alivio defensivo.)

Pensamiento (3): “Mis padres, todo el mundo, no me comprenden; soy un incomprendido, ellos no sirven para nada”.

Pensamiento (4): “Ellos no son nada; son una porquería...”

↓
(Sentimiento de hostilidad intenso por sentirse descuidado, dañado o desvalorizado.)

Manifestación (5): Rechazo, ataque, crítica, enfrentamiento con los padres y el mundo externo y la realidad: desplantes, desmanes, destrozos, etcétera.

Esta secuencia puede tomarse como un intento por parte del adolescente de resolver sentimientos y percepciones angustiosas de los cambios en su personalidad y una paralela búsqueda de límites y también de contacto con los padres a través de sus protestas y ademanes. He pretendido ofrecer un esbozo de explicación dinámica en el caso hipotético —repetimos— del muchacho presentado con la intención de explicitar procesos *subconscientes* que se hallan siempre coloreando los “actos inauditos, incomprensibles” de los adolescentes. La solución que elige nuestro muchacho en las manifestaciones agresivas (paso 5), aunque inadecuadas e ilógicas para los sistemas convivenciales adultos, representan un modo de salir de la situación angustiante, en momentos en que su estructura mental no puede elaborar estrategias más adaptadas, ni se interesa por ello.

Otra estrategia que puede tender a lograr identidad dentro del mundo adulto, es la disminución de la noción de distancia entre él o ella y el progenitor de igual sexo. Me refiero a las etapas de rivalidad y aviesa crítica con que el hijo o la hija atacan al padre o a la madre respectivamente. Estos cruentos momentos de dura crítica y desvalorización hacia las figuras paternas, permiten al adolescente ir desprendiéndose de los padres que para él fueron ideales en la infancia y así proseguir el camino hacia la propia individuación. Si los padres reaccionan agraviados y ofendidos cuando, por ejemplo, se los acusa de “avestruces” o “fallutos” no hacen más que mostrar cómo se resisten a ser despojados del título de “padres perfectos no cuestionables”, y su necesidad de preservar formas de interacción que fueron válidas cuando los hijos eran niños.

B) *Problemática y Estrategias de la Familia*

En la crisis de “separación” intergeneracional, los padres son “la otra cara de la moneda” puesto que ellos también enfrentan un drástico cambio de roles cuando vislumbran que tras el anticipo de esa barba incipiente, o en las posturas desprejuiciadas de “la nena”, se anuncia un adulto independiente. Simultáneamente el hecho de afrontar la inutilidad del viejo sistema familiar pone a todos, padres e hijos, en situación de “igualdad” en la construcción de una nueva familia transformada.

“Nuestro hijo está grande” —constatan los padres—. . . ¿de quién somos ahora padres?, y comienzan a enfrentar también ellos una serie de pérdidas graduales, pero inexorables que les demandará una reestructuración completa de los vínculos previamente establecidos, reemplazando paulatinamente dependencia por igualdad. Pérdidas como las de dejar atrás al hijo “niño”, la pérdida de la propia imagen idealizada de padres “intocables” que de niño su hijo cultivó y deber someterse ahora a juicios cáusticos, compartir la autoridad, el poder, etc. Por los muchos renunciamentos que implica, principalmente, la respuesta emocional típica de los padres, es una reacción de *ambivalencia y resistencia* en aceptar en los hijos este proceso de crecimiento e individuación.

Ejemplo:

Niña de 13 años: Solicita permiso para ir sola al cine.

Padres: “No nena, sola no; sos muy chica todavía”.

Misma niña: Quiere sentarse en la falda del padre.

Mismos padres: “No nena, ya sos demasiado grandota para esas cosas”.

Las exigencias básicas de libertad que plantea el adolescente de ambos sexos, libertad de salidas y horarios, para defender una ideología, para vivir un amor y un trabajo a menudo se ven esclavizadas por la vigilancia estratégica que los padres hacen de las salidas y horarios, para controlar las otras libertades. Muchas veces en esta maniobra paterna no hay más que la perduración clandestina de su autoridad y poder, o en todo caso de los vínculos propios de la infancia. Se trata de poder asumir tanto la necesidad de experimentar y vivir por sí mismos de los hijos, como la gran necesidad también de ser protegidos y cuidados. Muchas veces, prohibiciones de los padres se fundan en “y... tenemos miedo que le pase algo” (autocráticamente dicho pero no fundado), aunque en realidad lo que ocurre es que temen que les pase algo a ellos, como padres, y actúan interfiriendo y dificultando el paulatino ejercicio de la libertad,

criando hijos temerosos y desconfiados. Naturalmente que ésto, a su vez, es consecuencia de la actitud y normas que los propios padres recibieron en su adolescencia.

Lo que antes pudiera ser causa de graves crisis de la *identidad* del adolescente, al tener éste mucha más conciencia de sus derechos o al menos de lo que no quiere, es hoy reiteradamente crisis en la familia que ya no tiene donde depositar la propia flaqueza puesta al descubierto. Cuanto mayor es la incomprensión e intolerancia paternas frente a los cambios y necesidades que experimenta el adolescente, mayor es la respuesta de enfrentamiento y violencia.

Una solución deseable es poder continuar el *diálogo*, lo que como tal lleva implícito que este diálogo se inició mucho antes de la crisis adolescente. Si la confrontación resulta provechosa, los padres podrán enriquecerse a través del diálogo y podrán "identificarse" y compartir con el hijo la satisfacción de crecer y si el resultado del diálogo es una prohibición, no será el producto de un principio sin vida, sino un compromiso asumido desde el rol paterno, pero una decisión grupal.

Una tentación de padres "evolucionados" es abandonar demagógicamente al hijo otorgándole completas libertades, cuando en realidad ello es prematuro y subsiste en el hijo la necesidad de depender. Se trata de una maniobra de rechazo encubierto al cambio que presenta el hijo, o más precisamente rechazo al enfrentamiento con las dificultades que a los padres crean los cambios de los hijos. Este rechazo relativo dependería del hecho de que a menudo los adolescentes representan para los padres una amenaza inconciente de agresividad o sexualidad.

También los padres tienen sus propias dificultades; el aumento de la necesidad de independencia del hijo o hija representa para la madre, por ejemplo, la amenaza de la privación de su vocación materna. Al sentirse la madre disminuida en su papel e infravalorada por su familia y por la sociedad, ella actuará tratando de mantener al adolescente en estado de dependencia. A su vez el padre, en el ápice de su carrera, iniciando una época de declinación física, envidia la mayor libertad sexual de sus hijos y se percata, con desagrado, de la sexualidad de la hija. No quisiera que se interpretara a través de lo antedicho que esta es la conflictiva y reacciones permanentes de todos los padres; afortunadamente, aunque creo que es el panorama más difundido, existe una tendencia a asumir de modo más sano y maduro los deberes de la paternidad.

Pero, no es casual que una vez que los hijos han alcanzado la adolescencia y se sienten cada vez más atraídos por la libertad, se haga evi-

La juventud y la familia

dente un conflicto matrimonial, hasta ahora enmascarado por el empeño de ambos progenitores de comportarse como pareja unida, empeño que de ahora en adelante tiene decisivamente menor importancia.

LA JUVENTUD Y EL CAMBIO

El adolescente y el joven, tanto son individuos, y así debemos considerarlos, como también son miembros de una familia y una sociedad. Resultan oportunas aquí las palabras de Kingsley Davis⁸: “No puede trazarse un límite claro entre nosotros mismos y los otros, ya que nosotros actuamos en nuestra experiencia, sólo en tanto los otros también actúan en nuestra experiencia”***, para destacar la cualidad del compromiso interaccional de las relaciones humanas.

Podríamos preguntarnos si la adolescencia sanamente encaminada representa algo para la sociedad. Contestaría que una ola de crecimiento lúcido y activo. Simultáneamente los adolescentes ofrecen un apto terreno para “hacerse cargo” de los aspectos más conflictivos y enfermos de la sociedad.

Trataremos de profundizar el sentido de estas afirmaciones, aparentemente contradictorias: ser los depositarios de la lucidez y de la enfermedad. Como vimos, el adolescente atraviesa períodos de desequilibrio e inestabilidades extremas (que configuran lo que Mauricio Knobel llama “el síndrome normal de la adolescencia”², absolutamente imprescindibles para el proceso que vive de establecimiento de la identidad. Sus cambios son perturbados y perturbadores del mundo adulto. Los padres no pueden aceptar, sin conmoverse, las fluctuaciones imprevistas del adolescente ya que les reeditan ansiedades intensas. Precisamente por ser un terreno mutante y ávido de experiencias —conocimiento— es propicio para cargar con las “deposiciones” de partes, intereses, actitudes, conductas, etc., de padres, hermanos, actores, líderes, etc. Como señala M. Knobel¹: “El adolescente presenta una especial vulnerabilidad para asimilar los impactos proyectivos de padres, hermanos, amigos y de toda la sociedad. Es decir, es un receptáculo propicio para hacerse cargo de los conflictos de los demás y asumir los aspectos más enfermos del medio en que actúa. Esto es lo que actualmente presenciamos en nuestra sociedad que proyecta

*** Ya que no hay equivalentes castellanos para los giros autoreferenciales remito a la frase original: “No sharp line can be drawn between our own selves and the selves of others, since our own selves function in our experience only in so far as the selves of others function in our experience also” (MACMILLAN: *Human Society*, pág. 211).

sus propias fallas en los así llamados desmanes de la juventud, a la que se responsabiliza de la delincuencia, las adicciones a las drogas, la prostitución, etc.” (pág. 13).

Con respecto al constituir un lúcido factor de cambio, este período de organización de la propia identidad lo lleva a la *revisión crítica de los logros* de los padres y en particular del *sistema de valores*. Se enfrenta despiadadamente en la realidad con el mundo adulto, que al sentirse atacado, enjuiciado, molestado y amenazado en sus pilares por sus cuestionamientos, suele reaccionar con incompreensión y rechazo del adolescente y reforzamiento de la autoridad, cuando debería utilizar el cuestionamiento para revisar junto con el hijo las propias pautas de creencia, y tras la confrontación enriquecerlas y sostenerlas o modificarlos constructivamente.

Observemos lo que expresa este padre profesional de 48 años, con un hijo de 20 y una hija de 17 años, consultado sobre las relaciones entre los padres y los hijos: “Antes no era tan grande el enfrentamiento... más que nada molesta la forma en que lo tratan a uno... antes había más respeto... en mi casa no hubiéramos desafiado a nuestro padre... ¡se creen que tienen la verdad!”

Un modo deseable de concluir estas quejas sería imaginar un diálogo entre el padre y los hijos acerca, por ejemplo, de la verdad. Cuando la integración personal de los padres es débil, en cambio, no hay tolerancia del cuestionamiento por la rigidez defensiva paterna que necesita roles fijos y afirmaciones absolutas sobre las cosas.

La sociedad puede, a veces, ser permisiva con el adolescente, tolerando su comportamiento desafiante, pero a menudo su actitud se caracteriza por una extremada incoherencia. Si bien las normas de vida se modifican continuamente, la sociedad en general espera que los adolescentes completen su identificación sexual al margen de toda experiencia verdadera en este campo, o que elijan su profesión sin permitirles tanteos ocupacionales preparatorios...

Las dificultades del adolescente se ven, por lo tanto, ahondadas por las exigencias y los juicios contradictorios de la sociedad, que no coinciden con el concepto que el adolescente tiene de sí mismo y que son en sí mismas caducas y confusas. Derek Miller¹¹ dice que: “En la sociedad occidental el adolescente representa en cierto sentido el espejo de las proyecciones del ambiente cultural. En una cultura que tiende a ser hipermoralista y a menudo hipócrita respecto al uso que hace de la agresión, todos los adolescentes son erróneamente considerados licenciosos o delincuentes. Con todo, cuando un adolescente se comporta de modo agresivo o hiper-

La juventud y la familia

sexual, parece que los adultos reciben de ello una cierta satisfacción por interpósita persona. Los desórdenes que promueven en las playas las bandas de adolescentes, son contemplados con horror y fascinación por los adultos que, casi inconcientemente, obstaculizan la acción de las fuerzas policiales”.

Si realmente pretendemos sostener que principalmente a través del cuestionamiento de los valores adultos, los jóvenes tanto realizan la conservación de los valores esenciales de la especie humana, como se empeñan en luchar contra un mundo organizado para coartar y reprimir, constituyendo así una oleada de cambio y progreso, sería indicado intentar validar este supuesto "impacto saludable" de los cuestionamientos juveniles. Podemos usar como ejemplo, la estructura social de una sociedad donde *no* hay crisis de la adolescencia. Me refiero a la cultura samoana, que fuera estudiada por la antropóloga norteamericana Margaret Mead, y la que junto con otros autores mostró que en Samoa, una sociedad gerontocrática, las estructuras estaban tan regladas y estratificadas que el adolescente no pasaba por la "crisis" al no tener que enfrentar la disolución de los vínculos parentales. El conflicto intergeneracional habría desaparecido en esta sociedad primitiva, la que se conduce con marcos de conformismo y adaptación social muy rígidos. (MARGARET MEAD: "Adolescencia y cultura en Samoa", Paidós, Buenos Aires, 1961).

Propondría a modo de corolario, de esta apretada exposición, el procurar visualizar la crisis intergeneracional, como el enfrentamiento de una ola de crecimiento lúcida, activa y progresista, contra pautas caducas rigidizantes y conformistas que no pueden sostenerse, más que como defensas a las ansiedades que produce el cambio.

Afortunadamente cuando los adultos han sido plásticos y creativos en el desempeño de sus roles adaptativos sociales, la crisis intergeneracional no reviste cualidad de enojoso antagonismo, y aún más, puede contribuir a provocar una revisión crítica y adulta de muchos comportamientos alienantes y contradictorios de nuestra sociedad "civilizada".

BIBLIOGRAFÍA

1. ABERASTURY, A. y KNOBEL, M.: *La adolescencia normal*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1971.
2. ABERASTURY, A. y col.: *Adolescencia*. Ed. Kargieman, Buenos Aires, 1971.
3. ACKERMAN, N.: *Diagnóstico y tratamiento de las relaciones familiares*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1961.
4. BUSELMAN, ADOLF: *Psicología de la segunda infancia y de la edad juvenil*. Cap. II (3), Manual de Ps. de D. Katz. Ed. Morata, Madrid, 1960.

5. COSER, LEWIS A.: *Las funciones del conflicto social*. Ed. F.C.E., México, 1961.
6. D'ANGELO DE SANZ, ELENA: *Conflicto intergeneracional*, Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional de Córdoba, 1968.
7. FISHER, CAROLYN: *Relationships in attitudes, opinions and values, among family members*. University of California, vol. 2, N° 2, págs. 29-100, 1958.
8. SPOTT, W. S. H.: *Human Groups*. Ed. Pelican, Penguin books, London, 1966.
9. SUÁREZ, FRANCISCO: *Estructura y función de la familia*. Publicación del XX Congreso Internacional de Sociología, 1963.
10. SUÁREZ, FRANCISCO: *Participación de la juventud en la estructura familiar*. Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional de Córdoba, 1968.
11. *The Seven Ages of man*: Rev. "New Society", Londres, 1969.

Juventud y marginalidad

OSCAR E. COLMAN

I. INTRODUCCIÓN

NACIDO EN LA PLATA en 1939. Se graduó de profesor de filosofía en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata (1968). Actualmente es profesor titular interino de metodología y técnicas de la investigación social en la Facultad de Derecho; profesor adjunto interino de introducción a las ciencias sociales en la Facultad de Ciencias Económicas; profesor titular interino de investigación operativa en la Escuela Superior de Periodismo de la Universidad Nacional de La Plata para el proyecto "Actitud de los grupos representativos de la Argentina ante el fenómeno de la dependencia" (1967-69). Investigador becario de la misma Comisión para el proyecto "Dependencia y marginalidad social en la Argentina (1970-72). Ha publicado diversos trabajos de sociología en revistas especializadas y dado conferencias en distintos centros culturales de nuestro país.

CUANDO nos encontramos frente a temas como los que aborda el presente volumen, de una naturaleza e implicancias tales que los convierte en preocupación central de intelectuales y científicos sociales (quizás desde una perspectiva a menudo orientada a la búsqueda de nuevas fórmulas de integración de los agentes sociales del conflicto), creemos percibir en ello un indicador claro de que el ejercicio del poder comienza a verse bloqueado por fenómenos cuya esencia no se alcanza a percibir y que requieren, por lo tanto, un tratamiento específico por parte de políticos y especialistas. Decenas de trabajos destinados al análisis de fenómenos sociales tales como "el mayo francés", el "cordobazo", el desarrollo de las "organizaciones armadas", la reacción estudiantil a nivel mundial y/u otros acontecimientos que escapan al tratamiento político, como el "hippismo", las prácticas de drogadicción extendidas sobre ciertos sectores de la juventud o la llamada "revolución sexual", etc., parecieran avalar nuestra hipótesis. No obstante, el manejo más frecuente que se hace

de tales acontecimientos, tiende a enmarcarlos como expresión de conductas “desviadas” o sujetas a motivaciones, objetivos e ideologías “*externas*”, es decir, que no se los reconoce como generados *en y por* el propio sistema.

Desde este enfoque, tales tipos de fenómenos sociales emergerían como consecuencia de la inadecuada participación de los sectores jóvenes en las instituciones que regulan sus prácticas, pretendiendo insinuar con esto que se carece de las apropiadas vías de canalización institucional del descontento juvenil. De tales interpretaciones surge —como hipótesis subyacente— que las instituciones se han esclerosado en el proceso de realización de proyectos que no comprenden la nueva realidad social, que se han insensibilizado a la presión demográfica en ascenso, o —lo que es más grave aún— que no lo han tenido en cuenta, y que por lo tanto, no están preparadas para absorber e integrar a los grupos jóvenes que pugnan por generar sus propios proyectos, ni mucho menos, para compartir con ellos el ejercicio del poder.

Ante esta mistificación, debemos intentar deslindar dos aspectos esenciales del problema: *Primero*: el que hace referencia al concepto de “marginalidad social”, cuyo contenido habremos de asimilar más que a una “falta de participación o aislamiento de determinados grupos con respecto al sistema normativo hegemónico en su sociedad o en relación al control de las instituciones”, a una *forma estructural de inserción inestable y/o cíclica de la fuerza de trabajo en el sistema productivo* que, bajo distintas formas de desocupación o subocupación, asume características peculiares en cada sociedad. *Segundo*: de aquí habrá de derivarse el hecho de que las prácticas reactivas de los sectores jóvenes de la sociedad no obedecen a una estrategia de integración (puesto que ya estarían de alguna manera “integrados” al sistema), sino a proyectos de negación y transformación radical del orden establecido, que comienza a manifestarse fuera de los cauces institucionales. Muchas de las actitudes de la juventud concebidas como “desviadas” desde la perspectiva del Sistema, asumen objetivamente esta característica de *negación del sentido dominante* en las instituciones y en la sociedad.

Por otra parte, a otro nivel de realidad, creemos necesario acotar esa categoría tan general y abarcativa como es la de “juventud”, en términos que superen el enfoque meramente generacional abstracto, para lo cual proponemos tratar el fenómeno de la marginalidad tal como se manifiesta en los estratos jóvenes de la sociedad, a partir de su corte en fracciones de clases sociales, es decir, en base a los *indicadores ocupacionales* que en este sentido nos aportan los informes censales o encuestas especiales. Esta fundamentación toma como punto de partida el hecho general de que

Juventud y marginalidad

el sistema de dominación social se rigidece con relación a los estratos jóvenes, signándolos con una “integración-marginal” al mercado de trabajo. Pero nuestra perspectiva se precisará cuando convenga en presentar las distintas formas de desocupación (crónica o friccional) o de inserción periférica en el mercado de trabajo (subutilización o subempleo, ya sea parcial o intermitente, ocasional o estacional, etc.) bajo las diferentes manifestaciones que adquieren a nivel de cada clase social.

1. REVISIÓN Y CARACTERIZACIÓN TEÓRICA DEL CONCEPTO DE MARGINALIDAD SOCIAL ¹

1.1. *La marginalidad entendida como forma de la personalidad marginal.*

El problema de la marginalidad social recibe por parte de la corriente estructural-funcionalista un tratamiento cuya principal característica nace con su definición como una “forma de desintegración de la personalidad”. Robert Park ², enmarcado en esta corriente, considera que el marginal, luego de participar en los valores de una cultura híbrida que hace que internalice pautas y rituales pertenecientes a culturas con las que raramente interacciona, manifiesta formas de desintegración de su personalidad.

Everett Stonequist ³ parte también de esta perspectiva, aunque introduce una modificación importante: ya no es solamente a nivel individual que se expresa una escisión (de la personalidad, en este caso), sino que es la misma realidad que genera la marginalidad quien está escindida. De allí que el individuo reproduce e internaliza las pautas de dos mundos y genera en este proceso la desintegración de la estructura de su personalidad ⁴, expresada bajo formas de hiperconciencia personal, ansiedad, irritabilidad, inseguridad, etcétera.

En caracterizaciones como las de la “Sociología de la Cultura”, de A. Green ⁵, se nos ubica frente a la situación de marginalidad mostrándonos un individuo que, participando e internalizando activamente los

¹ He tomado como base para el tratamiento sintético de este tema, mi trabajo “El concepto de marginalidad social”, elaborado bajo el auspicio de la Comisión de Investigación Científica de la Universidad Nacional de La Plata, 1970.

² PARK, ROBERT: *Human migrations and the marginal man*. American Sociological Review, 1928.

³ STONEQUIST, EVERETT: *The marginal man*. Scribner's Sons, New York, 1937.

⁴ Ídem.

⁵ GREEN, A.: *A reexamination of the marginal man concept*. Social Forces.

elementos de la cultura de un grupo hegemónico sin pertenecer a él, es rechazado por sus miembros. En síntesis, configura la marginalidad como una forma de extrañamiento cultural y de falta de inserción en la actividad social del grupo.

En la línea de interpretación desarrollada por la “escuela de Chicago”, encontramos también —entre otros— a Peter Heintz, para quien la problemática específica de la personalidad marginal sólo se presenta cuando el individuo se siente *personalmente comprometido* por su participación en varias culturas distintas: “...en este contexto, compromiso personal significa que la participación en una cultura afecta en forma inmediata la identidad personal del individuo, o sea su propia imagen”⁶. Es de suponer luego que una participación múltiple provoca conflictos, expresados bajo las formas de imágenes desintegradas de la personalidad. Si la imagen que un individuo tiene de sí mismo coincide con las formas de integración social de la personalidad, es decir, con la pertenencia a grupos, éste se vería afectado hasta el compromiso puesto que es su propia imagen de sí la que conforma su carácter social. Si causas exteriores o interiores impiden que el individuo logre una integración de su personalidad, la única posibilidad que queda a éste de salvar su individualidad es su participación en distintas culturas realizada bajo un principio ideológico pluralista, con lo que la base del conflicto que lleva a la personalidad marginal quedaría superado.

Nos enfrentamos aquí con uno de los más minuciosos ocultamientos de la raíz social del fenómeno de marginalidad, ya que traslada al individuo todos los contenidos que hacen al concepto. No en vano derivan de esta línea formas de abordamiento de los problemas emergentes en las poblaciones marginales, basadas en la generación de ideologías pluralistas grupales, que permitan la gestación de actitudes solidarias, en torno a las cuales se realizaría el proceso de integración individual. Es decir que la conformación del grupo por medio de dichas ideologías reforzaría el sentimiento de pertenencia y de éste resultaría la ruptura del círculo de la personalidad marginal.

1.2. *Ampliación histórica del concepto “marginalidad social”.*

El tratamiento teórico que la marginalidad (o personalidad marginal) recibiera por parte de los continuadores de la escuela de Chicago no re-

⁶ HEINTZ, PETER: *La personalidad marginal*, en “Curso de sociología”. Eudeba, Buenos Aires, 1965, pág. 181.

Juventud y marginalidad

fería a ningún contexto específico; pero, paralelamente, el concepto en su uso más difundido aparece históricamente como haciendo referencia a ciertas situaciones sociales que entornan a quienes viven en el medio urbano bajo deficientes condiciones habitacionales.

Estas *connotaciones espaciales* del concepto comienzan designando a poblaciones o barrios periféricos o marginales a los asentamientos urbanos, cuya proliferación se observa en América a partir de la década del 30, pese a que —como es obvio advertir— contaba con precedentes.

El “descubrimiento” de que fenómenos de esta naturaleza también se daban en el corazón de las urbes, trajo como consecuencia la extensión del concepto, que referirá ahora a formas de precariedad social derivadas de deficientes condiciones habitacionales. Como bien apunta Aníbal Quijano⁷, esta noción de marginalidad se fue extendiendo a la condición social misma de los propios habitantes de estos poblamientos y viviendas.

Acentuando aún más esta orientación, autores como González Casanova⁸ extenderán el contenido —todavía descriptivo— del concepto hacia formas de vida típicamente rurales que se desarrollan en centros urbanos, en áreas de tugurios o “cinturones de miseria”.

De esta manera, un concepto que nace referido a formas precarias de vida urbana, se transforma en expresión de una situación de deterioro social que caracteriza a una vasta porción de la población latinoamericana, ligada a las migraciones internas y al fenómeno de urbanización.

1.3. *La marginalidad como “situación social”.*

La problemática precedente surge como consecuencia de la expansión de una tendencia de la sociología latinoamericana a analizar los fenómenos que caracterizan el “subdesarrollo” y la dependencia. Tal vez de manera empírica, o a mitad de camino entre la descripción y la teoría, esta corriente llevó el estudio y conceptualización de la marginalidad social hacia usos y contenidos ambiguos. No obstante, se intentaba caracterizar las causas sociales que determinaban la emergencia del fenómeno.

En la década del 60, un exponente de la llamada “sociología del desarrollo”, el Centro para el Desarrollo Económico y Social de América

⁷ QUIJANO OBRECÓN, ANÍBAL: “Notas sobre el concepto de marginalidad social”. *División de Asuntos Sociales*. CEPAL, Chile, 1966.

⁸ GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO: *Sociedad plural y desarrollo*, en “Desarrollo industrial”, F.C.E., México, 1966.

Latina (DESAL), intenta explicar los “modos patológicos” de incorporación de poblaciones migratorias en las metrópolis y sus adyacencias, a través de una descripción basada en la búsqueda de oportunidades laborales; saturación de los mercados de trabajo urbanos; la consiguiente expansión de las poblaciones marginales; el desequilibrio en el crecimiento territorial, el proceso de desintegración social, etc. Todo ello a consecuencia de la carencia de una política de desarrollo de la sociedad, del proceso anárquico de urbanización.

Más allá de la teoría de la personalidad marginal, este enfoque se centrará en el tratamiento y análisis de los grupos sociales marginales enmarcándolos en procesos económico-sociales más complejos y buscando en este contexto las bases explicativas del fenómeno.

Junto con trabajos como los de Guillermo Rosemblüth⁹ y Pablo González Casanova¹⁰, que se plantean el problema como una forma de limitación del derecho de ciudadanía a participar en el proceso social de desarrollo, tanto a escala urbana como rural, los estudios de organismos, como CEPAL-ILPES¹¹ apuntan a planteos que proporcionan elementos importantes para la circunscripción del problema. En sus trabajos aparece remarcado especialmente el proceso de desarrollo en América latina, como una forma de articulación dependiente y no integrada de sus economías, forma que disloca el sistema productivo tradicional, basado en actividades agro-exportadoras, para generar un proceso de industrialización sustitutiva de importaciones que —en su expansión— genera el estancamiento de algunas áreas e hibridece las relaciones productivas de base agraria predominantes en otras. En este proceso, algunos sectores se reestructuran a niveles más altos de desarrollo, manifestando pese a ello incapacidad para absorber los contingentes masivos de mano de obra disponibles como consecuencia directa de esas transformaciones. De esta manera, en sus estudios pasan a tomar su propia dimensión los problemas vinculados a las distintas formas de subempleo, desempleo y del subconsumo consecuente, situaciones englobadas ahora bajo la denominación de *marginales*.

En esquemas que, como los de DESAL, el fenómeno de marginalidad es caracterizado como una falta de participación pasiva en los bienes constitutivos de la sociedad global y de participación activa en el nivel de las decisiones, producto ambas de la desintegración interna del grupo mar-

⁹ ROSEMBLÜTH, GUILLERMO: *Problemas socio-económicos de la marginalidad y la integración urbana*. Curso de Programación de Vivienda, Chile, 1966.

¹⁰ GONZÁLEZ CASANOVA, P.: Op. cit.

¹¹ CEPAL: *Recent changes in urban and rural settlement, patterns and development*. División de Asuntos Sociales, Universidad de Pittsburgh, 1966.

Juventud y marginalidad

ginal, o sea, de la carencia de organización de sus sistema de solidaridades, volvemos circularmente al punto de partida, ahora desde la perspectiva del grupo social: un grupo no estructurado es un sector social sin representación ni poder (de negociación) político. De este hecho se deriva su falta de participación pasiva en los recursos generados por la sociedad.

De esta manera, la falta de pertenencia a las clases dominantes o bien la participación en relaciones sociales dominadas, marginalizadas de los logros económicos y las conquistas sociales, se convierten en las pautas determinantes que orientan estas definiciones de marginalidad.

El hecho que limita este enfoque está dado por la extrapolación de categorías como desintegración social de la personalidad al contexto de los grupos. Si existen en América latina países cuyas poblaciones marginalizadas oscilan entre el 50 y el 80 %, ¿cómo es posible seguir hablando de carencia de formas de integración social, cuando es *precisamente* la existencia de esos contingentes marginales de mano de obra los que permiten mantener la dinámica del sistema productivo?

Naturalmente, esta pregunta queda sin respuesta en este contexto. Serán autores como Aníbal Quijano y Num, Marín y Murmis, los que intentarán ubicar el problema a partir de concebirlo como una forma particular de inserción de los individuos en la estructura económica y social. Desde esta perspectiva, A. Quijano¹² planteará que la integración de los miembros a la estructura social está sometida a todas las contradicciones y conflictos que la misma presenta, por lo que las formas institucionales de dominación de clases —y sus mecanismos de mediación— deben convertirla en el centro del análisis. El sistema de dominación implica, pues, la presencia compartimentalizada de esferas de poder, de articulación e ideológicas y culturales, socialmente jerarquizadas, que no se integran entre sí de la misma manera que lo hacen internamente. La marginalidad no consistiría en una falta de integración a sociedad, sino en un modo de pertenencia y de participación en su estructura general, controlada por los grupos dominantes. Su naturaleza estaría constituida por un aislamiento del poder político e institucional (elementos institucionales que no integran los centros de dominación), así como por formas de subordinación social y una cultura que le es propia.

Num, Murmis y Marín¹³, tematizando las formas de “desposesión material y cultural” de las poblaciones marginales, a los que habían arri-

¹² QUIJANO OBREGÓN, A.: Op. cit.

¹³ NUM, J.; MARÍN, J. C. y MURMIS, M.: *La marginalidad en América latina*. Documento de trabajo N° 53, Instituto Di Tella, Centro de Investigaciones Sociales, 1968, pág. 7.

bado ILPES-DESAL-CEPAL, consideran que el concepto de marginalidad está referido a un *sector* y una *situación* específicos de estas poblaciones desposeídas, en las que es necesario, entonces, hacer un corte y diferenciar claramente a los *grupos que el sistema se muestra incapaz de absorber*. Por otra parte, es necesario considerar qué papel juega esa forma especial de “no-absorción” en el marco del subdesarrollo.

Es en función de esta perspectiva que los autores habrán de orientar su análisis hacia las distintas formas de inserción de la mano de obra en el mercado de trabajo, ubicando así el problema de la marginalidad en el marco de las relaciones productivas. De los distintos tipos de marginalidad caracterizados en función del modo peculiar de incorporarse al mercado de trabajo, habrán de derivarse las formas de participación pasiva en el plano de los consumos que se les correlaciona y aquellos sistemas de metas y solidaridades que estas situaciones generan.

En este contexto habrá de surgir una definición de la marginalidad social en términos de interrelaciones entre categorías como: “superpoblación relativa”, “ejército industrial de reserva”, “pobreza” y “clases sociales”, en el ámbito de los países dependientes.

2. ANÁLISIS DE LA MARGINALIDAD EN EL CAPITALISMO CLÁSICO.

Una de las líneas que ha contribuido en forma substancial a la delimitación, investigación y explicación del fenómeno de la marginalidad social es aquella que parte de los análisis de Marx en *El Capital* (Tomo I, Vol. II, Sección Séptima, Cap. XXIII) y retoma sus conceptos de “superpoblación relativa” y “ejército industrial de reserva”, para ubicar el problema en el marco de las relaciones productivas. En esta dirección encontramos los trabajos E. J. Hobsbawn¹⁴ y José Num¹⁵.

Cuando analiza el proceso europeo de industrialización, Hobsbawn introduce la categoría de marginalidad, entendida como un sobredimensionamiento del ejército industrial de reserva, sector que no sólo no es absorbido por el mercado de trabajo, sino que no existirían posibilidades estructurales de participar en él. De esta manera, considerando que el proceso de liberación de la mano de obra genera formas de “superpoblación relativa”, que excede el volumen de “población adecuada” requerida por

¹⁴ HOBSEBAWN, ERIC J.: *La marginalidad social en la historia de la industrialización europea*, en “Revista Latinoamericana de Sociología”, Nº 69/2, pág. 241.

¹⁵ NUM, JOSÉ: *Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal*. R.L.S., 69/2, pág. 178.

Juventud y marginalidad

el sistema como “ejército de reserva”, Hobsbawn asimilará el concepto de marginalidad a este excedente que experimenta el “ejército de reserva”.

En base a los mismos elementos, José Num se replantea el problema intentando articular la explicación del fenómeno de la marginalidad a dos niveles: 1º) acerca del origen estructural de la población excedente; y 2º) en relación a los efectos que esta presencia provoca en el sistema.

La fuerza de trabajo y los medios de producción constituyen factores fundamentales de toda forma social de producción, para lo cual es preciso que se combinen de determinada manera: el modo especial en que se opera esta combinación caracteriza a las diferentes realidades sociales por la que ha atravesado la historia de los pueblos. De esta forma específica habrá de surgir la población considerada adecuada para poner en actividad los medios de producción. La parte de población que excede tales límites adecuados permanece en el estado de mero factor virtual, ya que no consigue vincularse ni a los medios de su reproducción ni a los productos: es lo que se denomina una superpoblación. Esta superpoblación es siempre relativa, ya que es sólo un excedente para un nivel de desarrollo dado. La diferenciación teórica que Num introduce en relación a las categorías de “superpoblación relativa” y “ejército industrial de reserva” está orientada a diferenciar los procesos específicos que generan una población excedente de los efectos que ésta provoca en el sistema, respectivamente. En otras palabras, en tanto que la primera categoría expresa las formas emergentes de la combinación entre fuerza de trabajo y medios de producción, la segunda corresponde al examen de sus efectos, de las relaciones de esa superpoblación con la estructura global. O sea, que no toda superpoblación constituye necesariamente al ejército industrial de reserva, ya que éste implica una relación de *cierto volumen* del excedente de población adecuada con el sistema en su conjunto.

Más allá del efecto equilibrador que el ejército industrial de reserva ejerce sobre el mercado de trabajo (deprimir el nivel salarial obrero, a través de la competencia que genera y conformar una masa disponible de mano de obra para abastecer la demanda cíclica de mayor producción) es decir, analizado el fenómeno desde el punto de vista de las relaciones productivas, cabe observar que la compra de la fuerza de trabajo implica la adquisición de *un excedente productivo*, por encima de lo que se ha pagado por la fuerza de trabajo. Se concluye de esta manera que el trabajador sólo tiene acceso a los medios de producción si su trabajo excedente tiene algún valor para el capital. La existencia de una superpoblación obrera se constituye así en producto necesario de la acumulación capitalista.

Pero estas características de la superpoblación relativa en el marco del capitalismo competitivo, si bien en cuanto ley del sistema se mantienen, sufren modificaciones en el estadio monopolístico del capitalismo. La concentración y centralización de capitales y tecnologías, la aceleración del ritmo de obsolescencia del capital constante, la incorporación activa y permanente de los descubrimientos científicos a las actividades productivas, determinan la expansión de la productividad de la mano de obra. Este proceso, regido por la mecanización, requiere cada vez mayores niveles de especialización laboral. De esta manera, en este estadio, disminuyen las posibilidades de transferencias de mano de obra de una rama a otra, con lo que se elimina la posibilidad de reabsorción de la mano de obra desplazada por el avance tecnológico.

Vemos así que se genera una masa creciente de trabajadores excedentes cada vez con menores posibilidades de ser asimilados por el crecimiento tecnológico. Actividades anteriormente calificadas, pasan a perder peso en el mercado de trabajo en la medida en que nuevos niveles de automatización los reemplaza. Una masa "no calificada" que estanca y sin ubicación en el sistema productivo.

Tal como se desprende de lo anterior, esta superpoblación relativa excede, en el marco del capitalismo monopolista, por volumen y cualificación de la mano de obra, la dimensión del "ejército industrial de reserva" que el sistema requiere para su reproducción. De esta manera surge una población excedente "sobredimensionada", que no logra incorporarse ni al sistema productivo ni —en consecuencia— al mercado de consumo.

Pero su papel no se agota en la mera desocupación, ya que la coexistencia de corporaciones monopolistas con empresas de libre competencia, determinan que la masa desocupada —en función de las diferenciales tasas de ganancias que caracterizan a ambos sectores— pueden jugar distintos papeles en el mercado de trabajo: de "ejército de reserva" del sector de libre competencia, a masa marginal para el sector monopolístico, con la consiguiente caída de los salarios.

Queda por ver ahora, el comportamiento del fenómeno en el marco de sociedades con hegemonía monopólica, especialmente a la luz de los modos de acción que ésta adopta. Este paso habrá de introducirnos al tratamiento específico del problema en las sociedades dependientes.

3. LA MARGINALIDAD SOCIAL EN LOS PAÍSES DEPENDIENTES.

El desarrollo precedente nos ha llevado a la conclusión de que, tal como se expresaría en el marco de capitalismo clásico (ya sea éste competitivo o monopólico, con lo que se pretende caracterizar el proceso de marginalización en los países capitalistas avanzados y dominantes), deberá entenderse la marginalidad social como la forma que adopta la masa excedente de la superpoblación relativa, que por su sobredimensionamiento, no juega el papel de "ejército industrial de reserva" en el sistema productivo.

De aquí se derivarían dos hechos: 1º) que a diferencia del "ejército de reserva", la superpoblación excedente generada por el sector productivo hegemónico, no es requerida por éste para seguir funcionando. 2º) que en virtud de esta situación de "carencia de inserción estable" en el sistema productivo, tampoco observa una participación activa en el mercado de consumo.

Pero esta caracterización deberá ser redefinida a la luz de las leyes específicas que rigen el desarrollo económico-social de los países dependientes.

En primer lugar, en virtud de que el proceso de desarrollo dependiente es *desigual*, producto de la articulación histórica de disímiles relaciones productivas: comercial, agrario-exportadora, industrial competitiva y monopólica. Algunas de ellas pueden encontrarse en declinación; otras en pleno período expansivo. Unas pueden tender a perder su dominancia sobre el conjunto; otras comienzan a determinar las relaciones de la totalidad social, generando nuevas relaciones.

En segundo término, es necesario apuntar que la coexistencia y el encadenamiento histórico de distintas formas de producción no pueden aprehenderse como una simple combinatoria, una yuxtaposición de modos productivos que no los alteraría en sus relaciones básicas, sino que se requiere pensarla como una combinación capaz de transformar hasta cierto nivel la naturaleza misma de los elementos que se incorporan y se integran en la formación económico-social. Esta *ley del desarrollo combinado* de nuestras economías indica una forma particular de articulación de relaciones productivas diversas y sus respectivas fases, caracterizadas por distintos niveles de acumulación, explotación y desarrollo de las fuerzas productivas y de concentración regional.

A estos elementos teóricos debemos incorporar aún el análisis que Oskar Lange realizara sobre los “modos de acción” de las formaciones económico-sociales.

En relación al problema que nos estamos planteando, el primer punto hace referencia al hecho de que en formaciones sociales dependientes pueden operar distintos mecanismos de generación de la superpoblación, con la consiguiente diferenciación de efectos y manifestaciones. En el segundo punto, se abre la alternativa de análisis acerca de la subordinación de estos procesos a las fases dominantes en el sistema productivo y sus mutuas relaciones de condicionamiento. Por último, desde el análisis de Lange, es posible establecer los mecanismos articuladores del sistema en su totalidad y no ya aisladamente, como pudieron ser generados por cada tipo de relaciones productivas particulares.

De la inadecuada percepción de estos elementos pueden surgir serios errores de conceptualización acerca del carácter que asumen las relaciones productivas americanas, ya que en el transcurso histórico del proceso acumulativo es dable apreciar cómo —por ejemplo— el capital mercantil explota la mano de obra tanto bajo formas serviles o esclavistas como capitalistas, de lo cual —para aquellos análisis que redefinen los modos de producción a nivel del mercado— se derivan interpretaciones que caracterizan las relaciones productivas imperantes en el continente como feudales, precapitalistas o capitalistas. Aún más, algunos efectos realmente distorsionantes del capital comercial se encuentran a nivel de las relaciones salariales, generando formas combinadas que dificultan su conceptualización.

En la coexistencia de los tres principales procesos de acumulación: el del capital comercial, el del capital industrial competitivo y el capital industrial monopolítico, pueden advertirse diferencias sustanciales según cómo afectan a la fuerza de trabajo: a) Mientras que el capital comercial “liga” la fuerza de trabajo a formas de explotación precapitalistas (fijación a la tierra, a los instrumentos de trabajo, a ciertos fondos de consumo, etc.), el capital industrial libera mano de obra y conforma un mercado: b) En tanto que el capital monopolítico debe controlar un volumen permanente de mano de obra en forma estable (en función de su alta tasa de ganancia, de la programación de sus insumos, de reducir la incidencia de la mano de obra como factor del costo final del producto, etc.), el capital industrial competitivo tiende a deprimir los salarios, transgredir la legislación social e ignorar la fijación de convenios salariales con las organizaciones sindicales, a consecuencia de la inestabilidad de los mercados

Juventud y marginalidad

en que deben intervenir o a su creciente situación satelizada con respecto a la industrial monopólica; relación que tiende a reducir su tasa de ganancia, por lo cual transforma la situación en nuevos tipos de superexplotación de la mano de obra. A esto debe agregarse su dependencia del mercado financiero que restringe aún más sus posibilidades de acumulación y estimula sus prácticas explotativas.

De acuerdo al grado de extensión e intensidad de cada uno de estos tres procesos de acumulación y a las formas que adoptan en su combinación habremos de extraer conclusiones respecto al tipo predominante de marginalidad que caracteriza a cada país dependiente.

En el marco de sociedades con predominancia del capital monopólico una masa creciente de la superpoblación relativa resulta "excedente" y por lo tanto, superflua para la reproducción de aquellas relaciones económicas. Sus refugios alternativos serían: a) el mercado de trabajo de la industria competitiva; b) actividades terciarias de bajos ingresos; c) las diversas formas de desocupación (crónica o friccional) o subocupación periférica (subutilizado, subempleado, etc.)¹⁶; y d) la totalidad de la fuerza de trabajo mediata o inmediatamente "fijada" por el capital comercial¹⁷.

Como se sobreentiende, el resto de la población que componen estas categorías seguirán funcionando para cada uno de los niveles "superiores" del mercado de trabajo, como ejército de reserva de mano de obra, con todas las consecuencias directas e indirectas que caracteriza su incidencia sobre el mercado de trabajo. Pero dada la recesión casi crónica que distingue al capital industrial competitivo, nos lleva a plantear la generación de un segundo nivel de excedente de la superpoblación relativa, con lo cual deberemos reintroducir a un nivel aún más amplio la categoría de masa marginal.

Para sintetizar nuestra perspectiva, seguiremos los lineamientos establecidos por M. Murmis¹⁸, planteando que, desde el punto de vista de las formas en que los trabajadores se ligan al proceso productivo, la situación de marginalidad implica formas de explotación —ocultas o manifiestas— de la mano de obra, que en todos los casos servirían al proceso de acumulación de los distintos sectores coexistentes dentro del sistema. De esta manera, toda la mano de obra ligada —de algún modo— al proceso pro-

¹⁶ VILLARREAL, JUAN MANUEL: *Estructura de la población económicamente activa en la Argentina. 1966/69*. CONADE-INDEC (doc. mim), V, págs. 31-32.

¹⁷ NUM, JOSÉ: Op. cit., pág. 226.

¹⁸ MURMIS, MIGUEL: "Tipos de marginalidad y posición en el proceso productivo". R.L.S. 69/2, pág. 414.

ductivo, dota de formas de acumulación del plustrabajo al sistema, aportando así su "cuota" al proceso acumulativo de capital. El eje de la marginalidad estaría conformado, entonces, por aquellos sectores de trabajadores que entran en "situaciones de explotación a través de relaciones que no son las típicas del obrero asalariado con ocupación relativamente estable"¹⁹. De todo este planteo, surge como consecuencia el interrogante sobre la legitimidad del uso de la categoría "marginalidad social", ya que tal como se planteara, resultaría que estos sectores aparecen como centrales en el proceso de explotación y acumulación.

II. JUVENTUD Y MARGINALIZACIÓN SOCIAL EN LA ARGENTINA.

1. Situación ocupacional de la juventud argentina²⁰.

Siguiendo la línea que nos hemos planteado en el párrafo 3., habremos de introducirnos al análisis de la situación de inserción "marginal" de la mano de obra joven al mercado de trabajo, a través de una muestra somera del ritmo de crecimiento y de demanda de fuerza de trabajo de los distintos sectores productivos.

CUADRO N° 1

Estructura y evolución del producto bruto y de la población ocupada por grandes sectores de la producción

Grandes Sectores	1963		1969	
	P.B.I.	P.O.T.	P.B.I.	P.O.T.
<i>Primario</i> (Agropecuaria, silvicultura, caza y pesca)	17,4	22,8	15,0	20,2
<i>Secundario</i> (Minas y canteras, ind. manufactureras, construcciones, electricidad, gas y agua)	38,9	27,1	43,9	28,1
<i>Terciario</i> (Transportes y comunicaciones, comercio, servicios, bancos)	43,7	50,1	41,1	51,7
Total	100,0	100,0	100,0	100,0

¹⁹ Ídem, pág. 416.

²⁰ Este punto fue elaborado en base a los datos tratados por J. M. Villarreal en la obra citada, IV y V. INDEC.

Juventud y marginalidad

Tal como se desprende del cuadro 1, las actividades extractivas vinculadas al sector primario sufren en el período analizado una reducción considerable en su participación en el producto bruto interno, ya que decae del 17,4 % al 15 %. Correlativamente a la pérdida de su peso relativo sobre el producto bruto, el sector primario experimenta una disminución en el volumen porcentual comparativo de la mano de obra ocupada en el sector, ya que de emplear al 22,8 % del total de la fuerza de trabajo ocupada en 1963, pasa a absorber el 20,2 % en 1966. Muy por el contrario, surge con cierta claridad el hecho de que es el sector industrial quien asume un ritmo de crecimiento porcentual más elevado y que, por ende, comienza a predominar sobre los restantes sectores en la participación sobre el producto bruto interno. En el período de seis años analizado, el sector experimenta un crecimiento porcentual del 5 %, a expensas del sector primario (que cede en un 2,4 % su participación sobre el P.B.I.) y terciario (que pierde un peso relativo de 2,6 %). El predominio del sector secundario estaría vinculado a su mayor nivel de productividad, producto de un creciente proceso de modificación de la composición del capital orgánico. Esto se refleja en el hecho de que pese a observar tal crecimiento a nivel del P.B.I., la mano de obra se incrementa relativamente en un 1 %; mientras que el sector servicios, que sufre una disminución porcentual en su participación en el P.B.I., acrecienta su población ocupada en un 1,6 % (pasa del 50,1 % en 1963, al 51,7 % en 1969), indicador claro de su baja composición orgánica de capital y en consecuencia, de su menor productividad y mayor absorción de mano de obra, hecho que lo constituye en un sector generador de las más variadas formas de subempleo del trabajo.

Tal como hemos venido sosteniendo en el párrafo 3., esta estructura del producto pareciera indicar que frente a la deficiente absorción de mano de obra por parte del sector industrial monopolístico (pese a su mayor participación en el valor agregado), el sistema se comporta como un "colchón" de la desocupación en el sector de servicios, ya que a la absorción clásica en Argentina de la fuerza de trabajo "expulsada" de las actividades extractivas, debe agregar la contracción creciente del mercado de trabajo referido al sector industrial, con lo que las formas de subempleo y desempleo (ya sean éstas temporarias o intermitentes) de la fuerza de trabajo están íntimamente vinculadas al sector.

Cuando a través del cuadro 2, analizamos la estructura interna del sector industrial, con el objeto de medir en qué ramas realmente se radican los efectos del crecimiento (comparativo) acentuado del sector, advertimos que las ramas que han experimentado un crecimiento sostenido pon-

CUADRO Nº 2

Evolución de la producción industrial manufacturera - 1963/66

R a m a s	1963	1966	1969
	(índice base 1960 = 100)		
Alimentos, bebidas y tabaco	115	126	146
Textil, confecciones y cueros	80	105	116
Productos químicos	105	146	196
Piedras, vidrio y cerámica	100	141	165
Metales, excluido maquinaria	103	135	200
Vehículos automóviles	128	212	246
Maquinaria, excluida la eléctrica	70	73	74
Maquinarias y aparatos eléctricos	81	113	108
Otros	104	134	143
Total de la industria	100	129	149

Fuente: Ministerio de Economía y Trabajo. Informe Económico, IV, 1969, cit. por VILLARREAL, INDEC, IV, pág. 8.

derado son: vehículos automóviles, que se acrecienta en un 146 %, metales, que crece un 100 % y productos químicos que lo hacen en un 96 %. Cabe advertir que estos son precisamente los sectores de la industria en los que se concentró la inversión extranjera en el período²¹, cuya radicación en el período 1960/69 habría ascendido al 87 % del capital radicado según el régimen de promoción de capital y radicación de capitales.

Las consecuencias más importantes en relación a este fenómeno de marginalización que intentamos analizar, estarán dadas por el hecho de que la expansión de la tecnología vinculada al capital intensivo en el marco de la industria manufacturera, se transforma en un descenso del requerimiento de mano de obra por unidad del producto.

Tal como lo demuestra el cuadro 3, la tendencia a la disminución de la relación de trabajadores ocupados por unidad de valor agregado es general para todo el sector industrial, aunque sujeto a ritmos diferenciales. En este sentido, cabe interpretar que la producción industrial en su con-

²¹ Ídem, pág. 8, informe IV.

CUADRO N° 3

Requerimiento de mano de obra por unidad de producto en algunas ramas industriales (trabajador ocupado/valor agreg.)

R a m a s	1963	1969
Confecciones y cueros	5,1	4,5
Alimentos y bebidas	3,3	3,0
Textiles	5,2	4,1
Productos químicos	1,7	1,1
Piedras, vidrios y cerámicas	4,0	3,2
Metales, excluido maquinaria	2,7	2,2
Vehículos y maquinarias	3,3	2,8
Papel y carbón	3,4	3,0
Publicaciones e imprenta	4,1	2,8

Fuente: J. M. VILLARREAL, INDEC, IV, pág. 10.

junto atraviesa por una etapa de incremento en la composición orgánica del capital, situación que determina una mayor productividad por unidad de fuerza de trabajo y, en consecuencia, una restricción de la demanda de mano de obra. Por otra parte, como producto de la correlación de los tres cuadros presentados, cabe advertir que la expansión del sector industrial se basa fundamentalmente en aquellas industrias de mayor capital intensivo y más alta tasa de ganancia (químicas, siderúrgicas, automóviles), que experimentan los índices más elevados de incremento de la producción y paralelamente, componen el conjunto de ramas de menos demanda de mano de obra.

En síntesis, cabe señalar que el crecimiento industrial argentino, basado en las ramas de mayor concentración y centralización de capitales desde el punto de vista del mercado de trabajo, se expresa bajo la forma de una expansión internamente integrada que al no requerir la complementación de ramas subsidiarias, no ejerce ninguna presión sobre la demanda de mano de obra, generando de esta manera una tendencia creciente al desplazamiento de la fuerza de trabajo hacia sectores que habrán de utilizarlas bajo formas de subocupación diversas. Esta sería una de las características fundamentales del mercado de trabajo en los países capitalistas dependientes.

CUADRO N° 4

Población económicamente activa clasificada por grupos de edad
(En porcentajes)

Edad	Población activa total	Ocupados	Desocupados		
			Total	Con ocupación anterior	Nuevos trabajadores
0-13	0,5	0,5	0,8	—	3,0
14-29	33,9	32,5	60,0	51,7	81,3
30-49	44,7	46,0	22,6	26,2	13,4
50-59	14,1	14,4	7,9	10,1	2,3
60 o más	6,8	6,6	8,7	12,0	—
Total	(3.086.140)	(2.932.860)	(153.280)	(110.160)	(43.120)

Fuente: J. M. VILLARREAL, INDEC, op. cit., V, pág. 5.

El procesamiento de los datos recogidos en la Encuesta de Empleo y Desempleo que realizara el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) en octubre de 1966, arrojaron como consecuencia que del total de la población de Capital Federal y Gran Buenos Aires (6.778.640 habitantes), más del 54 % (3.692.500) conforman la población económicamente no activa del área, en tanto que el 46 % (3.086.140) componían la llamada población activa.

Tal como lo indica el cuadro 4, dicha población activa está compuesta básicamente por el estrato adulto de la sociedad (de 30 a 59 años) que representa el 58,8 % del total. Los menores de 30 años representan poco más del 34 %. Cuando se analiza la población ocupada, dichas proporciones tienden a reproducirse, con una pequeña diferencia a favor de la ocupación entre los adultos, que alcanzarán a constituir el 60,5 % de la población ocupada, contra el 33 % de los menores de 30 años. Pero donde surge una diferencia significativa es entre los desocupados, donde las proporciones se invierten: en tanto que los menores de 30 conforman más del 60 % de los desocupados, los adultos apenas superan el 30 %. De los desocupados con anterior experiencia laboral, el 51,7 % pertenecen a los jóvenes trabajadores, mientras que el 36,3 % son adultos de 30 a 60 años. Por último, de la fuerza de trabajo que pugna por insertarse en el

Juventud y marginalidad

sistema productivo como trabajadores nuevos, el 84,3 % son jóvenes menores de 30 años.

CUADRO Nº 5

Población económicamente activa por grupos de edad (En porcentajes)

Edad	Población económicamente activa				
	Total	Ocupados	Desocupados		
			Total	Con ocupación anterior	Nuevos trabajadores
0-13	(15.400)	91,7	8,3	—	8,3
14-29	(1.045.120)	91,2	8,8	5,4	3,4
30-49	(1.382.640)	97,5	2,5	2,1	0,4
50-59	(434.740)	97,3	2,7	2,5	0,2
60 y más	(208.240)	93,6	6,4	6,4	—
Total	(3.086.140)	95,0	5,0	3,6	1,4

Fuente: J. M. VILLARREAL, INDEC, V, pág. 6.

Como el cuadro 5 nos permite concluir, el proceso de desocupación adquiere tasas mayores entre los jóvenes menores de 30 años que entre los adultos. En tanto que la población menor de 30 años alcanza una tasa de desocupación del 8,8 %, y los desocupados de edad avanzada (mayores de 60 años) del 6,4 %, las tasas correspondientes a los adultos entre 30 y 60 años oscila entre el 2,5 % y el 2,7 %, para una tasa general de desocupación del 5,0 %. Es necesario consignar que para el corriente año el INDEC ha estimado en 9,6 % la tasa general de desocupación para el área de Capital Federal y el Gran Buenos Aires, con lo cual deberemos extender proporcionalmente los coeficientes antes consignados para los distintos grupos etarios.

En el cuadro 6 se introduce como categoría interviniente el nivel educacional, con el objeto de intentar medir los efectos de la desocupación según el origen educacional de la mano de obra. En tal sentido, la estructura básica de la población económicamente activa se manifiesta en proporciones similares tanto entre los ocupados como en los desempleados,

CUADRO Nº 6

Población económicamente activa clasificada según nivel educacional
(En porcentajes)

Nivel educacional	Población activa total	Ocupados	Desocupados		
			Total	Con ocupación anterior	Nuevos trabajadores
No asistió, o primario	65,1	64,9	60,1	64,5	49,1
Secundario	27,5	27,2	31,9	28,7	39,8
Superior o universitario	7,4	7,9	8,0	6,8	11,1
Total	(3.086.140)	(2.932.860)	(153.280)	(110.160)	(43.120)

ya que al 65 % de mano de obra con “hasta instrucción primaria”, corresponde porcentajes similares entre los ocupados y un tanto menor (60 por ciento) entre los ocupados, proceso que reproducen los trabajadores con instrucción secundaria y universitaria, con una acentuación del sector en su participación porcentual entre los desocupados (del 35 % al 40 %). Pero los resultados más significativos nos son arrojados por la columna que corresponde a los nuevos trabajadores, situación que globalmente comprende como viéramos, a los jóvenes menores de 30 años. En ella advertimos que contrariamente a la tendencia anterior —a menor nivel educacional mayor desocupación— entre los nuevos trabajadores desocupados predominan (51 %) los individuos con formación secundaria y universitaria.

Este dato nos parece relevante en la medida en que —a nivel de hipótesis— lo consideramos uno de los indicadores claves para explicar el proceso de creciente radicalización de la pequeña burguesía universitaria y las capas medias en general. Aún a nivel de ciertas prácticas profesionales —Arquitectura, por ej.— la falta de perspectivas ocupacionales generan una crisis generalizada sobre los contenidos de la práctica profesional misma.

Para cerrar este pantallazo acerca de la situación ocupacional de los sectores jóvenes de la sociedad, intentaremos reflejar la dimensión del

CUADRO Nº 7

Población económicamente activa clasificada según edad y sexo
(En porcentajes)

Edad	Población activa total		Ocupados		Desocupados					
					Total		Con ocupación anterior		Nuevos trabajadores	
	V	M	V	M	V	M	V	M	V	M
0-13	0,5	0,5	0,5	0,4	0,7	0,9	—	—	4,2	2,5
14-29	28,2	45,2	27,3	43,5	54,5	64,6	46,1	57,8	95,8	76,0
30-49	46,8	40,8	47,7	42,2	19,7	25,0	23,7	28,9	—	18,3
50-59	16,3	9,7	16,5	9,9	9,8	6,3	11,8	8,2	—	3,2
60 o más	8,2	3,8	8,0	4,0	15,3	3,2	18,4	5,1	—	—
Total	(2.058.940)	(1.027.200)	(1.989.660)	(943.200)	(69.280)	(84.000)	(57.580)	(52.580)	(11.700)	(31.420)

Fuente: J. M. VILLARREAL, INDEC, V, pág. 9 (bis).

impacto desocupacional sobre la estructura por sexo y edad de la población activa. El cuadro 7 nos presenta un fenómeno digno de ser señalado: la alta participación porcentual sobre el total de las mujeres activas, de las jóvenes menores de 30 años. Contrariamente a la tendencia reiteradamente remarcada de la predominancia de los estratos adultos sobre el total, en este caso las mujeres jóvenes concentran el 45,2 %, o sea el tramo de edad más numeroso. Este hecho pareciera indicar un ingreso masivo de la mujer joven al mercado de trabajo, situación que contrasta con los grupos etarios mayores, volcada fundamentalmente hacia la población no activa. Paralelamente, la mayor participación porcentual de las mujeres sobre los varones jóvenes (menores de 30 años), puede indicar, además, un vuelco más acentuado de éstos últimos a actividades de formación especializada de la mano de obra, que los ubica coyunturalmente entre la población no activa (estudiantes). Pero más allá de estas diferenciaciones, resulta importante resaltar el hecho de que entre la población desocupada, la predominancia del grupo etario menor de 30 años se redefine con la más acentuada participación porcentual de las mujeres, que alcanzan al 65 % de las desocupadas, mientras que los jóvenes no llegan al 55 % sobre el total de desocupados. Empero, el peso de los varones sobre el total de nuevos trabajadores desocupados adquiere mayor preeminencia que las mujeres, motivado por la presencia de mujeres desocupadas en los restantes grupos etarios, producto de una reciente incorporación al mercado de trabajo.

En síntesis, cabrá sostener que la estructura económica nacional, dependiente de la inversión del capital intensivo monopolista en sus ramas más dinámicas pero de menor absorción de mano de obra, carece de una alternativa clara de empleo, situación que recae con todo su peso sobre los contingentes jóvenes, ya sean éstos desocupados de empleos anteriores o nuevos trabajadores, varones o mujeres, generando una masa que experimenta una inserción marginal en el mercado de trabajo.

2. *La "marginalidad" social de la juventud y los "aparatos ideológicos de Estado".*

Tal como intentara señalar en este artículo, los enfoques de la marginalidad social generados desde la teoría de "la personalidad marginal" o desde la perspectiva de las relaciones sociales de producción, pareciera que apuntan a delimitar y acotar teóricamente fenómenos sociales distintos. Mientras que en el primer caso cobran realce situaciones que escapan al sistema normativo de la sociedad, tales como la rebeldía juvenil, la dro-

Juventud y marginalidad

gadicción o la revolución sexual; en el segundo, emerge como situación central la condición social de sectores desposeídos o subconsumidores, surgidos de formas inestables de inserción en el mercado de trabajo que expresan tipos ocultos y más agudos de explotación.

En tal sentido es necesario acotar que a nuestro criterio, la primera de las corrientes toma un sector *de los efectos* sociales que la marginalidad puede generar y los trata en sí mismos, como formas de desviación de la norma institucional.

Nosotros habremos de intentar un acercamiento del análisis a tales problemáticas, a partir de considerar que si bien en la segunda corriente se plantea el estudio de la reproducción de relaciones sociales a nivel de las relaciones de producción, es necesario además complementar el análisis con una referencia al papel de los mecanismos ideológicos en la reproducción de relaciones sociales. En otras palabras, debemos prestar atención al rol de los órganos institucionales (los “aparatos ideológicos de Estado”, en la terminología de L. Althusser)²², como reproductores de determinadas prácticas, rituales y símbolos que expresan la ideología dominante en el sistema global, e integradores de las prácticas individuales.

Sintéticamente, en este sentido habría un conjunto de fenómenos claramente identificables: existen grupos sociales que en función de su inserción inestable (o de falta de inserción directa) en el sistema productivo, no participan en ninguna de las organizaciones (aparatos ideológicos de Estado) que deberían “regular” sus prácticas, tales como: sindicatos, educación, familia, medios de comunicación de masas, partidos políticos, etc. De esta manera, sus prácticas —ahora espontáneas— bajo nuevos modelos de acción social, tienden a converger en formas explosivas de manifestación, eludiendo de esta manera los frenos institucionales —los que hace referencia Banfi²³. Estas formas que adoptan sus prácticas (aun las más inofensivas, como hábitos desaliñados, vestimentas exóticas, etc.) no pueden ser asimiladas por el sistema hegemónico, en virtud de que han rebasado sus canales ideológicos “naturales”, es decir, en la medida en que generan *sus propias formas de institucionalización y sus propios sistemas normativos, opuestos al hegemónico en la sociedad global*. Se está frente, pues, a una especie de dualidad de poderes a nivel de la reproducción ideológica de relaciones sociales. Suponemos presentes en ellas todos los elementos que constituyen las contradicciones básicas en el seno del sistema social. Es

²² ALTHUSSER, LOUIS: *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1971.

²³ BANFI, RODOLFO: “Significati del valore d'uso nel Capitale: effetti del progresso tecnologico sull'uso della forza-lavoro”, citado por José Num, op. cit.

una suerte de dialéctica de la negación que no ha hallado aún una síntesis superadora.

Por otra parte, existen grupos juveniles —especialmente universitarios— que “participan” en la institución a través de la formación en prácticas profesionales que han entrado en crisis en el mercado de trabajo. La clara conciencia de esta situación determina la proyección de la crisis hacia los propios contenidos que sustentan aquellas prácticas, basada en que no cumplen los objetivos sociales que están llamadas a cubrir. De esta manera, se pasan a asumir tareas de transformación radical de los contenidos de la enseñanza que reproducen las relaciones sociales dominantes en el sistema, hecho que determina enfrentamientos violentos con la institución, que no puede resignar ninguna de sus funciones naturales. A nuestro criterio, éste es uno de los parámetros más importantes para medir la crisis actual de la Universidad argentina. No considerarlo, es una forma de pretender ignorar la realidad en nombre del orden.

Presencia de la juventud en el arte

ÁNGEL OSVALDO NESSI

NACIO EN CHIVILCOY (prov. de Bs. Aires) en 1915. Doctor en letras graduado en la Facultad de Humanidades de La Plata. En la actualidad es profesor titular de historia del arte en la Escuela Superior de Bellas Artes y en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata. Fue consejero académico en la Facultad de Humanidades, miembro del Consejo Consultivo de la Escuela Superior de Bellas Artes y director de artes plásticas de la provincia de Bs. Aires. PUBLICACIONES: Situación de la pintura argentina (1956), Malharro (1957), Tendencias actuales de la escultura (1959), El atelier Pettruti (1963), Técnicas de investigación en historia del arte (1968), El arte en La Plata y su resonancia nacional (1970), El arte en la Argentina: 1905-1920 (1971). Fundó el Gabinete de Investigación de Historia del Arte en la Escuela Superior de Bellas Artes (1970).

SOBRE el arte, como sobre la juventud, no es fácil entenderse cuando se está fuera del arte o fuera de la juventud. “Las palabras que designan los motivos no dan nombres a acaecimientos mentales”, escribe Wittgenstein; de acuerdo con él no existirían sucesos particulares que correspondan a términos como *rebelión, irreverencia, iconoclasia*, con los que entendemos referirnos a la juventud artista, a la juventud sin más. Hay como un “lecho de roca metafísica de dura facticidad” sobre la cual se apoyan los argumentos, con los que es posible entretejer y fundar cualquier teoría: el culto de la juventud, el odio al arte nuevo . . . Pero los hechos desbordan el juego lingüístico, y no es posible acceder a la estructura reduciendo el proceso a la función de nombrar. Por otra parte, la juventud no es un mero problema cronológico cuando advertimos que Picasso “no puede perder tiempo”. Jóvenes son los que sienten la impaciencia de crear. Jóvenes son aquellos que no tienen complicidad con el pasado —como se decía románticamente hace apenas

tres decenios—; y si la teoría de las generaciones da un papel explícito a cada promoción que llega para crear un nuevo ideal de vida, no es raro que en arte hayan sido los jóvenes portadores de la buena nueva (parábola tenaz en la tradición judeo-cristiana) y sin *nada que perder* (lo que rebaja un poco la tan mentada apertura y generosidad juveniles) los primeros en adherir a algo nuevo, de lo cual todavía no han podido participar activamente. Pues lo nuevo se da a través de una dialéctica singular: la tesis juvenil implica la antítesis de lo maduro, cuya síntesis, a pesar del choque generacional, no puede ser evitada porque está en el dinamismo propio de la historia. Lo nuevo viene preanunciado por algún miembro de la generación precedente; algo así como lo que convertía a Cézanne en el “primitivo” de la senda que había descubierto.

Una anécdota de Courbet lo pone todo en claro. André Chamson refiere cómo el maestro de Ornans, en una lección memorable que devela y resume los recursos de su genio, explicó en Munich, a un grupo de artistas, el modo de hacer un cuadro: “Que me den un caballete, una tela y colores —dijo. Esto es un cielo..., esto, un ropaje..., esto, carne...” —mientras aplastaba el color con los dedos, en una especie de impudor sagrado y revelador— acota el biógrafo; lo cual, agregaríamos, sólo resulta viable frente a un auditorio abierto a la novedad. También son jóvenes los amigos que comprenden a Courbet en el *Taller del artista*, esa “alegoría real” como gustaba llamarla: una pareja de enamorados, Baudelaire (34 años en 1855), hasta un niño que contempla con ingenuo deleite el paisaje representado al fondo. Es la época en que “Dios ha muerto”, como diría Nietzsche. Courbet, joven de 36 años (la obra fue comenzada a los 29), ardiente la fe creadora de quien ha entrado en el período de gestión generacional, no tiene empacho en sustituirse al Creador: en efecto, ocupa al centro del cuadro, como el Jesús de la rembranesca *Pieza de cien florines*; y también se le hace fácil juzar a la humanidad: a su izquierda, y detrás, puesto que lo siguen, los elegidos; a su derecha, los réprobos. El simbolismo de la mano ha cambiado: Courbet, como su contemporáneo Marx, invierte los términos. Iconoclasia aparte, el resultado ha sido una obra donde se toca “algo así como el equilibrio fundamental de la creación”.

LAS PALABRAS MÁGICAS

Hacia 1910 están acuñados y vigentes los dos neologismos que definen la actitud básica de nuestro siglo: *Jugendstil* (el estilo de la juventud, designación tomada de la revista *Jugend*, fundada en Munich en 1896)

La juventud en el arte

y *Futurismo*, acuñado por Marinetti en 1909. Todos los países de Europa tuvieron su Modernismo (España), Moderns Style (Inglaterra), Secesión (Austria), Art Nouveau (Francia). En Italia, Stil nuovo tenía el precedente medieval del Dolce stil nuovo... En los altares de esta religión sacrificaron Picasso, casi desde niño; Matisse, Munch, Gaudí, Beardsley, Kandinsky; Oscar Wilde, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez; y entre nosotros, Lugones, y toda la gente de *Plus Ultra*. Tratándose de autores a quienes les tocó formarse en el clima de la generación anterior —Odilon Redon, Van Gogh, Gauguin— el estilo de la juventud fue punto de partida para otra cosa: cubismo, abstracción, dadaísmo, surrealismo. La juventud de entonces no se encerró en sus límites, sino que se instaló en lo abierto del proceso, del cual a veces lamenta el fin con discreta lágrima: “Juventud, divino tesoro, / ya te vas para no volver...”, nostalgia que, aparentemente, no se da en el Futurismo, cuyo rechazo irredimible del pasado condena a la hoguera incluso la propia obra, en una actitud prospética nihilista. Así dirá Marinetti en el *Manifiesto inicial*:

“Vendrán contra nosotros nuestros sucesores: vendrán desde lejos, de todas partes, danzando al compás de sus primeros cantos, adelantando sus dedos como garras depredadoras, olfateando como perros en las puertas de las academias, el buen olor de nuestras mentes en putrefacción, ya prometidas a las catacumbas de las bibliotecas. Pero nosotros no estaremos allí... Nos encontrarán, al fin —en una noche de invierno— en el campo abierto, bajo un triste hangar golpeado por la lluvia monótona y nos verán acurrucados delante de nuestros aviones trepidantes, en el acto de calentarnos las manos al fuego mezquino que harán nuestros libros de hoy, llameando bajo el vuelo de nuestras imágenes.

“Habrá un tumulto a nuestro alrededor, jadeando por angustia y por despecho; y todos ellos, exasperados por nuestra soberbia e incansable osadía, se nos lanzarán encima para matarnos, impulsados por un odio tanto más implacable cuanto más sus corazones estén llenos de admiración por nosotros”. El pasaje no tiene desperdicio; y no vacilamos todavía en transcribir una cita más: “La fuerte y sana Injusticia estallará radiante en sus ojos. El arte no puede ser más que violencia, crueldad e injusticia”.

El comentario de estos pasajes no podría excusarse, sobre todo si se tiene en cuenta que pueden comportarse como un telón de fondo sobre el cual se proyecta esta presencia de la juventud en el arte, desde hace más de medio siglo. Plantean una lógica... darwiniana, diríase, con la supervivencia del más fuerte en una lucha nada retórica que, para destruir al adversario, lo ataca en sus fundamentos. Y el fundamento del arte eran

los arquetipos, maestros del aula o del museo, tan perfectos como inalcanzables. (¿Quién podría rivalizar con Michelángelo, con Tiziano, Greco o el propio Rafael; con Leonardo o Rembrandt, con Bernini, en las academias italianas de 1910?). Un pasaje verdaderamente insólito del Manifiesto — “. . . los jóvenes se nos lanzarán encima para matarnos”, evoca el complejo de Edipo aplicado a la cultura. Pero la alusión a la crueldad, a la “sana Injusticia”, permite extremar la relación sincrónica entre Marinetti y Freud; pues el episodio del relevo generacional, que destaca sobre un trasfondo de “tristes hangares bajo la lluvia monótona”, traduce bajo la máscara romántica los objetos y fines propios de toda cultura, involucrados en algo mucho más profundo: “un haz frágilmente anudado de pulsiones, entre ellas la crueldad, siempre presto a desatarse, haciendo de la neurosis el negativo de la perversión”. (Ricoeur, p. 167). Frente a la sublimación freudiana, Marinetti libera sus pulsiones usándolas como reacción directa contra la cultura heredada.

POLÍTICA “EXPRESIVA” VERSUS CREATIVIDAD

Por más que la situación haya cambiado con el transcurso del tiempo, el diagnóstico se asemeja sorprendentemente al de ahora. *Irreverencia, inconoclasia*; pero como no es ya fácil redactar manifiestos con sentido plausible, en medio de la gran confusión, la irreverencia —manejada con “slogans” adaptados a una crítica social “desprovista de cimientos intelectuales y convicciones políticas”— suele desdoblarse en la búsqueda del chivo emisario. Esta situación se ve muy clara en las escuelas de arte donde los jóvenes, impacientes por no hallar una salida directa a sus inquietudes, realizan una “política expresiva” que funciona como derivado colateral, suficiente para justificarse. Y la justificación viene por la denuncia de las contradicciones del taller, por la *inaplicabilidad* de las técnicas que se imparten; por el dirigismo, o paternalismo, o muchachismo, o severidad de la jerarquía —directores, profesores, jefes, etc.—, por las reivindicaciones del personal no docente; por el sistema de promoción, por los trabajos prácticos, por el plan de estudios, por el sistema de ingreso limitativo; por el colonialismo artístico, por la guerra de Vietnam, por la represión, por las efemérides, por la falta de espacio o de presupuesto . . . Como se echa de ver, los motivos sobran. Se comprende que el joven idealista, que llegó a la plástica con sueños de gloria, se sienta a menudo frustrado si le dicen que el arte es un trabajo como cualquier otro, y que “lo mejor que puede hacer el artista es desaparecer”. On the other hand, el joven de mentalidad progresiva encuentra que es muy difícil eva-

La juventud en el arte

dir el culto de la personalidad en una tarea tan insólita como es el trabajo artístico. Se le prescribe que intente el trabajo en grupos; en cuyo caso las dificultades arrecian. Supongamos que el grupo funcione: ¿qué harán sus integrantes cuando, una vez graduados, deban enfrentarse a una sociedad competitiva, que encarga y paga por el nombre, y que probablemente no habrá sido aún modificada? El lugar común es que la unidad se disuelva —como ocurre también con todos los movimientos— y cada cual trate de realizar su obra; o que se incruste en la sociedad como *élite*, cosa que tampoco agrega sentido.

Pero lo más común es que el trabajo artístico en grupo se ha mostrado hasta ahora muy poco factible, por la índole misma de lo que suéle entenderse por arte. Puede ocurrir que, sin abandonar este concepto, algún profesor actualizado opine que es preciso evitar el factor competitivo, que el mal está en el *uso privado* que se hace de la obra de arte. Por lo tanto el artista debe negarse (Schmucler: *no firmar* sería una manera); no hacer la obra única, sino la serie, que puede llegar a un número mayor de gustadores. Quizá el malentendido haya que buscarlo en el fundamento *estadístico* que supone esta actitud. Lo peor es que cuando el alumno va al museo o a la desacreditada galería y discretamente da vuelta la obra de su profesor, advierte con sorpresa que el precio está puesto en el dorso de la tela, como el otro lado de las cosas . . .

La opinión más reciente que podríamos aducir sobre el trabajo en equipo proviene de la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata. Un grupo numeroso (más de 60 alumnos) realiza un Taller de Experimentación con los artistas Alejandro Puente y Hugo Soubielle. A la pregunta “¿Qué objetivos se plantean en los trabajos en grupo?”, se dieron las siguientes respuestas:

Grupo 1

- 1 — De todo, hacer nuevas experiencias, lo que no he visto hasta ahora.
- 2 — Lo que venga.
- 3 — Ver cosas que no he visto.
- 4 — Librementemente, con lo visto, con lo no visto.

Grupo 2

- 1 — No entiendo nada.
- 2 — Lo voy sacando sobre el trabajo.
- 3 — El teatro. No quiero ir por las ramas.
- 4 — Lo que salga, sobre el trabajo.

5 — Político, pero según lo que encuentre.

6 — No sé.

Grupo 3

1 — Experimentando, esto es difícil.

2 — Aspectos de la comunicación.

3 — 4 — 5 — Idem anterior.

Grupo 4

1 — Discusión absoluta.

2 — No me planteo nada.

3 — Mezclar técnicas.

4 — Interrelación de técnicas.

5 — No tengo objetivos.

6 — Concretar una idea con Volúmenes Planos.

7 — Mezclar técnicas para llegar a una idea.

Grupo 5

1 — Qué se yo, lo que salga.

2 — Lo mismo digo.

3 — Qué se yo, divertirme.

4 — La verdad que . . .

5 — Mm-mm . . .

6 — Lograr algo.

7 — Llegar a un acuerdo a ver qué quiere el grupo.

8 — No tengo.

Grupo 6

1 — Mi objetivo es el del grupo.

2 — Hacer cosas vividas.

3 — Tener una vivencia individual y grupal.

4 — Integrarme al trabajo en grupos de plástica (soy de música).

5 — Conocer experiencias grupales.

Grupo 7

Cuatro personas: Trabajar sobre la *represión* en todas sus manifestaciones.

La encuesta, en sí, no revela nada creador. Los resultados parecen ser más interesantes en la práctica, donde algunos grupos han realizado interpolaciones insólitas de gran efecto en contextos no habituales —mensajes de política, propaganda, afiches, caricaturas . . . con materiales no artísticos, inmediatamente después de una clase introductoria. Por su

parte, el arquitecto Jorge Togneri habló con entusiasmo, en una mesa redonda, sobre tareas de grupo, aunque realizadas con mensajes de otra índole que la expresamente creativa de los artistas plásticos. La diferencia reside en que, en el caso de la arquitectura, el trabajo puede ser definitivo, con aporte de soluciones a problemas utilitarios de técnica y empleo de lo producido como logro tipo, diríamos, “cuatro ojos ven más que dos”; en plástica, el resultado es más bien la integración de *improvisaciones*, en una estructura similar en muchos aspectos a la de los poemas conversados del surrealismo. Estas condiciones son las que pueden haber desembocado en una experiencia poco satisfactoria del trabajo grupal en escenografía.

Un trabajo en equipo de concepción ambiciosa ha sido el de la cátedra de pintura mural, a cargo del profesor César López Osornio. Los murales de la Casa Cuna y de la Casa del Niño (1969/70), ambos en La Plata, pueden considerarse como modelos de *integración* de un grupo humano numeroso y, como punto de partida, altamente heterogéneo. La experiencia fue reveladora, por cuanto dio a los integrantes del grupo una nueva manera de conocerse a sí mismos.

“Al principio —explica el profesor— los alumnos estaban disgustados y tensos porque debían abandonar su individualidad en beneficio del equipo. *No podían separarse*, aun cuando sintiesen deseos de hacerlo, pues al primer descuido el muro aparecía cubierto con soluciones personales o con indiscretos agregados. Tampoco se trataba de imponer la imagen del maestro (una cabeza que dirige y obreros que le sirven, caso de Siqueiros en México). La amalgama del grupo se logró al fin. *Grupo* es algo distinto a equipo, ya que supone una connotación ética. Lo curioso es que en el curso lectivo de este año los alumnos, después de haber terminado *en el taller* su trabajo individual, piden el trabajo en grupos”.

Este sistema de trabajo se aproxima bastante a la idea de una revolución sin rostro, indica que en arte no hay enseñanza, sino sugestión, inducción. Un taller vertical tiene asegurado el éxito, aunque no beneficie a sus colaboradores; pero también un taller sin guía tiene que fracasar, pues como dice Héctor Cartier, “se llegaría a un practicismo sin sentido, lo contrario a una formación de criterios”.

... ELIMINAR AL MAESTRO

Una reacción corriente contra el arte de galerías y salones, al que se toma en bloque como inauténtico, es la vuelta a la artesanía: se fabrican

lamentables réplicas (aunque haya excepciones) de los buenos artesanos antiguos para comercializarlas en boutiques y boliches. ¿Es preciso advertir que esta no es una salida, sino que más bien se asegura el proceso de una industria cultural? Los cinturones y bolsas de Roberto, los collares, anillos, amuletos y cruces de Marilyn, con los que se entiende enfrentar el arte firmado de los “maestros” sustituyen la vida rumbosa de algunos —muy pocos— artistas que *llegaron* por la venta azarosa que apenas alcanza para vivir. Reinciden, a niveles ínfimos, en lo que precisamente se trataría de evitar. Pero el acompañamiento de esa neoboemia con un estilo de vida más o menos “hippy” es una forma de promoción por vía *derivada* —aparte de eludir la responsabilidad social: el periodismo, la crítica, los *Mass media* se ocupan del joven que encarna un papel insólito, pero no del que trabaja y estudia seriamente, ya que éste no es noticia de consumo para una sociedad que teme a la introspección.

En el fondo, el mimetismo artesano, como *el taller total* tienden a eliminar al maestro, llegar a la anti-universidad, tal como pueden ser ejemplo muchas instituciones de EE. UU. aparecidas desde mediados del decenio precedente, a la búsqueda de “una nueva educación y una nueva versión de humanidad basada en *valores libertarios, comunitarios y democráticos*. Sólo de los jóvenes podrían emanar esperanzas tan amplias; pocas universidades hoy podrían colocar tan alta su meta” (A. Garrigó, *La rebelión universitaria*. Guadarrama, 1970; p. 70). El intento no está libre de dificultades: los estudiantes de arte de la Universidad de Córdoba tomaron la Casa e inauguraron un sistema nuevo donde, según la opinión corriente, “ellos son los propios profesores”. Pero aunque la iniciativa ha resultado promisoria no se dispone aún de experiencia en los nuevos métodos —lo que es algo más que una dificultad— ni mucho menos de la comprensión del ambiente, trabajado por intereses y tradiciones muy tenaces; y también por las propias debilidades humanas, en el mismo sentido, de quienes deben aplicarlos.

Estamos en una situación de pasaje, y “el concepto de líder está pasando a la historia”. Pero hasta este momento, de acuerdo con los ensayos realizados entre nosotros, no hay un verdadero cambio de mentalidad: no hemos abandonado aún la política expresiva. Si, como suele decirse, el arte es un trabajo *no productivo*, que por lo tanto podría evitar el doble escollo de la alienación y la plusvalía, queda pendiente, de todos modos, el problema de su canalización. ¿De qué podría vivir el artista, quien, en cualquier sociedad, aparece como un ser marginado?

¿UN SALTO EN EL VACÍO?

Sólo si abandona el orgullo tradicional, aquella ascesis de individuo fuera de serie, el espejismo de la obra que lo consagre de golpe, el premio, la beca, ese flirt con la suerte esquiva (todos proyectos que han perdido vigencia) y se dedica al cine, a los medios de comunicación masiva que parecen ser el arte de hoy, podría entrar en el juego fuerte de la participación en el presente inmediato y, por ser juventud, en el futuro.

Para ello puede ser necesario nada menos que un salto en el vacío: ya no somos “artistas” —es decir, lo seremos en otra dimensión humana e histórica—. Es difícil hablar de *presencia* en el arte sin hablar del arte mismo; sobre todo sin definir una perspectiva que permita abarcar la nueva realidad en su conjunto.

De todos modos, y teniendo en cuenta la tan traída y llevada opinión de McLuhan según la cual el masaje importa más que el mensaje —esta juventud actual bombardeada por los medios audiovisuales, se ha convertido en lo que ha dado en llamarse una “juventud fílmica”, en la que priman los papeles de la interpretación—. Los jóvenes procuran vivir como actores de un drama, a veces inocentemente revolucionarios; para lo cual se hallan dadas, y diríamos acentuadas, las condiciones que convierten a la vida en una representación. De ahí el auge del teatro experimental, como de los conjuntos musicales improvisados, los coros, contrafigura de la patota, que es el lado letal de una juventud sin rumbo. Una constante y ya insufrible confinación en la pasividad, en lo que ha desembocado nuestra cultura burguesa paternalista y previsora, genera la rebelión contra lo que, de un modo denigrativo, traduce el neologismo *Establissement*. Por eso hay tantos jóvenes enrolados en corrientes anárquicas —esa tendencia, desesperante para los mayores, a la vida irregular— y por eso también no es extraño que hoy gobiernen los que entienden la anarquía. Frente a los contínuos episodios de rebelión, la mentalidad ordenada se impacienta, denuncia la pérdida de un “tiempo precioso” (el tiempo fue *oro* para un adagio secular) sustraído al taller, a las clases . . . “perdido” ese tiempo en asambleas, en trasnochadas, en pegar carteles o sopletear slogans, donde cada cual ejerce su derecho a ser, su “ansia de presencia en el mundo”.

Las apetencias naturales de un joven son más apremiantes que las de un hombre ya formado: búsqueda de prestigio a través de valores como la técnica pura, la ideología programática, el simbolismo ingenioso . . . aunque una vez alcanzados deba desecharlos como lastre.

Sin embargo, la quiebra del paternalismo burgués puede ser mirada desde otro enfoque: en los Estados Unidos, la libertad de iniciativa otorgada a los hijos derivó en libertinaje: alcohol y drogas, enfermedades contraídas en la promiscuidad, delincuencia y criminalidad juveniles. Es muy notable que la palabra *vicio*, anatema de la novela realista y base de la educación liberal, haya sido erradicada del vocabulario corriente.

Una de las pérdidas que resultan quizá más amargas para el estudiante de artes plásticas, y también de literatura, es la certeza ya de no ser "maestro", "artista" ni "poeta", y, sobre todo, no saber cómo llegar a serlo. ¡Cuán lejanas resuenan las palabras de Thomas Wolff, en la reciente cita de William Etyron: "Eres poeta y el mundo es tuyo... Alzábamos los ojos a los cielos de Boston borrachos de luna, conscientes sólo de que éramos jóvenes, de que habíamos bebido, de que teníamos veinte años y de que jamás moriríamos". Sólo en 1958 se abre paso la idea de que en la Escuela Superior de Bellas Artes no se forman artistas. Hasta entonces, muy pocos imaginan que la gloria no es más que un trágico malentendido, producto de una filosofía demasiado idealista que carece de toda vigencia. Pérdida que no ha sido sustituida aún por otra motivación plausible.

Con ello se junta el ya aludido problema de la *interpretación*, que también tiene otras caras. Desde Freud, Marx y Nietzsche, todo tiende a descubrir al *enmascarado*, todos somos pesquisas de una verdad oculta. Interpretar ha sido y sigue siendo, pese al libro de Susan Sontag ("Contra la interpretación") la tarea, el pasatiempo, el argumento, la finalidad de nuestra vida; porque se supone que tras la interpretación ha de venir el acto de decisión existencial que oriente en el caos. Por eso, quizá, el auge también de una filosofía positiva semánticamente orientada.

ALGUNOS Matices y Salidas

Pero hablar de presencia de la juventud en el arte no significa tomarla en bloque. Razones de temperamento, cultura, ambiente van introduciendo una fina matización, aun dentro de los caracteres típicos de la época. Por de pronto, existen vocaciones afirmativas, tanto como reaccionarias. Agréguese el hecho de que vivimos, para el arte singularmente, en un período de crisis profunda. La inseguridad subsecuente lleva a muchos artistas a reprimir su propia personalidad; y muchos jóvenes, que se encuentran en las dificultades propias de todo comienzo, "sienten que es más fácil y cómodo volverse hacia un verbo que les permite reposo absoluto de las facultades creativas y facilidades en la técnica" (Prampolini).

La juventud en el arte

El malestar se origina, no es ocioso repetirlo, en el estado actual de las artes. La crisis del mundo de valores afecta al más frágil de ellos, lo convierte en juguete de los cambios. Ya el futurismo ruso insistió en “una típica contradicción por la que el artista “proletario” —lleno de ideas revolucionarias— está activamente comprometido para crear un arte abstracto de tipo permanente, independiente de la imitación, pero también protegido de la confusión del cambio social y del relativismo cultural que el cambio implica” (Higgins). Esto funciona aún en muchas mentes juveniles que buscan ansiosamente un punto firme de partida que la escuela, evidentemente, no puede darles. El artista, dicho mejor, la imagen del artista “arrojado al mundo” no ha muerto con la moda existencialista: una profunda nostalgia de ser lo acosa.

El problema de crear un arte viviente en esta era de tremendo desarrollo tecnológico se interpone con sus medios entre la idea y su realización. La era artesanal estaba perfectamente asimilada por el artista de antaño en un tipo de obra basada, por supuesto, en la artesanía; y el que estudiaba, sabía a qué atenerse. Pero, evidentemente, los medios que hoy ofrece la técnica han desbordado al artista de mentalidad tradicional. Frente a ello, una cosa es segura: los nuevos medios no pueden ser aptos para producir obras de tipo artesanal, donde hasta la lucha contra el material no era uno de los menores estímulos. En efecto, después de haber estudiado las 1.483 estructuras básicas del método compositivo de Mozart, hoy es posible crear nuevas (digamos sonatas) por medio de computadoras. ¿Qué sentido puede tener esto? La salida debiera buscarse, más bien, en el arte aleatorio —para el que la computadora se presta admirablemente; lo cual permitiría en este caso evadir la manía racionante que, por su empleo abusivo, ha esterilizado a tantos creadores de Occidente.

Ello abriría, además, el amplio e interesante proyecto de un arte *experimental* (personal o de grupos) que subyuga a los jóvenes. Lo cual nos reconduce de golpe al salto en el vacío.

“Este proceso creador —ha escrito Bert Schierbeek, en *Los Experimentales*— es un peculiar proceso de toma de conciencia. Es decir de tanteo, de busca, de hallazgo. Es un hacerse consciente de sí mismo tanteando y trabajando, mediante las posibilidades del material con que se expresa. Pero ¡nada de un saber cierto! Sino de experimentar, de bailar sobre la cuerda floja en medio de un precipicio. No basta con saber si algo puede hacerse así o asá: el artista no puede saber lo que ha *hecho* antes de hacerlo. Y la misteriosa armonización y confabulación de fuerzas que intervienen en este proceso, pone en actividad a la vez consciente e inconsciente al artista”.

La experimentación continua y a fondo es siempre riesgosa: puede echar a perder cualquier cosecha. Por eso no la practican quienes desean cuidar su pequeño logro, la comfortable heredad . . . Son las palabras, en verdad sarcásticas, que corrían durante los años Sesenta, aquí en La Plata. Es lógico que los experimentales sean jóvenes, aunque sea porque nada arriesgan con ello, a veces con una vital inconsciencia, que se inicia con la edad de la expresión gráfica, anterior al lenguaje discursivo.

LA EDAD CREATIVA

Massaccio murió a los 27 años; Giorgione y Boccioni a los 34; Rafael a los 39; Juan Gris a los 40. Como ejemplo de vocación tardía suele darse a Corot, que comenzó a pintar a los 27. El artista se revela desde joven, casi podría decirse que la creatividad infantil se prolonga dichosamente en él, sin interrupciones. Tal ha sido el caso de nuestro artista más completo, Emilio Pettoruti, quien pintó desde niño para deleite y orgullo de su abuelo y logró sus primeras obras maestras entre los 20 y 30 años: *Movimiento* (1914, a los 22); *Mi ventana en Florencia* (1917, a los 25); el *Arlequín* de la colección Candiotti (1927, a los 34). También resulta sorprendente la madurez temprana de Carlos Morel y de Prilidiano Pueyrredón: *Payada en una pulpería* (1840) y *Manuelita* (1850/51) ambas pintadas cuando sus autores contaban 27 años; mientras que Sarmiento escribía el *Facundo* (1845) a los 34 años y Echeverría, *La cautiva* (1837) a los 32. La obra maestra de Cervantes, el *Quijote*, la escribe a los 58 años.

¿Qué significa esta presencia inmediata del artista instalada en la materia que descansa en sí misma, la aclimata a la forma para volverla trascendente; que nos pone de inmediato “en otra parte diferente de aquella en que solíamos estar de ordinario”; que “pone en obra la verdad de lo existente”?

Significa, en primer término, una efusión, una exaltación: en 1912 los estudiantes ingleses, fascinados por la obra *Creced y multiplicaos*, del escultor argentino Pedro Zonza Briano (1866-1941), quisieron romper los mármoles de Fidias. Algo de la iconoclasia futurista ardía en ellos. Tal impetuosidad, otrora concebida como desinterés, como impulso generoso, ha recibido en todo tiempo interpretaciones no unánimes. En la época románica se llegó a tildar de groseros a los artistas que esculpían demonios en los capiteles de las columnas . . . “La juventud me interesa —decía Pettoruti— cuando es inteligente”; y agregaba: “los artistas más jóvenes tienen una serie de premisas que los conducen inevitablemente a la con-

La juventud en el arte

fusión de los valores estéticos y morales. Quieren renovarlo todo y carecen de conocimientos históricos; no poseen oficio, que es la base de la obra de arte. Parecen olvidar que Leonardo y Miguel Angel comenzaron su carrera aprendiendo a limpiar los pinceles”.

No es preciso compartir “ad literam” este juicio lapidario para comprender que algo no anda entre la juventud y el arte (aunque el artista adulto tampoco se halla libre de problemas). El verbalismo de las últimas generaciones ha trastocado los valores: el arte hoy es alegato. Con ello se juntan palabras como *desacralización*, *demistificación*, oportunas frente a la crisis de las academias, donde una gran parte del alumnado realiza una política expresiva como desagüe lateral de actitudes no asumidas en el aspecto creativo; cuando los graduados no exponen, atemorizados frente a los planteos de vanguardia y los discípulos se limitan a la adquisición de técnicas (= maneras) lo que los convierte en cómplices de la situación creada, sin excluir el intento de legitimación con el *triunfo* en otras latitudes... Esto podría involucrar también a los artistas jóvenes que durante diez años fueron promovidos por la Fundación Di Tella (Buenos Aires), con su rebeldía sólo aparente, ya que aceptaron la publicidad interesada, la digitación de los méritos y, sobre todo, la dependencia cultural. Pero la efigie tiene también su reverso. Lo que piensan los jóvenes es a menudo desconcertante para el hombre que, sin dejar de ser culto, se atiene a sistemas de valores perimidos. Así, no debiera extrañar demasiado que las respuestas a “¿Qué objetivo se plantea en los trabajos de grupo?” sonasen a burla para algunos empleados de la propia Escuela Superior de Bellas Artes (La Plata).

Existe, decíamos, *confusión*, propia de las épocas de crisis. En el estado actual de las cosas el dogmatismo, el cogobierno, el *exodus* (“cierto exilio de la situación dada a priori en la sociedad existente”) adolecen de una falla común: la verdad excluyente. Frente a ellos, un ejemplo juvenil que retorna, el del movimiento “Martín Fierro” (Buenos Aires, 1924/27), no parece excusable como actitud en la encrucijada: el pensamiento martinfierrista no estuvo maleado por la ideología ni el dirigismo; conservó una saludable actitud *crítica* que siempre limita el exceso y vuelve flexibles las fronteras del arte.

Finalmente, el movimiento de la historia nos coloca en un nuevo punto de partida: juventud es, después de todo, *vitalidad*. El fin de la juventud artística suele detectarse fácilmente cuando se abandona la imagen vital por la imagen estética. La hipótesis es de Herbert Read. El artista renuncia a la energía inicial, depura, v. gr. la vitalidad del arte animalista buscando la simetría, el equilibrio, la belleza —todo lo cual se viene reiterando desde

el neolítico. En el arte contemporáneo, algunos futuristas repiten el proceso: ellos, que habían luchado contra el arte viejo de todos los humanismos, recaen en la tentativa de un arte ordenado que llega hasta lo pompier . . . También Giorgio de Chirico, con sus *renuncias* a etapas anteriores, revela no sólo una crisis de inspiración, sino el paso del artista creador a un arte convencional: en la aceleración histórica del siglo XX, una vida, un breve lapso bastan para cumplir el proceso. Y todo el arte joven de esta hora, basado en la fuerza, la agresividad, la síntesis, el movimiento, insinúa que “el artista recobra la confianza en sí mismo . . . en un reto al nihilismo, a la desesperación producida por los refinamientos del idealismo o del intelectualismo”.

BIBLIOGRAFÍA

1. RICOEUR, PAUL: *Freud: una interpretación de la cultura*. Siglo XXI, México, 1970.
2. LIPSET, SEYMOUR MARTIN: *Los estudiantes activistas: una semblanza*. (En “Facetas”, vol. 2, 1969, N° 2.)
3. TOGNERI, JORGE: *Arte y alienación*. Escuela Superior de Bellas Artes, 1971.
4. GARRIGÓ, A.: *La rebelión universitaria*. Guadarrama, Madrid, 1970.
5. PETTORUTI, EMILIO: *Un pintor ante el espejo*. Hachette, Buenos Aires, 1968.
6. SCHIERBEEK, BERT: *Los experimentales*. J. M. Meulenhoff, Amsterdam, s/f.
7. CIRIGLIANO, GUSTAVO F. J. y ZAVALA AMEGHINO, ANA: *El poder joven*. Librería de las Naciones, Buenos Aires, 1970.
8. READ, HERBERT: *Imagen e idea*. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1957.

Música y juventud

ENRIQUE GERARDI

UNA REALIDAD SOCIAL

NACIDO EN BS. AIRES en 1926. Realizó estudios en la Universidad Nacional de La Plata. Actualmente enseña fundamentos auditivos en el curso superior de música en la Escuela Superior de Bellas Artes de La Plata y ejerce la vicedirección del Conservatorio Provincial "Gilardo Gilardi". En 1966 realizó un curso de composición y experimentación en medios electroacústicos en la Radio-Televisión Francesa bajo la dirección de Pierre Schaeffer. Volvió a viajar a París con fines de estudio en 1970. Este año participó en el Primer Festival Internacional de Música Contemporánea llevado a cabo en Buenos Aires, en el que dirigió obras suyas ("El tercer canto") y de otros compositores. PRINCIPALES OBRAS: 5 piezas para clarinete y piano; 3 canciones; Passacaglia; Cuartetos I y II; Movimiento sinfónico; Cantata; Figura y fondo; Sobre texturas y gesto; El tercer canto; y, además, músicas para films y obras de teatro.

TODA reflexión sobre temas como la juventud, el arte, la música, conduce inevitablemente a un examen de la realidad social contemporánea y, consecuentemente, a una toma de posición ante los diferentes planteamientos que propone el hombre occidental de la segunda mitad del siglo XX ante cuestiones como el modo de vivir y las maneras de expresarse sensible y artísticamente. Por esas razones un músico, consciente y deseoso de ubicarse en su tiempo, debe opinar sobre temas aparentemente alejados de su quehacer específico. Con el agravante de que el medio de expresión usado no es su herramienta habitual, la organización temporal de sonidos y silencios, sino el desarrollo de conceptos a través de la palabra escrita. La toma de posición significa que no nos atraen la música de jazz ni los temas sentimentales de ciertos cantores solitarios y en cambio nos resultan altamente estimulantes las creaciones de los conjuntos "beat" y simpatizamos con la manera de vivir de las nuevas comunidades juveniles. La segunda mitad del siglo XX asiste a un constante y profun-

do replanteo de las formas de vida individuales y sociales. Tal replanteo hace cruzar el sistema social y provoca en sus miembros un estado de inseguridad que se traduce en angustia, deseos de evasión o la necesidad de compartir. Este compartir parece ser una de las principales características de la juventud de nuestro tiempo. A diferencia de los adultos, los jóvenes comparten tanto lo bueno como lo malo y se sienten libres de ese estado de culpa difuso que marca nuestra sociedad adulta. Tal sociedad adulta, aparentemente estática, el llamado sistema o "establishment", es una suma de individuos en frenética competencia, adheridos a normas, principios y leyes, también aparentemente perfectos e inmutables. La sociedad joven, en cambio, es una sociedad en movimiento cuyo dinamismo provoca un estado de percepción del presente, desentendiéndose del pasado normativo cuya inercia aún rige el mundo adulto.

De ahí el choque generacional que, aunque siempre existió, se ha hecho mucho más agudo porque asistimos a una verdadera aceleración de la historia. Ocurren tantos hechos y tan rápidamente que "los hombres se encuentran de pronto como existiendo sin pasado, como suspendidos en el aire. Y es aquí y no en otro lugar donde debe buscarse explicación al choque de las generaciones... porque a pesar de la contigüidad... se hallan insertos [los individuos] en momentos históricos profundamente distintos"¹. Nuestros padres se hallaban mucho más cerca de nuestros abuelos que nosotros de nuestros propios padres. Y ya podemos observar qué distantes están nuestros hijos. Inclusive jóvenes de 25 años son muy diferentes de los que recién tienen 20 y éstos a su vez están muy alejados de los adolescentes de 15. Aclaremos que el problema no es una cuestión de edad cronológica. Se trata más bien de un estado vital, de una actitud ante la vida, de tener las antenas extendidas y sensibles, de vivir tan flexiblemente que podamos hacer de inmediato el gesto justo y exacto que nos exigen las situaciones siempre nuevas e inesperadas. Claro que siempre han existido jóvenes de 80 años y viejos de 20, pero la sociedad tradicional consideraba a los primeros, esos ancianos vitales que todos hemos conocido, como excepciones divertidas, y a los segundos, esos jóvenes serios y formales, como el estado normal, deseable, de toda persona ansiosa de incorporarse a una sociedad en estado de progreso.

Desgraciadamente la situación está lejos de ser "divertida" y, tal como la ven los jóvenes, la sociedad "en estado de progreso" no supera la mera acumulación de objetos y se aleja cada vez más de la vigencia de lo humano y lo fraterno.

¹ GARCÍA VENTURINI, J. L.: *Ante el fin de la historia*. Troquel, Buenos Aires, 1966, pág. 29.

SITUACIÓN DE LA JUVENTUD

Alrededor de 1960, ya más de la mitad de la población mundial tenía menos de 25 años. Sin embargo, esa mayoría no tiene prácticamente poder de decisión y es tratada como una minoría, discriminada y marginada en la construcción del futuro. Entonces los marginados tienden a agruparse. Surgen así diferentes comunidades, verdaderos ensayos de otras formas de sociedad. El genérico "hippies" puede tal vez titular estos grupos. Como todos los grupos tienen señales de reconocimiento, vocabularios, maneras de vestirse, un arte propio y, consiguientemente, otra filosofía de la vida. Porque esa juventud, que vive en estado de alerta, ya ha abandonado la sociedad tradicional de suma de individuos para convertirse en una sociedad tribal. Descartan el estado de competencia para pasar a un estado de compartir.

Y son la mayoría, no lo olvidemos. Así la década del 60-70 asistió asombrada a cambios en la actitud ante tabúes y asimiló algunos (por lo menos en lo exterior): cambios en la ropa masculina, en la relación hombre-mujer, indiferencia de los jóvenes ante la opinión de los mayores, rechazo de la autoridad, etcétera.

Las innovaciones tecnológicas también han contribuido a crear y mantener esta sociedad tribal. Al pasar de un mundo mecánico a un mundo electrónico nos encontramos como "envueltos" en la realidad. El viejo mundo mecánico era lento y basado en el principio de causa y efecto. El nuevo mundo electrónico es global, sintetizador y repentino. En los viejos tiempos la información no llegaba a todos y daba tiempo para reflexionar, para meditar y aun para prever. El mundo contemporáneo dispersa instantáneamente la información y todos compartimos el acontecimiento sin distinciones de edad, tiempo o lugar. La filosofía de la historia ha señalado que "el pasado inmediato, al alejarse más rápidamente, se va como despegando del presente y, como lógica consecuencia, gravita sobre éste con menor decisión que cuando el proceso es más lento". Y por lo tanto "ya nadie podrá entender la historia si no la observa desde el futuro, porque es lo que puede acontecer más que lo que ha acontecido, la causa decisiva de lo que acontece"². En otras palabras, el conocimiento del presente sólo se obtendrá mediante una prospectiva del futuro y no en base a los datos del pasado.

Ese mundo electrónico que nos envuelve exige una gran rapidez mental, una lucidez muy especial para poder aprehender nuestro mundo tan

² *Íd.*, pág. 28.

cambiante. Tales exigencias explican porqué la juventud es tan aguda para precisar los fenómenos del mundo contemporáneo. Y su propia agudeza hace que mitifique ese conocimiento y lo transforme en una información sólo accesible para los iniciados.

EL ARTE COMO REPRESENTACIÓN DE UN MUNDO MÍTICO

Al descreer del mundo contemporáneo la juventud necesita crear y asumir su papel, por lo menos ante sus propios ojos. El camino más rápido y más directo para la difusión de otras ideas es el arte, propagado por los medios masivos de comunicación. La juventud lee muy poco. Pero en cambio escucha radio, ve televisión y compra discos. Predomina entonces en esa juventud una sensorialidad acústica. La música cantada, es decir, un texto melodizado, no simplemente dicho o escrito, cumple ampliamente esta necesidad de crear, difundir y compartir las nuevas maneras de pensar y de vivir.

A través de los textos se pueden decir muchas cosas. Por esto la música se ha convertido en crónica de acontecimientos y mensajes. "Lo que la nueva música anuncia . . . no es tanto la conciencia de un individuo alienado como un llamado de esa persona a otras que se le asemejan"³. Llamado que se traduce en palabras que resultan vagas para censores o padres pero no para los iniciados.

Por otra parte la música tiene el suficiente grado de abstracción como para permitir que se le atribuyan todo tipo de contenidos. El sonido musical es en sí mismo un estímulo lo suficientemente amplio como para que cada oyente lo reciba y reaccione en forma compartida sin perder, empero, su libertad para transferirle su propio significado personal. Así la nueva música resulta ser una música de consumo colectivo. Tan importante es este aspecto de la presencia de la multitud que aún en grabaciones realizadas en la frialdad del estudio se añaden, como marco, ruidos ambientes de salas de baile o sonidos cotidianos como ruidos de la calle o conversaciones apenas inteligibles.

La nueva música suele presentarse como producto de cantantes solitarios, tipo Joan Baez o Bob Dylan, que en el fondo no son sino un rebrote de los viejos trovadores provenzales o, a través de grupos de instrumen-

³ BECKETT, A. y otros: *La música beat*. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1970, pág. 27.

Música y juventud

tistas-creadores, los “conjuntos” que, éstos sí, son una novedad en la música popular de Occidente.

A través de la música y los textos de sus músicos la juventud evoca y crea su mundo mítico. En festivales gigantescos, conjuntos y oyentes se alimentan espiritualmente y renuevan sus creencias. Porque “la juventud encuentra sus profetas en lugares extraños: salas de baile, festivales y discos”⁴. Esta nueva música es una música de celebración. Forma parte de un gran ritual en el que los jóvenes se re-conocen y toman conciencia de sus diferencias con el mundo adulto que los rodea. Ninguno de los representantes más lúcidos de la juventud cree que los procesos de las relaciones internacionales o la economía mundial sean explicables racionalmente. Ante este descreimiento ante la lógica, contra la aceptación del supuesto sentido común, la juventud cree en la expresión musical, se siente interpretada por sus textos y sonidos y eleva al carácter de mitos a sus principales creadores. La realidad supralógica del arte, esa forma totalizadora de conocimiento, suplanta dentro de las mentes de los jóvenes la tradicional racionalidad occidental y les abre la mente a otras formas del pensamiento.

Si las humanidades nos vinculan con el pasado y la ciencia nos permite proyectarnos hacia el futuro, en verdad solamente el arte, el espíritu abierto al mundo de lo sensible, permite ubicarse y entender el presente y desarrollar el aspecto fraterno del verdadero humano.

LA MÚSICA DE LA JUVENTUD

Los medios reproductores y difusores sonoros ponen a nuestra disposición una cantidad tan grande de música que supera toda posibilidad anterior de conocimiento dentro de la historia del hombre. Podemos oír y conocer la música de cualquier época y de cualquier región del planeta. Sin embargo, no todos los estratos o tipos de música se consumen en igual proporción o poseen igual grado de difusión.

Existen tres grandes tipos de música: la *música superior*, culta o erudita, la *mesomúsica* o música popular y las *músicas folk y primitiva*. Las historias de la música se ocupan casi exclusivamente del primer tipo aunque su consumo “se circunscribe de hecho al 5 % de la música que suena en el mundo”. En cambio la mesomúsica “representa cerca del 80 % de la música que se oye actualmente y es tal su importancia económica que promueve y sostiene empresas grabadoras, empresas editoras, empresas ra-

⁴ Id., pág. 55.

diotelefónicas y de TV, academias populares, bailes públicos, teatros, fábricas de grabadores y reproductores sonoros, organizaciones autorales, etc.”⁵. Finalmente, las músicas folk y primitiva sobreviven como pueden a los embates de la mesomúsica. Señalemos al pasar que la mayoría de la llamada música “folklórica” es en verdad una variante de la mesomúsica, elaborada con algunos elementos de origen folk. Es decir, la única y auténtica música folk sería la recogida y conservada en grabaciones y pauciones por los estudiosos.

La información anterior pone en evidencia que nuestro oído occidental es educado por hábitos, por repetición, por consumo indiscriminado y avasallante, dentro de las normas de la música popular o mesomúsica. Y por otro lado “dado que los jóvenes son los que más discos compran y los que más dinero depositan en las jukeboxes, su gusto domina el mundo de la música popular”⁶.

A las grandes compañías de discos les llevó algunos años comprender este último fenómeno. Por eso es que mucho de la nueva música popular surgió a través de pequeñas compañías. Cuando las grandes compañías reaccionaron y entendieron el fenómeno empezaron por comprar las pequeñas compañías y luego se dedicaron a rastrear y lanzar los posibles cantantes y conjuntos de posible gran éxito. Pero aquí tropezaron con otra característica de la juventud: sus músicos no están en venta y la nueva generación, si bien quiere dinero, claro está, tiene como motivación básica hacer música en cualquier momento, en cualquier lugar, de cualquier manera. Eso explica por qué los conjuntos aparecen y desaparecen, se deshacen y se renuevan en su expresión sonora.

La realidad es que no actúan como músicos profesionales en el sentido de que para ellos hacer música no es un oficio, una carrera. Se consideran simplemente los voceros, los creadores de un mundo acústico que expresa su nueva manera de querer construir el mundo.

CARACTERÍSTICAS DE LA NUEVA MÚSICA

Dentro de la música que hace y escucha la juventud hay un género que predomina abrumadoramente. Se trata de la llamada música beat o pop. Pero “definir con precisión el campo de lo que se llama música *beat* o *pop* es extremadamente difícil y la tarea suele dar lugar a intrincadas

⁵ VEGA, CARLOS: *El canto de los trovadores*, en el Boletín Interamericano de Música, Nº 35, Washington, 1963, pág. 18.

⁶ *La música beat*, pág. 29.

Música y juventud

discusiones". Pero en general "nos referimos a esa compleja corriente que, surgida del rock-and-roll y sin duda alguna entroncada a la vez con el viejo árbol del jazz, con la música folk angloamericana y con muchas otras expresiones o variantes estilísticas de los últimos veinte o treinta años, apareció en un momento dado en el escenario popular en una época cercana al twist y, sorpresivamente, llegó para quedarse. Ahora ya no caben dudas: lo que podía haber sido una variante sometida a los caprichos de las 'modas danzantes' se transformó en un *lenguaje*. Para completar este llamado a la intuición, basta decir que Los Beatles son su símbolo más universal"⁷.

La nueva música posee una serie de rasgos que la apartan de la mesomúsica tradicional. En primer lugar como está destinada a hacerse escuchar en grandes ambientes, descansa primordialmente en la amplificación electrónica. Sin los potentes equipos de 100 o más watts de salida esta música es inconcebible. Luego el instrumental, que básicamente está constituido por las guitarras eléctricas y la percusión, una batería tipo jazz. Eventualmente suelen agregarse alguna guitarra acústica con micrófono de aire, un órgano electrónico, algún instrumento de viento e inclusive un violín. Pero estos instrumentos siempre suenan amplificados. Los músicos beat descubrieron rápidamente las posibilidades tímbricas de la amplificación: modificación del color del sonido original por medio de distorsionadores, filtros modificadores del espectro, diferentes tipos de eco, etc. Estos elementos contribuyen a crear el clima alucinante, característico de los conciertos y festivales de música "beat".

La elección de la guitarra y la percusión como instrumentos básicos no es casual. Son instrumentos que pueden hacerse sonar con muy escasos conocimientos de ejecución. Cuatro o cinco acordes para la guitarra y el pulsar regular y sostenido de la percusión son suficientes para envolver y rodear las líneas que entonan el o los cantantes. Porque, fundamentalmente, ésta es una música para ser cantada. Estamos muy lejos de la música puramente instrumental que predomina en la música culta de los siglos xvii al xx.

La música se hace con cuatro elementos básicos: ritmo, melodía, armonía y timbre. Si investigamos la música "beat" podemos observar que el ritmo, a pesar de su poderoso pulsar y los probables aportes de un Ravi Shankar o los instrumentos indios introducidos por George Harrison, no se destaca por su sutileza o complejidad. La melodía es generalmente cuadrada por su origenailable pero pequeñas irregularidades introdu-

⁷ Íd., pág. 9.

cidas por el fraseo expresivo permiten alcanzar a ciertos temas niveles ciertamente geniales. En cuanto a las características armónicas la música "beat" no va más allá de las obras de mediados del siglo XIX pese a la introducción de elementos modales. Los comentarios anteriores son los que podría emitir un músico culto, atento sólo a los aspectos exteriores o pautados de esta música. Pero al enfrentarse con su realización sonora, ya sea en vivo o a través de grabaciones, surge y predomina, avasallante, el sonido "beat". Entonces la amplificación, los nuevos timbres, colores y sonoridades oscurecen los elementos rítmicos, melódicos y armónicos y sus rasgos pasan a un segundo plano.

El papel del arte para la juventud, su función, es "crear ambiente". El sonido muy fuerte, que suele llegar a los 120 db de intensidad, y las sonoridades extrañas, fluctuantes, de altura imprecisa, rodean y visten a textos casi surrealistas.

Una descripción de un concierto y baile en el Fillmore Auditorium de San Francisco puede ser ilustrativa. "No sólo las orquestas son muy superiores a las que habitualmente tocan en los bailes de estudiantes sino que la amplificación del sonido se eleva al máximo, de modo que los auditores quedan sumergidos en la música. Los músicos, que cubren por entero los micrófonos con sus instrumentos y sus bocas, integran este bombardeo técnico de sonido. Pero la música, aunque de calidad y muy estruendosa, no basta, y son otros los elementos extra... El primero de los beneficios extra, solicitado incluso por este sindicato sin estructura, es la intensa oscuridad del amplio salón de baile. Inundados por luces giratorias y cambiantes, los muros, los cielorrasos y el piso procuran abundantes deleites físicos y sensuales a los individuos que quieren emprender un viaje. Una luz especialmente brillante, indistintamente llamada estrobio o estroboscopia, con la apariencia de azogue de magnesio ardiente, avanza, gira e inunda con su resplandor radiante la entera multitud de *happeners*. Si se puede apartar la vista de esta luz y centrarla sobre los otros asistentes, se advierte que se asemejan extrañamente a actores de cine mudo con una apariencia espasmódica e inconsciencia indiferente por lo que sucede a su alrededor. Los detalles suministrados para el beneficio de estos sensuales asistentes no se agotan: un amplio conjunto de asientos ubicados frente a la tarima de la orquesta procura espacio para que no sólo pueda uno sumergirse en la música, sino para ahogarse en ella si así se lo desea. Una pantalla por sobre la plataforma en la que se proyectan películas sin sonido (como un silencioso *King Kong*, por ejemplo) o garabatos hechos con líquidos coloreados que se proyectan sobre la pared a distancia... El Fillmore constituye la experiencia entre real y fantasiosa

Música y juventud

de un viajero, que revela a la vez el vínculo y el espíritu del mundo del happening”⁸.

Tenemos que distinguir entre la música hecha en vivo y la música procesada para una grabación. Durante la década del 60-70 el ingeniero de sonido fue cobrando cada vez más importancia y en los últimos álbumes de los Beatles es un factor decisivo. Si bien la reputación de los conjuntos se basa en sus actuaciones en conciertos, cuando la música que producen alcanza cierto grado de sofisticación y sus ideas un alto grado de complejidad, su expresión musical sólo puede realizarse plenamente en la sala de montaje de las grabadoras. Los recursos son similares a los introducidos por la música “concreta” en la década del 50-60: como fondo se emplean pasajes vocales e instrumentales grabados en cinta y pasados al revés, voces grabadas y pasadas a distintas velocidades, introducción de sonidos no musicales como ruidos ambientes, gritos de animales, fragmentos sinfónicos sobrepuestos al conjunto “beat”.

Muchos conjuntos están en proceso de redescubrir por sí mismos todo lo alcanzado por las músicas electrónica en Alemania y concreta en Francia en la década 50-60. Pero tienen a su favor de que pueden moverse muy rápido y carecen del obstáculo de la falta de dinero y equipos, mal que sufrieron los primeros compositores experimentales de música culta. Por ejemplo, “una sola banda de uno de los discos de las Beach Boys cuesta, tan sólo en alquiler de estudio, el equivalente de un estudio de música electrónica de una escuela, totalmente equipado”⁹. Para elaborar la música del disco La Banda del Sargento Pepper, los Beatles tuvieron alquilados cerca de cuatro meses los estudios EMI, que son los más grandes y mejor equipados de Londres.

El resultado sonoro de estas búsquedas en el campo del timbre aproxima la música “beat” a ciertas escuelas de la vanguardia musical. Ya citamos las músicas electrónica y concreta. Pero también debemos citar a Boulez, John Cage, Xenakis y, por supuesto, a los Grupos de Improvisación, como vías convergentes entre las músicas culta y la mesomúsica beat. Un conjunto como The Mothers of the Invention produce obras muy parecidas al Grupo de Improvisación Nuova Consonanza, de Roma, con sus “guitarras arañadas y golpeadas, el feedback amplificado en forma de gemidos alargados y los ladridos, gruñidos y chillidos vocales que completan el alboroto”¹⁰.

⁸ *Íd.*, pág. 30.

⁹ *Íd.*, pág. 73.

¹⁰ *Íd.*, pág. 66.

Para concluir con esta descripción de las características de la nueva música debemos señalar que la música "beat" es un fenómeno de creación colectiva. En los viejos tiempos del jazz se recordaban los nombres de los solistas más famosos y, a veces, los de los compositores de algunos temas. Pero ahora en la música "beat", lo que tenemos presente es el nombre de los conjuntos. Podemos saber que tal tema es de Lennon o de McCartney pero lo que recordamos es que se trata de un tema de los Beatles. Esta actitud de creación colectiva se refuerza porque los integrantes viven juntos, forman una "familia". Constituyen cofradías o comunidades, que comparten experiencias, producen arte y objetos artesanales, se autocritican. Se caracterizan por su "vida comunal, reducción drástica de la propiedad privada, rechazo de la violencia, creación antes que consumo, libertad ante la autoridad y restarle importancia al gobierno y a las formas tradicionales de regir"¹¹. Para estos grupos hacer música en un concierto o para una grabación, es simplemente repetir en otro lugar una actividad cotidiana. No se plantean la idea de estar haciendo arte, en su acepción tradicional de cumplir una tarea de excepción, fruto de un oficio que demanda años de estudios y práctica. De esta actitud humilde y directa surge la repercusión multitudinaria de su música. Cada uno de sus oyentes no sólo siente que lo están interpretando sino que también podría estar él mismo en el tablado haciendo música.

Un músico profesional de música culta tiene la sensación de que la música joven ha descartado de un manotazo los siglos de elaboración intelectual que arrastra la música de Occidente. Es música fácil de hacer, ya lo señalamos más arriba. Pero su misma facilidad artesanal trasunta un alto grado de musicalidad que se nutre en una extremada libertad y en una lúcida intuición del futuro.

Porque realmente esta intuición de los jóvenes músicos es la señal que denota un cambio profundo en todas nuestras formas de vida. Si recordamos que en *La República*, de Platón, la potencia espiritual que se reconoce a la música es tan grande, que todo el Estado se halla como sumergido en sus sonos, podemos afirmar que si "no es posible innovar nada en música sin exponerse a trastornar las leyes del Estado"¹², ya todo está trastornado.

Y la nueva música anuncia la nueva sociedad puesto que

¹¹ RANDALL, MARGARET: *Los "hippies", expresión de una crisis*. Siglo XXI, México, 1968, pág. 26.

¹² PLATÓN: *La República, Libro IV*. Ediciones Ibéricas, Madrid, 1959, pág. 200.

Música y juventud

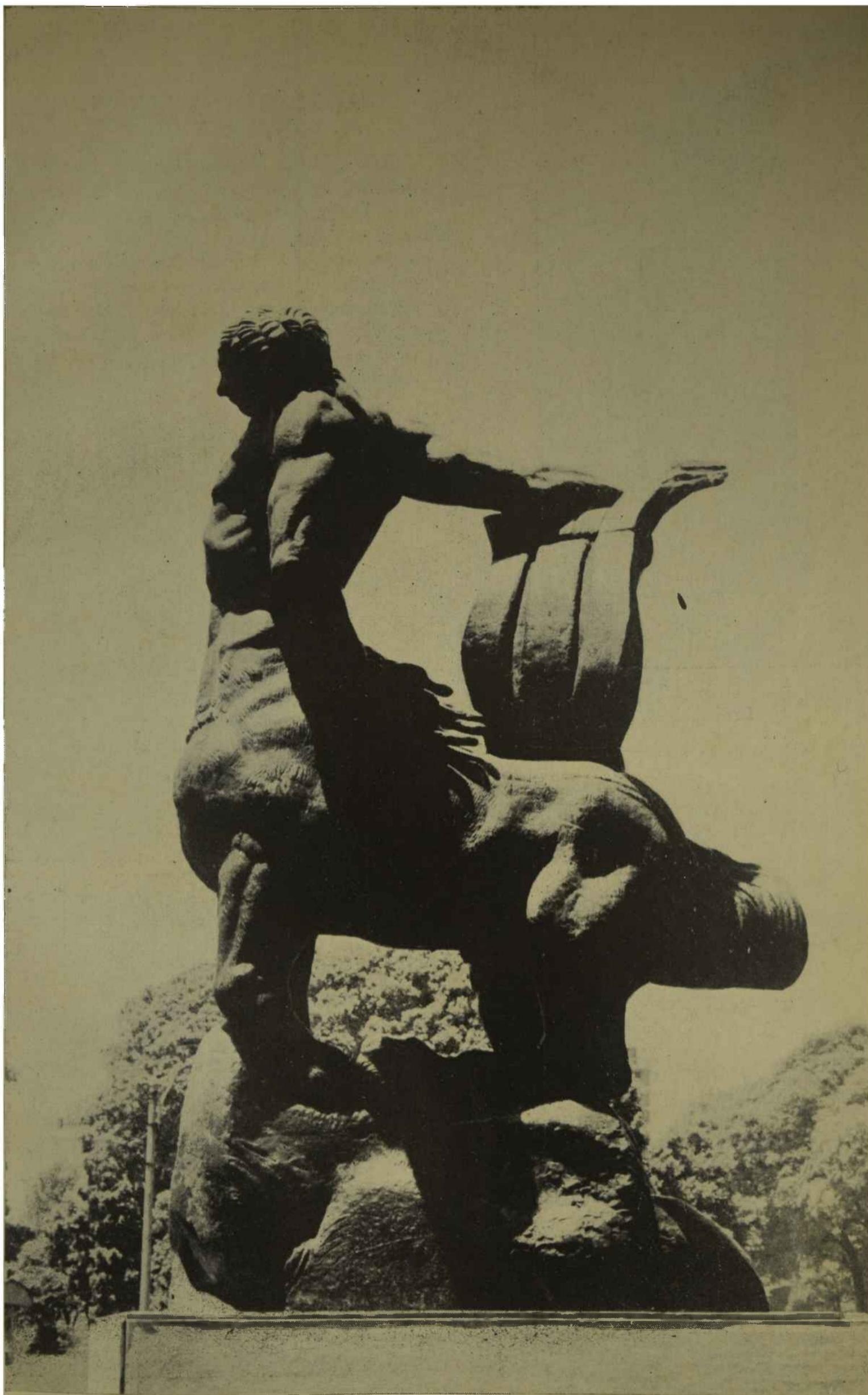
“the future still looks good,
and you’ve got time to rectify
all the things that you should”¹³.

(*Think for yourself*, canción de Los Beatles)

¹³ LOS BEATLES: *Canciones ilustradas*. Emecé Editores, Buenos Aires, 1970.



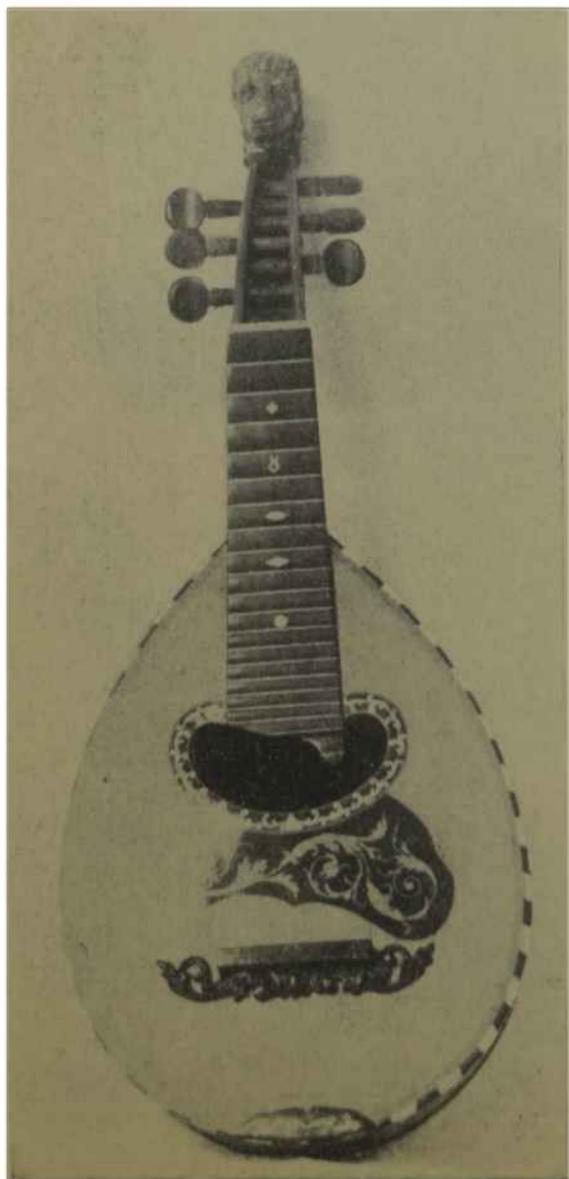
“Vaso con flores”, tiata china (1919), por *Emilio Pettoruti*



La muerte del último centauro, escultura de Antoine Bourdelle (francés, 1861-1929), discípulo de Rodin. Este bronce se halla emplazado en los jardines que rodean al Museo Nacional de Bellas Artes, en Buenos Aires.



Arpa laúd construida por Light,
Londres 1820.



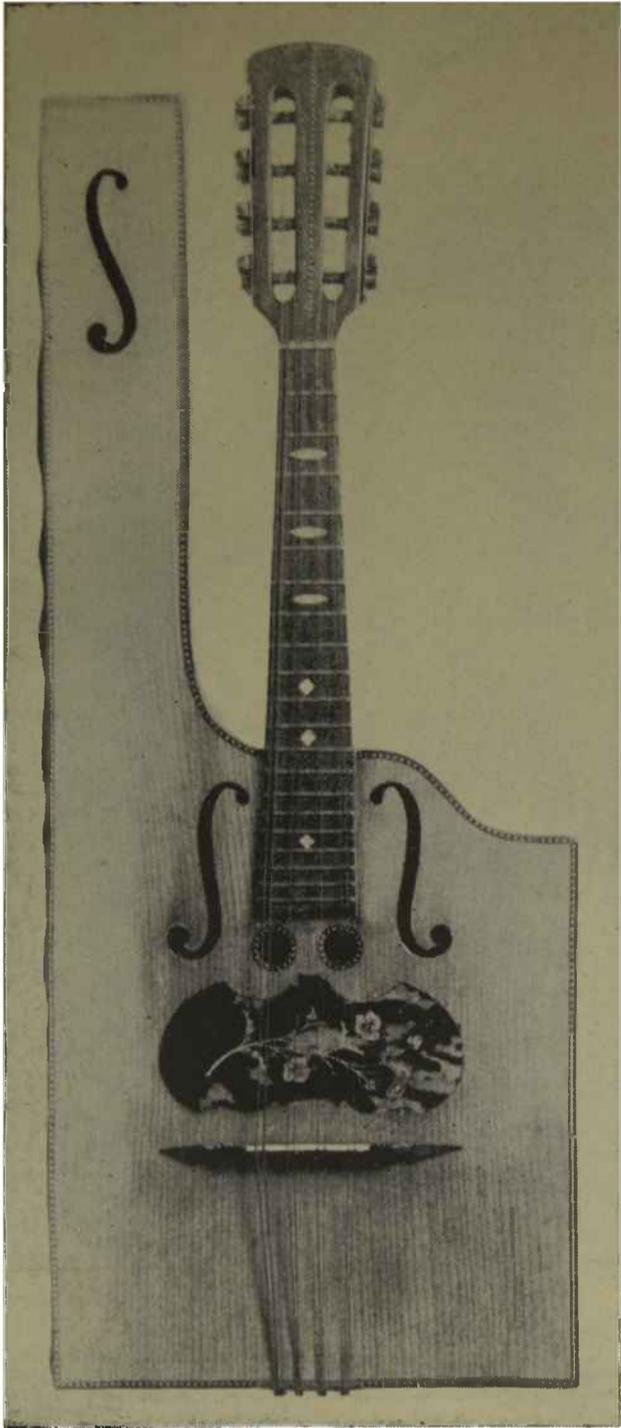
Mandolín construido por los her-
manos Giuseppe y Enrico Rocco,
Génova 1895.

COLECCIÓN "DR. EMILIO AZZARINI" DE INSTRUMENTOS MUSICALES

Por expresa disposición del doctor Emilio Azzarini, fallecido en 1963, su familia entregó a la Universidad Nacional de La Plata una valiosa colección de casi 700 instrumentos y aparatos musicales, 1.364 volúmenes sobre música, partituras, discos, etc. La colección se conserva actualmente en la Biblioetca Central de la Universidad y a ella tiene libre acceso el público. (*Véase crónica de las págs. 297/301 del presente volumen.*)



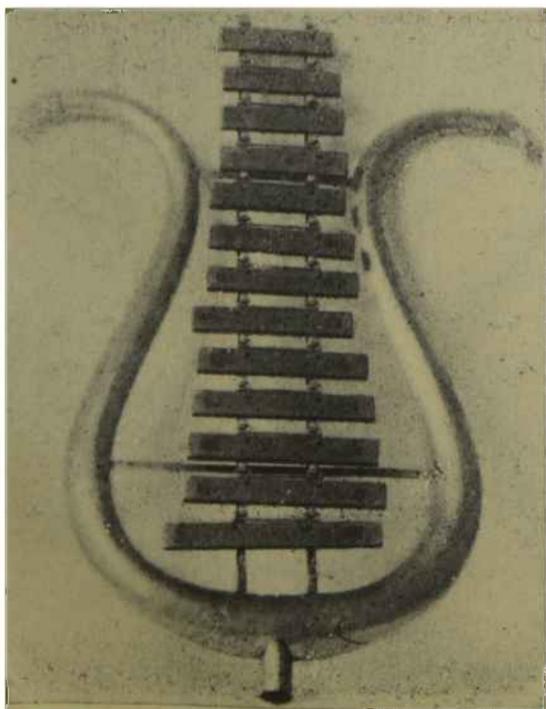
Sarinda de origen hindú.



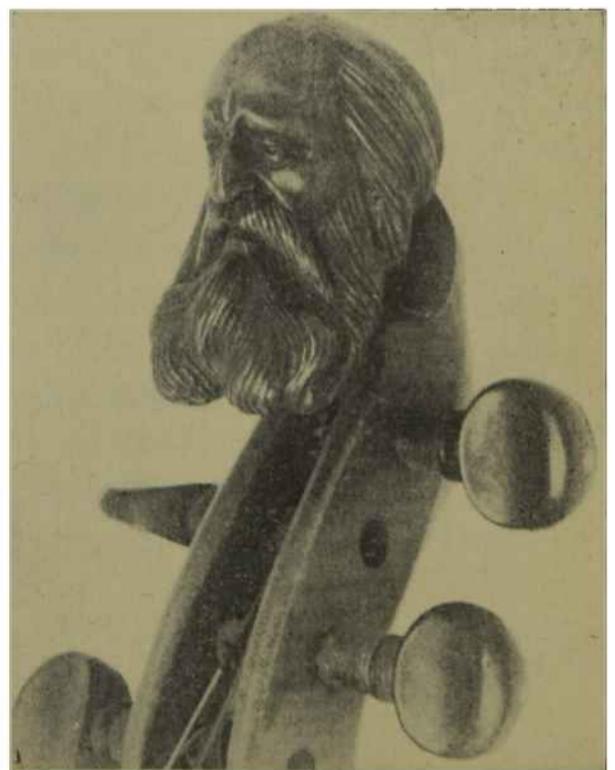
Mandolín "jirafa" construido por Salvatore Guarrata, Buenos Aires 1913.



Violín construido por Ferdinando Alberti, Italia 1870.



Metalofón de banda.



Cabeza de violín de Alberti, 1870



Orquesta de Cámara de la Municipalidad de La Plata, creada en 1964. Son sus directores-fundadores los maestros Carlos Sampetro —profesor en la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata e integrante del cuarteto de cuerdas de la misma universidad— y Roberto Ruiz, profesor del Conservatorio Provincial “Gilardo Gilardi” y director del Coro Universitario. El conjunto lleva realizados 134 conciertos en los que ha ofrecido unas 600 versiones de las 185 obras que hasta hoy componen su repertorio.

Los jóvenes frente a la literatura

MIGUEL OLIVERA GIMÉNEZ

LA CIVILIZACIÓN DE LA JUVENTUD

NACIDO EN S. NICOLÁS (provincia de Bs. Aires) en 1933. Se graduó de profesor en letras en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata en 1959. Ejerció la docencia secundaria y ocupó cátedras universitarias en la Universidad Nacional del Nordeste (1960-62). De 1963 a 1965 fue profesor asistente de teoría y práctica gramatical en la Facultad de Humanidades de La Plata, donde asimismo se desempeñó como secretario del Departamento de Filología. En 1966 se especializó en lingüística en la Universidad de la República Oriental del Uruguay y viajó a México como becario de UNESCO para hacer un curso de estudios orientales, en el que profundizó aspectos de las lenguas y literaturas de China y Japón. Actualmente es profesor de lengua y estilística en la Escuela Superior de Periodismo de la Universidad de La Plata. Autor de trabajos sobre literatura y de diversas traducciones.

MUCHOS fenómenos de la cultura que consumen y a veces producen los jóvenes actuales tienen proyección universal. Eso ha llevado a algunos autores a hablar de una *civilización parcial propia de la juventud*¹, en la medida en que una dosis de autonomía y conciencia de grupo identifica a sus integrantes y los exime de orientar sus valoraciones por aproximación a las de los adultos. Aunque esa dosis de autonomía es relativa, ya que no se funda en valores económicos, religiosos, políticos, etc., exclusivos de la juventud (salvo en el caso de las comunidades *hippies*), también es cierto que en comparación con generaciones anteriores los jóvenes de cada vez más sectores de la sociedad actual disfrutaban de una tolerancia por parte de sus mayores que les permite desarrollar formas propias en materias como las relaciones personales, diversiones, vestimenta, música y lenguaje. Tenbruck caracteriza la situación de la juventud en la sociedad actual por otros cuatro rasgos, además del mencionado: 1) la extensión desmesurada del período

juvenil de la vida, que en el siglo pasado abarcaba aproximadamente de los 15 a los 18 años y hoy podría calcularse entre los 13 y los 25, aunque se sigue expandiendo y abarcando cada vez más niños por un extremo y adultos por el otro²; 2) la inestabilidad e impulsividad en la búsqueda de compromisos vitales, que cuando adopta formas negativas puede degenerar en conductas distorsionadas, pero también se manifiesta positivamente en una constante radicalización y afirmación de autenticidad; 3) la puerilidad del conjunto de la civilización: la conducta de los adultos remeda cada vez más a la de los jóvenes, todas las actividades se tiñen de rasgos lúdicos, la posición de los jóvenes en la vida familiar relega a la de los ancianos, casi marginados del poder de decisión; 4) una convergencia de la conducta juvenil en todos los países desarrollados, favorecida e impuesta como modelo a los sectores metropolitanos de los países dependientes por una compleja red de transmisión de la industria de la cultura, representada por los medios de comunicación de masas.

Es forzoso reconocer que si bien estos rasgos no se dan en nuestro medio con la nitidez que presupone el análisis de Tenbruck para sociedades industrializadas, todos ellos se manifiestan como tendencias en creciente expansión en los sectores más proclives al consumo dirigido por los medios de comunicación de masas, es decir, las clases medias urbanas. No sólo podría aplicarse a estos sectores la caracterización de la civilización parcial juvenil, sino la mayor parte de las causas que la impulsan, y que responden a la confluencia de factores sociales y económicos: la creciente importancia de los grupos de edad homogénea en la determinación de la conducta infantil, el reemplazo de pautas de autoridad jerárquica por relaciones de camaradería dentro de la familia, el alistamiento de los jóvenes en estructuras sociales secundarias (escuelas, clubes, sindicatos, grupos artísticos o culturales), una autonomía económica precoz, que permite un acceso casi ilimitado a la realidad concreta del mundo de los adultos. En el complejo de incitaciones que este mundo les ofrece (vida sexual, vida profesional, entretenimientos, empleo del tiempo libre, producción y consumo de bienes culturales), los jóvenes han sido inducidos a elegir y utilizar ciertos elementos de acuerdo con sus propios fines e intereses. Es lógico que la juventud haya intentado entonces regimentar su propia vida explorando esa realidad mul-

¹ TENBRUCK, FRIEDRICH H.: *La juventud moderna*, en "Diógenes", Nº 35 (diciembre de 1961), págs. 3-37.

² Un reciente anuncio publicitario de pantalones vaqueros presenta a una pareja de niños jugando a las escondidas en un parque (con suspicacia, puede interpretarse como un juego amoroso) y la leyenda propone: "Ahora también para muchachos y chicas de 4 a 12 años" (diario "Clarín", Buenos Aires, 13 de diciembre de 1971).

Los jóvenes frente a la literatura

tiforme mientras buscaba desarrollar sus valores, actitudes y normas peculiares para no perderse en un caos de alternativas.

La maquinaria de la sociedad de consumo, sin embargo, es demasiado poderosa y bien organizada como para permitir que se le escape un cliente tan propicio como el joven que ha adquirido poder adquisitivo. El joven (y ahora ya también el niño) constituyen modelos paradigmáticos de consumidor: tentados, inconstantes, con escasos frenos previsionales, dóciles al “efecto de demostración” de los economistas.

Los caracteres de ese subproducto de la sociedad de consumo que se llama cultura de masas constituyen ya el objeto de una profusa bibliografía, casi siempre crítica. Detractores y panegiristas coinciden en que se da una oposición irreductible entre cultura de masas y la herencia espiritual de la civilización occidental, convertida en cultura de élites. Tenbruck señala que esa herencia espiritual está ligada a las concepciones y sentimientos específicos de la edad avanzada, de modo que el deterioro de éstos que él califica de “puerilidad” de la civilización implica la pérdida de la parte esencial de la herencia espiritual.

Con diferentes argumentos, derivados de su conocida tesis de que los medios de información condicionan el pensamiento, Marshall McLuhan sostiene la caducidad de toda la civilización fundada en la escritura lineal: la “galaxia de Gutenberg” cede el paso a la “aldea electrónica”, en la que la información se da instantánea, simultánea y continua, y cada uno está profundamente involucrado en la vida de los demás. Es previsible que cada vez más nos veamos envueltos en el proceso de conquista de un mundo básicamente literario por la revolución tecnológica que retrotrae al analfabetismo, en aras de los lenguajes artificiales formalizados. Efectivamente, la lectura es un hábito condicionado a la existencia de una cultura escrita y a la disponibilidad de ocio y aislamiento. Si la cultura escrita es remplazada por la audiovisual y el ocio se instrumenta en la consecución de actividades y pasatiempos gregarios, no habrá condiciones mínimas para la supervivencia de la lectura.

Cuando se piensa en la juventud como una civilización parcial, generalmente se postula que sus miembros pueden convertirse o bien en factores de cambio o bien en los instrumentos más dóciles y proclives a la aceptación de los cambios operados por la revolución tecnológica de los robots y la electrónica. Creo que interesa, por lo tanto, preguntarse por la actitud que asumen los jóvenes, aquí y ahora, frente a la cultura escrita.

JÓVENES QUE LEEN Y JÓVENES QUE ESCRIBEN

Hace algunos años, Noé Jitrik planteó, en un curso de temporada de la Universidad Nacional de Córdoba, las pautas ineludibles para estudiar el tema de la participación juvenil en el fenómeno literario³. Creo que no es inútil resumir el esquema propuesto por Jitrik en un nivel de gran generalidad, como marco para situar algunas observaciones mucho más restringidas sobre las actitudes de los jóvenes estudiantes platenses como consumidores de literatura.

En primer término, importa definir qué es un joven: "alguien para quien el futuro es un conjunto de opciones que van conformándose en él y seleccionándose antes de convertirse en una construcción o en una empresa". Pero esta generalización conceptual aparece matizada luego por la consideración de factores sociales que diversifican las opciones y, obviamente, las selecciones: hay, por lo tanto, jóvenes de países industrializados y subdesarrollados, de la capital y el interior, de alta burguesía, clases medias y proletarios, varones y mujeres. Atravesando esta categorización, la juventud puede agruparse en función de sus vínculos con la literatura, en tres sectores: los marginados porque permanecen en un estadio acultural, los consumidores y los que intentan producirla.

El tema del consumo literario, planteado sociológicamente, obliga a preguntarse (no sólo acerca de los jóvenes, sino de todo lector) para qué se lee, qué se lee y cómo se eligen las lecturas. Para el primer punto, Jitrik codifica cuatro objetivos predominantes: por distracción, por evasión, en búsqueda de "barniz" o de auténtica formación cultural, o por afán de estar al corriente de las modas culturales. En el segundo, organiza los tipos de lectura en una escala de complejidad creciente: historietas, fotonovelas, libros de circulación masiva con temas de acción (policiales, de bandoleros, espías y piratas), variantes más refinadas de estos temas y ciencia ficción, *best-sellers*, y por último la literatura "necesaria", el libro que se busca como auténtico enriquecimiento o ampliación de la conciencia. En cuanto a los mecanismos de elección, Jitrik distingue el caso de quienes buscan lecturas por iniciativa propia, condicionados por la presión cultural, frente a los que leen inducidos por la escuela o por el aparato publicitario y comercial. Acota de paso el fracaso de la literatura juvenilista, que aun si es de buena calidad (Rolland, Güi-

³ JITRIK, NOÉ: *Participación de la juventud en la literatura*, en "Memoria del Sexto Curso de Temporada", organizado por el Departamento Coordinador de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional de Córdoba (abril de 1965). Córdoba, 1968, págs. 875-99.

raldes), se lee o se deja de leer por las mismas razones que las obras no dirigidas a la juventud, pero que en el caso de la mala literatura, desgraciadamente todavía en circulación, degrada la inteligencia infantil o adolescente zampándole una papilla predigerida y huérfana de vitaminas. Según comprobación de Jitrik, un 25 % de los lectores de una biblioteca circulante cordobesa, estudiantes universitarios de ambos sexos, no aceptan sugerencias de los empleados y optan por elegir preferentemente novelistas argentinos y algunos autores extranjeros. Este "criterio formado" no responde a una orientación estética o ideológica determinada, sino que coincide con las reseñas y recomendaciones publicadas en los semanarios de actualidad: revela sin lugar a dudas la categoría de los lectores que quieren estar al día. La motivación por vía escolar es para Jitrik la más ineficaz: la selección y tratamiento de los textos convierte en penosa disciplina una experiencia que debería ser fructífera y estimulante en la infancia y adolescencia, y podría serlo si no se practicara sobre tediosas lecturas obligatorias. Más eficaz es la motivación inducida por el aparato comercial, que por supuesto no se interesa demasiado por el beneficio espiritual del cliente.

El meollo de la ponencia de Jitrik es su tercer capítulo, la consideración del joven escritor que aspira a producir literatura. La cuestión inicial es definitoria: no se puede acudir a los criterios de edad, de autor principiante, ni siquiera al elemento de rebeldía, aunque estos ingredientes pueden aceptarse como subsidiarios. Lo esencial es que se dé una trasposición de rasgos juveniles a la obra. Entre esos rasgos, Jitrik enumera: actitud receptiva y de aprendizaje, reflejada en los temas y en su problematización; acentuación de lo afirmativo en un contexto acrítico; práctica fluctuante de géneros; inmadurez expresiva que se manifiesta exteriormente por vacilaciones formales e interiormente por un aislamiento o marginalidad frente a los demás y a la posible repercusión de su obra. Cuando plantea, en segundo término, qué es la literatura para el joven escritor, Jitrik advierte que la respuesta difiere para cada clase social: el proletario no manifiesta interés por la creación literaria; como en otros órdenes de la producción, se siente ajeno a los objetos privilegiados para las clases dominantes y a lo sumo se les acerca como consumidor. El joven de alta burguesía tiene la libertad de dedicarse a la literatura por vocación; puede escribir, si le divierte, como dedicarse a cualquier otra actividad ociosa. Los productos suelen resultar complacientes descripciones de un mundo confortable y exquisito. Para el joven de clase media, la literatura es un instrumento de liberación, le permite romper el cerco de mediocridad de su ambiente por una vía prestigiosa de notoriedad. Con o sin auténtica vocación, se suele privilegiar lo expresivo y

subjetivo, plasmado como un conflicto yo-mundo, para el que la poesía resulta vehículo predilecto. El conflicto se evidencia con rasgos distintos en cada sector de la juventud. En los varones, la ruptura con el medio se manifiesta en el plano social, como rechazo de las convenciones y mediocridad de la familia, el barrio, los amigos de infancia; el amor es un desgarramiento. Para las mujeres, el auspicio inicial de la familia puede convertirse en celoso aislamiento si la vocación las aparta del núcleo familiar. Esa opresión determina una temática nostálgica, de memorias infantiles y escolares; el amor es un refugio y una posibilidad de realización. Las estructuras histórico-sociales condicionan en los jóvenes de clase media resultados más complejos del conflicto yo-mundo, si se compara a los escritores de Buenos Aires con los del interior. Éstos suelen acceder a la literatura por la universidad, los paraliza una avidez hiper-crítica de información, padecen límites señalados por las pautas culturales estratificadas y el control social de la rebeldía. En la capital se escribe al margen de la universidad, el autodidactismo tolera la improvisación, el anonimato permite ejercitar la rebeldía sin autocensura, la competencia por el éxito obliga a poner en juego la audacia, la imaginación, el talento. Luego, Jitrik pasa a plantear la cuestión de para qué escribe el joven: básicamente, para canalizar un descontento, pero además para liberarse, seducir, triunfar; es decir, por narcisismo. Como ese estímulo suele diluirse con el tiempo, una de las categorías para medir la juventud podría ser la necesidad de escucharse y reflejarse en la obra. Habitualmente, el escritor se forma pasando por dos etapas, a partir —naturalmente— de una inclinación previa: primero, lecturas planificadas, y luego, la adopción de un modelo. Hasta ahora, en nuestro país han tenido vigencia dos modelos: primero, el europeo, fundamentalmente francés, cuya meta y límites han sido la depuración estética del discurso; luego el yanqui, que propone una literatura de experiencia, vital y cotidiana. Estos modelos —dice Jitrik— proporcionan los materiales para construir un mito del escritor como individuo privilegiado, digno de respeto, fortuna y honores. La literatura oficial, que tiende a confirmar las estructuras políticas, sociales y económicas imperantes, explota ese mito prometiendo a los jóvenes que acepten sus cánones y facilidades de acceso a la élite literaria mediante concursos y premios. Quienes rechazan el canto de sirena, generalmente sustentando posturas izquierdistas, pueden refugiarse por algún tiempo en una literatura independiente, o más bien clandestina, por las dificultades económicas que plantea a sus adherentes la publicación de sus obras y el mero hecho de sobrevivir. Después de una o dos costosas experiencias, el escritor independiente se enfrenta con tres alternativas: o abandonar definitivamente

Los jóvenes frente a la literatura

la literatura, o entregarse paulatinamente a la literatura oficial, o ubicarse crítica y definitivamente en ideologías de izquierda. El trabajo de Jitrik concluye con una crítica al planteo generacional, que suele diluir esta problemática de la creación literaria juvenil con el argumento de que cada generación rompe violentamente con sus predecesores. Parece muy dudoso que las barreras de edad sean más insalvables que algunas de las destacadas por el análisis sociológico: la de los sexos, las regionales, las de clases sociales, y sobre todo, la de la cultura dependiente de un país subdesarrollado frente a sus metrópolis. La propuesta de Jitrik es que se estudien críticamente los manifiestos generacionales: se podrá comprobar que los postulados juveniles, aunque disfrazados de autoafirmación jactanciosa, no eluden posibilidades igualmente válidas para los mayores. La diferencia radica en que los mayores ya han cristalizado sus experiencias, están menos en disponibilidad que los jóvenes para ampliar su campo de operaciones. En suma, que "la renovación formal que los jóvenes traen a la literatura y el mayor o menor enriquecimiento imaginativo que algunas épocas de la literatura presentan no son resultado de un ritmo generacional sino de un aquilatamiento de material literaturabilizable que provee la colectividad entendida como conjunto de tensiones y dinamismos".

¿EN QUÉ CONDICIONES LEEN LOS JÓVENES?

Con el propósito de concretar algunas cuestiones sobre el consumo literario del público juvenil, he creído oportuno practicar un sondeo de opiniones y preferencias entre estudiantes de escuelas platenses, a partir del cual voy a considerar las circunstancias azarosas en que practican la lectura y el papel que deberían asumir las clases de literatura como orientación del gusto y del espíritu crítico ⁴.

El primer problema que plantea el estudio de la actitud del lector frente a su objeto de consumo es el de la marcada diferencia de oportunidades que ofrece la industria cultural para la satisfacción de las

⁴ Debo manifestar aquí mi agradecimiento a las autoridades y personal de la Escuela Superior de Periodismo, Escuela Superior de Comercio Libertador General José de San Martín, Liceo Víctor Mercante e Instituto Carlos N. Vergara, que facilitaron la aplicación del cuestionario en fecha poco oportuna para alterar el ritmo del curso lectivo (octubre-noviembre de 1971). Por este motivo, no se obtuvieron todas las respuestas esperadas, de modo que la representatividad de la muestra es técnicamente discutible. Por lo tanto, he preferido restringir las formulaciones estadísticas a algunas someras aproximaciones. Tengo en mi poder 147 respuestas de 83 mujeres y 62 varones (más dos que no indicaron su sexo) entre 15 y 26 años de edad; el 60 % de los consultados declaró 17-18 años, 25 % superan esa edad y 15 % no la alcanzan todavía.

necesidades de información y entretenimiento. En el aprovechamiento de su tiempo libre, un individuo puede optar entre una amplia gama de pasatiempos, la mayoría de ellos más accesibles que el libro, en cuanto implican menor esfuerzo activo. No deja de ser un obstáculo importante para la lectura el hecho de que obliga a aislarse, mientras las demás alternativas constituyen actividades grupales, o por lo menos espectáculos compartibles. Preguntados acerca de las prioridades que establecen en la organización de su tiempo libre, un 80 % de los encuestados respondió que conversar con amigos le interesa más o igual que leer, y a un 60 % le interesa más o igual bailar o escuchar música que leer. La predilección por la lectura se manifiesta, en cambio, por contraste con actividades como ver cine o televisión, practicar deportes o manejar vehículos. Un tercio de los encuestados dice que prefiere leer antes que dedicarse a cualquiera de esos entretenimientos. Algunos indicios que surgen de otros puntos del cuestionario, sin embargo, permiten sospechar que las lecturas no se aprovechan del mismo modo que, por ejemplo, el cine y la televisión. En todo caso, los estímulos sociales para estar al día en lo que se ve en cine o televisión son enormemente más poderosos que los que incitan a la lectura: sobre todo, la simultaneidad de exhibición para públicos numerosos facilita el intercambio de comentarios y opiniones.

En la mayoría de las respuestas se comprueba que la información sobre cine y televisión es mucho más nutrida y actualizada que acerca de escritores y obras literarias. Al margen de los errores de ortografía en nombres y títulos, aparecen gruesas fallas de ubicación contextual, que obligan a sospechar por lo menos que la lectura de las obras citadas ha sido muy superficial. Esas falencias se manifiestan de dos maneras: en la adscripción de los escritores a un área cultural ajena (porque en el formulario se hacía una distinción entre autores nacionales y extranjeros) y en la adjudicación de obras que no les corresponden. Dentro del primer tipo, se han "infiltrado" entre los autores argentinos Simone de Beauvoir, García Márquez, Bécquer, Isaacs, Casona, Benedetti, Saint Exupéry, Martí y Cervantes, en tanto que se han "fugado" al exterior (con curiosa reiteración), Alfonsina Storni, Cortázar y Laferrère. Algunos ejemplos del segundo tipo de confusión son pintorescos y difíciles de explicar, a menos que admitamos que la enseñanza que se les imparte a esos jóvenes inhibe sus aptitudes de coordinación mental. Hay quien atribuye *Don Segundo Sombra* a Lugones, uno que adjudica *Rayuela* a Borges y otro a Silvina Bullrich, alguno dice que *Amalia* es de Almafuerte, varios sostienen haber leído cuentos de Sábato. Uno cita el *Fausto* de Sarmiento, otro *La brújula y la muerte* (sic) de Unamuno, alguien recuerda *La zapatera prodigiosa* de Cervantes, quien *Mis montañas*, de

Los jóvenes frente a la literatura

Echeverría, quien *Una viuda difícil* de Laferrère. Por no recargar las tintas, omito las confusiones en títulos ajenos a los programas escolares. En cambio, no hay prácticamente error alguno en los títulos de filmes y programas de televisión. Es evidente que esas producciones se incorporan de inmediato al universo cultural de los jóvenes, mientras que la literatura les endilga informaciones que no les interesan y no pueden retener.

Además, este público adolescente (lo mismo que el público adulto puerilizado) no puede orientarse eficazmente en la maraña de estímulos superpuestos que proyectan indiscriminadamente los medios contemporáneos de comunicación masiva. Tres cuartas partes de los encuestados tienen aparato de televisión en su casa, y la proporción supera el 90 % si nos limitamos a los estudiantes secundarios, excluyendo a los de periodismo, que en su mayoría proceden del interior y están alojados fuera del núcleo familiar. La mitad de los encuestados ve televisión todos los días, una cuarta parte de dos a tres veces por semana y la otra cuarta parte sólo excepcionalmente. Si es cierto que les interesa menos que leer, la razón de que muchos de esos teleadictos estén todos los días pegados al televisor debe ser el simple motivo de tener el aparato en su casa y no poder sustraerse a su atracción y a la orientación TV-céntrica de la familia. La frecuencia con que los encuestados concurren al cine parece confirmar esta hipótesis: sólo un 16 % va más de tres veces por mes y un 20 % una o dos veces por mes; el resto sólo asiste cuando tiene especial interés por un filme. Al factor comodidad, por último, hay que agregarle el no menos importante del costo de los libros y las entradas al cine, todo lo cual configura un cuadro en el que la televisión resulta un canal privilegiado de aprehensión cultural. La característica de este canal, por comparación con los demás, es que reduce al mínimo los mecanismos selectivos. En el caso del cine, en que la elección de programas es un compromiso entre las preferencias del espectador y las opciones que le ofrece la cartelera, he tratado de indagar cómo operan esos mecanismos selectivos. La mitad de los encuestados sostiene que elige los filmes por su propia valoración del tema o género en primer lugar, así como de los actores o el realizador. Dos quintas partes del total manifiestan leer los comentarios periodísticos y un tercio admite que recibe las sugerencias de personas conocidas.

Los ejemplos aducidos como muestra de preferencias revelan un alto grado de cultura cinematográfica; actores y realizadores están entre los grandes exponentes de sus respectivos oficios. Los intérpretes más votados son A. Quinn, A. Alcón, I. Montand, M. Mastroianni, A. Delon,

D. Hoffman, J. P. Belmondo, A. Girardot, Ch. Bronson, S. Loren, G. Peck, C. Deneuve y T. Stamp; es significativa la ausencia total de ídolos surgidos del canto y la música *beat*, con excepción de un voto para los Beatles. Los directores preferidos son I. Bergman, P. P. Pasolini, F. Fellini, L. Torre Nilsson, M. Antonioni, R. Polanski, L. Buñuel, L. Visconti, M. Antín y C. Lelouch. Los argentinos integran la lista seguramente por sus últimas obras, de reconstrucción histórica; esta temática fue también una de las preferidas en el rubro géneros, detrás de los problemas políticos y sociales. Dentro de la parvedad con que los jóvenes formularon sus ideas al respecto, estos temas preceden a los románticos, humorísticos, amorosos, de aventuras, de la vida cotidiana, documentales y musicales. En realidad, son muy pocos los que fundamentan sus preferencias con ejemplos concretos; habría que preguntarse si la mayoría no habrá contestado ilusoriamente que se guía por sus propias valoraciones.

Inducidos o espontáneamente inclinados, lo cierto es que casi la mitad de los encuestados fueron a ver *Love Story*, idilio trágico de factura norteamericana que sólo satisfizo a dos terceras partes de sus espectadores. Con la única excepción de *Teorema*, la compleja parábola de Pasolini, que disgustó a la mayoría de su público, los filmes que siguen en la nómina de los más votados (*Aeropuerto*, *Historia de un amor prohibido*, *Morir de amor*, *Z*, *M.A.S.H.*, *Busco mi destino*, *Metello* y *Woodstock*) suscitaron la adhesión unánime o poco menos de los jóvenes.

En el rubro televisión, cuatro tipos de programas aventajan notoriamente al resto: los periodístico-informativos, el cine o series filmadas, los musicales y los humorísticos. Todos ellos interesan a más de la mitad de los encuestados, aunque conviene advertir que la orientación vocacional de los estudiantes de periodismo ha influido para dar prioridad a los informativos, que en los estudiantes de las escuelas secundarias quedan en cuarto lugar. Para otros tipos de programas, es necesario hacer una discriminación por sexo: los deportivos interesan sobre todo a los varones; los teleteatros, los de entretenimientos y los educativo-culturales tienen mayoría de espectadoras. Los deportivos atraen a un 30 % de los encuestados y los otros géneros a menos del 20 %.

QUÉ LEEN LOS JÓVENES

La variedad de intereses que cubre la televisión es sin lugar a dudas uno de los factores de su éxito frente a la lectura, aunque una ojeada a cualquier puesto de revistas bien provisto demuestra que esa diversidad

Los jóvenes frente a la literatura

también se manifiesta en la producción escrita. Tomando en cuenta entonces todas las opciones de lectura en un sentido amplio, trataré de analizar qué leen los jóvenes, y en el sentido más restringido de la literatura propiamente dicha, qué recuerdan de esas lecturas, o para decirlo de otro modo, qué imagen tienen de la literatura.

Contra lo que suele suponerse, las historietas, fotonovelas y colecciones baratas de subliteratura no son competidores peligrosos de la lectura más "seria". Por lo menos, eso es evidente en el sector estudiantil de la juventud, que en un 43 % declara que no acostumbra leerlas. Posiblemente, a juzgar por la abundante publicidad que incluyen sobre cursos por correspondencia y academias de oficios, los editores apuntan a un público de extracción proletaria, marginado de la escuela media. De los estudiantes consultados, y que sí las leen, la mayoría se inclina por las historietas humorísticas. En primer término, *Mafalda*, una tira del dibujante Quino que satiriza los tabúes de la pequeña burguesía a través de personajes infantiles, con una *enfant terrible* como protagonista; luego, el costumbrismo conformista y anticuado de *Patoruzú*, *Isidoro* y *Patoruzito*, personajes de Dante Quintero. En quinto lugar, y para un público exclusivamente femenino, aparecen las novelas semirrosas de Corín Tellado y las fotonovelas de *Nocturno* y *Anahí* (lecturas más esporádicas que habituales, y no siempre con juicios favorables). El último grupo lo constituyen las historietas de acción y aventuras (*El Tony*, *Intervalo*, *D'Artagnan*), que concitan la atención preferente de los varones, también esporádica y también con algunos juicios desfavorables.

En cambio, las revistas —de diversos géneros— parecen encontrar mejor eco en la juventud. En primer lugar, los semanarios de actualidad *Gente* y *Siete Días*, leídos con bastante asiduidad por más de la mitad de los encuestados. Aunque son algo más formales, pertenecen al mismo tipo de publicación *Panorama* (que está en cuarto lugar), *Primera Plana* (en el séptimo), *Life* y *Análisis*. Las dos primeras atraen a un diez o quince por ciento de los jóvenes, las siguientes a un 5 %, y otros semanarios apenas han sido citados en una o dos respuestas. El tercer lugar en la nómina de publicaciones periódicas lo ocupa *Transformaciones* (también en este caso la influencia de los estudiantes de periodismo es decisiva), una colección de fascículos sobre temas y problemas de la actualidad mundial, publicada por el Centro Editor de América Latina. Otras colecciones de esta misma empresa (*Polémica*, sobre historia argentina, y *Capítulo*, sobre literatura argentina y universal) figuran en posiciones intermedias de la lista. El quinto y sexto lugar los ocupan revistas exclusivamente femeninas (*Vosotras* y *Claudia*), y otras del mismo tipo

aparecen en 10º y 11º puesto (*Para Ti* y *Femirama*). Las revistas deportivas ocupan el 8º lugar (*El Gráfico*), el 15º (*Goles*), el 20º (*Corsa*) y el 22º (*Automundo*). Casi un diez por ciento lee *Selecciones del Reader's Digest* y sólo la mitad de esa cifra alcanzan los lectores de la revista política más encumbrada de la nómina, *Cristianismo y Revolución*, que está en 14º lugar. Las revistas que se anuncian como específicamente juveniles, y que explotan la supuesta atracción de la música *beat*, los ídolos del espectáculo y las posturas "no convencionales", apenas alcanzan el 16º puesto (*Pelo*) y el 19º (*La Bella Gente*). Detrás quedan las educativas y técnicas (*Monitor*, *Mecánica Popular*, *Mundo Animal*, *Fotomundo*), una humorística (*Rico Tipo*), una con programas y chismes de televisión (*Canal TV*) y una de crítica bibliográfica de alto nivel (*Los Libros*). Siete por ciento de los consultados declararon que no leen revistas.

Si pasamos ahora a considerar qué leen los jóvenes dentro de la literatura propiamente dicha, vamos a encontrar en sus respuestas material para plantear muchas dudas, problemas e hipótesis polémicas sobre el papel que desempeña la lectura dentro de su formación cultural, y para poner en tela de juicio la existencia en nuestro medio de una "civilización parcial juvenil", en el sentido de Tenbruck, como pretenden hacernos creer (hacerles creer a los jóvenes clientes, mejor dicho) algunos avisadores publicitarios y promotores de espectáculos, generalmente adultos.

Obviamente, el libro es un artículo de adquisición personal. En cambio, las publicaciones periódicas —tanto revistas como diarios— circulan fácilmente por todos los miembros de la familia del comprador. Además, por su ritmo de aparición y sus eficientes redes de distribución, se convierten en necesidades casi, en hábitos muy compulsivos, y resultan así más accesibles que los libros para los jóvenes, que las encuentran a mano, en la casa, aunque no se molesten en comprarlas. Veamos entonces qué ocurre con los suplementos semanales de los diarios, que ya no son exclusivamente literarios, como por mucho tiempo lo fueron las ediciones dominicales de *La Prensa* y *La Nación*, sino que se han convertido en una o más revistas de actualidades gráficas, con una obvia función de apoyo a la publicidad más suntuosa.

Como es de esperar, dada la circulación del periódico local *El Día*, la mayoría de los jóvenes platenses lee su suplemento dominical, que con justa razón la mitad de ellos considera desfavorablemente o con indiferencia. En segundo lugar, los jóvenes (o sus padres) prefieren el de *Clarín*, el matutino de mayor tirada del país. En tercer lugar aparece el

Los jóvenes frente a la literatura

de *La Opinión*, juzgado casi con unanimidad y merecidamente en forma favorable. El vetusto suplemento de *La Nación*, que ocupa el cuarto lugar, parece leerse más regularmente que otros (salvo el de *El Día*), y le siguen en orden cuantitativo; *La Razón*, *Gaceta* (local), *La Prensa* y *Crónica*.

Los suplementos literarios, tanto por sus comentarios bibliográficos como por la publicidad de editoriales y librerías que incluyen, deberían ser una fuente de información y orientación selectiva para las lecturas, si efectivamente se los leyera con atención e interés. Aunque la mayoría de ellos dejan mucho que desear como reflejo de una auténtica cultura nacional y representan por lo general intereses de clase y de sectores, de todos modos cumplen ese papel informativo para lectores que no compartan incluso los presupuestos ideológicos de sus propietarios y sus presuntos destinatarios. En los diarios capitalinos se mantiene desde hace mucho tiempo una tesitura solemne que no da cabida sino a regañadientes a ciertas manifestaciones (comercializadas) de la cultura juvenil, como los discos, las modas en el vestir, algunos espectáculos, etc. El suplemento de *El Día* es tal vez el único que deliberadamente —aunque con excesiva frivolidad— se ha propuesto buscar el mercado juvenil, con lo que suele desatar polémicas divertidas y a veces grotescas en su sección de cartas de los lectores.

¿En qué medida, entonces, influyen los diarios en la cultura literaria de la juventud? Creo que aunque ellos dicen leer los suplementos, esa influencia es muy escasa porque —en otro nivel— los diarios actúan como la televisión y como los diversos aspectos de la cultura de los adultos que ya hemos considerado, suministrando a los jóvenes un acopio de información multiforme e indiscriminada, cuyo efecto más probable es la desorientación o el rechazo de la lectura.

En el terreno literario, como en los demás aspectos, se produce esta penetración pseudo-espontánea (en realidad, motivada comercialmente) a la vida literaria de los adultos, superpuesta a otra vía de acceso, la orientada por la escuela, mediante la lectura obligada de obras de autores clásicos, en el sentido etimológico de la palabra (es decir, consagrados por los programas de enseñanza).

Podemos observar esta dicotomía más nítidamente en el campo de la literatura argentina que con respecto a autores extranjeros, prácticamente excluidos (salvo los españoles) de la escuela media. Para la literatura extranjera, la introducción desorientada es la forma normal de abordaje. Pero antes de pasar a esta cuestión, es interesante observar en

qué géneros literarios declaran interesarse los jóvenes. En abstracto, la mayoría de votos se inclina por la narrativa: en primer término cuentos y luego novelas. Pero cabe observar también que estas manifestaciones genéricas no siempre parecen compatibles con los ejemplos de obras y autores que el mismo encuestado propone. De todos modos, debemos aceptar sus declaraciones como espontáneas: en tercer lugar queda la poesía, en cuarto sitio el humorismo y luego, en ese orden, el teatro, el ensayo y la crónica o biografías. Pero como también se les interrogó sobre lecturas en materias no literarias, hay que advertir que las respuestas a este punto, sumadas, exceden incluso a la predilección por el cuento. Claro está que aquí cada sujeto podía incluir varias materias. Entre estas últimas, la predilecta es la política, seguida por los temas científicos en general, la sociología, historia en general y en algunos casos especificada (historia antigua, argentina, medieval, contemporánea), economía, geografía, mitología, medicina, historia del arte, psicología, biología y música.

En las respuestas a esta pregunta sobre géneros favoritos, los encuestados se manifestaron como lectores consumados y empedernidos, señalando habitualmente cuatro o cinco géneros a la vez. Sin embargo, muchos tuvieron dificultad para completar las primeras preguntas del cuestionario, que solicitaban una opinión sobre cinco autores argentinos y cinco extranjeros leídos últimamente, con indicación de la obra. Ya me he referido a las dificultades contextuales que provocaron errores de atribución y de ubicación nacional de autores muy conocidos. Ahora debo señalar, además, que alrededor de un 40 % de los encuestados no alcanzó a llenar los cinco espacios en cada una de las preguntas.

Aunque el peso de los programas escolares está volcado sobre autores argentinos, ello no incidió para que el desempeño de los consultados resultase mejor en este rubro que en el de los autores extranjeros. En el total de respuestas aparecen citados 92 autores, de los que 34 figuran más de tres veces. En los diez primeros lugares se encuentran Sabato (61 votos), Cortázar (60), Borges (59), José Hernández (47), M. Puig (42), Silvina Bullrich (39), H. Quiroga (31), Güiraldes (25), Dalmiro Sáenz (21), Echeverría (19). La lista completa de los citados más de tres veces confirma la dicotomía de que ya he hablado: Hernández, Güiraldes, Quiroga, Echeverría, Sarmiento, B. Lynch, Laferrère, J. C. Dávalos, Mármol, F. Sánchez, J. V. González, Obligado, Lugones, Ayala Gauna, Mansilla, Nalé Roxlo, Payró, son los "clásicos", a quienes gracias a algunos profesores modernizados se suman por excepción dos escritores vivos: Cortázar y Borges. Los escritores "no clásicos" son Sá-

Los jóvenes frente a la literatura

bato, Puig, Silvina Bullrich, Sáenz, Gudiño Kieffer, Poldy Bird, Marechal, Arlt, Beatriz Guido, Alfonsina Storni, David Viñas, Mujica Láinez, Hugo Wast, Tejada Gómez y Mallea. Todos ellos comparten la característica de ser o haber sido en otros tiempos —incluso en la generación de los padres de estos jóvenes— autores de éxito comercial, *best-sellers*, sin que esto implique connotaciones peyorativas. En algunos casos, es cierto, un autor de *best-sellers* explota la inocencia de su público con productos adulterados, pero en otros la venta responde a una auténtica apreciación de los méritos artísticos o ideológicos de la obra.

¿Aprecian realmente los jóvenes la producción de los autores consagrados por el éxito? La valoración de un texto literario es, por supuesto, un problema demasiado sutil para encasillarlo en las tres columnas que proponía sumariamente la encuesta, y realmente no se alcanza a percibir en qué criterios se funda un lector para juzgar favorable o desfavorablemente una obra, u optar por una neutralidad indiferente. De todos modos, es sintomático que en proporciones que a veces llegan al 40 % de los votos para determinado autor, los juicios sean negativos o indiferentes. Las excepciones más notables son la persistente fidelidad al *Martín Fierro*, que casi no suscita objeciones, y la unanimidad de adhesión a los autores más jóvenes (Gudiño Kieffer y Poldy Bird). De todos modos, éstos están lejos de ser coetáneos de sus lectores, y su presencia en la muestra no justifica que se hable de una literatura representativa de la juventud actual. Debemos suponer que no existe aquí una literatura típicamente juvenil, producida y leída por jóvenes, salvo que circule clandestinamente, al margen de las redes comerciales de distribución. De modo que los jóvenes platenses, como por otra parte debe ocurrir en otros sitios, de buena o mala gana se limitan a las lecturas que les propone la escuela o su ambiente, y no muestran mayor iniciativa por seleccionar títulos o autores que no estén al alcance de la mano.

Entre los autores extranjeros, la escuela suele apuntalar el prestigio de los clásicos (y “modernos” clásicos) españoles, consagrados por el consenso social como pilares de cultura. Así se explica que aparezcan en los primeros puestos Bécquer (28 votos) y Rubén Darío (26), en sexto lugar Cervantes (20), en el 13º Alejandro Casona (12), en el 20º Lope de Vega (9) y más atrás Calderón, Antonio Machado y García Lorca. Sus rivales más afortunados son los *best-sellers*, especialmente si han sido avalados por una versión cinematográfica o por una campaña publicitaria intensa: 3º) *Papillon* de H. Charrière (25), 4º) *Love Story* de E. Segal (23), 5º) *Teorema* de Pasolini (21), 7ª) Simone de Beauvoir, con diversas obras (19), 8os. *Aeropuerto* de A. Hailey y *Cien años de soledad*

de García Márquez (18). Después de Neruda, décimo con 17 votos y seguramente actualizado por el otorgamiento del Premio Nobel, los autores más votados son Camus, Saint Exupéry, Casona, Poe, Sartre, Shakespeare, Bradbury y Tolstoi. Como puede verse, la misma competencia entre clásicos y *best-sellers*, pero a la vez una mayor dispersión de los votos, como resultado de la menor proporción de lecturas escolares obligatorias, que sólo afectan a algunos españoles.

Un factor favorable ha sido en varios casos la aparición reciente de ediciones de bolsillo a precios reducidos. En este aspecto, por ejemplo, la Biblioteca Básica de Salvat es responsable del reflatamiento de algunos clásicos prácticamente desconocidos en nuestro medio, y la colección Narradores de Hoy, del Centro Editor de América Latina (que comenzó a aparecer después de practicada la encuesta) puede producir un efecto similar en cuanto a difusión de autores contemporáneos.

CONCLUSIONES Y PROYECCIONES

He tratado de demostrar a través de un sondeo de opiniones recogidas en jóvenes estudiantes de La Plata que la literatura es un ingrediente importante en el cuadro de su formación cultural, pero que las condiciones competitivas en que se presentan las motivaciones culturales en la sociedad de masas relegan a la lectura detrás de la televisión y el cine. He tratado de demostrar también que aunque los jóvenes manifiestan un respeto inconsciente por la lectura (resabio quizá del prestigio tradicional de la cultura literaria), se sienten mucho más cómodos y seguros opinando sobre filmes y programas de televisión que sobre libros y autores. He tratado de demostrar que los jóvenes no tienen aquí una civilización parcial, con valores específicos y productos exclusivos en materia literaria, sino que se pliegan a las pautas que la industria cultural ofrece indiscriminadamente a todo público. He tratado de demostrar que en el caos de estímulos diversos ofrecidos por la industria cultural y por la sociedad en general, los jóvenes suelen desorientarse y extraviarse por falta de ubicación contextual, histórica e ideológica (lo cual suele ocurrirles también a no pocos adultos). En muchos casos, esa desorientación y la falta de preparación técnica para la lectura literaria los lleva a juicios apresurados e inmerecidos, tanto en sus rechazos como en sus entusiasmos, y lo que es peor, provoca con mayor frecuencia aún una reacción de indiferencia que los aleja progresivamente de la literatura. He tratado de demostrar por fin que la escuela media hace muy poco por remediar esas deficiencias, principalmente porque la enseñanza

Los jóvenes frente a la literatura

de la literatura está aferrada a la presentación paradigmática de algunos modelos canónicos, de los cuales solamente algunos (el caso de *Martín Fierro*) interesan realmente a los jóvenes de hoy.

El problema es grave y obligaría en realidad a profundizar y ajustar el diagnóstico. Pero sobre la base de estas conclusiones preliminares creo que se pueden formular algunas sugerencias que podrían tomarse eventualmente en cuenta para reducir la brecha que separa los contenidos programáticos de los intereses estudiantiles. El problema se le presenta indefectiblemente a todo profesor de literatura que se sitúe frente a su clase con un texto en el que él percibe un tesoro de connotaciones históricas y estéticas, y al mismo tiempo sospecha que sus oyentes están vírgenes en absoluto de todo ese universo de connotaciones, y que el tiempo de que dispone es ínfimo para lograr siquiera una mediana comprensión del texto, no digamos ya de su contexto.

En primer lugar, creo que es importante que la escuela no se limite a considerar la literatura como un corpus definitivo de materiales sobre los que hay que transmitir información (aunque esto suele no hacerse siquiera sobre las obras, sino sobre la biografía del autor y otros detalles anecdóticos). El peso de la historia literaria no gravita decisivamente sobre la cultura contemporánea, dinamizada y amplificada a extremos increíbles por la tecnología de la comunicación de masas. Por otra parte, esa erudición histórica inabarcable por la memoria individual resulta fácilmente accesible, en cualquier momento y al instante, gracias a esa otra exuberante floración tecnológica que es la bibliotecología. ¿Para qué acumular datos que suministra cualquier fichero o enciclopedia, para qué enseñar historia literaria, si lo que importa es que el estudiante aprenda a valorar un texto, a disfrutar de su calidad estética e integrar coherentemente sus contenidos con el resto de su cultura personal? La clase de literatura debería brindar la orientación que el estudiante no encuentra en ninguna otra parte sobre la manera (o las múltiples maneras) de abordar una obra, de sacarle el máximo provecho, de apropiarse de sus riquezas. No importa que se lea el *Quijote* o el último suplemento dominical de *La Opinión*; sí importa que esa lectura sea fecunda, que el texto resulte vital y adecuado a las circunstancias del lector.

Por otra parte, creo necesario aclarar que esta expansión programática que propongo no implica aceptar indiscriminadamente cualquier material como literariamente válido. Uno de los rasgos definitorios de la cultura de masas es para el teórico italiano Dorfles su proclividad a degradar la obra artística sacándola del contexto y convirtiéndola en vehículo de una satisfacción hedonista o de una apelación publicitaria al mayor

consumo⁵. Hay que evitar precisamente esta degradación si queremos salvar a la literatura del colapso. No la favorecen las tiradas espectaculares, si para lograrlas el escritor se prostituye a acomodar su obra a los dictados de una moda que supuestamente demanda el público, pero en realidad controlan y dirigen los zares de la industria cultural. Es importante que los estudiantes adquieran el juicio crítico indispensable para distinguir la obra auténtica de la superchería.

Esto requiere, a su vez, otra explicación, para que no se pueda interpretar como una postura elitista y exquisita. Uno de los más graves males que padece tanto la literatura argentina, en su carácter institucional, como la formación literaria de nuestros lectores, es la persistencia del modelo que repite hasta el agotamiento las pautas aristocratizantes y extranjerizantes que señaló la generación de 1880. Creo que es importante que la escuela abandone la noción elitista de una literatura cuyos productos selectos están destinados al goce de espíritus refinados y minoritarios. Casi dos siglos después de que el romanticismo rompiera todos los moldes de la perfección clásica con su reivindicación de las fuerzas populares en la historia de las naciones, es irrisorio que los latinoamericanos sigamos pendientes de los lauros internacionales y del aplauso de las élites foráneas y sus agentes coloniales para saber cuáles de nuestros autores son dignos de estudio y cuáles no. Para que las clases de literatura se conviertan realmente en una experiencia vital y enriquecedora, profesores y alumnos deberían ponerse de acuerdo sobre los autores que merecen ser leídos, y debatir luego sobre los criterios que conviene adoptar para juzgar un texto literario.

⁵ DORFLES, GILLO: *Símbolo, comunicación y consumo*. Lumen, Barcelona, 1967.

APÉNDICE

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
 ESCUELA SUPERIOR DE PERIODISMO - CÁTEDRA DE LENGUA Y ESTILÍSTICA
 ENCUESTA SOBRE GUSTOS LITERARIOS DE LA JUVENTUD

1. Indicar: a) edad b) sexo c) establecimiento
 2. Opine sobre cinco escritores argentinos que haya leído:

Autor	Obra	Juicio		
		Favor.	Desfav.	Indif.
1				
2				
3				
4				
5				

3. Opine sobre cinco autores extranjeros que haya leído últimamente:

Autor	Obra	Juicio		
		Favor.	Desfav.	Indif.
1				
2				
3				
4				
5				

4. ¿Acostumbra leer novelas semanales, fotonovelas, historietas?

Título	Frecuencia		Juicio		
	Siempre	A veces	Favor.	Desfav.	Indif.
1					
2					
3					
4					
5					

5. ¿Acostumbra leer otro tipo de revistas?

Título	Frecuencia		Juicio		
	Siempre	A veces	Favor.	Desfav.	Indif.
1					
2					
3					
4					
5					

6. ¿Acostumbra leer suplementos literarios de los diarios?

Diario	Frecuencia		Juicio		
	Siempre	A veces	Favor.	Desfav.	Indif.
1					
2					
3					
4					
5					

7. Marque con una cruz sus géneros preferidos de lectura:

- | | |
|---------|------------------------|
| Novelas | Teatro |
| Cuentos | Humorismo |
| Poesía | Crónicas y biografías |
| Ensayos | Materias no literarias |

Si lo desea, puede agregar aquí qué materias no literarias le interesan (p. ej.: historia antigua, temas científicos, política).

8. En la programación de su tiempo libre, ¿qué prioridad tiene la lectura con relación a otras actividades?

Me interesa	Más	Igual	Menos	Que leer
a) Escuchar música o bailar				
b) Ver cine o televisión				
c) Practicar deportes				
(o manejar vehículos)				
d) Conversar con amigos				

9. ¿Con qué frecuencia va al cine? (marque con una cruz)

- Más de tres veces por mes.
- Una o dos veces por mes.
- Sólo a ver películas que me interesen especialmente.

10. ¿Cómo elige las películas? (marque con una cruz):

- Leyendo comentarios periodísticos.
- Por sugerencia de personas conocidas.
- Por mi propia valoración de:
 - Los actores
 - El realizador
 - El tema o género

Si su respuesta entra en el punto c), agregue detrás de la línea de puntos algunos ejemplos de sus preferencias.

11. Juzgue cinco películas que haya visto últimamente:

Titulo	Juicio		
	Favor.	Desfav.	Indif.
1			
2			
3			
4			
5			

12. ¿Con qué frecuencia mira televisión? (marque con una cruz):

- | | | |
|---------------------------------|--|----|
| a) Todos los días | ¿Hay un aparato de televisión
en su casa? | SI |
| b) Dos o tres veces por semana. | | NO |
| c) Excepcionalmente. | | |

13. ¿Qué géneros de programas televisivos prefiere? (marque con una cruz y luego señale detrás de la línea de puntos algunos ejemplos de sus preferencias):

- a) Musicales.
- b) Teleteatros.
- c) Cine o series filmadas.
- d) Periodístico-informativos.
- e) Deportivos.
- f) Humorísticos.
- g) Educativo-culturales.
- h) Entretenimientos.
- i) Otros.

Puede ocupar este espacio si desea ampliar algunos de sus juicios de valor sobre escritores, obras literarias, revistas o películas.



Dibujo para el MARTÍN FIERRO (1962), por *Juan Carlos Castagnino*

La juventud y el amor

ALBERTO GOLDIN

INTRODUCCIÓN

NACIDO EN SANTA FE (San Cristóbal) en 1940. Se graduó en la Facultad de Medicina de Buenos Aires en 1963. Actualmente es jefe de la sección grupos terapéuticos en el Policlínico Gregorio Aráoz Alfaro. Fue ayudante de la cátedra de psiquiatría de la Facultad de Ciencias Médicas de Bs. Aires y actualmente es encargado de docencia y supervisor de médicos residentes (grupos terapéuticos y clínica de adolescentes). Fue secretario científico de la Sociedad Argentina de Psiquiatría y Psicología de la Infancia y la Adolescencia. Secretario del Ateneo Psiquiátrico de Buenos Aires.
PUBLICACIONES: Grupos situacionales; Problemas de aprendizaje en adolescencia; Duelo familiar estructurante de cuadro obsesivo-fóbico en adolescencia; Estructura familiar y patología del carácter; Conceptos derivados de la iniciación de un grupo terapéutico, etcétera.

ES evidente que la magnitud del problema que abarco resultará indudablemente parcializado, recortado dentro de un área específica del conocimiento, lo que, por otra parte, no niega sino complementa un problema que es intersección de lo específicamente humano: el amor. Podrían opinar sobre esto un poeta, un sociólogo, un economista, entre otros, y cada uno de ellos agregará algo y, sin duda, no agotará el conocimiento de aquello que ha preocupado desde siempre a la humanidad y que, por sus caracteres de fijeza y movilidad simultáneas, hacen que un estudio detenido de *Romeo y Julieta*, de Shakespeare, pueda ilustrar tanto —aunque de diferente manera— como una encuesta sobre los valores que predominan en nuestra juventud, en algún barrio de Buenos Aires. Consciente entonces de la dificultad que presenta, abarcaré este desarrollo en forma sintética y tomando en cuenta mi experiencia con numerosos adolescentes que he tenido oportunidad de estudiar o tratar. La manera como lo desarrollaré será referirme, en

primer término, a la historia evolutiva del sentimiento amoroso, para luego relacionarlo con los primeros intentos del adolescente para establecer un vínculo afectivo. Después glosaré las actitudes del adolescente frente al sexo, para ocuparme en seguida de la influencia de las primeras relaciones en el desarrollo del vínculo amoroso. Aquí comentaré la importancia del aspecto físico. Y finalmente he de referirme a la codificación que provee la cultura al adolescente para establecer su vínculo afectivo.

HISTORIA DEL VÍNCULO AMOROSO

Se suele decir que la adolescencia comienza con la ruptura del equilibrio que sustenta el niño en su período la latencia. Según el modelo psicoanalítico¹, el niño establece sus primeras relaciones a través del vínculo predominantemente oral con su madre. El enlace afectivo, vehiculado por la alimentación, provee el primer modelo amoroso del niño con su medio. La boca y el alimento son el sustrato fisiológico de una serie de mecanismos que llenan la vida de fantasía del niño que, en ese momento, es singularmente angustiante y, en esa primera etapa, sus estados anímicos oscilan entre una beatitud idílica y una carencia abismal². El paso del tiempo y su progresiva maduración biológica, lo llevan a privilegiar otras áreas, además de su boca, tales como su zona anal, que funciona como una zona de malestar y gratificación, regulada por los estados de vacío y repleción.

Por último y sin que haya total acuerdo cronológico, el niño en este deambular de su impulso afectivo, llega a ubicar su corriente libidinal en la zona genital. La misma, aun provista de un aparato infantil, no puede llegar sino en forma muy precaria a la gratificación. Esta etapa es denominada fase fálica y equivale a la organización genital infantil. El punto de anclaje de la misma es el órgano genital y atraviesa una etapa de receso, de inhibición instintual, que se denomina período de latencia. Coincide generalmente con la iniciación del colegio primario, o sea, de los 5 a los 10 u 11 años, aproximadamente. La teoría nos explica que al llegar a la etapa fálica el niño se ve impulsado a penetrar fálicamente a la madre y ese impulso se ve amenazado con fantasías de castración³. En este estado, el niño —sea varón o mujer— no reconoce más que un solo órgano geni-

¹ FREUD, S.: *Obras Completas*. "Una teoría sexual. La metamorfosis de la pubertad". Ed. Biblioteca Nueva, pág. 800, vol. I, 1948.

² SEGAL, HANNA: *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Edit. Paidós, pág. 31, 1965.

³ LAPLANCHE ET PONFALIS: *Vocabulaire de la Psychanalyse*, pág. 458 (Stade Phalique), Presse Universitaires de France, 1967.

La juventud y el amor

tal: el masculino, y la oposición de los sexos es equivalente a la oposición derivada de poseer el falo o estar castrado. El desarrollo evolutivo lleva a privilegiar más tarde y merced a una serie de desplazamientos, la distribución erógena diferencial en el hombre y la mujer.

En el hombre, la transición de la etapa fálica a su genitalidad madura surge de la sensación placentera de sus maniobras masturbatorias infantiles. En la mujer, surge de la erotización de la zona vaginal, con resabios de la satisfacción oral y anal con cualidades cavitarias⁴. Asimismo, sigue siendo el órgano masculino el que, por su presencia en el varón y su ausencia en la mujer, actúa como estructurante de la sexualidad para el modelo freudiano.

Correlativa con esta concepción, la pérdida del pene es también la mayor amenaza posible que puede sufrir el individuo y, en la etapa fálica, todos los impulsos derivados de otras zonas erógenas quedan subordinados a la primacía genital, en cuya máxima expresión se ve bruscamente interrumpida (por la amenaza de castración) para ingresar en la latencia.

A lo largo del desarrollo del individuo, el concepto de castración va a explicar uno de sus temores fantasmales que posee cualidades paradójales; implica no sólo la mutilación de un órgano, sino la pérdida de todo lo que se posee con algún valor: la identidad, el trabajo, la capacidad creativa, la potencia, la seguridad, etcétera.

Decía que el concepto es más amplio y paradójal porque, suponiendo que un individuo, por alguna razón, hubiera sufrido una castración real, anatómica, no por ello dejaría de temer la castración ya que aparece como concepto límite que explica, para esta teoría, la presencia de síntomas neuróticos que pueden aparecer en algún momento posterior de la vida.

Esta concepción explica entonces la transición de los impulsos instintivos en su adecuación a la cultura, y se lo conceptualiza como el pasaje del individuo por la situación edípica. Resultante de la misma, el niño ingresa en la etapa de latencia, e incorpora las normas ambientales bajo la forma de lo que se llama el Super-yo: instancia normativa, equivalente al padre, a la cultura, como serie de prohibiciones y, como prototípica de la misma la prohibición del incesto.

Aunque en forma harto sucinta, debo hacer estas especificaciones porque, en rigor, esta evolución no es otra que la de los impulsos afectivos

⁴ STERBA, RICHARD: *Teoría psicoanalítica de la libido*. Edit. Hormé, pág. 79, 1966.

humanos y sólo teniéndolos en cuenta es que podremos entender lo que le sucede al adolescente en sus relaciones afectivas.

Previo a la adolescencia, los vínculos afectivos del niño permiten una elaboración y pequeños desplazamientos de las figuras de la pareja de sus padres. Al llegar a la adolescencia, con el inicio biológico de la pubertad, el joven se ve impulsado por los mismos factores que sucumbieron con el advenimiento de la latencia¹; pasa —señala Freud— por las mismas exigencias que en la primera etapa de su vida, pero a un ritmo más acelerado. Los anteriores modelos biológicos de funcionamiento, son los mismos que ahora aparecen en rasgos de personalidad. La oralidad puede manifestarse tanto como descontrol alimenticio, como bajo la forma de exigencias desmesuradas, o desinterés absoluto, o ambas cosas simultáneamente. Los elementos anales pueden transformarse en un imperativo de orden, o una vocación desmesurada al desorden y, por último, sus impulsos sexuales, ahora ya provistos de un aparato genital maduro, buscan la satisfacción instintiva, tanto en maniobras masturbatorias, como en un creciente interés por los individuos del otro sexo. A raíz del antes citado pasaje por la fase edípica, es que los impulsos sexuales infantiles se han separado en impulsos tiernos y sensuales, los que deberán confluir sobre el mismo objeto para materializar la relación amorosa plena.

No obstante, las cosas no son tan simples, ya que en ese advenimiento a la adultez, en su primer momento, el joven carga a su objeto amoroso con caracteres más propios de su relación infantil con sus padres, que lo que nosotros entendemos como relación adulta.

Según lo desarrollado anteriormente es que podemos comprender, entonces, algunos caracteres de la afectividad que experimenta el adolescente.

Suele ser exigente frente a su pareja o bien, en el primer momento, le atribuye caracteres excepcionales; allí es donde hallamos resabios de su evolución por la etapa oral.

Generalmente se decepciona fácilmente de su objeto amoroso y, en una confusión inicial entre sus impulsos tiernos no sexuales y los sexuales, vividos como capaces de ensuciar o denigrar tanta pureza, rehúsa fantasear sexualmente a su amada. La labilidad del vínculo puede atribuirse al carácter infantil que manifiesta el impulso amoroso en ese momento. Asimismo y en función de hallarse sus sentimientos impregnados de sus impulsos edípicos, un intenso sentimiento amoroso puede rápidamente convertirse en un violento rechazo.

EL ADOLESCENTE Y EL PROBLEMA SEXUAL

En primer lugar describiré el proceso tomando como punto de partida al adolescente.

El ingreso a la heterosexualidad transcurre en una oscilación entre las maniobras masturbatorias y los intentos de inicio de la actividad genital que, de entrada, tiene más cualidades exploratorias que definitivamente procreativas⁵.

La menstruación en la mujer y la polución en el hombre, son los correlatos biológicos sobre los que se asientan estos cambios en la personalidad del adolescente. Asimismo, esta percepción del hecho biológico precipita la necesidad de contacto con el sexo opuesto y agudiza las prohibiciones y tabúes que reinan a este respecto.

Por otra parte y a consecuencia de esto mismo, es que esta edad suele ser el comienzo de perturbaciones neuróticas y psicóticas (neurosis fóbica, obsesiva, esquizofrenia, etc.). Concomitantemente, también suele darse tanto el inicio de la curiosidad por todo aquello referente al sexo, como apasionados enamoramientos con figuras sumamente lejanas e idealizadas. Por lo general, ambas actitudes resultan de la dificultad concreta, que suele darse en este momento, para lograr un acercamiento real al otro sexo, al que se teme y desea intensamente.

Asimismo, el tumultuoso comienzo sexual adolescente suele pasar por juegos o contactos homosexuales⁶, que son rápidamente abandonados en su mayoría y son expresión de factores diversos: se habla de identificaciones perturbadas con los padres (búsqueda de un padre en el varón, fijación a la madre en la mujer), temor de asumir el propio sexo, actitudes exploratorias, etc.⁷. Sólo una pequeña minoría convierte las prácticas homosexuales adolescentes en auténticas perversiones.

LA SOCIEDAD Y EL PROBLEMA SEXUAL

He aquí una circunstancia muy difícil de conceptualizar. Careciendo de cifras estadísticas me referiré al resultado de mi experiencia personal en el tratamiento de jóvenes.

⁵ ABERASTURY, A. Y KNOBEL, M.: *La adolescencia normal*. Edit. Paidós, pág. 74.

⁶ *La nueva sexualidad*. S.I.E.C.U.S. Granica Ed., pág. 25, 1971.

⁷ Idem, pág. 51.

Es dable observar, en primer lugar, el carácter particularmente influenciado por los valores vigentes en cada grupo humano dentro de nuestro medio. Si me viera obligado a una generalización, diría que se observa en los últimos años, sobre todo en los medios de mayor nivel cultural, una declinación de los prejuicios frente al tema sexual y a las relaciones pre-matrimoniales, que rigieron durante muchos años en nuestra sociedad.

Es interesante notar que, a través de una encuesta realizada en los Estados Unidos, Kimsey señala que, a pesar de lo que las apariencias indican que hay mayor *permisividad* en el terreno sexual, esta percepción es errónea, ya que en los últimos cincuenta años el porcentaje de mujeres "no vírgenes" no aumentó considerablemente, cambio que sí se dio en la década del 20. La apariencia de *permisividad* es explicada por el hecho de que se habla más de sexo y, con el crecimiento demográfico, se tiende a pensar que siendo mayor la cantidad de personas que exhiben una "conducta", ésta es indicio de un cambio de actitud general; pero sucede que el hecho de que más personas hagan algo no implica que aumente realmente el porcentaje de individuos que adoptan dicha postura.

En nuestro medio, sin embargo, es más común que una pareja joven tenga menos problemas en desarrollar plenamente su vida sexual y, por lo mismo, ciertos grupos suelen designar como perturbado, o como no natural, la abstinencia sexual dentro de la pareja.

Es ésta una situación difícil de llevar a términos estadísticos, difícil de comprobar cuál es la particular influencia que tienen las creencias, o las diferentes características de las costumbres en cada sub-grupo cultural. Y aquí creo que vale la pena una disquisición acerca del rol del varón y de la mujer.

Una de las múltiples contradicciones que enfrenta el adolescente es que se suele designar como un indicio de prestigio, dentro de su grupo de pares, que el varón haya tenido múltiples experiencias sexuales⁸. Este hecho suele llevar, y lo he comprobado en innumerables casos, a la necesidad del joven tanto a precipitarse a experiencias sexuales, en general mal elaboradas y con caracteres traumáticos, o bien a fabular experiencias que sólo ha vivido en su imaginación y ello como respuesta a esa exigencia social más que a sus necesidades reales.

Otra característica que es dable observar está dada por el doble papel que se le asigna a la mujer, como que debiera satisfacer una contradictoria

⁸ DAVIS, MAXINE: *La sexualidad en la adolescencia*. Edit. Hormé, pág. 191. 1965.

característica, de acuerdo con los valores de su contexto inmediato. Por lo general, la actividad sexual de la joven, si bien —como señalaba antes— tiene un carácter de mayor permisibilidad, debe ser mantenida en mayor reserva. Aún se la vive como cargada de culpabilidad. El joven que insistentemente declama ser libre-pensador por el solo hecho de proclamar que *no le importa* que la mujer haya tenido vida sexual, no puede negar, sin embargo, que le resulta un aspecto digno de ser tenido en cuenta. Cuando las circunstancias le son realmente indiferentes el joven no se ocupa ni por un instante de ellas.

Vale decir que sería inexacto, a mi criterio, que la situación de la mujer y del varón sean simétricas en nuestra sociedad. Más bien existen una serie de valores opuestos que funcionan desde un punto de partida social y que son asumidos, en un sentido positivo o negativo, por los participantes en dicha creencia. O sea que la joven que comulga con dichos principios, y los asume, participa de un cierto sentimiento de decencia tan mítico e inconsistente como aquella otra que reniega de aquéllos y al sentirse pasible de crítica se refirma en su acción repetidamente.

Esta asimetría, señalada como fenómeno que existe en nuestra sociedad, puede ser discutida según el contexto de acción de cada investigador pero, en lo que me baso para hacer dicha afirmación es que para los adolescentes que he podido investigar esta situación adquiriría un carácter dramático. Ser varón experimentado y mujer recatada, funcionan como parámetros de valoración impuestas desde “el afuera”.

Desde nuestra perspectiva, la explicación, además de ser cultural por supuesto, refirma una cualidad del aún adolescente. La idealización con que carga la figura femenina tiene resabios de la imagen sobrevalorada materna y, en última instancia, niega de paso la unión sexual de la pareja de los padres merced a una disociación: lo bueno, sería el amor tierno asexual y, lo malo, aquello que recuerda los aspectos envidiados y atacados de la pareja parental, como lo es su unión sexual. O sea que, por ejemplo, la presencia en la sociedad de la prostitución femenina —y sin negar su origen en factores socio-económicos— refuerza y da carácter de realidad a esta concepción mitológica de la sub-valoración de la mujer como capacitada para mantener libre vida sexual.

Al enfrentarse el adolescente con ese problema, suele manifestar, en el caso de un varón, por ejemplo, que, si bien desea mantener relaciones sexuales con su novia, le desagradaría profundamente que su hermana lo hiciera, o bien se lamenta que, de hacerlo, la chica lo haría luego con

todos los muchachos y que, a la larga y por no poder dejar de hacerlo, se convertiría en una prostituta.

Frente a este punto de partida podríamos cuestionarnos cuál es la actitud más aconsejable para un joven, en el sentido que la apertura a lo sexual no sólo no le cause trastornos, sino que le permita una sólida apertura hacia el mundo adulto. La respuesta de lo que debe hacer sólo es patrimonio de una reflexión sobre sus valores culturales inmediatos, no en el sentido de necesariamente asumirlos sino de conocerlos. Una buena información desmistificada del sexo, una valoración adecuada de sus reales necesidades y, como consecuencia de todo esto, será el propio adolescente quien deberá determinar el momento oportuno de su iniciación sexual. Una actitud *a-priori* desprejuiciada puede ser tan malsana como su contraria.

IMPORTANCIA DEL ASPECTO FÍSICO

La presencia o ausencia de atractivos en los jóvenes de ambos sexos tiene una importancia enorme que, si bien desde una visión adultomórfica pierde significación, tiene un carácter fundamental en el transcurrir de la adolescencia. Ser alto o bajo, rubio o morocho, con tal o cual rasgo atractivo o rechazable, adquiere una vigencia dramática.

Este hecho tiene una doble inserción: por un lado, los valores que la sociedad dedica a través de los astros o estrellas de moda, la propaganda que "vende" un tipo de belleza y reniega de otra, puede ser el vector social del éxito en este plano, en tanto que, desde la perspectiva psicológica, el atractivo es equiparable a poseer una potencia sexual y psíquica y, la falta de la misma, corrobora las fantasías de carecer de potencia por sentir que se la ha arruinado (y aquí cobran valor las ideas ligadas a la masturbación, generalmente promotoras de fuertes sentimientos de culpabilidad).

Asimismo, el carácter subjetivo del concepto de "atracción" posibilita que dificultades neuróticas inhiban, mediante actitudes no atractivas, a un individuo bien dotado en el plano físico.

PRIMERAS RELACIONES Y VÍNCULO AMOROSO

En tanto el sentimiento amoroso es una síntesis de todas las experiencias previas del individuo, el mismo adquirirá las características impresas por dichas experiencias.

Un término que permite hallar el punto de contacto entre lo pasado y lo presente es el de "identificación". Por el mismo, se comprende la tendencia del individuo a asumir (o específicamente negar) las cualidades de aquellas personas u objetos que han estado en contacto con él a lo largo de su vida. Por ejemplo, el joven que ha vivido la experiencia que entre sus padres existía una fuerte dependencia de uno hacia el otro, es más probable que en su vínculo amoroso reproduzca esa característica, sea en el rol de depender de su "partenaire" o, al contrario, haciéndolo depender de él hasta en las cosas ínfimas.

En un caso real, de una joven que había sido separada de sus padres prematuramente y criada en una institución, se ubicaba tan lejos de sus pretendientes que nunca pudo materializar una pareja, pese a poseer atractivos y condiciones que no correspondían con esa situación, en razón de haber identificado su propia capacidad de amar con la pareja de sus padres, generando una enorme distancia entre ella y sus festejantes. Con esto refiero, sin darle un carácter causalista, ya que influyen también otros factores, que es la identificación y los caracteres de la misma un elemento que permite explicar tanto la presencia o ausencia del vínculo amoroso como los caracteres del mismo.

EL AMOR Y EL MITO DEL AMOR

Quizás sea el amor uno de los sentimientos con el que más ha especulado la industria de la información masiva; me refiero a las revistas, novelas de calidad dudosa, el cine, la televisión, etc. Esta "culturalización" del sentimiento que, quizás más que ningún otro, sólo es verdadero cuando es propio y definitivamente personal, es contradictorio con el hecho de que el joven ya encuentra ritualizadas las formas en que debe producirse y, al respecto, existe en nuestra sociedad un código que le es imperdonable desconocer.

Al igual que el lenguaje, que supone la presencia de otros que compartan la regla de su uso, sucede algo similar en términos del afecto. Me parece, a este respecto, interesante un relato de un investigador norteamericano, que pone énfasis en este aspecto de la codificación afectiva, y que transcribo a continuación: "Durante la Segunda Guerra Mundial, los soldados norteamericanos destinados en Inglaterra, consideraban que las muchachas inglesas eran sexualmente de muy fácil acceso. Curiosamente, las muchachas, por su parte, compartían la imagen de que los soldados eran excesivamente audaces, directos y sin delicadeza sexual. Un estudio antro-

pológico-cultural reveló, por fin, que en ambas culturas la conducta de apareamiento, desde el primer encuentro hasta la consumación del acto sexual, pasa por aproximadamente treinta etapas distintas, pero que la sucesión de ellas no es la misma en las dos culturas. Así, mientras que en los Estados Unidos el beso es un fenómeno relativamente temprano (perteneciente, digamos, al paso 5), en Inglaterra es un acto reservado a las últimas fases (digamos, al paso 25). Es importantísimo tener presente que estas etapas, estas reglas culturales de conducta, son de naturaleza completamente inconsciente. Siendo así, no es difícil imaginarse que en el momento en que el soldado sentía que había llegado el punto de besar a su muchacha, ella se encontraba confusa frente a un comportamiento que, según sus propias reglas culturales (¡inconscientes!), no correspondía en modo alguno a esa fase tan temprana de la relación. Además de sentirse vagamente engañada veinte grados de lo que según su orientación cultural era el comportamiento 'justo', tenía que decidir si quería romper la relación en este punto o, teniendo en cuenta que del grado 25 hay tan sólo 5 pasos más hasta el grado 30, empezar a desvestirse. Si esto ocurría, el soldado se encontraba frente a una conducta para él inesperada y carente de pudor." (PAUL WATZLAWICK: *Acta*, 1969, 15, 336.)

Traigo este ejemplo para ilustrar ese complejo código imperante en las relaciones entre jóvenes. En nuestro medio, un conocimiento de la pareja en la calle tiene, por lo general, un destino muy diferente que el conocimiento en una fiesta, o mediante una presentación formal. En ambos casos, la situación codifica las actitudes que ambos participantes habrán de mantener en su relación.

Cabe señalar que la edad en sí misma ya contextúa el carácter de la relación; en las parejas que se inician a los 13 años, ambos integrantes participan de la convicción que la misma no es "seria", que sólo puede esperarse una participación conjunta en alguna salida, algún toqueteo en alguna reunión y, lo más probable, es que ambos se olviden del asunto a la semana. A los 16 sucede lo mismo pero de forma más atenuada. De 18 a 20 años en el varón y de 17 a 19 años en la mujer, las relaciones, en cambio, guardan más los caracteres que los adultos consignan como capaces de trascender a una relación definitiva. Este elemento comunicacional sustituye un código que sólo parcialmente es conocido por los participantes de dicha interacción y genera una serie de mitos acerca de lo que se puede esperar de la relación de pareja. Esta variante costumbrista, que indica lo bueno y lo malo, lo que se puede y no se puede hacer, suele tener más peso que lo que el joven desea realmente realizar. He comprobado que a los varones en adolescencia temprana les era más importante

La juventud y el amor

tener con quien salir y verificar que tenía éxito, que el hecho mismo de la joven que lo acompañara, que era un elemento secundario. O sea que el elemento prestigiante de una salida se orientaba más hacia sus amigos que hacia la joven que, por otra parte, seguramente compartía una situación similar. En la primera adolescencia, este carácter lúdico de la relación va progresando en el tiempo hacia una creciente discriminación del objeto, que es concomitante con una mejor percepción de sí mismo.

Asimismo, la cualidad de la relación presenta variantes en cada estrato socio-cultural. El hecho de que en nuestra sociedad las parejas definitivas se consolidan en una etapa relativamente tardía deja un lapso considerable para el juego de acierto y error, que se ha conceptualizado como "moratoria psico-social" y que tendría el valor de un tiempo que la sociedad destina al aprendizaje del joven para la asunción de la vida adulta.

Así como señalábamos la importancia que tiene para el joven el distanciarse en su vínculo amoroso de su núcleo familiar es, en ocasiones, la familia la portadora de los códigos que reglamenta cuándo y cómo él, o más frecuentemente la joven, habrá de materializar su pareja. Codifica, entonces, cuándo es el momento en que el adolescente está maduro para entrar a la vida afectiva, cómo tiene que comportarse el novio, cuáles deben ser sus características y, por lo general, los patrones de medida se han tomado de la historia del propio núcleo familiar, designado como patrón de justeza y moralidad. Hacer algo diferente de lo así estipulado lleva a precipitar fuertes conflictos familiares e intrapsíquicos del joven en cuestión.

Esta actitud contradice el aspecto potencialmente más rico del adolescente, que es cuestionar a las generaciones precedentes y, sólo al así hacerlo, adquirir su real identidad.

Sólo mencionaré un aspecto de nuestra cuestión, que en la Argentina no ha trascendido excesivamente. Nos llegan ecos e información de Europa y los Estados Unidos⁹ sobre las nuevas modalidades en relación a las pautas de relación afectiva y sexual. Me refiero a las comunidades "hippies", a la explosión de la pornografía, a los matrimonios compartidos, etc., que cuestionan de base el modelo monogámico de relación humana. Lo novedoso del fenómeno y la multiplicidad de factores intervinientes (económicos, sociales, políticos, etc.), hace que resulte difícil una ajustada opinión sobre el tema. Quizás en los próximos años asistamos en nuestro país a algún cambio similar, y ello no haría sino confirmar la perma-

⁹ *La sociedad del adulterio*. Granica Editor, pág. 69, 1971.

nente búsqueda, acertada o errónea, de los jóvenes, a romper las pautas que rigieron la vida de sus antepasados, en una sociedad en permanente cambio, acuciada por nuevos y viejos problemas para los cuales las generaciones precedentes intentaron y consiguieron otros cambios que, en su momento, fueron tan revolucionarios como éstos que, a juzgar por las apariencias, se avecinan para nuestro mundo de hoy.

TERCERA PARTE

LA JUVENTUD Y LA CONDUCTA DESVIADA

1. TOXICOMANÍA JUVENIL

por la Psic. ESTELA M. WAISMAN

2. DELINCUENCIA JUVENIL

por el Dr. CARLOS A. DE PIERRIS

Toxicomanía juvenil

ESTELA M. WAISMAN

“Cada uno de nuestros hijos puede cambiar en forma desgraciada si llega a entrar en tan triste consumo (las drogas), para lo cual nuestro medio social ofrece oportunidades en número creciente.”

JORGE R. MORAS MOM, *Juez de Instrucción de Menores* (Buenos Aires).

INTRODUCCIÓN

NACIDA EN BS. AIRES. Licenciada en psicología en la Facultad de Filosofía de Buenos Aires en 1963, se graduó posteriormente de profesora en la misma materia. Ha sido auxiliar docente en la cátedra de psicología general de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente es profesora adjunta de psicopedagogía asistencial en la Escuela de Asistentes Sociales de la Facultad de Derecho de Buenos Aires. Es psicólogo clínico del servicio de neurología y psicopatología del Policlínico “Gregorio Aráoz Alfaro” (Departamento de adolescentes). Es autora de veinte trabajos, entre ellos dos sobre drogadicción en adolescentes presentados en el Congreso de Psicología y Psiquiatría Infanto Juvenil (Bs. Aires, octubre 1971). Ha participado en cinco cursos para auxiliares de psiquiatría, médicos y residentes. Ha dado diversas conferencias.

EL campo de la psicopatología infanto-juvenil se extiende desde la temprana infancia hasta la edad adulta. En este marco amplio y polimorfo ubicamos el estudio de la adolescencia. La adolescencia abarca un período de alrededor de diez años en la vida de un individuo; comienza a los 11-12 años con los cambios psicobiológicos de la pubertad y continúa manifestándose, luego que los mismos se han instalado, a través de una problemática y una sintomatología multifacética hasta los veinte años aproximadamente, en que el individuo entra en la adultez. Estas edades son variables desde el punto de vista interindividual, así como intercultural. No es tarea fácil, pues, delimitar lo que se puede considerar normal en este período; es decir, que la palabra “normalidad”, en el sentido de grados de desequilibrio emocional interno, implica una calibración muy sutil y rebasa el límite de las connotaciones que parecen claras al aplicarlas a otras etapas de la existencia individual. Es normal que ésta sea para el joven una época de exaltación, de bús-

queda y de cambios, entusiasta, idealista, inquieta, rebelde, innovadora y turbulenta. Y es normal que dentro de este ámbito se presenten una serie de conductas sintomáticas que no hacen más que expresar el momento de crisis vital por el que pasa el sujeto en el camino hacia sí mismo, hacia la acabada conciencia de sus motivaciones, de sus necesidades y de los medios de que dispone para satisfacerlas, hacia el descubrimiento y reafirmación de su identidad interna, hacia el despliegue total de todas sus capacidades vitales, afectivas e intelectuales.

La adolescencia presenta, entonces, una serie de conductas o modalidades que son características del período evolutivo en el cual aparecen y transcurren y que ayudan de alguna manera a definirlo, limitarlo y diferenciarlo de otros.

El grado de desvío o anormalidad de la conducta estará determinado por la *plasticidad* de la personalidad del sujeto para no quedar estacionado en esas conductas, sino para evolucionar hacia otras más genuinas y adaptadas.

CAUSAS DE LA DESADAPTACIÓN DE LA CONDUCTA

Uno de los pasos para superar estos problemas consiste en la búsqueda de reconocimiento social "porque es de gran importancia para la formación del joven que encuentre respuesta y que se le dé estado y función como persona cuyas transformaciones y cuyo crecimiento gradual tienen sentido, para aquellos que comienzan a tener sentido para él"¹.

El desarrollo biológico que señala la transición de niño a adolescente es un fenómeno universal, pero el medio ambiente en que estos cambios acontecen le va a asignar una tónica peculiar y típica.

El adolescente que se enfrenta con su propio crecimiento debe superar situaciones de tensión interna, producida por los cambios puberales que demandan un nuevo estilo de satisfacciones emocionales y afectivas; y de tensión externa, producida por los choques con los que lo rodean. Estas situaciones, aun siendo por lo general fuentes de conflicto, sirven para foguear y fortalecer el Yo frente a las exigencias del mundo externo y son mojones que marcan las sucesivas etapas del proceso. Es la repetición del acto del nacimiento, pero esta vez con un protagonista más consciente de sus propias actitudes y de sus deseos de liberación. Esta tarea no es fácil y a veces el medio se opone ofreciendo resistencia a esta pugna o pretende

Toxicomanía juvenil

acelerar el proceso mediante exigencias indebidamente desmesuradas o prematuras.

Lowenfeld² sostiene que muchas veces “la sociedad desaprovecha las cualidades de los adolescentes y al hacerlo se priva a sí misma de una fuerza esencial y crea una situación en la que esa fuerza no podrá ser aplicada debidamente”. El entusiasmo, el sentimiento del poder, el deseo de sobresalir y destacarse y el idealismo con que se manifiesta el adolescente, es desestimado por la sociedad, que lo considera anormal, perjudicial, nocivo o excesivo en vez de considerarlo como la expresión de una fuente de energía que requiere posibilidades de satisfacción, descarga y canalización. El adolescente, desoído o burlado por los adultos, busca en el grupo de pares no sólo apoyo y confianza, sino la posibilidad de dar salida a estos nuevos impulsos y tendencias que lo desbordan.

Por otra parte, llega a esta etapa, con su bagaje de experiencias infantiles. Una infancia feliz y relativamente libre de conflictos es el primer paso para una adolescencia sana. Pero cuanto menos satisfactorias hayan sido las experiencias, cuanto más duros hayan sido los problemas y las carencias de la infancia, las dudas y las contradicciones irán en aumento; el campo de conflicto se hará más amplio, fomentando situaciones confusas, llegando a constituir verdaderos cuadros psicopatológicos. Por lo tanto, estas situaciones son vividas con intensidad diversa según el equilibrio emocional y afectivo que el joven traiga de su reciente infancia. Además, está íntimamente ligado a lo actual, particularmente a las relaciones con las figuras parentales, los amigos y otros miembros de la sociedad, generando muchas veces una situación de lucha entre el individuo y la sociedad donde el sujeto se ve envuelto, arrastrado y finalmente comprometido por una realidad social.

Su constante búsqueda de sí lo lleva a alejarse de su hogar e ingresa de tal modo en diversos círculos, explorando con curiosidad e inquietud un mundo que sospecha lleno de inesperadas experiencias.

El alejamiento de la familia se debe también a otros factores, entre ellos, el sentimiento de que sus padres no comparten con él su nuevo “status”; a veces se siente criticado, humillado y empequeñecido ante sus consejos, dolorido ante sus recriminaciones y desconcertado cuando es ignorado. No puede admitir la crítica, le cuesta reconocer sus errores y su susceptibilidad va en aumento.

Por otra parte, los padres lo tratan a veces como a un niño que no sabe razonar y lo reprueban, y otras veces le exigen una sobrada conducta adulta. Finalmente, el joven percibe “un enigma transportado a través de

múltiples mensajes contradictorios de que cuando llegue el momento de los cambios generacionales, la generación previa se opondrá al avance de la generación siguiente”³.

Los jóvenes que viven en el seno de una sociedad que los respeta y les ofrece suficientes oportunidades no presentan más trastornos afectivos que los que puedan considerarse normales a esa edad y acaban por convertirse en adultos perfectamente equilibrados.

Pero cuando el adolescente se enfrenta con este período en una situación de carencia o no encuentra repercusión adecuada para sus anhelos y sus inquietudes, no estará debidamente preparado para tolerar los altibajos y las frustraciones de la adolescencia y tratará de evitarlas por todos los medios a su alcance. Puede huir de la realidad y refugiarse total y parcialmente en el terreno de la fantasía, configurando un cuadro psicótico; puede hallar en los mecanismos defensivos de una neurosis la salida para preservar su “Yo” de la aniquilación o puede actuar sus impulsos psicopáticamente, tratando de proyectar vengativamente sobre la sociedad o sobre sí mismo su disconformismo y privaciones, convirtiéndose en un sujeto marginado y antisocial, volcándose a la delincuencia, la prostitución o las drogas y asumiendo mediante estas “conductas desviadas” una identidad de la que se vio privado por falta de condiciones adecuadas. Otra forma de conducta desviada es el alcoholismo, pero éste está muy lejos de ser común en nuestra juventud (más bien se da en edades medias de la vida), al punto que en el Servicio de Psicoptología y Neurología del Policlínico “Dr. Gregorio Aráoz Alfaro” (Lanús, provincia de Buenos Aires) —en el que trabajamos— se ha visto un solo caso en estos dos últimos años, a pesar de que en él se atienden veinticinco adolescentes nuevos por semana.

No está demás agregar que la desintegración familiar y la miseria socioeconómica y espiritual en que viven algunos sectores de la sociedad contribuye en gran medida al desencadenamiento de estas situaciones. Si tenemos en cuenta que, según cifras estadísticas, el 40 % de la población del mundo está constituida por menores de quince años, tendremos los datos precisos para ubicarnos debidamente ante el problema de la “explosión juvenil”. Un ejemplo de esto son los “hippies” y los “yippies”, que aparecieron como respuesta a un fenómeno social, cultural y político. Son el fruto indiscutible de una realidad social. Igualmente los desórdenes estudiantiles, las canciones de protesta, la literatura y la poesía de las jóvenes generaciones, expresan, aunque por medios diferentes, la inseguridad que hoy preside la vida de la juventud, inseguridad que ya abriga su familia; y la incapacidad para prever el futuro, así como la imposibilidad de postergar las crecientes necesidades y solicitudes del presente.

Toxicomanía juvenil

Por limitaciones lógicas, no podemos analizar en este trabajo todos los tipos de conducta antisocial que asume la juventud. Nos referiremos, por lo tanto, al aspecto relacionado con el consumo de drogas y a sus características peculiares.

ENFOQUE PSICOLÓGICO: LA PERSONALIDAD DEL ADICTO

La personalidad del *adicto* ha sido objeto de estudio desde hace muchos años, especialmente desde el punto de vista psicoanalítico. Para sólo mencionar algunos de los aportes, cabe recordar a Rado ⁴, Benedek ⁵, Glover ⁶, Fenichel ⁷, Rosenfeld ⁸, Savitt ⁹ y, en nuestro medio, Liberman ¹⁰.

Fenichel ⁷ ubica la adicción a las drogas dentro del terreno de las perversiones. Señala con acierto que "el origen y naturaleza de la adicción no reside en el efecto químico de la droga, sino, en la estructura psicológica del paciente."

Glover ⁶ sostiene que las *adicciones* son estados transicionales malignos entre las psiconeurosis y las psicosis y no las considera como una entidad nosológica sino como un cuadro sintomático que puede incluirse dentro de variados cuadros psíquicos.

Como el rasgo común de los procesos de adicción es la impulsividad, algunos autores los incluyen entre los trastornos del impulso.

Todos los adictos se quejan de sentimientos de insatisfacción, malestar interior, imposibilidad de ser felices, de encontrar una pareja adecuada y de encontrar un placer cualquiera en la existencia. Las "verdades" tradicionales no los satisfacen y buscan a través de la droga experimentar cosas diferentes, tales como aclarar las ideas, pensar con más lucidez o desarrollar poderes creativos. La incapacidad de amar y la ambivalencia de sentimientos altera permanentemente las relaciones del sujeto con la sociedad y hace de ésta el objeto de su encono y desagrado. Todos creen saber con certeza lo que quieren, la mayoría no se considera enferma; consultan por otros motivos, colocando a la adicción en un plano secundario, asegurando que ellos podrán suprimir la droga en cuanto se lo propongan. No tienen un proyecto de vida y se solazan en fantasías utópicas de un mundo mejor que no intentan construir.

El objeto del uso de la droga consiste en proporcionar un medio rápido y efectivo para liberar al sujeto de situaciones donde la tensión se vuelve insoportable, siendo imperiosa la necesidad de controlarla.

Las primeras experiencias con su madre no le han proporcionado más que frustraciones, comprobando así que todos los estímulos provenientes

del medio ambiente no eran sino otros tantos portadores de sensaciones displacenteras.

La carencia de afecto materno está en el ápice de la personalidad de los adictos; todos presentan núcleos familiares desintegrados o constituidos sobre bases débiles; la figura paterna está ausente o presenta problemas patológicos.

En el Departamento de Adolescentes del Policlínico "Gregorio Aráoz Alfaro", de Lanús (provincia de Buenos Aires) hemos podido estudiar a fondo la personalidad y características del núcleo familiar de adolescentes drogadictos, de los que incluimos aquí, a modo de ejemplo, una serie de nueve casos, cuyas edades oscilan entre 15 y 20 años. Sumariamente, podemos señalar los siguientes datos:

Caso	Sexo	Edad	Grupo familiar	Adicción
1	M	19	Padre fallecido hace 5 años, estafador y jugador empedernido. Madre ambivalente.	Anfetaminas, marihuana y otras.
2	M	18	Padre fallecido hace tres años. Hermano de 21 años, adicto temporalmente. Madre esquizoide, blanda.	Anfetaminas, marihuana y otras.
3	M	19	Padre alcoholista y esquizofrénico. Un hermano de 11 años oligofrénico. Madre débil.	Anfetaminas, marihuana, LSD y otras.
4	F	18	Padre fallecido hace cuatro años. Una hermana toma anfetaminas para adelgazar. Madre despreocupada y ausente.	Anfetaminas
5	M	15	Padre hemipléjico. Madre hiperansiosa y sobreproectora. Paciente con psicosis anfetamínica.	Anfetaminas, marihuana y otras.
6	M	20	Padres separados hace once años. Vive con la abuela materna. Madre complaciente y débil. Padre ausente. Paciente homosexual.	Anfetaminas, marihuana y otras.
7	F	19	Padre preocupado por el problema. Madre no colabora. Paciente presenta episodios de promiscuidad sexual.	Anfetaminas, marihuana
8	F	17	Padre débil de carácter. Madre ambivalente.	Anfetaminas
9	M	16	Padre fallecido hace siete meses. Madre prostituida. Vive con una tía. Ha escapado varias veces de la casa.	Marihuana, LSD

Toxicomanía juvenil

En un estudio realizado sobre el protocolo del Psicodiagnóstico de Rorschach de estos paciente pudimos comprobar¹¹ que presentaban una serie de rasgos en común:

1. *Capacidad intelectual*: En el 100 % de los casos, inteligencia superior al término medio; pero con cierta imprecisión en los procesos asociativos, y disminución de la capacidad de concentración, atención y constancia. Sobre ese alto potencial intelectual, se observan rasgos de deterioro. Los pacientes no se hallan en condiciones de explotar todas sus condiciones, sino que un 25 a 30 % de su capacidad se encuentra aletargado o inutilizado*. Su índice de ambiciones intelectuales es inferior al esperado para su edad.

2. *Capacidad afectiva*: Se observa dependencia excesiva en los afectos lo cual implica un manejo inmaduro e insatisfactorio de los mismos. Necesidad de gratificación inmediata de los deseos y de las pulsiones instintivas. Resolución impostergable de las tensiones corporales. Regresión a la fase oral de la sexualidad y, a veces, al estadio fetal.

3. *Adaptación social*: Estos pacientes están excesivamente expuestos a los estímulos del medio ambiente, pudiendo abrirse a los mismos sin discriminación alguna siempre que impliquen una gratificación inmediata. Ello favorece la aparición posterior de conductas inadaptadas como delincuencia, promiscuidad sexual, etc. Y es un mal índice pronóstico para la psicoterapia. Se observan dificultades para realizar empresas de índole constructivo. (La mayoría de los sujetos habían fracasado en los estudios y eran inestables en sus trabajos).

Rasgos de inseguridad, desconfianza hacia los adultos y escasa capacidad yoica, con defensas poco y mal estructuradas; la falta de elementos que hablen a favor de la existencia de sentimientos de culpa, indican condiciones psicópaticas de la conducta.

Conclusiones: Coincidimos con la tesis de Glover de que las adicciones son estados transicionales malignos entre las psiconeurosis y las psicosis. En efecto, se trata de pacientes "borderlines", con tendencia a las actuaciones psicopáticas, falta de "insight" (capacidad de introspección), dependencia en los afectos, mala integración social, y fracaso en los mecanismos de sublimación de las tendencias instintivas.

Al margen de esto, cabe consignar que todo adicto es un adictor en potencia; permanentemente busca nuevos aliados para su causa. Todo joven

* Nos fue dable comprobar una vez más que el consumo de la droga no aumenta la claridad perceptiva, la agilidad mental, ni facilita la proliferación de la fantasía.

que entra en relación con un adicto, termina tarde o temprano consumiendo la droga que éste permanentemente le ofrece en forma seductora, y que parece ser un extraordinario sustituto de la realidad, que alivia los pesares y las tensiones.

Muchos comienzan "para probar", "por curiosidad" o "para experimentar algo diferente", poco a poco su personalidad se va desintegrando, el prisma de los valores personales se trastoca, todo comienza a perder su trascendencia vital; prevalecen las necesidades del fármaco; comer, dormir y satisfacer la sexualidad son elementos secundarios y molestos. La familia, la pareja, el estudio y el trabajo se van empequeñeciendo hasta desaparecer de la mente del adicto, que sólo atiende a sus exigencias internas de aumentar la dosis que ya no es suficiente y a las externas de obtener esas dosis. Es exactamente en este momento, cuando el adicto adquiere para la sociedad su mayor peligrosidad y su agresividad sale a flote destructivamente. La falta de la dosis apetecida lo convierte en un individuo descontrolado que puede poner en serio peligro su vida y la de los que lo rodean.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LAS DROGAS

La falta de fiscalización en la venta de medicamentos y el fracaso del control del tráfico ilegal, hace que los jóvenes tengan fácil acceso a una gran variedad de drogas.

En la escala mundial, la Oficina de Narcóticos de los EE.UU. señala los crecientes estragos de la marihuana en ese país. Por otro lado, conocemos el grave problema que implica el consumo de la heroína.

Sin embargo, la marihuana es la droga que parece estar sobre el tapete en este momento.

En la Primera Conferencia del Opio, en 1912, se planteó la necesidad de estudiar el cáñamo índico; Sudáfrica propuso en 1923 la inclusión del cáñamo índico en la Convención Internacional como droga formadora de hábito. En 1935, el Comité Asesor de la OMS revisó la situación; en ese entonces, un informe proveniente de los EE.UU, se refería al uso habitual de la marihuana y "la alarmante influencia de la adicción del cáñamo índico sobre el aumento de la criminalidad".

La Comisión reiteró en 1961 que el abuso de la cannabis (marihuana) era una forma de adicción a las drogas, como respuesta a una afirmación de la prensa holandesa que manifestaba que esta adicción no era peor

Toxicomanía juvenil

que el alcoholismo. Pero es que el alcoholismo también es una adicción, y así lo considera la Organización Mundial de la Salud.

Finalmente, en su informe de 1967 el Comité Central Permanente de Estupefacientes, si bien manifestaba que disponía de menor información sobre la cannabis que sobre cualquier otra sustancia sometida a fiscalización internacional, reiteró su adhesión a la decisión de la Conferencia de 1961 de incluir en la Convención Unica la *prohibición de producir, distribuir y consumir cannabis*, incluso para fines médicos. (Ya en 1954 la Comisión había establecido que la cannabis no tenía utilidad médica).

En el II Congreso Argentino de Psicología Infanto-Juvenil (Buenos Aires, 1971) el Dr. Herman Bleiweiss, Jefe del Laboratorio de Genética Médica del Instituto de Salud Mental, destacó que estaban fehacientemente comprobados los efectos nocivos de la marihuana, el LSD y el alcohol, como agentes productores de rupturas cromosómicas. Por otro lado, ya es conocida la acción de las drogas sobre la desintegración de la personalidad: la intoxicación con anfetaminas, provoca psicosis anfetamínicas y el empleo reiterado del LSD, psicosis esquizofrénicas.

EL ENFOQUE PSICOSOCIAL

En 1346, el rey Eduardo II de Inglaterra confió el mando de la vanguardia de su ejército a su primogénico, el Príncipe Negro, que sólo tenía dieciséis años. El rey rechazó a un mensajero que temía por la vida de su hijo con las siguientes palabras: "No vuelvas aquí mientras mi hijo esté vivo. Dejadle ganar por sí mismo las espuelas que calza." Y el joven príncipe vivió lo suficiente para llegar a ser un famoso guerrero y un gran estadista.

En el siglo XVI Marie Angélique Arnauld fue nombrada a los once años abadesa del convento Port Royal de París. A los diecisiete años, la joven superiora reformó la vida conventual e inició así uno de los movimientos religiosos más importantes de la época.

Juana de Arco, "la doncella de Orleáns", luchó contra los ingleses, libertó a Orleáns asediada por éstos, e hizo consagrar a Carlos VII en la Catedral de Reims. Tenía sólo diecinueve años cuando sus enemigos, los ingleses, la quemaron viva en Ruán, acusada de herejía.

Y éstos son sólo algunos ejemplos de lo que los jóvenes pueden hacer

cuando tienen la oportunidad de canalizar su entusiasmo, su idealismo y su generosidad en beneficio de la sociedad que los engendra.

El joven de hoy también necesita y espera su oportunidad. No de ser un héroe, sino de ser un hombre. ¿Qué le brinda la sociedad para alentarlo? En los Estados Unidos, por ejemplo, las tensiones internas, los problemas sociales y las guerras impopulares, atentan contra el buen desarrollo del adolescente. Aun a pesar de tal estado de cosas se le exige que se adapte a tales condiciones, que crezca, que se haga hombre y que asuma sus responsabilidades en medio de tal confusión de pautas y mensajes. No se le da el tiempo suficiente para analizar y reflexionar. Rolla³ dice que “lo que debería ser considerado como uno de los elementos esenciales de las necesidades de un joven, cual es el aprendizaje de la demora en la acción y del logro del control de su equilibrio afectivo, es enfrentado frecuentemente con la insistencia del apuro para que un adolescente capte cuáles son los elementos que los adultos consideran índices de la marcha del aprendizaje hacia la adultez” . . . “los adultos se empeñan en que el adolescente aprenda a ser adulto y no toleran que un adolescente aprenda a ser adolescente”.

Erikson¹, emplea el concepto de “moratoria social” para denominar este período variable que el adolescente necesita para adaptarse y adquirir su identidad interna.

Redl¹² dice: “Nuestros jóvenes se hallan frente a una moratoria sin oxígeno porque la sociedad mantiene frente a ellos una actitud negativa o todo lo más, pasivamente tolerante, que frena la plena realización y el entusiasmo del adolescente”.

Esta “moratoria sin oxígeno” es lo que lleva al joven a adoptar conductas escapistas que se expresan por distintos medios de evasión. Las drogas son sólo un camino. Y con el producto de una personalidad premórbida predispuesta en su confluencia con una condición socio-cultural negativa y adversa.

Levy¹³ dice que, mediante las drogas, el joven logra: a) escapar de un ambiente externo deprimente; b) conseguir un alivio mágico sin esfuerzos, y c) mantener una pseudoseguridad al sentir que pertenece a un grupo.

El núcleo básico de la sociedad es la familia. En la sociedad actual, la subsistencia de la célula familiar se ve peligrosamente amenazada. Cuando falta uno de los progenitores o los dos se ven obligados a salir a trabajar para mantener el hogar; cuando los padres tienen importantes obliga-

Toxicomanía juvenil

ciones por el trabajo o la profesión que los mantienen muchas horas fuera de casa; cuando la vida social los absorbe impidiéndoles compartir los momentos de intimidad junto a sus hijos, éstos se ven librados a sus propias necesidades. La vida actual envuelve a todos los integrantes de la sociedad en la alienación moral y económica, en la sobrevaloración del tiempo y del dinero.

Así, la tónica de la unidad familiar ha disminuido notablemente, la autoridad de los padres ha sido delegada en terceras personas, el valor de la permisividad ha aumentado, y los límites casi han desaparecido, el respeto por las normas y pautas socialmente adquiridas ha disminuido, y el éxito económico es considerado un privilegio largamente añorado.

Es evidente que en estas condiciones las estructuras de la sociedad actual se muestran insuficientes para dar cabida a la inseguridad que despierta el estar inserto en ella.

Para que los adolescentes puedan ver con claridad dentro de esta situación, es preciso también que los adultos los sepamos orientar, guiar, y les demos un lugar en la sociedad. Y si esa sociedad está perimida, los nuevos valores tienen que ser producto de la interacción de *todos* los que la integramos. También para los adultos ha llegado el momento de asumir estas responsabilidades.

EL PROBLEMA EN NUESTRO PAÍS

El problema del consumo de drogas en nuestro país aún no ha sido claramente delimitado. Existen pocas cifras estadísticas, sobre muestras muy reducidas. Hasta hace muy poco tiempo, las autoridades no parecían haber tomado una posición definida frente al mismo. En cuanto a los profesionales especializados y los servicios hospitalarios, sólo tenían conocimiento de casos aislados.

Hoy estamos en condiciones de alarmarnos. El problema ha tomado estado público; la prensa se ocupa del mismo cada vez en mayor escala y con mayores detalles, y hasta ahora el grueso de la labor ha permanecido en manos del organismo policial ejerciendo el control sobre el tráfico ilegal y deteniendo a los consumidores en la búsqueda de los traficantes **.

** Durante el verano 1971/72 la policía detuvo en el Gran Buenos Aires, Córdoba y Mar del Plata a numerosos jóvenes, cuyas edades oscilaban entre los 15 y 25 años, consumidores de psicofármacos y marihuana. Y asimismo a traficantes y distribuidores de drogas que actúan, preferentemente, en centros nocturnos de diversión y lugares de veraneo. También se descubrieron en diversos lugares de la provincia de Buenos Aires plantaciones de marihuana disimuladas por algunos surcos de maíz.

No me refiero, por supuesto, al problema de la cocaína, a pesar de que, según las informaciones de la Oficina de Narcóticos de Estados Unidos, las últimas estadísticas establecen que cincuenta mil argentinos consumen *habitualmente* hojas de coca. Por razones que no he podido establecer con claridad, el Consejo de las Naciones aprobó este consumo para la zona noroeste de nuestro país y sus limítrofes.

Las drogas que está empleando nuestra juventud, y cada vez en escala creciente, son las *anfetaminas*, la *marihuana* y el *ácido lisérgico* (LSD).

En el Primer Congreso Panamericano de Farmacología, realizado en junio del presente año, se informó que el consumo de drogas se había incrementado en un 400 % en el curso de los últimos seis meses.

El 12 de setiembre de este año los diarios de Buenos Aires publicaron un llamamiento del Juez de Instrucción de Menores Jorge R. Moras Mom a las autoridades y a la comunidad, con el objeto de solicitar la pronta cooperación de aquellos a quienes la materia concierne, apelando a las instituciones públicas y privadas para mancomunar esfuerzos en la lucha contra la toxicomanía.

Y dos días después, el 14 de setiembre, una publicación nos informó que el subsecretario de Promoción y Asistencia de la Comunidad (Ministerio de Bienestar Social) recibió del titular de la cartera, el encargo de estructurar un organismo integrado con representantes de distintos sectores: Salud Pública, Policía Federal, Justicia, Subsecretaría del Menor y la Familia y otros organismos. Se informaba que tal propósito obedecía el hecho de que Salud Pública de la Nación carece de servicios para el tratamiento especializado de los adictos.

En el II Congreso de Psicopatología Infanto-Juvenil, realizado en Buenos Aires, en el mes de octubre, se realizó un panel sobre toxicomanías que contó con la presencia de distinguidos profesionales. Los profesores doctores Astolfi y Maccagno, de la cátedra de toxicología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, informaron sobre una encuesta realizada en medios estudiantiles pudiendo comprobarse que, sobre una muestra de 200 alumnos, un 88 % hacía *uso* de drogas; un 34 % hacía *abuso* de drogas y había adicción y *dependencia* en un 8 %. Otros profesionales insistieron en la necesidad de crear centros asistenciales adecuados y de considerar al adicto como un enfermo ***.

*** En Alemania Occidental la vieja ley sobre estupefacientes, muy tolerante, que regía desde hace más de cuarenta años, recientemente ha sido sustituida por una nueva ley, cuyo rigor responde a la necesidad urgente de contrarrestar el incremento alarmante que viene teniendo el comercio y el uso de los estupefacientes en este país. La nueva ley permite

Toxicomanía juvenil

La extensión del problema ha llevado al Centro Nacional de Información y Asistencia Toxicológica, creado este año por convenio con la Secretaría de Salud Pública de la Nación y la Universidad de Buenos Aires, de la que forma parte la cátedra de toxicología, a auspiciar la fundación del Primer Centro de Prevención de Toxicomanías (CEPRETOX). Allí se brinda orientación a padres, educadores, profesionales y pacientes. Funciona diariamente en la Facultad de Medicina, Paraguay 2151, en el horario de 17 a 20 horas, y sus integrantes responden a llamadas telefónicas, aun cuando éstas se oculten en el anonimato.

Asimismo, expresó el profesor doctor Astolfi, que la cátedra venía desempeñando funciones de información y prevención realizando paneles y mesas redondas en diversas escuelas privadas en esta ciudad y expresó su inquietud, compartida por todos los presentes por las trabas burocráticas que pone el Ministerio de Cultura y Educación a las escuelas oficiales en el sentido de autorizar actos similares, lo cual entorpece las posibilidades de alcance de la acción preventiva.

En el Colegio Nacional de la Universidad de La Plata se realizó, en el mes de setiembre, un panel sobre toxicomanías con gran concurrencia e interés de padres y alumnos. Estuvo a cargo del profesor doctor Miguel Fernando Soria, titular de la cátedra de toxicología de la Facultad de Medicina de La Plata, conjuntamente con el profesor doctor Edgardo Coloccia, titular de toxicología de la Facultad de Química y Farmacia de esa ciudad, con la colaboración de integrantes del equipo, quienes se refirieron a las anfetaminas, marihuana, morfina y cocaína, así como a los problemas actuales del ácido lisérgico.

En la Universidad de Belgrano, de la Capital Federal, disertó el doctor Raúl Matera sobre el tema "Las drogas en el mundo moderno". Entre otros conceptos señaló que "la droga no es un elemento que fomente la revolución o el cambio de estructuras sino que fomenta la dependencia y la idiotización de la juventud". Propuso una intensa campaña preventiva y la creación de instituciones especializadas para el tratamiento y rehabilitación social del adicto. Recalcó la importancia de considerar al adicto como un enfermo.

La Sociedad Argentina de Medicina Social tiene en marcha una campaña para la creación de un instituto de psicología médica, sociología y

luchar con eficacia mucho mayor contra los drogados y, sobre todo, contra los mercaderes de la droga. Las estadísticas de Alemania Occidental revelan que en 1970 los delitos vinculados de algún modo con las drogas aumentaron en la medida del 238 % y se calcula que el aumento ha proseguido en el curso de 1971. En 1970 la policía y la magistratura comprobaron 16.000 casos de infracción a la ley sobre drogas; el 67 % de los drogados eran menores de edad. (Agencia ANSA, en el diario *La Nación*, Buenos Aires, 7-I-1972, pág. 3.)

acción para la prevención y tratamiento de toxicomanías juveniles. Han realizado paneles en la Universidad Católica con el objeto de difundir aspectos de esa iniciativa.

Finalmente se realizó una mesa redonda sobre el tema "Toxicomanía en la adolescencia y juventud" en la Asociación Médica Argentina, con la participación del juez de Instrucción de Menores, doctor Jorge R. Moras Mom.

El único servicio asistencial con internación para adolescentes de que estoy informada ha sido inaugurado recientemente en el Hospital Borda (Buenos Aires), y sólo se internan casos de extrema gravedad. Últimamente se creó en el Ministerio de Bienestar Social, presidida por el ministro del ramo, una Comisión Nacional de Lucha contra la Toxicomanía y Tráfico de Estupefacientes, que asesorará en el tema al presidente de la Nación. En ella hay dos representantes de la Universidad de Buenos Aires.

En lo que se refiere a publicaciones de divulgación, el Centro Editor de América Latina (Buenos Aires) dedicó un número de su publicación de octubre (1971) de la revista "Transformaciones" a una colaboración de los doctores V. Barenblit e I. Lubchansky sobre el tema "Drogas y Drogadictos", donde está tratado el problema desde diversos ángulos y con suma claridad, estando al alcance de cualquier lector. Otras publicaciones se han hecho eco del problema aportando los frutos de sus investigaciones.

El tema de la toxicomanía juvenil, como se ve, ha saltado de pronto a un primer plano en la Argentina, tiñendo con tintes sombríos nuestra realidad social. Es imprescindible que en su lucha y prevención actúe la comunidad organizada (instituciones oficiales y privadas). A los profesionales especializados nos toca investigar a fondo el problema, exponerlo en su tajante realidad y proponer soluciones, especialmente en el campo de la acción preventiva. Pero tales esfuerzos serán de escaso valor sin una educación constante de la juventud, los educadores y los propios padres sobre los graves peligros que entraña la adicción.

BIBLIOGRAFÍA

1. ERIKSON, E. H.: *El problema de la identidad del Yo*, Revista Uruguaya de Psicoanálisis, tomo V, Nº 2-3, Montevideo, 1963.
2. LOWENFELD, M.: Aporte al VI Congreso Internacional de Psiquiatría Infantil y Especialidades Afines. Edimburgo, 1967.
3. ROLLA, EDGARDO: *Vicisitudes del trabajo de desidealización del adolescente*, en Arminda Aberastury y colab., *Adolescencia*. Ediciones Kargieman, Bs. As., 1971.
4. RADO, SANDOR: *Psicoanálisis de la farmacotimia*, en "Psicoanálisis de la conducta". Ed. Paidós, Bs. As.

Toxicomanía juvenil

5. BENEDEK, THERÉSE: *Toward the biology of the depressive constellation*. J. Amer. Psa. Assn. IV, 1956.
6. GLOVER, EDWARD: *Psychoanalysis*. London, Staples Press, 1949.
7. FENICHEL, OTTO: *Teoría psicoanalítica de las neurosis*. Ed. Paidós, Bs. As.
8. ROSENFELD, H. A.: *On drug addiction*, en "Psychotic States". International Universities Press, 1966.
9. SAVITT, ROBERT: *Estudios psicoanalíticos sobre la adicción: la estructura del Yo en la adicción a narcóticos*. Revista Argentina de Psicoanálisis, 1968.
10. LIBERMAN, DAVID: *Psicoanálisis del alcoholismo y la adicción a las drogas*. Acta Neuropsiquiát. Arg. V, 1959.
11. VÁZQUEZ, O. y WAISMAN, E. M.: *Observaciones sobre el protocolo de Rorschach en adolescentes drogadictos*. II Congreso Arg. de Psicopatología Infanto-Juvenil, Buenos Aires, 1971 (sin publicar).
12. BEDL, M.: Aporte al VI Congreso Internacional de Psiquiatría Infantil y Especialidades Afines, Edimburgo, 1967.
13. LEVY, NORMAN L.: Conferencia dictada en el Primer Congreso Arg. de Psicopatología Infanto-Juvenil, Buenos Aires, 1969. Tema: *El uso de drogas en adolescentes*. Resumen publicado en la revista Sappia, año 1, N° 2, 1970.
14. *Notas consultadas*: Diarios "La Prensa", "La Razón", "La Nación", "La Opinión", de esta capital, y "El Día" (La Plata). Revista "Transformaciones", N° 9, octubre 1971.



Castagnini

Dibujo para el MARTÍN FIERRO (1962), por Juan Carlos Castagnino

Delincuencia juvenil

CARLOS ALBERTO DE PIERRIS

PLANTEO

GRADUADO DE MEDICO en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de La Plata, a cuya cátedra de ginecología es adscripto. LIBROS: Delincuencia juvenil (Ed. Omeba, 1963); Tratamiento quirúrgico de las várices y de la úlcera varicosa (1955); Obesidad femenina (México, 1967). PREMIO: Sociedad de Obstetricia y Ginecología al mejor trabajo de 1970: Respuesta sexual inadecuada de la mujer. Es autor de 25 trabajos de ginecología, otros tantos de cirugía, diez de medicina general, veinte de temas médico-sociales; y además artículos misceláneos. Ha sido ponente en diversos congresos y jornadas científicas de su especialidad en el país y en el extranjero. Relator en mesas redondas. Asistió a servicios europeos (Viena, París y Barcelona, 1952 y 1963). Es miembro de diversas sociedades científicas. Ha dictado diversos cursillos y conferencias en nuestro país y en el extranjero.

LOS límites de este trabajo nos permitirán solamente la presentación del fenómeno llamado delincuencia juvenil (D.J.), su etiología, su ecología y los aspectos psicológicos y sociológicos de los grupos de subcultura de donde proviene; referencias a las diversas medidas ensayadas para su prevención y estado actual de las soluciones. Dentro de este plan nuestro intento será replantear la cuestión e introducir las nuevas figuras delictivas que constituyen la patología de una conducta normal en los jóvenes: la rebeldía. Si procuramos definición de conceptos, vemos que es fácil un acuerdo semántico sobre el término genérico *delincuencia juvenil*, pero es más difícil definir en singular al delincuente juvenil. Lo que es válido para un país, no lo es para otro; lo aceptado en una época, carece de actualidad en la siguiente; lo que no es delito a una edad, pasa a serlo unos meses después; lo que se considera contravención en un medio, no tiene validez en otro. Algunos ejemplos nos servirán de ilustración. Escribir frente de los edificios es daño a la propiedad privada; si

las leyendas son además subversivas, será delito contra ciertas leyes especiales de represión ideológica. Los mismos textos en las paredes interiores de una facultad no configuran daño a la propiedad, ni delito ideológico. Correr automóviles en las llamadas "picadas" es una contravención muy generalizada a los reglamentos de tránsito, pudiendo convertirse en delito cuando pone en riesgo la seguridad de la vida ajena; besarse en público una pareja era hasta hace pocos años una ofensa a la moral, perseguida por la policía como escándalo; lo mismo ocurría a quienes en las playas usaban mallas con el torso descubierto. Circular material pornográfico es delito en nuestro país no siéndolo en Holanda, Dinamarca, Estados Unidos, Alemania Occidental y Chile. Fumar en lugares públicos un menor de 18 años es contravención en Estados Unidos. La homosexualidad, perseguida en todo el mundo, ha dejado de ser delito en Inglaterra.

Para llegar a una aproximación, en la Segunda Sesión del LXXXVI Congreso de Delincuencia Juvenil, reunido por el Departamento de Salud, Educación y Bienestar de los Estados Unidos en 1960, se define a un delincuente juvenil como aquella persona que comete un acto delictuoso previsto por la ley y que es adjudicado a la Corte apropiada. La Corte, a su vez, lo define como al joven que viola algún reglamento o estatuto encuadrado dentro de la ley o comete algún acto que cometido por un adulto sería considerado crimen. De acuerdo con este texto las rebeldías del joven tendrían que ser encuadradas dentro de las violaciones de alguna reglamentación.

El Código canadiense es más minucioso. Según el Dominion Bureau of Statistics de Canadá (Health and Welfare Division, Judicial Section) "un joven delincuente es un menor que comete una infracción a cualquiera de las disposiciones del Código criminal, o de su estatuto federal o provincial, o de un reglamento u ordenanza de una municipalidad, o que es culpable de inmoralidad sexual, o que en razón de toda otra infracción, es pasible de detención en una escuela industrial o en una casa de corrección para delincuentes jóvenes en virtud de las disposiciones de un estatuto federal o provincial. La perpetración por un menor de cualquiera de estos actos constituye una infracción designada con el nombre de delito". De acuerdo con esta concepción, en que se mezclan figuras delictivas con instituciones correctivas, sexualidad con vagas referencias a disposiciones estatutarias, ningún adolescente escaparía de caer dentro de la estadística de delincuencia alguna vez en su vida.

¿Es que los delitos encuadrados en la D.J. se diferencian de los otros simplemente por la etapa etárea en que ocurren o poseen cualidades propias?

Delincuencia juvenil

Al exigirnos la definición de un concepto abstracto como es la delincuencia, de un concepto concreto como es el sujeto delincuente y su edad, necesitamos paralelamente la definición de un tercer concepto de tipo ético: la responsabilidad y sus alcances.

Modernamente se formula una diferencia fundamental entre la llamada delincuencia infantil y delincuencia juvenil. Para los sociólogos, el "niño delincuente" no existe. Para los penalistas el niño se halla fuera de la criminología. Siendo la llamada delincuencia infantil tan sólo anti-sociabilidad, parasociabilidad o asociabilidad. Los psicólogos y pedagogos consideran que las reacciones agresivas del individuo traducirían la impotencia de adaptarse a la realidad o, en el caso del niño, la realidad circundante adaptarse a su estructura emocional, surgiendo así dificultades de organización debido a fallas ambientales, educativas, etcétera.

Siguiendo en este orden, existe un período de irresponsabilidad plena hasta los 12 años; otro de irresponsabilidad condicionada al discernimiento, entre los 12 y los 16, y un tercero de responsabilidad atenuada, desde los 16 hasta los 18. Entendemos que este criterio divisorio de los códigos, biológicamente no es absoluto. Para la ley inglesa un niño es alguien que no haya cumplido los 14 años, y una persona joven alguien que haya cumplido los 14, pero no los 17.

La D.J. abarcaría un ciclo desde más o menos los 15 hasta los 23 años, cuando el individuo completa su crecimiento. Dentro de esta área existe un ciclo —15/18— de responsabilidad atenuada, y otro —18/23— de responsabilidad plena.

Habría que añadir aún un cuarto elemento crítico, disyuntivo de acciones que pueden o no caer bajo el criterio y la estadística de delincuencia juvenil: su teleología. No porque haya que aceptar que cualquier medio justifica un fin determinado, sino porque dentro de la rebeldía característica de la juventud acontecen posiciones y actos que lindan con la delincuencia, según desde qué escenario se los juzgue.

De acuerdo con los investigadores más sagaces en la materia, el delito comprendido dentro de la clásica delincuencia juvenil posee ciertos matices propios, aunque no absolutos, que, aislados o combinados, están presentes en algunas de sus etapas: no utilitario, vandálico, malicioso, negativista, grupal, carente de finalidad ideológica o altruista, desparpajo, desconsideración o crueldad, embuste, es la base ética que tiñe sus actitudes.

ALCANCES DEL PROBLEMA

Si como tema antropológico la delincuencia juvenil es de alcances vastos, hallándose vinculado a todas las ciencias sociales y de la conducta, como problema es universal. Tan importante que hasta 1960 solamente en Estados Unidos se habían realizado 86 congresos y más de 100 en el mundo occidental. En la última década han sido tantos los eventos especializados, que la cuenta de ellos se ha perdido, entre internacionales, continentales, nacionales y locales. Casi se ha constituido una ciencia especializada con destino a su estudio.

Es que a esos planteos, sugeridos como terapéutica formal en las conclusiones de los estudiosos de la delincuencia juvenil, según la filosofía de cada autor, se han agregado con celeridad, durante los dos últimos lustros, circunstancias agravantes para la coexistencia de las juventudes.

Las relaciones del hombre con el mundo se van transformando rápidamente, merced a la incidencia de la tecnología y su cohorte de consecuencias: migraciones internas, aglomeración en grandes centros industriales, con el consecuente desarraigo. Al crearse una nueva forma de mentalidad y sobrevenir un empobrecimiento de la vida interior el individuo ve desarrollarse inarmónicamente su personalidad y entra en el campo de la alienación.

El joven intelectual, dentro de este mundo, al contemplar la injusticia social o las miserias del hombre, su dificultad para encontrar trabajo, el cierre de sus expectativas, la falta de humanismo, se incorpora a la protesta y a la rebeldía. No es porque la adolescencia y la juventud no hayan sido siempre rebeldes, como corresponde, y porque no haya existido siempre un conflicto generacional, pero sí es probable que en ninguna fase de la historia humana el conflicto se presente tan agudizado como en nuestra época. La lucha del joven en el mundo actual es tan violenta como universal, excediendo los límites de una lucha generacional, para convertirse en lucha contra una civilización.

El análisis de la realidad social y la actitud de los jóvenes, traducida en rebeldía, destinada a modificar esa realidad, nos obliga a inquirir en la etiología de actos que ideológicamente para sus autores tienen justificativo, pero que mirados desde el campo contrario, caen bajo el común denominador de delitos.

Dónde ubicar entonces los hechos que nacen en virtud de movimientos ya extendidos por Estados Unidos y Europa, como el "beatnik" y el "hip-

Delincuencia juvenil

pie" (pacíficos), y desde la década del 60 el guerrillero en latinoamérica (violento). Dónde los movimientos estudiantiles. Todo Nanterre, todo Berkeley, toda Córdoba universitaria, han podido en un momento engrosar masivamente las estadísticas de la delincuencia juvenil.

Los movimientos "beatnik" y "hippie", aparte de constituir un fenómeno social insoslayable, tienen de interés una postura filosófica nueva: negarse a participar de la opulencia de las sociedades de consumo. Diríamos que se trata de movimientos que están en el otro extremo de la cadena de resistencia a determinado orden social vigente, no constituyendo una clase revolucionaria en sí. Al negarse a aceptar los máximos de confort pugnan por una transformación en la escala de necesidades, negando las necesidades creadas por la sociedad de consumo, dentro de un anarquismo utópico. El "hippismo" es una avanzada de protesta contra los valores consagrados de nuestra civilización y se manifiesta en la negación de esos valores y en la agresión a sus defensores.

En ambos polos se procesa la resistencia —transformadora o revolucionaria— que al llegar a la ruptura emerge siempre en violencia, ya que ningún orden social existente puede aceptar como legal una resistencia, ni aun el que se proclame más libre, pues el sistema imperante se reserva el derecho de establecer los límites de lo legal. Surge así un conflicto perenne entre el derecho del poder institucionalizado y el derecho de la rebelión contra ese poder, como proceso de cambio.

Los hechos que ocurren en esta colisión de derechos, para el derecho vigente caen dentro de la contravención y el delito y sus autores calificados de contraventores o delincuentes. Cuando se trata entonces de juzgar a los jóvenes ubicados en esta disyuntiva, nos preguntamos desde qué vertiente juzgaremos su conducta y sus actos. Desde la del Estado represor, que defiende su status, o desde la perspectiva del cambio, como ideología.

No es nuestro objetivo hacer el análisis de la situación, sino presentarla, desplegando el juego que se cierne sobre los jóvenes de esta parte del mundo, en esta hora de cambio, con el fin de categorizar equitativamente el viejo concepto de D.J., deslindándolo de esta moderna figura, también con matices delictivos. Interesa como problemática y para depurar las estadísticas, frente a la expectativa de un aumento constante de D.J. a medida que los países en desarrollo y los subdesarrollados entren en las filas de los desarrollados.

Todo delito cometido así por un actor juvenil deviene como modalidad de conducta, traducida en respuesta: la inadaptación a un medio social, económico, político, cultural, familiar, sujeto modernamente a pre-

siones ecológicas de desequilibrio, donde el hacinamiento de los suburbios y el centro de las grandes urbes, con los problemas consiguientes, son gradientes multifactoriales.

Medir hasta dónde es delito hallarse inadaptado es lo primero a considerar.

INADAPTACIÓN Y CAMBIO SOCIAL

¿Es el inadaptado un ser antisocial? ¿Es antisocial un individuo que lucha por el cambio? ¿O es antisocial si utiliza ciertos métodos —homicidio, asalto, privación de libertad, atentado— y no otros?

¿Cuándo la antisociabilidad ingresa en la delincuencia? ¿Dónde está el límite? Cuando estos jóvenes, revolucionarios hoy, hayan conquistado la nueva sociedad, ¿a quiénes considerarán antisociales? O, si no la logran, y convertidos en hombres maduros, dirigentes dentro de la actual, ¿perseguirán a su turno a la nueva generación cuando se rebele?

Hasta que el individuo deje de estar desorientado frente al cambio de los esquemas habituales, hasta que deje de ser dogmático, en cualesquiera de los dogmas en curso, y se adapte a un nuevo esquema de vida —el cambio— esta situación no variará. Para ello es necesario no sólo un hombre nuevo, sino una nueva antropología. Fuera de esto, y para llegar a ser D.J., habría el aprendizaje de una conducta delincuente.

Para Sykes y Matza el aprendizaje de la conducta delincuente se hace incorporando y asimilando técnicas de neutralización de los valores sociales vigentes, con lo que se configura un verdadera subcultura delincuente o predelincente, que explota en principio ciertos valores inmersos en la moral social, tendencia a la línea del menor esfuerzo, hedonismo.

¿Creándole al individuo un objetivo social, como interés inmediato, anulando su afán competitivo y la alienación en el trabajo y la vida cotidiana, podrá la sociedad futura eliminar la delincuencia juvenil? La respuesta la tienen las estadísticas del mundo socialista, que están haciendo la experiencia en nuestro siglo. En el mundo capitalista la situación es ésta: el sujeto llamado delincuente juvenil no se acuesta sano y amanece de golpe delincuente; no se improvisa; proviene de estadios previos, no siempre detectados oportunamente.

SUBCULTURA. PSICOLOGÍA DEL GRUPO PREDELINCUENTE

Para Westle habría moldes culturales peculiares de grupos humanos distintos, que constituirían algo así como la matriz de especialidades culturales: la subcultura del grupo. Conceptuando entonces el término subcultura como la formación de una cultura menor dentro de otra mayor. Siendo el cambio social un continuo y no existiendo sociedades detenidas, todo molde cultural adoptado sería precedido por una subcultura dentro del contexto social.

Para Cohen utilizaríamos el vocablo cuando estamos interesados en una cultura en relación con otra, de la que proviene dentro de un sistema social donde se halla enclavada.

El movimiento "hippie" es una subcultura encuadrada en el marco de la cultura occidental de mediados del siglo xx. La cultura latinoamericana es una subcultura dentro de la occidental.

El origen de una subcultura dentro del mapa de una sociedad determinada se reducirá al juego de los mecanismos de adaptación individuales, al metabolismo entre el individuo y las soluciones institucionalizadas que se le ofrecen. Cuando dentro de su campo de acción no encuentra soluciones a sus situaciones y sus expectativas se ven frustradas, asóciase a otros individuos que pasan por idénticos trances, creando un nuevo sistema de valores para defenderse y, así pautado, luchar contra el resto de la sociedad.

La D.J., como mal social en incremento, no como fenómeno aislado, reconoce una etapa predelictiva, gestada en determinadas áreas de subcultura y cuyos hechos no emergen ni figuran en las estadísticas. La universalidad geográfica del fenómeno obedece a circunstancias que se repiten a medida que los países van incrementando su bienestar económico.

Si esta etapa predelictiva pudiera preverse, en los programas de soluciones a la D.J., los hechos delictivos juveniles retomarían el aislamiento circunstancial que tienen históricamente a cualquier edad y las curvas estadísticas no se abultarían severamente a este nivel.

La psicología del adolescente adquiere caracteres especiales al incorporarse a determinados grupos, porque en el grupo está la afirmación de la personalidad juvenil. La psicopatología de estos grupos obedece a factores ambientales.

Desígnanse "teen agers" a los individuos comprendidos entre los 13 y 19 años, señalando los problemas psicológicos especiales configurados

a una edad evolutiva en que se define la personalidad, madura la sexualidad y se modela el carácter, con graves riesgos de conducta.

La imitación, o sea lo que Joly llama “reacción de imitación”, es un componente primordial en la actitud del adolescente, manifestada por el ejemplo de un mayor próximo o lejano (padre, maestro, héroe de novela, protagonista televisivo o cinematográfico) en el cual incorpora o cristaliza sus tendencias de acción y destreza física y mental.

En el otro extremo ubicamos la “reacción de oposición” de Heuyer, en adolescentes con fallas de carácter y niveles mentales normales o superiores. La reacción es negativa, antisocial: haraganería, robo, fuga, alcoholismo o drogadicción, suicidio. Unidos a sus congéneres constituyen el núcleo generador del pandillero y de la pandilla callejera, universalmente denominada “gang” o “street gang” (*patota*, en la Argentina).

Sus integrantes, evaluados aisladamente, carecen de objetivos definidos o inmediatos. Sus expectativas se hallan frustradas. Hostilidad, malos ejemplos, falta de guía y camino, hedonismo, constituyen su tutelaje habitual. Su desarrollo explica después, en una filosofía improvisada, la tenencia de necesidades materiales por simple juicio comparativo, por incomodidad habitacional, hacinamiento, promiscuidad o insatisfacción sexual, desocupación o ansia de “hacer algo más” de lo que está haciendo su endo-grupo familiar y vecinal, para “surgir” y alcanzar a otros: privilegiados que detentan lujo, brillo, esplendor, triunfo, automóvil, fortuna, mujeres seductoras, cigarrillos varoniles vistos a través de los medios masivos de propaganda, como un reto constante a su impotencia y a su incapacidad de alcanzar los logros para los cuales cree hallarse preparado.

Cuando apareció la televisión y los filmes policiales y del oeste penetraron en el hogar, sin fronteras, los críticos y analistas de causalidad en D.J. creyeron ver en esos programas parte de la semilla de maldad que se cierne sobre la adolescencia del mundo. Fue uno de los argumentos, como lo era el avance de la revolución sexual, el terreno perdido por las iconoclastas comisiones de censura, la caída de tantos prejuicios y mitos, etcétera. No se interpretó en realidad la justa influencia negativa sobre las masas, del uso dado a los medios de propaganda: mostrar a los desposeídos la existencia de un mundo ficticio y estereotipado, que se pretende adjudicar como privilegio de una minoría, buscadora incesante de nuevas necesidades; y a los no desposeídos darles un opio intelectual a través de programas comerciales carentes de contenido pedagógico y cultural.

SOCIOLOGÍA Y ECOLOGÍA DEL GRUPO PREDELINCUENTE

En la "gang" básica se reúnen sujetos normales y sujetos mediocres, aglutinados por un tropismo positivo, a veces vocacional, pero generalmente circunstancial: el barrio, el *slum* donde conviven o se conocen.

El fenómeno es tan generalizado y simultáneo, que reciben nombres autóctonos en cada país. En la Argentina: patoteros. La *patota* es su agrupación. En Estados Unidos: *beatniks* (denominación de los años 60, ahora ha pasado a ser un movimiento), *royal counts* (Nueva York), *zoot-suit* (Los Angeles), *hoods*. "Gang" es su agrupación. En Alemania: *halbstarke*, *halfstrong*, *krawall*, *rioter* (con el término riotismo se designa una epidemia de alborotos y revueltas que azotan esporádicamente a Europa occidental desde 1957). En Francia: *tricheurs*, *bloussons noirs*. En Australia: *bodgies*. En Rusia: *stilagi* o *stilagas* (cazadores de estilo), *jazzfriends* (de la época en que era contravención cultivar el jazz). En Japón: *mambou boys*. En España: *gamberros*. En Italia: *vitelloni*. En Suecia: *raggare*. En Polonia: *hooligans* (término usado desde 1898). En Holanda: *nozems*. En Sudáfrica: *tsootseo* (tsotsies), *ducktails* (los blancos), *skollies* (los de color). En China nacionalista y en Formosa: *tai-pau* y *liu-mang* (rama femenina).

La mayoría de sus integrantes provienen de hogares desarticulados, inarmónicos, destruidos o donde la conducta según tabla de valores propia es la norma. Exhiben disociación del carácter, pues no de otra manera se explica que sean tiernos con las mujeres de su familia y crueles y desconsiderados con la del prójimo; que defiendan a un perro vagabundo y no vacilen en cometer un asesinato a mansalva con seres indefensos; a pedir rescate por una mujer secuestrada y devolver después su cadáver; invadir un colegio de señoritas y llorar después en la comisaría clamando por la madre; mostrarse cobarde individualmente y valeroso en conjunto. Aunque el delincuente juvenil no sea un perverso, muchos de ellos son perversos ocasionales o psicogenéticos.

Dentro del panorama general de este tipo de delincuencia los hechos individuales son raros, apareciendo entonces como accidentes en la existencia de seres con fallas psíquicas, con hábitos de vagancia, que llevan por contingencia al hurto, la prostitución, el asalto. Este delincuente aislado se comporta también como perverso ocasional, cuyas actitudes aparecen como perversidades reaccionales electivas intencionadas.

Estudiando ahora la "gang" como entidad, distinguimos una etapa inicial, confusamente desdibujada en manifestaciones propias de la psico-

logía adolescente y etapas posteriores, de madurez y adiestramiento, en que el joven cae ante la ley. La observación cotidiana y el recurso de la crónica periodística nos inducen a pensar que las etapas de comienzo excepcionalmente ingresan en las estadísticas y al decir "el joven cae ante la ley", no afirmamos que sus delitos sean siempre descubiertos, sino que simplemente los comete; la mayoría queda impune. Las etapas tardías, las que enfrentan los reglamentos municipales, los edictos policiales o las que acceden a los estratos de las cortes juveniles, son las que ingresan en el conocimiento público.

Existe paralelamente otro tipo de asociación delictiva, ocasional, transitoria, proclive a los desmanes y cuyos autores se desconocen o tienen una relación superficial y esporádica, circunstancial. Ejemplo son los desmanes cometidos por adolescentes a la salida de estadios de fútbol y las expresiones estudiantiles de fines de curso y el día de la primavera, o ciertas excursiones de bachilleres: destrucción de vidrieras, tapizados de trenes y vehículos de transporte, pedreas, vuelco de automóviles, depredaciones y desmanes. Protagonizados por adolescentes que se asocian esporádicamente con cualquier excusa, llegando a la violencia en las personas para adquirir prestigio en el endogrupo. Es una característica de la "barra", un escalón inferior de la patota, diríamos un preparatorio.

Del diario "El Día", de La Plata (16-XI-71):

Grupos estudiantiles que terminaron sus estudios cometieron nuevos desmanes. "...Sin embargo en la víspera, un grupo compuesto por un número que oscilaba entre 120 y 150 muchachones, irrumpió en la Escuela de Educación Técnica N° 2, ubicada en la calle 5 N° 725, en horas destinadas a la instrucción del alumnado preponderantemente femenino. Ante la negativa de la mayoría de las estudiantes a hacer abandono de las aulas, los "alegres" estudiantes se dedicaron a cometer toda clase de destrozos y a atacar a las remisas alumnas. [...] Cuando los jóvenes agotaron su afán destructivo y abandonaron el lugar luego de causar todo tipo de daños en las instalaciones..."

De "El Día", de La Plata (17-XI-71):

"Otro grupo de jóvenes provocó, a mediodía de ayer, una serie de desmanes en la Escuela María Auxiliadora, ubicada en 13, entre 54 y 55, de nuestra ciudad, y ocasionó numerosos daños. [...] Ayer, a las 12.30, un núcleo integrado por unos diez jovencitos irrumpió en el citado establecimiento religioso, en momentos en que era considerable la cantidad de alumnas que se encontraban en el interior. Los incursores cometieron diversas depredaciones, entre ellas la rotura de vidrios, muebles, elementos de enseñanza, etc..."

En esta asociación ocasional no se cumplen los postulados de la "gang" profesional, organizada con jerarquía vertical y liderazgo en la conducción.

Delincuencia juvenil

En 1945 y 1946 estallaron en Nueva York olas de conflictos entre las "gangs", que hicieron crisis con la muerte de tres miembros en un lapso de nueve días. Varios filmes famosos documentan crudamente esos episodios y similares acaecidos en Europa. Fue tan intenso el clamor popular solicitando protección para la vida y los bienes, contra la conducta de estas bandas callejeras, que la Prison Association of New York City formuló un magno programa de acción definitiva para contrarrestar sus actividades antisociales. El Council convocó a un comité de expertos en asuntos juveniles, el que después de varios meses de exhaustivos estudios recomendó un programa experimental con un operativo que actuó durante tres años en dos de las áreas más afectadas, limitándose al fin el mayor esfuerzo durante el verano de 1947 a una sola área, donde se fundó el Central Harlem Street Clubs Project. De aquí nació después el Committee on Street Clubs, que definió los factores causales de la conducta antisocial de las "gangs" como originada en la glorificación de la violencia durante los años de guerra, la tensión resultante de las diferencias raciales y la frustración provocada por los resultados políticos y económicos.

Los planes fracasaron como terapéutica y como prevención, pero sus conclusiones sirvieron para el estudio paralelo de la "gang" y el efecto negativo que la represión policial ejerce sobre sus componentes, demostrando que las medidas punitivas son totalmente ineficaces (James R. Dumpson).

Destacando la importancia del vecindario en las áreas de delincuencia, Henry D. Mac Kay hizo un estudio en Chicago, entendiendo como tal el mundo del niño, excluyendo la familia y también los aportes de los medios de comunicación de masa, así como otros símbolos de vida de la gran comunidad de los mayores.

A la Conferencia de Expertos y Directores de las Comunidades de Niños, de la UNESCO en 1949, fue presentado un informe de John J. Spencer, de Bristol, Inglaterra, con referencia a las "gangs" de Londres, París y Roma y a los equipos de reeducación en base al trabajo y campos para su tratamiento técnico.

Especulando con las teorías de las "gangs", puede arribarse a las más dispares conclusiones, pero es indudable que la de A. Cohen se acerca a su realidad universal: es el producto de una clase de subcultura que provee determinado número de familias, en las cuales se enraizan los más diversos factores predisponentes.

Como explicación del auge de este tipo de familias proveedoras de delincuentes juveniles, en países donde el bienestar económico está paradójicamente en auge y donde la D. J. se da como parámetro negativo junto a los otros parámetros de progreso; diríamos que se ha roto el equilibrio ecológico social. Trasladado el conflicto al individuo moderno, al adolescente o al joven inmaduro, provocaría su inadaptación, a través de un camino de respuestas cambiantes, con su correspondiente tensión y "stress".

La familia sigue siendo el principal grupo transmisor de cultura. Dentro de ella se plasma el fenómeno de la socialización del niño y del adolescente. Contemporáneamente la familia tiende a la disarmonía por influjo de factores diversos, que comprometen su eficiencia: conflicto entre pautas tradicionales y nuevas normas de relaciones intrafamiliares; inestabilidad en las fuentes de trabajo; insuficiencia de plazas nuevas en proporción a la elevada demanda que aparece en el mercado cada año. Como consecuencia del deterioro económico del grupo sobreviene el abandono del menor o su deficiente protección, lo que es agravado por la ocupación extrahogareña de la madre.

GEOGRAFÍA DE LA DELINCUENCIA JUVENIL

Vinculado al anterior concepto reiteramos una observación: la prevalencia en los distritos urbanos. Salvo excepciones, la D. J. predomina en las grandes ciudades, en los conglomerados de más de 100.000 habitantes. En los distritos rurales y pequeños centros no se cuenta con clima propicio para el desarrollo de hechos vandálicos, atentados sexuales y agresión a bienes materiales con subsiguiente escondite.

Como ejemplo resumiremos algunos cuadros estadísticos de uno de los países más civilizados y ordenados del mundo occidental, Noruega, correspondientes a 1969.

Delitos por 1.000 de población

	Años observados					1969
	1964	1965	1966	1967	1968	
Distritos urbanos	23,4	21,9	23,0	23,1	23,6	26,3
Distritos rurales	6,1	6,5	6,0	6,9	6,1	7,7

Delincuencia juvenil

Personas acusadas por 1.000 de población y por edad

	1965	1966	1967	1968	1969
5 a 9 años	1,05	1,21	1,11	1,05	0,84
10 a 13 años	7,17	6,89	7,57	6,46	6,37
14 a 17 años	9,71	10,35	11,54	11,92	12,85
18 a 20 años	6,80	6,83	7,66	7,46	8,46
21 a 24 años	4,84	4,87	5,07	4,95	5,25
25 a 39 años	2,47	2,67	2,74	2,84	2,90
40 a 59 años	1,12	1,31	1,42	1,42	1,33
60 y más años	0,36	0,41	0,48	0,40	0,44
<i>Total</i>	2,80	2,94	3,18	3,03	3,20

El aumento de las cifras de delincuencia se hace preferentemente a expensas de la D. J. en los distritos urbanos.

Para 1969, sobre el total de personas acusadas de delitos, 7.110 lo fueron pertenecientes a distritos urbanos y 4.072 a distritos rurales. De ese total, 3.097 fueron cometidos por individuos de 14 a 17 años.

La migración interna promovida por la industrialización no es ajena al agregado de otro factor de inadaptación y distorsión de la personalidad. La búsqueda de mejores condiciones de vida ha producido el desarraigo de miles de familias que, sin la etapa previa de urbanización, se ven desplazadas hacia "villas miseria" y departamentos en que la densidad humana es asfixiante. La insalubridad de los conglomerados urbanos, la disolución consiguiente de hogares, produce en la mente joven la desintegración del carácter al promover la divergencia de dos series de hechos en competencia: la búsqueda del bienestar económico o el progreso material y la búsqueda de la tranquilidad espiritual o la felicidad.

El muchacho de este ambiente, dice Cohen, no es entrenado en imponerse disciplina y control, ni obligado a cumplir con deberes como la puntualidad y la meticulosidad, el respeto y la consideración, posponiendo las gratificaciones. En el hogar equilibrado y armónico, sobre todo en el de clase media, el muchacho se entrena con los valores tabulados en forma sistemática y razonada.

El primero exhibe trabajo y ocupaciones eventuales y sus ingresos no alcanzan para satisfacer sus aspiraciones y su hogar se halla en deprimente situación emocional. El segundo tiene al menos una escolaridad continuada o un trabajo fijo, con familia que lo respalda.

En un extremo mayor de marginamiento están los delitos realmente producidos por la miseria y la necesidad. Como ejemplo transcribimos la siguiente descripción, con la palabra de sus autores, que puede aplicarse a muchas de las ciudades de América latina:

“Setenta y cinco mil menores están marginados en Fortaleza (700.000 habitantes; capital de Ceará, Brasil). De ellos, mucho más de tres mil viven promiscuamente, con prostitutas, sus madres. Otros mil ochocientos al año roban para comer o ayudar en su casa. Dos mil ciento sesenta jovencitas de 10 a 18 años son violadas en el mismo período. Niñas de 10 años han sido encontradas en cabarets. Pintando el cuadro de niños abandonados en la ciudad de Fortaleza, el Juzgado lo define como un verdadero descalabro” (Pintos, M. y Andrade, J. M.).

NATURALEZA DE LOS DELITOS

La naturaleza y calidad de los hechos delictivos va cambiando con el progreso y la tecnología. Hace 10 ó 15 años las estadísticas mostraban un abultado porcentaje de delitos sexuales. Hoy en la mayoría de las consultadas, alcanza apenas al 2-4 % del total. En cambio han aparecido nuevos: hurto y robo de automóviles, asalto en banda a parejas, con fines de robo y violación consecuente; extorsión, secuestro, alcoholismo y drogadicción que, cuando se realiza en la propia persona, es un delito de retracción, es decir una conducta en retirada, según concepto de Merton.

Sabido es que la presión en sentido de la *conducta desviada* va siendo mayor a medida que descendemos en la pirámide social y en status ocupacional. También los controles internos y externos se hacen más débiles y hasta insuficientes en un orden regresivo. Las pautas de consumo crecientes crean en los individuos necesidades crecientes. La dificultad de su satisfacción hace que los ubicados en los estratos inferiores se sientan defraudados y proclives a acortar caminos, para alcanzar lo que alcanza el “bacán” (según la jerga lunfardesca) o cambiar de *modus vivendi*, poder veranear en Mar del Plata y tener una “mina” (ídem) buscando para ello ocupaciones semidelictivas o delictivas.

Estas asociaciones tienen características distintas según se articulen en las zonas aledañas, periferia de las megalópolis, con bajo nivel económico, o en el centro, donde la alfabetización es superior y las condiciones vitales —vivienda, ingreso— son adecuados. Allí la característica del delito tiene base en la destreza, la fuerza física, la picardía, la asociación anónima. Aquí será más jerarquizada y utilizando otros meca-

Delincuencia juvenil

nismos en que inclusive puede existir el trato directo con la víctima: estafas, defraudaciones y cuentos diversos de jovencitos que aspiran a habilitar un escritorio de "cualquier cosa" en el centro, con teléfono y secretaria, para salir a embaucar "giles" (ídem), con un portafolios bajo el brazo. Mientras aquellos son delitos contra la propiedad por ser ésta la expresión de un estado social o contra la honestidad y la vida, a veces jugándose la propia, éstos serán delitos contra bienes fiduciarios, mercaderías, con menos violencia, sin exponer la vida.

En las estadísticas recientes la incidencia de la drogadicción es creciente, como así el porcentaje de delitos cometidos bajo el efecto del alcohol y las drogas. La proporción entre varones y mujeres es de 1 a 10 hasta de 1 a 12, según los países.

Casi el 60 % de los hechos delictuosos se ejerce sobre los bienes: robos, fraudes, a veces violación domiciliaria. El robo simple es el más frecuente, siendo los materiales sustraídos aquellos que conforman a los deseos más comunes en el adolescente. Formas nuevas de robos: en los grandes comercios (como los supermercados), robos de automóviles. Aproximadamente el 30 % de estos delitos son cometidos en asociación de tres o más autores.

Como ejemplo daremos algunos cuadros resumidos de delincuencia juvenil en Francia y Canadá.

Estadística del Centro de Pesquisas de la Educación Vigilada de Vaucresson (Francia)

(Aplicación de la ordenanza del 2 de febrero de 1945)

DELITOS TOTALES

	A ñ o s				
	1963	1964	1965	1966	1967
Muchachos	34.805	38.759	40.086	40.228	41.289
Chicas	3.667	3.811	3.681	3.486	3.525
Total . . .	38.472	42.570	43.767	43.714	44.814

Canadá, delitos juveniles ante las Cortes, años 1962-66

	A ñ o s				
	1962	1963	1964	1965	1966
Totales	18.707	19.884	21.400	20.276	23.399

(Porcentaje de cambio entre 1965 y 1968: 11,6 %)

Cuadro demostrativo de delitos juveniles en los Estados Unidos

(Datos tomados de 2.634 agencias, que cubren un área de 100.029.000 habitantes)

Arrestos, número y porcentaje de cambio entre 1960 y 1968					
Años	1960	1968	Porcentaje de cambio		
			Total	Hasta 18 años	Más de 18 años
Totales:	3.502.000	4.147.000	18,4	100,4	4,3

PREVENCIÓN

Hay niveles de evolución que se alcanzan mediante mecanismos psicológicos en constante reajuste de un equilibrio inestable entre el individuo y el medio ambiente. La inadaptabilidad no es sólo de aquellos adolescentes y jóvenes que se retraen, siendo huraños, hoscos, apáticos, sino también de los que tempranamente manifiestan tendencias agresivas por encima del umbral aceptable, siendo además rebeldes, inafectivos, brutales, crueles, destructores, holgazanes con mal rendimiento, indiferencia moral, irregularidad y reincidencia. Su vocación pendericera, inintimidable, si se agrega, ejemplariza al pandillero típico, a nuestro "patotero" precriminal. Aislado puede llegar tempranamente al alcoholismo y en otros países a otros tipos de drogadicción, como la marihuana en los escolares estadounidenses y la heroína, derivados lisérgicos y anfetamínicos en los jóvenes.

Desde un enfoque médico pedagógico consideróse largo tiempo como irreductibles a los perversos innatos. El panorama sería menos decepcionante para los psiquiatras modernos. El ejemplo, la disciplina, la reeducación, la labor del psicómetra, ubicándolos dentro de grupos favorables, sustrayéndolos a su endogrupo subcultural, en institutos de rehabilitación o centros preventivos, pueden neutralizar su parestesia moral.

De acuerdo a Beley, para Europa, la inestabilidad psicológica infantojuvenil fue un problema aislado antes de la guerra, pero después de ella calcula que uno de cada cuatro niños padece este infortunio. De tal manera, un fenómeno individual adquiere fisonomía social.

La neurosis ansiosa forma parte de un conjunto de desórdenes primarios de la conducta infantil, caracterizados según Van Ophuijsen por su predominancia en los varones: vagancia, desobediencia, truhanería, irrespetuosidad, robo furtivo, mentira, dificultad escolar.

Delincuencia juvenil

Si el inestable, o lo que es la inestabilidad normal del niño, se prolonga hasta la pubertad, allí se fija y esta característica será el molde de su juventud. Será un joven hiperemotivo, que traduce mal y rápido sus representaciones y sensaciones. Falla de la organización sensitivo-motriz o existencia de un proceso motor especial que lo hace aparecer intelectualmente como disperso.

Hay inestables con coeficiente intelectual normal. Para Kramer serían disarmónicos que no logran adaptación a la existencia corriente. El inestable infradotado padecería de laxitud psíquica.

El automatismo emotivo-motor de Wallon sería la configuración patológica de una reacción que en el niño es normal con respecto al ambiente: su ritmo de "oposición-agresión-posesión". La rabieta injustificada expresaría falta de ajuste.

El desquite es una tendencia constante de los inemotivos, lo que los convierte en seres sin solidaridad, siendo sus delitos más frecuentes: violencias, atentados sexuales, homicidios. Ya estos constituirían el grupo de los verdaderos perversos inestables, que en su conducta predelictiva son indisciplinados, insolentes, cínicos, mitómanos.

En el componente somato-psíquico del inestable el escenario familiar disociado es responsable principal de su evolución, igual que en el inadaptado, por cuanto este hogar es el menos apropiado para abarcar sus problemas y conducir su rehabilitación. El inestable merece tratamiento psicopedagógico en centros especializados y después colocación familiar vigilada, como se practica en Estados Unidos, Francia e Inglaterra.

En cuanto a la profilaxis de la marea en ascenso de inestables y asociales que es dable esperar, precisa un reencuentro de prácticas educacionales actualizadas, con tests de rutina en el grupo afectivo del niño, grupo extrafamiliar. El hogar disociado, la inseguridad económica familiar, constituyen las causas psicogenéticas más inmediatas de esta inestabilidad. La inseguridad hogareña forma al niño en un ambiente en que ve la necesidad de "avivarse" de los componentes de su endogrupo y es esa atmósfera de "avivamiento" cultivado la que va configurando el molde de su personalidad. Sobre una inestabilidad innata, fácilmente compensada en un clima equilibrado, se agrega ésta, psicogenética.

Considerando que estos elementos constitucionales y psicogenéticos constituyen buena parte de la etiología multifactorial de la futura conducta antisocial de los adolescentes, será preciso introducir en los planes

de escolaridad algunos tests, que como el de Sheldon Gluek en Estados Unidos podrían permitirnos predecir parte de la delincuencia juvenil. Es probable que una profunda modificación en los planes pedagógicos y ciclos de escolaridad de los *teen agers* sea impostergable, especialmente para los varones o buena parte de ellos, seleccionados por su riesgo de conducta. Es probable que entre la escuela primaria y el colegio secundario sea impostergable procesar un plan intermedio en que se contemplen sus especiales características biológicas y mentales. No podemos extendernos aquí sobre el tema, pero en Francia ya existe un proyecto de este tipo cuyo autor es Le Gall.

Otro interrogante es la prevención de las recidivas. Encrucijada aún más grave para los países que no tienen institucionalizado un sistema integral y moderno de tratamiento de los delincuentes primarios, como ocurre en el nuestro, por ejemplo, donde los institutos son insuficientes por su capacidad de alojamiento e incompletos en cuanto a los resultados que se buscan; la especialización en la "colocación familiar" no se ha generalizado y faltan presupuestos para ubicar a los técnicos en la materia en la cantidad que son necesarios para la "libertad vigilada", la evaluación socioeconómica de los ambientes y la incorporación de los procedimientos modernos de detección colectiva.

Mientras no se salga de la etapa policial de la represión, el problema de la prevención no será resuelto. Cualesquiera sean las causas que llevan al niño a la asociabilidad o al joven a la delincuencia, llega un momento en que se hallan enfrentando el dilema jurídico que plantean. En la moción de medidas preventivas se hace necesario, aparte de la aprehensión de una teoría universal que concilie todos los factores causales, el planteo de algunas premisas referidas al tratamiento.

La problemática del menor abandonado consiste en última instancia en sustituir las funciones de la familia, que han sido insuficientes y lo han colocado en el riesgo de la inconducta o el delito.

TRATAMIENTO

El tratamiento entraña la dilucidación de cuestiones previas, íntimamente vinculadas:

1º) Una de orden doctrinario, especulativo, que se refiere a los orígenes y naturaleza de los desvíos de conducta que genera la parasociabilidad y el crimen. Es un planteo filosófico, biológico y social que ya hemos explicitado.

Delincuencia juvenil

2º) Uno de orden conceptual, que interesa al jurista, referido a la definición, alcances y límites de la delincuencia. Que también hemos formulado, replanteándolo con una concepción más moderna de nuevas figuras de delincuencia juvenil.

3º) Otra de orden médico-psicológico, referida a lo que se entiende por responsabilidad y alcances sociales del criterio y edades de discernimiento de los valores humanos, que se atribuyen a los menores y en constante cambio. También analizada al comienzo de este trabajo.

4º) Una cuestión de orden práctico, institucional, referida al mecanismo oficial y privado puesto en juego a disposición de la corrección y el tratamiento de los menores caídos en estas circunstancias, que gozan en el estado moderno de la institución de los Tribunales de Menores y la protección del patronato estatal.

El conocimiento de la ley violada constituye un concepto abstracto; en cambio la investigación de las causas de esa violación, forma parte del campo experimental. Tanto el criterio lombrosiano de investigación antropológica (escuela positivista), como el concepto de discernimiento, resumido en la clásica fórmula de la responsabilidad penal del menor, han sido superados.

El primero, por la adopción de un criterio luminoso y esperanzado: aceptar al menor delincuente como resultante de una inadaptación a su medio familiar y social o víctima simultánea de una falla constitucional. Aquella investigación ha dado paso a otra, de tipo psicobiológico. De esto surge la superación de la segunda, conceptuando que el niño viene al mundo sin moral y que ésta se adquiere en el habitat de cada grupo, bajo la influencia de ingredientes familiares, socioeconómicos y educacionales; y su discernimiento acerca de las acciones buenas o malas, surge del proceso acumulativo experimental.

A consecuencia de esta adquisición el legislador actual descarta el castigo para el menor, sustituyéndolo por la protección, habiéndose creado un régimen especial denominado Derecho de Menores, prácticamente excluido del Derecho Penal. El Estado ejerce, por medio de las atribuciones que tal Derecho le confiere, en reemplazo de una acción represiva y vulnerante, otra protectiva, de educación y vigilancia.

El principio no es nuevo. Ya en la compilación de Justiniano, el Código Romano se ceñía a ciclos referidos de responsabilidad. Esas doctrinas, con las medievales, se incorporaron a los códigos de principios del siglo XIX, constituyendo la escuela clásica, que funda la imputabilidad

en la responsabilidad derivada de la conciencia y voluntad de ejercer el acto. Debemos suponer que en la práctica esas posiciones filosóficas de los códigos no se cumplían, por carencia de las instituciones apropiadas para ejecutarlas. Fue a partir de la segunda y tercera décadas de este siglo cuando comienza el movimiento revisionista, fundado en el nuevo criterio jurídico. Los congresos por los derechos del niño, por su salud mental, se suceden en Occidente, jalonando épocas y promoviendo con rapidez la transformación.

Los principios teóricos y prácticos que condicionaron en los Estados Unidos, Canadá, Inglaterra y demás países modernos la creación de las Cortes Juveniles, fueron concebidos sobre la base de la erección de una institución destinada a la protección legal de la minoridad abandonada, antisocial o estigmatizada. En lugar de funcionar como organismos jurídicos, se concretan a resolver los infortunios de la existencia anormal de estos menores, jugando un papel primordial en toda clase de vinculaciones, enlace y orientación el trabajador social especializado, que actúa como delegado del tribunal y en Estados Unidos conocido con la designación de "probation officer".

En 1957 fueron arrestados por la policía estadounidense 1.700.000 menores, compareciendo ante las Cortes Juveniles sólo una cuarta parte: 428.000 para su tratamiento. Otros 175.000 presentados por los padres maestros y asistentes sociales hacen aproximadamente 600.000 casos atendidos por las Cortes en aquel año. Paralelamente a estas cifras conocidas existe un elevado número de delitos y contravenciones que figuran en las estadísticas comunales o que no se registran. Esta porción inmersa de la D. J. es mayor que la tabulada y conocida a veces por la confesión de los propios adolescentes que nunca estuvieron sometidos a la ley.

Aproximadamente el 20 % de los arrestos lo fueron por robos, robo de automóviles, robo con agravante de asalto y homicidio para los varones, omitidas las contravenciones de tránsito. Para las mujeres: conducta sexual, vagancia, rebeldía ingobernable. En la mayoría de los países modernos las Cortes Juveniles funcionan como rama independiente o como una rama de los tribunales generales. La proporción en que las Cortes de los distintos Estados norteamericanos ubican a los menores, es variable; pero siempre con tendencia a eludir las instituciones, por considerar antibiológico el encierro de los adolescentes, quienes, coartada su libertad, experimentan una verdadera insurrección interior, que conspira contra toda terapia de restauración y enmienda.

Delincuencia juvenil

El sistema de "probation", es decir, de libertad vigilada y el de "placing out", colocación extrafamiliar, fue creado primeramente por necesidades de ubicación y espacio, confirmando después sus ventajas de toda índole. En el primero, dar la oportunidad, que se supone ausente hasta entonces, de que el menor proceda correctamente. Por eso la "probation" es complemento indispensable del tribunal de menores. El "probation officer" es generalmente una mujer, con estudios especializados de asistente social jurídica. Su papel es tan importante, que muchas veces la decisión del tribunal se funda en su información, su orientación y su concepto integral del menor y del ambiente de donde proviene. La "probation officer" cumple así la función que a la visitadora social compete en los problemas médicos y sanitarios: promueve salud.

En cuanto al "foster home", o sea la colocación familiar, instituida primeramente por el juez Baker y defendida luego por Healy, cumple con aquel fin supremo: el cariño continuado en un ambiente familiar. El "foster home" (criar, alentar) sustituye al hogar inexistente, incompleto, inmoral, incompetente. Este sistema y la "probation" existen prácticamente en todos los países.

Otro tipo de instituciones son las escuelas de reeducación y las repúblicas juveniles, las escuelas agrícolas y las industriales, los reformatorios y escuelas para psicópatas. En Estados Unidos la colocación familiar tiene un 40 % de fracasos.

Debido al alto porcentaje de recidivismo, o sea de reincidencia de jóvenes delincuentes "graduados" en los reformatorios, que alcanza hasta el 80 %, se realizaron dos clases de estudios paralelos en instituciones modelos, siguiendo la escala de predicción de Glueck. El costo de los programas de reducción de la criminalidad es astronómico. Citaré solamente las cifras de los Estados Unidos (excluidos los departamentos de Defensa y Colocación Familiar), en millones de dólares: año 1968, 530.6; 1969, 658.4 y 1970, 947.3.

Dice Kvaraceus que la D. J. podrá ser reducida cuando todos los niños intelectualmente capaces se parezcan en un handicap de lenguaje y cultura, lo que equivaldría a decir que el nacimiento de áreas de subcultura sería imposible. Las cifras de expectativa de D. J. no dan razón a una mágica solución como esperanza fundada, por lo menos en Occidente, de ver en retirada esta enfermedad. Ni los mejores servicios mentales puestos en juego son eficaces en la prevención, ni los más expertos organismos judiciales en su protección razonable. Es más fácil prevenir la recidiva que hacer cálculos reales sobre prevenir la D. J. de primera vez.

PERFIL DE UNA TEORÍA UNITARIA SOBRE DELINCUENCIA JUVENIL

Surge de este apretado análisis la etiología multifactorial de D. J., al descubrir sucesivamente los variados elementos que la ubican en el mundo actual. Pero no podemos dar una explicación satisfactoria de conjunto, que concilie su aparición en los países de mejor ingreso "per capita", más alto consumo proteico y calórico, mejores condiciones sanitarias y de alfabetización; que explique la aparición en ambos extremos: dentro de las áreas más desprotegidas de esas naciones y simultáneamente entre individuos de buen nivel económico.

Intuimos que es la organización social la que falla, sí; pero también intuimos que los gradientes visibles que se esgrimen como causas no son más que resultantes paralelas de un mismo fenómeno, más profundo, que afecta por igual a todos los países, cualquiera sea su latitud, cualquiera sea su composición étnica.

La delincuencia juvenil exhibe características psicológicas, sociológicas y ecológicas semejantes: aparece en las grandes ciudades y sus cinturones, coincide con circunstancias ambientales que hacen más difícil la lucha por la vida y más competitivo la obtención de un "status", de una plaza laboral, de un ascenso, de un mejoramiento, lo que llamamos cualidad de la vida del individuo a cualquier nivel; coincide con la edad de mayor turbulencia y cambio sexual, etcétera. Frente a tales calidades sintomáticas nos preguntamos si existe una causal que estimule la agresividad y otra que no logre poner freno a esa agresividad, cuando se asocia para delinquir.

El hacinamiento producido por la superpoblación, en cualquier comunidad biológica, exalta la agresividad de sus individuos, aunque las condiciones vitales se mantengan dentro de límites óptimos. La falta de expectativas, la dificultad de ubicación laboral y profesional acorde con las aspiraciones, la promiscuidad habitacional, el hacinamiento urbano, la estrechez económica, la simple proximidad del semejante en forma de masa, que ocupa lugares, disputa el sustento, encarece la vida, originan en el joven una agresividad mayor a la media aceptable.

La carencia de pautas de conducta que genera esas condiciones, o simplemente de niveles de valores sociales determinados y la creación subsiguiente de nuevas tablas de valores adaptadas a esa filosofía, impiden el freno a aquella agresividad. El individuo, así equipado, como unidad, en simbiosis con congéneres de similares condiciones produce los hechos delictivos.

Delincuencia juvenil

Tal vez el desconocimiento de la raíz biológica que presiona desde el fondo las actitudes culturales del hombre, factores que producen el cambio de conducta a través de una interacción con el medio, con consecuente modificación en la respuesta a nivel hormonal y químico, nos ha hecho soslayar expresamente algunas realidades.

Existe una evidente interacción entre la dinámica de la población, la evolución socioeconómica y las enfermedades sociales. Por eso pensamos que hasta que un equilibrio entre economía y población no llegue, las instituciones que han sido puestas al servicio de la prevención y corrección de la D. J. están destinadas al fracaso. Sin abarcar los factores jurídicos y políticos implicados en la política demográfica no alcanzaremos a entender algunas de las claves de las enfermedades psicosociales.

Se impone mientras tanto: 1º) Seleccionar e identificar los grupos de población más expuestos. 2º) Planificar una nueva pedagogía para el grupo 13-19 años. Teniendo en cuenta lo siguiente: hay una invasión juvenil en el mundo, a consecuencia de la explosión demográfica; esta masa juvenil inmadura *no tiene un rol institucionalizado* en la sociedad actual; estudiar o prepararse es hacerlo para un futuro incierto. Los jóvenes se convierten así en los grandes críticos de la sociedad de los mayores y sus deficiencias y lo manifiestan a través de expresiones auténticas de su conducta, que es el único lenguaje de comunicación con aquella sociedad. Esta rebeldía tiene una noble raíz y de ella los analistas magnifican los hechos negativos, que llenan la noticia sensacionalista y las estadísticas; los hechos positivos pasan inadvertidos. La verdad es frecuentemente distorsionada en las estadísticas, engrosadas con rebeldías sin rango delictivo. Hay una negativa global a comprenderlos, a dotarlos de nuevas instituciones que contemplen los nuevos problemas nacidos por esta invasión juvenil.

CONCLUSIÓN

Reducir el problema a un fenómeno de ecología humana ofrece fundamentalmente dos puntos vulnerables: 1º) Como hipótesis de trabajo, parece fundada en una clave demasiado simplista; 2º) Como teoría adolece de base experimental y contraprueba fáctica.

No obstante y frente a la eclosión juvenil del mundo moderno *, es-

* El 46,5 % de la población mundial está constituida por menores de 20 años. El número de jóvenes entre 15 y 24 años ascenderá de 519 millones en 1960 a 1.128 millones en el año 2000 (UNESCO).

pecialmente las naciones en desarrollo, merece ahondarse en ese sentido la investigación de un fenómeno normal como es la rebelión juvenil y su patología, la delincuencia juvenil. Faltaría explicar por qué en el mundo desarrollado se repite "in crescendo" el fenómeno.

No es que la juventud actual sea delincuente, o más delincuente que la de antes. Delincuencia juvenil siempre ha existido y siempre ha habido jóvenes delincuentes. Pero nunca las pirámides de población han ofrecido tanta base joven como hoy. Asimismo, nunca como hoy la juventud ha sido tan auténtica: lo demuestra su rebeldía hacia la injusticia de la sociedad adulta y su doble tabla de valores; lo prueba su revolución sexual, que ha dado por tierra en veinte años con prejuicios y tabúes milenarios; lo demuestran su arte y su moda funcionales; lo prueba la vitalidad de los jóvenes empeñados en la gestación de un mundo nuevo, más humano y más libre. Una minoría delincuente no puede ensombrecer el panorama de la juventud en el mundo contemporáneo. Porque, como dice el educador suizo Peter Seidman en *Juventud moderna*, "en ningún caso puede equipararse la delincuencia juvenil con la misma juventud, como no puede equipararse la delincuencia de los adultos con el hecho de ser adultos".

Sin embargo, nos queda pendiente la respuesta a la pregunta anterior. Y la contestamos: también un pueblo saturado de bienestar y seguridad, convertido en máquina de consumo, puede llegar a representar para la edad de la rebelión un urticante antígeno. ¿O es que las fuerzas de la rebelión habrían de perderse con la opulencia?

BIBLIOGRAFÍA *

1. ALTENFELDER, M.: *Aspecto da política de bem-estar do menor no Brasil*. Ed. FNBEM, 1968.
2. ALTENFELDER, M.: *A política Brasileira de bem-estar do menor*. FNBEM, 1969.
3. ANASHKIN, G. Z. y MINKOVSKY, G. M.: *Basic Principles of Soviet Legislation on Criminal Court Procedure*. Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1960.
4. BLARDUNI, OSCAR: *Caracteres de la delincuencia femenina en la provincia de Buenos Aires*. Rev. del Inst. de Invest. y Doc. Crim., N° 4, La Plata, 1960.
5. COPPIETERS, F.: *La protección a la juventud*. (Instituto Belga de Informaciones y Documentación), Folleto 11 págs., N° 6, setiembre 1971.
6. *Criminal Statistics*. England and Wales, London, 1956, York House, Kingsway W.C. 2.
7. *Criminal Statistics*. Scotland, Edinburg, 1956.
8. COHEN, A.: *Delinquent Boys: The Culture of the Gang*. Glencoe, III, The Free Press, 1955, 176-177.

* Por razones de espacio se omite la nómina de congresos y la correspondencia personal mantenida con embajadas y consulados extranjeros en la República Argentina.

Delincuencia juvenil

9. COHEN, A. K.: *Delinquent Subcultures*. Estudios de Sociología, Nº 1, setiembre 1961, pág. 87. Ed. Bibl. Omeba, Buenos Aires.
10. CLINARD, M. B.: *Secondary Community Influences and Juvenile Delinquency*. 41 J. Crim. L. and Criminology, 1950, 51 págs., 540-577.
11. *Delinquencia Juvenil et Prevention*. Jeunesse, Nº 258, 16 mars 1970. (Secretariat D'Etat a la Jeunesse aux Sports et aux Loisirs.) Service de Presse. (874-99-80, pág. 280.)
12. *Discurso de apertura de la Conferencia de la Casa Blanca*. Presidente de los Estados Unidos, 7 de marzo de 1960.
13. DEWEY, J.: *El hombre y sus problemas*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1961.
14. *El tratamiento de delincuentes en Gran Bretaña*. Folleto 38 págs. Ed. por Reference Division-Central Office of Information, London, octubre de 1968.
15. *Executive Office of the President*. Bureau of the Budget. ,Special Analyses. Budget of the United States, 1970.
16. *Fundamentals of Soviet Criminal Legislation*. The Judicial System and Criminal Court Procedure. Texto oficial y comentarios. Moscú, 1960.
17. FILLOUX, J. C.: *La personalidad*. Ed. Univ. de Buenos Aires, 1960, 63 págs.
18. GLUECK, SHELDON, and ELEANOR, T.: *Delinquents in the Making*. New York, Harper and Brothers, ed. 1952.
19. GÜBBELS, H.: *Los asociales*. Ed. Morata, Madrid, 1953.
20. GARRE, W. J. M.: *Algunos aportes para el conocimiento de la etiología de la delincuencia infantil*. Medical Times, Ed. Castellana, noviembre 1961, pág. 78.
21. HALLIDAY, J.: *Medicina psicosocial*. Ed. Univ. de Buenos Aires, 1961.
22. HAVIGURST, R. J.: *La delincuencia juvenil en el mundo de hoy*. Estudios de Sociología, Nº 1, setiembre 1961, pág. 106. Ed. Bibl. Omeba, Buenos Aires.
23. IRURZUN, V.: *Enfoque sociológico de la conducta desviada*. Memoria del Sexto Curso organizado por el Departamento Coordinador de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional de Córdoba, abril 1965 (publ.: Córdoba, diciembre 1968).
24. *Juvenile Delinquents*. Separata de "Crime and Delinquency", págs. 431-440, remitido por H. G. Korn, agregado cultural Emb. de Canadá, 1970.
25. *Japan Statistical Year Book*. Bureau of Statistics, Office of the First Minister, 1960.
26. *Juvenile Delinquents*. Dominion Bureau of Statistics. Health and Welfare Division, 1959, Ottawa, mayo 1961.
27. KLEIJN, J. J. M.: *The Duties and Function of the Juvenile Police in Child Welfare*. (Holanda.) April 1964. Head Youth Department, Police the Hague.
28. *Kriminalstatistikk 1969*. (Crimes Investigated by the Police.) Statistik Sentralbyrå, Oslo, 1970, 57 págs.
29. KVARACEUS, W. U.: *Delinquent Behavior*. Vol. 2, Washington, D.C., National Education Association, 1959.
30. *L'Education Surveillée en France*. Textes et Notes, 25 jun. 1969 (folleto 14 págs.).
31. LINDSEY, B. y MRS. LINDSEY: *La rebelión de la moderna juventud*. Buenos Aires, 1931.
32. LANDER, B.: *Toward an Understanding of Juvenile Delinquency*. Columbia Univ. Press, New York, 1954.
33. MARCUSE, H.: *El fin de la utopía*. Ed. Siglo Veintiuno S.A., 3ª ed., Buenos Aires, 1969.
34. MENDOZA, T. J. R.: *La protección y tratamiento de los menores*. Ed. Bib. Arg., Buenos Aires, 1960.
35. MORZONE, L.: *Los menores delincuentes*. Primer Congreso Americano del Niño. La Plata, 1916.
36. NELSON, E.: *La delincuencia juvenil*. Ed. La Facultad, 3ª ed., Buenos Aires, 1941.
37. NERON G.: *El niño vagabundo*. Ed. Freeland, Buenos Aires, 1957.

38. PRINS, P. G.: *National Federation for Child Welfare*. (Holanda), The Hague, august 1961. (Revised in 1968.)
39. PONTES, M. y ANDRADE, J. M.: *Niños en la barrera del infierno*. Brasil Joven (FNBEM), IV, N° 13, marzo de 1970, pág. 54.
40. PUCCIARELLI, E.: *La filosofía en la era de la técnica*. Rev. de la Universidad. (Publicación de la Univ. Nac. de La Plata, R.A.), N° 22, pág. 93, 1970.
41. *Rapport d'Enquete sur la Jeunesse Française* (66/67), Ref. N° 736.100/74, págs. 523-537. (Moyens d'action relatifs a la jeunesse inadaptee et delinquente.)
42. RECA, T.: *Delincuencia infantil en la Argentina y Estados Unidos*. Buenos Aires, 1932.
43. REZENDE, M. M.: *A delinquência juvenil e suas causas*. Brasil Joven (FNBEM), IV, N° 13, marzo 1970, pág. 14.
44. *Supplement a Reeducation*. Textes Legislatifs. Ordonnance du 2 Février 1945, relative a l'Enfance delinquante. (Modifié par la loi du 24 mai 1951), 18 págs.
45. SHAW, C. and MCKAY, H. D.: *Juvenile Delinquency and Urban Areas*. Chicago University of Chicago Press, 1942.
46. SHANAS, E. and DUNNING, C. E.: *Recreation and Delinquency*. Chicago Recreation Commission, 1942.
47. SUDROJEV, V.: *Nueva etapa en la legislación penal de la URSS*. Novedades de la Unión Soviética, 15-VIII-60, N° 16 (243), pág. 11.
48. *Statistical Abstract of the United States*. 1970, págs. 146 y 147.
49. TRASHER, F. M.: *The gang*. Chicago, University of Chicago Press, 1936, 2nd Rev. Ed.
50. TRAMER, M.: *Manual de psiquiatría infantil, de la pubertad y de la adolescencia*. Ed. Morata, Madrid, 1946.
51. TEETERS, N. and MATZA, D.: *The extent of delinquency in the United States*. Journal of Negro Education, 1959, 28, pág. 200.
52. *The British Journal of Criminology*. Messrs, Stevens and Sons Ltd., 11 New Fetter Lane, London, E.C., 4, vol. VIII, N° 4, abril 1958, págs. 244 y 307.
53. *Uniform Crime Reports for the United States* Dep. of Justice, Federal Bureau of Invest. an Repr., 1968.
54. VIEL, B.: *Implicancias sociológicas del crecimiento de la población*. P.R.B. (Population Reference Bureau, Inc.). Programas internacionales de población, Bogotá, Colombia, 25-VIII-69.

CUARTA PARTE

LA JUVENTUD EN LA UNIVERSIDAD

1. LA JUVENTUD Y LA POLÍTICA UNIVERSITARIA
por el Prof. ALFREDO PUCCIARELLI
y el Sr. FRANCISCO SCHWARCZ

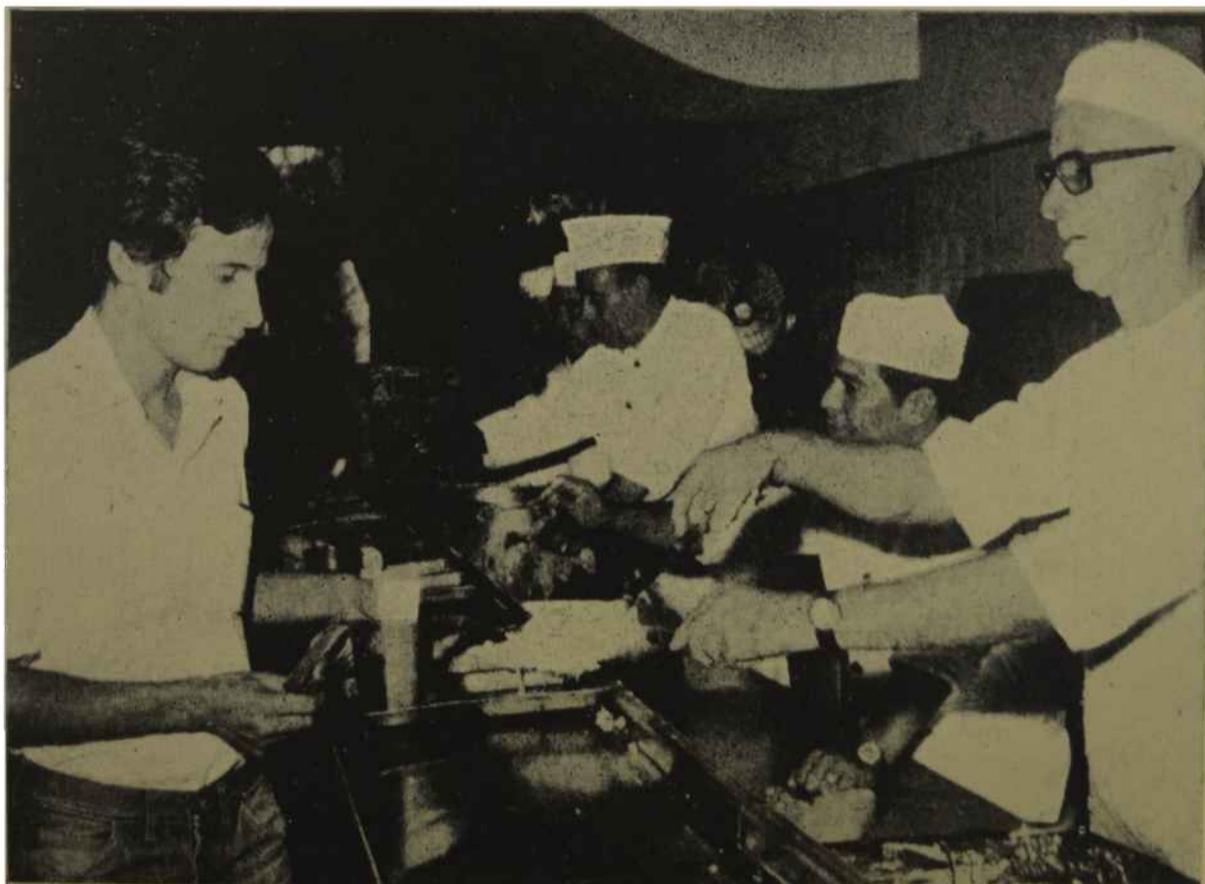
2. LAS ACTITUDES JUVENILES Y LA EDUCACIÓN
por el Prof. GUILLERMO SAVLOFF



Vista nocturna de la catedral de La Plata, de estilo gótico. El proyecto fue encomendado al ingeniero Pedro Benoit y su construcción —aún inconclusa— se inició el 18 de noviembre de 1885.

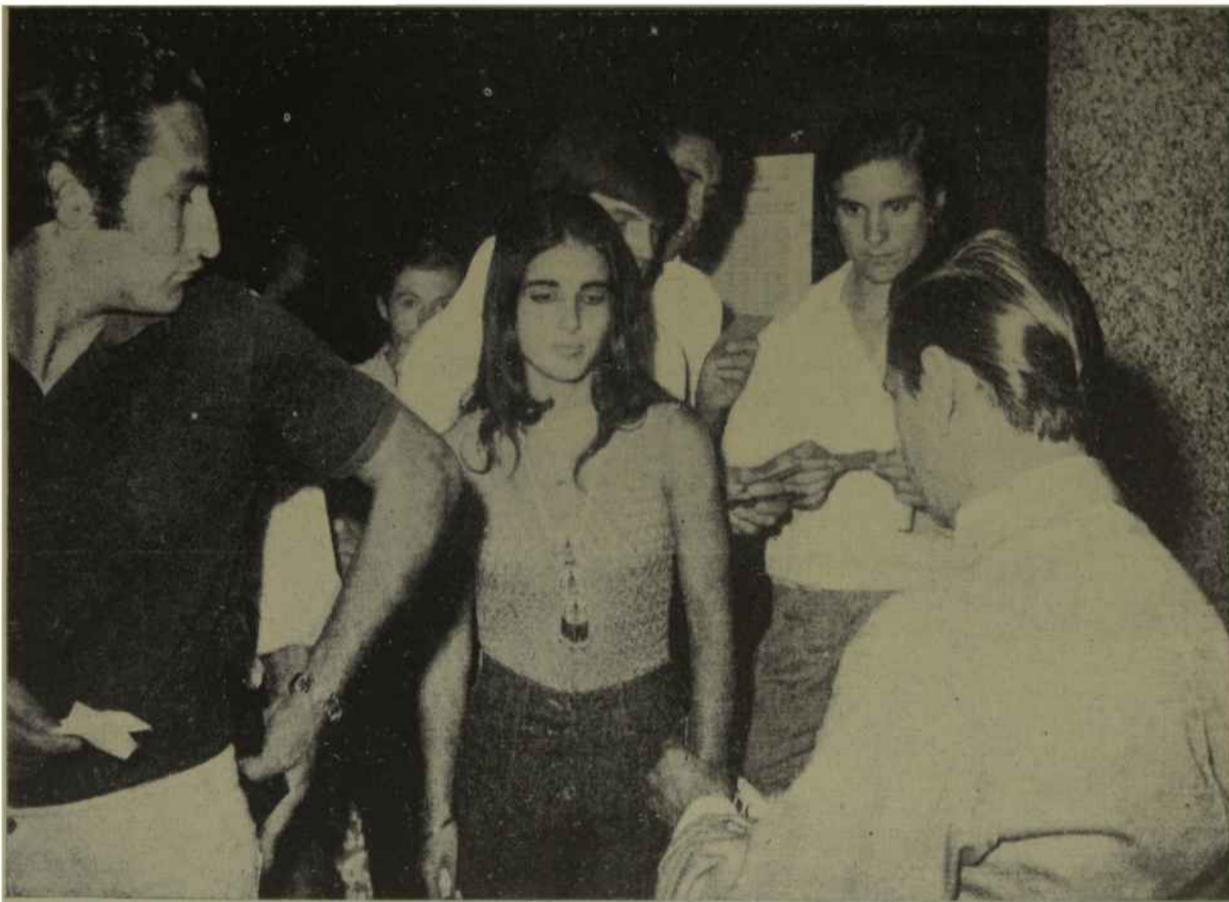


Edificio que desde marzo de 1962 ocupa el comedor estudiantil dependiente de la Universidad Nacional de La Plata. Está ubicado a la vera del Bosque de la ciudad. Fue creado en 1936 juntamente con el servicio de sanidad para estudiantes.



El Comedor Universitario de La Plata funciona con el sistema de auto-servicio. Las comidas son preparadas con el asesoramiento dietético y médico de la Dirección de Sanidad de la Universidad.

Los estudiantes al entrar en el Comedor deben adquirir un vale que cuesta 50 pesos moneda nacional (0,50 pesos), pero el costo real para la Universidad es de 350 pesos moneda nacional por comida.



El 30 por ciento de los estudiantes de la Universidad Nacional de La Plata son asistentes habituales del comedor. En 1971 se dieron en él 2.145.570 comidas.





El Palacio Municipal de La Plata visto de noche. De estilo Renacimiento alemán, los planos se deben al arquitecto Huberto Stier, de la ciudad prusiana de Hannover, y la ejecución a su connacional arquitecto Ernesto Meyer. Las obras se iniciaron en 1883 y estaban virtualmente terminadas en 1886. Este hermoso edificio enfrenta al de la Catedral —reproducido en otra fotografía—, estando por medio la gran plaza Moreno, centro geográfico de la ciudad.

La juventud y la política universitaria

ALFREDO PUCCIARELLI y FRANCISCO SCHWARCZ

INTRODUCCIÓN

PROFESOR TITULAR DE sociología general en la Facultad de Humanidades de La Plata, casa en la que se graduó de profesor de filosofía en 1963. Es asimismo profesor adjunto de introducción a las ciencias sociales en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de La Plata. Y profesor titular de investigación en comunicación social en la Escuela Superior de Periodismo de la misma universidad. Investigador de la Comisión de Investigaciones Científicas de la UNLP (1968-69). TRABAJOS: Estructura de clases y dependencia; Estructura de clases en el campo argentino; Análisis estadístico del censo universitario de la UNLP; Análisis de infraestructura social de la Región Comahue, entre otros. Su colaborador F. Schwarcz es técnico del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de La Plata.

LA universidad argentina, ya lo sabemos, está siendo sacudida desde mucho tiempo por un agudo proceso de enfrentamientos internos que están alcanzando, quizá, niveles tan elevados como los que dieron lugar, con otro contenido, a la aparición del movimiento reformista de 1918. Como en esa ocasión histórica su protagonista principal vuelve a ser hoy el movimiento estudiantil. Sin embargo, los objetivos, los métodos y las posibilidades de realización que tienen los estudiantes de la Universidad actual en nada se parecen a los postulados que heredó, por más de 50 años, de aquella circunstancia histórica. Remarcar las causas de esas profundas diferencias es el objetivo de este trabajo. A muchos parecerá esta afirmación un tanto exagerada o por lo menos apresurada. Pero, a poco que se reflexione sobre el significado y las consecuencias de la acción estudiantil, se verá que con su propia dinámica cuestionadora amenaza desbaratar las formas de organización que todavía sostienen a la enseñanza universitaria. Con todo resulta comprensible que

el sentido de las acciones estudiantiles de los últimos años aparezcan semi-ocultas o deformadas para quienes de una forma u otra han estado comprometidos con su planteo y obligados a comprender nuevas situaciones en las que encontraron involucradas sus propias posiciones. Y aunque esta es una manera común y obligada de acceder a la realidad social, creemos que será útil comenzar a plantear algunas cuestiones sobre el valor general que tienen, por ahora, ciertos antagonismos particulares, y su relación con la crisis pedagógica y política que soporta la universidad en su conjunto.

Una empresa de este tipo entraña cierto riesgo. Las vías mediante las cuales se desliza el error son innumerables. Entre ellas nos preocupa especialmente las que puedan surgir del contexto de significación en que insertamos ciertos acontecimientos recientes, o lo que es lo mismo, que ideologicemos extremadamente nuestra percepción de algunos fenómenos a causa de un conocimiento fragmentario e insuficiente. Por lo demás, no pretendemos convalidar por ahora, ninguno de nuestros juicios pues creemos que en esta etapa es más prudente realizar afirmaciones de carácter general destinadas a abrir la polémica sobre el tema. Es por ello que en el texto no se hallaran citas bibliográficas de textos teóricos, ni referencias que den apoyatura empírica a las proposiciones. El breve aporte que significa este trabajo, debe ser considerado exclusivamente como un intento de ordenar jerarquizadamente ciertos datos obtenidos en su mayoría por percepción directa y vincularlos entre sí mediante un conjunto simple de hipótesis, que pueden dar lugar a una investigación más profunda.

1. LA UNIVERSIDAD COMO AGENTE DE MOVILIDAD SOCIAL

Antes de comenzar, será conveniente precisar algunas ideas sobre dos cuestiones: una referida a la naturaleza de los vínculos que se establecen entre la universidad como parte del sistema educativo y el tipo de sociedad que le da sentido; y otra, a la influencia que la modificación de esos vínculos ejerce sobre el desempeño armónico de los papeles que le corresponden a sus protagonistas principales, autoridades, docentes y alumnos.

La universidad de la sociedad moderna, es decir, burguesa, se halla en la cúspide de un complejo sistema destinado a crear y difundir las innovaciones científico-técnicas y las creaciones culturales que acompañan la creciente expansión de las fuerzas productivas durante el período de consolidación del sistema capitalista. En ese sentido se la destina para cumplir, en el más alto nivel, una función específica: debe reproducir las condiciones de existencia y supervivencia de relaciones económicas y so-

ciales que hacen posible un cierto tipo de dominación de clase. Esa función reproductora se ejerce en dos planos distintos, referidos a la división técnica y social del trabajo, planos que no siempre se encuentran armónicamente entrelazados y de cuyo desajuste devienen aspectos incomprensibles de ciertos conflictos universitarios, caracterizados por la aparente ambigüedad de su contenido.

Mediante la transmisión de conocimientos científico-técnicos, la universidad prepara, en primer lugar, los cuadros superiores destinados a cubrir ciertos roles ocupacionales requeridos por la naturaleza de la estructura productiva. En este caso, el papel desempeñado por la universidad debe ser analizado como un mecanismo reproductor de mano de obra altamente calificada, de acuerdo con las exigencias del mercado de trabajo. Cumple su función cuando prepara adecuadamente la cantidad y calidad de mano de obra requerido por éste, y deja de cumplirla, o la cumple mal, cuando por diversas razones lanza al mercado un número insuficiente o excedente de la cantidad de profesionales que puede absorber la estructura productiva. El punto crítico de la relación universidad-sociedad se traduce en una relación compleja entre el número de graduados lanzados al mercado de trabajo en las distintas especialidades en cada período, y el número de cuadros técnicos que pueden ser satisfactoriamente empleados.

En una sociedad capitalista como la nuestra, donde la producción y sus requerimientos, y la acción educativa a cargo del estado, no pueden ser coordinadas mediante la planificación social del trabajo, la coincidencia entre ambos sectores se encuentra mediatizada por un conjunto de mecanismos que actúan en forma parecida a los que regulan la relación entre oferta y demanda de mano de obra. Si la demanda crece, por expansión de la estructura productiva y crece la necesidad de reclutamiento, se abre la posibilidad de acceso a la enseñanza universitaria a nuevas capas o clases sociales ubicadas en niveles inferiores de la sociedad.

La capacidad técnica proporcionada por la enseñanza universitaria se convierte, de esa forma, en un medio de acceso a posiciones superiores de la estructura ocupacional, la universidad en canal que favorece la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo disponible, y el conocimiento en una mercancía, que es valorada según el costo de su preparación y la necesidad que se expresa en el mercado de trabajo. Cuando este tipo de demanda se mantiene durante un período más o menos prolongado, ya sea en un mismo sector de la estructura productiva o desplazándose de un sector a otro, pero dentro del mismo nivel ocupacional, se generan en las capas o clases sociales que van teniendo acceso a la enseñanza universitaria, nuevas expec-

tativas de movilidad social ascendente. En la Argentina, en los últimos cincuenta años la universidad ha servido, con intermitencias, a este fin, constituyéndose en vehículo de circulación ascendente entre las distintas capas de la clase media urbana.

De esta forma, la relación armónica universidad-sociedad depende de tres factores: de la capacidad que tiene para preparar los cuadros requeridos, de la plasticidad de la estructura ocupacional que debe absorberlos, y de la ampliación de las expectativas de movilidad social creadas en ciertos sectores sociales. Como se ve, el mecanismo de integración entre las tres tendencias no es muy simple, debido a que actúan entre sí con relativa autonomía. La posibilidad de desencuentros suele ser en países capitalistas atrasados, como la Argentina, una de las fuentes que alimentan diversos tipos de conflictos basados en que la movilización provocada en las capas medias durante períodos de crecimiento no puede ser permanentemente absorbida por la estructura universitaria ni por la estructura ocupacional.

Cuando el mercado de trabajo a ese nivel se vuelve rígido, la demanda disminuye o se estanca, y el exceso de postulantes se transforma en una especie de ejército de reserva que, cuando no encuentra ubicación fuera del país, deprime las condiciones de colocación de todo el sector ocupacional al cual están vinculados. La sincronía entre oferta y demanda de mano de obra deviene entonces en desajuste entre las expectativas de ascenso provocadas en estas capas sociales y la posibilidad de hacerlo efectivo mediante los canales establecidos, lo cual contribuye significativamente a radicalizar su práctica política y su ideología.

2. LA UNIVERSIDAD COMO REPRODUCTORA DE IDEOLOGÍA

Vista desde este ángulo, la universidad es parte del mecanismo reproductor de la fuerza de trabajo y agente de la movilidad social ascendente. Pero no es ésa su función exclusiva. La preparación técnica es condición indispensable para la integración del profesional en la esfera de la producción; sin embargo, tan importante como el conocimiento técnico resulta el conocimiento y la aceptación de las condiciones sociales en que la producción se realiza. La forma de desempeño depende no sólo de la división técnica del trabajo, sino también de la forma en que el producto generado por el trabajo es apropiado y distribuido entre los agentes productivos. La universidad garantiza la formación técnica del profesional, pero a la vez asegura que su integración se realice armónicamente, es decir, adoptando naturalmente como el mejor de los modos posibles las reglas

del orden establecido. No sólo repone la fuerza de trabajo necesaria para el desarrollo material de la sociedad sino que además provoca, a través de la ideología, la aceptación de las leyes sociales que rigen el sistema de producción-apropiación dominante.

En la sociedad capitalista, la preparación técnica de un futuro asalariado supone, a la vez, la preparación ideológica del asalariado como tal, condicionándolo para que acepte naturalmente su inserción en el campo de la producción como vendedor de fuerza de trabajo. Aún más, la realización del trabajo basada en la propiedad privada del capital y en la compra-venta de trabajo, debe aparecer, ideológicamente, como el modo que puede permitirle al asalariado convertirse, por acaso, de vendedor en comprador de fuerza de trabajo. La posibilidad de conversión no es importante, lo es su aceptación ideológica que lo lleva a consagrar el sistema explotación en el cual debe insertarse.

La reproducción de los cuadros técnicos exige, entonces, no sólo la reproducción de su calificación, sino también la reproducción de las relaciones sociales predominantes, ocultas bajo el manto de la ideología. Pero la persuasión ideológica necesita de sus propios especialistas, que deben ser preparados para administrar ideas y símbolos o regular ciertas prácticas destinadas a garantizar la aceptación social de las relaciones que hacen posible la supervivencia de las clases dominantes.

Para ello, la universidad, junto al resto del sistema educativo, se convierte en ámbito privilegiado donde las formas de elaboración ideológica encuentran su expresión más acabada. La manipulación ideológica se realiza mediante la enseñanza universitaria en dos niveles y con dos fines distintos. Por un lado transmite la ideología implícita a las formas de desempeño de los distintos roles ocupacionales. Por otra parte, instruye especialmente a los futuros profesionales del trabajo ideológico, destinados a desempeñar tareas específicas en el plano de la cultura, del poder político y la administración de ciertas instituciones.

De esa forma se comprende que la persuasión ideológica independientemente de las vías por las cuales se transmite se halle omnipresente en todo tipo de relación político-docente. Aunque varía el grado de centralidad de la cuestión ideológica, según el tipo de enseñanza que se imparte, toda práctica universitaria contiene como ingrediente sustancial, por afirmación o negación del planteo ideológico, el proceso de mistificación de la realidad hacia la cual directa o indirectamente se refiere la práctica docente.

En ese sentido, el eje a través del cual se deslizan los distintos matices ideológicos que pugnan internamente en la práctica universitaria, está cons-

tituido por la aceptación de los valores y principios consagrados, es decir, por la justificación del núcleo, de la esencia de las relaciones sociales predominantes. A partir de esa aceptación se producen variaciones que crean, en general, un clima de debate y oposiciones agudo pero circunscripto a ciertos límites, dentro de los cuales aparece la actividad docente rodeada de una imagen respetuosa ante todas las posturas, como corresponde a la transmisión científica y objetiva del saber universal. A veces ocurre que, conducida por esa dinámica, la universidad genera en su propio seno elementos que transponen las fronteras de la crítica permitida, pero allí es cuando aparecen los vigías del orden que desde el poder político se encargan de redefinir, cuando pueden, las formas de crítica no comprometidas con el sistema.

Ahora bien, así como la condición de integración armónica entre la universidad, tomada como agente de movilidad, y la estructura social depende de las oportunidades brindadas al graduado fuera de ellas, las posibilidades de ajuste en su cometido ideológico, como transmisora de la ideología de la clase dominante, depende de la relación que se establece entre la ideología y su fuente, la práctica social.

Cuando la ideología responde a la necesidad de legitimar el poder de una clase enraizada firmemente en la sociedad, adopta la forma de un sistema coherente de proposiciones donde se articulan entre sí todos los aspectos de la vida social, organizados en forma de proyecto. En ese proyecto se mencionan dos realidades mistificadas, las de las relaciones sociales presentes y la forma de evolución de las relaciones sociales futuras. Si el sistema de ideas en forma de proyecto se transforma en objeto de transmisión ideológica, la práctica social se convierte en punto de confrontación entre la propuesta del objeto transmitido y la realidad mencionada por él.

La confrontación con la práctica social es la que determina, en última instancia en la conciencia de los actores, el grado de vigencia que en cada período histórico tiene la ideología. En ese caso, aunque la mención ideológica no es nada más que una alusión oscurecedora, se apoya en cierto grado de correspondencia entre algunos movimientos fragmentarios de los fenómenos sociales y la alusión que de ellos se hace. Así, por ejemplo, el sistema de voto obligatorio destinado a elegir representaciones políticas, oculta otros mecanismos de dominación que permiten perpetuar la dominación de ciertas clases sociales, es por ello que puede ser ideologizado y propuesto como proyecto de interés general. Pero si el sistema se anula porque pone en peligro la estructura de dominación vigente, la ideología que glorifica aparece negada en los hechos por la conducta de sus propios

sostenedores. En ese caso el proyecto entra en crisis y debe ser redefinido nuevamente. Cuando la práctica de sus negadores genera un nuevo mecanismo de dominación que supera las prácticas anteriores resulta poco difícil elaborar un nuevo proyecto que reemplace al anterior. Pero cuando no puede generarse una alternativa convincente queda a los otros grupos que continúan adheridos a la práctica negada, dos alternativas: reivindicar para sí o para otros la legitimidad de actualizar el viejo proyecto, o descubrir que ya no es factible porque representa una realidad fragmentada donde los aspectos no aludidos impiden en verdad su vigencia.

En ese caso, la crisis del viejo proyecto obliga a intentar una nueva representación de la realidad que montada sobre la crítica de las imposibilidades anteriores deba incorporar nuevos elementos no aludidos por él. De todas maneras si la ideología que legitima el poder de una clase entra en una crisis crónica de irrealidad, la universidad, que debe su existencia precisamente a esa función legitimadora, está obligada a dar una respuesta. De no hacerlo, como ocurre frecuentemente, corre el riesgo de entrar en un proceso de deterioro institucional tan agudo como el que afecta a la clase que le dicta los lineamientos generales de su política. Es cierto que la actividad ideológica de la universidad no refuerza ninguna forma de poder particular de la clase dominante, coadyuva simplemente a mantener su influencia sobre la sociedad. Recubre las relaciones sociales con un manto de ideas y de esencias.

Resiste a todo lo que es práctica, a todo lo que aclara la unidad interna y el sentido de los movimientos sociales. Se mueve con mayor facilidad en medio de las ideas generales que en la experiencia. En ese campo es donde comienzan precisamente las oposiciones entre los portadores del cuerpo ideológico, el aparato docente, y sus destinatarios, los estudiantes. Los receptores pasivos del manipuleo ideológico son quienes, en primera instancia, confrontan a través de múltiples canales la relación ideología-práctica social, y descubren que en las situaciones de crisis la universidad no se coloca abiertamente en el plano de las clases dominantes, sino que se repliega sobre sí misma, se burocratiza, tratando de ocultar ante sus propios ojos y ante la sociedad la función que ella cumple.

Por ello es que sobre la base de la experiencia cotidiana y colectiva de su tarea específica, el movimiento estudiantil genera respuestas nacidas de otras necesidades y expectativas. Comienza rechazando toda especie de "empirismo" considerado como la aceptación interesada de un estado dado de la sociedad, aceptado como un hecho natural en lugar de ser criticado y restituido a su realidad social; y terminan atacando la sumisión de la enseñanza a la influencia de la clase dominante y de los grandes aparatos

de producción, de organización y de dirección que aseguran su predominio. Si combate a profesores y autoridades no es tanto para acusarlos de estar al servicio activo de las clases dirigentes sino porque les reprocha ser sus cómplices al negarse a calificarlas y a analizarlas, cubriéndose con un manto de objetividad que oculta la negativa a reconocer los hechos de poder. Pero los problemas de poder no se resuelven solamente mediante planteos ideológicos por más precisos que ellos sean. El poder se cuestiona, se rechaza, se disputa, con alguna efectividad, solamente en el plano de la acción política y ésta necesita de la organización y el reclutamiento tanto como de la ideología. De ahí que su propia práctica cuestionadora los arrastre inevitablemente a integrar en un solo movimiento todas las formas de organización y acción que desembocan en disputas de carácter político, tanto dentro como fuera del ámbito universitario.

3. LOS CONFLICTOS UNIVERSITARIOS

Si lo anterior es cierto, creemos que la raíz de los conflictos dentro de la universidad puede ser descubierta, en un comienzo, analizando la naturaleza de las relaciones que se establecen entre autoridades, docentes y alumnos cuando las funciones que le han sido asignadas por la sociedad entran en oposición, de distinto modo, con la sociedad misma, o mejor dicho, con la política que le impone una clase que se halla imposibilitada de legitimar su poder.

En ciertos períodos históricos, la universidad cumple ese rol ajustadamente, es decir, sin contradicciones evidentes, pero no adecua su estructura interna a la necesidad creciente de preparar nuevos profesionales requeridos por la expansión de la estructura productiva. Se limita la capacidad de ascenso de algunas capas sociales, desde las cuales surge un número creciente de aspirantes, y aparece en el movimiento estudiantil un tipo de oposición interna a la autoridad universitaria orientado hacia la opción de planteos científico-pedagógicos. La reforma de la institución es el tema central, el punto de fricción y junto con él ciertos planteos políticos que lo acompañan periféricamente. Los proyectos políticos se enmarcan dentro de las expectativas generales de las clases que pugnan por la utilización de la universidad como canal de ascenso social. En la Argentina han sido las capas medias caracterizadas por su subordinación a la ideología y a la política de las clases dominantes aunque hayan aparecido envueltas, como el caso de la reforma liberal del año 1918, dentro de un marco teórico revolucionario y antiimperialista. En períodos posteriores la universidad se

Juventud y política universitaria

adapta a nuevas necesidades creadas por la incorporación de nuevos sectores sociales.

Si bien no es una universidad "abierta", porque las clases más numerosas no tienen acceso a ella, deja de ser universidad de "élite". Es la universidad más o menos característica de la democracia burguesa destinada a promover con limitaciones la circulación ascendente entre las distintas capas de la clase media. La profesión con desempeño liberal y vinculada básicamente al sector servicios constituye su preparación predominante.

Cuando los contenidos ideológicos transmitidos por este tipo de universidad entran en antagonismo con la práctica social de la clase en el poder, aparece nuevamente el conflicto, pero esta vez cambiado de signo. También cambia la respuesta del movimiento estudiantil; se asume políticamente el proyecto recibido y negado, y se lo vincula con el destino de otras clases sociales que no tienen relación directa con la dinámica universitaria. Si la universidad mantiene las mismas características democráticas, el movimiento estudiantil a la vez que la defiende y se integra sin conflicto a la vida universitaria, parte desde allí para vincularse y colaborar con el movimiento social que deberá asumir el proyecto retomado por ella. Pero lo que aparece como nuevo e irrealizado no es más que el viejo proyecto heredado de las clases dominantes, y redefinido superficialmente para expresar algunos intereses contradictorios. Intereses que no pueden ocultar el hecho de que su destino como capa social está atado al mantenimiento de la movilidad social, aunque ciertos aspectos superestructurales hayan fenecido. Ésa es la fuente de la ambigüedad, muchas veces anotada, de su conducta ideológico-política durante ciertas etapas históricas; como estudiantes se instalan en posiciones radicales, que después abandonan paulatinamente atraídos por la tentación del ascenso social. Periódicamente, cuando se amplía la proyección política del movimiento tomando la universidad a veces como modelo y otras veces como base de operaciones, el estado, garantía natural de su funcionamiento, intenta frenar el avance del conflicto por medio de la coerción. En ese caso el movimiento estudiantil combate en dos flancos: reivindicando la universidad ideal, reformista, liberal, integrada al país igualmente ideal, capitalista, autónomo, liberal y progresista.

Si, como ocurre en la actualidad, la crisis del proyecto ideológico se agudiza y a la vez se frena el proceso de movilidad por estancamiento crónico de la estructura productiva, el movimiento estudiantil, amenazado por un proceso de pauperización relativa, vuelve a cambiar el contenido y la dirección de su conducta política. Radicalizado, comienza a reconsi-

derar el proyecto ideológico que recibe y que a la vez sustenta con modificaciones transformando la oposición parcial en oposición al núcleo de la ideología dominante. Pero la experiencia de cuestionar en profundidad la esencia de los contenidos heredados le permite vislumbrar borrosamente el hecho mismo de la transmisión ideológica, a través de la cual se descubre la función legitimadora como mecanismo implícito y explícito de la enseñanza, en particular de la enseñanza universitaria. La necesidad de transformar las condiciones económicas y políticas que impiden, entre otras cosas, su realización como profesional vinculado al ascenso de ciertas capas sociales, no sólo transforma la calidad de sus acciones políticas sino que modifica sustancialmente la ideología que la sustenta, hasta llegar a percibir, inclusive, que sus propias expectativas de clase corresponden a un tipo de sociedad y a una etapa histórica que no puede volver a reproducirse.

4. LA CRISIS ACTUAL: EL PERÍODO REFORMISTA

La sociedad argentina de los últimos 15 años está sufriendo una crisis crónica de estancamiento. Sus causas son muy conocidas para que volvamos a repetir las. El último período de expansión, que tuvo su momento de auge durante la post-guerra, terminó lánguidamente su ciclo al promediar la década del cincuenta con las últimas radicaciones significativas de capital extranjero destinadas a la sustitución de bienes intermedios. Adoptado el proceso de crecimiento industrial la economía en su conjunto se detuvo y comenzó a girar sobre sí misma alrededor de dos ejes: la producción agropecuaria de exportación dominada por la oligarquía latifundista y la producción industrial del mercado interno, absorbida paulatinamente por las sucursales locales de los monopolios imperialistas.

En este nuevo ciclo que todavía no ha concluido se está produciendo aceleradamente la concentración y centralización del capital en todas las ramas de la economía. La concentración monopolista en condiciones de dependencia es absolutamente necesaria para garantizar la acumulación del capital, y mantener una línea de desarrollo industrial que excluya modificaciones significativas en las relaciones de producción existentes. Para ello debe encontrar obligadamente nuevas formas de acumulación interna que en las actuales condiciones de la economía argentina no pueden evitar el deterioro del sector asalariado por efecto de la redistribución del ingreso nacional. Pero inciden, además, sobre la composición de las capas medias acentuando el peso de los asalariados en detrimento de los pequeños productores y propietarios. Esta modificación de la base estructural de la clase media argentina, y su tendencia a la pauperización relativa se conoce

por algunos síntomas, aunque todavía no ha sido estudiada como corresponde. Uno de los signos es, precisamente, la modificación de la conducta del movimiento estudiantil después del golpe de estado del año 1966. Esta crisis de estancamiento desarrolló hasta 1966 un agudo antagonismo entre la necesidad de la clase dominante de profundizar el desarrollo capitalista en condiciones de dependencia, y la existencia de un estado representativo liberal apoyado en la participación electoral de los sectores populares. Los acontecimientos políticos de la década 1956-66, con su secuela de proscripciones, fraudes, y golpes de estado no permiten abrigar dudas al respecto.

La universidad sufrió la consecuencia de esta doble crisis económica y política de varias formas. Por un lado se limitó su capacidad de funcionamiento docente por insolvencia financiera. Por otro lado se encontró obligada a seguir preparando cuadros profesionales que encontraron mayores dificultades de inserción en una estructura ocupacional que había perdido la plasticidad de períodos anteriores. Además, la fractura evidente del proyecto ideológico colocó al aparato docente ante una triple alternativa: la irracionalidad, el silencio o la represión ideológica, como única forma de recitar un circunloquio que no resultó convincente para nadie, excepto para quienes lo ejecutaron. La creciente desintegración entre las dos funciones señaladas, canal de ascenso y reproductor de ideología, coincide para nosotros con la reimplantación de la autonomía y el gobierno tripartito concedido por el golpe de 1955.

Durante 10 años (1956-66) la universidad intentó redefinir sus normas internas de funcionamiento en todos los niveles —poder, ideología y ciencia—, basándose en la restauración de los principios generales del ideario liberal reformista. En el plano del poder institucional: autonomía y gobierno tripartito constituido por elecciones de los tres claustros. En el plano de la ideología: un proyecto de capitalismo avanzado, estrechamente vinculado con un proceso de democratización política, basado en la participación de todos los sectores particulares a través de la representación de los partidos políticos tradicionales. En el plano científico pedagógico: implantación del principio de neutralidad ideológica articulado con el viejo principio reformista de libertad de cátedra, donde los parámetros de evaluación de la aptitud docente se establecieron teniendo en cuenta exclusivamente la idoneidad científica. La posición ideológica se introduce de contrabando bajo el concepto de objetividad científico-pedagógica, mediante la organización de los contenidos transmitidos. Además se ideologiza por ausencia explícita de relación crítica entre la ciencia transmitida y las condiciones sociales de división de trabajo en que esa ciencia debe ser ejerci-

tada fuera de la universidad. Se enfatiza el desarrollo científico técnico, como punto de partida para lograr el desarrollo económico social, abandonando explícitamente el análisis concreto de las condiciones sociales y políticas que hacen posible el desarrollo.

Durante esos años, el movimiento estudiantil vive la experiencia repetida de oposición entre esos proyectos y la dinámica impuesta a la sociedad argentina por las clases dominantes: concentración y centralización de la producción en manos de monopolios extranjeros; estancamiento y dependencia económica, integrada en el plano político al sistema alternativo dictadura militar —democracia restringida con marginación de los sectores populares y vigilancia tutelar de las fuerzas armadas.

Ante la negación evidente de los grandes principios liberales, que se creyeron restaurar para toda la sociedad después del golpe de 1955, el movimiento estudiantil elabora una respuesta constreñida aún por las expectativas de ascenso todavía vigentes en la mayoría de la clase media. En efecto, a pesar del estancamiento crónico de la economía en su conjunto, se producen algunas modificaciones entre sectores que permiten mantener aspiraciones de ascenso mediante la inserción en la estructura de la gran empresa o a través del desempeño de ciertas profesiones liberales ligadas indirectamente a su crecimiento. Con las expectativas de movilidad presentes los estudiantes responden desde la universidad a la política del estado con un proyecto ideológico-político dominado por lo que podríamos llamar “la nueva restauración reformista”.

El nuevo movimiento reformista intenta construir la universidad ideal basándose en las nuevas condiciones que le proporciona su participación en el poder. Por un lado, denuncia la inadecuación de la universidad tradicional frente al aparente proceso del desarrollo de las fuerzas productivas, ampliación de la movilidad social y agudización de la lucha de clases. Por otra parte, pretende extender, como lo quisieron sus ideólogos, su influencia y su modelo de funcionamiento hacia toda la sociedad. Concibe a la universidad como centro y agente de transformación social, el foco irradiador del futuro país liberal-progresista, antioligárquico y antiimperialista, la ínsula democrática. En ella su organización se adapta también a los moldes impuestos por la herencia liberal. Las agrupaciones estudiantiles dentro del centro único por facultad, cumplieron tareas típicas de los partidos políticos tradicionales, enmascarando su posición política a través de distintas tendencias internas al reformismo. Los fines políticos aparecían concientemente diluidos detrás de las reivindicaciones gremiales que culminaban, en la mayoría de los casos, con el manejo de las cooperativas de libros y material didáctico. La representatividad del centro de

estudiantes fue generalmente baja; las prácticas electoralistas transplantadas de la experiencia realizada en el comité partidario, impidieron el desarrollo de la conciencia política de la masa estudiantil. Además, en los organismos regionales y nacionales se desarrolló un aguda tendencia al dirigentismo, asimilada también del modelo político liberal, que trasuntaba una concepción elitista de la actividad política consecuencia de concebir a la universidad como territorio privilegiado a partir del cual resultaba posible modificar el país.

El reformismo aceptó, y en cierta manera estimuló, la creación de un nuevo personaje de la vida universitaria, el científicista, que vino a completar y corregir de algún modo al añejo academicista. Tuvo como uno de sus más inestimables postulados la elevación del nivel científico de la enseñanza. Pero entre la ciencia y el científicismo media una importante diferencia. El científicista considera a la universidad como el recinto donde se accede a la universalidad del saber por encima de los conflictos que dividen a la sociedad. Esta universidad abstraída de los antagonismos reales, puesta en la búsqueda de esencias, axiomas o hipótesis generales, promueve al científico científicista, que se integra críticamente en la esfera de su especialidad siempre que ella se encuentre alejada del mundo donde los fenómenos sociales se vuelven tangibles. El reformismo no cuestiona esta parcelación enajenante del pensamiento burgués, cuya lógica refiere todo conocimiento a un conocimiento general objetivo, a una verdad universalmente válida. Moviéndose entre las mallas del formalismo y la retórica liberal aceptó los supuestos de esta lógica, se plegó a ella bajo el amparo prestigioso de la lucha en favor de la idoneidad docente. Por último el reformismo afianzó su fe en la universidad como región autónoma diferenciada del resto del país, por la vigencia de la institución más cara al liberalismo: el poder parlamentario. A través de consejos superiores y académicos, docentes, estudiantes y graduados consagraron el principio de la democracia parlamentaria, y con lazos de creciente solidaridad interna elaboraron el proyecto que inútilmente pretendió alzar una universidad progresista y popular en medio de un país estancado regido por un poder antipopular y antinacional.

5. LA CRISIS ACTUAL: DESPUÉS DE LA INTERVENCIÓN

El golpe de estado de 1966 no se propuso simplemente producir algunos reajustes en la sociedad argentina. No tenía como fin intervenir uno que otro sindicato, erradicar la política de las universidades o garantizar una economía sin inflación. Los sectores que promovieron el ascenso del

ejército al poder se proponían algo más profundo: desbaratar definitivamente el esquema liberal de organización del estado nacional. Esa especie de ave fénix siempre resurrecta que fue el liberalismo en la Argentina estaba herida de muerte después de la última experiencia de gobierno "constitucional", por eso podía y debía ser eliminado en silencio pero sin contemplaciones. La anulación de cualquier vestigio liberal en la organización política de la sociedad, dio paso a un nuevo gobierno autoritario, garantía del orden social, que garantizara además y fundamentalmente las inversiones extranjeras, savia vital del crecimiento económico dependiente paralizado durante más de 10 años.

La intervención a las universidades como parte de ese plan cumplió exactamente la eliminación definitiva de la isla democrática; pero ese hecho produjo efectos retardatarios para la salud y el orden del cuerpo social mucho más grave que las causas que las generaron. El derrumbe de la autonomía universitaria, el gobierno tripartito, la organización del movimiento estudiantil y el desarrollo científico logró sus resultados; paralizó la vida universitaria y colocó al movimiento estudiantil ante una nueva realidad, ilegalidad, represión, persecución, y ante una nueva perspectiva las luchas populares de oposición al régimen militar.

La universidad como problema dejó de existir, sólo contó en un principio la lucha por la propia supervivencia, y la necesidad de orientar en otro sentido las formas de acción y organización desarrolladas bajo el abrigo del régimen liberal. El "cordobazo" (1969) que volteó a un gobierno y conmovió al país, fue en parte su nueva obra, y la culminación de una nueva etapa a partir de la cual se plasmaron con rasgos de perpetuidad los nuevos perfiles de su radicalización política y social. Al viejo modelo reformista, apto para la convivencia y la integración en los claustros académicos, contrapuso un nuevo proyecto nacido al calor de la lucha política contra la persecución y la violencia. Lanzado a la ilegalidad, el movimiento estudiantil realizó una doble experiencia que tuvo influencia decisiva en la radicalización de su ideología: por primera vez sus reivindicaciones aparecieron vinculadas, en la calle, a las luchas reales de los movimientos populares, al mismo tiempo que descubría, obligadamente, en la universidad a sus propios enemigos, los representantes directos de la violencia del régimen.

Los rasgos centrales de la nueva estructura estudiantil nacen entonces como resultado de la triple oposición: a su práctica política anterior, al régimen universitario que se le opone y al sistema social que le da sentido. La negación consciente de la ideología reformista no sólo cambia los contenidos y los fines de su acción política dentro y fuera de la universidad

sino que transforma a la vez el modo de organización y participación de la masa estudiantil, tratando de superar los restos de la actitud liberal que la intervención ayudó inconscientemente a desactualizar. El rechazo al régimen universitario no busca transformaciones que adecuen su funcionamiento a las nuevas necesidades de promoción profesional ni tiene como meta la constitución de una nueva universidad, modelo de organización democrática destinada a irradiar sus influencias al resto de la sociedad. El rechazo se apoya en una nueva concepción del papel social de la enseñanza que desnuda su carácter político y su función legitimadora del sistema social que la domina. La oposición al poder militar ha superado las fronteras de lo político para convertirse en oposición al sistema capitalista dependiente que lo sustenta, y a su forma de dominación de clases. El destino de la universidad y del movimiento estudiantil no dependen de la propia práctica universitaria, están atados a la dinámica futura de los antagonismos sociales que hoy impiden su realización. No habrá universidad abierta al pueblo, como lo quiso la Reforma de 1918, ni universidad al servicio del país, mientras el pueblo no acceda al poder y el país encuentre el camino de su desarrollo independiente.

Una característica sobresaliente del movimiento estudiantil actual es el rechazo explícito de las formas de organización que caracterizaron al período reformista. El centro de estudiantes que fue hasta 1966 su principal organismo representativo demostró rápidamente su incapacidad para ordenar las nuevas formas de lucha que exigió la oposición semiclandestina a la intervención universitaria. En un primer momento el sector más radicalizado se expresó a través de las *tendencias*, nuevo criterio de participación adaptado a las necesidades de la acción directa. Las tendencias, a diferencia de las anteriores agrupaciones, preparadas para la contienda electoral, explicitaron su contenido político y en nombre de él, sin pretensiones de representatividad, convocaron a la acción dentro y fuera de la universidad. No pretendieron dirigir al movimiento estudiantil, y encauzaron las necesidades de acción de los grupos más politizados. Hoy la situación ha cambiado. Los grupos de acción semiclandestina han sido reemplazados, dentro de la universidad por la participación y politización creciente de la masa estudiantil que ha elaborado nuevas formas de organización. A los criterios dirigentistas y elitistas heredados del pasado liberal le suceden ahora los organismos que buscan garantizar la participación directa a través de asambleas, discusión en comisiones, etc. En este marco, las tendencias participan pero no dirigen; la masa estudiantil toma de ellas, tanto sean marxistas, peronistas o liberales de izquierda, los elementos que le parecen útiles para la acción inmediata, pero no depositan

expectativas de largo plazo, ni aceptan liderazgos estables de ninguna de ellas.

La oposición a la realidad universitaria presente y la superación de los viejos criterios reformistas se expresa de la misma manera, en el cuestionamiento ideológico de los contenidos de la enseñanza. El principio cientificista de la neutralidad ideológica y la objetividad docente está siendo reemplazado por una práctica de oposición a cátedras y profesores que no ha sido teorizada todavía pero que expresa a nuestro criterio un cambio fundamental en la orientación presente y futura del movimiento estudiantil.

A través del cuestionamiento ideológico, los estudiantes han dado muestra de una nueva toma de conciencia no realizada hasta ahora. Por medio de ella descubren por primera vez a la enseñanza como parte de un mecanismo destinado a reproducir a través de la mistificación ideológica, las condiciones de existencia de un sistema que se han propuesto modificar. Por eso el cuestionamiento se aleja en principio de las reglas de juego establecidas para el buen funcionamiento de la actividad académica; su perspectiva es más política que teórica y su dirección ataca tanto la orientación de los planes de enseñanza y el contenido de las cátedras, cuanto los métodos pedagógicos autoritarios e individualistas que transforman al estudiante en receptor pasivo de las ideas que rechaza. No se lucha solamente por un conocimiento más verdadero, sino por una verdad más comprometida. La idoneidad docente no justifica, para este planteo, ni las actitudes complacientes, burocráticas o alusivas con el régimen político ni el descompromiso con la realidad universitaria nacional. Aún más, la explicación de la posición ideológica se transforma en requisito fundamental para la transmisión aceptada de conocimientos enraizados, de algún modo, con la realidad que los sustenta. Así se amplía, forzosamente, la discusión y la polémica sobre el valor de las ciencias, la función de la ideología, y el sentido de la práctica social, hasta llevar el cuestionamiento al ámbito académico en que se ejerce la práctica pedagógica: la universidad.

Se comprende entonces porqué los estudiantes al resistir la política actual que se desarrolla en la universidad no reivindican los principios que sustentaron a la otra, la universidad liberal anterior al año 1966. Al mismo tiempo que rechazan las formas directas o indirectas de cogobierno tripartito, ejercen el poder con su sola presencia negadora. No existe solución posible a los conflictos universitarios si el movimiento estudiantil no es tenido en cuenta para resolver los problemas que con su presencia activa ha generado. Mientras se agitan muy meditadas modificaciones a la ley universitaria, destinadas a comprometer su participación condicionada,

Juventud y política universitaria

su práctica cuestionadora se transforma paulatinamente en poder real, ejercitado por medio de un nuevo organismo en gestación: la asamblea estudiantil-docente.

Pero este poder no podrá constituirse en mecanismo de conducción universitaria. No lo pretenden así los estudiantes, ni los docentes que participan con ellos. Esta forma de ejercer el poder cotidianamente resulta el dispositivo más eficiente, que en última instancia ha creado el movimiento estudiantil para canalizar las formas de oposición a la política oficial que aparecen dentro de la universidad. Se diferencia de los anteriores por su contenido y su método, pero no puede soslayar los hechos mismos que ha descubierto en este proceso: la universidad es parte de un sistema social que a través del Estado le da funciones, le aporta metas y contenidos, le amplía o restringe su capacidad de funcionamiento. Sólo a través del Estado es posible elaborar un cierto tipo de política universitaria. Esta política puede ser cuestionada y combatida hasta impedir incluso su funcionamiento, pero no puede ser transformada sin haber cambiado previamente el poder que la sustenta.

Por ello resulta inconveniente apresurarse a sacar conclusiones prematuras. En primer lugar porque éste es un proceso abierto que recién comienza a mostrar las tendencias de evolución futura. En segundo lugar, porque sus protagonistas están impedidos, por sí mismos, de encontrar soluciones de fondo que atenúen los antagonismos que se avecinan. Los estudiantes no podrán construir la universidad que pretenden, democrática y popular, al servicio del desarrollo nacional independiente, ni el régimen militar podrá imponer el orden por la aceptación de su ideología y su política. Entre tanto, los docentes deberán elegir por alguna de las alternativas.



"Dos cabezas", (1942), por *Raúl Soldi*

Las actitudes juveniles y la educación

GUILLERMO SAVLOFF

INTRODUCCIÓN

PROFESOR TITULAR DE sociología de la educación en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata y profesor titular interino de teoría de la información en la Escuela Superior de Periodismo de la misma universidad. Graduado de profesor en filosofía y pedagogía. Fue director del Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de Bs. Aires (1956-58). Asesor docente del Ministerio de Educación de la provincia de Bs. Aires (Instituto de Investigaciones Educativas) de 1957 a 1960. Director del Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de La Plata (1960-64). Profesor titular interino de sociología de la educación en la Facultad de Humanidades de La Plata (1964-68). Es autor de diversos trabajos de investigación y de publicaciones sobre temas de su especialidad. Ha dictado cursos en Córdoba y Tucumán.

ENCARAMOS el tema en dos partes. La primera se propone algo así como un retrato del movimiento estudiantil actual en nuestro país, particularmente en sus actitudes hacia el sistema educativo. La segunda intenta llegar algo más a fondo en uno de los aspectos del movimiento: el cuestionamiento ideológico. Ambos puntos son ciertamente de difícil tratamiento, no solamente porque carecemos de base en suficiente material informativo o en análisis de calidad, sino también porque se trata de hechos que están conmoviendo la vida universitaria en el momento presente, de modo que son dudosas las garantías de objetividad posible. Se trata realmente de un tema crítico. Tenemos alguna posibilidad de evadirnos elegantemente apelando a viejas categorías de la psicología del adolescente, hablando de las generaciones o ubicando el tema en un plano universal, lo que nos permitiría recurrir al mayo francés o el fenómeno "hippy" sin mayores compromisos. Si en cambio pretendemos mantenernos en el marco nacional y referirnos a nuestros problemas sociales

y universitarios, debemos disminuir nuestras pretensiones de objetividad y tratar de producir un ensayo más bien propicio a la polémica. Sabemos que esto no facilitará la extracción de conclusiones definitivas sobre el tema, pero ayudará a sistematizarlo como problema.

Primera Parte

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

1. LAS ACTITUDES DOMINANTES

El sistema educativo argentino está siendo sacudido hasta sus cimientos por un proceso de crítica activa que tiene por protagonista al estudiante universitario y parcialmente al secundario. Es inútil disimular su importancia utilizando criterios estadísticos de representatividad al uso de los cálculos electorales, para concluir que no son todos los estudiantes ni la mayoría, sino minorías o grupúsculos manejados por activistas. Como los grandes hechos históricos, el valor del proceso se hace patente en la fuerza que lleva y ésta se mide por los efectos que objetivamente produce. En este caso, las actitudes estudiantiles constituyen sin duda desde hace unos años uno de los hechos políticos destacados del país. La caída de un militar presidente de la Nación en cuyas manos se hallaba concentrado el mayor poder ejecutivo y represivo de la historia argentina, no se explica del todo si no se tiene en cuenta el movimiento estudiantil. Desde entonces las consecuencias son visibles y constantes y, para mencionar sólo las de orden educativo, debe atribuirse a las actitudes estudiantiles efectos tales como relevos de rectores y decanos, clausuras de facultades, modificaciones de hecho a la legislación universitaria, supresión de carreras, expulsión de profesores, en suma, un estado que puede considerarse normal de cuestionamiento y conflicto. Estos son activos o potenciales según los momentos, en la mayoría de las universidades sin excluir las privadas, sin que el sistema de autoridad nacional y educacional pueda evitarlo.

Si en lugar de apelar a argucias estadísticas y a mitos tales como el de "la mayoría silenciosa" se advierte que el estudiantado no ofrece otras manifestaciones de sentido opuesto, y que aquéllas son sistemáticas y constantes, se reconoce la fuerza social que ese proceso tiene en la práctica y se concluye que debe ser considerado realmente representativo del estudiantado argentino de hoy.

Actitudes juveniles y educación

El movimiento estudiantil significa un formidable juicio popular al sistema educativo nacional. Como los juicios "por jurados", los jueces no están en este caso consagrados por sus títulos y cargos. No los respalda el saber codificado, la edad, la experiencia ni el sentido del equilibrio. No tienen los ojos vendados. Su autoridad consiste precisamente en que les falta todo eso. En realidad, la única vinculación que tienen con un juicio es que como estudiantes son constantemente juzgados. Juzgados con autoritarismo o con paternalismo, hasta con *eros pedagógico*, figuran siempre como conducidos, como orientados, como enseñados, como evaluados. Pues bien; los evaluados de siempre se han puesto en jueces sin esperar la designación y han conmovido de un golpe todo el sistema educativo y algo del sistema social.

Referirse al movimiento estudiantil como un juicio al sistema educativo es expresar la verdad a medias. La mitad que falta decir es que lo hace con un enfoque eminentemente político. La crítica al sistema educativo no es didáctica. Consiste fundamentalmente en señalarlo como aparato político, como función de un tipo de Estado, como instrumento de una cierta forma de organización nacional, como dispositivo de una determinada estructura de clases.

Hasta ahora la educación había tenido éxito exhibiéndose como ajena a lo político. Todo lo político reconocido en educación era una legislación y un ministro. Lo demás aparecía como un aspecto administrativo o técnico-administrativo (carreras, planes de estudio, títulos), bien como un problema didáctico (organización y metodología de la enseñanza), bien como un asunto psicopedagógico (aprendizaje, conducta), bien como una cuestión científica (contenidos), o bien como un tema filosófico (fines). La pedagogía había elaborado conceptualmente la apoliticidad del sistema, apoyándose en supuestos tales como la validez universal de la cultura, el carácter desinteresado del saber, la naturaleza objetiva de la ciencia. Incluso popularmente era general la creencia de que la educación es buena e indiscutible en sí misma. Sólo quedaban como problemas la necesidad de una expansión constante del sistema y el perfeccionamiento de su eficacia cualitativa.

El movimiento estudiantil, sin mucho teorizar, ha desbaratado tan cuidadosa organización de la apoliticidad del sistema educativo. A cada aspecto de la educación la ha puesto un apellido de abolengo político: a la legislación educativa la ha llamado colonialista; a los planes de estudio, tecnocráticos; a los sistemas de admisión, clasistas; a la metodología, autoritaria; a los contenidos, ideológicos.

Es así como las actitudes estudiantiles trascienden el campo pedagógico y se constituyen en movimiento político. Esto es lo que les da sentido pero también lo que las sume en la contradicción de rechazar el sistema educativo y a la vez constituirlo como estudiante. Pero esta contradicción forma parte de un proceso dialéctico más amplio que caracteriza la historia presente del país, ella misma motorizada por las contradicciones. En concreto, el dualismo de la actitud estudiantil sólo tendrá solución desde el país, desde su pueblo.

Un primer resumen nos permite definir las siguientes notas del movimiento estudiantil: a) tiene las características de un auténtico movimiento de masas; no es producto de manipulaciones extrañas; b) expresa realmente al estudiantado argentino; no es resultado de planes siniestros de ciertas minorías con intenciones inconfesables; c) abre juicio sobre el sistema educativo nacional en tanto sistema; lo cuestiona, lo rechaza, lo sacrifica; no busca cambiarlo, mejorarlo, reajustarlo; d) desnuda el carácter político de la educación, concibe la educación como hecho político, ilumina la politicidad de cada uno de los aspectos del proceso educativo: fines, objetivos, contenidos, métodos, organización, legislación; e) instala definitivamente la contradicción de poderes y el conflicto en el sistema educativo, y no admite integrar su gobierno como no le interesa mejorar su calidad didáctica; f) la actitud estudiantil es ambigua considerada en sí misma pero dinámica, en la medida en que se instala en la dialéctica nacional del lado de las clases populares.

2. EL PERFIL DE LAS ACTITUDES ESTUDIANTILES

Debemos optar por algún criterio racional para esbozar las líneas que definen al movimiento estudiantil, pero el método sociológico nos ayuda muy poco en una materia tan crítica. ¿Qué selección de datos no sería sometida a crítica? ¿Qué encuesta no sería cuestionada? ¿Qué experto, qué consultor no sería desautorizado? Abandonados, pues, por el criterio empírico, lo único válido aquí es explicar el enfoque y dejarlo librado a la polémica.

Pues bien, nuestro criterio es determinar el perfil del movimiento por sus actos más radicales, por sus actitudes heterodoxas, por sus decisiones más avanzadas. Tratándose de un movimiento que se concibe a sí mismo como revolucionario, creemos que se revela mejor cuando actúa para llegar más lejos.

Actitudes juveniles y educación

Creemos que ello ocurre en tres direcciones: en relación con el sistema social nacional, en relación con la universidad y en relación con el cuestionamiento ideológico.

3. EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL Y EL SISTEMA SOCIAL

Cuando critica al sistema educativo, el movimiento estudiantil apunta a la estructura social nacional, a la que descubre embarcada en el neocolonialismo y la lucha de clases. A su juicio, el sistema educativo es un dispositivo para satisfacer las necesidades de dominación imperialista, particularmente por parte del capitalismo monopólico norteamericano, y la dominación de clase que explota al pueblo trabajador. Entiende que al servicio del mismo sistema está el Estado nacional y todo su aparato jurídico-político. Cree que el sistema educativo actúa practicando la selección social, volcándose a formar la mano de obra necesaria para una economía dominada por la gran empresa internacional, formando los científicos, técnicos y profesionales que colaboren con la explotación desde todas las instituciones sociales sea aportando paliativos, sea manipulando las conciencias, sea fabricando ideología.

Por las mismas razones, comprende que el problema no está en la educación sino en la sociedad y esto lo lleva inexcusablemente a la lucha revolucionaria, antiimperialista y anticapitalista. Esto hace del actual movimiento estudiantil un movimiento social revolucionario. También lo fue la Reforma Universitaria de 1918: es concida su identificación inicial con la revolución social latinoamericana. En los hechos, sin embargo, el Reformismo se canalizó hacia la integración en la democracia formal: participación estudiantil en el gobierno universitario, representación de los sectores populares en el parlamento, legislación progresista, etcétera.

El movimiento estudiantil de hoy es conscientemente no-reformista: rechaza la democracia burguesa en todas sus manifestaciones: partidos, leyes, gobierno universitario, asociaciones gremiales. Esta actitud lo lleva a una revalorización de la acción directa. Se plantea entonces otra modalidad del movimiento estudiantil: su actitud hacia la violencia.

No tiene dudas sobre la violencia. Sin embargo, no la asume sino por considerarla inevitable. En su enfoque, la violencia es una característica del sistema social imperante en el país: está en la explotación del obrero, en la subalimentación, en la mortalidad infantil; está en la desocupación, la villa miseria, la deserción escolar; está en la manipulación mental por los medios de comunicación de masas. Se la ve dentro del sis-

tema educativo mismo cuando se apalea a profesores y estudiantes, se prohíben asambleas, se expulsa a alumnos, se controla la disciplina con ayuda de la policía. La violencia del sistema a veces se hace visible para el estudiante en formas muy contundente: carros de asalto rodeando las facultades, bombas lacrimógenas en sus manifestaciones callejeras. Sabe por otra parte que eso no es sino la manifestación menor de un aparato represivo armado que opera cotidianamente con la estrategia de la frontera ideológica y de la guerra interna. Conoce de allanamientos, secuestros, prisiones, torturas y muertes por motivos políticos o sindicales. Según la óptica del movimiento estudiantil, no se le ha dado a elegir entre la paz y la violencia, porque la paz no existe en un país cuya estructura necesita del gobierno de las fuerzas armadas para no derrumbarse. Ante el hecho de la violencia institucionalizada, acepta la violencia como método para romper un sistema social opresivo y colonial. Las guerras populares latinoamericanas son caras al movimiento estudiantil.

Esta posición revolucionaria del estudiantado no es asumida en forma independiente de las masas, y en esto anotamos otra de las actitudes definitivas del movimiento: su vocación popular. Ya no cree en la utilidad de luchar por "una Universidad abierta al pueblo", como lo proponía el Reformismo. La percepción de la ausencia de la clase trabajadora en la universidad actúa como estímulo para aliarse con ella en la lucha social. La presencia obrera en la universidad está dibujada "en hueco" en la actitud estudiantil de volcarse a la lucha política real, más allá del microclima académico.

La oposición a un sistema social calificado como colonial y capitalista, el rechazo del formalismo democrático-burgués, la aceptación de la violencia y la unidad de lucha con la clase obrera marcan el perfil del movimiento estudiantil en cuanto a la realidad nacional.

4. EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL Y LA UNIVERSIDAD

El golpe de estado de 1966 tuvo entre sus objetivos terminar con la universidad liberal y con "la política" en las casas de estudio. Para eso impuso, entre otras cosas, suprimir la participación estudiantil en el gobierno universitario y disolver los centros de estudiantes. El mismo régimen está proponiendo en la actualidad el cogobierno y la agremiación estudiantil. Ahora el movimiento estudiantil rechaza ambas cosas. En realidad, cuando se produjo la intervención a las universidades, se obtuvo un resultado histórico: el mundo académico despertó del sueño democrático y

Actitudes juveniles y educación

los estudiantes comenzaron a comprender que deberían recorrer un largo camino que no pasaba por la administración tripartita.

Algo lejos ya de aquel momento, el estudiantado se organiza y se expresa ahora por métodos de democracia directa que han hecho inoperantes a los centros estudiantiles clásicos: asambleas estudiantiles o estudiantil-docentes, asambleas de curso, discusión en comisiones de trabajos prácticos, delegados por comisión y por curso, cuerpo de delegados. Estos mecanismos han nacido de la acción y la lucha y el estudiante no se ha sentido "representado" en ellos, sino que se ha sentido presente. El gran esfuerzo por agremiarlos y por hacerlos representar en el gobierno universitario lo están haciendo ahora las autoridades. También han sido rebasadas las tendencias políticas estudiantiles, a las que les cuesta hacerse oír y que, sin dejar de intervenir, no han logrado gobernar el movimiento.

Pero esta práctica de la acción directa vale sobre todo por su significado político: expresa el principio de ejercer el poder en forma directa, por propia decisión de la masa estudiantil. Y se trata efectivamente de un ejercicio real del poder, por contraposición al método de ejercer el gobierno. Ejercer el gobierno es integrar el sistema que se quiere destruir; es legitimarlo y reforzarlo. Ejercer el poder a partir de una democracia de masas es una experiencia profunda que refuerza la actitud revolucionaria. De este modo en las facultades se fueron creando contrasistemas de poder que en los hechos han debido ser reconocidos por el aparato oficial de autoridad. Operan así dos poderes: el de arriba y el de abajo. El de arriba recibe su legitimación de la consagración del gobierno nacional, lo cual es notablemente una consagración políticamente condicionada. El de abajo no necesita legitimarse, le basta con existir: modifica las cosas por el solo hecho de existir. En la práctica suelen darse relaciones de coexistencia pacífica o de abierto enfrentamiento, pero en este último caso no se debe a que los estudiantes agredan a las autoridades, sino a que éstas se oponen a aceptar los hechos que los estudiantes producen.

Por supuesto, esa dualidad de poderes no puede ser no ya aceptada sino comprendida por quienes creen que la autoridad y la ley deben gobernar, no la gente. Por este motivo la actitud estudiantil de ejercer el poder establece el conflicto como modalidad normal de la vida universitaria. Dado la condición política de la universidad como institución y dado la base política de la actitud estudiantil, el conflicto carece de solución real.

5. EL CUESTIONAMIENTO IDEOLÓGICO

Las actitudes estudiantiles se manifiestan asimismo en la lucha ideológica practicada a propósito de la orientación de planes de estudios y carreras, programas de investigación y contenidos de enseñanza. Se hacen críticas y denuncias de carácter ideológico, se organizan juicios políticos a profesores, se niega asistencia a clase o a examen, se promueven cursos libres y cátedras paralelas. La autoridad oficial, en cada caso, suele rechazar tales procedimientos en los principios, pero son muchos los casos en que accede en los hechos. En este aspecto, el movimiento estudiantil apunta a uno de los costados más sensibles del sistema educativo, que reacciona amparándose en fórmulas tales como la libertad de cátedra o el derecho de enseñar.

El movimiento estudiantil no se ha ocupado de teorizar su actitud. El cuestionamiento ideológico forma parte de su práctica concreta, como consecuencia de su punto de partida político. Si se percibe que la educación funciona para consolidar un sistema opresor, es lógico advertir que ese objetivo se cumple a través de los contenidos de enseñanza y que sus agentes son los profesores. Esta actitud señala el hecho de que el carácter científico o cultural de los contenidos es más aparente que real, pues ocultan siempre una determinada interpretación en función del sistema dominante y sus clases hegemónicas. Ese carácter ideológico de los programas puede no ser explícito; puede inclusive no obedecer a un propósito consciente del profesor, pero existe en todo contenido y se hace particularmente visible en materias de carácter humanístico o social.

Para el movimiento estudiantil todo el sistema educativo cumple en sus contenidos una función primero ideológica y en segundo término científica, técnica y cultural —y esto más bien en función de ocultamiento que de conocimiento. En la práctica, pues, los estudiantes han invertido los términos de la versión oficial sobre los contenidos de la enseñanza que se les ofrece.

Ahora bien; la actitud de cuestionamiento ideológico no pasaría de ser una crítica teórica si el estudiantado constituyera un “movimiento de opinión”, una corriente filosófica. Como hemos visto, se ubica a sí mismo en un papel político dentro de un proceso revolucionario popular. Su posición no es por lo tanto la de un polemista sino la de un combatiente; su arena no es el parlamento sino la lucha popular. No busca denunciar errores: quiere destruir el sistema que los elabora. No aspira al triunfo teórico de la verdad sino la transformación de la realidad. Es

por eso que cuando cuestiona combate la institución y sus funcionarios. Pero el propio sistema lo autoriza.

En efecto, todo estudiante conoce que existe una práctica de cuestionamiento ideológico realizada en todas las épocas por el régimen oficial de turno. Se conoce que se ha impedido el ingreso a la enseñanza, o se ha expulsado de ella, a profesores e investigadores por ser, según la época, liberal, peronista, comunista o católico. El estudiante de hoy conoce ejemplos próximos en ese sentido, aparte de que sabe que hay un cuestionamiento latente sobre toda la universidad, por parte del aparato de poder. Pero si una cátedra o un profesor, de hecho, pueden ser cuestionados desde arriba, entonces pueden ser cuestionados. Hacerlo desde abajo modifica la perspectiva pero no viola la tradición.

6. EL CONTENIDO DEL CUESTIONAMIENTO

El contenido del cuestionamiento ideológico que proviene del movimiento estudiantil deriva de la doctrina antiimperialista y anticapitalista con que interpreta la realidad nacional, así como el papel de la universidad en ella. Sin embargo, ¿por qué se han cuestionado algunas cátedras y no otras, tales planes de estudio y no otros, si se considera que el sistema educativo en su conjunto opera en el mismo sentido? Como es su característica general, las actitudes estudiantiles no responden a una programación sistemática, sino a los altibajos de la lucha práctica. En esto tiene que ver el grado de conciencia política del estudiantado de una facultad o una carrera determinada, así como la correlación de fuerzas entre los dos sistemas de poder, en cada caso. Por otra parte, se tiende a cuestionar las cátedras cuya vinculación con el sistema es más ostensible. Si se analiza la mayoría de los casos, se advierte que se trata de cátedras cuyos profesores ejercen alguna función política práctica al servicio del régimen imperante, sea en carácter de investigadores, asesores o funcionarios, tanto en organismos gubernamentales como en grandes consorcios extranjeros.

En el mismo sentido, tienden a ser cuestionadas cátedras cuyos programas son notablemente funcionales al sistema, por ejemplo para la formación de especialistas que interesan directamente a los monopolios o a las relaciones sociales generadas por ellos. Por oposición a la cultura universitaria tradicional, en estos programas están acentuados los aspectos cientificistas, tecnocráticos o de manipulación humana.

Con relación a las cátedras no cuestionadas, la actitud estudiantil se manifiesta como expectativa por la inclusión en sus programas de los puntos de vista heterodoxos en la materia (cosa que, a pesar de las protestas de antidogmatismo, no se hace comúnmente en la universidad). En el caso de disciplinas de naturaleza más estrictamente científica o técnica que las humanidades la actitud de cuestionamiento no se halla ausente y tiende a manifestarse en un sentido más global, propiciando una estructuración del plan de estudios más orientada a los problemas nacionales o a las necesidades populares.

El cuestionamiento no ha excluido los métodos de aprendizaje y evaluación. En ellos el movimiento estudiantil ha descubierto connotaciones individualistas y competitivas que expresan la ideología burguesa y cuya aplicación refuerza la formación humana para la adaptación al sistema social dominante. El movimiento ha propuesto formas colectivas de estudio y evaluación, que la pedagogía y la psicología vienen sugiriendo de antiguo sin mayor éxito en la universidad, y que el movimiento estudiantil ha revalorizado en función de un significado político. Por este costado que llamaríamos didáctico, el movimiento ha mostrado gran potencialidad creadora, imaginación y responsabilidad. Pero en todos los casos, valga la insistencia, las experiencias no se justifican sólo por la eficacia didáctica sino sobre todo por su valor político de desmitificación y desacralización de un régimen educativo que, operando como rutina, tiende a presentar como naturales y únicos posibles, procedimientos didácticos que sólo valen en función de un determinado tipo de sociedad.

En síntesis, el cuestionamiento de contenidos y métodos es mucho más que una suma de reacciones accidentales y caprichosas contra profesores. Mucho más, también, que explosiones de agresividad personal, como supondrían los psicólogos del régimen; o que falta de respeto y consideración por la persona y la autoridad del profesor, como suponen aquellos que están atados a una moral estrechamente individualista. El cuestionamiento ideológico es uno de los rasgos más esenciales del movimiento estudiantil, junto a su postura nacional y revolucionaria y su sistema de poder autónomo. El denominador común de estos tres rasgos es, como lo planteamos al principio, la percepción política del sistema educativo: un acto que de golpe desnuda la educación y la descubre como es, condicionada e instrumental, bajo su ropaje pretendidamente universal, científico y humanístico.

7. LA JUSTIFICACIÓN HISTÓRICA DE LAS ACTITUDES ESTUDIANTILES

¿Tiene sentido objetivo el movimiento estudiantil que venimos describiendo? ¿Se justifica históricamente? ¿Tiene una base efectiva en la realidad social y política nacional? ¿O más bien responde a una perturbación psicológica, algo así como una enfermedad del crecimiento, o un conflicto generacional? La respuesta a estos interrogantes depende del enfoque ideológico con que se mire. En esto vemos tres alternativas.

Si se sostiene el punto de vista liberal clásico la posición estudiantil resulta incomprensible, absurda y repudiable. La conservación de las estructuras económicas y sociales tradicionales supone una universidad concentrada en los altos quehaceres de la cultura superior, y un estudiantado disciplinado en sus relaciones con la autoridad y dedicado por entero al estudio. La política es algo ajeno a la universidad y por otra parte asunto de adultos.

Otro punto de partida es el desarrollista. Según este enfoque se hace necesario un cambio de estructuras y, naturalmente, la universidad debe caracterizarse por su compromiso con el crecimiento económico y el cambio social. Ella deberá producir, precisamente, los técnicos y especialistas que necesita la moderna empresa. Junto a las nuevas generaciones empresariales, promotoras de la industrialización, los universitarios compondrán las nuevas élites modernizadoras trabajando en las investigaciones básicas, el planeamiento, la organización administrativa racional y los servicios que hacen a las relaciones humanas. El movimiento estudiantil es comprensible como reacción a un sistema social perimido, pero deberá integrarse constructivamente a una universidad volcada al desarrollo, evitando caer en posiciones políticas extremas que en última instancia obstaculizan el cambio. Esto no significa que la universidad permanezca ajena a la política, pero deberá ser a la gran política nacional y en un nivel estrictamente científico y tecnológico.

Una tercera respuesta proviene de la posición revolucionaria. Para ésta el país está integrado en la periferia del campo internacional imperialista, hegemonizado por el capitalismo monopólico norteamericano. Su actual estructura económica, social y cultural son resultados de esa dependencia y ningún cambio puede producirse en un sentido popular sin la ruptura con el capitalismo imperialista. El cambio social y el desarrollo, promovidos sobre la base de la dependencia, no son más que ideologías encubridoras de un reajuste de la estructura nacional a las nuevas condiciones de la dependencia, ahora que el país ha dejado parcialmente de

ser agroexportador y dispone de un grado relativo de industrialización. No hay otra salida que la ruptura, que ahora quizá deberá ser violenta, de nuestra condición de colonia, lo que significará al mismo tiempo el comienzo de la edificación de una sociedad socialista. Estando la universidad totalmente condicionada por la dependencia imperialista y la estructura de clases derivada de aquella, no cabe ninguna posibilidad de mejorarla. Por el contrario, los reiterados intentos por modernizarla, volcándola hacia una orientación científicista y tecnocrática, no son más que intentos de reajustarla a las necesidades actuales del imperialismo en el país. El estudiantado, lejos de integrarse al reajuste que hará de él un experto en explotar al pueblo o en manipular su conciencia para evitar su reacción contra el sistema, deberá por el contrario sumarse a las luchas populares contra el colonialismo y el capitalismo, a fin de crear, por la acción política, las condiciones en que podrá surgir el hombre nuevo en la Argentina. Su misión no es encerrarse en el estudio o prestarse como técnico a la política del imperialismo, sino hacer la revolución.

No nos proponemos discutir a fondo la legitimidad de cada una de las tres respuestas, para cada una de las cuales la actitud estudiantil tiene un significado diferente. Para la primera posición, las actitudes estudiantiles actuales son incomprensibles y absurdas. Para la posición desarrollista, son comprensibles pero equivocadas. Para la posición revolucionaria, que compartimos, es completamente legítima, es decir, cumple un papel histórico real, cuyo destino final se decidirá no en la universidad, sino en el plano de las clases populares. Es precisamente colocándose en el punto de vista popular que se comprende que no tiene sentido hacer otra cosa en la universidad. De cualquier modo, creemos que no es analizando las actitudes estudiantiles desde un enfoque académico, sino desde un punto de vista político, que es posible juzgar sobre su justificación histórico-social.

Segunda Parte

LA IDEOLOGÍA EN LA UNIVERSIDAD

8. LA OBJECCIÓN AL CUESTIONAMIENTO

Hasta el presente la universidad —genéricamente hablando— no ha elaborado racionalmente el problema del cuestionamiento. Hemos visto que al movimiento estudiantil no le ha interesado apelar a justificaciones

Actitudes juveniles y educación

teóricas en ese sentido. Por su parte, los sectores universitarios que se oponen no van más allá de criticarlo reproduciendo sistemáticamente algunas fórmulas de la ideología universitaria liberal tradicional que, si bien merecen respeto, no son adecuadas para comprender el fenómeno. Se protesta algo mecánicamente contra el dogmatismo y el totalitarismo, con argumentos estereotipados que a lo largo de cuarenta años se aplicaron indistintamente al fascismo, al estalinismo, al nacionalismo, al peronismo, al desarrollismo y al actual socialismo revolucionario. Pero veámoslo en forma analítica y hasta donde nos sea posible, académica.

A nuestro modo de ver, sobre el cuestionamiento ideológico se dan dos enfoques opuestos, no susceptibles de conciliación. El enfoque que se opone al cuestionamiento se apoya en algunos principios esenciales de la doctrina liberal. Sus formulaciones básicas son: la libertad de pensamiento; la libertad de cátedra; la universalidad académica; la exterioridad de la política con respecto a la especificidad de lo académico; la objetividad de la ciencia. Sus planteos suelen formularse más o menos del siguiente modo:

“La universidad, por su propia esencia, debe estar abierta a todas las ideas. Estas pueden ser expuestas con toda libertad, a condición de que se lo haga en el nivel académico, es decir, específicamente universitario. El profesor goza de libertad de cátedra. No puede ser cuestionado por su posición doctrinaria, siempre que la mantenga en el plano específicamente académico. Pero la cátedra no puede servir como vehículo de una ideología, pues eso es caer en el adoctrinamiento. La política debe practicarse fuera de la universidad. Hacerlo adentro, es traer preocupaciones ajenas al quehacer universitario. El exponer un solo punto de vista es dogmatismo. El profesor debe enseñar al alumno todos los puntos de vista, para que éste escoja libremente”.

A veces suele agregarse que si bien la política no debe entrar en la universidad, ello no significa que las casas de estudio se nieguen a considerar los grandes problemas nacionales, con la objetividad y el nivel académico que debe caracterizarla.

Si sistematizamos la argumentación expuesta, veremos que su oposición al cuestionamiento ideológico se asienta en el juego formal o verbal de términos contrapuestos. Estas contraposiciones, dado su carácter extremadamente formal y abstracto, sirven para justificar u objetar algo según el interés del emisor del argumento. Para decirlo con el lenguaje apropiado, la isotopia fundamental es la contraposición Libertad - Totalitarismo. A partir de ella derivan un conjunto de oposiciones, a saber:

- 1 Libertad - Totalitarismo.
- 2 Universalidad - Dogmatismo.
- 3 Especificidad académica - Adoctrinamiento político.
- 4 Objetividad científica - Ideologías.
- 5 Libertad de cátedra - Cuestionamiento.

Conforme a esta vertebración, los polos positivos de las oposiciones se refuerzan unos a otros (libertad, universalidad, especificidad académica, objetividad científica, libertad de cátedra), y en conjunto apuntalan la llamada libertad de cátedra. Por oposición, este mecanismo permite acumular sobre el cuestionamiento los caracteres negativos del dogmatismo, el adoctrinamiento, las ideologías que, en última instancia, son manifestaciones de totalitarismo.

Haciendo oposiciones blanco-negro, bueno-malo, pero siempre en un nivel abstracto, es decir, eludiendo definir el significado concreto de cada término, se construye una estructura semántica de aparente unidad interna. Si pretendemos objetar el pensamiento organizado sobre esa estructura, chocamos con su coherencia formal, a lo que se agrega el riesgo de quedar en la poco elegante situación de resultar automáticamente etiquetado con calificativos tales como dogmático, ideológico, totalitario. Pero donde está su coherencia, está su debilidad.

En efecto, toda la estructura se desmorona apenas se pone en evidencia su naturaleza puramente formal. El contraste con la realidad efectiva de la que se pretende hacer afirmaciones tan generales, mostrará que se trata de un conjunto de falsas oposiciones. Si por un instante nos colocamos en un nivel de tipo periodístico y no carente de algo de humor, bastaría recordar hechos concretos tales como las directivas del gobierno a los rectores, por ejemplo cuando afirma con relación a la autonomía universitaria que el gobierno es repetuoso de ella, "pero esto no autoriza a la universidad a convertirse en un reducto aislado de la comunidad, en donde se desarrollen e imperen ideologías y actitudes contrapuestas a las aspiraciones y convicciones del pueblo y el gobierno de la Nación". O bien la vigencia y aplicación sistemática de la ley llamada anticomunista, según la que un profesor no puede ejercer la docencia en la enseñanza oficial ni en la privada si recibe determinada calificación ideológica por parte de un organismo represivo.

Pero si nos ubicamos en el nivel del análisis científico, hallamos que la sociología de la cultura y la sociología del conocimiento han puesto en evidencia que siempre la expresión del pensamiento, inclusive el científico, está ideológicamente condicionada y responde a la perspectiva do-

Actitudes juveniles y educación

minante en la estructura de clases de una sociedad. Si ello es así, la universidad no está libre de ideología, ni es libre de desarrollar todas las ideologías, ni es posible en la realidad la efectiva libertad de cátedra. La universidad es mantenida para expresar, a nivel teórico o académico, las tendencias dominantes en la estructura social concreta y no otra cosa. Si, pues, se pretende asociar ideología con dogmatismo, adoctrinamiento y totalitarismo, para calificar a alguna posición heterodoxa manifestada en el seno de la universidad, no es porque del lado de la universidad oficial reinen los principios opuestos (universalidad, objetividad, libertad, etc.), sino porque ella debe velar por el predominio de la ideología dominante en el país. La argumentación liberal, pues, está construída sobre falsas oposiciones. Esa falsedad no aparece cuando las expresiones se dan en un estilo puramente formal y abstracto, sino cuando se analiza la realidad de qué orientación tiene cada plan de estudios, cuáles son los contenidos que se desarrollan en una cátedra, etcétera. Si esto se hace, la verdadera oposición será la de Ideología oficial - Ideología opositora, pero no Objetividad - Ideología, por ejemplo.

9. LA HISTORIA DE LAS UNIVERSIDADES Y LA IDEOLOGÍA

Las consideraciones anteriores derivaron de los planteos de la sociología del conocimiento, que no es posible desarrollar en este trabajo. Al mismo resultado arribamos si apelamos a la comprobación histórica. Un recorrido a vuelo de pájaro por la historia de las universidades argentinas muestra que han sido reacondicionadas ideológicamente con cada cambio político importante acaecido en el país. Para no volver al siglo pasado, basta atender a fechas tales como 1916, 1930, 1945, 1955, 1966 . . . Cada una de ellas ha dibujado marcas profundas en la institución universitaria. Los calificativos al uso en cada oportunidad no dejan lugar a dudas; universidad aristocrática (1918), universidad demagógica (1930), universidad oligárquica (1945), universidad totalitaria (1955), universidad liberal (1966). Las repercusiones nunca se limitaron a proferir adjetivos políticos: con cada cambio caen autoridades universitarias, cambian profesores, se reestructuran facultades, se modifican planes de estudio, se sustituyen orientaciones científicas y filosofías (por lo común, en la persona de sus portadores académicos), etcétera. ¿No se ha sugerido, estos últimos meses, en las mismas directivas antes citadas, la posibilidad de proceder al cierre de facultades o cambios en el nivel de ciertas carreras, por motivos políticos?

En síntesis, la universidad no es una isla, ni académica ni democrática y, rigurosamente ligada al sistema político de turno, sobrevive con un estrecho margen de libertad interior. Por otra parte, una historia objetiva de la vida universitaria vista por dentro agregará, sin duda, a las presiones políticas globales, los laberínticos procedimientos internos de la política universitaria en materia de concursos, designaciones, creación y supresión de materias e institutos, asignación de recursos, etc., que mostrarán cómo los condicionamientos internos se suman a los externos para determinar el tamaño real de la libertad académica posible.

Debemos dedicar un párrafo a un argumento a favor del criterio liberal. Es el que afirma que la prueba de que en la universidad es efectiva la libertad ideológica está en el hecho de existir en su seno cátedras y talleres de orientación heterodoxa, con profesores que sustentan las más diversas ideologías. Este argumento es correcto en el hecho que señala, pero no es verdadero en su conclusión. En efecto, la existencia de orientaciones heterodoxas en la universidad tiene la siguiente explicación: a) esas orientaciones responden a la existencia de fuerzas internas efectivas, radicadas en el estudiantado y en importantes sectores de profesores auxiliares; b) se trata de casos aislados y minoritarios, no dominantes; c) su existencia facilita la pacificación interna de la universidad, en un momento en que el gobierno la necesita; d) permiten elaborar una imagen de universidad abierta y democrática; e) por todos esos motivos, la presencia de orientaciones heterodoxas tiene un significado ambiguo: constituye un riesgo político por una parte y ayuda a consolidar el statu quo por otra. Ha de ser la evolución política nacional la que determinará cuál de los dos aspectos predominará sobre el otro. El hecho, pues, no expresa la vigencia del principio formal de la libertad ideológica, sino la existencia de una necesidad real y circunstancial de admitirlo.

Se ha dicho que el sistema educativo, aún siendo en realidad un aparato ideológico del Estado goza de cierto margen de autonomía —a diferencia de otros aparatos del Estado— precisamente porque una de sus funciones es revestir al sistema social y político imperante de un rasgo de universalidad que lo legitime. De cualquier modo, nunca se permite que esa relativa libertad, útil en tanto restringida, se amplía al punto de oponerse a la ideología dominante en el Estado.

10. COMPROBACIÓN EPISTEMOLÓGICA

El razonamiento anterior respondía a la necesidad de una comprobación empírica, fáctica, de la tesis que estamos sosteniendo. Pero la misma

Actitudes juveniles y educación

demostración se obtiene al analizar, en un plano más estrictamente epistemológico, las limitaciones que enmarcan el proceso mismo de la investigación científica. En este nivel opera un formidable equívoco que caracteriza a toda una cultura, que denominaremos cultura burguesa en el sentido sociológico de la palabra. El desarrollo concreto de la ciencia se identifica con el progreso de la economía moderna que, como se sabe, se caracteriza por su modalidad capitalista. Como hechos históricos reales el desarrollo de la Física, la Química, la Biología, o las Ciencias Humanas no se explican de otro modo que por las necesidades generadas por la expansión del comercio, la revolución industrial, las guerras, la formación de los Estados modernos, etcétera. Dicho de otra forma, la ciencia moderna forma parte de la constitución y desarrollo del capitalismo y el tipo de sociedad y de Estado que lo caracteriza. Ello es su estímulo, su necesidad social, su fuente de recursos. Por la misma razón, constituye su marco político. Pero la teoría formalista de la ciencia ha procedido a *vaciarla* de su raíz histórica con todo lo que implica: su vinculación con las formas de producción, con las relaciones sociales, con el Estado, etc. De este modo la elevó a la categoría de una realidad independiente, con su propia historia: la historia de la ciencia.

Desarraigada del suelo en que crece o, mejor dicho, construída por vaciamiento su imagen de proceso autónomo, la ciencia no parece responder a otras condiciones que a la estructura lógica del pensamiento y a la naturaleza de su objeto. Elevada a forma pura, aparece con una legalidad propia y única, de carácter puramente gnoseológico. Se genera así el *fetichismo* de la ciencia.

La ciencia, que en realidad es un esfuerzo concreto y cotidiano de trabajadores intelectuales de carne y hueso, que producen para una institución determinada (universidad, empresa), circunscriptos a definidas condiciones económicas, políticas y morales, la ciencia, decimos, aparece idealizada, y la validez formalmente universal de su proceso lógico es utilizada para calificar su historia, como algo que se desenvuelve al margen de todo particularismo, de toda condición material o política, de toda limitación histórica, de toda ideología.

Finalmente se procede a una tercera operación. Tras su vaciamiento y su fetichización, la *inversión* de su vínculo con la realidad histórica y social. Ese vínculo se presenta como la aplicación de la ciencia a la producción, la salud, las relaciones sociales, etc. Pero en este caso es la ciencia la que condiciona la realidad, no la realidad la que condiciona la ciencia. La inversión de la relación ciencia-sociedad permite presentarla con apariencias de universalidad, pureza ideológica, objetividad, desinterés prác-

tico. De las mismas cualidades se reviste, por extrapolación, el hombre de ciencia y la institución científica (la universidad, por ejemplo). El científico, sacerdote única y totalmente obediente a la ciencia (y lo mismo el templo del saber en que profesa) se presenta como trabajando para la humanidad en general, para la sociedad en su totalidad, para el progreso, el desarrollo, etc. cuando en realidad lo hace para la clase hegemónica en la sociedad en que vive, para el Estado o la empresa que lo mantiene.

Con aquella santa suposición de pureza y autonomía, miles de científicos que trabajan en este momento en cientos de universidades y empresas, efectuando las investigaciones necesarias para la producción de armamentos y explosivos, desfoliadores y gases letales, máquinas innecesarias de toda índole para sostener la ficticia "sociedad de consumo", métodos psicotécnicos para someter a trabajadores e "interrogar" prisioneros, satélites de espionaje internacional, encuestas contra-insurreccionales, etcétera, encuentran en esa concepción idealizada del trabajo intelectual un motivo para prestarse a esos fines sin remordimiento, ya que "no hacen política sino ciencia".

De la misma *ideología* de la ciencia se favorece la universidad, permanentemente solicitada por ofertas de financiación para programas de investigación destinados, naturalmente, a aumentar el saber humano, por parte de grandes empresas monopólicas o las fundaciones que las representan, u organismos oficiales extranjeros, por lo común pertenecientes a los estados mundialmente hegemónicos, u organismos internacionales sobredeterminados por esos mismos estados.

El trabajo científico, considerado a la luz de una epistemología no formalista, es decir, no fetichista, es ideológico no necesariamente en forma explícita o por su contenido, sino por connotación, es decir, por el significado que las condiciones concretas en que se elabora el conocimiento le imponen. Encerrado el investigador en el laboratorio y rodeado de instrumentos, sólo le resulta dominante el tratamiento del tema y el problema del método. Recortando de este modo molecular el trabajo científico, es formalmente objetivo y parece ajeno a toda otra condición que no sean las lógicas y metodológicas. Pero las áreas de investigación a que él se aplica, los temas que se propone, los supuestos teóricos con que opera, los instrumentos que utiliza, están socialmente condicionados. Como proceso de trabajo colectivo, operando en instituciones vivas como una universidad o una empresa, enmarcado en condiciones económicas y políticas definidas, el trabajo científico es a la vez objetivo e ideológico, según cuál de sus aspectos se considere.

II. CONCLUSIONES

Podemos ahora resumir las comprobaciones en materia de universidad e ideología. La primera es que la universidad no es libre. La segunda es que el trabajo científico es siempre ideológico. Lo mismo puede decirse de cualquier otra forma de la producción intelectual o cultural. Considerada en sí misma, eso no es una calificación peyorativa. Es legítimo que la ciencia esté atada a la sociedad y, dado que ésta se halla siempre estructurada de un modo determinado, es natural que la ciencia lo refleje en su producción. Lo que no es legítimo es ocultar ese carácter ideológico mediante una concepción falseada de la ciencia, para calificar a ideologías de oposición como no científicas, como políticas, en contraposición con la objetividad del trabajo “específicamente académico”.

La universidad no es neutral: sirve a un sistema social determinado. La tarea académica no es apolítica: es ideológica. Los contenidos de enseñanza no son universales más que en su forma. La ciencia no es objetiva más que en abstracto. Las cátedras no son libres sino para difundir la “ciencia oficial”, a menos que haya razones políticas para dar un pequeño e inofensivo lugar a la ciencia independiente. (Se entiende, ciencia independiente del sistema imperante, no de la realidad social).

Invirtiendo los términos de las isotopias de la ideología burguesa, queda en evidencia que la universidad es ideológica y aun dogmática. Como su ideología es la misma que respiramos desde que nacemos, no la percibimos como tal sino como lo natural, lo normal: la cultura, la ciencia, la moral, la tradición. Las opiniones heterodoxas, en cambio, se recortan visiblemente sobre ese fondo aparentemente neutro, y son entonces marcadas como si solo ellas fueran ideologías.

En fin, los argumentos contrarios al cuestionamiento ideológico son idealizaciones que ocultan la función política e ideológica de la universidad y de sus cátedras e institutos. Es por ello que, a como lo relatamos antes, los estudiantes no se sienten obligados a elaborar teorías para justificar el cuestionamiento que realizan. Lo ideológico es un rasgo constitutivo de la universidad y el sistema lo cuestiona permanentemente. ¿Por qué no los estudiantes, que gracias a no ser todavía del todo *educados* (es decir, adaptados al sistema) están en mejores condiciones que sus profesores de entrever una posibilidad distinta, un mundo nuevo?

BIBLIOGRAFÍA

1. CASTEX, MARIANO; DE ROBERTIS, EDUARDO; SÁBATO, JORGE; OLAVARRÍA, JOSÉ MÁNUEL; GARCÍA, ROLANDO: *¿Qué posibilidades tiene el desarrollo científico en la Argentina de hoy?* Mesa redonda, revista "Ciencia Nueva", N° 12, Buenos Aires, 1971.
2. COHN-BENDIT, D.; SARTRE, JEAN-PAUL; MARCUSE, HERBERT: *La imaginación al poder*. Buenos Aires, 1969.
3. *Apuntes sobre la rebelión de los jóvenes*, en "Cuarto Cuaderno de La Plata". La Plata, diciembre de 1970.
4. CHOSMKY, NOAM: *La responsabilidad de los intelectuales*. Barcelona, 1969.
5. DELICH, FRANCISCO JOSÉ: *Crisis y protesta social*. Córdoba, mayo 1969, Buenos Aires, 1970.
6. ESTUDIANTES DE ESCUELA DE BARBIANA: *Carta a una profesora*. Montevideo, 1970.
7. FRANK, ANDRÉ G.; REAL DE AZÚA, CARLOS y GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO: *La sociología subdesarrollante*. Montevideo, 1970.
8. FREIRE, PAULO: *Pedagogía del oprimido*. Montevideo, 1970.
9. GERMANI, GINO y SAUTU, RUTH: *Regularidad y origen social de los estudiantes universitarios*. Buenos Aires, 1965.
10. GORZ, ANDRÉ; MANDEL, ERNEST y otros: *Francia 1968: ¿Una revolución fallida?* Buenos Aires, 1969.
11. GRACIARENA, JORGE: *La Universidad y el desarrollo de un estrato profesional urbano en la Argentina*. Buenos Aires, 1963.
12. HALPERIN DONGHI, TULIO: *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1962.
13. HOROWITZ, IRVING LOUIS (comp.): *Historia y elementos de sociología del conocimiento*. Buenos Aires, 1964.
14. LIPSET, SEYMOUR M.; SOLARI, ALDO E.: *Élites y desarrollo en América latina*. Buenos Aires, 1967.
15. *L'Homme et la Société*, N° 16. París, abril-junio de 1970 (dedicado a los movimientos estudiantiles).
16. MATTELART, ARMAND: *La mitología de la juventud en un diario liberal* (en "Cuadernos de la Realidad Nacional", N° 3, de la Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1970).
17. MATTELART, A.; CASTILLO, C.; CASTILLO, L.: *La ideología de la dominación en una sociedad dependiente*. Buenos Aires, 1970.
18. NIETO, ALEJANDRO: *La ideología revolucionaria de los estudiantes europeos*. Barcelona, 1971.
19. *Ciencia y neocolonialismo*. North American Congress on Latin America (NACLA), Buenos Aires, 1971.
20. RIBEIRO, DARCY: *La Universidad necesaria*. Buenos Aires, 1970.
21. ROSSANDA, R.; CINI, M.; BERLINGUER, L.: *Tesis sobre la escuela*. Buenos Aires, 1971.
22. TOURAINE, ALAIN: *El movimiento de mayo o el comunismo utópico*. Buenos Aires, 1970.
23. VERÓN, ELISEO: *Las ideologías están entre nosotros*, en "Conducta, Estructura y Comunicación", Buenos Aires, 1969).
24. WSHEBOR, MARIO: *Imperialismo y universidades en América latina*. Montevideo, 1971.
25. Diarios "Clarín", "El Día", "La Nación" y "La Opinión": crónicas, declaraciones y resoluciones de asambleas estudiantiles, años 1969, 1970 y 1971.

APENDICE

La juventud y el medio

*Informe sobre una conferencia técnica en Estocolmo, Suecia*¹

ANTHONY R. MAY², JACK H. KAHN³ y BÖRJA CRONHOLM⁴

INTRODUCCIÓN

EN el transcurso de estos últimos años, han venido a ser de uso corriente expresiones como “la rebelión de la juventud”, “el poder estudiantil” y “el abismo entre las generaciones”. Ya no es posible desechar como simples aberraciones de una minoría excéntrica, fenómenos como el culto hippie y la protesta estudiantil. Sin duda alguna, son estos síntomas de un profundo y general malestar.

Los mismos jóvenes tienden a culpar de ello a una sociedad que es hostil a los ideales y aspiraciones de la juventud. Pretenden no ser ellos los inadaptados, sino el mundo en que viven. Si bien pudiera ser ésta una explicación en exceso simplista, lo que sin duda es cierto es que sus problemas surgen ante la dificultad de satisfacer las exigencias de una sociedad organizada tecnológicamente. Para llegar a adquirir el sentido de la personalidad, el adolescente ha de aprender a establecer relaciones dentro de la familia, de los grupos culturales, profesionales y sociales, y el no hacerlo así puede desembocar en dificultades del comportamiento e incluso en la franca enfermedad mental.

Se basa este informe en los documentos de trabajo y en las deliberaciones de una conferencia técnica sobre la salud mental de los adolescentes

¹ Editado por el Departamento de Educación para la Salud (Subsecretaría de Salud Pública de la Nación), Serie 4, N° 1, 1971. Este informe comprende dos partes más (Serie 4, N°s 2 y 3), que resumen otros temas tratados en la mencionada conferencia (9-13 junio 1969).

² Funcionario Regional de Salud Mental, Organización Mundial de la Salud, Oficina Regional para Europa, Copenhague, Dinamarca.

³ Psiquiatra de colectividad, Distrito de Newham, Inglaterra.

⁴ Profesor de psiquiatría, Clínica Psiquiátrica Universitaria, Hospital Karolinska, Estocolmo, Suecia.

y las personas jóvenes, que celebró la Organización Mundial de la Salud (OMS), en colaboración con el gobierno de Suecia, del 9 al 13 de junio de 1969 en Estocolmo, y en la que participaron psiquiatras, administradores de salud pública, pediatras, psicólogos, asistentes sociales, maestros, enfermeras y personas interesadas en los aspectos jurídico o penal del comportamiento juvenil. Constituyó una característica especial de la conferencia la reunión de un cuadro técnico integrado por un grupo de jóvenes, del que formaban parte representantes de los elementos "normales" y "antisociales" de la juventud actual.

Entre los problemas concretos de salud mental que hubo de estudiar la conferencia figuraban la delincuencia juvenil, la farmacodependencia y las dificultades de enseñanza. Fueron objeto de discusión las medidas preventivas, diagnósticas y terapéuticas, y también los servicios públicos médicos y sociales para los jóvenes.

Ante la gran diversidad de temas examinados, fue obligado que gran parte de las deliberaciones tomaran un carácter muy general. Pese a ello, es de esperar que este informe arroje alguna luz sobre los principales problemas de salud mental con que tropiezan hoy los jóvenes y que contribuya a hacer ver la importancia que revisten no sólo para los especialistas profesionales, a quienes más de cerca interesa, sino también para la sociedad en general.

EL JOVEN COMO INDIVIDUO

Las expresiones "la juventud" y "los jóvenes" no tienen una definición exacta. El valor de las definiciones basadas en límites cronológicos de edad, por ejemplo 15-25 años, es relativo; varía no sólo según el individuo de que se trate, sino también la sociedad y cultura en que viva. Cambian también entre las diversas sociedades los criterios como la edad en que deben las personas acudir a la escuela para recibir educación obligatoria o en que están en libertad de ponerse a trabajar, o de casarse y poner casa. Quizá resulte más constructivo si no más preciso, equiparar a la juventud con un estado de espíritu, un nivel de desarrollo psicosocial dominado por la imaginación, el deseo de aventura con el fin de establecer y afirmar la propia personalidad.

El comportamiento de los jóvenes está en gran parte condicionado por las presiones biológicas, psicológicas y sociales a que están sujetos hasta llegar a la pubertad. El feto, en cualquier momento, a partir de la concep-

La juventud y el medio

ción, puede estar expuesto a riesgos diversos cuyos efectos perjudiciales pueden ejercer una profunda influencia en la vida posterior. Aunque se haya librado de los traumas obstétricos o la premadurez, el recién nacido no es una "página en blanco" sino que lleva ya inscriptos los detalles de un pasado genético.

La herencia y los acontecimientos de la vida intrauterina pueden ser factores de una predisposición, pero preciso es subrayar que por sí solos no condicionan la conducta del individuo. Por el contrario, las circunstancias relacionadas con el desarrollo y la educación del niño en el seno de su familia o en el medio social, sí pueden determinar su capacidad para obrar como individuo y como miembro de la sociedad.

Toda privación padecida en los comienzos de la vida, en cualquiera de los aspectos, emocional, nutricional o social, puede constituir una amenaza para su desarrollo psicológico y físico. Cuando se vive en una situación de máxima privación y desamparo y la vida económica y social se ve parcialmente paralizada por las enfermedades endémicas, la malnutrición y la falta de higiene, el problema es sobrevivir, y todos los recursos se aplicarán a elevar los niveles y condiciones fundamentales de vida. En situaciones más favorables, en las que la salud depende menos del mejoramiento del medio, habrá que consagrar más esfuerzos a mejorar las condiciones de la vida familiar y social, a la organización de los servicios sociales, a la educación y la vocación profesional y a la rehabilitación de los inadaptados y deficientes.

Aun dentro de la misma sociedad, el crecimiento y el desarrollo varían según la clase social, en lo que a salud física y mental se refiere. Gracias a los adelantos de las ciencias médicas y a la ampliación de los servicios sociales, hace ya algunos años que las diferencias entre las clases sociales en crecimiento somático y el índice de madurez física de los niños no son tan marcadas como antes. En cambio, en lo que respecta al desarrollo mental, sigue habiendo diferencias importantes que están íntimamente relacionadas con los niveles socioeconómico y cultural en el hogar. Son la familia y el nivel social los que vienen a determinar en gran parte el desarrollo y las posibilidades intelectuales.

Son importantes las repercusiones que ha tenido en la salud mental de los jóvenes el acelerado ritmo del progreso científico y técnico que es rasgo eminente de nuestra época, como consecuencia del abismo que se abre entre la madurez intelectual y la madurez social.

Desde los comienzos del siglo, han venido elevándose los niveles de la

nutrición, la medicina y la higiene, y como resultado de ello se elevan la estatura y el peso de los niños, las mujeres alcanzan antes la pubertad y, en general, la resistencia a las infecciones es mayor que nunca. Asimismo se ha modificado la madurez intelectual al variar los métodos y el contenido de los programas de enseñanza y surgir nuevos y mejores medios de comunicación.

Frente a esto, la madurez social, que se refleja en el desarrollo de la personalidad, ha permanecido inalterable. Los progresos técnicos que han acelerado el desarrollo humano en otros aspectos, no han influido en la capacidad de comprensión y de juicio de los niños, que en nada se ha beneficiado de ello. No sería difícil hallar ejemplos de esta discrepancia, pues claramente nos lo ofrecen las formas comunes de la delincuencia juvenil en la que los delitos se cometen con técnica de adulto pero con una motivación pueril.

Para proceder al estudio de la persona joven como individuo es menester tener en cuenta el fenómeno de la pubertad, que es una fase complicada del desarrollo que influye en la total personalidad. Es el anuncio de un ansia de independencia y de la ruptura de lazos ignorados hasta entonces. Adopta la forma de una transición biológica y psicológica, que se extiende por un período de tiempo cuya longitud depende no sólo del individuo, sino de la sociedad y la época en que vive.

La transición biológica se refleja igualmente en las variaciones morfológicas y endocrinas. Se distingue la transición psicológica por el paso de unas reacciones emocionales relativamente tranquilas a otras relativamente alteradas. Anhelos que despiertan conciencia de las consiguientes frustraciones, sensaciones de inseguridad, todo esto puede manifestarse en el comportamiento emocional, que varía de intensidad según la comprensión y la tolerancia de familiares y amigos. Para muchos adolescentes, la pubertad puede ser el comienzo de un círculo vicioso de alteración de la conducta, que va de la inseguridad a la angustia, de la angustia a la agresión y de la agresión a una mayor inseguridad. Este ciclo, en determinadas circunstancias, puede alcanzar una intensidad patológica y desembocar en la inadaptación social y en la delincuencia.

Puede ocurrir en tales casos que la inadaptación no sea la del joven, sino la del medio, incapaz éste de satisfacer las necesidades fundamentales de aquél. Con frecuencia, las reacciones a la delincuencia juvenil son el reflejo de defensa de una sociedad que, en esa falta de adaptación de la conducta, prefiere ver una manifestación patológica del individuo y no,

La juventud y el medio

como puede ocurrir realmente, los defectos de la misma sociedad. Pueden producirse análogas anomalías de actitud social en relación con el despertar de la sexualidad en el adolescente, con su consiguiente conflicto entre el placer y la culpabilidad. Es probable que la ansiedad que lleva consigo esta fase del desarrollo se acentúe cuando, por una parte, se señalen los impulsos como impuros y, por otra, vengan a ser estimulados por la explotación comercial del erotismo a través de los medios de comunicación de masas.

¿Qué es, pues, lo que caracteriza el estado de espíritu de los jóvenes de hoy y determina en gran medida su comportamiento como individuos y en grupo?

Ante todo, les es necesario afirmarse como sector independiente de la sociedad cuyas necesidades y aspiraciones, a su entender, no reconoce o desatiende la generación de edad más avanzada. Después, se niegan a confiar en las normas y valores establecidos por esa generación. Todo se pone en tela de juicio: la familia, la educación, la religión, la civilización. El ejemplo más reciente y más profusamente difundido de esta actitud han sido las manifestaciones estudiantiles en todo el mundo. Este fenómeno se ha querido explicar de distintas formas, especialmente atribuyéndolo a la incertidumbre de los estudiantes acerca de su porvenir: en Francia, por ejemplo, se han matriculado 700.000 estudiantes en las universidades, y para ellos habrá de resultar más difícil hallar empleo que para los 30.000 que se matricularon en el primer cuarto de siglo. Además, las poblaciones estudiantiles, mejor educadas y cada vez más numerosas, comienzan a rechazar esa hipótesis de que se les enseña lo que necesitan para ponerlos en condiciones de atender a las obligaciones que les impongan las variables situaciones económicas y sociales de nuestros días. Si critican la sociedad de consumo es porque su ideal de una mayor productividad, ya tenga por objeto la comodidad material, la conquista del espacio o la potencia militar, no le da a la vida un sentido de utilidad, que es lo que busca el adolescente.

Habrà que preguntar si la pugna actual, que nace de la distancia entre la madurez física y psicológica de una parte y la madurez social de otra, es un fenómeno pasajero o, por el contrario, hay que aceptarlo como un hecho que cada vez es más probable que se produzca en todas las sociedades sumamente desarrolladas. Al analizar los problemas de la inadaptación individual, resulta difícil establecer la diferencia entre la importancia de los elementos biológicos y los sociales, aunque no cabe duda de que en lo futuro será menester dedicar más atención a las necesidades sociales de

los niños y los jóvenes y buscar la manera de que la madurez social vaya a la par con el desarrollo físico e intelectual acelerado.

LA JUVENTUD Y LA EDUCACIÓN

Para la mayoría de los jóvenes de las sociedades industrializadas, el haberse extendido las posibilidades educativas hasta la adolescencia, prolongándose así su niñez social hasta muy avanzada la pubertad, es un fenómeno nuevo al que todavía no se han acomodado los educadores (Gorner, 1961).

Cada vez es mayor la carga de conocimientos que los jóvenes han de tomar sobre sí, y han de someterse además a unos sistemas de examen que encierran conceptos antiguos de educación y perpetúan la rígida clasificación ortodoxa de las personas por criterios "intelectuales" —de los que desconfía cada día más la juventud, pues su validez se basa únicamente en normas académicas— que exaltan la "prueba de la memoria" o la productividad dentro de unos reducidos límites de tiempo. Los nuevos conceptos acerca de la evaluación de las aptitudes humanas ganan terreno, pero lentamente (Morris, 1964).

En la mayoría de las escuelas y universidades, sigue imperando el criterio de que a los adolescentes y a los jóvenes les falta capacidad para dirigirse a sí mismos, por lo que no se puede fiar en ellos para que elaboren programas docentes ni normas para la vida cotidiana en auténtica colaboración con sus mayores. Es preciso someterlos a una disciplina, y existe la posibilidad de que a los mismos maestros, sobre todo a los de categoría inferior, los consideren sus colegas de la superioridad incapaces de tomar iniciativas, por lo que esas escuelas y universidades resultan típicamente autoritarias en cuanto a procedimientos y estructura jerárquica.

Es evidente que entre los alumnos, los estudiantes y grandes sectores del personal de las instituciones docentes, es general el deseo de consulta, participación y colaboración en los procedimientos y decisiones de interés común. La juventud sobre todo, ha dejado sentado con claridad que es mucho más madura y potencialmente responsable de lo que estaba dispuesta a reconocer la generación anterior.

Si los jóvenes no están seguros de cómo han de sustituir lo que rechazan, saben al menos afirmar su derecho a que les traten como seres

humanos responsables, proclamar la supremacía de la vida sensible sobre la pura intelectualización abstracta y expresar la necesidad de “ser” en lugar de “hacer” simplemente. Son muchas las protestas fundadas que implícitamente ponen en duda las hipótesis intelectuales y los conceptos filosóficos que han dado lugar al desarrollo de la tecnología moderna y de las modernas sociedades que han venido a crear un mundo impersonal en el que las personas se reducen a datos de un ordenador electrónico, con los que se puede manipular a voluntad.

Es natural que el ímpetu de los jóvenes y el carácter de los tiempos, creen exigencias, difíciles de satisfacer, de un cambio “instantáneo”. Ante esta situación, los adultos han de preocuparse menos del “problema de la juventud” y más de su capacidad para trabajar junto a los jóvenes —en las instituciones docentes y en otros lugares— a fin de crear un medio humano más viable.

Ciertamente, el conflicto entre los jóvenes y el sistema de enseñanza se ha agravado muchísimo. Además de causar trastornos dentro del propio sistema, se muestran en pugna con la sociedad adulta que está fuera de él. Pensando en cómo hacer frente a estos problemas, son muchos los que buscan la ayuda de la educación y de las instituciones docentes, reacción natural y lógica de una generación más vieja que no ha llegado a comprender la importancia de la rebelión de la juventud ni a crear un mundo en el que fuese innecesaria semejante rebelión. Cuando se nos pide ayuda para lograr la adaptación de la juventud, debemos preguntar: “Adaptación ¿a qué?” ¿Se pretende que los adaptemos, por ejemplo, a las desgracias e injusticias del mundo, al hambre y a la pobreza en medio de la abundancia? ¿O queremos que se acomoden a la comodidad de un empleo seguro y rutinario y a una mezquina y monótona existencia dentro de una pequeña colectividad cerrada?

Claro que no pueden aprobarse todas las expresiones de rebeldía de la juventud, pues sin duda contienen algunos elementos sumamente destructores. En las sociedades modernas hay muchas cosas dignas de ser conservadas y preciso es hallar el modo de conservarlas, pero colaborando al mismo tiempo con esos jóvenes ávidos de mejorar los aspectos peores y de tener intervención en el desarrollo del mundo en que viven.

Al abordar el estudio de estos problemas, será menester tener en cuenta las consideraciones ideológicas, tecnológicas y biosociales que actualmente influyen en el crecimiento y desenvolvimiento de los jóvenes. Además de éstas, existen otras consideraciones concretas de educa-

ción; entre ellas, la más notable quizás, sea la revolución de la enseñanza que, aunque lentamente, está ya en marcha. Se está sustituyendo ya ese modo de concebir la enseñanza como la transmisión de conocimientos (lo que supone una relación de dominio/sumisión entre el profesor y el alumno), por la idea de una transacción entre las generaciones que, pese a las desigualdades inherentes entre jóvenes y viejos, han de constituir fundamentalmente una actividad mutua.

El nuevo criterio supone que no debe utilizarse la enseñanza como un simple dispositivo de clasificación social basada por entero en la capacidad intelectual y haciendo caso omiso de una extensa gama de aptitudes humanas y necesidades individuales. Siempre que se sigue aplicando el método tradicional, son muchos los jóvenes que experimentan la sensación, cada vez más intensa, de que se está realizando algo impropio y fútil, y acaban por considerar la enseñanza como una especie de juego académico simplemente.

Es entonces cuando se solicita la asociación: una asociación que dé lugar a un cambio. Y aunque pudiera parecer que lo que se les pide a los adultos es que abduquen de sus responsabilidades, se advierte claramente la medida en que los jóvenes siguen dependiendo de la comunidad adulta. Lo que ansían los más reflexivos y maduros de esos jóvenes, no es la abdicación por parte de los adultos, sino una auténtica sociedad con ellos.

Teniendo esto en cuenta, podremos centrar nuestra atención en lo más esencial de esta cuestión. ¿No se podrá llegar a que las escuelas y los sistemas de enseñanza en general sean más acordes con la juventud actual en lo que respecta a valores humanos y a un futuro digno para el estudiante? Si para ello hay que hacer cambios, ¿qué problemas entrañan para nosotros los adultos y, sobre todo, para quienes somos maestros? Habremos de hacer frente a una serie de problemas harto graves.

1. ¿Qué vamos a hacer con nuestros celos de la libertad que hoy tiene el joven? ¿Qué educación sexual podremos dar tras los fracasos del adulto y los conflictos en esta esfera?

2. ¿Qué vamos a hacer con nuestra angustia, nuestra culpabilidad y nuestra envidia ante los experimentos de la juventud, cuando nosotros mismos consumimos drogas en gran cantidad y practicamos, en otros aspectos, lo que no recomendamos?

3. ¿Qué vamos a hacer con nuestros impulsos de dirigir y manejar a los demás, es decir, con nuestra necesidad de conseguir que el joven

nos obedezca? Esos impulsos forman parte de nuestra creencia, absolutamente irracional, de que estamos dotados para decirles lo que deben hacer.

4. Frente a la enorme tendencia a la conformidad que hay en las instituciones y, sobre todo, en la escuela, ¿podremos hallar la manera de que la escuela sea algo más que eso en que se está convirtiendo rápidamente: una institución que existe para sí antes que para el perfeccionamiento del individuo?

Esta última pregunta tiene un carácter crítico, pero no acaba ahí la cuestión. Es evidente que modificando la escuela hasta convertirla en un lugar donde los jóvenes puedan encaminarse hacia la participación en una colectividad más plenamente humana, no se habrán de resolver ni mucho menos todos los problemas de la juventud o de la sociedad, ni tampoco es posible provocar las variaciones necesarias adoptando medidas dentro de la escuela exclusivamente. La escuela no sólo forma parte de la sociedad, sino que es también uno de sus instrumentos, y en consecuencia tiene una responsabilidad ineludible en cuanto se refiere a finalidades de la educación.

LA JUVENTUD Y EL EMPLEO

En los países industrializados modernos, hay una gran diversidad de posibilidades de empleo y la estructura del mercado laboral está sujeta a rápidas modificaciones. Estos dos factores no sólo determinan las condiciones de empleo, sino que pueden también originar desacuerdos entre los jóvenes que no saben cuál es su situación en la sociedad. Singularmente, las condiciones de empleo que pueden ser objeto de una rápida variación pueden exigir nuevas facultades de adaptación del individuo, entre ellas un alto grado de movilidad social y de flexibilidad mental, que hasta el momento no han logrado la educación escolar en general, la formación profesional ni las normas socioculturales. Para adaptarse a esta situación, característica de la moderna vida industrial de trabajo, no es menester una sumisión apegada a las tradiciones del pasado, sino, antes bien, reconocer la paradoja de que para sentirse seguro en la estructura social del empleo hay que aceptar el dinamismo inherente al sistema industrial, dadas las condiciones actuales de la oferta y la demanda.

Uno de los factores que ejercen singular influencia en el proceso social de la instrucción es la ocupación; otros son la familia, la escuela,

los grupos de semejantes y las normas generales socioculturales; la huella conjunta de todos éstos es tan fuerte que sería difícil señalar la influencia concreta de ninguno de ellos. No obstante, acaso sea útil estudiar algunos de los efectos que causan las modernas condiciones de trabajo.

La mayor parte de la población se gana la vida mediante un empleo remunerado. Tal es la base de la existencia para los jóvenes de todas las clases sociales. Se da por sentado que la ocupación lleva consigo normas y requisitos y, sobre todo, que entraña subordinación. A poco que en ello se piense, la subordinación está relacionada con la calidad y el grado de autoridad jerárquicamente establecido. La expansión económica ha producido mejores niveles de vida y ha creado deliberadamente sistemas de seguridad social, que los jóvenes que comienzan a trabajar aceptan como cosa natural. La división del trabajo en producción, administración, comercio y comunicación, ha dado por resultado un creciente número de actividades especializadas que exigen una formación y unas técnicas especiales. A esta tendencia se la puede denominar “profesionalización”, y reflejada queda en una serie de tipos reconocidos de adiestramiento especial que aumenta sin cesar. Los mismos trabajadores ponen mucho amor propio en sus “funciones profesionales” (aunque al mismo tiempo subsista fundamentalmente esa idea que tienen del lugar que ocupan en la sociedad, en el sentido de que “nosotros” estamos “abajo” y “ellos” están “arriba”).

Adquiere más fuerza la “profesionalización” porque tradicionalmente se atribuye una elevada categoría social a los oficios y artesanías y porque la industria automatizada exige ahora ciertos tipos de trabajo especializado que se aproximan al de los “técnicos” y “burócratas”.

Los jóvenes crecen en un mundo que considera la “capacitación” y la “especialización” como elementos importantes para lograr la seguridad.

Según demuestran los datos estadísticos, en los últimos decenios ha habido un desplazamiento de personal dentro de las ocupaciones. Como consecuencia del progreso tecnológico, con menos personas se produce más. En cambio, se necesita más personal para los procesos de planificación, preparación e inspección, para reparar maquinaria complicada, para distribuir mercancías y para los servicios en general. Hasta el momento, la expansión económica y la reducción de horas de trabajo, han conjurado en general el peligro del desempleo. Ahora bien, los obreros de las industrias que están en proceso de disminución se hallan en situación distinta, por lo que, para ellos, las perspectivas de seguridad pue-

La juventud y el medio

den ser totalmente diferentes y muy otra la actitud para con el cambio tecnológico.

Hay muchos obreros especializados que, para poder conservar el empleo, han tenido que aceptar trabajos semiespecializados, con lo que sufren un descenso no sólo de categoría profesional sino en la remuneración también. Son menos los que han podido adquirir una capacitación ulterior para poder ascender.

El comportamiento que se les exija a los trabajadores variará de acuerdo con la fase de desarrollo industrial y de progreso técnico. La disciplina, la puntualidad, la precisión en los trabajos manuales, la resistencia física, la paciencia y la constancia en las tareas reiterativas, y sobre todo, la laboriosidad y la diligencia, siguen siendo la base de la conducta aceptable "en el trabajo". Sin embargo, las nuevas actividades, si bien exigen de ciertos esfuerzos físicos y psicológicos, pueden acarrear otras exigencias, como por ejemplo la necesidad de dedicarse a procedimientos técnicos que exigen escasa o ninguna intervención práctica en el proceso de la producción, pero que imponen grados de responsabilidad distintos.

La inmensa mayoría de los jóvenes consiguen empleo al terminar la enseñanza obligatoria, aunque son cada vez más los que prosiguen su educación, en centros de formación profesional o en escuelas de segunda enseñanza, colegios técnicos y universidades. Se advierte una tendencia general a prolongar la escolaridad, si bien esto no afecta más que a una tercera parte de los jóvenes en edad de abandonar la escuela. Casi todos los muchachos que salen de ella comienzan el aprendizaje de una técnica reconocida. Tan sólo un pequeño porcentaje se adiestran en trabajos semiespecializados, y son menos aún los que se dedican a trabajar sin previa capacitación. Con las mujeres es muy distinto, pues son muchas más las que obtienen una formación semiespecializada que las que se dedican a un aprendizaje completo. Se confirma así el gran valor que se concede a la formación profesional para los hombres, por la seguridad que parece ofrecer en el empleo. Cuando se trata de mujeres, suele concedérsele menos importancia a este aspecto: un empleo es una forma útil de aprovechar el tiempo que media entre el momento de salir de la escuela y el de contraer matrimonio.

En los países más industrializados, es un derecho constitucional de todo ciudadano elegir libremente la formación, la educación y el lugar de trabajo, aunque en la práctica esta libertad se ve muy coartada. A pesar

de la existencia de servicios de orientación profesional, los factores principales que determinan la elección de una profesión son las circunstancias familiares y socioculturales y la situación del mercado laboral. Inconscientemente, las aptitudes e inclinaciones de los jóvenes se adaptan a estas "realidades de la vida", bajo pretexto de una "elección personal".

La modalidad de formación profesional que impera sigue fundándose en estructuras y normas tradicionales. Se adiestran en las artes y oficios más jóvenes de los que se necesitan, mientras que son harto escasos los que se forman en las técnicas industriales. Además, para la capacitación para la industria se han seguido los métodos utilizados en la enseñanza de las artes y oficios, como por ejemplo el procedimiento de aprendizaje por imitación. Condenadas han quedado cualidades como la iniciativa y la imaginación. Junto a este sistema "autoritario" de instrucción, existen ciertas normas de conducta y relaciones dentro de la jerarquía de la instalación. Se afirman como valores absolutos del trabajo, la obediencia y la subordinación, sea pertinente o no.

Con frecuencia se dice que la fase de transición de la escuela al trabajo es singularmente difícil. Quizás sea esto cierto para algunos jóvenes, pero en general esta transición resulta más fácil de lo que pudiera creerse en vista de la diferencia entre los dos ambientes. Para aquellos jóvenes que no han tenido nunca posibilidad u oportunidad de seguir estudios posteriores, el final de la escuela y el comienzo del trabajo significa dejar de ser niños y convertirse en adultos, que es precisamente lo que desean. La fase más difícil se produce al año o dos de haber iniciado el aprendizaje, que es cuando empiezan a darse cuenta de las realidades de la vida y aparecen nuevas formas de subordinación y autoridad que paralizan sus esfuerzos por lograr independencia, saber, y para que se les reconozca como individuos. Así lo confirma la proporción, relativamente elevada, de fracasos en el aprendizaje. Al joven que experimenta la sensación de fracaso en los primeros años de su trabajo puede resultarle siempre difícil avenirse a las normas y valores del mundo en que ha fracasado.

Es frecuente que los jóvenes pasen de una ocupación a otra. Los criterios que influyen en estas variaciones son, ante todo, los buenos salarios, la mayor cantidad de tiempo libre y las mejores condiciones de trabajo. Esta clase de inestabilidad se puede denominar "movilidad disfuncional" ya que no corresponde ni a nuevas necesidades industriales ni a una auténtica movilidad profesional o mental en cuanto mérito del individuo, y obedece principalmente a la discrepancia entre la formación

La juventud y el medio

y las necesidades del mercado laboral. Para el joven, supone un período de "tanteo" antes de adaptarse definitivamente al trabajo. Y hay quien parece gozar de una sensación de libertad de elección que es una compensación al haber reconocido que los sueños en una carrera profesional o social se han acabado ya. Los más inteligentes quizás desechen esa actitud de resignación y conformidad e intenten seguir el más arduo camino de la educación y la formación ulteriores. Pero la elevada proporción de jóvenes que abandonan prematuramente los estudios, indica hasta qué punto se adaptan mal las instituciones de enseñanza más avanzada a las necesidades del joven trabajador. Tiene, pues, que resultar muy duro el fracaso que esto representa para quienes han advertido la importancia de la educación como medio de mejoramiento social, sin que al parecer su iniciativa obtenga el premio apetecido.

LA JUVENTUD Y LA SOCIEDAD

1) *La situación demográfica*

Hay en el mundo más de 600 millones de personas entre los 12 y los 25 años de edad. Se calcula que en el grupo de edad de los 15-24 años, su número se habrá elevado de 519 millones a 1128 en el período de 40 años que transcurran de 1960 al 2000.

Aunque en Europa el aumento no ha sido tan espectacular, lo probable es que continúe, pero a ritmo decreciente:

Estimación de la población de 15-24 años (en millares)

	1965	1970	1975	1980
Europa (excluida la URSS)	65.768	71.356	72.627	73.723
URSS	31.836	40.581	47.306	48.374

Sin embargo, estas cifras ocultan las notables variaciones experimentadas en el plano nacional. Por ejemplo, en Turquía se espera que el número de personas de 15-24 años de edad aumente de la cifra de 5,3 millones de 1968 a casi 8 millones en 1976. En Francia, el número de estudiantes universitarios ha pasado, en una generación, de 50.000 a 600.000, y de 10.000 a 60.000 en Bélgica; en consecuencia, en las carreras universitarias entran más el anonimato, la indiferencia y el elemento suerte.

Quizás sea más importante todavía la variable estratificación por edades de la población.

Porcentaje previsto de distribución de la población por grupos de edad, 1960-80

		0-14 años	15-24 años	25-64 años	65 años
Europa (excluida la URSS)	1960	25,7	14,5	50,0	9,8
	1980	23,0	15,2	48,7	13,1
URSS	1960	30,8	16,2	46,8	6,2
	1980	26,1	17,4	47,0	9,5

La tónica general es de aumentos en dos grupos de edad —15-24 años y 65 años o más— a expensas, por así decirlo, de los otros dos: los que corresponden al que llega hasta los 14 años de edad y al conjunto principal de la población trabajadora. Esta proporción variable influye de manera directa en la mayoría de los demás factores que han de citarse, entre ellos las actitudes y el comportamiento recíproco entre jóvenes y adultos.

2) *Situación y función de la juventud*

No se ha llegado en casi ningún país a una definición exacta de lo que es un “joven”, ni existe un criterio generalmente aceptado acerca de la función de la juventud en la sociedad. La ley establece con frecuencia límites diversos y contradictorios de edad, que rigen el derecho de votar, la edad de la responsabilidad criminal, el derecho a contraer matrimonio (con o sin consentimiento de los padres), la obligación del servicio militar, las condiciones de protección al trabajo, el derecho a conducir un vehículo de motor, la obligatoriedad de la educación, etc. En muchos países se estudia la conveniencia de reducir la edad a que pueden votar los jóvenes, a saber, de 21 a 18. Por otra parte, cada vez es mayor el número de jóvenes que inician su vida “adulta” y de trabajo a edad superior a la que lo hacían las generaciones anteriores. Cada vez hay mayor distancia entre el momento de alcanzar la madurez fisiológica y sexual y aquél en que la sociedad reconoce la madurez del individuo: “si se llega a la pubertad a los 15 años y una mujer se casa a los 17, la demora entre lo fisiológico y lo social es mínima. Ahora bien, si se llega a la pubertad a los 12 años y el matrimonio es a los 20, la situación cambia por completo. No existe nada en nuestro sistema para tener en cuenta estos hechos” (Washburn, 1964).

La juventud y el medio

No es de extrañar por eso que se observen entre los estudiantes muchos síntomas de alteraciones individuales y colectivas, no sólo por constituir ellos el sector más articulado y perceptible de la juventud, sino también porque, paradójicamente, se les considera los más "ignorantes socialmente".

3) Normas de la sociedad

La atmósfera de incertidumbre y ansiedad material y moral en que viven muchos adultos la proyectan sobre sus hijos y éstos, a su vez, tornanse inquietos y tratan de huir de esa ansiedad escapándose y formando sus propias sociedades juveniles. Es un hecho que, si bien el mundo del adulto rechaza muchas veces la vieja moral y conformidad, no es capaz de ayudar a la generación más joven a forjar una nueva moral. Al abandonar o poner en tela de juicio los clásicos sistemas de valores sin buscarle sustitución, "exponemos a nuestros hijos a una especie de suicidio por repugnancia y desaliento" (Chazal, 1961). La misma sociedad parece demostrar, con su escala de remuneraciones económicas, que se le concede mayor valor a un guitarrista popular y a quien triunfa en la industria y el comercio, que a los maestros, a los que se consagran al mejoramiento social y a los ministros de una religión. El hecho de que las escuelas señalen normas éticas y formas de proceder únicas, absolutas y rígidas, dejando a los jóvenes la tarea de descubrir por sí solos la verdadera relatividad de los principios de conducta, puede crear una inseguridad. Ese descubrimiento puede producir una dolorosa crisis emocional que conduzca al cinismo y al nihilismo moral (Bauman, 1967).

Los jóvenes reaccionan no sólo contra la hipocresía de la sociedad adulta, sino contra la ignorancia y el atraso del adulto. Este tipo de conflicto no es nada nuevo, en rigor, pero se agudiza e intensifica más con cada generación que pasa. En una sociedad tecnológica donde los cambios se suceden con enorme rapidez, son los técnicos y profesionales más jóvenes y que más recientemente se han titulado, y no los de mayor edad y más experimentados, los que poseen un mejor conocimiento —y en algunos casos el único— y un mayor dominio de los métodos necesarios para poder sobrevivir en un mundo en el que tan grande es la competencia.

Por supuesto, hay que precaverse contra los peligros de la generalización. Varían las condiciones no sólo de una sociedad a otra, sino den-

tro de las distintas sociedades y, sobre todo, dentro de la amplia escala de niños y adolescentes a quienes abarcan las expresiones “gente joven” y “jóvenes”. Sin embargo, todo el mundo parece estar de acuerdo en que existe una vigorosa interacción entre el estado general de la sociedad adulta y la situación particular de la juventud.

Los jóvenes han dado pruebas cada vez mayores de la energía con que se oponen a esa “manipulación” a que se sienten sometidos por la mayoría de las instituciones establecidas de la sociedad, entre otras, el sistema de enseñanza, los partidos políticos, los intereses comerciales e incluso las sociedades y organizaciones fundadas concretamente para ellos. En los países en donde el individuo está en libertad de pertenecer o no a ellas, las organizaciones juveniles —patrocinadas o no por el gobierno— no atraen más que al 30-35 % de la población a la que pretenden servir y, por regla general, no establecen contacto con los jóvenes que revelan síntomas de inadaptación o tensión mental.

4) *Las relaciones personales*

Es corriente que se tengan ideas equivocadas respecto al desapego de los jóvenes para con sus familias; a pesar de ello, las investigaciones hechas acerca de las relaciones familiares de los adolescentes parecen indicar que éstos, en su mayoría, estiman que son sus padres los que más cerca de ellos están, los que mejor les entienden y en quienes más pueden confiar. Y esto sigue siendo cierto, aunque la mayoría de los jóvenes pasen menos tiempo que antes junto a sus padres y pese al hecho —o quizá por razón del mismo— de que los padres no tengan ya una influencia tan coherente y decidida sobre las preferencias educacionales, profesionales, políticas y religiosas de sus hijos, sobre todo cuando éstos llegan a la adolescencia. Demuestra también la investigación que intervienen poderosas variables socio-culturales, según la clase, el medio urbano o rural, y la base religiosa, política y cultural (Rosenmayer, 1968).

En este aspecto general, la situación de la familia y, sobre todo, de los padres, es ambivalente. ¿Qué actitud piensa la sociedad que deben adoptar hoy día los padres para con sus hijos adolescentes, y qué grado de restricción o liberalidad es saludable o conveniente? Desde luego, este problema ha de estudiarse más a fondo, si se quiere aunque no sea más que ayudar a los padres y demás adultos interesados a cumplir con sus obligaciones con eficacia y sin culpa. Sin duda, los jóvenes siguen te-

niendo necesidad de la información y los servicios que tradicionalmente les han sido facilitados por la familia o a través de ella. Actualmente, la situación está variando, pero subsiste el problema de cuál ha de ser la procedencia de estos servicios y datos. Acaso los profesionales pudieran contribuir a proporcionarlos en colaboración con esa red oficiosa de servicios de "autoayuda" que han creado casi todos los subgrupos culturales de la juventud.

5) *Cultura juvenil: presiones y conflictos*

Pueden tender los jóvenes a una fácil complacencia y a la satisfacción inmediata en un plano superficial; toda tendencia de este tipo parece haberse agravado con las presiones que se derivan de la comercialización del ocio, de la explotación del mercado de la juventud en una sociedad de consumo y de que los medios de comunicación de masas —en particular las grabaciones musicales, el cine, la radio y la televisión, y la prensa y las revistas ilustradas— se hayan concentrado sobre la juventud. Quienes traten de evitar ese estímulo, serán los que tengan que realizar el esfuerzo. Por otra parte, aumenta constantemente la complejidad de la tecnología y de la moderna administración, lo que viene a añadir, al parecer, la nueva carga de la prolongación de los estudios sobre esos mismos jóvenes que necesitan adquirir más información cada día y aprender técnicas más complicadas. Resultan, pues, evidentes los posibles conflictos, así como el acicate de la rebeldía o la huída. La red de comunicación, ya sea pública o clandestina, es compleja y extensa: conocidas son internacionalmente las distintas formas de protesta que surgen como modelos en el espacio de unas horas, desde la autoinmolación por el fuego a la adopción de un estilo de cortarse los cabellos. Además de esos medios de comunicación de masas, gracias a los transportes rápidos y baratos (sin olvidar el "auto-stop"), los contactos personales son más fáciles que en generaciones anteriores y contribuyen al desarrollo de una cultura internacional juvenil. Es difícil establecer hasta qué punto es ésta "sintética" y fabricada por los intereses comerciales o políticos y en qué medida se halla inspirada por los ideales de la solidaridad y la fraternidad internacionales. Indudablemente, para algunos jóvenes, las necesidades de los países en desarrollo y la repugnancia intrínseca de las sociedades más ricas a hacer ningún sacrificio para ayudar a las más pobres, son algunos de los motivos actuales de protesta contra la dúplice escala de valores del mundo adulto. En tanto unos se apartan hacia un

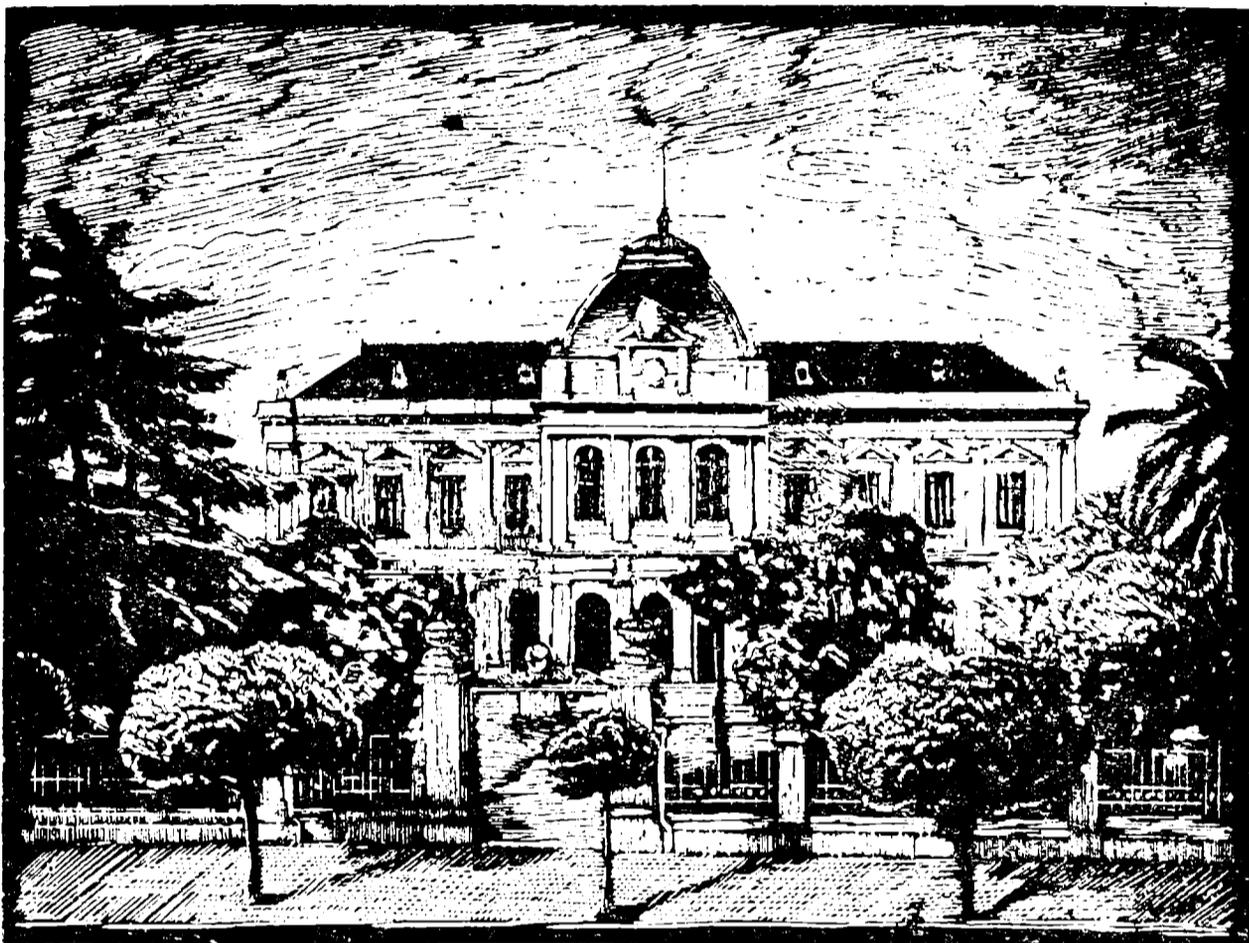
nacionalismo extremo y un desprecio por el débil, otros prefieren rechazar parcial o totalmente los valores y objetivos materiales de la sociedad en que viven. Pues que se hallan en un mundo que, a su entender, lo componen la violencia, la política del poder, la explotación, la manipulación, el egoísmo y la supremacía de los valores materialistas, no resulta superfluo preguntar si semejante modo de comportarse es un síntoma de adaptación mental o de trastorno mental.

No es muy buena la calidad de los datos de que se dispone sobre la juventud y sus problemas en la sociedad. Puede que sean muchos en cantidad, pero se hallan muy dispersos, intervinieron en su acopio múltiples organismos distintos (científicos, comerciales, etc.) y quizás algunos sean tendenciosos. Lo que ha de pedirse quizás, no es más investigación, sino más coordinación, y sobre todo, que se apliquen los resultados de las investigaciones ya emprendidas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAÚMAN, Z.: *Some problems in contemporary education*. Int. soc. Sci. J., 19, N° 3, 326 (1967).
- CHAZAL, J.: *La prévention de l'inadaptation sociale des enfants dan les grandes villes*. París, Centro Internacional de la Infancia, pág. 124 (1961).
- CORER, G.: *Anthropologist*. En: "Teenage morals", Wáshington, D.C., American Council on Education Press, pág. 11 (1961).
- HICHER, M.: *The role of youth in a sick world*, Estrasburgo, Consejo de Europa (Documento N° 2432), 1968.
- MORRIS, B.: *Examinations as instruments of educational reform*. Bull. Inst. Phys. (Lond.), 15, 8 (1964).
- ROSENMAYR, L.: *Towards an overview of youth sociology*, Int. soc. Sci. J., 20 N° 2, 286 (1968).
- WASHBURN, S.: En: Berelson, B. y Steiner, G. A., *Human behaviour: an inventory of scientific findings*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, pág. 83 (1964).

UNIVERSITAS



La colección “Dr. Emilio Azzarini” de instrumentos musicales

*FERNANDO J. KAISER **

EN 1965 se concretó la entrega a la Universidad Nacional de La Plata de una colección de instrumentos y aparatos musicales, discos y libros especializados por parte de la familia del Dr. Emilio Azzarini, fallecido en 1963. Firmaron el acta correspondiente los doctores Roberto Ciafardo y Osvaldo Balbín, presidente y secretario general, respectivamente, de la Universidad, por una parte, y por la otra la señora Sara Azzarini de García, hermana del donante, su esposo Sr. Domingo García, los hijos de

éstos, doctor Francisco Emilio García y señor Luis Domingo García, y el doctor Luis Azzarini, hermano del extinto. Y como testigos actuaron los profesores Enrique Gerardi y Raúl Bongiorno, y señores Elioser Ciro Rossoti y Francisco Blasi.

Se hacía así efectiva la voluntad del Dr. Emilio Azzarini, nacido en Punta Alta, provincia de Buenos Aires, en 1903, graduado en ciencias veterinarias en la Universidad de La Plata. Durante varios años ejerció el cargo de secretario de Publicaciones de la casa de altos estudios, colaborando en la edición de importantes obras publicadas por la misma, como el "Facundo", de Sarmiento, y el "Dogma Socialista", de Echeverría. Fue un verdadero amante de la música en todas sus manifestaciones —publicó varios artículos sobre el tema— y uno de los progenitores del Coro Universitario de La Plata, desarrollando una generosa actividad para consolidar esta "impar institución estudiantil". Pero por sobre todos esto dedicó mucho de su tiempo a la formación de esta importante colección, que cuenta con cerca de setecientos instrumentos de las más diversas clases, procedencia y épocas; 1.364 volúmenes sobre música en varios idiomas, partituras originales, revistas, folletos, programas de conciertos del siglo pasado, discos, cilindros de cera, cuadros, pergaminos y medallas.

Como queda dicho, en 1965 se concretó la donación de la colección, pero tan solo después de un "doloroso peregrinaje" por distintos depósitos de la Universidad, el singular material fue trasladado a la Biblioteca Central en febrero de 1969 para cumplir allí con la función esencialmente didáctica para la que fuera creada. Con tal fin se contrataron nuestros servicios en abril del mismo año. Si bien en aquel momento la mayor parte del material se encontraba bastante deteriorada por efectos del tiempo, los diversos traslados y el clima adverso de la región, resulta sorprendente en la actualidad, y a esta altura de la labor realizada, que alguien pudiera haber dudado del valor incuestionable de esta colección. Nuestra primera tarea fue la urgente restauración de los elementos más afectados, poniéndolos a salvo de la acción de la polilla, taladro, óxido y otros factores destructivos. Y tras un primer ordenamiento surgió la idea de efectuar una exposición parcial de tan valioso cuanto interesante material, acerca de cuyo estado y destino muchas personas sentían y manifestaban real preocupación.

* Conservador de la colección "Dr. Emilio Azzarini". Nacido en Alemania, cursó en su país estudios secundarios y técnicos. Por tradición de familia —músicos y constructores de instrumentos— aprendió esta artesanía (restauración de instrumentos musicales) y cursó, al propio tiempo, estudios musicales, perfeccionándose en piano con el profesor Carlos Engler. Llegado al país en 1933 dio conciertos y conferencias, dedicándose a la enseñanza y desempeñando durante cuatro años el cargo de maestro interno del Teatro Argentino de La Plata.

La colección Azzarini

Como el tiempo y el espacio disponibles eran limitados se resolvió limitar la exposición a un tema: aparatos musicales, divididos éstos en dos grupos, aparatos productores y aparatos reproductores de sonido. Entre los primeros, cajas de música con cilindros de madera y bronce, disco de acero estampados y de cartón, rollos de papel perforado y figuras con movimiento acompañando las melodías, y relojes musicales. Procedí, por consiguiente, a restaurar quince de los más representativos, altos exponentes de la artesanía de los dos últimos siglos, completando la muestra con aparatos del segundo grupo o sea reproductores de sonido: seis fonógrafos de los patentados por Edison y varios otros muy originales, para discos. Inmediatamente se comenzó con las visitas guiadas para grupos de estudiosos, alumnos de institutos especializados y entidades culturales en general. Se confeccionaron una serie de diapositivas en las cuales se ilustra la historia y la técnica de estos aparatos desde sus comienzos: los órganos hidráulicos de la antigüedad, los organillos de los siglos XVII y XVIII, las ingeniosas y complicadas máquinas del siglo pasado y finalmente los organillos de principios de éste y los orquestriones, es decir el conjunto, en una sola pieza, de instrumentos de cuerda —piano, violines— y percusión (tambores, platillos, castañuelas, campanas y triángulo).

La originalidad y belleza de estas máquinas fue apreciada por numerosos visitantes de todos los niveles y se mantuvo la exhibición hasta octubre de 1971, es decir durante dos años. Pero ya a principios de 1970 se comenzó la preparación de otras exposiciones, para lo que se contó con la inapreciable colaboración del Instituto Goethe, de Alemania, que proporcionó material ilustrativo de gran valor didáctico y una calidad digna de todo elogio. De tal modo se inauguró el 26 de septiembre de 1970 una muestra sobre la obra de Karl Orff, en la que la colección Azzarini estuvo presente con instrumentos antiguos y modernos de diferentes países, además del instrumental propio del citado método. Contemporáneamente se llevó a cabo un curso introductorio al método Orff para maestros, que fue muy concurrido y atrajo al propio tiempo la atención de muchos amantes de la música.

Dos meses más tarde se conmemoró el bicentenario de Beethoven, con una exhibición especial de diversos instrumentos y un concierto a cargo del Cuarteto de Cuerdas de la Universidad. Se expuso en ella un piano de teclas negras del siglo XVIII y otro similar al que poseía Beethoven, que junto con otro de la colección construido por Broadwood figura, con idénticas características, en el testamento del genio de Bonn. Se pudo apreciar, asimismo, un ejemplar, magníficamente conservado, de la primera edición de la "Misa solemnis", impresa por Schott en Maguncia en 1826, y un man-

dolín similar al que tocaba Beethoven y para el cual había escrito una sonatina y un "Tema con variaciones".

Durante 1971 se concretó el estudio de los instrumentos indígenas americanos por parte de arqueólogos del Museo de Ciencias Naturales dependiente de la Universidad, identificándose la mayoría de los "huacos", flautas, cascabeles, etc., que son de procedencia Mochica (dos mil años de antigüedad), y culturas posteriores: Chancay, Chimú, Tihuanaco, Nazca e Inca; un verdadero tesoro por su belleza y excepcional estado de conservación.

Simultáneamente se prosiguió con el ordenamiento y clasificación técnica del material con miras a la conmemoración de dos fechas: el cincuentenario de la muerte de Enrique Caruso, de quien se guarda en la colección una biografía poco conocida y agotada. Para la ocasión consiguióse en préstamo 17 discos en excepcional estado de conservación, de los que se realizó un registro magnetofónico de óptima calidad, además de cuarenta y cinco reproducciones gráficas, material que se incorporó a la colección. Para conmemorar el aniversario de la muerte de Thomas Alva Edison nació la idea de realizar un audiovisual sobre la "Historia del registro del sonido", para lo cual se cuenta con la colección con un material excepcional de cilindros de cera y muy buenos aparatos de reproducción. La parte documental fue resuelta por nuestra colaboradora, profesora Zaida Mabel Uhalde, con gran solvencia y responsabilidad, interviniendo asimismo en la escritura del guión. Para toda esta tarea no se utilizó material alguno que no fuera de pertenencia de la colección: discos, fonógrafos, cilindros y material ilustrativo en general.

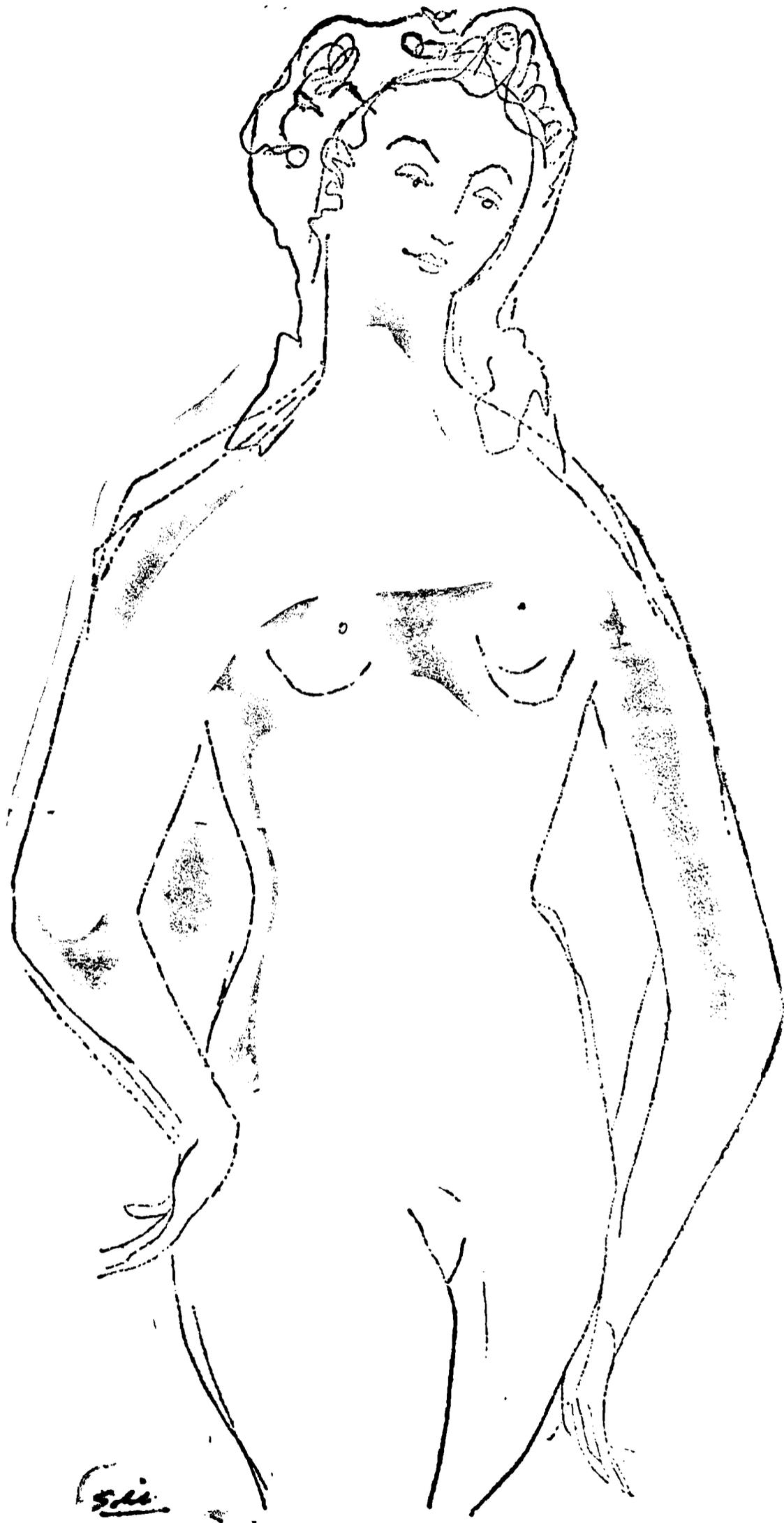
Durante todo el año en curso se mantuvieron diversas vitrinas en el "hall" de la Biblioteca, donde en forma rotativa se expusieron instrumentos por grupos de familias, renovándose cada dos o tres semanas. Cabe recordarse, por su originalidad, la vitrina oriental, con instrumentos chinos —como el *sheng* (órgano de boca), flautas y campanas—, tibetanos —como el *kang túng* (trompeta de Lama)— e indúes: gong, campanas y una lujosa *sarinda*. Todavía ha de añadirse el conjunto de instrumentos japoneses, como el *siaku hachi*, campanas de bronce, la guitarra de tres cuerdas llamada *shamisén* y los cocos *ao yu* y *mu yu*. Se mostraron también dos trompetas extensibles, de 1,60 m. de largo, de origen tibetano; una sanza africana; una bellísima yorba, balalaikas, cítaras, bandurrias y mandolines con ricas incrustaciones y magníficas tallas.

La exposición final del año fue denominada "Música instrumental", utilizándose para ello todas las vitrinas disponibles, en las que se exhibieron los instrumentos más representativos de cada grupo, acompañadas por una

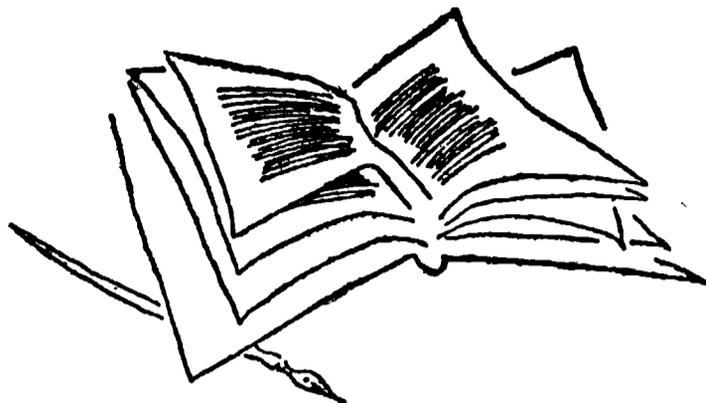
La colección Azzarini

hermosa serie de paneles cedidos por el Instituto Goethe, quien además proveyó un catálogo informativo y gráfico, en el que se incluyó un listado de setenta instrumentos de la colección Azzarini, con su correspondiente denominación y descripción. Se llevaron a cabo visitas guiadas para grupos y centenares de personas gozaron de esta nueva muestra.

Las posibilidades de este museo como fuente de información para el estudioso y como elementos didáctico para profesores y alumnos son inagotables. Un futuro gabinete de audición, conciertos, conferencias y cursos, la confección de material gráfico, etc., son parte de esas posibilidades. Personalmente nos inspira un solo deseo: restaurar y conservar para futuras generaciones ese precioso material reunido con cariño y sacrificio por un auténtico amante del arte de los sonidos, que ahora la Universidad Nacional de La Plata pone al alcance de los docentes y de los estudiosos en general. Tenemos conciencia de nuestro compromiso con la obra y con su creador, doctor Emilio Azzarini.



"Ofrenda", dibujo (1969), por Raúl Soldi



TESTIMONIOS

★ CÉSAR TIEMPO (seudónimo de Israel Zeitlin). Poeta, ensayista, comediógrafo y periodista. A los 17 años publicó "Versos de una..." con el seudónimo de Clara Better, despertando curiosidad e interés en los círculos literarios, pero su primer libro formal de poesía fue "Libro para la pausa del sábado", que obtuvo el primer premio municipal de poesía en 1930, cuando su autor tenía 24 años. Después vinieron "Sabatión argentino" (1933), "Sabado Domingo" (1938) y "Sábado pleno". Lleva publicados más de 25 libros. En el teatro obtuvo el Premio Nacional en 1937 con "Pan criollo", que representó la compañía Muiño-Alippi, estrenando luego otras obras y escribiendo para el cine. Fue secretario de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) durante cuatro períodos y ocupó el mismo cargo en la Sociedad de Autores de la Argentina (ARGENTORES). En 1969 le fue otorgado el Gran Premio de la Fundación Argentina para la Poesía. Hace periodismo desde edad temprana, en el país (donde ha colaborado en casi todos los diarios) y en el extranjero (Bogotá, Caracas, Santiago de Chile, México, Montevideo, etcétera).

★ ROMUALDO BRUGHETTI. Poeta, ensayista y crítico de arte. Fue profesor de historia del arte en la Facultad de Humanidades (UNLP), de 1955 a 1966. Presidente de la

Asociación Argentina de Críticos de Arte, 1960-68. Miembro de la Association International de Critiques d'Art, cuyo Consejo integró como titular. Ha sido jurado en salones nacionales, municipales y privados. Profesor visitante de la Universidad Nacional de México, 1960. Lleva publicados más de treinta libros (poesía, ensayo y monografías de arte). Ha colaborado en "La Nación" (Bs. As.), "Cuadernos Americanos" (México) y en numerosos periódicos y revistas de nuestro país y del extranjero. Recibió el premio Dante Alighieri por su labor de acercamiento cultural artístico entre la Argentina e Italia (1970), la Faja de Honor de la SADE por "Vida de Almafuerite" (1954) y Premio Trienal de la Crítica de Arte (1965-67), otorgado por el Fondo Nacional de las Artes y Asociación Argentina de Críticos de Arte.

★ HORACIO CASTILLO. Abogado, poeta y periodista. Ha ejercido la cátedra de metodología de la persuasión de masas en la Escuela de Periodismo (UNLP). Dedicado preferentemente a la poesía, últimamente ha publicado "Descripción" (1971) y "Matière acre" (1972), ésta editada en Francia y traducida al francés por Henri de Lescoët. En 1959 residió en Europa y en 1969 visitó Grecia, viaje al que alude la nota que se publica en estos "Testimonios".

VIAJES — CRÓNICAS — SEMBLANZAS — EVOCACIONES
PAPELES DE ARCHIVO — LOS PADRES VISTOS POR
SUS HIJOS

CON JEAN GROFFIER

JEAN Groffier nació en Lieja como Simenon, el famoso novelista policial, y como Simenon es un viajero implacable. Nacer y vivir a orillas de un río constelado de embarcaciones implica oír como Isaías los cantos que vienen del fin de la tierra y estar siempre listos para partir a su encuentro, ciegos a la fascinación de la tornadiza Galatea que arroja, para retener al viajero, sus manzanas en la playa. Pero así como Simenon ama la lluvia y los países *que no son tristes pero dan tristeza*, Groffier siempre se sintió atraído por las tierras soleadas como si en su alma se removieran ancestrales nostalgias por las colinas ardientes en que florecían las vidas que ambriagaban a Salomón y los rosales que daban rosas a la Sulamita. Lieja es gris y aparece constantemente vestida de otoño, pero Groffier desciende de borgoñeses y en Borgoña los pinceles del sol pintan el cielo de azul, y las uvas de rojo, y doran por igual los semblantes de los transnochadores, los viñadores y los ascetas.

Bélgica, capital de la Comunidad Económica Europea, produce todo lo que puede producir un país de tierra fértil y clima húmedo y, además, poetas y escritores, pero los poetas y los escritores si desean que su obra alcance la acústica necesaria tienen que radicarse

en París, antesala de todas las consagraciones. Maeterlinck, Franz Hellens, Henri Michaux, Fernand Crommelinck, Felician Marceau, entre otros muchos, hicieron el camino. Nadie los ignora. (Julio Cortázar también nació en Bruselas y reside en París, pero es argentino).

Jean Groffier vive en París donde funciona desde hace años como *courtier* —en el sentido más noble y antiguo del término— de la Unesco. Su nombre no ha alcanzado la repercusión mundial de sus compatriotas más notables, pero la crítica europea señala siempre con grandes elogios la aparición de cada uno de sus libros —ya traducidos a numerosos idiomas— y veinticinco años atrás tuvimos el honor de presentarlo a los lectores de una publicación argentina, a raíz de unos sensacionales trabajos suyos de investigación, tendientes a demostrar que los germanos son de origen judío. Este antecedente facilitó el encuentro.

En el desarrollo del espíritu debemos ser capaces de vivir no sólo nuestras vidas, sino también la vida colectiva de la especie. En esta época de pasiones combatidas, de tristes violencias, de sueños cerrados, puede parecer temeridad ir resueltamente hacia las causas,

dispuestos a encontrar un camino para reescribir la historia. En esa tarea se halla empeñado Jean Groffier, dueño de esa formación cultural, esa serenidad y ese equilibrio que descansan en la íntima y razonada energía y en el limpio anhelo de encontrar la verdad.

Aparentemente distraído, dueño de esa mirada pensativa que suelen tener algunos músicos cuando se encargan una foto para los periódicos, una vez que el tema de la conversación lo pone en órbita, los ojos de Groffier se concentran sobre el interlocutor con tanta intensidad que uno teme terminar hipnotizado. La figura es sólida y ágil, las facciones armoniosamente esculpidas las mejillas rosadas, de ese rosa patinado de los lienzos antiguos, puntiaguda la barbilla, las manos casi coloradas como las de un edomita, y el modo de expresarse que comunmente se asocia con profesores y viajantes, suele hacerse conmovido pero en este caso la voz desciende extrañamente de tono y hay que acercarse e inclinarse para oírlo como si nos hablara desde el tornavoz de un apuntador.

El día que lo encontramos llegaba a París desde Aix-Provence la noticia del fallecimiento de Jules Isaac, el gran historiador francés que había ido a buscar alivio a sus sufrimientos a la riente ciudad natal de Darius Milhaud. Cuando le informo que en la Argentina generaciones y generaciones de estudiantes secundarios han aprendido historia en sus famosos Manuales, sonrío complacido como si se tratara de una satisfacción que lo alcanzara personalmente.

Jules Isaac, nos dice, no fue sólo un historiador eminente, un gran escritor; fue una conciencia en ascuas. No sé si usted sabrá que su mujer, su hija y su yerno murieron en un campo de concentración. El maestro, que no estaba en París cuando entraron los nazis,

pudo salvarse por un verdadero milagro, gracias a la abnegación de algunos discípulos. El dolor del tremendo desgarramiento en lugar de aniquilarlo multiplicó sus fuerzas. Es necesario haber asistido a sus conferencias, participado de sus campañas, leído sus libros — *Los Oligarcas, Jesús e Israel, Génesis del Antisemitismo, La Enseñanza del Desprecio*, y aún el dedicado a su entrañable camarada de juventud Charles Peguy, para admirar al combatiente, al erudito, al hombre de pensamiento, el gran patriota. Para defender sus principios, cristalizados en la organización de la Amistad Judeo-Cristiana, fundada por él en 1947, Jules Isaac hizo dos veces el camino a Roma y fue recibido por Pio XII y por Juan XXIII. Al final de la audiencia del 13 de junio de 1960 que se prolongó por espacio de más de una hora, el maestro —que tenía 83 años— le preguntó a su santidad si podía llevarse alguna esperanza.

Juan XXIII le contestó, poniéndole las manos sobre los hombros: *Usted tiene derecho a mucho más que una esperanza*. Desde entonces y hasta el fin de sus días, el gran Papa no dejó de ofrecerle a Jules Isaac pruebas de solidaridad reconociendo la justicia y el amor de sus campañas. Se sabe perfectamente que a instancias de éste, Juan XXIII hizo borrar de las oraciones del viernes santo todo lo que pudiera haber de ofensivo para el pueblo judío. Y que esta primera muestra de comprensión sería seguida por otras fundamentales tendientes a suprimir toda fricción con el judaísmo y a reconocer en el pueblo de la madre de Cristo a un pueblo hermano.

—¿Usted es judío, señor Groffier?, le preguntamos a quemarropa.

—Judío, no sé, aunque nadie puede afirmar categóricamente que no lo es, pero semita sí, pues he rastreado entre

Semblanza

mis antepasados algunos moros radicados siglos atrás en el país de Mireya. Y usted sabe que Ismael, el fundador de la familia agarena, era hijo de Abraham. Ahora bien, puede ser que mi apellido, a través del tiempo y de las peregrinaciones de mis antepasados haya sufrido alguna variante, pues los Greffier, con e y no con o, sí que son israelitas, de la misma rama de Armand Lunel, el gran novelista cuya obra exaltó André Spire a quien las nuevas generaciones tienen injustamente relegado al olvido.

El fundador de la hermosa revista "Soleil d'Oc" acaba de publicar una antología de poetas ingleses y un libro de cuentos y leyendas provenzales. Le preguntamos de dónde le viene a este valón, paisano de César Franck y de Isaye, su predilección por los temas que fascinaban a Mistral, un provenzal hasta *la lengua del güeso*, como suelen decir los enterrianos.

—Desde hace años paso todas mis vacaciones en la alta Provenza y allí me he hecho de infinidad de amigos. Los viejos me han contado historias maravillosas que nadie se preocupó de recoger hasta ahora. Esto fue lo que más me tentó. Mis relatos se inspiran en hechos auténticos. Me gustaría que leyese "Pasaporte al más allá" o "Aldea de hombres", historias que parecen inverosímiles y que, sin embargo, se apoyan en episodios que ocurrieron verdaderamente y son de una fuerza sobrecogedora, temas todos tan apasionantes para el psicólogo como para el folklorista. Por otra parte, participo en muchas campañas de renacimiento provenzal, enderezadas a hacer revivir pueblos y aldeas prácticamente abandonadas, recreando su vida intelectual y artística. Trabajo en ese sentido con Jean Davy, de la Academia de Francia, el autor de los ensayos más lúcidos sobre André Gide, y con Danet, director

de los "Treteaux de France", con Faustin Ripert, director de "Theatre au village" y con un campesino letrado que se llama Elis Blanc, y es un prodigio de versación. Hacemos representar a los clásicos en los pueblos más dejados de la mano de Dios. Organizamos debates, bailes tradicionales, conciertos, recibimos escritores. Durante el último verano tuvimos la alegría de ver entre nosotros a Emilie Noulet, el más fino y mejor amueblado talento crítico de Bélgica, y a su esposo, el altísimo poeta Josep Carner.

—¿Y "Soleil d'Oc"?

—"Soleil d'Oc nació del deseo de crear lazos entre los intelectuales de todos los países de sol. Con Jean de Foucauld y las Ediciones de la Paloma conseguimos dar una difusión internacional a ese movimiento que reúne a todos los *heliófilos* de raza y de espíritu, desde Marsella a Londres (allí también sienten la nostalgia del sol, y la nostalgia es una forma de amor), desde Lyon a Bruselas y del Senegal al Brasil. Pronto extenderemos nuestro circuito a la Argentina y a Chile, países que espero visitar el año próximo.

Echado para atrás en su diván como si contemplara el sol a través de los montes, Groffier se ausenta por unos instantes mientras su cuarto de trabajo se llena de un silencio ensordecedor. Sobre su mesa se amontonan pilas de manuscritos. Nos atrevemos a despertarlo preguntándole en qué trabaja actualmente. Groffier, ensimismado, se hace repetir la pregunta, se pone de pie y echa a caminar por la habitación como si fuera a buscar la respuesta en el ventanal que da a una calle cuyos árboles presentan armas a un atardecer que va a desplomarse fulminado por una insolación repentina.

—Estoy dando los últimos toques a mi novela "Los insatisfechos", que sitúo en Marruecos, país que conozco

tan bien como Francia, mientras trabajo simultáneamente en un libro de impresiones sobre Armenia y “Los anglosajones son judíos”, una obra para la que vengo documentándome hace muchísimo tiempo.

—¿Perdóneme la impertinencia, señor Groffier, pero su afirmación de que los anglosajones son judíos se sustenta en verificaciones históricas o tienen un trasfondo lírico y metafísico como aquella otra de Lubicz Milozz referente a los orígenes hebraicos del pueblo ibérico?

—Todas mis afirmaciones, nos contesta deteniéndose bruscamente delante nuestro, están prolijamente documentadas. Mi obra, que tendrá unas cuatro mil páginas, contendrá un apéndice iconográfico, bibliográfico y testimonial que abarcará más de quinientas. Le aseguro que las investigaciones y los descubrimientos fueron tan excitantes como las conclusiones. Por otra parte le diré que existe toda una literatura anglosajona —cerca de mil volúmenes— que se ocupa de dicha tesis. Una sociedad de estudios, la “British Israel”, agrupa en torno suyo a centenares de intelectuales, historiadores, hombres de ciencia y artistas que sostienen esta idea: “nosotros, anglosajones, tenemos como antecesores a las diez tribus de Israel” ¿Se trata de una locura colectiva? No podemos creerlo pues ella alcanzaría a la élite intelectual de un conjunto de pueblos, lo que es bastante difícil.

—¿Puede darme algunas precisiones acerca de su tesis?, aventuramos temerariamente.

—Tendría que estarle hablando días y días. Pero damos por ejemplo la genealogía de los reyes de Inglaterra. (Es bien sabido que la familia de los Hohenzollern, aliada por su rama femenina a la de los reyes actuales de Inglaterra se había interesado vivamente en la in-

vestigación de sus orígenes semíticos. Guillermo II, por otra parte, nunca ocultó su convicción de ser descendiente de David y Salomón).

Las crónicas irlandesas nos refieren la existencia en Tarah —colina al sur de Dublín— en otro tiempo localidad poblada, de una hija de faraón, llegada por mar a esas regiones y casada en Irlanda con el príncipe Heremon, contemporáneo y discípulo de Ollan Fola. Este no es otro que Jeremías cuyo cuerpo fue sepultado en Tarah, en un sarcófago llamado *mergesh* (en hebreo: tumba) y designado comunmente como nombre de “tumba de Jeremías”. Es necesario recordar también las leyendas referentes a Baruc y a su escuela de profetas cantada por Walter Scott. Esas crónicas nos hablan igualmente de la piedra mágica sobre la que son coronados los reyes: *Lia Fail* (Fail en hebreo quiere decir escondido, maravilloso). Fergus, rey de Irlanda, vuélvese rey de Escocia en 513 y lleva consigo la maravillosa piedra. Eduardo I llega a ser rey de Inglaterra y transporta la piedra a Londres. Desde entonces ésta se halla en Westminster. Por la línea femenina, esta genealogía se continúa hasta los reyes actuales.

Ante un hecho tan curioso como fue el retorno de los judíos a Palestina bajo la protección de los anglosajones tenemos que pensar que el mismo fue una realización de las antiguas profecías. En efecto, Jeremías e Isaías anunciaron en su tiempo lo que ha realizado el Sionismo (resultado de la conquista de Palestina por el general Allenby y la declaración de Lord Balfour).

Jeremías predice: “En esos días la casa de Judá marchará al lado de la casa de Israel y las dos vendrán juntas del país del norte al país que yo he dado en herencia a vuestros padres”.

Isaías precisa: “...él recogerá los exiliados de Israel y reunirá a los hom-

Semblanza

Libros de Judá que se hallan dispersos en los cuatro extremos de la tierra”.

Por otra parte, al Eterno, al tratar su alianza con Abraham termina prometiéndole formalmente que su posteridad poseerá todo el país desde el Nilo hasta el Eufrates (Génesis, XV).

Es sorprendente constatar que sobre todo ese territorio que se extiende desde el Golfo Pérsico hasta el Egipto, comprendiendo el Irak-Arabi, el desierto pedregoso de Siria y el Egipto propiamente dicho, los ingleses reinaban como dueños. Acontecimiento notable, pues en la historia antigua de los hebreos, esta profecía no se había realizado aún. Otro hecho curioso que debemos señalar: los ingleses se establecen en Egipto después de la batalla de Tel-el-Kebir (6/9/1882) que tuvo lugar en esta tierra de Goscem donde fueron reducidos a la esclavitud treinta y cuatro siglos antes los hijos de Israel. ¡Coincidencia sorprendente!

Una gran verdad se esconde bajo esas líneas de la historia. Y se puede afirmar, al comprobar que la historia posee un sentido y leyes especiales. Otras profecías anuncian la supremacía gradual de Inglaterra sobre Alemania (Edem), hecho histórico que debe ser realizado completamente dentro de veinte años...

También para despejar toda duda, dejo consignado en mi obra, que más de mil palabras germánicas poseen una radical hebraica. Ejemplos en la lengua inglesa: *British* (término que designa por excelencia lo británico) es el conjunto de dos palabras hebreas, a saber brit: la alianza, e ish: el hombre. *British* significa, pues, el hombre de la alianza, es decir Israel. *Britania* brit: la alianza, y annia, La Flota o sea La Flota de la Alianza, etcétera.

Las medidas conservadas por los ingleses corresponden a las medidas he-

braicas. La pulgada es idéntica a la pulgada hebrea. El codo inglés equivale al codo sagrado (con una milésima de diferencia. Recordemos las más antiguas leyes inglesas o alemanas, entre otras las de Alfredo el Grande; las costumbres, por ejemplo aquellas que acompañan a la ceremonia del matrimonio, el derecho al mayorazgo. El Unicornio, animal hebreo, se halla en el escudo de armas de Inglaterra. Una piedra figura en la ceremonia de la coronación del rey británico. Esta costumbre existía igualmente entre los hebreos. Y sucede que en ambas partes se le llama de la misma manera: la almohada de Jacob (la piedra del Destino) y se la unge igualmente de aceite.

¿Y no es suficiente acaso el hecho bastante característico que se observa en cada uno de estos dos pueblos: la necesidad de proclamarse *el pueblo elegido de Dios*? He aquí el esbozo de toda una revelación —y revolución— histórica. Los factores que caracterizan a Israel están profundamente incrustados en la vida de la población que habita Inglaterra y Alemania. Además, la Reforma en los pueblos germánicos, es un simple retorno al estudio del Antiguo Testamento y a la pureza inicial del Cristianismo, que vino a corroborar la Ley y no a destruirla. El Génesis nos cuenta que el nombre de Israel fue impuesto a Jacob después de su lucha con el Angel. La lucha se ha reanudado, pero el Angel se ha convertido en un Demonio.

Jean Groffier calla como transportado por sus evocaciones y sus reflexiones. Estamos seguros que el libro del cual acaba de hablarnos promoverá polémicas y discusiones pero marcará indudablemente una época y para los que sepan leer sin prejuicios será un llamado a la unidad y solidaridad de la especie, pues Dios, al crear al primer hombre, ofreció al mundo un solo

ejemplar para que nadie pudiera decir: yo soy de más noble raza que la tuya.

El notable escritor que tiene el dulce mal de andar y posee la clave de las antiguas escrituras y es lo que los hebreos llamarían un *jajam*, un verdadero sabio, ha hecho un pacto con el sol fiel a su viejo sueño de solidaridad humana: "Creo, sostiene, que es necesario realizar la unidad sin dejar de

respetar las diferencias". Es decir que está en la línea más generosa de nuestro tiempo que aspira a la paz en la mutua comprensión de los pueblos.

Cuando salimos a la calle la luna pregonaba otra victoria de la noche, una victoria efímera que debe hacer sonreír a Jean Groffier que vivió quince años seguidos en el Cercano Oriente y en Africa del Norte, besado largamente por el sol.

GRECIA: LA TIERRA INCOMPARABLE

ENTRE Buenos Aires y Grecia hay 2.500 años. Pero esa distancia se franquea en un día saboreando sobre las nubes delicias gastronómicas, mientras se escucha música funcional o se mira una película de Jerry Lewis que apacigua la ansiedad. Desde luego el espíritu no se serena fácilmente y arde en secreto en tanto el Boeing 707 vuela por algún rincón de la noche o se espera en las escalas de Madrid y Roma entre japoneses, norteamericanos, hindúes, africanos y demás representantes de esa fauna peculiar que habita los aeropuertos.

Sólo cuando ya se viaja de Roma a Atenas y se está en el deseado camino la tensión afloja. Aunque es de noche, algo nos dice exactamente cuándo volamos sobre Grecia. La pasajera que viaja a nuestro lado es griega; y cuando cambiamos con ella las primeras palabras en nuestro griego arduamente aprendido no nos cabe duda dónde estamos. Allí abajo están "el mar, la dulzura otoñal, las islas bañadas de luz, la inmortal desnudez de Grecia" de que habla Kazantzakis. En esa oscuridad laten las nobles piedras que vamos a reverenciar y que como el avión llega a Atenas de noche todavía permanecerán ocultas un poco más.

En vano trato de desubrirlas mien-

tras el ómnibus se dirige desde el Helenikón al centro de Atenas, a unos diez minutos. Ni siquiera la plaza Syntagma, donde está la terminal, ofrece huella alguna del mundo que buscamos. Se lo presiente cerca a pesar de los letreros luminosos, los altos edificios y los numerosos automóviles de la Atenas cosmopolita que nos recibe. Sin embargo seguirá en la sombra, esperándonos, vibrando en el sueño al que no tardamos en ingresar tras un baño reparador en nuestro "xenodjío" (hotel) de la calle Marnis, a unos pasos de plaza Omonia, otro de los centros nerviosos de la ciudad.

Al día siguiente la mañana entra a raudales por las grandes ventanas y reaviva la expectación. Desde nuestra habitación del quinto piso sólo se ve un paisaje urbano, burocrático. Ensayamos en el bar un tímido "kalimera" (buenos días) y nos aventuramos para pedir el desayuno por los vericuetos de un idioma que cuando tiene por excepción algún vocablo afin (café, mermelada), devuelve el ánimo. En seguida un taxi: a la Acrópolis.

Atenas es una ciudad moderna, limpia, armoniosa. Su edificación no pasa de siete u ocho pisos; el tránsito es intenso; las calles anchas, pobladas de comercios y confiterías con sillas en

la vereda siempre llenas de parroquianos. De pronto, al extremo de la avenida 28 de Octubre por donde marchamos, esfumado por la distancia, aparece el Partenón. El corazón da un vuelco; pero el coche deriva por otra calle y la imagen desaparece. Poco después bordeamos el teatro de Herodes Aticus, al pie de la Acrópolis. Arriba, en la roca, reverberan los Propíleos, el templo de la Victoria Apta, el Partenón.

Subimos la cuesta bordeada de olivos y laureles. Y por sólo 15 dracmas (medio dólar) que vale la entrada estamos por fin en el siglo V antes de Cristo. Aquí, nos recuerdan los guardias, hay gente que al llegar se arrodilla y besa el suelo. Charles Maurras, que estuvo en 1891, besó una columna de los Propíleos. Nosotros nos limitamos, por pudor, a sentarnos junto a la muralla para mirar el Partenón, lentamente, disfrutándolo. La luz se derrama sobre el mármol como una pátina de oro. No parece existir otra cosa a su alrededor. Hasta podría aventurarse que debió estar solo en la ciudadela. Después de contemplarlo, todo parece desproporcionado, imperfecto, grosero. El célebre pórtico de las Cariátides, que está enfrente, parece sofisticado y el templo de la Victoria exageradamente elegante. El Partenón, en cambio, posee una grandeza desnuda, serena. No abrumba al observador, no lo enfrenta con su propia pequeñez: alumbrá, por el contrario, su real dimensión humana. No en vano se albergaba en su interior Palas Atenas, nacida del cerebro de Zeus.

El templo tiene 69 metros de largo por 30 de ancho y todas sus medidas siguen la proporción $4=8+1$. Las líneas rectas, como se sabe, han sido corregidas —por ejemplo las columnas externas están inclinadas siete centímetros hacia el interior y las horizontales

ligeramente curvas hacia el centro— sabiduría matemática que le ha dado el milagroso equilibrio que exhibe. Equilibrio que nace del mismo paisaje de Grecia donde, como observó Taine, nada es enorme sino moderado, perceptible, sin dimensiones abrumadoras. Aquí, por eso, se hizo carne la máxima “nada con exceso”. Por eso también bajo este cielo “la concepción de la existencia se aclara, la conciencia se hace menos exigente, la necesidad de gozar aumenta”. No podía ser de otro modo en este pueblo que eligió por Dios a ese Zorba de la mitología que fue Zeus, capaz de convertirse en cisne o en lluvia de oro para seducir a una mujer o de hacerse dar un hachazo en la en la cabeza para parir a Atenea.

* *

Una mano sarmentosa entra en el Egeo azul. Es la región del Peloponeso. Allí vamos un día a buscar los fantasmas homéricos. Se sale de Atenas a la mañana y después de bordear una hora el mar y dejar atrás Salamina y otros sitios evocativos como Eleusis, Dafni y Megara, se llega al espectacular estrecho de Corinto. Del otro lado se extiende la “Argólida sedienta”, la patria de Agamenón y Menelao, los vencedores de Troya. El paisaje se hace árido; suaves ondulaciones montañosas enmarcan la ocre llanura cuya desnudez acentúa el otoño. El mar parece un recuerdo y la serenidad del Atica es sustituida por un tenso dramatismo.

No es fácil olvidar que nos dirigimos a Micenas. La misma soledad circundante, la falta de poblaciones o algún otro punto de referencia moderno, ayudan a situarse en otro tiempo. Yo había visto en el Museo Arqueológico de Atenas la máscara de oro llamada de Agamenón y a cada paso parecía que iba a reencontrarla en la desolada

Carné de viaje

extensión, entre legiones de “luciente bronce” andando hacia las “negras naves” rumbo a Troya.

Aparece la Acrópolis de Argos. Luego, una calle bordeada de eucaliptos plantados por Schlieman en los días que excavaba Micenas. El sombreado camino desemboca en un caserío con hoteles de sugestivos nombres: Orestes, Clitemnestra, “La bella Helena de Menelao”. “En la calle de Micenas arbolada / de eucaliptos puedes encontrar queso / de oveja y resinoso vino ‘A la bella Helena de Menelao’, una hostería / que desvía el pensamiento de la sangre / de los Atridas”, escribió el poeta Salvatore Quasimodo. Otro premio Nobel, Jorge Seferis, también menciona en uno de sus poemas esa hostería, suerte de propaganda que seguramente pocos negocios del ramo habrán conocido: “En Micenas he levantado las grandes piedras y los tesoros de los Atridas. / Dormí al lado de ellos en el hotel ‘La bella Helena de Menelao’ / y sólo desaparecieron al alba, cuando cantó Casandra”.

Pero la fresca sombra y la mitología publicitaria del pueblo no tarda en ser nuevamente desplazada por la aspereza del terreno que cobra toda su fuerza cuando en un recodo surge la increíble fortaleza. Desde la ruta sólo se distingue el cinturón pétreo de la muralla; algunos nubarrones siniestros pasan pesadamente sobre las montañas vecinas; el silencio nace del contorno rocoso. Y finalmente la Puerta de los Leones. Por allí salieron los carros, caballos, hombres y enseres hacia la guerra de diez años en el otro extremo del “vinoso mar”. Bajo ese colosal dintel pasó Agamenón trayendo a Casandra. Sus espíritus deambulan en el interior, por las escalinatas que llevan a las que fueron habitaciones reales y en la necrópolis circular o en la colina aledaña donde está el Tesoro de los Atridas,

un recinto cónico cavado en la roca cuya puerta trapezoidal recuerda la arquitectura incaica.

La bocina del ómnibus nos llama a la realidad. Sin embargo, las sombras épicas nos seguirán el resto del día junto a las murallas de Tirinto, en las graderías de Epidauro, en la pintoresca Nauplia. Néstor arenga a su tribu. Aquiles llora en una solitaria playa la pérdida de Briseida. Helena mira el cadáver de Héctor arrastrado en torno a las murallas de Ilión. De vuelta a Atenas, al reaparecer en medio de la noche el Partenón iluminado, no nos cabe duda: aquella pasión, toda la fuerza que sigue latiendo en las ruinas de Micenas. Es la misma que floreció sobre la Acrópolis cuando la inteligencia sosegó al corazón.

* *

“Cinefiase ston Parnaso” (Nubes sobre el Parnaso) se llama una danza folklórica griega de la región del Epiro. Ese título refleja gráficamente el paisaje que tiene ante su vista el viajero a lo largo del trayecto a Delfos, el santuario de Apolo enclavado en lo alto del célebre monte. Dejamos atrás el Pentélico y más adelante Maratón y Tebas. A mitad de camino, en Libadia, hacemos alto para comer “suvlakia”. Reanudamos la marcha, emprendemos el camino de cornisa; los altos paredones ensombrecen por momentos un sector del paisaje y sólo permanece iluminada la soberbia montaña. Sin duda quienes consagraron este lugar para residencia divina sabían lo que hacían: la visión del Parnaso suscita una profunda emoción metafísica. Pareciera que allí terminara el mundo, que detrás de esas constantes nubes que lo circundan no hubiera nada más, a no ser la tierra de los dioses.

El verde valle, poblado de olivos, desciende a lo lejos hacia el mar. Arri-

ba, protegido por un hemiciclo rocoso, las Fedriadas, se alza el santuario. Iniciamos el sendero sagrado. Pasamos junto al templete dórico que conservaba el tesoro de Atenas; después el templo de Apolo y más allá el teatro. Abundan alrededor piedras y mármoles, plintos, capiteles, restos de muros de lo que fue una vez el "ombbligo del mundo". El propio Zeus soltó dos águilas con rumbo opuesto que aquí se encontraron determinando el centro de la tierra. Subimos la rampa del templo, paseamos a la sombra de las columnas

que aún quedan en pie, nos asomamos a la cavidad donde moraba la pitonisa. Aquí vino Orestes, tras matar a su madre, para purgar su culpa. Aquí los atenienses consultaron al dios cuando los persas invadieron la patria. Aquí Píndaro cantó su octava oda pítica: *Skias onar ánthropos* (El hombre es sueño de una sombra). La noche ha caído sobre la montaña. Sí, el hombre es la sombra de un sueño. Pero como también lo dijo Píndaro, "si un dios nos presta su manto, radiante aureola iluminará eternamente nuestras vidas".

MI PADRE, PINTOR

EN el curso de más de treinta años, me ha preocupado vivamente el destino de la obra de mi padre, pintor, y he presentado exposiciones de sus obras desde esa singularísima avanzada del arte que representan las expresiones de arte humanista, en Van Riel, 1946, que inician su revaloración entre las nuevas generaciones, hasta la muestra retrospectiva con carácter de homenaje del Museo Nacional de Bellas Artes, 1963 y en otras salas, de la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos a la Escuela Superior de Bellas Artes de La Plata, del Museo Rosa Galisteo de Rodríguez de Santa Fe, a las galerías Peuser, Rioboo-Nueva y Witcomb de Buenos Aires. También he escrito en libros, revistas y periódicos acerca de su obra, y no menos lo hicieron artistas y críticos argentinos y extranjeros a propósito de aquellas muestras. No obstante, estimo que hoy, a quince años de su muerte, Faustino Brughetti es aún el gran incomprendido de la pintura argentina.

¿Qué ha ocurrido con este pintor? Nacido en Dolores, provincia de Buenos Aires, en 1877, se estableció en La Plata, con sus padres, en 1884 y en esta ciudad —en la que fue fundador

de arte— radicó hasta su muerte, 1956¹. Viaja a Italia en 1896, estudia en el Real Instituto de Bellas Artes de Roma, y visita París atraído por la exposición Internacional de 1900; luego ingresa en la Academia Julián, de la que se aleja rápidamente por no aceptar la enseñanza académica que allí se imparte. Una breve enfermedad y el clima invernal de París, en la primavera de ese año lo devuelven a Italia y es allí que pinta, poco después, el óleo “Lavaras”, piedra angular de la moderna pintura nacional. De vuelta a la Argentina, en noviembre de 1901 una exposición personal en el salón de “La Prensa” de Buenos Aires permite al público porteño contemplar las primeras pinturas impresionistas de un artista argentino. En julio de 1902, en ausencia del pintor, que ha permanecido en su tierra natal sólo cuarenta y cinco días, mi abuelo presenta en la sala de la “Bolsa de Comercio” de La Plata, las mismas obras. De nuevo en el país, en 1905 obtiene Primera Medalla en el Salón platense; viaja a Bahía Blanca, expone sus pinturas y piensa trasladarse a los lagos del Sur; algo más tarde, se instala en Barracas y pinta el Riachuelo. En 1908, a instan-

¹ Véase: diario “El Día”, La Plata, 6 de junio de 1971.

cias de Almafuerte, su dilecto amigo que le obtiene una beca, con el auspicio de la Legislatura bonaerense emprende un tercer viaje al viejo mundo. 1909 y 1910 señalan sus máximos triunfos: le otorgan Cruz al Mérito y Medallas de Oro y Plata en Exposiciones Internacionales efectuadas en Roma, Nápoles, Liorna, Montecatini y Cettigne, y por igual, le dedican juicios consagratorios. Ningún argentino de su generación, y ni antes ni después (con excepción de Julio Le Parc en 1966) obtuvo recompensas más altas en Italia. El crítico de la "Revista di Roma" celebra la "absoluta genialidad" de Brughetti en su arte.

Rebelde, independiente, solitario, atento a su fluir interior, las negaciones comienzan, en su patria, en 1913. El primero en no prestarle su apoyo por considerarlo en el arte *muy avanzado*, fue un ex compañero del período romano, para mi padre un hermano en aquellos años. La muestra que debió realizar con las obras pintadas en Europa entre 1908 y 1912 en las salas de la Comisión Nacional de Bellas Artes y de la que ya se habían repartido las invitaciones, no pudo cumplirse porque el director de ese organismo creyó necesario el retiro del óleo "Cristo ante el dolor humano", vasta composición que contiene desnudos, la cual, según aquel funcionario, provocaría "escándalo" entre las "damas" y "niñas" de la sociedad porteña; hecho que obligó al artista —que había recibido en Roma elogios incluso de cultos eclesiásticos por la condición humanísima de dicha pintura al punto de que el escultor Ettore Ximenez, autor del Mausoleo de Belgrano en el atrio de la iglesia de Santo Domingo, coincidentemente, quería enviarla a la exposición internacional de Munich— a retirar la totalidad de sus cuadros. Decisión que, como todas las decisiones auténticamente justas, habría de perjudicarlo. Por supuesto, a partir de la década de 1920, en que los jóve-

nes pintores argentinos buscaban en Europa la renovación de su lenguaje artístico a tono con las tendencias de vanguardia en auge, no supieron mirar o ignoraron la obra del pintor que, en no pocas de sus telas, había mostrado su real talento y audacia creadora. De seguro que lo ignoraron, si nos atenemos al testimonio de Horacio Butler, de 1956: "El poeta pintor que fue Faustino Brughetti —escribió Butler— se ha incorporado a la larga historia de los artistas incomprendidos en su momento. Su voz discreta, su honestidad proverbial, contribuyeron a que no se le hiciera la justicia que merecía, siendo el tono general de la época, la gritería y los alardes del virtuosismo. Brughetti no se inmutó y prosiguió su camino silenciosamente. Ha llegado el momento de darle el lugar que le corresponde". Una década antes, Juan Zocchi había adquirido para el Museo Nacional, del que era director, el óleo "Las pasiones", hoy cedido en préstamo al Museo de La Rioja. En 1952, en la muestra "Cincuenta años de arte argentino", en la citada pinacoteca, figuraron cuatro óleos de mi padre, pero el nombre de Brughetti no apareció en el catálogo que se confeccionó con posterioridad. ¡Increíble! En 1960, la Dirección General de Cultura me solicitó dos obras para la muestra del Sesquicentenario y, tres años después, Jorge Romero Brest propició una exposición homenaje en el Museo Nacional, circunstancia en que a su elección doné un paisaje, que ahora no se exhibe. En el transcurso de aquella muestra, luego de la lectura del texto de Ernesto B. Rodríguez acerca del "Idealismo de Faustino Brughetti", se generó un debate en el que participaron Romero Brest, Samuel Paz, S. Blum, Rodríguez y yo, entre otros presentes, llegándose a la reveladora conclusión, según dejó constancia "La Nación" del 25 de agosto: "...que resulta difícil clasificarlo por cuanto su obra escapa a los

Mi padre, pintor

moldes conocidos de su tiempo y por ser original en no pocos aspectos”.

¡Por ser original en no pocos aspectos! Cuando en 1905 Eduardo Sívori visitó la exposición de obras de Brughetti en el salón Freitas y Castillo de la Capital Federal, se adelantó el viejo maestro para decirle al entonces joven pintor: “Esas manchas de color, esos tonos verdes, azules, rojos, amarillos, todavía no pueden ser comprendidos por nuestro público. Esta pintura se adelanta a su tiempo”. Antonio Mancini, ante el cuadro “Eterna comedia”, Roma, 1899, dijo: “Yo soy ya viejo y jamás he hecho ni me he atrevido a hacer un cuadro de composición. Y este muchacho lo ha hecho, y bien... Es un artista que piensa profundamente”. De este mismo óleo diría Martín A. Malharro: “Esa niña echada, durmiendo sobre la paja, es la nota más trágica que he visto jamás en ningún cuadro”. Del “Cristo ante el dolor humano”, Giacomo Balla afirmó en 1910: “Sólo los grandes artistas llegan a esta altura... Es un artista del dolor humanizado”. Y Plinio Nomellini exclamó ante “Amor filial”: “Este pintor es un poeta”. Nótese que no sólo aludo a los paisajes —que tanto admirara el platense Francisco Vecchioli; “sorprendentes paisajes”, a juicio de Romero Brest—, ni a las expresiones humanistas, ni a “Lavanderas”, de síntesis constructiva en la luz, que aún en los años 40 fuera relegado a un oscuro corredor en una muestra general de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes; ni a “Luz y sombra” (como aquel exhibido en la exposición del Sesquicentenario) del cual Jorge Larco dijo que “se relaciona con Bonnard, y aun con Picasso de la primera década del siglo...” A menudo pienso en la *calidad* que hace de una pintura una obra de arte más allá de las tendencias ortodoxas y no me explico que haya quienes se obstinan en no ver esa realidad.

Y bien; mi padre asimila la lección

plenairista e impresionista, acoge la densidad expresionista “avant la lettre”, concibe un simbolismo humanísimo; es cultor apasionado tanto del dibujo, del volumen y el claroscuro como de la mancha, del color y el tono. Introdujo en el país no sólo el impresionismo, a la par su oponente en la materia pictórica significativa de un distintivo expresionismo; simultáneamente, un arte de pasión realista en la concreción de sus sentimientos y un simbolismo de buena ley que acentúa su mensaje estético y ético. Estos caminos confundieron a más de un crítico o espectador —ni sensible ni inteligente— en la contemplación de sus obras, hecho que se reitera cuando se trata de un artista no encasillado en una determinada tendencia.

Ni su impresionismo ni su plenairismo ni su expresionismo ni su realismo ni su simbolismo y aún lustros más tarde sus paisajes de la costa del Río de la Plata, responden a tal o cual esquema elemental, fiel a su intuición artística y probada honradez. Su *originalidad* hay que buscarla por el costado más fino: el que supo imprimirle a su creación plásticopictórica. Piénsese en muchos de sus óleos pintados entre 1898 y 1912: en la serie de sus “impresiones”, de un pin-celar fresco y vibrante en el gozo de su panteísmo lírico; en “El camino del parral”, en “Aldea bajo la nieve”, 1910, etcétera, reveladores de una extrema finura en la sensibilidad del pintor y en la condición humana de su refinamiento espiritual; el “claro sobre claro” tan grato a Manet, Monet y los impresionistas. Hay, ciertamente, etapas intermedias o simultáneas, de acento claroscuro: “El herrero”, “Salida del viático”, 1903, o el más sutil de “Desvelo maternal”, 1901, “Comadres”, 1904, y el “Autorretrato”, 1905; tratamiento de la luz por zonas tonales, uso de la sombra pictórica que recorta misteriosamente el espacio; o el luminismo intimista de “La prometida”, del Museo Sívori, o la

frucción de la robusta pincelada en el "Retrato de Almafuerte", 1907, o el depurado naturalismo de las figuras en un paisaje puntillista ("La siesta", del Museo Castagnino de Rosario), o el rigor compositivo de "El concierto"... Junto a esos óleos y otros representativos, se ubican las pinturas humanistas o expresionistas de 1908-10, *originales* e *insólitas* por sus valores² en la forma-sustancia que define su densa plasticidad.

Mi padre se consideraba un pintor fundamentalmente *moderno* en el más noble sentido del término. Un cultor del sentimiento estético y de los ideales de un nuevo humanismo, que se vino gestando en el siglo XIX con el realismo de Gustave Courbet, después en los impresionistas bajo la fraternidad universal de la luz, sin olvidar a los "macchiaioli" ni a los divisionistas del tipo de Segantini; ni, claro está, a los simbolistas y expresionistas nórdicos en quienes subyace un rico sedimento romántico. Así, pudo escribir en su "Autobiografía inédita": "Mi impresionismo era natural y sentido, y de la naturaleza sacaba sólo la *esencia* de las cosas, la *expresión* de ellas. El análisis, el detalle desaparecía para dar cabida tan sólo al *momento psicológico* de la creación, para obtener la síntesis que embargaba mi alma". Y agrega: "El *ambiente*, el *clima*, la *hora*, el *efecto* de las mil variantes de la atmósfera eran fuente, para mí, de inspiración". Sigwart Blum, en su monografía "Faustino Brughetti" (E.C.A., 1963) que consultara dicho texto, acota: "En otras páginas —válido es consignarlo— explica cuidadosamente la teoría de Newton acerca de la luz y los colores complementarios, y también habla de la "ciencia colorística"; y del asombro que Pío Collivadino y otros argentinos le manifestaron en esos años del novecientos ante sus conocimientos de la nueva

técnica". Cuando en 1930 inicia el ciclo de las pinturas de las riberas platenses, se propuso captar la luz, la atmósfera, el *alma* del Río —Antonio Alice lo llamó "el pintor del Río"—, sin atenerse a teorías preconcebidas ante una naturaleza —constante en su ley— que conocía desde niño. Como se ve, estamos lejos de la mera técnica de la división del tono.

Mi padre se sintió siempre un pintor moderno, sin dejar de admirar a los clásicos. Hacia los últimos años de su existencia, interesado por la pintura abstracta, creía que ahí fincaba la verdadera enseñanza en lo referente al color y la tonalidad en la formación de los jóvenes artistas. Yo solía acompañarlo en la recorrida de las exposiciones: comentábamos, valorábamos, discutíamos, discentábamos... No era partidario de fragmentaciones, de destrucciones; concebía la obra de arte como una totalidad, de resonancias sensibles y espirituales. Se mostraba, a veces, intransigente con quienes practicaban una pintura que no sentía; no obstante, era cordial, comprensivo y alentador ante quien le solicitara su opinión o juicio. Creía en esta "tierra de promisión", en la que habrá de gestarse una concepción de la vida y del mundo en consonancia con las aspiraciones de justicia y de libertad del hombre latinoamericano, mas fue en su propio país un exiliado, una víctima de espúreos parcialismos dominantes. Fiel a sí mismo, se entregaba al trabajo con el fervor religioso de un iniciado. No pasaba un día sin que anotara sus reflexiones y de ello da testimonio su libro "Con el alma", 1924, y "Estética espiritual", volumen que permanece inédito, al cual acompañan treinta dibujos a la carbonilla, no pocos de ellos magistrales, en la línea de las expresiones del arte humanista.

² JORGE LARCO: *Modernidad de Faustino Brughetti*, en "Saber Vivir", N° 107, Buenos Aires, 1954.

Mi padre, pintor

De naturaleza profundamente optimista y esperanzada, vivió con la dignidad de un cabal artista del Renacimiento, ceñido a una conducta en él arraigada desde su adolescencia, la que le permitió sobrellevar innúmeros sinsabores, compensados por algunas sanas alegrías; y como sus impulsos fueron siempre sinceros y nobles, ese coraje moral lo sostuvo hasta el fin de su vida.

En la guitarra fue un notable intérprete; en Roma, se le consideraba "el mejor guitarrista". En sus años postreros, dejó el instrumento: le producía una depresiva emoción al evocar en él recuerdos juveniles. En sus horas amargas, la guitarra constituía un alivio; por ella, pulsándola, se serenaba todo su ser. Pero por encima de las letras y de la música, estaba, para mi padre, la pintura, por cuya armónica expresión aspiraba al laurel del triunfo; como los antiguos.

BENITO LYNCH EN ANÉCDOTAS

LAS memorias eran para Próspero Mérimée una suerte de “conversaciones familiares del escritor con su lector, únicas que suministran esos retratos del hombre que me divierten e interesan”. Otro tanto pudiera decirse de las anécdotas, cuando ellas son contadas en forma objetiva por contemporáneos del personaje a quien conocieron de cerca, o bien circunstancialmente, pero en este caso con relación a una situación concreta de la que fueron testigos. Unas y otras expresiones, formales o repentistas, muestran rasgos o facetas íntimas de un autor y, como quiera que sea, ayudan a un mejor conocimiento de su personalidad.

En conversaciones con diversas personas hemos recogido algunos de esos testimonios acerca de Benito Lynch * —de cuya muerte se cumpliera el vigésimo aniversario, pues ocurrió el 23 de diciembre de 1951—, que a continuación relatamos respunteados con referencias

que contribuyen a situar con mayor precisión el episodio.

Algunas veces se ha expresado en artículos aparecidos en diarios o revistas que nuestro escritor era uruguayo de nacimiento. En un trabajo publicado en “La Nación” del domingo 15 de enero de 1967, titulado “Testimonios para una biografía de Benito Lynch”, Estanislao de Urreza, que mantuvo larga amistad con el novelista de “El inglés de los huesos”, refuta con pruebas documentales, que habría que levantar con otras similares, aquella suposición. Vaya, pues, el lector interesado, tal como nosotros lo hicimos en su momento, a las fuentes mencionadas por el profesor de Urreza. Y, entre tanto, refiramos la primera anécdota, que guarda relación, precisamente, con el hecho del nacimiento de Lynch.

La prestigiosa profesora platense Lola Juliáñez Islas, fallecida hace pocos años, que conoció y trató a Benito Lynch des-

* El gran escritor, figura cumbre de nuestra literatura narrativa, nació en Buenos Aires el 25 de julio de 1880 y vivió en La Plata desde 1892 hasta el día de su muerte: 23 de diciembre de 1951. En La Plata, hacia 1903 se inició como periodista, colaborando bajo distintos seudónimos: E. Thynón o bien E. Thinón Lebic, hasta que publica su primera novela, “Plata dorada”, en 1909. Para conocer la bibliografía del escritor consúltese el completo trabajo de Marshall R. Nason y Horacio Jorge Becco, publicado por el Fondo Nacional de las Artes, “Bibliografía Argentina de Artes y Letras”, N° 8, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1960. En 1938 la Universidad Nacional de La Plata concedió a Benito Lynch el título de doctor *honoris causa*.

Anecdótico

de la adolescencia (el escritor era poco mayor que ella), nos refirió personalmente que jamás mencionó Benito que hubiera nacido en el Uruguay, sino que, por el contrario, en ocasiones alardeaba de su condición de porteño. Así, en cierta oportunidad en que Lynch, en tono de amable broma, la llamara "pajuerana", aludiendo a su nacimiento en Chivilcoy, ella le espetó:

—Bien, yo soy pajuerana, ¿y vos qué sos?

—¡Yo soy porteño, che! —le respondió alegremente su joven amigo, a la sazón cronista social de "El Día".

Recordemos, de paso, que en la producción de Lynch no se encuentran personajes de nacionalidad uruguaya, salvo esa maestra de "Los caranchos de la Florida" a cuya escuelita don Panchito llega de improviso cierta calurosa tarde de verano ("Yo, le diré, no soy argentina... soy orientala, ¿sabe?").

* *

Con motivo de las fiestas de fin de año de 1954 visitábamos en su casa de la calle 8 a don Dalmiro Otero Rossi —fallecido poco después a las edad de 81 años—, ejemplo de caballerosidad y hombría de bien, cuando la conversación, entretenidísima y enseñadora por lo que toca a don Dalmiro, vino a recaer en Benito Lynch, a quien conoció desde muchacho y con el que hizo muy buenas migas por comunes aficiones camperas. Más de una anécdota nos transmitió nuestro interlocutor, de las que transcribimos la que sigue, que dice de la corajuda decisión y presencia de ánimo de Lynch.

Ya se sabe que éste tuvo en sus mocedades afición por diversos deportes, entre ellos el boxeo, como alguna vez lo ha recordado el profesor Eduardo V. Szelagowski ("El Día", La Plata, 14 de noviembre de 1968). Pues bien, cierto día de comienzos de la primavera de

1919, pasada la medianoche, después de dejar el Jockey Club, del que eran habituales contertulios, se alejaron caminando por la calle 7 los señores Luciano Salessi, Felipe Traynor y Dalmiro Otero Rossi, quienes se disponían a acompañar a Lynch hasta su casona de la diagonal 77, casi esquina 43.

Al cruzar la plaza Italia los enfrentó inesperadamente un hombre de edad media, evidentemente ebrio, quien se dirigió en tono descomedido a los amigos. Otero Rossi le pidió de buenas maneras que siguiera su camino y no los molestara. Esta actitud pacífica envalentonó al pendenciero, quien profiriendo un insulto extrajo de su cintura un cuchillo, avanzando sobre el grupo al par que invitaba a pelear. Todo ocurrió en una fracción de minutos: sin inmutarse, Lynch aplicó al beodo un terrible y preciso "cross" al mentón que lo hizo desplomar instantáneamente. Con la misma serenidad recogió Lynch el arma y la arrojó lejos, entre un macizo de plantas, y ayudó a levantarse al provocador, quien, repentinamente lúcido, se alejó restregándose la mandíbula y sin decir "esta boca es mía"...

* *

En febrero de 1954 hicimos un viaje a Tierra del Fuego en el buque "Le Maire". A bordo conocimos —era un turista, como nosotros— a don Miguel Angel Fulle, por entonces secretario de "La Nación", de Buenos Aires. Don Miguel Angel había vivido muchos años en La Plata, donde fuera por largo tiempo corresponsal de ese diario. Tal condición y el hecho de haber conocido a Benito Lynch, de muchacho, en el viejo Colegio Nacional, hizo que se le diera la misión, a principios de 1922, de entrevistarlo para pedirle un cuento con destino al Suplemento dominical.

Llegó Fulle a casa de Lynch y dándose a conocer le fue franqueada la entrada. Se paró en la puerta del escri-

torio: el novelista, abstraído por completo, observaba atentamente las evoluciones de un insecto del orden de los coleópteros, un escarabajo vulgarmente llamado "torito", muy común en nuestra campaña, al que mantenía en una caja de madera con piso de tierra... "Así era Lynch de minucioso en el conocimiento de la vida y costumbres de los animales que menciona en sus cuentos y novelas" —acotó don Miguel Angel Fulle. Y es así, agregamos, bastaría recordar la admirable pintura de "psicología" animal que es la vida de las vizcachas en "El casao casa quiere", o el diálogo entre caballos —humanizados, podría decirse— de "La gloria del malacara", por no citar sino dos ejemplos entre tantos.

* *

Esta anécdota final nos la contó Justo

P. Sáenz (h.), el notable escritor de temas criollos fallecido el 28 de mayo de 1970. Fue en 1967, en su campo "La Protección", en el partido de General Guido, próximo a la estancia "La Quínua", que Lynch cita en alguno de sus relatos pues frecuentó la zona entre 1898 y 1908 **.

En los últimos tiempos "La Quínua" —que fue de los Luro— era del señor Olegario Ferrando, productor cinematográfico. Tres veces intentó Ferrando ver a Lynch para adquirirle los derechos de "Los caranchos de la Florida", que deseaba llevar a la pantalla, y otras tantas se negó éste a atenderlo. Insistió Ferrando; al fin el escritor lo recibió con gesto hosco y cuando aquél, en el transcurso de la conversación, le dijo que era el propietario de "La Quínua", Lynch cambió como por encanto. Le

** Entre esas fechas, todos los veranos Benito Lynch concurrió a la estancia "Barrancas Coloradas", situada en el partido de General Guido (provincia de Buenos Aires), propiedad del doctor Néstor French —que fuera presidente de la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires—, tío de Carlos Alberto French, de la misma edad de Benito y compañero suyo en el viejo Colegio Nacional de La Plata. Por esas fechas visitaba a menudo la estancia "Santa Catalina" —vecina de "Barrancas Coloradas"—, situada a menos de una legua del pueblo de Guido, acompañado por sus amigos Carlos Alberto French y Mariano J. Artayeta, pues éste era sobrino de su propietario, don Fermín Echarry. Nuestro informante, don Amaro Armando Artayeta (hermano menor de Mariano) —fallecido el 28 de julio de 1970, de casi 80 años— nos dijo que a raíz de una desilusión sentimental (la quiebra de su incipiente noviazgo con Justa French, hermana de su gran amigo Carlos Alberto), Benito Lynch dejó de concurrir en 1908 a General Guido y desde el siguiente año fue durante las vacaciones a la estancia "La Clarita", a tres leguas al Este de Tornquist (provincia de Buenos Aires), cerca de los márgenes del arroyo Napostá, arrendada primero y luego comprada (1910) por su compañero Mariano J. Artayeta. Allí, según don Amaro A. Artayeta, dio Lynch los últimos retoques a su novela "Plata dorada", que aparecería ese año de 1909; recordaba que leía trozos a su amigo Mariano y sobre la acción corregía los originales. Don Amaro —de excelente memoria— nos contó varias anécdotas de Benito Lynch (su no escasa habilidad para enlazar potrillos, hijos de yeguas que en la estancia se amansaban para "atar" a los arados; sus diarias salidas a caballo, pues le gustaba hacer personalmente las tareas de un mensual de campo: recorrer los potreros, "echar" la tropilla, recoger las ovejas al atardecer, intervenir en el aparte y arreo de hacienda, etc.) que ponen de manifiesto su vocación por las tareas rurales, en las que ejercitaba quehaceres que luego describía objetivamente en sus relatos. Mariano J. Artayeta falleció en 1912 y Lynch dejó entonces de ir a "La Clarita", estancia que desde 1915, bajo nuevos dueños, pasó a llamarse "Santa Lucía", hoy en estado de completo abandono. Nos hemos preocupado en documentar gráficamente las mencionadas estancias, comenzando por "El Deseado" (a una legua de Urdampilleta, provincia de Buenos Aires), que visitamos en enero de 1955, donde Lynch vivió entre los 4 y los 12 años —y en la que queda actualmente una sola habitación de la casa original, siendo nuevo lo demás del edificio— y más recientemente de "Barrancas Coloradas", "Santa Catalina" y "La Clarita", cuyas fotografías inéditas fueron reproducidas por el diario "El Día", de La Plata, en su edición de 2 de marzo de 1972, ilustrando un artículo titulado *Los campos porteños que inspiraron a Benito Lynch*.

Anecdótico

hizo varias preguntas para cerciorarse de si esto era cierto y cuando finalmente se convenció de ello le cedió sin más la autorización para realizar el film, cuyo estreno se hizo el 2 de noviembre de 1938. ¡Si habría galopado Lynch por esa inmensa llanura, como que “La Quí-
nua”, entonces de 27.600 hectáreas (an-

tes de dividirse en 1928), era estancia que lindaba en parte con “Barrancas Coloradas”, de los French, donde año tras año, durante una década, pasó las vacaciones! ¡Y cuántos emocionados recuerdos conservaría el ahora famoso escritor para que la referencia lo “ablandase” de tal modo!

Revista de libros

STANLEY MOORE: *Crítica de la democracia capitalista*. Traducción de Marcelo Norwerstern. Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1971. Volumen en rústica, 174 págs.

Recientemente, George Lichtheim hacía notar, en una nota de la *New York Review of Books* (reproducida en la revista colombiana *Eco*), la inexistencia de un desarrollo acabado de la teoría del Estado en las obras de Marx y Engels. El contexto de la observación de Lichtheim era un examen de los trabajos producidos por la corriente althusseriana y, en particular, la dudosa pertinencia de la conceptualización debida a un miembro de la escuela —Nicos Poulantzas— cuando, en un denso volumen, estudia la estructura de las clases sociales y su relación con el poder en el *estado capitalista*. Este estado capitalista, en opinión de Lichtheim, no es una unidad conceptual que pueda rastrearse en los clásicos de la teoría: “es posible recorrer todas las obras de Marx y Engels sin dar con ningún examen sistemático de este tema particular”, nos dice. Más o menos contemporáneamente, Ralph Miliband consigna, en las primeras páginas de su estudio sobre *El Estado en la sociedad capitalista*: “Vale la pena recordar que el propio Marx nunca intentó realizar un estudio sistemático del Estado”, luego de lo cual presenta su trabajo como una contribu-

ción a la eliminación de esa carencia, reconociendo, por lo demás, como “un importante intento de elaboración teórica del ‘modelo’ marxista del estado” el emprendido por el mencionado Poulantzas.

Estas breves referencias pretenden sugerir la importancia de una obra introductoria al conjunto de temas y problemas que giran en torno a la noción de Estado en el marxismo. Stanley Moore nos ofrece una obra de esas características en su *Crítica de la democracia capitalista*, cuyo subtítulo es, precisamente, *Una introducción a la teoría del Estado en Marx, Engels y Lenin*. Los lectores de habla castellana recordarán a este autor por su opúsculo *Tres tácticas. Su origen en Marx* (publicado en el N° 13 de *Monthly Review. Selecciones en castellano*, setiembre de 1964, Ed. Perspectivas, Buenos Aires), en el que se ocupa de seguir la evolución de la actitud teórica y política de Marx y Engels frente al cambio social revolucionario.

En esta *Crítica* . . . , Stanley Moore se propone una empresa que exige cualidades expositivas nada fáciles de obtener:

precisión, claridad, penetración y una constante mirada abarcadora que relacione entre sí temas no siempre explícitamente vinculados por el autor (o los autores) de referencia. Podemos decir que el resultado es bastante aceptable. Aun dentro de las inevitables limitaciones y omisiones que caracterizan a este tipo de obras, la de Moore se impone como un serio esfuerzo de ordenamiento y ensamble de aquellos fragmentos relevantes para el estudio del objeto elegido. Y decimos fragmentos porque la limitación inicial es precisamente ésa: el no contar con un trabajo central, único y orgánico que sitúe los enfoques parciales dentro de la gran configuración totalizadora. Moore lo advierte: "ninguna obra individual de Marx, Engels o Lenin es a la teoría política lo que *El capital* es a la teoría económica" (pp. 10-11). Analogías de este tipo son bastante recurrentes en los estudiosos del marxismo. "Así como no se encuentra en *El capital* una teoría sistemática de la ideología en el modo de producción capitalista, tampoco se encuentra una teoría de lo político", nos dice Nicos Poulantzas (en *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*), quien ve que esas "instancias" se hacen presentes —en *El capital*— sólo por sus efectos en la región económica. Pero mientras Poulantzas se propone un trabajo teórico, a saber, la descripción estructural de la instancia o región política en el modo de producción capitalista, el objetivo de Stanley Moore es mucho más modesto, e implica una tarea gris y laboriosa: "el servicio que ofrezco a mis lectores es de recopilación y organización" (p. 10).

Moore se ocupa de las premisas conceptuales para un estudio del Estado en general, lo que lo lleva a pasar revista a los puntos centrales de la concepción marxista sobre el problema. La posición del materialismo histórico a propósito de las bases del poder del Estado implica una serie de postulados sobre las

relaciones entre economía y política, es decir entre relaciones de producción y formas institucionalizadas de dominio, y el sentido en que se ejerce la determinación entre ambos niveles. Entendiendo que las relaciones económicas constituyen, en cada formación social, la base sobre la que se levantan las complejas construcciones institucionales, y llamando al primer nivel infraestructural y al segundo superestructural, el materialismo histórico afirma que, más allá de las relativamente complicadas formas que adopte la legislación o la organización política, siempre tiene lugar *en última instancia* una determinación del carácter de las superestructuras por el carácter de las infraestructuras.

De acuerdo a esta perspectiva, la democracia capitalista es una fórmula política que expresa adecuadamente, dentro de ciertos límites, un tipo de dominio que tiene lugar en virtud de la existencia de individuos formalmente libres pero realmente sometidos al imperio del capital. En la sociedad burguesa hay una libertad y una igualdad jurídicas que reflejan, en su propio nivel, la libertad y la igualdad de los poseedores de mercancías, cuyo intercambio constituye la base económica de la sociedad. Ahora bien, este intercambio es, en el capitalismo, desigual: la forma básica de relacionarse los poseedores de mercancías, aquella forma sin la cual no existe capitalismo ni sociedad burguesa es la que enfrenta a los propietarios de la mercancía capital y los poseedores de la mercancía fuerza de trabajo. Capitalistas y obreros asalariados intercambian mercancías cuyos valores respectivos son, en apariencia, equivalentes y sobre esta ficción ideológica (puesta en claro por la noción de plusvalía) se edifica el orden formal de una democracia igualitaria en la que impera la universalidad abstracta de la ley. Pero así como la economía capitalista se asienta sobre la propiedad

privada, particularista, de los medios de producción, del mismo modo el Estado democrático burgués se asienta sobre el monopolio burocrático y político de los medios de coerción por parte de funcionarios que actúan como agentes de la clase capitalista. De este modo, una sociedad basada en la explotación del capital encuentra en la democracia burguesa la forma más depurada que asegura la reproducción del dominio clasista. "La república democrática es la caparazón política óptima para el capitalismo, porque la relación entre la administración burocrática y el sufragio universal es la contrapartida política óptima de la relación entre la explotación capitalista y el cambio de mercancías" (p. 92).

Si, de esta manera, el Estado aparece como un complejo institucional al que, en cada momento histórico, se adscribe el interés general de la clase dominante, el problema teórico que se plantea apunta a la situación del Estado luego de un cambio revolucionario que suprime toda forma de explotación clasista. Marx y Lenin dedicaron reflexiones decisivas a este punto: la proposición teórica establece que el Estado después de la revolución proletaria que lleva al poder a la clase obrera, no es abolido por un decreto imperativo sino que se "extingue" de muerte natural. Si el carácter general de la acción del Estado se define por los intereses de la clase social dominante, se deriva que cuando esta última es el proletariado —y dado que su interés de clase consiste en la supresión de todas las clases, por lo tanto de sí misma— se impone la desaparición de las instituciones represivas (entre ellas, el Estado), que han perdido su razón de ser en una sociedad de productores libres. Pero el supuesto de la "extinción" del Estado es una real pérdida de función de la represión, premisa incumplida durante el lapso más o menos extenso en que

las clases explotadoras anteriormente dominantes resisten activamente al nuevo poder, luchando por su supervivencia y por la reconquista del dominio burgués. Se abre así el período de la dictadura del proletariado que sustituye, declaradamente, a la no declarada pero real dictadura de la burguesía.

Esta concepción de las tareas políticas de la clase obrera es rechazada por el socialismo reformista, para el cual el Estado es permeable a progresivas modificaciones de su carácter de clase que permitirían, en el límite, imponer totalmente las reivindicaciones obreras. Desde este punto de vista, el programa de los partidos obreros se debería apoyar en los aspectos ventajosos de la democracia burguesa, es decir en el sufragio universal, que permite sumar voluntades al proyecto socialista; en los órganos representativos, que aceptan el ingreso de representantes obreros en el poder político y, *last but not least*, en la libertad de expresión, que tolera la existencia de periódicos e instituciones que pueden ejercer una función educativa y esclarecedora sobre la situación proletaria. El conjunto de estas opiniones, basadas en determinadas tesis sobre la naturaleza cambiante del capitalismo, se conocen como "revisionismo" (su inspirador, Eduardo Bernstein, exigió una "revisión" de Marx) y constituyó una tendencia duramente combatida por los líderes de la socialdemocracia revolucionaria, entre ellos Lenin, quienes denunciaron la colaboración de clases que implicaba el abandono de los principios marxistas. Posteriormente, la guerra de 1914, que no pudo ser hecha sin la aceptación de las clases obreras de los países beligerantes, confirmó esta denuncia, ya que una de las prolongaciones políticas del revisionismo consistió en desviar la atención de la lucha de clases para fijarla en la lucha inter-imperialista de las potencias participantes.

El autor de *Crítica de la democracia capitalista* se propuso que el lector estuviera en condiciones de internarse en la compleja trama de proposiciones e hipótesis sobre las contradicciones sociales básicas que la sociedad capitalista genera y reproduce en tanto esta reproducción es su misma condición de existencia. Para ello, utiliza un sistema de remisiones bibliográficas múltiples que al final de cada párrafo orientan al estudioso sobre la localización de las fuentes y le permiten confrontar las distintas formulaciones de una misma idea o los cambiantes enfoques de una misma cuestión teórica. Como lo indica el subtítulo del libro, el corpus examinado y expuesto abarca solamente las obras

de Marx, Engels y Lenin, y dentro de ellas sólo aquellas áreas temáticas de imprescindible acceso para una comprensión básica de la crítica marxista de la democracia capitalista. Los cuatro capítulos de la obra ("Un esbozo de la teoría de la dictadura", "Algunas características de la explotación capitalista", "Capitalismo y democracia", "Ideología y alienación") van seguidos de una extensa nómina de las obras citadas, que en esta versión de Siglo XXI figuran, con acertado criterio, según las principales ediciones castellanas disponibles.

José Szabón

ELSA TABERNIG DE PUCCIARELLI: *Qué es la traducción*. Ed. Columba, Buenos Aires, 1970. Volumen en rústica, 82 págs.

Limitada en su extensión por la índole de la Colección *Esquemas*, la obra que comentamos examina sin embargo con profundidad los múltiples aspectos de *la traducción*. La prof. Elsa Tabernig de Pucciarelli reúne en excelente grado las condiciones necesarias para semejante exposición sintética: largos años de docencia e investigación universitaria, acabado conocimiento de varias lenguas y, finalmente, su propia experiencia de traductora de obras de Charron Bremond, Kant, Herder, Schelling, Dilthey, Husserl, Worringer, Scheler, Vossler y otros.

Qué es la traducción comienza por orientar al lector acerca del tema, indicando las condiciones particulares de nuestra época que agudizan la conciencia de "la creciente necesidad y urgencia de la traducción en todos los niveles", al mismo tiempo que "la falta de material humano para cumplir satisfactoriamente con los requerimientos". Se dan primeramente algunas definiciones

y se indican luego las denominaciones que precedieron a "traducir", "traductor" y "traducción", creadas en el siglo XVI. *La traducción en la historia* (cap. II), informa sobre lo conocido acerca del tema en la historia de Oriente, en Roma, en la Edad Media, el Renacimiento, los siglos XVII y XVIII, el siglo XIX, para culminar con nuestra época. En pocas páginas, pues, se delinea la ruta principal de un trabajo que aún espera su concreción, ya que "todavía no existe una historia de la traducción, como la reclaman muchos lingüistas actuales". El siglo XX trae como principal novedad la traducción por medio de computadoras electrónicas. Los éxitos y fracasos parciales de esta experiencia contribuyeron a que la problemática de la traducción accediera a un tratamiento científico; de ello da cuenta el cap. III: *La traducción: Enfoque lingüístico*, donde se consideran las cuestiones de "confrontación y oposición de sistemas lingüísticos en los pla-

nos fónico, morfo-sintáctico y léxico". Otros son los problemas que surgen cuando el traductor, concretamente, se enfrenta a la tarea que le es propia; por ello el libro concluye con un *enfoque pragmático* (cap. IV) de los problemas diversos que plantean los textos, según que pertenezcan al *lenguaje informativo* (Irving M. Copi) —designativo, cognoscitivo, enunciativo, referencial, etc., según autores como Nida, Piaget, Jakobson y otros)—, al *lenguaje directivo* —incitativo, imperativo, persuasivo, etc.— o al *expresivo* —*emotivo*, evocativo y sugestivo, etc.—. Especialmente en el primer caso, la dificultad de la traducción aumenta hasta los límites de lo posible a medida que de las ciencias exactas vamos pasando a las ciencias humanas, que no se manejan con un lenguaje exclusivamente científico, y terminamos en la filosofía, cuyo lenguaje ofrece la ambigüedad de inscribirse en el plano del lenguaje científico a la vez que participa de las características del literario. Este último es quizá el que da lugar a mayores controversias, sobre todo en cuanto poesía lírica. La autora confronta diversas opiniones (Valéry, Bergson, W. Weidlé,

Battistessa, Heidegger...) cuyo detalle no podemos reproducir en esta reseña. Podría, eso sí, establecerse el siguiente criterio, referido en este caso a la traducción de poesías, como norma que debería adaptarse según la índole del trabajo: "El traductor tiene que comprender antes de traducir", esto es, entre otras cosas, "tener conocimientos teóricos, ya que en muchos casos el creador se atuvo a exigencias preestablecidas... También requiere el conocimiento claro de articulaciones en la arquitectura del texto, de matices lingüísticos, y el raro poder de captación de lo poético. En la etapa activa tiene que aplicar su capacidad de recreación orquestando el equivalente lingüístico en el idioma de la versión de acuerdo con la ley interior del original". La atenta consideración de los diversos problemas señalados por la autora en esta obra, basada "en la bibliografía de los últimos veinte años", será sin duda de gran provecho tanto para el teórico como para el "artesano" de la traducción. Cierra el libro una *Bibliografía* dividida según su correspondencia con los diversos capítulos.

Mario A. Presas

JULIO C. C. DE MURO: *El hombre y sus amos o la educación para la libertad*. Juárez Editor, Buenos Aires, 1971. Volumen rústica, 147 págs.

El problema del hombre, no importa el ángulo desde el cual se intente interpretarlo, a la postre enfoca el ser y el contenido de la libertad. Con este término, de tan difícil precisión, intentamos expresar lo más propio y genuino; algo cualitativo que interpone un abismo entre lo propiamente humano y lo no humano. El autor del presente libro no aspira a escribir una antropología; aunque, de hecho, por la temática elegida, al decir de Heidegger, la está desarrollando, porque el problema

central y casi único de toda antropología consiste en establecer el significado de la libertad.

Hay dos extremos en el tratamiento del problema: el vuelo metafísico, ávido de claridades mentales, aptas para sutileces especulativas; y una concentración psicológica y quizá sociológica, limitada a la narración de cómo operamos o nos vemos imposibilitados de operar. De Muro se mantiene en un equidistante término medio: no quiere pre-

sentar horro de fundamentación lo que propone, pero tampoco aventura a una problemática tal vez acuciante, pero alejada de finalidades prácticas. Desdeciría, por otro lado, a su condición de profesor de filosofía el simple señalamiento de normas previamente no justificadas. El libro se desenvuelve en el difícil proceso teórico-práctico de convencer para luego incitar; o, en otra forma, busca armonizar las exigencias del entendimiento con los estímulos de la voluntad. Escribir bajo estos presupuestos, sin alardes de profundidad ni exhibición erudita, empeñado simultáneamente en hacerse claro y comprensible, es ardua tarea; exitosa, por de pronto, en la mayoría de los capítulos que integran el libro.

La realidad, empieza por decirnos, responde a una legalidad, cuyo conocimiento es indispensable para conformar la conducta. Lo contrario sería obrar a ciegas, sin tino. Por legalidad entiende "determinación generalizada". No faltará quien ponga reparos a esta interpretación, máxime cuando apunta al quehacer propiamente humano, aunque advierte que el determinismo generalizado no reduce la legalidad a la conexión causa-efecto. Enumera luego una serie de leyes que suponen jerarquía y orden, presuponiéndose, desde las ontológicas hasta las simplemente normativas: las primeras, las más rígidas, pues por su cumplimiento, las cosas son como son; las últimas, en cambio, las más flexibles, por ser reguladoras de la conducta, expuesta de continuo al cambio. El vivir y el continuar viviendo supone atenerse a estas legalidades; imprimen sentido a nuestra existencia según que atendamos a ellas con mayor o menor lasitud. Puede parecer un poco recio el término *amo* aplicado a estas legalidades, sobre todo si el lector ha meditado y se ha emocionado en el sentido y vivencia de la libertad en Hegel, Heidegger y Marcuse. Para estos

pensadores, seríamos más bien seres astutos que, sin poder eludirlas por completo, las manejamos en nuestro provecho.

En el plano de lo real, o de lo comúnmente considerado real, gracias a las leyes de la libertad, el hombre puede vivir su vida como un proyecto de constante realización; aunque De Muro confiesa resignadamente, "pero bien se ve que en cada acto libre el hombre no hace otra cosa que elegir su amo". Es una afirmación propicia a una serie de reflexiones protestativas, abundantes en autores influenciados por el existencialismo. Demorarse en ellas equivaldría a alejarse de los fines educacionales de la obra. Interesa, eso sí, el detalle de las legalidades para saber cómo aplicarlas. Conviene leer sin premura el capítulo consagrado a "La legalidad por libertad": mediante actos libres, modificamos o destruimos un orden, para establecer otro orden; por más que aspiremos a una autosuficiencia cada vez mayor, ésta nunca será total. El párrafo que cierra el capítulo describe hermosamente la ambigüedad del hombre a la búsqueda de un tipo de libertad, nunca cabalmente satisfactoria. Las legalidades nos envuelven y conforman, en la imposibilidad de liberarnos totalmente de su influencia: la psíquica, procedente de nuestros individuales carácter y temperamento, la social y cultural originadas en el ambiente y, finalmente, la ética que resume exigencias, estabílizadas, de las precedentes. Sin poder rechazarlas del todo es en medio de estas legalidades que ejercemos la libertad. *modus operandi*, con diversos grados de excelencia; no una meta. ¿No sería mejor afirmar que la libertad le es al hombre tan esencial que sin ella no podría realizarse, pues es la dinámica gracias a la cual se constituye en humano?

La primera parte fundamenta y exige una educación. Suplanta el término hombre por *teántropos*; la razón, creo.

se encuentra en la etimología: "dios-hombre", un ser que ambiciona emular a los dioses. Por lo tanto, deducimos, aspirante a prescindir de toda legalidad o a convertirse en administrador de la misma. Sólo, por exigencias del existir y convivir, como afirmaron Hobbes y Freud, se somete a la educación, encargada de formarnos para que aceptemos, con las mínimas protestas, las diversas legalidades. Teántropos con seguridad podrá admitir o rechazar la educación que se le ha impuesto; aunque, cuando se da cuenta de ello, es generalmente ya demasiado tarde para decisiones enérgicas. Las legalidades impuestas hacen más difícil, y a veces imposible, el que entren en juego las leyes de la libertad. Han sido siempre la excepción los hombres, émulos de los dioses, dispuestos a cajear las legalidades, generalmente estáticas, dogmáticas y conservadoras.

De Muro ha querido escribir, y lo ha conseguido, un libro veraz y estimulante; ayudará al lector a comprenderse y a realizarse, sin ocultarle dificultades, aunque eximiéndole de la problemática profunda, aquella que siempre deja las soluciones en suspenso por una serie de interrogantes en cadena cuyo fin ni se vislumbra. El afán de claridad

y precisión lo inhiben con frecuencia para la utilización de términos comunes, gastados y vagos, acudiendo a vocablos o expresiones consagrados por los idiomas clásicos o la filosofía; matizan un estilo fluido y lógico y actúan como estimulantes llamadas de atención. Su significado para el no iniciado se encuentra al final en un vocabulario que los aclara. Podrá discutirse su uso en una obra no consagrada a estudiosos de filosofía; aunque debemos también comprender que ciertos conceptos son muy difíciles de expresar sin atender a la estrictez terminológica.

El libro tiende al equilibrio, sin pesimismo ni optimismo; no somos dueños totalmente, y mucho nos falta, de nosotros mismos y de la realidad envolvente. Sepamos, por lo menos, es el consejo que exhala, vivirla dignamente. Invita a una elevación estoica; pero con un dejo de inconformismo que no puede menos de prender en quien observa nuestra agitada actualidad, rebelde de palabras y en hechos. "¿Es éste el mundo que queremos para Teántropos? ¿Llegará el día de esa razonable conciliación entre la rebelión del hombre y el rigor de sus amos?" Así termina la obra.

Luis Farré

ÁNGEL OSVALDO NESSI: *Técnicas de investigación en la historia del arte.*

Buenos Aires, Nova, 1968 (Biblioteca Arte y Ciencia de la Expresión). Volumen en rústica, 180 págs.

La trayectoria que el autor ha cumplido en los campos de la crítica, de la investigación estética y de la docencia, no sólo es vastamente conocida sino que avala la seriedad del ensayo que nos ocupa. En efecto, sobre el ser de la obra, su naturaleza y funciones, sobre su estructura y finalidad, sobre el efecto que opera en el contemplador se

ha escrito mucho; pero a veces, han sido meros rodeos sin entrar en sustancia. No ocurre lo mismo en este ensayo, antes bien, en un lenguaje ceñido, por momentos sincopado, denso en conceptos —expuestos en forma clara y decantada— proporciona una visión objetiva en la que los sucesivos análisis y los postulados fundamentales de His-

toria del Arte convergen hacia la expresión artística de nuestros días.

El filósofo Albert R. Chandler, en *Beauty and Human Nature*, define a la experiencia estética como una "intuición satisfactoria" durante la cual la curiosidad intelectual "se adormece" y el interés práctico queda "en suspenso": sólo tiene importancia la *satisfacción* que se experimenta en la *contemplación*. Aclaramos que Chandler prefiere el término *satisfacción* al de *placer*, porque su significado es más amplio, y lo define "indirectamente como el estado de ánimo" signado por la complacencia en prolongar o repetir "la experiencia en cuestión". Esto que podemos aplicar sin problemas al acto de contemplar una puesta de sol, no ocurre siempre frente a una obra de arte.

En principio la experiencia estética es el factor resultante de una acción recíproca entre un objeto de arte y un observador. Sin embargo, "el arte moderno —acota Nessi—, con su aparente hermetismo, ha puesto en relieve la debilidad y contradicciones de la crítica [...] Las preguntas ¿qué es? ¿qué significa? rezuman de la imagen como un ácido que corroe los deleites. La necesidad de explicación de la obra de arte nace de su condición de oscura y de su destino. Por un lado se resiste a ser dilucidada a primera vista; por otro, 'sólo hay un arte por y para los demás'. Esto resume el fundamento de la crítica y su valor docente, pues la obra inagotable existe en la medida de la capacidad del que la mira".

De la cita textual se desprende la finalidad perseguida por el autor: eliminar la improvisación, el "diletantismo", e introducirnos en el sendero de la crítica de arte.

Ocho capítulos y el análisis de catorce obras, visualizadas con diagramas, integran el volumen, dividido en dos partes.

En la primera —abarca los ocho ca-

pítulos— se plantea la "cuestión del método en el análisis de la obra de arte". El proceso actual de la ciencia artística nace de la distinción entre las nociones de *ser*, *existencia* y *realidad*. De la interrelación de estas tres nociones y del grado de gravitación de cada una de ellas nacen otros tantos enfoques.

Nessi señala que: "En arte como en cualquier otro dominio de la realidad, existe un saber inmediato, y un saber mediato, cuyos acertos hállanse implícitos en la evidencia intuitiva" y recalca: "La tarea de la investigación consiste [...] en una ampliación metódica de alcances derivados del razonamiento correcto".

Tras dar la etimología del vocablo *método*, lo define como "lo universal frente a lo personal que es la experiencia o la costumbre"; establece la existencia de métodos generales y especiales. La Historia del Arte se relaciona con estos últimos. Analiza el origen y la evolución de la investigación metódica. Lo hace a partir de Sócrates. El método socrático es desarrollado por Platón en el *Sofista*.

Hasta el Renacimiento, el método de la crítica de arte será el histórico y el criterio estético, el de la mimesis.

En 1637 Descartes publica en forma anónima su *Discours de la méthode pour bien conduire la raison et chercher la verité dans les sciences*, como prólogo a los tratados de *Dioptrique*, *Météores* et *Géométrie* del Abad Etienne de Courcelles.

Nessi destaca la importancia fundamental de esta obra, pues "ya no se trata de ordenar o demostrar proposiciones establecidas, sino de un método creador para la invención y el descubrimiento". Menciona las reglas metódicas que "repercuten en los principios pestalozzianos y el concepto de evidencia como criterio de verdad" lo hallamos en Husserl.

Señala las consecuencias del cartesianismo en la Historia del Arte "para concluir que, como es obvio, las reglas del método no se agotan en Descartes".

En los capítulos II, III y IV analiza los métodos histórico crítico, positivista y fenomenológico, respectivamente, los sitúa realizando una síntesis histórica con sus implicancias filosóficas.

El método histórico, asevera Nessi, es quizá el más antiguo enfoque de la obra de arte, y uno de los más persistentes.

El positivismo —cuyos orígenes debemos ubicar en el siglo pasado— "arranca" de Saint Simon y de Augusto Comte: "la ciencia es el único conocimiento posible y el método de la ciencia el único válido". Los hechos de la historia, y por lo tanto los de la historia del arte —infiere Nessi— "obedecen a causas y principios que determinan la génesis y el modo de ser de la producción artística".

En la indagación —continua y sostenida— surgen los nombres de Hipólito Taine y Wölfflin. Para el primero "el punto de partido de este método consiste en reconocer que una obra de arte no existe en forma aislada; en consecuencia, es necesario buscar el método del que depende y según el cual se explica".

Para Nessi la principal objeción al método positivista, "aparte de su determinismo insostenible, es la que proviene de sus contradicciones íntimas".

En los *Conceptos fundamentales* de Wölfflin existe también una marcada orientación positivista, sólo que, en el fondo, Wölfflin es kantiano: "sus conceptos fundamentales son las 'categorías' las cuales no permiten alcanzar un objeto si no son colmadas por datos de la sensibilidad".

En el capítulo IV analiza, medularmente, el método fenomenológico. Sur-

gen entonces los nombres de Husserl, Worringer y Ortega y Gasset.

Husserl adhirió a la exigencia de positividad pero "llevándola hasta sus últimas conclusiones". Su método fenomenológico, conocido como "análisis intencional", ha gravitado profundamente en las concepciones filosóficas e ideológicas del mundo contemporáneo: Heidegger y Scheler, sus discípulos, lo aplican, y ha dado origen a toda "la doctrina estilística de la que surge la investigación semántica, y, en gran medida, las bases del estructuralismo".

La comprensión de la obra de arte se relaciona estrechamente con la teoría del conocimiento.

Consideramos a este capítulo conjuntamente con el dedicado al método estructuralista como lo más sólido de este ensayo. Ensayo para polémica porque su autor adopta una posición que no es, por cierto, un camino trillado sino que abre en forma insólita —si se quiere— nuevas vías a la comprensión del arte moderno, por un lado, y establece por el otro, nuevos puntos de partida para la comprensión de las artes plásticas en general.

En los capítulos V y VI analiza "El método en el Rembrandt de G. Simmel" y los aportes del psicoanálisis en el campo de la investigación artística. Observa Nessi que las técnicas de este último son "complejas y no todo es positivo en la tarea psicoanalítica". Sin embargo, a pesar de sus limitaciones, ha abierto —concluye— "nuevas vías de acceso a los problemas del arte".

En forma más extensa trata el método estructuralista (capítulo VII): "La estructura de una obra de arte supone otra estructura previa: el conjunto de determinaciones y modos con que el artista ve la realidad, entendiéndose por esto, en sentido amplio, el encuentro del hombre con el mundo."

Básicamente el método estructuralista descansa en el análisis de la obra como totalidad, "como si sus partes fuesen los *elementos* de un lenguaje [...] *concurrentes*. Nessi enfatiza el apoyo de la *Gestalt* a este método, y "por supuesto de la semántica".

El capítulo VIII se abre con una indudable expresión de gozo husserliano: *Zu den sachen selbst!*, y de inmediato formula una advertencia: "Analizaremos una serie de obras típicas de las más diversas culturas. El método consistirá en la ubicación e interpretación del sentido de esas obras a través de la estructura formal que lo revele". Aclara que: "Los resultados logrados serán provisorios, dado que toda obra es, por naturaleza, inagotable".

Como observáramos anteriormente cada análisis se halla visualizado mediante un diagrama que, "como un modelo ideal, condensa esquemáticamente la sintaxis formal y su funcionamiento". Y aquí reside, precisamente, el mérito de esta obra: poner al alcance de los estudiosos —hasta ahora nunca se había hecho en nuestro medio— los elementos fundamentales o básicos para una indagación seria y un análisis riguroso. Es una apertura lo que este libro nos ofrece. *Nuevo en su concepción*, cuyos resultados no son definitivos, porque insistimos, es obra de iniciación. Así por ejemplo, en los aná-

lisis de *Guernica* de Picasso y *Los jugadores de naipes* de Cézanne, entre otros, arriba a resultados originales. Podríamos citar, enjuiciando este ensayo, las palabras que Nessi escribe al referirse a Hipólito Taine: los resultados notables de sus estudios derivan "del profundo conocimiento y sensibilidad que proyectó sobre la obra de arte".

Los diagramas fueron realizados por Beatriz Uribe. Nessi declara haber recogido importantes sugerencias de César López Osornio. Este capítulo incluye, además, una guía para el análisis de obras que comprende: a) Datos del catálogo razonado; b) Configuración y significaciones ligadas a la estructura plástica.

El autor cierra este interesante ensayo con un apéndice en el que discurre sobre "La forma y lo informe".

Completa el volumen una selecta bibliografía que menciona los estudios fundamentales para cada uno de los temas tratados en el texto.

En síntesis: un aporte valioso tanto para los iniciados en esta disciplina como para estudiantes, de imprescindible consulta, ya que el ensayo logra, por un lado, erudita exposición, y por otro claridad esquemática.

Delia M. Zaccardi

JOSÉ CARLOS CHIARAMONTE: *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina*. Ed. Solar/Hachette. Buenos Aires, 1971. Volumen en rústica, 280 págs.

Las dos décadas comprendidas entre los años 1860 y 1880 constituyen un importante período de transición en nuestra historia. Al comienzo del mismo la Argentina era un país que todavía reunía todas las características que definen a una sociedad tradicio-

nal: una estructura económica muy simple, limitadas funciones de producción y poca aplicación de la ciencia y de la técnica. Era esencialmente un país pastoril, predominando, dentro de esa estructura económica de carácter pecuario, la explotación del ganado lanar;

sostenida ésta por la creciente demanda de los mercados europeos y de los Estados Unidos, que habían provocado un considerable aumento de los precios y dado lugar a que todos los capitales, las empresas y el trabajo personal descuidaran la atención del vacuno y encauzasen sus esfuerzos hacia el ovino, por las inmejorables perspectivas que presentaba.

Pero esa estructura, desarrollada y sustentada por tan importante demanda proveniente del exterior, y de la que se beneficiaba el sector ganadero, comenzó a resquebrajarse por consecuencia de la crisis de 1866.

Ahora bien, si la crisis es un fenómeno típico de las economías de los países capitalistas desarrollados, afecta también a los económicamente dependientes, puesto que los mismos están ligados, como apéndices, a dichas economías. Es por ello que la mencionada crisis de 1866 repercutiría en nuestro país, afectando profundamente a la principal producción de la época: la lana.

Y esto es mucho decir, ya que en un país de características como el nuestro, que obtenía todos sus recursos de la exportación de productos pecuarios, la crisis forzosamente hubo de sentirse con gran intensidad. Más aún, cuando a nivel internacional había sido superada, aquí, una serie de factores —la falta de recursos propios, la guerra del Paraguay, la fiebre amarilla, entre otros— mantuvieron al país en una situación crítica, retardando, en consecuencia, su recuperación; y ésta no había sido todavía lograda, cuando comenzaron a sentirse los primeros efectos de la crisis internacional de 1873.

Entonces la situación se tornó más grave: gran déficit en el comercio internacional, falta de productos para el pago de la deuda externa, excesiva especulación, escasez de capitales, quiebras, cierre de talleres, acrecentamiento

de la emigración; no alcanzándose la recuperación, prácticamente hasta 1878.

Este prolongado estado crítico es de fundamental importancia considerarlo, por cuanto el período mencionado se inserta en estos dos ciclos de coyuntura —el desarrollo completo de las crisis de 1866 y 1873—. Más aún, casi podría tipificarse dicho período por ambas crisis, puesto que ellas lo marcan profundamente, y en aspectos que van más allá de los específicamente referentes al desenvolvimiento de la vida económica.

La grave situación descripta guarda estrecha relación con los planteos proteccionistas de la época. Un claro ejemplo de lo afirmado lo constituye el grupo ganadero agrupado en la Sociedad Rural, cuyo proteccionismo respondía fundamentalmente a las necesidades creadas por la crisis.

Otros sectores exponen también la necesidad de la aplicación de medidas proteccionistas, para salvar la producción y propender al desarrollo económico del país; tales son, por ejemplo, el grupo parlamentario inspirado por Vicente Fidel López y los integrantes del Club Industrial, entidad origen de la Unión Industrial Argentina.

Todos estos últimos aspectos son tratados convenientemente por José Carlos Chiaramonte.

No es ésta la primera oportunidad en que el autor incursiona en el tema, puesto que ya dio prueba de su interés por el mismo en su monografía *La crisis de 1866 y el proteccionismo argentino de la década del 70*, publicada en 1964 en "Anuario" del Instituto de la Universidad Nacional del Litoral, e incorporada ahora, constituyendo sus tres primeros capítulos, a la obra que estamos analizando.

Resulta evidente que Chiaramonte ha logrado la adecuada maduración que el tema exige. Se maneja con comodidad dentro del período elegido; integra de-

bidamente los distintos factores políticos, económicos y sociales, y sabe detectar y exponer con claridad la ideología de algunos integrantes de ciertos grupos —v.g.: los del Club Industrial— tarea que, por su formación, realiza con suficiente idoneidad.

En suma, una obra de bien lograda síntesis que ayuda a comprender una época que estimo fundamental porque en ella se va estructurando una nueva Argentina, que acostumbramos denominarla moderna para contraponerla a la

tradicional, la criolla, que empieza a morir precisamente en esos años.

Las últimas dieciséis páginas del volumen corresponden a la bibliografía. Cantidad abrumadora pero innecesaria de trabajos presentados, puesto que cierta cantidad de ellos poca relación tienen con el tema. En cambio Chiaramonte no menciona algún otro, de similar temática a la suya, que entiendo no puede desconocer.

José Panettieri

GEORGE RUDÉ: *La multitud en la historia*. Traducción de Ofelia Castillo. Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1971. Volumen en rústica, 277 págs. + 12 mapas fuera de texto.

Los avatares de la noción de “muchedumbre” y los criterios usados para su determinación llenan varios capítulos de las ciencias sociales. A fines del siglo XIX Scipio Sighele (*La folla delinquente*) creyó poder definirla de acuerdo a criterios criminológicos, mientras Gustave Le Bon (*Psychologie des foules*) lo hacía en base a criterios psicosociales fuertemente impregnados de componentes raciales y, en nuestro país, José María Ramos Mejía (*Las multitudes argentinas*) intentaba su inclusión en una sociología histórica que no desdenaba servirse de metáforas químicas (“el hombre carbono”), mecánicas o biológicas. Más contemporáneamente, se ha vinculado la problemática de la masa con las adhesiones políticas (Wilhelm Reich: *Massenpsychologie des Faschismus*), con la anulación de la individualidad (David Riesman: *The Lonely Crowd*) o con latencias arcaicas o religiosas (Elias Canetti: *Masse und Macht*). Un enfoque menos frecuente ha sido el estrictamente histórico. Esta obra de George Rudé se propone eliminar esa carencia: “durante muchos años ha sido considerada [la muchedumbre]

como un tema apto para ser estudiado más bien por los psicólogos o los sociólogos que por los historiadores. Este libro es la tentativa de un historiador por hacer algo para restablecer el equilibrio” (p. 11).

Para su estudio sobre la muchedumbre en la historia, el autor ha delimitado un período y dos países: entre 1730 y 1850, Inglaterra y Francia asistieron, respectivamente, a una revolución industrial y una revolución política que sentarían las bases de un nuevo tipo de sociedad al que convencionalmente se denomina “industrial”. En ese lapso, el efecto combinado de ambas revoluciones erosionó las antiguas instituciones, modificó los hábitos de pensamiento y estableció al proletariado moderno como una fuerza social decisiva en la escena histórica. Una consecuencia fundamental de estas transformaciones fue el nuevo carácter que adquiriría la “muchedumbre”, particularmente en cuanto a sus movilizaciones: disturbios, levantamientos, revoluciones. El período estudiado por Rudé es uno de transición entre las rebeliones propias de la era “preindustrial” y las ca-

racterísticas de la sociedad "industrial". Los que participan en ellas "son a veces campesinos (como en el pasado) pero más a menudo se trata de una población compuesta de lo que en Inglaterra se denominaba *lower orders* o clases inferiores y en Francia *menu peuple* (o, durante un breve período en la década de 1790, *sans-culottes*)" (página 14).

De esta manera, en la primera parte de la obra George Rudé estudia, en sendos capítulos, y dentro de la historia de Inglaterra, las rebeliones campesinas del siglo XVIII, las disputas laborales durante el mismo siglo, la actividad de los ludistas, el movimiento obrero cartista y las revueltas aldeanas de mediados del siglo dieciocho conocidas como "Las hijas de Rebeca" y "Capitán Swing". Podemos agregar que el autor ha dedicado a este último movimiento un trabajo, realizado en colaboración con Eric J. Hobsbawm (historiador que se ha ocupado, asimismo, de la persistencia de rebeliones "primitivas" en nuestra época en su obra *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Ariel, Barcelona, 1968), denominado *Capitán Swing, una revuelta campesina en el siglo XIX*, cuya publicación anuncia Siglo XXI Argentina.

Los capítulos dedicados a la historia social francesa abarcan las revueltas rurales del siglo XVIII, la rebelión política, las revueltas del hambre y las disputas laborales en la Revolución de 1789 y, por último, la revolución de 1848. En toda esta primera parte, las multitudes descritas y el carácter de sus luchas es presentado, en cada caso, a partir de la situación social y ocupacional de sus protagonistas, lo que implica continuas referencias al movimiento de los precios, el tipo de producción y el estado de la economía, el contexto político y la relación entre las

clases. Este trabajo de reconstrucción ha debido sortear variados escollos para llegar a buen término y, de todos modos, como lo aclara el autor, siempre subsiste la duda sobre la fidelidad de la reconversión de las categorías sociales (por ejemplo, socio-ocupacionales) de la época estudiada al moderno lenguaje sociológico: "mientras la sociedad continuó siendo jerárquica y 'aristocrática' y la movilidad entre las clases relativamente inusual (y si no inusual al menos oficialmente reprobada), era normal considerar la sociedad en función de diferentes 'órdenes', 'rangos', 'grados' o 'posiciones' más bien que en función de diferentes 'clases'" (p. 202). Ahora bien, lo que le importa a Rudé es precisamente el reclutamiento clasista de las rebeliones consideradas. Por eso, la segunda parte del libro se ocupa de un análisis crítico de la muchedumbre, buscando desentrañar su índole social, distinguir las "caras en la multitud" y la naturaleza del interés común que las congrega.

Por último, en el capítulo final se analiza el relativo éxito o fracaso de las rebeliones y, además de éstos, el efecto mediato de su acción. ¿Cuál fue el legado de esas luchas sociales a la nueva sociedad que se iba formando? ¿hasta qué punto los cambios suscitados fueron decisivos? Responde el autor: "es cierto que en algunos casos el cambio se limitó a poner el vino nuevo en odres viejos, pero quizá no sea desatinado ver en estas pruebas de fuerza primitivas, inmaduras y a menudo torpes, un antecedente de movimientos posteriores cuyas consecuencias y cuyos éxitos han sido significativos y perdurables" (p. 276).

The Crowd in History apareció en 1964. Para esta edición castellana (cuyo subtítulo es *Estudio de los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*) el autor ha agregado un prefacio en el que, además de señalar

algunas obras relativas al tema aparecidas en el intervalo, juzga que la pertinencia de su objeto de estudios es ahora aún mayor que en aquella fecha, en virtud de lo que significa un enfo-

que histórico de las muchedumbres en una época que asiste a múltiples estallidos raciales, nacionales y clasistas.

José Sazbón

GUNTRAM KNAPP: *Mensch und Krankheit*. Ernst Klett Verlag, Stuttgart, 1970. Volumen en rústica, 277 págs.

La presente obra, titulada *Hombre y enfermedad*, enfoca el problema del dolor y, por consiguiente, el de la enfermedad y la muerte, desde un punto de vista filosófico. El autor, nacido en Karlsbad en 1927, ha cursado estudios de medicina y filosofía en la Universidad de Munich, donde actualmente es docente. Ello lo capacita para conciliar la necesaria información científica con la penetración reflexiva de un tema tan ambicioso como el propuesto por el título de su obra. Precisamente este estudio se estructura en tres partes que tratan, respectivamente, el problema de la ciencia médica, el problema del ser del hombre y, finalmente, la enfermedad, su concepto y sentido existencial. Al enfocar el problema científico, el autor se ve precisado a exponer, paralelamente, las concepciones que han predominado acerca del "objeto" de esa ciencia médica, esto es, el hombre. Esta rápida exposición se detiene particularmente en la concepción clásica del hombre como *animal rationale* y en la moderna antropología de Arnold Gehlen, la cual habla del hombre como un "ser deficiente" cuya "naturaleza" es la cultura, posibilitada por el peculiar carácter de ese ser "abierto al mundo"—habría que precisar mejor la traducción de estos términos *Mängelwesen*, *Weltoffenheit*, etc., pero ello excedería los límites de este comentario—. La parte referida al "Ser-hombre" se basa principalmente en Heidegger y, con más precisión, en el Heidegger de "*Ser y*

Tiempo". Esta concepción subyacente en la segunda parte prepara la exposición de la enfermedad como vocación a la autenticidad del existente. Se analizan aquí las conocidas doctrinas heideggerianas del "estado de ánimo" (*Stimmung*), la "conciencia moral" y la muerte. Con estos análisis se anticipa la aceptación de la finitud por parte del hombre como posible camino para encontrar lo infinito.

Obtenida así una idea del hombre, la tercera parte de la obra afronta el problema de la enfermedad en cuanto posibilidad específicamente humana, inaccesible a la mera vida animal. La enfermedad "actualizaría", dentro de este contexto, la referencia del hombre a su más propia finitud; de tal suerte obraría como un "llamado" a la autenticidad de la existencia.

En general, la obra está bien documentada con una abundante bibliografía. Ello no es óbice para que, en algunos puntos, el autor roce los límites de un "misticismo" existencial con el cual no siempre se puede estar de acuerdo. Esta tendencia, empero, parece estar equilibrada con las exposiciones fenomenológicas de temas tan importantes para esta problemática como "cuerpo y alma", "la corporalidad humana", la "gran razón del cuerpo", etc. El autor confiesa que no es su intención "agotar el tema", sino tan sólo preparar un camino para su tratamiento. En tal senti-

Revista de libros

do, es positivo el esfuerzo emprendido en *Hombre y enfermedad*, si se lo entiende como un paso más hacia la consolidación de una reflexión que caería

en un ámbito que podría denominarse “filosofía de la medicina”.

Mario A. Presas

VICTORIA OCAMPO: *Testimonios; octava serie 1968/1970*. Ed. Sur, Buenos Aires, 1971. Volumen en rústica, 310 págs.

Desde la aparición del primer volumen de *Testimonios*, publicado en 1935, en Madrid, por la Revista de Occidente, hasta llegar al octavo de ellos se nota en la obra de Victoria Ocampo temas constantes, repetidos a lo largo de su vida. Ella misma reconoce en el prólogo del último tomo de *Testimonios* que “cada escritor, cada músico, tienen una o dos cosas principalísimas que decir y las repiten en diferentes formas, toda la vida, hasta dar con el tono justo”. Varios son los planteamientos que Victoria Ocampo vuelve a proponer: la mujer, la naturaleza, la música, el cine, la literatura, “The Mighty Dead”. También están presentes los países de su predilección: India, Francia, Inglaterra, Argentina. Pero, sin duda, entre todos estos temas se distinguen cuatro: su honda preocupación por los problemas referidos a la mujer, su devoción por la literatura, su pasión frente a la naturaleza y su entrañable amor por nuestra tierra. Gracias a su estilo esos cuatro elementos fundamentales se funden en la palpación de la vida. Victoria Ocampo ha confesado, alguna vez, en otros testimonios: “he amado los libros y sus autores desde que aprendí a leer. Para ello tenía un mérito, pues amaba igualmente la vida que se vive, no la que se cuenta. La vida que no está aprisionada en páginas impresas, sino la que se bebe en el manantial de donde brota, mirando unos ojos queridos, un árbol que verdea, un niño que juega, un picaflor suspendido, con su extraño vuelo de helicóptero, sobre una flor”.

Este último ejemplar de *Testimonios* —“testimonios de desparramo”, según su autora— contiene artículos publicados entre 1968 y 1970 en diarios y revistas, salvo el dedicado a Baudelaire. Ellos vuelven a transmitir esa misteriosa fusión de vida y literatura que quizá constituyen el secreto y la clave de su modo de escribir.

La gran cantidad de artículos reunidos en este volumen han sido agrupados en diez apartados que versan sobre los siguientes temas: India, Francia, Inglaterra, U.S.A., Argentina, Ideas Fijas, Música, Homenajes, Recordando, Periodismo. Incluye además un prólogo y un reportaje realizado por Fryda Schulz de Mantovani, en el cual retoma los problemas que siempre le han preocupado, aunque no deje de responder, por razones de oportunidad y vitalidad, a la pregunta de “qué piensa sobre la moda”.

En la primera parte, India, Victoria Ocampo vuelve a referirse a las personalidades de Gandhi, Tagore, Indira y Nehru. En Francia evoca la figura de Claudel, “con quien —confiesa— he discutido mucho mentalmente..., y a quien admiro hoy como merece que se lo admire. A quien necesito también”. En “La Belle y sus enamorados”, publicado en *La Nación*, vuelve a recordar encuentros con personas que alguna vez la conmovieron: Marguerite Moreno, Jules Supervielle, Albert Camus, Drieu la Rochelle, Louis Jouvet...: “Cuántos rostros recordados, cuántas voces, cuántos pasos han que-

dato resonando en mis cuartos...”, pues “sólo he coleccionado pasos y voces”. En “El Aguilucho” recuerda la amistad que, a comienzos de este siglo en París, la unió con Maurice Rostand, testimoniada en cartas escritas a Delina Bunge de Gálvez. Inglaterra está presente en temas tan dispares como los que abarcan las “Cartas de Aldous Huxley”, “Dartington Hall” y un comentario sobre el *film* de Zefferelli “Romeo y Julieta”.

En el apartado dedicado a los Estados Unidos incluye un artículo sobre Isadora Duncan y la carta dirigida al “poeta norteamericano Ned O’Gorman sobre el asesinato de Luther King”. Con dos artículos dedicados a Ezequiel Martínez Estrada, a quien calificara alguna vez como un “hombre tierno y arisco”, inicia el capítulo destinado a la Argentina. En el mismo publica una “Carta a Alberto Salas”; estas páginas llenas de evocación y de lirismo apasionado prologaron la segunda edición del libro *Relación parcial de Buenos Aires*.

En “Ideas fijas” vuelve a otros de sus temas favoritos: la mujer y la música. Con respecto a esta última están los testimonios de sus relaciones con Ansermet, Jane Bathori, Juan José Castro y Strawinsky.

En las páginas siguientes reproduce las palabras que leyera con motivo del homenaje a Borges realizado en la So-

ciudad Hebraica. También recuerda la figura de Federico de Onís. Incluye asimismo la “Carta a Marcelo de Alvear”, leída en el Cementerio de la Recoleta. Es lamentable que Victoria Ocampo no haya registrado en este volumen, ni en los otros, las palabras que pronunciara en otro homenaje a Alvear, cumplido en 1943, y que solamente se publicaran en la revista *Sur*. Creemos que es una de las páginas más tiernas y conmovedoras que haya escrito y por ello digna de figurar en un futuro volumen de *Testimonios*.

Tampoco podía faltar en el libro la gracia de la “periodista, según algunas personas benévolas”, tal como Victoria Ocampo se define, irónicamente y de acuerdo con la apreciación de quienes, en tanto periodistas profesionales, han menoscabado su personalidad. En el apartado titulado “Periodismo” ha reunido un conjunto de artículos ágiles y amenos y también algunas de las muchas cartas dirigidas a directores de diarios.

Podría señalarse otras excelencias del libro, pero baste lo apuntado. Victoria Ocampo es no sólo principalísima protagonista de nuestro destino cultural sino también de nuestra literatura. En ella seguirá siendo una ilustre escritora, dispuesta a sacrificar el brillo de su prosa en un estilo lleno de vida y amor.

Carlos Adam

OSVALDO LOUDET y OSVALDO ELÍAS LOUDET: *Historia de la psiquiatría en la Argentina*. Editorial Troquel, Buenos Aires, 1971. Volumen en rústica, 212 págs., con ilustraciones.

Padre e hijo, eminente psiquiatra de la generación anterior, el primero, y médico de promisoría faena en la generación actual el segundo, entregan en este volumen los retratos de veinte

figuras encumbradas de la ciencia psiquiátrica argentina.

La representativa galería comienza con una semblanza del fundador de los estudios de patología mental en

Revista de libros

nuestro país, Diego Alcorta, autor de una tesis de doctorado sobre *Manía aguda*, que fue la primera de la especialidad que se compuso en la Universidad de Buenos Aires y a quien los autores definen con justicia como "precursor".

El capítulo siguiente, titulado "La época filantrópica y moral", se refiere a la obra de Ventura Bosch y Osvaldo Eguía. Del primero afirman que como médico, como alienista, como filántropo, merece una estatua en uno de los establecimientos que fundara: el Asilo de Dementes y el Hospital de Mujeres Dementes. Del segundo, que fue quien diagnosticó los primeros casos de fiebre amarilla en la epidemia de 1871 y que actuó como colaborador y sucesor de Bosch en la Dirección del Hospital de Mujeres Dementes dicen, a modo de síntesis definidora de su personalidad: "Los grandes bienes morales de este hombre superior fueron la honestidad, la modestia, la bondad, el altruismo, el amor sin límites para sus semejantes".

El tercer capítulo, dedicado a "La época clínica y docente", así denominado porque abarca el período en que se inicia la enseñanza oficial de la clínica psiquiátrica, comienza con la biografía de Lucio Meléndez, consumado clínico y destacado publicista, a quien el profesor Arturo Ameghino calificó como el "Bautista de la psiquiatría argentina", y de quien dijo: "Fue un universitario brillante y talentoso que creó en Buenos Aires la cátedra de enfermedades mentales, después de haber gastado su vida en justificar la necesidad de su enseñanza". Su sucesor fue Domingo Cabred, que sembró el país de asilos y hospitales y fue un maestro fundamentalmente práctico y un innovador en materia de asistencia psiquiátrica. Al fundamentar su pedido de profesor honorario en la sesión del consejo académico de la Facultad del 13

de octubre de 1922, el doctor Joaquín Llambías, entre otros conceptos, expresó: "Fue el profesor Cabred el organizador de la enseñanza moderna de la psiquiatría. Su clara inteligencia lo indujo a la creación del Instituto de Psiquiatría, colocándolo a la altura de los mejores. Y para ello se esfuerza sobremanera, golpeando a las puertas de los poderes públicos para obtener dinero, contribuyendo generosamente, más de una vez, con el propio; busca en el extranjero los colaboradores que creen ambiente de estudio y formen escuela".

Le siguió el mejor de sus discípulos, José T. Borda, autor de una clasificación de las enfermedades mentales que fue adoptada por la mayoría de los países latinoamericanos en 1922 y de importantes trabajos de anatomía patológica del sistema nervioso. Los autores reproducen este juicio de Obarrio: "Llevó a cabo observaciones anatomoclínicas y estudios del sistema nervioso que le dieron justo renombre dentro y fuera del país".

El cuarto profesor fue Arturo Ameghino, el príncipe de la psiquiatría argentina y paradigma de maestro por su genio pedagógico y su cultura deslumbrante. Sus dotes excepcionales en el examen de enfermos mentales lo erigieron en el mejor semiólogo psiquiatra argentino. A modo de síntesis de su descollante personalidad, los autores citan estas palabras del gran George Dumas: "C'est un des plus intelligents hommes que j'ai connu".

Gonzalo Bosch cierra el capítulo, señalándose que su interés por la salud psiquiátrica y moral de los enfermos lo llevó a comprender que la asistencia de los mismos prosigue fuera del hospital, en el hogar, en el taller, en la vida libre, para lo cual alentó la creación de dos instituciones de fundamental importancia: la Escuela de Visitadoras de Higiene Mental y la Liga de Higiene Mental.

En el capítulo siguiente: "La época de la neurobiología y la anatomía patológica", los autores trazan la biografía de Cristofredo Jakob, cuya labor califican de prodigiosa por su profundidad y su extensión. Destacan que este sabio desinteresado tejió piezas consagradas por la ciencia universal, en los dos escenarios en que desarrolló su fecunda faena: el laboratorio del Hospicio de las Mercedes y el del Hospital Nacional de Alienadas.

Se ocupan en seguida de los que llaman "Los maestros libres", refiriéndose a Ramos Mejía, Ingenieros, de Veyga y Korn, que fueron al par geniales creadores y auténticos maestros sin haber ocupado la cátedra de la asignatura. De José María Ramos Mejía recuerdan los autores que fue el fundador de la "clínica histórica" en nuestro país, con sus obras "Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina" y "La locura en la historia", en las que puso de manifiesto su vigoroso talento, su notable erudición y su sagacidad de psicólogo. Discípulo de éste fue José Ingenieros, que descolló en la psiquiatría, la criminología, la historia, la filosofía y la sociología. De su inagotable capacidad de trabajo, los autores transcriben estas palabras de Rubén Darío a Máximo Soto Hall, en 1924: "Tengo la memoria llena de recuerdos en los que se mezcla el nombre de Ingenieros. Aunque más joven que yo, fuimos desde el principio excelentes amigos, algo más, buenos camaradas. Yo nunca he podido darme cuenta de cómo hace este hombre para alargar el tiempo. Era de los que trasnochaban conmigo hasta clarear el alba y, sin embargo, tenía horas para consagrarse al estudio y como él lo hace, con conciencia. Su amistad me ha servido de mucho. Su energía, su resolución, han sido más de una vez ariete para mi debilidad".

Francisco de Veyga, que fue profesor

de medicina legal, fundó el Servicio de Observación de Alienados de la Policía Federal el 24 de noviembre de 1899 y designó jefe de clínica a Ingenieros. En cuanto a su fecunda producción científica sobre psicología, psicopatología y psiquiatría forense, los autores mencionan los principales trabajos en cada ramo.

De Alejandro Korn —tan caro a La Plata y a su Universidad— señalan que ejerció durante cerca de veinte años la dirección de Hospital Neuropsiquiátrico de Melchor Romero, realizando una obra de excepcional relieve, no sólo en lo que atañe a la humanización del tratamiento de los alienados sino también en materia de progreso terapéutico, como por ejemplo la organización del sistema de laborterapia, que había sido establecido con éxito en los hospitales psiquiátricos europeos y que preconizaba entre nosotros Domingo Cabred. Por otra parte, destacan la jerarquía excepcional de sus informes medicolegales, muchos de los cuales constituyen verdaderos modelos de monografías científicas.

En el capítulo destinado a "Los directores de hospitales psiquiátricos" exaltan la proficua labor cumplida por Antonio F. Piñero, Manuel T. Podestá, José A. Estevez, Julio G. Nogués y Luis Esteves Balado en el Hospital Nacional de Alienadas. A continuación, bajo el título de "Dos auxiliares de la justicia", hacen una documentada semblanza de dos sabios peritos en psiquiatría forense: Amador Lucero y Lucio V. López (h.). Y en materia de "Legislación sobre alienados" reúnen los proyectos de ley de Emilio R. Coni (1879), Ramón V. Tejerina (1891), Domingo Cabred (1894), Antonio F. Piñero (1919), Juan Manuel Obarrio (1924) y Nerio Rojas (1946).

El último capítulo contiene la ordenanza sobre creación del curso de mé-

dicos psiquiatras, dada por el consejo académico de la Facultad de Medicina de Buenos Aires el 20 de octubre de 1942, por iniciativa del profesor Osvaldo Loudet.

En suma, un libro de historia de la medicina escrito con orden, precisión y galanura.

Roberto Ciasfardo

RAÚL H. CASTAGNINO: *Experimentos narrativos*. Buenos Aires, Juan Goyanarte Editor, 1971 (Colección "Crítica y narrativa"). Volumen en rústica, 267 págs.

"Crítica y narrativa" es una nueva colección que ha comenzado a publicar la editorial Juan Goyanarte y en la que, bajo la dirección de la profesora Amelia Sánchez Garrido, irán apareciendo, exclusivamente, obras dedicadas al estudio del género narrativo.

La colección se inicia con *Experimentos narrativos*, del doctor Raúl H. Castagnino. Su propósito es orientar a los lectores en el diverso mundo de la novela contemporánea, tan atractiva en sus búsquedas como compleja y laberíntica en los procedimientos que utiliza para materializarlas: "Cada uno de los trabajos aquí reunidos —declara el autor— no pretenden adoptar novedosas interpretaciones, sino iluminar coherentemente posibilidades introductorias en la anatomía de ese laberinto; posibilidades que puedan contribuir a obtener una mayor facilidad de acceso a ciertas formas novelescas discutidas y, consiguientemente, a otro modo de disfrutar su lectura" (pp. 13-14).

Castagnino parte de una advertencia que corroboran muchos críticos y estudiosos de la novela actual: la novela ha dejado de ser ya el liviano pasatiempo en el que sólo se atendía a la acción novelesca, a la intriga argumental o al carácter de los personajes; hoy, es casi una invitación al vértigo del lector, porque se complace en distraerlo de los centro convencionales de interés para que se enfrente con otros nuevos y perturbadores. Se trata de inci-

tarlo a un goce distinto de la lectura, de modo que descubra y desentrañe tramas desordenadas, desconcertantes juegos con el tiempo, la caótica vida interior de los personajes, la desrealización del espacio, la ausencia de héroes, en fin, estructuras inquietantes, que pueden llegar, inclusive, a contaminar el relato novelesco con elementos de una pluralidad de áreas conexas, no sólo de las más próximas (la teoría literaria, el ensayo, la biografía, la crónica), sino aun de las aparentemente más distantes (la ciencia, la tecnología, la sociología).

Esa intención orientadora básica es la que circula a lo largo de todo el estudio de Castagnino, dando coherencia y armonía a partes originariamente miscelánicas. En forma explícita, el autor advierte que los diecisiete capítulos de la obra "nacieron de exposiciones y cursos que procuraban orientar a diferentes auditorios hacia ese acceso que exige el goce de algunas novelas contemporáneas, particularmente aquellas que, de algún modo, han experimentado con el hecho narrativo" (p. 11). Para servir tal propósito, el autor ordena el material de su estudio en tres secciones.

La primera sección ya desde su título, "Laboratorios del relato", subraya el carácter experimental que el doctor Castagnino advierte como denominador común de las novelas contemporáneas. El capítulo dedicado a "Experimentos

narrativos” aborda la situación del personaje, la estructura, la desacralización y el tiempo. El tipo tradicional de personaje novelesco ha sido sustituido por su anonimización total, cuando no por la imposibilidad de nombrarlo o referirse a él; así, la novela objetivista francesa ensaya su aniquilación, su cosificación, indicio de que la sociedad de hoy prefiere el caos masivo a la personalidad individualizada. La estructura actual desordena el desarrollo lineal del relato, es decir, el encadenamiento normal y cronológico de las secuencias; polémico enfrentamiento con una manera lógica y racional de novelar, que cuida la continuidad lineal y cronológica de los hechos y sacrifica su simultaneidad y su sincronismo (la forma en que las cosas pudieron haber ocurrido) a las convenciones del relato. La novela actual desacraliza los procedimientos de la tradicional, o sea, adopta una actitud iconoclasta frente a ellos; es lógico: “La novela ‘tradicional’ corresponde a un mundo estable, con principios y convenciones aparentemente inmutables, un mundo individualista que puede ser reflejado como espectáculo objetivo y realista. Los experimentos narrativos corresponden a un mundo en crisis, inestable, en constante cambio, un mundo masificado, que no puede ser reflejado objetivamente, sino a través de interpretaciones subjetivas, del entrecruzamiento de interpretaciones posibles...” (p. 27). En cuanto al tiempo, “la novela tradicional requería el transcurrir del tiempo, porque en él instalaba el desarrollo y la sucesión de los hechos. Cierta tipo de experimento narrativo actual o ensaya la simultaneidad y la coexistencia sincrónica de los hechos y los seres en una realidad múltiple y heterogénea o el sentido habitual del tiempo se altera, se rompen las fronteras de pasado, presente y futuro con la instalación ‘relativista’ de la temporalidad (pp. 28-29); o, como hace

la novela objetivista, intenta “construir estructuras mentales carentes de tiempo”, en las que “sólo cuentan el presente y un nuevo sentido y uso de la descripción” (p. 29).

El capítulo “Problematizaciones de la escuela de la realidad” es un apretado inventario de distintas concepciones del realismo, surgido hacia mediados del siglo XIX, en Europa, con la pretensión de captar fría y objetivamente la realidad. El Dr. Castagnino muestra la crisis actual de los postulados de esta escuela para propiciar una mayor sensibilización en el lector de hoy, que le permita acoger, sin prejuicios estéticos, las búsquedas de la nueva novela. Dos de ellas son puntualizadas en los capítulos siguientes. “La novela-crónica”, que se ejemplifica con *A sangre fría* de Truman Capote, estudia una nueva concepción del realismo: el apoyo del relato son, sí, fuentes reales y documentales —archivos policiales, expedientes judiciales, informaciones periodísticas—, pero debidamente traspuestas por el autor y convertidas en sustancia estética. “La novela-soliloquio”, para cuya ilustración sirve *Yo-yo y yo-él* de Salvador de Madariaga, es el análisis de una nueva búsqueda narrativa: el protagonista, un enfermo mental, se desdobra en soliloquios sensatos y demenciales, con los que Madariaga —advierde Castagnino— aporta una nueva variante del fluir síquico a las sistematizadas hasta ahora por la crítica especializada.

Los capítulos que cierran la primera sección están destinados, en forma exclusiva, a estudiar aspectos relevantes del fenómeno editorial de los últimos años: la nueva narrativa hispanoamericana. “Algunos rasgos comunes en la novelística hispanoamericana actual” detalla caracteres extensivos a muchos novelistas hispanoamericanos del presente: poetización del relato; lúcida experimentación técnica; nueva preocupa-

ción por el tratamiento del lenguaje; desaparición de los grupos literarios en favor de las individualidades creadoras; identificación del escritor con su medio social, que reconcilia su destino de novelista con el de la condición humana en general; decidida incorporación de la mujer a la creación literaria; abandono de las antinomias heredadas del romanticismo social (civilización-barbarie, pobres-ricos, capitalismo-proletariado...), no porque dejen de preocupar —todo lo contrario—, sino porque se las saca del viejo esquematismo simplista para formularlas en un plano estético más elevado; abandono del folclorismo, del telurismo y del pintoresquismo externos; búsqueda de proyección universal; misión revolucionaria, insurgente de la literatura pero no a través de la retórica bandería política sino de un subjetivismo que a la vez enriquece y distorsiona la novela... “La ‘nueva novela’ hispanoamericana vista por sus propios autores” es un oportuno complemento ilustrativo del capítulo precedente; Castagnino convoca aquí las ideas de algunos novelistas hispanoamericanos de hoy que sienten la necesidad de sumar a la creación literaria concreta la formulación teórica de los principios con que se rigen en esa actividad; así, tras revisar el curso de la novela hispanoamericana a partir de su primera manifestación y situar a la actual en el lugar que le corresponde dentro de esa evolución, el Dr. Castagnino inserta testimonios de Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Alejo Carpentier, Carlos Fuentes, Guillermo Cabrera Infante, Juan Rulfo...

La segunda sección del libro, “Intermedios de entreguerras”, aborda a tres escritores de importante irradiación en la narrativa. El capítulo inicial, “Experimento coclear, angustia y psicoanálisis:Kafka”, puntualiza los elementos del mundo novelístico de Kafka que convierten a éste en verdadero precur-

sor de la narrativa subsiguiente: su actitud existencial; su capacidad para testimoniar un mundo en crisis; la incertidumbre anterior a la catástrofe por carecer de apoyos firmes; la angustia derivada de esa inseguridad; el conflicto con lo humano y lo divino; la técnica coclear —en forma de espiral— de sus abrumadoras visiones que abren lo real hacia una perspectiva mágica; el absurdo... El capítulo que clausura esta sección, “La problemática literaria, tema de la novela”, indaga el caso de dos escritores que han utilizado el problema de la literatura como tema de sendos experimentos narrativos: Virginia Woolf, en *Orlando*, historia de un personaje que simboliza el espíritu de Inglaterra y, a la vez, relato que se debate entre la condición de novela, biografía y ensayo; su engranaje narrativo es minuciosamente desmontado por el Dr. Castagnino mediante el detenido análisis de su estructura y de sus claves significativas; Charles Morgan, en *Sparkenbroke*, a través de cuyo protagonista, un escritor de orientación platónica, mística y estetizante, se plantea y cuestiona qué significa el arte de escribir. Son obras, pues, “en que el novelista —que por artista siempre ha ejercido la autocrítica de su oficio y su técnica— utiliza ese sentido crítico incorporándolo a lo ficcional” (p. 169).

La última sección del libro, “‘Canción de cuna para técnicos’ y experiencias fantacientistas”, es una atenta exploración en el campo de la ficción científica: sus antecedentes; sus fuentes; sus relaciones con la novela policial, con la crítica social, con la teoría literaria... Importa aquí, sobre todo, el justificado empeño del autor por evidenciar la auténtica validez literaria de un tipo de experiencia narrativa que suele menospreciarse porque se lo juzga arbitrariamente a partir de sus manifestaciones de cuarta categoría. El acopio informativo que aporta Castag-

nino en pro de esa reivindicación es múltiple: desde las obras hasta sus críticos, desde la polémica de sus cultores hasta las apreciaciones de sus teorizadores, acopio de sumo interés no bien se tiene en cuenta, además, la escasa bibliografía en lengua castellana que hasta ahora ha considerado digna de estudio a la ficción científica.

En síntesis: *Experimentos narrativos* es una guía orientadora para todo lector que quiera intentar el arduo peregrinaje por los terrenos de la novela

contemporánea; en ellos, habrá de encontrar la claridad expositiva y el apoyo que le facilite ese acceso a través de dilucidaciones que no sólo desentrañan problemas de orden literario sino también de otros contextos —estéticos en general, sociológicos, psicológicos...—, imprescindibles para valorar en profundidad el mundo de hoy. Que un libro cumpla acabadamente con lo que ha prometido hacer ya es razón suficiente para animarse a explorarlo.

José María Ferrero

JOSÉ M. PALADINO GIMÉNEZ: *El Gaucho (Reseña fotográfica: 1860-1930)*. Editorial Palsa, Buenos Aires, 1971. Volumen encuadernado, 665 págs., con 453 fotografías.

Un libro en gran formato (29 × 43 cm), único en su género dentro de la bibliografía nacional, por su tema y por su realización —concebida ésta a la manera de un álbum con textos explicativos al pie de cada una de las fotografías reproducidas—, que rescata para siempre un precioso material gráfico relacionado con el gaucho en sus últimos tiempos, y el paisano que lo sustituyó, y lo pone al alcance de los estudiosos amantes de nuestra tradición. La valiosa colección de fotografías en él reproducida —453 “fotos” seleccionadas de 1.500 que componen el archivo del autor— muestra la evolución del indumento de nuestro hombre de campo y del apero de su cabalgadura, así como también el medio cultural y ecológico que los rodeaba, en el período que va de 1860 a 1930, lapso en el que nuestro país, y por ende el campo, sufre una aguda transformación.

Como bien dice el autor en la Introducción, sobre este asunto hasta ahora sólo habían visto la luz estudios iconográficos basados sobre óleos, acuarelas, grabados y dibujos ejecutados por artis-

tas que actuaron en las respectivas épocas (recordemos entre paréntesis a Rugendas, D’Hastrel, Pallière, Monvoisin, Vidal, Pueyrredón, Morel, Pellegrini, entre otros), pero no recurriendo a fotografías, más auténticas desde el punto de vista documental puesto que se trata del reflejo fiel y objetivo de una realidad. Por cierto que las producciones de tales autores poseen asimismo, aparte de su valor artístico, un alto interés testimonial para una época anterior a 1840, en que no existía el daguerrotipo, precursor de la fotografía actual.

El autor, tesorero rastreador de dichos elementos probatorios y excelente conocedor del tema, desde que es un enamorado de las cosas camperas, sobre todo de las que atañen a la pampa —paisaje, tipos, costumbres, fauna—, hace en la Introducción una historia de los orígenes de la fotografía en nuestro país y cita el nombre de los pioneros en este arte. Recordemos nosotros que Louis-Jacques Daguerre (1787-1851), pintor y físico francés, utilizando los conocimientos obtenidos

Revista de libros

por Joseph Nicéphore Niepce (1765-1833), científico de la misma nacionalidad considerado "inventor de la fotografía, perfeccionó en 1839 el procedimiento hasta hacerlo comercialmente practicable, destinado a obtener fotografías sobre planchas de cobre plateado; es lo que se conoció con el nombre de *daguerrotipo*. A fines de 1840 —dice Paladino— llegó a Montevideo el abate Comte portador del revolucionario invento, que no pudo introducir en Buenos Aires a causa del bloqueo francés que por esos años soportaba la ciudad. Tres años después el litógrafo Gregorio Ibarra es el primero en hacer daguerrotipos en Buenos Aires. En 1860 —cuando había aparecido la película de colodion que iba a sustituir al daguerrotipo— arriba al país el italiano Bernardo Panunzi, el primero que toma fotografías gauchescas recorriendo parte de la provincia de Buenos Aires. En 1868 se instala la casa Witcomb (cuyo registro de miles de negativos —muchos de ellos que reproducen estancias y estancieros— fue adquirido por el Archivo General de la Nación y permanece sin revelar) y diez años más tarde se difunden los nombres de otros fotógrafos que se hicieron famosos: el italiano Antonio Pozzo —que

aporta un rico material tomado durante la conquista del desierto—, el francés Rimathe y el inglés Samuel Boote, todos los cuales dejan valiosas probanzas de la vida en la campaña argentina.

Todo ese material, y otro de diferentes orígenes, ha sido minuciosamente recogido, analizado y ordenado por Paladino Giménez para plasmar esta meritisima obra, que enseña fehacientemente cómo era en ese lapso de setenta años que abarca la investigación iconográfica la vida en nuestras llanuras. Un esfuerzo que será en el futuro, como lo es ya, una obligada y segura fuente de información para trabajos relacionados con el hombre de la región pampeana, sus usos y costumbres. "No de balde —dice en el prólogo el profesor Julián Cáceres Freyre, director del Instituto Nacional de Antropología— en estos últimos quince años, la fotografía en blanco y negro y en color, en plena época de revolución tecnológica y científica, es el elemento fundamental del estudio antropológico y folklórico o costumbrista de los tipos indígena y paisano de todo el mundo."

Noel H. Sbarra

CARLOS ADAM: *Bibliografía y documentos de Ezequiel Martínez Estrada*.

Editado por el Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, 1968. Volumen en rústica, 247 págs.

Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964) se autodefinió en más de una oportunidad como un artista que ha utilizado "el idioma de la verdad y la honradez humilde" para exponer con arrolladora autenticidad los resultados de su constante indagar en los problemas nacionales. Esta circunstancia determinó que algunos críticos lo consi-

deraran "un pensador amargo". Y es que el autor de *Marta Riquelme* pertenecía al grupo de los que se arrojan a la lucha con total plenitud, vital lucidez, sin medir las consecuencias.

Paralela a su actividad intelectual como creador y crítico, ejerció la docencia en nuestra ciudad como profesor de literatura del Colegio Nacional,

entre 1923-1945. Precisamente, de este último año data la carta de despedida dirigida a sus alumnos. Para los no que tuvimos el privilegio de ser sus discípulos, la lectura de esa carta constituye una revelación: se intuye de inmediato al Maestro. Acercarse a él, a su intimidad, equivalía no sólo tomar contacto con un pensador con perfiles de acusada personalidad sino conocer la ternura y serenidad viriles que pocas veces dejaba traslucir. Es posible que Carlos Adam estudiante de letras en la época que lo conoció y frecuentó captara lo que decimos y decidiera abocarse con verdadera vocación en preparar una bibliografía, "la más completa —señala Juan Carlos Ghiano en la Advertencia preliminar— que ha podido realizarse en nuestro país".

Nos referimos al volumen editado por el Instituto de Letras —hoy Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana— del Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de nuestra Universidad.

Analizado a grandes rasgos el trabajo sobre el autor de *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* comprende dos apartados: Bibliografía y Documentos.

El primero —*Bibliografía*— reúne los títulos de las obras escritas por Ezequiel Martínez Estrada y sobre él mismo. Abarca esta primera parte tres capítulos: Obras, Crítica y Biografía y Marginalia. Por carta dirigida a Carlos Adam, incluida en el libro (p. 197), vemos que el índice temático fue sugerido por el propio Martínez Estrada.

El segundo apartado —*Documentos*— está integrado por un Epistolario de singular valor, a través de cuya lectura puede apreciarse la rica personalidad del autor de *El hermano Quiroga*; también se registran juicios críticos —Comentarios sobre la obra— y se inclu-

yen testimonios de escritores como Victoria Ocampo, Fryda Schultz de Mantovani, Jorge Luis Borges, Enrique Amorim, Antonio Tovar, entre otros.

Una Cronología básica cierra esta sección.

El libro incluye, además, una fotografía de Ezequiel Martínez Estrada, que lo muestra en plena madurez, realizada por Anatole Saderman en 1945.

La "Advertencia preliminar" firmada por Juan Carlos Ghiano —director del Instituto—, encabeza este valioso trabajo. En ella su autor tras hacer un enfoque rápido —excelente por el poder de síntesis y valoración exacta de la obra de Martínez Estrada—, señala que "A través de este apretado itinerario por una obra de difícil reducción a claves y constantes, se ha intentado una aproximación respetuosa a uno de los escritores más definitivos de este siglo" y agrega: "En este volumen se afirma un punto de partida imprescindible para el estudio que reclamaba Martínez Estrada casi en los límites de su existencia".

Debemos destacar el rigor científico, calidad del enfoque y perfecta organización del material, recordando que la finalidad perseguida —compilación de datos y referencias para realizar una Bibliografía— se cumple con suma generosidad, al punto de que I. Echeverría, autor de la Bibliografía publicada por la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (1968) lo ha calificado no sólo meritorio sino realmente valioso.

No es este el primer trabajo de Carlos Adam ya que anteriormente nos ha demostrado su capacidad con la *Bibliografía* referida a la obra de José Ortega y Gasset, incluida en la *Revista de Filosofía* de la Facultad de Humanidades (año 1966, N° 17) y reimpresa recientemente, por la *Revista de Occidente*.

Mención aparte merece la encomiable labor de investigación que viene

Revista de libros

realizando el Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana, cuya Serie "Textos, Documentos y Bibliografías" nos ha brindado volúmenes tales como: *Roberto J. Payró: El azar de las lecturas* (T. I), *Escritos dispersos de Rubén Darío I* (T. II), *Bibliografía y*

documentos de Ezequiel Martínez Estrada (T. III) y *Prosas dispersas de Vicente Barbieri* (T. IV), todos de indispensable consulta para estudiosos e investigadores de las literatura argentina e iberoamericana.

Delia M. Zaccardi

FRANCISCO MIRÓ QUESADA: *Humanismo y revolución*. Lima, Ediciones de la Casa de la Cultura del Perú, 1969. Volumen en rústica, 292 págs.

La alianza de pensamiento y acción ha sido un hecho en muchos intelectuales latinoamericanos del siglo pasado. La emancipación política, lograda a costa de duras luchas, y el penoso proceso de la organización institucional, entorpecido por contiendas fraticidas en varios países, obligaron a los intelectuales a entregarse a la política y a los políticos a buscar en las ideas los derroteros de la acción. Esta alianza, si bien limitaba el horizonte de la filosofía al constreñirla a ocuparse de cuestiones prácticas con desmedro de la pura teoría, dio también aplicación concreta a los afanes de los hombres de pensamiento. Pero no alcanzó a conferir un matiz específicamente americano al filosofar, que siguió alimentándose en fuentes europeas, lo que conspiraba contra la originalidad de sus mejores frutos.

En el siglo actual, gracias a la organización jurídica y administrativa lograda en la mayoría de los países, que ha permitido la división del trabajo, la filosofía ha alcanzado amplia, segura y bien documentada información y un rigor lógico desconocidos durante la centuria anterior. Pero los pensadores, en su mayoría, han permanecido desconectados de las respectivas realidades nacionales, y pocas veces el filósofo ha llegado a ocupar cargos de importancia que le permitieran desarrollar una ac-

ción decisiva en la función pública. Esta ley no alcanza, sin embargo, a todos.

Una estimable excepción la constituye Francisco Miró Quesada, en quien las virtudes del hombre de pensamiento no han trabado la participación en tareas efectivas en el campo político de su país. A diferencia de sus predecesores, Miró Quesada disponía, al iniciarse en las lides políticas, de un sólido bagaje de ideas y de técnicas rigurosas de investigación y demostración, tanto en el orden de los problemas teóricos como en lo relativo a orientación sobre cuestiones prácticas. Con disciplina y perseverancia infrecuentes en el medio latinoamericano ha realizado investigaciones a lo largo de dos líneas: una, de índole estrictamente teórica, que le ha abierto el acceso a los problemas fundamentales, y otra, de orden práctico, estimulada quizá por su labor intermitente de periodista, que lo ponía en contacto asiduo con los requerimientos de la vida diaria en el contexto social de su tiempo y de su medio.

Testimonio de la primera son sus libros *Sentido del movimiento fenomenológico* (1941), *Lógica* (1946), *Ontología* (1951), *Problemas fundamentales de lógica jurídica* (1956) y, sobre todo, su madura y bien documentada exposición sobre cuestiones metateóricas disimulada bajo el rótulo modesto de

Apuntes para una teoría de la razón (1963). A la segunda pertenecen sus escritos de carácter ideológico, entre los cuales se destacan *La otra mitad del mundo* (1959), *Las estructuras sociales* (1961), *Manual ideológico* (1967) y el texto que ahora comentamos *Humanismo y revolución* (1969). El autor de estas obras de riguroso contenido filosófico no ha rehuído las responsabilidades de la acción: como periodista, primero, inspirando los editoriales del diario más leído de su país; desde la cátedra universitaria, siempre, en medio de las variables vicisitudes de la agitada vida de esas casas de estudio; finalmente, como ministro de Educación y embajador de su país ante gobiernos europeos. Sin claudicar de ninguna de las exigencias éticas de su vocación, el intelectual se ha prodigado en la acción que cada hora imponía. Esto explica que *Humanismo y revolución* concilie la más acendrada intención teórica con el esbozo de una acción transformadora de la realidad social que señala de antemano los caminos del futuro.

El autor no expone los temas a la manera tradicional, acumulando información y crítica, porque ha pensado el humanismo en términos filosóficos y no históricos. Lo concibe como el advenimiento de todos los hombres a la plenitud de sí mismos por el espontáneo desarrollo de sus propias posibilidades. En este carácter es un ideal ético, que confiere sentido a la historia. Pero como no ha cristalizado aun en realidad, el humanismo se ofrece no sólo como programa, sino como una incitación a una acción transformadora, que por cancelar las vigencias tradicionales asume el carácter de una revolución.

Miró Quesada está persuadido que la ideología humanista conduce con eficacia a la revolución. Y en esto consiste la inaplazable tarea de nuestro tiempo, especialmente en América latina, donde supervivencias del pasado

mantienen la injusticia en amplios sectores de la vida colectiva que ya han adquirido conciencia de sus derechos y, por su número y su fuerza, disponen de las posibilidades de una acción eficaz. Volviendo la espalda a los sentimientos y predilecciones del grupo social a que pertenece, Miró Quesada se inclina resueltamente por la causa popular, no en términos de cálculo electoral, como es frecuente en los políticos de viejo cuño para quienes la democracia no pasa de ser un mito, sino como inexcusable deber de su generación, como compromiso que deriva de su condición misma de intelectual. Se equivocaría, sin embargo, el lector que interpretase este mensaje como prédica de la revolución o solapada incitación a la violencia. La necesidad de transformación social, que habrá de acarrear el desplazamiento del grupo dominante por un nuevo grupo de poder, no autoriza a entronizar la violencia en el gobierno y convertirla en elemento constitutivo del nuevo sistema. Si hubiera que echar mano de ella como recurso extremo sólo podría ser tolerada como ingrediente momentáneo de la acción. El humanismo, en cuanto actitud de profundo respeto hacia el hombre, se negaría a sí mismo si admitiese que la violencia es inseparable del proceso histórico. ¿Cómo eliminar, a la vez, a opresores y oprimidos, los dos grupos antagónicos que justifican la exigencia revolucionaria, sin eliminar también la violencia que surge de la tensión que los opone y separa?

Este libro es original como esfuerzo por instaurar un nuevo tipo de fundamentación de la praxis política. Se trata de destruir viejos prejuicios que gravitan como dogmas y prolongan su vigencia durante siglos, pero apoyándose en una ideología centrada en el hombre. Desde que el humanismo deriva, según Miró Quesada, del ideal de vida racional, nada parece más urgente que

aplicar con el debido rigor los más recientes métodos de análisis al examen y formulación de la ideología humanista. En esta obra la aplicación ha sido conducida con implacable coherencia. Su autor se ha permitido desestimar el viejo camino de la dialéctica, inoperante para realizar el ideal humanista, endeble por su falta de coherencia y falsa porque los hechos se resisten a corroborar sus resultados. La ideología humanista conduce a la praxis revolucionaria con más eficacia moral que la filosofía dialéctica.

Un análisis pormenorizado de los temas de este libro, pensados y escritos en diferentes épocas, lo que no perturba, sin embargo, la unidad y el desarrollo consecuente de las ideas, obligaría a internarse en las cuestiones relativas

al nexo de ideología y praxis política, el valor de la teoría para la acción humana y el papel del intelectual ante los requerimientos de la vida política de Occidente. No disponemos de espacio suficiente. Baste decir que la obra de Miró Quesada —aludo a la totalidad de su producción filosófica— comparte el destino de otras similares de Latinoamérica: ser escasamente conocidas en el ámbito cultural en que deben rendir sus mejores frutos. La falla ha de imputarse al hecho de que sus libros no se han valido de las cadenas de distribución que han organizado las grandes editoriales de Buenos Aires, México o Madrid. Por estas vías sus ideas ganarían la difusión que merece la noble calidad de sus trabajos.

Eugenio Pucciarelli

FÉLIX WEINBERG: *Juan Gualberto Godoy: literatura y política. Poesía popular y poesía gauchesca*. Ed. Solar/Hachette. Colección Dimensión Argentina. Volumen en rústica, 278 págs.

Cuando nos encontramos —aunque lamentablemente sólo de tanto en tanto— con libros como el que ahora nos ocupa, seguramente que nuestro espíritu se ve regocijado y decididamente predispuesto a disfrutar de la buena lectura, de la narración seria y de la investigación minuciosa e intachable.

El mérito mayor —entre muchos que esta obra nos brinda— es el de haber permitido aclarar en forma definitiva la cuestión de los orígenes de la poesía gauchesca en la historia de nuestra literatura. La presunta existencia del poema “Corro” de Juan Gualberto Godoy, era sostenida por algunos como la prueba de que esta obra constituía el primer poema gauchesco en el Río de la Plata, teniéndose por antecesor de Bartolomé Hidalgo, con su famoso primer “Diálogo patriótico” (enero de

1821). Pero el “Corro” estaba perdido, y el asunto no podía dilucidarse.

Muchos estudiosos, durante largos años, no escatimaron esfuerzos para hallarlo en bibliotecas públicas y privadas de Buenos Aires y el interior, y aun de países limítrofes. Y ante los resultados negativos, no faltaron quienes —como Zeballos, Leguizamón, Oyuela— pusieran en duda su existencia.

Es recién en 1963 que Félix Weinberg, sin duda uno de los más respetados investigadores de hoy en materia histórico-literaria, logra localizar un ejemplar del “Corro”, en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, olvidado entre las obras que pertenecieran a la colección de don Pedro de Angelis. Lleva por largo título: “Confesión histórica en diálogo que hace el Quixote de Cuyo Francisco Corro a un anciano,

que tenía ya noticia de sus aventuras, sentados a la orilla del fuego la noche que corrió hasta el pajonal: la que escribió a un amigo suyo". El formato es in octavo y consta de 19 páginas.

Pero aclaremos algo con respecto al autor del "Corro", a quien Weinberg dedica su libro con pasión de investigador.

El correr de las páginas, sin duda muy rápido por el interés que el asunto despierta, nos lleva a descubrir la personalidad de don Juan Gualberto Godoy, que surge con fuerza como poeta del Interior, para ofrecer su personalísimo testimonio. A modo de lema sostendrá: "Una pluma llevaré por espada y un pedazo de papel por escudo". Tal habría de ser su combativa trayectoria, obsesionado por la libertad y el bienestar de sus conciudadanos.

Entre las interesantísimas noticias biográficas que nos brinda Weinberg, nos enteramos que quien habría de ocuparse por primera vez de Godoy, fue nada menos que Dominguito Fidel Sarmiento.

Godoy, nacido en Mendoza en 1793, fue un verdadero autodidacto, que conoció también la vida de soldado, pero que apenas aparecido el primer periódico que vio la luz en Mendoza, sintió el llamado de su destino y fue atrapado por el olorcillo de las tintas de imprenta y el papel recién impreso.

Nunca fue testigo indiferente del quehacer local o nacional; siempre un defensor sin descanso del régimen unitario. Por supuesto, en oportunidad de un levantamiento del oficial Corro en San Juan, no desaprovecha el episodio, y en inspirados versos traza, burlescamente, la temeraria y hasta ridícula ambición de aquél, y nace entonces el extenso poema a que ya nos hemos referido y al que volveremos más adelante.

En determinada circunstancia, por disconformidad con el gobierno de Dorrego, abandonará el ámbito cuyano y curiosamente se recluirá en la llanura bonaerense, al sur del río Salado. Primero es el pueblo de Dolores, que lo ve abrir una pulpería y luego será la vieja rinconada del Tuyú la que lo acogerá con esa misma actividad, en el cruce de dos polvorientos caminos próximo a la más que centenaria estancia "Los Yngleses". Por estos pagos su figura real, se transfigurará en folklore y leyenda, como Juan sin Ropa, o el mismísimo Diablo. Allí habría un día de toparse con un famoso payador, aquel de la larga fama.

Dice Weinberg: "La controversia cerca del fogón, comenzó un atardecer y las horas, devoradas por las estrellas, siguieron sin pausa su ritmo hasta el alba, en que se definió a favor del pulpero trovador. Su contendor ocasional, vencido, avergonzado, montó en su cabalgadura y se marchó. Solo la muerte debió liberarle de su pena". En ese preciso momento comenzaría a crecer la leyenda de Santos Vega. El nombre de Godoy quedará así vinculado a uno de los mitos más significativos, perdurables y hermosos de nuestra pampa.

Luego del Tuyú regresará a su ámbito natal, y conocerá también el largo camino del exilio, el camino a Chile, para regresar por fin al país recién en 1852.

Volvamos ahora a su poema dialogado, el "Corro". Godoy pensó sin duda con él, por medio de sus rimas burlescas, infligir la definitiva derrota a quien, por meses, habría de encarnar en Cuyo, la anarquía y el desenfreno. El "Corro" es, pues, una antiepopéya y su protagonista un antihéroe.

Weinberg es claro y terminante. Analizado el poema, no cabe duda alguna; no es, como erróneamente se dijera muchas veces, de género gauchesco. Esta-

Revista de libros

mos sí en presencia de un poema argentino de pretensión popular, basado en un tema rigurosamente histórico. El "Corro" es entonces una composición popular no gauchesca, y esto aclara en forma definitiva las dudas que al respecto existían ante el desconocimiento de su texto. Es bien claro que el lenguaje del Corro no es el mismo que usara Bartolomé Hidalgo en sus celebrados Diálogos. Queda así firme —dice Weinberg— el gran poeta oriental como iniciador del género gauchesco en el Río de la Plata. La cuestión está terminada. En cambio, el gran mérito de

Godoy es haber sido el iniciador, después de la Revolución de Mayo, de la serie de "diálogos" no dramáticos que alcanzaran gran difusión a lo largo del siglo XIX.

En síntesis, un hermoso libro, que todo quien busque la verdad y guste bucear en ameno tránsito por la historia de nuestra literatura, está comprometido a leer, y no hay duda alguna que mucho será el placer que con ello habrá de conseguir.

Carlos Antonio Moncaut

Este número de la Revista
de la Universidad Nacional de La Plata
se terminó de imprimir el día
30 de junio de 1972,
en ARTES GRÁFICAS PROLAM,
Miró 1540, Buenos Aires

ILUSTRAN ESTE NÚMERO

* *LINO ENEA SPILIMBERGO*

Nació en Buenos Aires en 1896 y murió en Córdoba en 1964. Fue una de las más grandes figuras de la plástica nacional y los premios más altos consagraron su labor. En 1956 fue incorporado como miembro de la Academia Nacional de Bellas Artes. Expuso en muchas ciudades de Europa y los Estados Unidos. Además de pintor de caballete fue un extraordinario muralista y dibujante.

* *EMILIO PETTORUTI*

Nació en La Plata en 1892 y murió en París en 1971. Pintor de relieve universal, la bibliografía sobre su personalidad y su obra es muy copiosa. Consagrado por el Premio Guggenheim en 1956, ese mismo año fue designado miembro de la Academia Nacional de Bellas Artes. En 1962 se le tributó en el país un homenaje nacional con motivo de cumplir 50 años de labor artística. En 1967 fue laureado con el Gran Premio del Fondo Nacional de las Artes.

* *JUAN CARLOS CASTAGNINO*

Nació en Mar del Plata en 1908 y murió en Buenos Aires en 1972. Se recibió de arquitecto en 1937, pero ya en 1929 había ingresado en la Escuela Superior de Bellas Artes donde estudió con Ripamonte y Guido. También fueron sus maestros Lino E. Spilimbergo, en Buenos Aires, y André Lothe en París. En el Salón Nacional obtuvo el Gran Premio Ministerio de Educación en 1956 y el Gran Premio de Honor en 1959. En el exterior logró varias recompensas, como el Premio Especial al Dibujo en la II Bienal Interamericana de México en 1960. Fue eximio dibujante y muralista.

Los dibujos que se incluyen en este volumen pertenecen al "Martín Fierro" editado por EUDEBA

* *RAUL SOLDI*

Nació en Buenos Aires en 1905. Comenzó sus estudios en la Academia Brera, de Milán, regresando al país en 1933. En 1948 obtuvo el Primer Premio en el Salón Nacional y en 1952 el Premio Palanza, otorgado por la Academia Nacional de Bellas Artes, corporación de la que luego fue elegido miembro de número. Decoró con frescos la capilla Santa Ana, de Glew (provincia de Buenos Aires) en 1953/59, y en 1966 pintó la cúpula del teatro Colón.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD

PUBLICACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

LA PLATA (REP. ARGENTINA)

AÑO 1971

Colaboran en este número:

ARTÍCULOS: NORBERTO RODRÍGUEZ BUSTAMANTE
MARCOS CUSMINSKY < > MAURICIO KNOBEL
LIDA BIANCHI < > ELENA L. DE JUBANY < > OSCAR
COLMAN < > ANGEL O. NESSI < > ENRIQUE
GERARDI < > ALBERTO GOLDIN < > MIGUEL
OLIVERA GIMÉNEZ < > CARLOS A. DE PIERRIS
ESTELA WAISMAN < > ALFREDO PUCCIARELLI
FRANCISCO SCHWARCZ < > GUILLERMO SAVLOFF

TESTIMONIOS: F. J. KAISER < > CÉSAR TIEMPO
HORACIO CASTILLO < > ROMUALDO BRUGHETTI
NOEL H. SBARRA

REVISTA DE LIBROS: JOSÉ SAZBÓN < > MARIO
A. PRESAS < > LUIS FARRE < > CARLOS ADAM
DELIA ZACCARDI < > JOSÉ PANETTIERI < > NOEL
H. SBARRA < > ROBERTO CIAFARDO < > CARLOS
A. MONCAUT < > EUGENIO PUCCIARELLI < > JOSÉ
MARÍA FERRERO